

IRIA G. PARENTE
SELENE M. PASCUAL

LADRONES DE LIBERTAD

 NOCTURNA
EDICIONES

IRIA G. PARENTE
SELENE M. PASCUAL

LADRONES DE LIBERTAD

 NOCTURNA
EDICIONES

IRIA G. PARENTE
SELENE M. PASCUAL

LADRONES DE LIBERTAD

© de la obra: Iria G. Parente y Selene M. Pascual, 2017

© del mapa, los detalles que acompañan el texto y las ilustraciones del final:
Lehanan Aida, 2017

© de la presente edición: Nocturna Ediciones, S.L.

c/ Corazón de María, 39, 8.º C, esc. dcha. 28002 Madrid

info@nocturnaediciones.com

www.nocturnaediciones.com

Primera edición en Nocturna: marzo de 2018

Edición Digital: Elena Sanz Matilla

ISBN: 978-84-16858-50-7

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

A todos los piratas que día a día buscan el tesoro que es su propia libertad. A veces, ser uno mismo ya supone un acto de coraje y rebeldía. No olvidéis nunca que nadie tiene derecho a encadenaros.



LADRONES DE LIBERTAD





Nadim

No es la primera vez que pienso que morir es un justo castigo después de tanto tiempo sin encontrarte.

Es la primera vez, sin embargo, que estoy tan cerca de conseguirlo.

Me pregunto si te encontraré entre los muertos. Me pregunto si estás allí, desde hace días, semanas o años, aguardando el momento de volver a verme para recriminarme actos del pasado o sólo para reírte de mí. Quizá, de hecho, no me esperes. Quizá la muerte haya sido piadosa contigo y ni siquiera me recuerdes. No creo que tenga la misma bondad guardada para mí: no me he ganado la suerte de olvidar, olvidarte, olvidarnos. Olvidarme.

Ojalá no te halle entre los muertos. Ojalá estés en este mundo, todavía rebosante de vida, provocando tormentas con tu presencia. Preferiría eso a encontrarte ahora, habiendo tomado la forma de la estrella que siempre fuiste, sabiendo que fui yo quien provocó que ocupases un lugar en el firmamento.

Sólo hay una cosa que lamento de morir: no voy a hacerlo solo.

Demasiadas personas van a caer conmigo. Y puede que no sean las más nobles, puede que hayan cometido pecados por los que, como yo, deben pagar. Han matado, han robado, han sido egoístas y traicioneros. Son piratas, ni más ni menos. Si se trata de justicia, sin duda ninguno de los que morirán conmigo merece salvación. Pero yo también soy egoísta y traicionero, y traicionaría a quien hiciera falta por ellos.

A mí no me importa morir aquí esta noche o en cuanto el alba asome. La vida es algo que desde hace tiempo parece vacío y pesado por la culpa y por tu

recuerdo. Tu fantasma aparece demasiadas veces, y el tiempo tras de ti se extiende ya por años que no han dado resultados. Pero Collen es demasiado joven; Rick, demasiado fuerte; Tayeb, demasiado listo; Sabir, demasiado alegre; Harren, demasiado apacible; Owain, demasiado amable; Gavin, demasiado estoico, y Jared...

Bueno, a Jared ya lo conoces. Nunca podría definirlo con una palabra. ¿Qué palabra utilizarías tú? No es el mismo que conociste, por supuesto. Hace tiempo que dejó de serlo, como yo mismo. Como tú, supongo, estés donde estés. Todos hemos debido de cambiar. Ha sido mucho tiempo desde la última vez...

Creo que, pese a ello, tú conseguirías calmarlo. Harías que dejase de moverse por la celda como un animal enjaulado, dispuesto a saltar sobre cualquier presa que se acerque a los barrotes que nos mantienen presos. Sólo que nadie ha venido desde que nos lanzaron aquí dentro y eso ya fue hace demasiadas horas como para contarlas. Hay soldados al final del pasillo que cambian las guardias, pero no se acercan a nosotros ni cuando Jared les increpa ni cuando Rick intenta bromear con ellos ni cuando Sabir les hace insinuaciones sobre erguir sus lanzas. Se mantienen callados, impasibles, en un silencio que no hace más que frustrar a nuestro capitán. Sus paseos por nuestra celda —compartida, demasiado pequeña para ambos— no cesan. Apenas lo veo con la poca luz que hay en el pasillo de los calabozos. Sólo oigo las conversaciones de mis compañeros en otras celdas, hablando en susurros que me cuesta desentrañar. Creo que reconozco el sonido de algún beso e imagino que así es como intentarían llenar las últimas horas Collen y Rick. Por un momento me los imagino colgando de la horca, e incluso entonces tienen los dedos entrelazados. Ocuparán lugares muy juntos entre las estrellas, no me cabe duda.

Si tú estás allí arriba, seguro que hasta alcanzándote estaremos a años de distancia, como miembros de constelaciones contrarias. Puede que pasemos a formar parte de los Gemelos, cada uno completando un cuerpo diferente.

El enésimo intento de Jared por echar la puerta abajo, con un grito de frustración, me obliga a volver a la oscuridad de la celda, sin noche ni astros.

Nuestro capitán sacude los barrotes, aferrado a ellos como si sus manos pudieran fundir el metal.

—Sabes que no vas a conseguir nada, ¿verdad?

Mi voz es extraña y me rasga la garganta. Suena ronca, estrangulada. No tanto como llegará a estarlo en cuanto el sol aparezca, claro. Vuelvo a tragar saliva porque siento la boca seca. Quizá no pretendan matarnos en una plaza para dar alguna lección al pueblo; puede que ni siquiera nos consideren tan importantes y por eso nos dejarán aquí abandonados, muriendo por inanición.

Jared se gira hacia mí, con la mirada enfurecida que suele gobernar sus ojos cuando las cosas no salen como quiere. En eso no ha cambiado tanto desde que tú lo conociste. Ya por aquel entonces tenía mal genio.

—En algún momento alguien tendrá que venir a sacarnos de aquí.

Me acomodo en el suelo húmedo de la celda, echo la cabeza hacia atrás y cierro los ojos. O uno de ellos, en realidad; el otro ni siquiera consigo abrirlo después de un puñetazo demasiado certero.

—Sí, alguien vendrá. Para llevarnos al cadalso. No sabía que tú también tuvieras tantas ganas...

Un resoplido.

—Vengan a lo que vengan esos cabrones, usaremos el momento para escapar.

—Por supuesto. Con nuestras incontables armas..., que nos han quitado.

—Todavía tenemos los puños.

—Cogidos por grilletes.

—Pues les ahogaremos con ellos.

La resolución de Jared y su gran imaginación tampoco han cambiado, ya lo sabes.

—Sin duda serán lo bastante estúpidos para venir de uno en uno y permitirnos movernos tan rápido.

—Sin duda no saldremos vivos de aquí si es por tu colaboración, Nadim.

—Ah, el realismo, siempre tan injustamente desprestigiado...

Nuestra conversación se pierde con el murmullo de unos pasos acercándose.

Creo que son varias las personas que vienen. Hay un revuelo en las celdas contiguas, cuchicheos entre mis compañeros. También hay voces ajenas que retumban entre las paredes de piedra.

Supongo que ha llegado el momento. Para mí, resignado, de dejar que suceda lo inevitable. Para Jared, siempre más enérgico, de plantar cara. Lo veo retroceder, alejarse de la puerta, y sé que sólo se está preparando para tomar impulso. Lo conozco lo suficiente para saber que piensa echarse sobre la primera persona que intente sacarnos de aquí.

—¡Vaya, vaya, si parece que tenemos visita! —Es la voz de Rick la que suena. Se encuentra en la celda de enfrente, por lo que puedo ver sus brazos salir entre los barrotes—. ¡Y nosotros en estas pésimas condiciones, sin nada para servir a unos dignos invitados! Bueno, tenemos ratas muertas. Pueden no parecer muy apetecibles, pero, oh, con una guarnición de cucarachas creo que estarán deliciosas.

Supongo que cada uno se enfrenta a la idea de la muerte como quiere o como puede, y que Rick se marchará riéndose. De ellos o de nuestra suerte, eso no lo tengo claro.

—No te olvides de la bebida, Rick —le recomienda la voz aguda de Collen—. El agua estancada es una delicia. O siempre quedará algo de orina, si prefieren algo más exótico...

—¡Cierto, cierto! ¿Quién quiere licor, teniendo semejantes posibilidades?

El corredor se ilumina entonces a medida que las voces y los pasos se acercan.

—¡¡Callaos, miserables!! Más os vale mantener la boca cerrada hasta que se os ordene hablar u os cortaré la lengua yo mismo.

Reconozco la voz del capitán de la guardia, el mismo que nos echó en las celdas. Pronto lo veo porque él y la comitiva de hombres que lo sigue se plantan justo ante mi celda y la de Jared. Aparto la vista cuando nos alumbra con el orbe de luz que lleva entre las manos, cegándonos por un momento.

—Estos son, majestad. Alteza.

Así que han traído hasta aquí al rey y al príncipe de Dahes. Parpadeo varias veces para acostumbrarme a la nueva iluminación, intrigado. ¿Tú no lo estarías? No todos los días se está ante uno de los gobernantes de Marabilia. Siento curiosidad por saber si es todo lo impasible que afirman, si parece tan poderoso..., pero es sólo un hombre. Con porte, si quieres considerarlo así, y por descontado que no nos mira con misericordia, ni a nosotros ni al resto de la tripulación, porque se pasea por las celdas con parsimonia, con pasos calmados. Supongo que su fría tranquilidad es lo que le ha dado cierta fama de temible, pero es sólo alguien que tuvo la suerte o la desgracia de nacer con una corona destinada a su cabeza. ¿Tú qué piensas? ¿Suerte? ¿Desgracia? Su hijo parece creer lo segundo. Puede que no de nacer como príncipe, pero desde luego debe de estar maldiciendo tener que estar aquí. Él no sigue a su padre en su paseo, sino que se queda frente a nuestros barrotes. Si el rey de Dahes es sólo un hombre, él es apenas un muchacho: sus manos se cierran con nerviosismo, aunque intenta mantener la cabeza alta y mirar con la misma indiferencia que su padre. No lo conseguiría ni aunque lo intentase durante horas. Sus ojos, en realidad, repasan lo que le rodea sin fiarse de nada. Su nariz se arruga, con toda probabilidad de desagradado por el olor que nos rodea.

No tengo ninguna duda de que te reirías de él.

Los pasos del rey vuelven a nuestra celda. Sus ojos se encuentran un segundo con los míos, pero no me presta demasiada atención. No soy quien más le interesa de aquí. De soslayo, lanzo un vistazo a mi compañero. Veo sus puños apretados. Casi percibo su rechinar de dientes. ¿Recuerdas cuando se lanzó contra aquellos matones, en el callejón, el día que lo conocimos? Parece que hace una eternidad de eso, ¿verdad? Pero sigue poniendo la misma expresión cuando se enfada. Sólo que ya no es un niño.

—Así que esta es la temida tripulación del *Angelique*... No parece gran cosa.

Es la chispa que faltaba para terminar de prender la ira de mi compañero. Jared se lanza con rapidez sobre los barrotes, aferrándose a ellos, golpeándolos con su cuerpo. El rey, pese a la cercanía, no se mueve, aunque los guardias

desenvainan y el príncipe da un paso atrás.

—Es fácil decirlo cuando estás tras esta puerta, capullo. También es cobarde.

—¿Tú eres el capitán de esta tropa de indeseables? —Su voz, su tono, su manera de mirarlo: todo parece insultar a mi amigo—. ¿Tú has robado a todos los reyes y mercaderes de Marabilia?

Me pongo en pie, más para proteger a mi compañero que porque me interese la conversación. Jared ya tiene en la boca esa sonrisa torcida y peligrosa que tantas veces le he visto; los ojos turbios, sin nada que perder. Saltará encima del soberano en cuanto pueda y los guardias no preguntarán antes de atacar.

—Si quieres una presentación, estaré encantado de estrechar las manos... alrededor de tu cuello. —La sonrisa le vuela de los labios cuando vuelve a sacudir los barrotos—. ¡¡Abrid estas celdas!! No nos vamos a dejar ejecutar en una plaza; si queréis matarnos, tened cojones y pelead ahora.

Hasta él tiene que saber que eso no va a pasar. ¿De qué sirve una ejecución por parte de la corona si no puede ser delante de todo el pueblo? Si no pueden convertirlo en un espectáculo, en una muestra de poder y lucha contra los delincuentes, no es tan interesante. Además, el pueblo paga impuestos con más tranquilidad si se siente seguro. Vende miedo, vende que luchas contra él y vences, y no tendrás que preocuparte de que tus súbditos se revuelvan. ¿No es esa otra manera de robar y engañar a la gente? Por lo menos, de los piratas se espera que sea eso lo que hagamos; es natural desconfiar de nosotros. En los gobernantes, sin embargo, se supone que hay que creer.

Mírame, ya hablo como tú, puede que en un intento de traerte de vuelta. Siempre estuviste por delante de mí en estas cosas. Siempre te cuestionabas el mundo mucho más que yo. Supongo que vivía cómodo. Tú, por supuesto, no tanto.

—¿Crees que sus cabezas serán un buen regalo para el rey de Dione? ¿Cuántos barcos de su flota habrán atacado? Quizás entregarles el *Angelique* como regalo de bodas sería adecuado...

Aunque el rey no aparta la mirada de Jared, es obvio que no habla con él. Mi

mirada vuelve al muchacho que aguarda, callado y observador, tras su padre. Cuadra los hombros, al sentir que se dirigen a él, y alza la barbilla.

—Un barco pirata no parece el regalo más adecuado para una princesa de Marabilia. Pero está exquisitamente labrado; he oído que las criaturas que lo adornan fueron atrapadas en la madera por un nigromante.

—Cuentos para asustar a sus enemigos. Por desgracia para ellos, en Dahes no nos amedrentamos con rumores de vieja.

—¿En Dahes no os amedrentáis? —repite Jared con cierta sorna—. Mandasteis dos barcos tras nosotros y ahora os protegéis detrás de guardias armados y unos barrotes de hierro.

—Puedes desistir si lo que intentas es provocarme, capitán. No soy yo quien tiene todas las de perder. Yo, de hecho, soy quien tiene el poder para desollaros vivos si así se me antoja, o para que mis hombres os torturen hasta que supliquéis piedad.

Sé que esas palabras no van a funcionar con Jared, y tampoco con el resto de la tripulación. Puedo imaginarme a Sabir, esté donde esté, imitando al soberano para burlarse de él. Por mi parte, encuentro mucho más interesante la actitud del príncipe de Dahes: de pronto parece todavía más fuera de lugar. Agacha la cabeza y no sé si es consciente del paso que da atrás, alejándose de su padre.

—¿Te funciona eso con tus súbditos...?

La voz de Jared está teñida de incredulidad. No hay asomo del miedo que, supongo, pretendía insuflar en nosotros. Geraint de Dahes parece haber asustado más a su hijo que a sus prisioneros. No es complicado diferenciar la carcajada fuerte de Rick, cercana. Yo mismo tengo que sonreír cuando veo la expresión de Jared, que se burla del hombre ante él, de su corona y del poder que pretende tener sobre nosotros.

—¡Socorro, socorro! —Collen finge un lloriqueo y Rick se ríe más—. ¡Piedad, rey nuestro! ¡Ah, nos arrepentimos de todos nuestros pecados! ¡No quiero morir, soy demasiado joven!

—¡Y yo demasiado guapo! —La voz de Sabir es casi una súplica cantarina.

—Yo había apostado que llegaría vivo a los treinta, no me jodáis —protesta Tayeb.

—Piensa que, si no ganas la apuesta, tampoco estarás vivo para tener que pagarla —razona Gavin.

—¡¡Silencio!! —exige el capitán de la guardia.

El rey vuelve a tener esa expresión vacía en la cara. Sus ojos se fijan por un largo instante en Jared y después..., después me presta atención a mí.

—Sacad a ese.

Entorno los párpados y me separo de la pared.

—¿Debo sentirme halagado, majestad?

Siento a Jared tensarse y prepararse para saltar sobre quien vaya a abrir la puerta. No parece darse cuenta de que son muchos más soldados, un príncipe y un rey. No hay posibilidad de que consiga hacer nada, pero supongo que cuando la otra opción es dejarte matar, prefieres irte clavando los dientes en la yugular del enemigo. Casi me parece oír tu voz diciendo que no ha cambiado nada. Tienes razón.

Mi compañero, sin embargo, no tiene la oportunidad de hacer ninguna locura. Una figura que hasta el momento se había mantenido quieta, al final de toda la comitiva, da unos pasos adelante. Veo un fulgor azul sólo un segundo antes de que Jared sea lanzado, por una fuerza invisible, contra la pared de piedra. Ni siquiera me da tiempo a gritar su nombre: unas manos invisibles tiran también de mí, a la par que la puerta se abre, me empujan y me lanzan al suelo, a los pies del rey. El golpe es duro, pero cuando intento incorporarme alguien coge mis cabellos y me irgue. El filo de una espada se posa, frío y letal, sobre mi cuello. Ante mí, Geraint de Dahes ni siquiera se permite una sonrisa de satisfacción.

—¡¡El capitán soy yo, hijo de mil perras!! —protesta Jared. De soslayo veo cómo se incorpora, inestable, y se vuelve a lanzar sobre los barrotes. El nigromante que lo ha tumbado lo mira, vigilante al lado de su rey, pero no hace nada.

Yo me quedo quieto, observando. Jared no está pensando. A mí la

indiferencia por mi vida me permite cierta lucidez. Por ejemplo, me hace darme cuenta de que si quisieran matarme ya lo habrían hecho. Si quisieran matarnos, el rey y el príncipe no estarían aquí: nos habrían sacado a rastras y habrían anunciado nuestros pecados y celebrado nuestra ejecución sin más miramientos. En cuestión de horas nuestros cuerpos estarían convirtiéndose en cenizas o pudriéndose en alguna fosa común: ignoro qué hacen en Dahes con los delincuentes a los que condenan a muerte. En cualquier caso, sólo somos piratas: no merecemos tanta reverencia ni tanto rodeo.

—¿Qué queréis de nosotros?

Diría que es el príncipe el más sorprendido por mis palabras. No sé si es por lo que digo o por oír mi voz. Geraint de Dahes sólo enarca una ceja.

—Parece que tú eres más inteligente que tus compañeros o, al menos, más dispuesto a emplear la lógica. Es una pena que no seas el capitán: eso agilizaría las cosas.

—¿De qué cojones estáis hablando? Suéltalo. Encárate conmigo, si quieres hablar con el capitán. ¡Estoy aquí!

El rey aparta la mirada de mí para fijarla en Jared.

—Tengo interés en negociar, capitán.

Negociar. Con Jared. Jared no negocia, y menos con una corona. Su sonrisa parece decirlo todo, incrédula y de nuevo socarrona.

—Antes muerto.

—Suponía esa actitud. Y no tengo ningún problema, la verdad: pero me aseguraré de que seas el último. ¿Cómo deberíamos matar a este? ¿Le cortamos la cabeza? ¿O comenzamos con las manos? Por su aspecto diría que viene de alguna de las islas; en Rydia cortan dedo por dedo a los ladrones para recordarles qué no deben hacer. Podemos explorar sus tradiciones.

Entrecierro los ojos, molesto. Estoy dispuesto a morir si es para pagar por mis pecados, pero no a que me usen como método de extorsión. Saltaría hacia el rey si pudiera, pero todavía sujetan mi pelo y echarme hacia delante es cortarme la garganta con el filo que todavía se posa contra ella. De modo que sólo lo

observo, devolviéndole la mirada, sin palabras. Al menos, que vea que no tengo miedo de él.

—¿Qué vas a hacer? —gruñe Jared—. ¿Matar a mi tripulación, uno por uno, hasta llegar a mí si no escucho?

—Tú los estarás matando. Quiero que sepas que podrás parar estos sacrificios tan innecesarios cuando desees. Si no lo haces, yo habré perdido el tiempo y tú, la vida. Aunque lo haremos entretenido, no te preocupes. ¿Sois nueve en la tripulación? Nos encargaremos de que cada uno muera de una manera diferente para no aburrirnos. Adelante con el primero, supongo que el capitán necesita una prueba.

Tiran de mi cabello con más fuerza, echándome la cabeza hacia atrás y exponiendo más mi garganta. Pese a la aceptación de la muerte, no puedo evitar tragar saliva. El pulso se me dispara, más lógico que mi percepción de lo que ocurre a mi alrededor. Consciente de que todo está a un segundo de acabarse.

Pero conocemos a Jared, ¿verdad? Sabes que jamás permitiría algo así. Puede que sea un capullo, pero es el capullo más leal a sus amigos que existe.

—¡Basta! —Su voz rompe el repentino silencio—. ¿Qué quieres de mí?

—Un trato ventajoso para ambas partes. Un... servicio a cambio de un favor.

—¿Así hacéis favores en Dahes? —murmuro con mis ojos todavía en el rostro del rey. Él mira a Jared con satisfacción. Sabe que, sea lo que sea lo que pretende, ya ha ganado—. ¿Con chantaje?

—No creo que unos *piratas* puedan echarme en cara mis métodos, ¿no es cierto?

—Habla —gruñe Jared.

—Tranquilo, capitán. Esto va a beneficiarte también. Seguro que no sois tan estúpidos como para no reconocer los beneficios de un contrato de corsarios conmigo... Estaríais protegidos por sólo detener las actividades de un barco enemigo. Y según tengo entendido, enemigo de ambos. He oído historias sobre que el *Angelique* y el *Libertad* tienen ciertas rencillas pendientes.

Tú conoces las historias que unen y separan al *Angelique* y al *Libertad*. Hasta

tú tienes que haberte sorprendido. Hasta tú tienes que sentir miedo, porque sabes que Jared haría cualquier cosa por cobrarse una venganza que lleva demasiado tiempo esperando; más tiempo, incluso, del que llevo yo buscándote.

Hay unos segundos de silencio mientras quien manda sobre un reino y quien hace reino a sólo un barco se observan. Después, la voz de Jared suena con más contención de la esperada. Una contención forzada, supongo.

—No haré tratos con nadie desde el otro lado de una celda y con un miembro de mi tripulación amenazado.

Sólo es necesario un gesto de la mano de ese hombre para que me suelten, tirándome al suelo con un empujón que deja claro que, a ojos de los guardias, no merezco la suerte de salvarme. En menos de un parpadeo yo vuelvo a estar en la celda y mi capitán y mi amigo, fuera de ella, inmovilizado.

—Negociemos entonces, capitán.

Creo que sé qué pensarías si estuvieras aquí. Lo mismo que me dijiste una vez cuando a ti también te ofrecieron un trato: «Esto no es el principio de la libertad, sólo es otro tipo de condena».

En esta ocasión estaría de acuerdo contigo.



Jared

—Mi oferta, como ves, es bastante generosa: tu libertad, la de los tuyos y la de tus actividades a cambio sólo de un pequeño servicio a la corona que ni siquiera difiere de tus propias metas.

Mis metas no son servir a un rey, capullo.

Eso es lo que me gustaría responder. Pero hay un pequeño inconveniente: si lo hago, seré un cadáver en menos de un parpadeo. Lo cual es, sin duda, una mierda.

Así que supongo que sólo queda negociar. O fingir que lo hago, al menos. Para eso me han separado de la tripulación y me han traído a esta estancia, apenas un cuarto en el que deben de hacerse los cambios de guardia. Me han hecho sentar ante una mesa redonda y pequeña y me han servido vino. Quizá podría disfrutar de la «hospitalidad» si no tuviera al soberano de Dahes enfrente y a sus guardias detrás. Por no hablar del nigromante que aguarda al lado de la puerta. Parece mudo, pero algo me dice que es mejor no provocarle para que abra la boca. Calladito no puede lanzar conjuros con los que tirarme a la otra punta de la sala.

Luego está el príncipe, claro. Si se le puede llamar príncipe al enano que aguarda tras su padre, tratando de parecer tan digno como él, pero sin conseguirlo. La verdad, parece tan nervioso que me dan ganas de gritarle «¡bu!» y ver si echa a correr.

En fin, donde fueres, haz lo que vieres. Se supone que los piratas podemos adaptarnos a las situaciones. Y estos gilipollas no tienen ni idea de cómo es mi

tripulación ni de cómo soy yo ni de nuestra filosofía, y por eso se creen que pueden controlarnos. Bueno, si su inocencia va a hacer que sea más fácil salir de aquí y, de paso, llevarme algo de información útil para mis propósitos, no seré yo quien se queje. Ahora bien, igual Dahes debería plantearse qué inútiles dirigen el país.

—Robar mercancía no es a lo que nos dedicamos habitualmente — argumento, echándome hacia atrás. Intento cruzar los brazos, pero los grilletes que me han puesto me lo impiden—. Los inventos del Taller son interesantes, pero la mayoría, poco útiles en la mar. Nos interesa más el oro. Por eso, cuando atacamos, no solemos ir tras mercantes, sino tras barcos nobles con cargas mucho más valiosas.

—Puedes robar o hundir los barcos del Taller, me trae sin cuidado —rebate el rey—. Quiero que los atacéis, pero son sólo un señuelo para lo que de verdad me importa ahora mismo: que os encarguéis del *Libertad* lo antes posible. Esas piratas ya me han molestado lo suficiente, a mí y a mis negocios. Traedme a su tripulación o matadla entera, pero deseo que desaparezcan. A menos, claro, que no te sientas a la altura del encargo... Muchos han abandonado antes.

¿Abandonar nosotros? Y contra la tripulación del *Libertad*. Es obvio que este tipo no sabe con quién está hablando ni mi relación con ese barco: ha debido de escuchar rumores, algunas historias interesantes, pero con toda probabilidad ni asomo de verdad.

—El *Libertad* aparece y desaparece —expongo—. Nadie sabe cuándo ataca ni a qué ni con qué propósito. Su tripulación es tan caprichosa como la mar. No necesito razones para ir contra ese barco, tengo mis asuntos pendientes con la capitana, pero no entiendo qué tienen que ver los barcos mercantes que usa el Taller para mover sus productos en todo esto.

—Encontrarás al *Libertad* si atacas los barcos del Taller. Así es como los otros lo encontraron. Sólo espero que tu tripulación sea capaz de hacerle frente; las demás no lo fueron.

Así que no somos los primeros a los que contrata para lo que sea que

pretenda. Supongo que no le debe de gustar que el Taller, un negocio de creación de inventos, esté ganando poder y además difunda sus productos por toda Marabilia. Por supuesto, al rey le encantaría que todas esas creaciones perteneciesen sólo a Dahes, el lugar donde nació la idea, no al resto de reinos. Ni siquiera tengo que preguntarme por qué: cuanta más diferencia tecnológica haya entre los reinos, más poderoso será el que más tenga.

No me cabe duda de que en el resto de Marabilia no saben que el rey de Dahes es un cabrón que pretende hacer de su nación la más fuerte. Si lo supieran, ya se estarían preparando para pararle los pies.

Aunque lo bueno de ser un pirata y vivir al margen de la ley es que todo eso no es mi problema.

—Entonces, ¿qué tenemos que hacer? ¿Asegurarnos de que algunas mercancías no llegan al lugar que deben y listo?

—Y luego, encargaros del *Libertad* en cuanto vaya tras vosotros.

—Preguntaba por el trabajo. Eso será un placer.

El rey alza una ceja, pero no hace preguntas. No se meterá en los asuntos que haya entre dos tripulaciones de deshechos sociales, está claro.

—Me encanta ver a un hombre tan motivado... De modo que ¿aceptarás mi trato? ¿Trabajarás para mí?

No, claro que no, imbécil. Sólo voy a aprovecharme para salir de aquí, encontrar a Diandra y vengarme. Después, tú y tus planes de dominación mundial tendréis que apañaros sin nosotros, que ya estaremos muy lejos de tu alcance.

Otra cosa que no digo, claro. Tengo en aprecio mi cuello, sobre todo ahora que estoy a tan poco de salvarlo, así que opto por algo más diplomático:

—Tampoco es como si mi tripulación y yo tuviéramos muchas más opciones. Pero el oro y las mercancías que consideremos interesantes son nuestros. Sin porcentajes.

Geraint de Dahes hace un ademán descuidado con la mano con la que no sostiene la copa de vino, a la que le da un trago corto.

—Por supuesto. No tengo ninguna necesidad ni de la mercancía ni del oro. Entenderás, sin embargo, que haya tomado medidas para evitar que tengas ciertas tentaciones. Como la de traicionarme, por ejemplo.

No me hace ni puta gracia cómo suena eso.

—¿Medidas? —repito, e intento controlar mi voz—. Toda mi tripulación vendrá conmigo, antes de que se te pase por la cabeza tomar rehenes. Si piensas que dejaré a uno solo atrás...

Aunque el rey no sonrío, siento que se está burlando de mí cuando vuelve a beber de su copa, dejando unos segundos de silencio para que me impacienta. Siento la rabia quemándome en la boca del estómago, preparándose para saltar como antes no ha podido.

—No te preocupes, entiendo que necesitas a tus hombres para manejar el barco, y supongo que debéis de formar un buen equipo, o no habríais sobrevivido el tiempo suficiente para granjearos la reputación que tenéis... Pero el *Angelique* permanecerá en mis manos. Os proporcionaré un barco diferente.

Por un segundo, silencio. Después, mi sonrisa.

—Es una broma, supongo.

El rey brinda a mi salud.

—Si me traicionáis, convertiré vuestro preciado barco en cenizas.

Me levanto de mi asiento como un resorte, echándome hacia delante. Antes de que pueda hacer nada, los soldados dan un par de pasos hacia delante y me aferran de los brazos, manteniéndome erguido. La ira que estaba esperando para estallar arde mientras observo al rey, que se reclina en su asiento sin apartarme la mirada. Su hijo, a su lado, ha dado un paso atrás con mi movimiento inesperado y me observa como a una bestia salvaje. Hace bien. Es más sensato que su padre, que me está jodiendo más de lo que debería.

—Sin mi barco no hay trato.

—Muy bien. —Ni se lo piensa antes de hacer un ademán. Los guardias tiran de mí. Me revuelvo, gruñendo, aunque sin mucho éxito—. Sin trato, mañana al atardecer tú y tus compañeros moriréis. Tranquilo, serás el último para que

puedas despedirte de todos.

Aprieto los dientes, revolviéndome todavía. Por un segundo miro hacia la mesa, hacia la botella de vino y las copas de cristal. Podría sacudirme lo suficiente para coger la botella y estampársela en la cabeza o romperla primero y clavarle el cristal en el cuello. Sólo que eso no serviría de nada, claro: puede que ni lo consiguiera antes de que los guardias o el nigromante me dejaran fuera de juego, y después matarían al resto. Respirar. Eso es lo que tengo que hacer. Respirar hondo un momento. Paciencia, Jared. Tranquilo. Aprovecha la situación todo lo que puedas. Es esto o no salir vivo de aquí. Otro barco quizá pueda enfrentarse mejor al *Libertad*. Y yo sé esperar. Se me da *muy bien* esperar. He esperado lo que parece toda una vida para dar caza a Diandra, y ahora puedo hacerlo. Este imbécil no es la prioridad ahora, sino aprovechar la situación que nos ha puesto en bandeja. Cuando el *Libertad* esté en mis manos y Diandra se hunda en el fondo del mar, como tuvo que hacer hace ya mucho tiempo, recuperaré el *Angelique*.

—¿Y bien, capitán? ¿Qué va a ser? ¿Qué es más importante para ti? ¿Tu barco o tu tripulación?

Tranquilidad. Los mejores golpes se dan con tiempo para prepararlos.

Por eso me yergo e inhalo antes de sonreír.

—Cuidad bien de mi nave. Es muy quejicosa y me echará de menos. Espero que al menos me deis un barco que la haga ponerse celosa...

Geraint de Dahes me observa, sin fiarse de mi cambio de actitud, pero satisfecho pese a todo. Debe de pensar que acaba de ganar a un siervo fiel. La realidad es que sólo ha conseguido un aliado puntual con muchas ganas de joderle en cuanto pueda.

—Os daré un barco más rápido que el que tenéis. Quizá no tan bonito, pero ¿por qué un pirata iba a necesitar presumir? Os daré cañones potentes y provisiones. De hecho, estará todo preparado para que partáis con la primera luz. No hagáis que me arrepienta de ser tan generoso.

Los guardias me sueltan. Uno de ellos saca una llave de entre sus ropas para

quitarme los grilletes. Yo no pierdo de vista al hombre que, cómodo con su poder, sintiéndose invencible, viéndome como un insecto al que le concede el honor de su presencia y su favor, se reclina en su asiento.

—Supongo que los reyes siempre intentáis hacer pasar por generosidad lo que debería ser simple deber —le sugiero con una sonrisa en cuanto me sueltan. Después, hago una reverencia mucho más profunda y exagerada de lo que debería ser—. No olvides que esto es un trato, *majestad*. Yo no lo haré.



Collen

Creo que todos dejamos escapar un silbido de apreciación cuando nos llevan, custodiados, al que será nuestro nuevo barco. Todos, claro, menos Jared y Nadim, el primero porque todavía debe de estar maldiciendo por tener que dejar el *Angelique* atrás para salvar el pellejo y el segundo, con toda probabilidad, por respeto a su mejor amigo. El *Estrella Fugaz*, como se lee en un lateral, es una carabela que promete ser rápida e imparabile. Jared podrá gruñir todo lo que quiera, pero tiene que admitir que esta es mejor embarcación que el *Angelique*. La nave no parece precisamente nueva, y no me cabe duda de que nos han dado lo que ya no consideran útil para su flota. Aun así, no se puede negar que es impresionante, y lo será más cuando la pongamos en marcha, con las velas extendidas y llenas con el viento de popa.

Aunque esperaba un barco pequeño, es mucho más largo que el navío al que estamos acostumbrados. Tiene cuatro altos mástiles, con velas tanto latinas como redondas. Lo cierto es que al verlo ahí, anclado e imponente, tengo serias dudas de si podremos arreglárnoslas siendo sólo nueve. Estoy a punto de preguntarle al capitán, pero él me estampa unos documentos en el pecho sin girarse siquiera y se adelanta para saltar dentro del barco con cara de pocos amigos. Bien, sí, quizá sea mejor preguntar más adelante.

Bajo la vista a los papeles que me ha dado. Es un mapa con coordenadas fijadas y rutas de navegación marcadas, además de un listado con el nombre de algunos barcos. Supongo que estos son los objetivos y me los deja a mí para que trace las rutas más convenientes.

—Parece que será mejor no molestar mucho al capitán —observa Rick a mi

lado—. Creo que a él no le llega con la alegría de estar vivo.

Esbozo una media sonrisa, mirando hacia delante, donde Nadim suspira y sigue a Jared, supongo que para evitar que destroce algo con su enfado.

—Apuesto lo que queráis a que se le pasa en cuanto estemos en alta mar — dice Sabir, estirándose. Tayeb va a su lado y lo mira con incredulidad.

—Tres monedas a que lo que hará que se le pase es una buena botella de licor. Hasta entonces, va a gruñir.

—Acepto.

No suelo posicionarme en las apuestas entre Sabir y Tayeb, pero diría que esta vez Tayeb lleva todas las de ganar.

* * *

Tayeb gana la apuesta. O al menos parece que lo hará, porque cuando salgo del camarote del capitán, después de devolverle las hojas de rutas con mis comentarios, me pide que me asegure de que «los cabrones de la corona de Dahes nos han dado botellas de ron». Para entonces, el barco ya se ha puesto en marcha y nos hemos alejado de la costa, que es apenas una línea difusa en el horizonte, donde el sol ya se alza y el cielo ha amanecido nublado. Me quedo en la cubierta durante un segundo observándola, sintiéndome extraño en mi propio cuerpo. No es una sensación nueva, pero esta vez viene con fuerzas renovadas porque... deberíamos estar muertos. Casi me había resignado. Estaba convencido de que se iba a acabar mientras estaba en esa celda. Nunca imaginé que si alguna vez nos pillaban saldríamos vivos para contarlo. Creo que estoy esperando la persecución; que Gavin avise desde el puesto del vigía que hay barcos tras nosotros, porque el rey de Dahes se ha pensado mejor lo de colaborar con piratas. Vendrían dos, como cuando nos dieron caza, naves más grandes y rápidas que esta en la que vamos. Y esta vez nos hundirían, sin preguntar y sin dejar pruebas de que alguna vez intentaron negociar con nosotros. Así de fácil nos borrarían de este mundo, de la Historia.

Claro que los piratas nunca somos recordados por la Historia y, si lo somos, nunca es por nada honorable. Al menos esperaba poder haber resuelto algún misterio apasionante, desentrañado una leyenda de la que hablasen todos los libros. Ser un gran descubridor o el primero en pisar alguna isla remota. Gracias a mí esta tripulación ha encontrado tesoros increíbles, pero todavía hay mucho más que quiero ver y conocer.

Qué cerca he estado de no poder hacerlo.

—Hola, guapo, ¿estás solo?

Doy un respingo y vuelvo a la cubierta del barco, a este preciso momento, en algún punto al este de Dahes. Rick se ha apoyado a mi lado en la baranda. Tiene la camisa remangada, mostrando sus tatuajes, y pese a que la mañana es fresca está sudando; ha debido de ser laborioso poner en marcha la embarcación y él hace gran parte de los trabajos de fuerza.

—Me he distraído un poco. —Me separo de la baranda y me pongo en marcha de nuevo—. Iba a ver si los de Dahes han tenido la dignidad de proveernos con alcohol. ¿Quieres venir?

Rick esboza su sonrisa de siempre, alegre y maliciosa.

—¿Me invitas a explorar lugares oscuros contigo? ¿Y dudas de mi respuesta?

—Las manos donde pueda verlas —le digo, y sonrío mientras nos encaminamos hacia la bodega.

—Si está oscuro, lo cierto es que no podrás verlas.

—Y según tu razonamiento, eso significa que puedes ponerlas en cualquier lado, ¿verdad?

Rick parpadea, como si no fuera evidente.

—Lógica pura y dura.

No puedo evitar reír y el nudo en mi estómago se destensa un poco. Cuando bajamos las escaleras, el olor a cerrado me confirma que este debía de ser un barco en desuso para la corona. Para desgracia de Rick, sin embargo, el almacén no está a oscuras: varios orbes de luz del Taller iluminan un montón de cajas en las que supongo que están las provisiones.

—Creo que tu plan ha fallado. Una pena —le digo con falsa lástima mientras miro alrededor.

Aunque no puedo mirar mucho porque unos dedos cubren mis ojos al tiempo que un brazo atrapa mi cintura. Dejo escapar una exclamación.

—Mira, así no puedes verme tampoco. Y la luz es para que yo te vea mejor.

Sé que me va a besar antes de que me haga girar entre sus brazos y su boca encuentre la mía. No protesto. Ni siquiera abro los ojos, quizá porque así, como dice él, no puedo ver sus manos y puede ponerlas donde quiera. De hecho, son mis brazos los que se lanzan a su cuello, agarrándose a él. Las ganas de beber del capitán pueden esperar un rato. Esta también me parece una buena manera de comprobar que seguimos vivos.

Por eso dejo que sus labios me quemen en la boca. Por eso dejo que su cuerpo se apriete contra el mío y me alce; que me siente sobre una de las cajas y su boca se hunda en mi cuello mientras mis manos tiran de su camisa. Hasta hace unas horas pensaba que la última vez que sentiría que me ahogaba sería con una soga alrededor del pescuezo, no porque sus caricias me quitaran la respiración.

Creo que no soy el único que parece desesperado por sentirse vivo, porque tras un beso demasiado largo, Rick no se vuelve loco como siempre y sólo me abraza con fuerza. Siento cómo me entierra contra su pecho y yo no protesto. Acaricio su torso bajo la camisa con la punta de los dedos. Repaso algunas cicatrices. Los dos intentamos respirar para recuperar el aliento que nos hemos quitado, o quizá para tomar las bocanadas de un aire que pensábamos que ya no habría más en nuestros pulmones.

—He tenido mucho miedo —confiesa Rick apenas en un susurro. Hay un beso que cae, suave, en la curva de mi cuello.

—Ah, así que eres un cobarde... Si el capitán se entera...

Su cuerpo se separa lo justo para mirarnos cara a cara. Yo alzo la barbilla, contemplándolo con burla.

—Sabes que no temía precisamente por mi vida, pero tienes demasiado orgullo como para admitirlo e intentas molestarme. Así te salvas de tu propia

vergüenza.

Nos conocemos lo suficiente como para que pueda negarlo, así que sólo carraspeo.

—Eres muy molesto. Cállate.

Parece dispuesto a seguir martirizándome, por eso en cuanto abre la boca yo me echo hacia delante y meto la lengua entre sus labios. Así no podrá protestar. Ni le quedan ganas, por lo que parece, porque apenas hace un ruidito incomprensible antes de volver a abrazarme con fuerza.

Esta vez ninguno tiene intención de detenerse. Mentiría si dijera que no sabía que esto pasaría cuando le sugerí acompañarme. Que no estaba deseando sentirlo cerca de verdad, fuera de esa celda, sin seguridades de más futuro que los próximos minutos.

No pensaba tampoco que nada nos interrumpiría.

Lamentablemente, no tenemos esa suerte: con un estrépito que nos sobresalta a ambos, una de las cajas cae al suelo. Frunzo el ceño y miro hacia atrás. Al principio creo que habrá sido sólo una caja mal colocada, pero justo cuando vamos a volver a besarnos, ignorándolo, oímos el tosido. Por un momento se me ocurre la posibilidad de que Tayeb y Sabir se nos hayan adelantado en lo de ocupar el almacén, pero juraría que Tayeb estaba ocupándose de unas velas cuando nos encaminamos hacia aquí.

Una idea cruza rápida por mi cabeza. ¿Y si han metido a alguien en el barco para asegurarse de que cumplimos nuestra parte?

Separo un poco a Rick, que pone mala cara aunque no protesta, precavido. Mi mano atrapa una de mis dagas en mi cinto. Siento los pasos de mi acompañante seguirme.

—¿Hay alguien ahí?

Nadie responde, pero no hace falta: lo encontramos tirado en el suelo con una caja que le ha caído encima. Vuelve a toser y mueve las manos, intentando disipar la polvareda que se ha levantado del suelo.

Me quedo quieto, incrédulo; el puñal en alto. Casi puedo oír a Rick

parpadear.

—¿Ese no es...?

—El príncipe de Dahes.

El muchacho nos mira desde abajo, con las mejillas pálidas convertidas en un punto de color encarnado por la vergüenza, no sé si por habernos visto besándonos o por el ridículo que acaba de hacer. Sus ropas no son las mismas con las que vino a vernos a la celda, sino unas más sencillas: camisa, chaleco, pantalones... Todo un poco grande para su cuerpo esbelto, como si se las hubiera pedido prestadas a alguien. Endereza la espalda, intentando mostrarse digno hasta cuando está tirado en el suelo.

—Deseo ver a vuestro capitán —exige en un tono altanero que sólo puede pertenecer a alguien de la nobleza.

Abro la boca, pero la cierro de inmediato, sin palabras. Bien, de todas las personas a las que esperaba encontrarme en un almacén interrumpiendo mis actividades con Rick, nunca habría imaginado que una sería un príncipe, así que estoy bastante sorprendido. Miro a Rick, que vuelve sus ojos a mí también antes de que ambos observemos de nuevo al muchacho frente a nosotros.

Cojo aire una vez más. Me alegro de no haber muerto porque esta es una situación que no quiero perderme.



Kay

Seis generaciones atrás, el rey Myron II, El Osado, señor de Dahes y las tierras del sureste, verdugo de monstruos y heredero de la sangre del Sol, se presentó ante la tripulación de piratas más fiera que jamás surcó los mares de Marabilia. Cuentan que su espada, la más rápida que existió jamás, ganó el duelo al que retó al capitán, y mientras este caía al suelo y su corazón aún no se había detenido, le dijo a la tripulación: «Ahora trabajaréis para mí. Seguiréis mis órdenes sin preguntar y serviréis a mi reino». Dicen que nadie se quejó. Dicen que los hombres que había aquel día en cubierta se arrodillaron ante él y reconocieron su liderazgo. Y que aquel navío que capturó con sus propias manos, sin ayuda de ni uno solo de sus soldados, se convirtió en el primero de la flota que sería su orgullo y que exportaría, por primera vez, los productos alquímicos a tierras más allá del mar.

No sé cuánto hay de cierto en esa historia, porque soy consciente de que, a veces, los historiadores engalanan los relatos para seducir a los vencedores y exageran la magnificencia de los soberanos para atraer al público. No sé tampoco qué pensó mi antepasado cuando se presentó ante el capitán pirata, si de verdad era tan diestro con su hierro o si se mantuvo calmado durante la contienda.

Desde luego lo único que puedo saber es lo que *yo* siento ahora mismo, de pie ante el capitán del *Angelique*... No. Del *Estrella Fugaz*. Un hombre que como mínimo me saca una cabeza y que me mira de arriba abajo con fríos ojos azules y una mueca de desagrado. Intento mantener la espalda erguida, pese a que

todavía me duele por la caja que me cayó encima, y la barbilla alzada. Intento parecerme a mi padre, con el rostro ilegible y la mirada serena.

No sé si estoy consiguiendo el resultado esperado.

—Repítemelo otra vez: ¿por qué debería perder mi tiempo con él?

No se dirige a mí. Mira de reojo al hombre de su lado, quien supongo que será su mano derecha y sólo parece tener ojos para mí. Yo me arrepiento al instante de mover la cabeza para enfocararlo. A pesar de que mis pies están firmemente agarrados al suelo, todo parece moverse a mi alrededor. La sensación no es sólo turbadora, sino también enfermiza. Mi estómago se revuelve y se queja, pese a que no he probado bocado desde la cena de anoche, tras la que me escabullí de palacio y cabalgué durante varias horas para alcanzar el puerto antes del amanecer.

—Porque quiero pensar que el príncipe de Dahes no es tan estúpido como para meterse en un barco enemigo sin tener buenos motivos detrás —replica el segundo de a bordo. Su acento tiene un deje de Rydia. Siempre me ha parecido que a los rydienses las palabras les fluyen de la boca de forma diferente, como un poema, dulce como si la lengua acariciase cada vocal antes de dejarla ir.

Yo aprieto los dientes.

—Os he dicho que tengo un trato que ofrecer, capitán. ¿Es que eso no significa nada para vos?

—Significa que eres lo suficientemente estúpido como para darme una oportunidad de recuperar mi barco. El barco que *tu* padre me ha *robado*. Y que tú vas a hacer que recupere, porque voy a pedirlo como rescate por tu cabeza. Aunque tu cabeza no vale ni uno de los tablones del *Angelique*.

Entorno los ojos. Menudo fanfarrón. Si me hace algo, tendrá a todos los barcos de Marabilia tras él y su tripulación y los habrán hundido en menos de una luna. Pero no puede ser tan necio. No habría llegado a capitán ni habría sobrevivido durante tanto tiempo si fuese tan corto de entendimiento.

—Lo que estoy ofreciéndoo, si es que acaso estáis interesado en escucharme, es una oportunidad de recuperar vuestro barco sin tratar con mi padre. No la

echéis por la borda. —Me humedezco los labios reseco y observo un punto por encima de sus hombros, las ventanas que dan al mar. Los cuadrados de cristal opacos sólo me permiten adivinar la superficie del océano y el gris pétreo del cielo nublado—. Yo sé dónde está el *Angelique*. Y os lo devolveré a cambio de un precio que podéis pagar con creces.

Interés. Lo veo en la mirada del capitán, cuya postura cambia. Lo veo también en los ojos de su compañero, más cautos, más vacíos. Pero podría reconocer la curiosidad en cualquier parte, y sé cómo puede cambiar por completo la perspectiva de alguien.

—Eso suena a traición —asevera el marinero.

El capitán entorna los ojos y se acerca. Sus pasos repiquetean por encima de los crujidos del barco y la canción ensordecedora del mar. Empieza a rodearme, mirándome desde todos los ángulos posibles. No intento seguirlo con la mirada, porque sé que mi estómago y mi cabeza no lo agradecerían. Dudo que lograra mi cometido de pactar con este hombre —o con ningún otro, para el caso— si le vomitase en las botas la cena de ayer.

—Y ¿por qué el príncipe de Dahes querría traicionar a su padre?

Fijo los ojos en los cristales sucios de la ventana. Todo en esta embarcación parece tener una capa de polvo encima, como he descubierto de primera mano durante mi aventura en el almacén.

—Eso es cosa mía, como lo será si se me condena por ello. —Nadie me defiende ahora, y dudo que nadie me ayudase si acabase en una celda. No. No vas a pensar en eso, Kay. No ahora. No dejarás que el miedo te paralice. No permitirás que las posibilidades ganen antes de enfrentarte a ellas—. ¿Queréis vuestro bajel, entonces, o no? Si preferís negociar con el rey...

—Te lo he dicho ya, chico: contigo a bordo, puedo negociar con él... y salir ganando.

—Tenéis en demasiada estima el amor de mi padre por mí.

—No sé si te tendrá *amor*, pero estoy seguro de que no dejará en manos de cualquiera a su único heredero.

—No conocéis al rey; eso salta a la vista. Así que os anunciaré su respuesta si tratáis de negociar con mi vida para ahorraros tiempo: «Yo no negocio con corsarios. Trabajáis para mí, no al revés».

El capitán alza las cejas. Además de irrespetuoso con la realeza —las historias de bandidos me habían preparado para esto—, este hombre parece tener la cabeza demasiado dura.

—Habría que ver si dice eso cuando le enviemos una mano como adelanto...

Trago saliva. Tras la espalda, algo amedrentado, me rodeo la muñeca derecha con la otra mano, como si quisiera asegurarme de que sigue en su sitio y no les va a resultar tan fácil quitármela. La plata de la pulsera que siempre llevo está templada por el contacto con mi piel.

—Jared. —El rydiense apenas alza la voz, pero es suficiente para que nos giremos hacia él—. El príncipe podría sernos de ayuda. Al menos parece tenerle tan poco aprecio al rey como tú.

—¿Y te fías? ¿Quién te dice que no es una prueba del propio Geraint para asegurarse de nuestra lealtad? ¿Qué mejor cebo que su propio hijo?

—Y por eso, si hiciéramos lo que tú quieres, sólo estaríamos cayendo en su trampa.

El capitán se pasa la mano por la barbilla sin afeitar, con un gesto pensativo. La lógica, por lo menos, parece resultarle más fácil cuando se la explican.

—¿Qué quieres exactamente? —me interroga—. ¿Y qué seguridades nos das?

Tomo el aire que me falta. Algo cruje en mi espalda cuando intento enderezarme un poco más, pero no gano ni en altura ni en valentía, así que me rindo pronto.

—Mi trato es este: me llevaréis ante un nigromante. No me importa dónde, mientras sea lejos de Dahes. Hasta entonces seré... —Paladeo y echo un vistazo alrededor. A los mapas sobre la mesa, a un reloj de arena en un rincón. Al resto de la estancia vacía, con la cama al fondo. No parece un hogar, sino más bien una celda. Es obvio que mi padre no ha tenido la deferencia de trasladar sus pertenencias del *Angelique* a esta nueva embarcación—. Consideradme un

huésped, si así lo deseáis. No molestaré. Será como si no existiera. Cuando encuentre a un nigromante competente, os diré dónde se halla vuestro amado barco. Os lo señalaré en un mapa y será asunto vuestro recuperarlo. Nuestra asociación habrá concluido de forma satisfactoria y nuestros caminos no volverán a cruzarse ni se habrán cruzado jamás. No me habréis visto ni hablaréis a nadie de mí. Yo, por mi parte, haré lo mismo.

Y no me cabe duda de que eso será lo más placentero de todo el viaje.

Me cruzo de brazos, bastante satisfecho con mi discurso. Creo que no se me ha quedado nada fuera. Casi siento ganas de sonreír cuando observo a los dos hombres mirarse, supongo que intercambiando un mudo asentimiento. Claro que van a aceptar. ¿Por qué no iban a hacerlo?

Espero a que el capitán me tienda la mano, pero en su lugar se cruza de brazos, como un reflejo de mi propia pose. Obviamente, sólo haciéndose el duro. Intentará conseguir algo más. Los villanos siempre son así, avariciosos y oportunistas.

—Tenías demasiada fe en él.

Hace un ademán que no logro descifrar hasta que siento unos dedos en torno a mi brazo. El toque consigue que me ponga en tensión al instante. Al dar un paso atrás, mi mundo oscila y estoy a punto de perder pie.

—Lo siento, muchacho. Mala decisión.

No. No, no, no. Esto no puede acabar así. *Esto* ni siquiera ha empezado.

—¿Mala decisión? ¡Os estoy ofreciendo la libertad! ¡Pese a que sois piratas! ¡Podréis hacer lo que gustéis! Nadie, jamás, os ofrecerá ayuda o misericordia como lo hago yo.

El capitán resopla y se mesa la sien con aspecto agotado.

—Nobles —escupe como si fuera el peor de los insultos—. Siempre creen que los demás les debemos algo sólo por respirar. Y, por supuesto, las cosas siempre han de hacerse a su modo. Llévatelo de aquí, no tengo paciencia para sus lloriqueos.

Un tirón en mi brazo. El estómago me sube hasta la garganta, pero me lo

trago junto con el sabor a bilis. Clavar los talones al suelo sería mucho más sencillo si los tablones no parecieran serpentear. Trastabillo hacia delante, retorciendo mi extremidad para liberarla. Miro por encima de mi hombro al capitán, que se ha sentado ya tras su mesa, como si diera la conversación por finalizada.

—Os estoy ofreciendo recuperar el *Angelique*, capitán. Gratis. Porque no sé si lo sabéis, pero mi padre no va a hacerlo. —Aprieto los dientes—. Tenéis mucha fe si creéis que va a cumplir su palabra. Que os va a devolver vuestro barco una vez que cumpláis su voluntad. Moriréis antes que volver a verlo. Y él se jactará ante toda Marabilia de que en Dahes la ley es máxima y el poder del rey, incontestable.

Risa. Se está riendo de mí. Bruto desagradecido... Siento el calor llenándome la cara y entorno los ojos.

—¿Por quién me tomas? Sé que tu padre no me lo devolverá así como así, claro, pero tú tampoco nos das seguridades. ¿Qué nos ofreces? ¿Tu *palabra*? Sólo los gilipollas se fían de la promesa de un niño mimado. En cambio, oh, tu cabeza vale mucho. Y más para un rey que estuvo años suplicando por hijos que continuaran su estirpe y al que los Elementos sólo le dieron uno. El mismo que va a suponer su alianza con Dione. Ahora, cállate y colabora y quizá puedas llegar con todos los miembros intactos a tu noche de bodas.

—Geraint es proteccionista y su reino es lo más importante para él. Perder al heredero sería inadmisibile. El trono pasaría a manos de otra familia —secunda mi captor. Sus dedos se hunden en la piel de mi brazo.

La cabeza me da vueltas, y ya no es sólo por el vaivén del mar. Supongo que ya no les quedan sospechas de que pueda estar tendiéndoles una trampa en nombre de mi padre si hablan así. Pero no van a ayudarme. Van a entregarme. Me intercambiarán de manos si pueden y me devolverán a Dahes. O, si no llegan a un acuerdo, me tirarán por la borda y me ahogaré.

Sea como sea, llegará mi fin.

—Si tenías buenas intenciones de verdad, mala suerte. Haberlo pensado antes

de tratar con piratas. Llévatelo.

Siento el cuerpo súbitamente entumecido mientras me arrastran fuera del camarote. No es esto lo que se supone que tiene que pasar. Doy un par de pasos reticentes y me llevo la mano al cinturón. Los dedos encuentran la empuñadura de mi estoque. Desenvaino antes de poder pensarlo dos veces y coloco mi acero sobre el cuello del hombre que intenta arrastrarme con él.

—¡Déjame ir, bellaco!

Qué imbécil he sido. ¿Qué se puede esperar de hombres sin honor? Hombres sin ley. La anarquía sólo conduce a esto: a la irracionalidad y la pillería y... ¿Qué voy a hacer ahora, en medio del mar, con esta gente? ¿Tengo alguna posibilidad de ser como el rey Myron y subyugar a estos hombres a mi voluntad? ¿Convertirlos en *mi* tripulación para que lleven a cabo mis deseos y respalden mi reinado...?

Aunque el agarre en torno a mi brazo se desvanece, el rydiense no retrocede. Una sonrisa de diversión se forma en su boca, como si algo le hiciera gracia. Algo que no entiendo. ¿Es que no tiene aprecio por su propia vida, el muy patán?

—Bellaco... —repite como si fuera un chascarrillo jocoso.

Frunzo el ceño. Pasos a mi espalda.

—Nobles. —El capitán dice la palabra con el mismo asco que la primera vez —. Siempre complicando las cosas.

Me doy la vuelta a tiempo de ver una sombra viniendo hacia mi cabeza.

El dolor sólo dura un segundo.



Nadim

Sé que dije que seguramente te reirías del príncipe de Dahes, pero he cambiado de opinión. Creo que, en realidad, te gustaría. Como mínimo sentirías curiosidad por su historia; debo admitir que yo mismo me siento bastante intrigado por el muchacho inconsciente frente a mí y las razones que lo han llevado a meterse en un barco de piratas.

Por eso, aunque obedezco a Jared y lo ato de pies y manos para dejarlo abandonado en un rincón del almacén, espero a que despierte. O, más bien, lo obligo a despertar, meneando su cabeza, dándole algunas palmadas en la mejilla. El chico protesta y farfulla, sin duda dolorido, pero al final abre los ojos. Tarda en ubicarse, pero cuando se da cuenta de qué ha pasado y de que está atado, la indignación puede leerse en su cara.

—Bienvenido de nuevo —lo saludo antes de que pueda decir nada.

Por supuesto, mi amabilidad es insuficiente para aplacar su irritación.

—¿Cómo se ha atrevido...? ¡Tu capitán pagará semejante impertinencia!

Bien, puede que, por mucha curiosidad que sintieras, también te rieras de él, después de todo. Míralo, tan estirado, con la barbilla alzada y esa manera de hablar... Y creyendo de verdad que puede hacerle pagar algo a Jared.

Me acuclillo frente a él, apoyando mi cara en una mano. Esto promete ser entretenido.

—¿Crees que estás en una situación favorable para amenazar a alguien, principito?

Toda su dignidad se esfuma de un plumazo cuando se da cuenta de que no es

así. De todos modos, parece que no va a dejar de protestar; debe de pensar que tampoco tiene ya mucho que perder:

—Soltadme —exige con más resolución de la esperada—. Vine en nombre de la buena voluntad. Vuestro capitán está cometiendo un grave error: mi padre nunca negociará con vosotros. Además, robar es una cosa, abordar barcos..., pero ¿chantajes con un heredero de Marabilia? Más os vale tener un plan de escape: el rey hará campaña contra vosotros y entonces...

—Hablas mucho para lo callado que parecías. ¿Tengo que ponerte una mordaza también?

Eso es suficiente para silenciarlo, puede que por la incredulidad de haber sido interrumpido por un *bellaco*.

—Te voy a explicar la situación actual y tú vas a atender. —Abre la boca, dispuesto a protestar, pero no le doy tiempo—: A no ser que quieras que te deje aquí tirado sin saber qué va a ser de ti. —Una vez más, labios sellados—. Eso está mejor. Verás, chico, esto es lo que hay: tu padre es un estúpido, tanto o más que tú, considerando que te has metido solo en la boca del lobo. Jared no va a ser su criado, sólo está aprovechándose de la situación hasta que deje de convenirle; lo cual es, exactamente, hasta que ataquemos el *Libertad*. Si pretende entregarte antes o después de eso, dependerá de lo que considere más útil; de momento creo que sólo va a mantenerte como rehén aquí abajo, como una rápida vía de recuperación de su barco en cuanto lo quiera de vuelta. Eso significa, por cierto, que te has metido en un barco que llevará ataques a cabo, y no es el lugar más seguro del mundo, eso te lo puedo asegurar.

Callo un segundo, invitándole con un ademán a hablar, si es que tiene algo que decir. Él sólo me mira ceñudo, sin saber qué esperar de mí. Cuando reacciona, su primer impulso es revolverse intentando quitarse las cuerdas que lo mantienen atado. Alzo una ceja, tentado de decirle que ni lo intente. ¿Qué clase de marinero sería si no supiera hacer buenos nudos?

—¿Creéis que no soy consciente del peligro? Sois *piratas* —menciona con desprecio en la voz—. Pero se supone que sois competentes también. Aunque os

creía más inteligentes. Lo suficiente, al menos, como para no esperar nada de mi padre.

Tú también piensas que hay algo muy interesante aquí, ¿verdad? Imagino tu sonrisa emocionada, como cuando se acercaba el final de las historias que inventabas, hablándome de las aventuras que algún día viviríamos. Cuando hablo, no sé si mis palabras son mías o justo lo que tú dirías. Muchas veces solíamos coincidir y hablar a un tiempo, así que quizá tampoco importe; puedo fingir que es uno de esos momentos y que a mi voz la acompañará la tuya.

—Así que eras consciente del peligro y no te gustan los piratas, pero tampoco esperas nada de tu padre. Has *escapado* de él, de hecho. ¿Por qué?

Tengo mis teorías, claro. Todo el mundo sabe de su inminente enlace con la princesa de Dione, una alianza que fortalecerá los dos reinos y todas esas cosas que se esperan en estas situaciones. ¿Tú qué dices? ¿Ha huido de su reino porque no quiere casarse?

Te gustaría esa historia, no tengo ninguna duda.

Él no parece convencido de responder. Cuando el silencio se alarga entre nosotros, que nos medimos con la mirada, supongo que no hablará, de manera que me encojo de hombros y me pongo en pie. Por supuesto, eso es suficiente para que le nazca de nuevo la voz, aunque a regañadientes:

—No quiero ser aquello en lo que mi padre desea convertirme. No seguiré bajo su yugo. Él cree que las cosas serán a su manera o no serán. Quiero demostrarle lo contrario.

No es que nos esté dando una historia detallada, como esperaba, pero supongo que me puede servir.

—Un rebelde en la propia casa real. Eso es muy interesante...

—La rebeldía no sirve de mucho cuando te han atado de pies y manos. Igual que no servirá cuando el barco se vaya a pique porque le habéis dicho al rey que me tenéis en vuestro poder.

Se me escapa una sonrisa de medio lado al notar cómo intenta reconducir la conversación hacia el lugar que a él le interesa. No se puede negar que es

obstinado, aunque está muy equivocado si cree que algo de lo que diga va a amedrentarnos. Sobre todo a Jared.

—Ya veremos qué decide el capitán —repongo como si fuera un asunto sin importancia—. ¿Por qué necesitas a un nigromante?

Esta vez hay incomodidad en su expresión y, cuando se remueve en el sitio, no sólo parece que intente soltarse, sino quizás huir de mis preguntas. Sospecho que esa es la clave, entonces, para adivinar toda la historia.

—Ese es un asunto privado. No tiene nada que ver con vosotros.

—Ah... Creí que podríamos entendernos, pero guardar secretos no es la solución. —Me estiro la camisa—. Es una lástima: como segundo de a bordo, el capitán suele escuchar mis sugerencias; pero, sin razones para confiar en ti, mejor seguir sus órdenes...

—¡Aguardad! —Su reacción es todavía más rápida de lo esperado, en cuanto me doy la vuelta. Creo que percibo tu risa resonando entre las olas, llena de diversión—. Alguien necesita mi ayuda. Me prometí... que ayudaría, pasase lo que pasase. Y para eso necesito a un nigromante, porque hay un hechizo implicado.

—¿Qué clase de hechizo? Y para eso no necesitas salir de tu reino. Había un nigromante en las celdas.

El príncipe hace una mueca, pero ya ni siquiera se revuelve. Rehúye mi mirada.

—Mi padre no... está de acuerdo con nuestra relación. Y Dahes está bajo su control: no puedo fiarme de nadie allí. Creo que incluso ha llegado a espiarme. Sabe con quién me relaciono y con quién estoy en todo momento. Y, por otro lado, no deseo volver después de que el hechizo se rompa. Tiene que haber algún lugar donde su mano no pueda alcanzarme.

«Déjalo ir, Nadim». Casi me parece oír tu voz, exigente, abandonando toda la diversión que te provocaba hasta hace un rato. Seguramente lo entiendas demasiado bien. «No cometas el mismo error que conmigo y ayúdalo».

No sé por qué te escucho, cuando sólo eres un fantasma. Pero sé que si no te

obedezco ahora, si no hago caso y le presto una mano a este muchacho que parece querer sólo un poco de libertad y cumplir una promesa, estarás recordándomelo cada día. Porque, al fin y al cabo, cuando tú quisiste tu libertad yo no te apoyé, ¿verdad?

Esta no es mi manera de redimirme. Sigo queriendo encontrarte y pedirte perdón por todo aquello. Pero puede ser una buena manera de comenzar.

—Hay al menos un error en el planteamiento de tu trato —le informo.

Él da un respingo, confundido y ofendido de nuevo.

—No hay ningún error en mi planteamiento.

Si sigue siendo tan insufrible, juro que no sé dónde quedará mi amabilidad. No me culpes por ello: admite que no pone mucho de su parte para que nos llevemos bien.

—Claro que lo hay. Pero es normal: es la primera vez que negocias con... ¿Cómo nos llamaste? Ah, sí: *bellacos* —recuerdo, e intento simular el tono con el que lo dijo—. ¿De verdad crees que consideraríamos viable hacer lo que tú dijese y luego dejarte libre y teniendo que fiarnos de tus pistas para recuperar el barco? Supongo que en Dahes no esperan ninguna guerra, porque a su príncipe no le han ilustrado demasiado en estrategia.

Esta vez tiene razones para sentirse insultado y lo sabe, pero también parece adivinar que quiero llegar a algún lado.

—No seáis condescendiente conmigo, pirata. Claro que había pensado en eso. ¿Cómo sé yo, al fin y al cabo, que si os digo cómo recuperar el barco no me mataréis sin más? ¡La diferencia entre vosotros y yo es que mi palabra vale más!

Resoplo. Hace tiempo aguantaba mucho mejor este tipo de discursos. Incluso alguna vez me los llegué a creer. Sé que tú pondrías la misma cara que pongo yo ahora: ojos en blanco, aburrimento en la expresión.

—Ah, la superioridad moral. Llevo tanto sin tratar con nobles que casi se me había olvidado lo que era. Si has acabado de sentirte superior sólo por ver el mundo desde tu privilegiada torre, tengo una alternativa que podría contentar a todos.

No me cabe duda de que el príncipe frente a mí se está mordiendo la lengua para no lanzarme otro discurso sobre por qué él es mucho mejor que cualquiera de los hombres que estamos en la tripulación.

—Hablad —dice tras obligarse a respirar hondo.

—La cuestión es muy sencilla: nosotros cumplimos, te llevamos ante tu nigromante, rompes el hechizo que tengas que romper como buen príncipe azul que crees que eres... y después vuelves con nosotros hasta que consigamos recuperar el *Angelique*. Tienes mi palabra de pirata, valga eso lo que valga, de que no te mataremos en cuanto consigamos el barco: si mi palabra no te llega, también tienes la lógica; matarte en ese punto no nos reportaría ningún beneficio y sólo nos daría más problemas. Y aunque no lo creas, nos gusta vivir nuestra vida pirata en paz.

Yo ya sé que va a aceptar antes de que lo haga, aunque me sigue mirando con desconfianza. Al final, sin embargo, vuelve a intentar recuperar su pose orgullosa alzando la barbilla.

—Libradme de mis ligaduras.

Contengo las ganas de volver a poner los ojos en blanco.

—Sólo si dejas de hablar así.

—Hablar ¿cómo? —cuestiona él, parpadeando con confusión.

—Da igual.

Prefiero dar esta conversación por concluida, por eso desenfundo mi puñal y corto las cuerdas que atan sus manos y sus pies. Lo veo frotarse las muñecas, descontento con las rozaduras que han aparecido en su inmaculada piel, y le tiendo una mano. Él la mira como si fuera la boca de una mantícora.

—¿Hay trato?

Duda más de lo que esperaba, pero sus dedos se aprietan en torno a mi mano.

—Hay trato.

Estés donde estés, aun si es sólo en un rincón de mi mente, sé que sonríes con satisfacción.



Kay

Me froto por enésima vez la contusión en la cabeza y el bulto que me está saliendo a causa del golpe de ese bárbaro que aquí tratan de capitán. Respiro hondo y dejo que la brisa me despeje un poco. Huele a sal, a... libertad. Es un sentimiento extraño, lo único que en este momento me da certezas respecto a que esto es lo correcto. Aunque una parte de mí quiere rendirse y decide que sólo he estado haciendo el ridículo ante los piratas, ver el horizonte abierto, mar por todas partes y un cielo infinito me obliga a mantener la positividad. Esto está bien. Lo estás haciendo bien, Kay. Inspiro una vez más y cierro los ojos, las manos bien aferradas a la baranda, porque temo caerme con el movimiento de las olas. El sol está alto y sólo ahora asoma por un parche azul entre las nubes, pero es suficiente para calentarme el rostro. El estómago me pesa y se mantiene encogido. No creo que mi chichón esté ayudando a que me encuentre mejor, pero mi cuerpo está de una pieza. Han accedido a ayudarme. Y vamos rumbo al Oeste, hacia las islas. En Rydia, me han dicho —me ha asegurado el segundo de a bordo—, podré encontrar una nigromante. Ella me ayudará.

Me pregunto si en palacio me echarán en falta. A estas alturas ya deben de haberse dado cuenta de que no estamos ni yo ni mi montura habitual. Esperarán, imagino, antes de salir a buscarme. Mi padre tal vez crea que no he tenido el valor. Que es imposible que me haya marchado por mi propio pie. Suspiro. ¿Qué diría si pudiese verme ahora? Probablemente me miraría como siempre. Como a una decepción. Como si fuera un error y por eso siempre cometiera equivocaciones, una tras otra.

Y me recordaría que no estoy a la altura. Que nunca lo estaré. Pero que si represento mi papel, si me porto bien y obedezco, y no pongo trabas a sus planes... Bien, entonces, en algún momento, cuando él muera, se me coronará.

Sólo que ahora lo he echado todo a perder. Imagino que me desheredará, si es que algún día vuelvo a mi país. En este momento soy todo lo que nunca llegaré a ser.

A lo mejor esta no era la manera. Puede que nunca lo haya sido.

Creo que voy a vomitar.

—Kay, imbécil, qué has hecho...

Entierro la cara en las manos, intentando ignorar el rubor de mis mejillas. Mis palabras se las lleva el viento, pero han sonado a gimoteo. Y bastante pueril para el caso.

—El pueblo no respeta a los príncipes que se insultan a sí mismos.

Doy un respingo, sintiendo que el calor se extiende por toda mi cara casi al instante. Me giro con cuidado de no molestar a mi maltrecho equilibrio. El muchacho de la bodega —es decir, *uno* de los hombres de la bodega— está ante mí. ¿En qué momento ha llegado? Ha debido de acercarse mientras yo me lamentaba. Titubeo. Al menos esta vez está solo. Y con la boca vacía.

—Dudo mucho que a mi pueblo le importe lo que pienso de mí mismo —farfullo, no sé por qué. Tampoco creo que a *él* le importe, en realidad.

El joven ladea la cabeza y se cruza de brazos. Tiene un rostro bastante agradable, y no puede ser mucho mayor que yo. Se aparta los cabellos de la cara con ayuda de un pañuelo y lo que queda al descubierto de su piel tiene el tinte oscuro de quien pasa mucho tiempo bajo el sol.

—Lo cierto es que no sabemos mucho de ti, más allá de que eres el hijo del rey.

No me había dado cuenta, pero hay un leve deje de acento de Dahes en su voz. Debe de ser... No. *Debió* de ser de allí en algún momento. Porque si a algo acceden los piratas es a servir a sus propios intereses y, una vez que se embarcan, abandonan su patria y la protección de sus soberanos.

El porqué alguien desearía ese tipo de vida se me escapa. Supongo que hay que estar muy desesperado para dejarlo todo. O no tener nada que lamentes abandonar.

—Me llamo Collen —dice de pronto, al ver que yo no hago un esfuerzo por continuar la conversación. Y no es porque no desee ser amable, es simplemente... que no encuentro las palabras para convertir este encuentro en una situación *normal*. No hay nada de cotidiano para mí en estar en un barco pirata, navegando por primera vez en mi vida. Ni siquiera había estado antes fuera de Dahes. Me han protegido siempre tanto que el castillo era poco menos que una prisión para mí. Aunque salía a veces, siempre iba con alguien a mi lado —. ¿Y tú?

Lo miro sin entender. Él sabe mi nombre, por supuesto. Todos en el barco lo saben. Y sin embargo... Bajo la vista a la punta de nuestras botas. Las suyas están desgastadas, algo viejas, pero bien cuidadas. Las mías están impecables. Es lo único mío de este disfraz.

Me humedezco los labios y me miro la mano, que le tiendo. Espero que no se fije en el sutil temblor de mis dedos.

—Kay... —Paro en seco, sin llegar a acabar mi nombre. Puede que Kaylen sea un nombre perfecto para alguien con poder sobre cuya cabeza algún día se asentará una corona. Pero yo ya no soy esa persona. Ese nombre se quedó abandonado en palacio, junto con todas las otras pertenencias del desaparecido príncipe de Dahes—. Kay. Soy Kay.

Collen sonrío de un modo extraño, como si comprendiera lo que pasa por mi mente. Su mano, cálida y real, envuelve la mía cuando me la estrecha. Lo hace con firmeza, con más fuerza de la esperada en alguien de su tamaño.

—Bienvenido a bordo, Kay. —Me suelta, pero es sólo para ponerme la mano en la espalda, entre los omóplatos. El gesto llega sin previo aviso y mi cuerpo se tensa de una forma casi dolorosa—. Ven, te presentaré al resto de la tripulación.

Doy un paso a un lado, para alejarme de él. Me llevo una mano a la cabeza, a la protuberancia que me está saliendo. El mundo se mueve bajo mis pies, gira,

serpentea, me deja con las piernas inestables como juncos.

—No creo que esa sea una buena idea. Al fin y al cabo, no se puede decir que nuestro primer encuentro fuese muy halagüeño. Y los siglos de historia de piratas y nobles de Marabilia tampoco son un buen augurio para que mi presencia sea bien recibida.

El muchacho deja caer la mano, que aún tenía en el aire. Me arrepiento un poco de haberme apartado, aunque sólo sea porque así podría apoyarme en él.

—Bueno, eso sería un problema si Kaylen de Dahes estuviera aquí, tal vez. —Cavila—. Pero yo sólo veo a un chico que se llama Kay.

Trago saliva, pero no digo nada. No consigo reunir las fuerzas. Él tampoco insiste. Su mano se apoya en mi espalda de nuevo y esta vez ni siquiera me revuelvo. En su lugar, agradezco que me guíe. Lo cierto es que he estado evitando al resto de hombres del barco. Además, el encuentro con el capitán y el segundo de a bordo no fue tan agradable como esperaba —acabar inconsciente y con las manos y los pies atados no es algo que me gustaría repetir—, así que temo lo que pueda ocurrir con los otros miembros de la tripulación.

Aun así, soy consciente de que no puedo retrasarlo mucho más. No puedo quedarme en una esquina del castillo de proa el resto de la travesía, intentando mimetizarme con el horizonte y fingiendo que nadie me ve...

Caminamos en silencio, aunque no hay mucho que ver. En un determinado momento, Collen aparta su mano de mi espalda. Me alegra ver que mi cara no besa la cubierta en cuanto lo hace. Un poco más adelante hay un hombre con los ojos cerrados y los brazos abiertos, como si esperase un abrazo que nunca llega. Es pelirrojo, con la nariz aguileña y las mejillas llenas de pecas. Al menos, allí donde no lo cubre una ensortijada barba naranja. Lo veo mover los dedos, como si trenzara algo. ¿La brisa? Porque es lo único que pasa entre ellos...

Nos debe de sentir llegar, porque abre un ojo y sonrío. Tiene un rostro afable, la expresión amable. No parece un pirata, desde luego, pese a la espada que le cuelga de la cadera. Claro que yo también tengo un arma y no por ello la uso para robar y hacer maldades. Baja los brazos.

¿Soy yo o el viento ha amainado? Las velas siguen llenas y, sin embargo...

—¿Has hecho un nuevo amigo, Collen? —nos saluda despreocupado. Tiene un acento fuerte, aunque no logro situarlo en el mapa.

—Kay, este es Owain, nuestro hechicero. Él y Gavin vienen de otro continente, más allá de Marabilia.

Titubeo. La cabeza me da vueltas por la información. Echo un cuidadoso vistazo a nuestro alrededor, pero no encuentro a nadie, así que me atrevo a preguntar:

—¿Gavin...?

Collen alza la vista al cielo y yo casi espero que un ave baje volando y se pose sobre el hombro del hechicero, pero él sólo mira hacia arriba y hacia atrás..., no al cielo, sino al mástil principal, donde se encarama el puesto del vigía. E incluso más arriba, porque la persona que debería estar haciendo guardia no está dentro de la cesta, sino de pie sobre las propias velas. No puedo ver mucho de él, arriba como está, pero me parece atisbar un destello que me trae a la memoria la imagen de los piratas en sus celdas.

—¿Es... un feérico? —pregunto, intentando hacer visera con la mano. Aunque el sol está oculto de nuevo, la luminosidad del día es molesta.

—¿Qué ha podido delatarlo? ¿Quizá las alas? —Bajo la vista de nuevo al hechicero y él me sonrío. Ni siquiera soy capaz de molestarme, aunque sé que se está riendo de mí. Cuando me quiero dar cuenta, me está dando unas palmadas en la espalda que amenazan con romperme en dos. ¿Qué problema tiene esta gente con tocarme? Somos desconocidos—. Vamos, muchacho. ¿A qué viene esa cara tan larga? Estás navegando los mares de Marabilia, uno de los lugares más mágicos que existen. Es una experiencia inolvidable, deberías estar feliz.

No tengo muchas razones para estar feliz. No por el momento.

—¿Es que no son iguales todos los mares?

Owain mira a Collen, que se encoge de hombros.

—Parece que este está especialmente verde —bromea. Se vuelve hacia mí acto seguido—. Marabilia es el lugar más pacífico que conozco. Y está lleno de

gente interesante: reyes que se van de aventuras, príncipes que se unen a tripulaciones piratas... Sólo os faltan unos hechiceros a la altura.

Siento ganas de resoplar. Perfecto, ahora resulta que estoy a la misma altura que Arthmael de Silfos.

—¿Y cuál es el problema con nuestros hechiceros...?

Owain abre la boca, pero Collen pone una mano en mi brazo y tira con suavidad de mí, para apartarme de él.

—Ah, no. No quieres escuchar su apasionada defensa de los hechiceros de Astrea y cuántas cosas hacen mal los nuestros para desperdiciar su potencial y convertir un gran flujo de magia en una «simple herramienta de curanderos».

Parpadeo. Eso ha sonado a alguien que ha tenido que escuchar un discurso más de una vez. Y más de dos. Se me escapa una sonrisa.

—¡Pero es que es una blasfemia hacia la magia! —protesta el aludido—. ¡Con todas las grandes cosas que se pueden hacer...!

—Supongo que para eso tenemos a los nigromantes —lo interrumpo al ver que va a empezar lo que Collen me ha advertido—. ¿Sois vos como ellos? ¿Podéis usar la magia como un nigromante? —Doy un paso al frente, mirándolo a los ojos. Los tiene oscuros, casi negros—. ¿Podéis hacer y deshacer hechizos a vuestro antojo? ¿Ver las auras de la gente o su mente?

Mi guía deja escapar un ruidito ahogado. El hechicero parece hacerse un poco más alto, pero no se me escapa que, bajo su barba pelirroja, su cara también se enciende.

—Haces que suene muy fácil, pero la magia es un arte delicado. No puedo ver auras, no. Pero podría leerte la mente si no llevases esa piedra azul que bloquea a los intrusos.

Me llevo la mano a la muñeca, a mi pulsera. Aparte de mi sello y mi nombre, tiene engarzada una pequeña muestra de las piedras que los nigromantes siempre llevan consigo y que dicen que previenen que sus auras sean vistas por ojos indiscretos. Fue un regalo de mi madre por mi mayoría de edad y nunca me la quito. Supongo que ahora tengo razones de más para no hacerlo. No quiero a

nadie hurgando en mi mente sin mi permiso.

—Ese ha sido un golpe bajo. Owain no lo admitirá en voz alta, pero admira y envidia a los nigromantes a partes iguales —me susurra Collen, como si el aludido no pudiera oírnos.

—Es decir, que en realidad es bastante inútil, ¿no?

Me arrepiento de haber hablado con tanta ligereza en cuanto veo la ofensa que le he causado al hechicero. Sus ojos destellan y se entornan, y de pronto no parece tan amistoso. Doy un paso atrás.

—L-lo lamento —tartamudeo—. No pretendía... Yo...

—Déjalo antes de que lo empeores. Además, tengo que volver al trabajo. El viento no va a hinchar nuestras velas solo.

Gira sobre sus talones y, aunque hace unos minutos estaba trabajando justo en este lugar, decide buscar otro sitio para sus menesteres. Yo me vuelvo hacia Collen, un poco culpable.

—Lo siento. Creo que... lo he importunado.

El chico me da unas palmadas distraídas en el hombro. No entiendo esa necesidad de tocarme, como si quisiera cerciorarse de que soy real.

—Tranquilo, se le pasará. Owain no sabe enfadarse con nadie más de cinco minutos. De todas formas, intenta recordar que, aunque huyó de su tierra, guarda su recuerdo en muy alta estima y es bastante... patriótico. Si no infravaloras a los suyos, todo irá bien.

Asiento, obediente. Supongo que en nuestro próximo encuentro podría hacer el esfuerzo de escuchar su diatriba sobre las diferencias entre hechiceros. Quizás así acceda a disculpar mi desliz.

Una sombra enorme me distrae. Parece haber aparecido de la nada tras Collen, y de la misma manera furtiva lo envuelve en un abrazo musculoso. Aunque mi compañero da un respingo, no forcejea. Sólo mira de reojo a su atacante y alza las cejas. Yo reconozco de inmediato al hombre que estaba con él en la bodega.

—Así que estás estrechando lazos con nuestro espía... ¿Hay alguna secreta y

morbosa fantasía de la que deba estar al tanto? Sabes que estoy aquí para hacer todos tus deseos realidad, por cuestionables que sean...

Collen palmea el brazo de su compañero y me sorprende ver cómo sus mejillas se arrebolan.

—Este es Rick —dice con fingido aburrimiento—. Lo único que tienes que saber de él es que es un pesado que revolotea mucho a mi alrededor. Si alguna vez puedes apartarlo de mí, te estaré muy agradecido.

Valientes palabras de alguien que se estaba besando con él en la bodega hace apenas unas horas. Y probablemente hubieran llegado a más si yo no hubiese interrumpido... Algo que no hice a propósito, por supuesto. Intentaba salir de allí cuando tropecé con las cajas y una me cayó encima. Por lo general, no me agrada ver a las parejas prodigándose atenciones. Hay cosas en las que prefiero no inmiscuirme...

—Sí, ya había notado que estabais muy unidos —farfullo, todavía con las mejillas encendidas—. ¿De dónde erais antes?

Aunque intento ser sutil al cambiar de tema, creo que no se me da bien. Aun así, el recién llegado me sigue el juego.

—Verve.

Alzo las cejas. Qué curioso. Un pirata del único país sin mar de Marabilia. Es, cuando menos, irónico.

—Rick es el veterano de la tripulación, junto con Jared —explica Collen, parece que más elocuente—. Como imaginarás, lleva años sin pisar su tierra.

Lo observo, atento, y ladeo la cabeza.

—¿Y no lo echáis de menos?

Él sonrío. Sus brazos vuelven alrededor de su enamorado para abrazarlo. Casi puedo imaginármelo revoloteando a su alrededor como un pájaro inquieto. O como un dragón inquieto, siendo justos. En realidad, pese a que su tamaño intimida, alto y fuerte como es, con los brazos cubiertos de tatuajes, da la sensación de que es una compañía... bastante grata. Aunque, por supuesto, no tendrían que ser categorías excluyentes en ningún caso.

—Aquí tengo todo lo que necesito.

Collen no se defiende del ataque de cariño. Por más que ponga los ojos en blanco, me da la sensación de que sólo intenta hacerse el duro. En realidad, creo que le encanta.

—Estaba presentando la tripulación a Kay —explica.

—¿Kay...? —Los ojos de Rick se encuentran con los de su compañero. Aunque no hay palabras, algo me dice que se están hablando sin necesidad de ellas. Me miro las botas, sintiéndome un poco de más—. Kay —repite, esta vez comprobando cómo suena el nombre. Sonríe cuando se vuelve hacia mí al tiempo que se irgue, dejando caer los brazos a ambos lados de su cuerpo—. Seguro que él lo está haciendo todo muy aburrido, con toda su calma de intelectual. Yo te presentaré a todos como es debido: con un montón de anécdotas que les dejen en ridículo.

Echa a andar, sin preguntar, y ambos lo seguimos tan sólo un segundo después. Parece que yo soy la única persona aquí que tiene dudas respecto al nuevo plan. Dudo que a los demás les haga demasiada gracia ser cuestionados por alguien a quien ni siquiera conocen.

Aunque eso ya lo he hecho sin ayuda con el hechicero, aunque fuera sin querer.

Estoy a punto de decir que me gustaba cómo estaba llevando las presentaciones Collen cuando vemos a un hombre salir de la bodega con unas viejas tablillas de cera en la mano. No sabía que la gente las siguiese usando, pero imagino que es lo más cómodo para hacer inventario e ir tachando lo que se consume. A medida que se acerca veo que en su pelo castaño, corto, ya destacan algunas canas. Aunque no es tan grande como Rick, tiene brazos musculosos. Un delantal le cubre la parte frontal de los pantalones.

—Así que ahí estáis, zánganos —les regaña—. ¿Sabe el capitán que estáis paseando por cubierta tan tranquilos, en vez de estar haciendo algo? Porque acabo de encargarme del inventario yo solo, y no me hubiera venido mal una mano.

—Aquí tienes a Harren, el cocinero —me confía Rick con un gesto hacia el hombre—. A veces nos envenena, cuando se pone creativo...

—No es mi culpa si no sabéis apreciar mi arte para la cocina y os sienta mal porque engullís sin masticar. Yo debería estar trabajando en un gran lugar y no cocinando para vosotros, desagradecidos. —Se cruza de brazos y se vuelve hacia mí. Sus ojos me recorren de arriba abajo y me entra la tentación de llevarme las manos al regazo, porque parece como si estuviera mirando a través de mi ropa—. Es como darles margaritas a los cerdos. Espero que tú aprecies mi comida como debe hacerse. Y, con suerte, quizá consigamos que engordes lo suficiente para que te salga algo de músculo, ya que con Collen no funciona.

El aludido murmura algo sobre comer mejor que en ningún sitio, pero el cocinero no parece prestarle atención. Intento esbozar una sonrisa, aunque sé que todo el mundo se dará cuenta de lo forzada que es.

—Lo lamento, pero llevan años intentándolo y no lo han conseguido. No creo que vayáis a tener suerte en esa empresa.

—Oh, claro que sí. Aunque sólo sea porque el capitán va a hacerte trabajar hasta que caigas rendido. No creo que tenerte paseando por cubierta figure entre sus planes.

Me muerdo la lengua para no contestarle que, en realidad, eso es justo lo que están haciendo ellos también.

—Lo que deberíais estar haciendo todos, por cierto.

Aparte de no respetar mi espacio personal, la tripulación también parece una experta en leerme la mente. Me giro, quizá con demasiado entusiasmo, para enfrentarme a otro más de los hombres en el barco. Este no parece amable. Ni siquiera cordial. Sus ojos fríos se posan en mí sin una pizca de calidez. Tiene rasgos rydienses y el rostro serio de quien no está acostumbrado a las bromas. Sobre su hombro carga un pequeño cofre. Imagino que estará poniendo un poco de orden.

—¿Se puede saber qué hacéis confraternizando con el *enemigo*?

—Kay, este es Tayeb. Le gustan las apuestas y ser desagradable con la gente,

así que no te lo tomes como algo personal.

—Hay una leyenda a bordo que dice que, el día en que le haga un comentario agradable a alguien, de su boca no saldrán palabras, sino diamantes y piedras preciosas.

Espero que Owain esté detrás del viento frío que me parece que sopla y no sea producto del enfado de este hombre, porque parece a punto de saltar sobre Collen y Rick en respuesta a sus palabras.

—Qué graciosos estáis hoy. Me alegro de que hayáis recuperado el humor después de que el capullo de su padre nos tuviera pudriéndonos en celdas durante dos días y estuviera a punto de condenarnos a muerte.

Intento contener el escalofrío que me sube por la espalda.

—Kay es un... invitado —le recuerda Collen. Su voz es dulce, tranquila, y lo cierto es que me resulta imposible imaginarme a alguien enfadado con él—. Por orden del capitán. *Todos* debemos respetar eso, Tayeb.

El pirata ante mí chasquea la lengua.

—El capitán escucha demasiado a Nadim —replica—. Y Nadim es demasiado blando. —Ajusta el peso sobre su hombro—. Te estaremos vigilando, niño rico.

Frunzo el ceño.

—Os vais a aburrir mucho, entonces —murmuro por debajo de mi respiración—, porque no está entre mis planes hacer nada. No he venido aquí a apuñalaros por la espalda.

Harren, aún a mi lado, me da un par de palmadas en la espalda y echa a andar para volver a sus quehaceres, imagino. Es obvio que todos me han oído, por cómo me miran.

—Si lo intentases, de todas formas, no llegarías muy lejos —se carcajea, como si la idea de que yo pudiese atacar a alguien le pareciese hilarante—. Pero está bien saberlo. No tendremos que dormir con un ojo abierto.

Me vuelvo hacia Collen y Rick.

—¿Y yo? ¿Tendré que dormir con un ojo abierto?

Ambos sonrían, como si les hiciera gracia la pregunta, a pesar de que no estoy de broma.

—Eres bastante apuesto, así que quizás alguien intente apuñalarte. Pero no será ni por la espalda ni a traición. Y prometo que no dolerá... mucho.

Un hombre de tez olivácea se apoya en el hombro libre de Tayeb, a lo que él le gruñe. Supongo que es el último miembro de la tripulación al que me queda por conocer. Al contrario que su improvisada columna de apoyo, él tiene una sonrisa. Una de diablillo, de niño que se ha portado mal y disfruta al ver el caos que ha causado. Tiene un hoyuelo en la mejilla y una mancha blanca que nace en algún punto debajo de sus cabellos y corre por el lado izquierdo de su cara, perdiéndose bajo la ropa.

—¿Estáis todos aquí reunidos por algo? —Sus ojos despiertos barren la cubierta y al grupo presente—. Es un poco temprano para que corra el ron, pero no me voy a negar.

—Yo estaba trabajando —protesta Tayeb, como si nosotros, yo, hubiésemos echado a perder su productividad con nuestra simple existencia—. Pero ya que estás aquí, Sabir, podemos apostar cuántos días aguanta el principito en el barco antes de que algo le pase.

—¿Algo malo o algo bueno? —El recién llegado me repasa con los ojos—. Porque si es lo segundo, seguro que puedo echarle una mano...

Su brazo me rodea los hombros y eso es, definitivamente, más de lo que voy a consentir. Me alejo, quizá con algo de precipitación, para huir de su contacto. Collen tiene que agarrarme porque pierdo pie, aunque juraría que el suelo no estaba *ahí* hace un segundo. Tengo un poco de calor.

—Gracias, no. Gracias. Preferiría que guardaseis las distancias y mantuvieseis todo envainado.

El tal Sabir tiene expresión de que he herido sus sentimientos, pero no le da tiempo a decir nada. Otra voz se alza sobre el sonido del mar. Una que conozco.

—¿Se puede saber por qué estáis holgazaneando?

Hay un leve momento de tensión antes de que todos se vuelvan hacia el

segundo de a bordo.

—Estaba haciendo las presentaciones. Kay necesita conocer al resto de la tripulación.

—Kay. —Cuando lo pronuncia, parece hacerlo con algo de escepticismo—. Bien. Dime, *Kay*, ¿ya has conocido a todos?

Asiento, arrepintiéndome casi al instante de hacerlo. El mundo vuelve a moverse peligrosamente.

—Entonces, todo el mundo de vuelta al trabajo. ¿O es que debo recordaros que tenemos un barco que navegar? Collen, conmigo, quiero asegurarme de que hemos cogido la ruta más rápida.

—Entonces, ¿no va a empezar a correr el ron ahora? —pregunta Sabir.

—Hay unas botellas en el almacén. —Harren mira al resto—. Pero propongo que las guardemos para después de la cena.

La idea de beber ron no parece muy segura. Todo el mundo tiende a hacer cosas estúpidas cuando se emborracha. Y no me apetece averiguar qué clase de cosas podría significar eso en un barco. Desastres y hombres en el agua, imagino. Además, la idea de probar el alcohol en este momento... Mi estómago hace un sonido desagradable.

—No parece muy seguro beber cuando estás a bordo de un barco —apunto—. El suelo ya se mueve lo suficiente...

Todos me miran con algo de sorpresa. Algunos sonríen de manera desagradable.

—Cinco monedas. —Tayeb le da un codazo a Sabir—. A que no aguanta ni un día sin echar hasta su primera leche.

—¡Mejor que sea en horas!

—Lo que el muchacho necesita es comer un poco. Seguro que está desfallecido. En cuanto haya cenado, se le pasará.

No me molesto en decirle al cocinero que la sola idea de ver comida hace que me sepa la boca a bilis.

—He dicho que a trabajar, panda de perezosos.

Esta vez todo el mundo obedece. La tripulación se marcha mientras parlotea, pero luego se separan y vuelven a sus menesteres. Collen es el único que se queda atrás, conmigo.

—Y este, que seguro que no ha tenido la decencia de presentarse, es Nadim, segundo de a bordo del *Angelique*. O de cualquier barco que Jared capitaneé.

No pregunto por qué. Es obvio que el capitán lo respeta y confía en su criterio, si ha conseguido que acepte mi trato. Y parece bastante listo. Más que su superior al menos.

—Nos... conocemos. —Lo observo con cautela—. ¿Hay algo que pueda hacer yo...?

Nadim me mide con la mirada con lo que espero que sea objetividad. Sé que no soy muy fuerte, así que confío en que no me mande a reorganizar todo el almacén. Y tampoco tengo experiencia en ningún barco, por lo que no sería buena idea pedirme que me acerque a las velas o a nada que pueda mandarnos a pique.

Se acaba encogiendo de hombros.

—Mantente cerca de Collen. Él es nuestro pequeño genio, de modo que quizá puedas aprender algo de él. Y quizá tú puedas aportarle algo.

La sonrisa de Collen es brillante y amistosa, lo que agradezco.

—¡Seguro que conoces un montón de historias que yo todavía no!

Sin que pueda evitarlo, se me escapa una sonrisa. Si tan sólo supiera...

—En realidad, no os hacéis ni idea...



Nadim

El príncipe de Dahes puede ser muchas cosas, pero desde luego no es un marinero: a media tarde echó por la borda todo lo que podía haber comido en su vida y desde entonces apenas se ha movido del rincón de cubierta que ha elegido como su refugio, pálido y martirizado por el movimiento del barco. Collen ha estado con él la mayor parte del tiempo, así que no hay de qué preocuparse: si alguien puede hacer que se sienta cómodo, ese es él. Nadie ha tenido nunca problemas con Collen: tiene ese don natural para agradar a las personas, para saber cómo ser amable con ellas y qué decir en cada momento. Además, Owain le ha obligado a tomar una poción para los mareos, lo que evitará que nos llene la cubierta de vómito. Aunque si devolviera sobre las tablas del barco, Jared le obligaría a limpiarlo con la lengua si hiciera falta.

Hasta él ha aceptado su presencia aquí, lo cual no costó tanto como esperaba: supo ver que el trato que yo proponía era más lógico y nos cubría las espaldas, y ahora mismo no está pensando en nada más que en el *Libertad*, así que no pudo protestar ante la seguridad de que el navío en el que ahora estamos nos favorecerá en la batalla.

Sí, claro que estoy preocupado por Jared, no me mires así. Pero tú sabes (tienes que hacerlo; al fin y al cabo, sólo estás en mi cabeza) que no hay manera de disuadirlo en esta ocasión. Lleva buscando esa venganza demasiado tiempo, y todos en esta tripulación daremos lo que haga falta para que la consiga. Lo que ocurrió con el *Libertad* persigue a Jared tanto como a mí tu recuerdo. Es mi mejor amigo: si le puedo ahorrar las pesadillas, el odio o la culpa, lo haré.

Y mientras no consigue su venganza, al menos le queda el alcohol. A él y al resto de la tripulación, la mayoría perseguida por sus propios fantasmas. Ahora que la noche ha caído, Jared se carcajea de algo que le dice Rick, que como siempre está bien pegado a Collen, quien a su vez está sonriente y feliz mientras escucha. Tayeb y Sabir apuestan una vez más sobre alguna tontería, aunque por lo menos todavía no están tan borrachos como para competir sobre quién está más enamorado del otro. Gavin, Owain y Harren mantienen su propia conversación, riendo también, a la luz de los orbes que iluminan la cubierta.

Supongo que todos celebran estar vivos, después de ver la inminente soga alrededor de sus cuellos.

Me gustaría sentirme como ellos, pero sabes que hace mucho que no puedo.

Por eso me alejo del grupo, con disimulo. Nadie repara en mí. Seguramente lo harán cuando sean conscientes de que falta una botella: la que me llevo conmigo. O quizá para entonces ya estén tan borrachos como para no necesitar más alcohol.

Mi plan es retirarme solo, al castillo de popa, para contemplar el océano que hemos dejado atrás. Supongo que eso termino haciendo siempre. Aunque siga adelante, no puedo evitar mirar atrás.

Pero entonces lo veo, apartado, encogido en un rincón. Y creo que casi me empujas hacia él, diciéndome que me apiade. Suspiro, aunque lo hago, deteniéndome justo delante de su figura. Se percata, claro, y me mira sin apenas levantar la cabeza.

—¿Ya te estás arrepintiendo de tu rebeldía, principito?

Creo que se traga un gemido lastimero mientras vuelve a esconder la cabeza contra sus rodillas.

—Si no me hubiera sucedido ahora lo habría hecho cuando partiese hacia Dione. Prefiero que no me haya ocurrido ante toda mi guardia...

—Ah, cierto. —Sin pedir permiso, me siento a su lado y descorcho la botella. No le ofrezco, porque creo que es lo último que necesita—. Tú y la princesa de Dione os ibais a casar, ¿verdad? Se habla mucho de eso en todos los puertos. Y

supongo que más hablarán de vosotros ahora, puesto que parece que el novio no va a presentarse a la ceremonia. ¿Es por eso, entonces? Tu huida.

El muchacho me mira de reojo, apenas girando la cabeza. Su negación es casi imperceptible.

—No. Bueno, puede que un poco, pero lo considero más una consecuencia que una causa. No puedo casarme con la princesa. Tengo otras cosas que hacer, como ya os he dicho. Me da un poco de pena, porque le tocará soportar todos los rumores que sucederán a mi decisión, pero... es mejor así.

—Sí, seguramente lo sea.

El chico parece sorprendido por mi respuesta. Alza el rostro, irguiendo un poco la espalda. No sé si le mueve la sorpresa o la curiosidad. Me pregunto qué tipo de contestación esperaba. Supongo que una que le amonestase su inconsciencia o algo semejante.

—¿Ahora podéis ver el futuro?

—No, pero puedo ver el pasado. El tuyo no es el primer matrimonio concertado que conozco. Conocí a otra persona que también estaba envuelta en uno. Y, como en tu caso, no había perspectivas de que fuera a traer felicidad para nadie más que para los que lo decidieron.

—¿Vais a decirme ahora que vos erais esa persona?

Ja. Eso sí que ha sido divertido. Hasta tú tienes que estar riéndote. Aunque supongo que a la larga habría pasado, ¿verdad? Si me hubiera quedado más tiempo allí, lo habrían hecho. No creo que hubiera tenido el valor de marcharme entonces.

—No, no fue a mí. ¿Y bien? ¿Cuál es la historia más allá de la huida del matrimonio? Dijiste que alguien necesitaba tu ayuda con un hechizo. ¿Qué clase de hechizo?

Creo que se callará, aunque por lo menos eso significará que tampoco me hará a mí más preguntas que no me apetezca responder. Sus ojos pasan de mí al firmamento, quizás intentando encontrar su propia historia entre las estrellas. Sigo su mirada más por inercia que por deseo, porque ya no puedo contemplar

ese cielo sin rezar por ti.

—¿Os gustan los cuentos?

La pregunta me pilla desprevenido. Bajo la mirada hacia mi acompañante y alzo una ceja, creyendo que he oído mal. Él sigue observando las estrellas.

—Mi abuela materna solía contarme los mejores cuentos. Me sentaba durante horas a su lado, sujetando la lana para que tejiese o escuchando mientras ella desgranaba una historia tras otra. Más tarde, cuando fui mayor, me di cuenta de que lo que yo creía cuentos eran en realidad trozos de la historia de Dahes. Pero hacía que sonaran tan... irreales. Como si perteneciesen a otro mundo. Supongo que intentaba inculcarme un poco de gusto por el saber. Aunque yo aprendí una lección diferente: que a veces la realidad puede ser abrumadora pero también mágica, a su manera. Que todo depende de la perspectiva con la que elijamos enfocarlo.

Ni siquiera sé qué responder cuando vuelve sus ojos hacia mí para observarme de frente sin desafío ni orgullo. Tiene una mirada sorprendentemente... franca. Casi lejana. Es como la tuya cuando mirabas más allá de los límites establecidos.

—Y supongo que será mi trabajo discernir dónde empieza el cuento y dónde tu historia, ¿no es así?

Sé que tú también sientes curiosidad. Que sea el que sea el cuento que va a relatar, quieres escucharlo e intentar separar la ficción de la realidad.

Él asiente.

—Siempre he creído que lo mejor de escuchar una historia es reflexionar después sobre ella.

Doy un trago a mi botella, pensativo. Supongo que puedo entrar en su juego, ya que parece que es imposible que nos cuente toda la verdad sin más. Además, estoy acostumbrado a jugar con la ficción: hace mucho que tú ya eres sólo eso.

—En mi país hay leyendas de mujeres que salvaban su vida contando historias hasta el amanecer. Veamos si tu cuento es tan interesante como los de ellas.

Hay una sonrisa en su boca. Yo me acomodo, apoyando la espalda en la baranda, relajado, y alzo la vista al cielo tachonado de estelas brillantes. Jugaré a unir los puntos de las estrellas para crear las formas del relato, y quizá con suerte estas echen a andar. Hace mucho que hago eso contigo y con las mil leyendas que me he inventado en torno a ti.

El príncipe de Dahes comienza a hablar y la realidad se fragmenta con el golpe de sus palabras:

Érase una vez que se era, hace mucho tiempo, vivía en Marabilia una reina que no podía tener hijos. La mujer estaba aterrada por si su incapacidad de dar a luz a un heredero provocaba una guerra entre sus nobles, así que, desesperada, fue a Dahes y consultó a los alquimistas.

Allí escucharon a la noble dama y le respondieron a su petición con mil disculpas: «No podemos darte un hijo, nosotros sólo sabemos convertir el hierro en oro». Pero a la reina eso no le servía de nada. En consecuencia, fue junto a los hechiceros de Sienna y les preguntó si podían hacer algo por ella. Y los hechiceros negaron y dijeron: «No podemos darte un hijo, pero podemos convertir a tu marido en rana». La reina no sabía cómo eso podría ser de utilidad a su problema, así que fue a Idyll y se arrodilló ante los nigromantes: «He recorrido Marabilia y nadie ha sabido darme una respuesta: necesito un heredero y vosotros sois mi última esperanza para conseguirlo».

Nigromantes como último recurso. En las estrellas los reconozco amparándose en la oscuridad, seguros bajo su manto. Me parece adivinar un rostro conocido, venido del pasado. Años atrás, uno de ellos casi mata a Jared. Siento ganas de decirle a la reina, con su vestido y su corona fabricados con cuerpos celestes, que esa no es una buena idea. Pero el relato, por supuesto, seguirá sin tener en cuenta lo que yo opine al respecto. Como la vida misma.

Los nigromantes, oscuros, ocultos entre sus túnicas negras, le dijeron: «Podemos darte un heredero, si eso es lo que quieres. Pero tal vez no sea lo que estás esperando». La reina estaba tan desesperada que hubiera aceptado cualquier trato: «Si podéis hacer algo al respecto, seré la mujer más feliz del

mundo». «Sea», concedieron los nigromantes.

Se llevaron a la reina entonces a mar abierto y esperaron durante días. Ella no sabía qué iba a pasar y por eso, cuando una cabeza asomó entre las olas, se sorprendió. Una sirena, muy joven y sola, observaba el barco. Y con su negra magia, que todo lo puede, los hombres dieron piernas a la muchacha y la convirtieron en humana. La sacaron del agua y se la dieron a la reina. «No recuerda nada de su vida, es como una recién nacida», dijeron. «Si la mantienes lejos del mar y la encierras con la luna llena, será la heredera de tu reino. Di que es bastarda y nadie hará preguntas. Sacrificarás tu honor, pero tu reino tendrá una digna sucesora».

—¿Una reina en Marabilia sin un hombre a su lado? Sí, es obvio que esto es un cuento.

El príncipe hace una mueca, supongo que desagradado por la interrupción.

—Callad y escuchad toda la historia: eso no es lo importante y, de todas formas, no sabéis todavía si la sirena llegó a reinar.

La reina volvió a casa con la sirena, ahora muchachita humana. Y el rey se enfadó, y toda la corte censuró a la mujer, pensando, efectivamente, que era una hija ilegítima que había tenido siendo más joven. Y podrían haberla apartado de la corte, podrían haberle cortado la cabeza a ella y a la niña por existir, pero la chiquilla era tan bonita, tan encantadora, que no podían culparla. Su madre humana sufrió, pero decidió que valía la pena por el bien del reino. Cada luna llena, cuando los hechizos se rompen, la muchacha era encerrada y se convertía en sirena, y echaba de menos el mar y las olas y a sus compañeras, y las llamaba con esa voz que los hombres no oyen. Y cada mañana después de la luna llena volvía a ser ella, sólo que incluso en su forma humana echaba de menos el océano y nadar hasta lo más profundo, y hablaba de extraños sueños de peces y caracolas, bajeles grandiosos con sirenas en los mascarones de proa, tesoros hundidos y monstruos marinos... Todos reían sus ocurrencias y pensaban que había visto ilustraciones en libros o que tenía una imaginación portentosa. Su madre, por supuesto, sufría por ella, porque sabía la verdad

sobre esos sueños de otra vida. Aun así, pese a su pena, siguió las indicaciones de los nigromantes y la mantuvo apartada de todo eso. La mantuvo, también, apartada del amor, porque si alguna vez se enamoraba de verdad y la besaban, su hechizo se desharía y volvería a ser sirena...

Y la calma siguió hasta que tuvieron que prometerla. Aunque era heredera de un enorme y próspero reino, su unión era inminente. Eligieron a un príncipe de un país lejano y la enviaron por tierra a verlo, con mucho cuidado de que sus ojos nunca encontraran el mar. Y allí fue la princesa y contrajo nupcias con un extraño al que nunca antes había visto y con el que nunca había hablado y, por tanto, a quien no podía querer. La vida continuó para ella, hasta que llegó la primera noche de luna llena que pasaba fuera de su castillo. Su madre fue a visitarla y una vez más la encerró, diciéndole al príncipe que su esposa no se encontraba bien. Confió en que el muchacho no se atrevería a molestarla entonces, pero siempre hay que tener en cuenta la curiosidad de los otros...

El príncipe se acercó de puntillas, esa noche, al cuarto de su esposa, y abrió la puerta. Y tan horrorizado estuvo, al ver lo que había allí, a aquella sirena que le enseñaba los dientes... que, sin pensar ni por un momento que pudiera ser la misma joven que había desposado, la mató.

—Fin.

Cojo aire mientras las estrellas replican el abrupto final de la historia. Me imagino al príncipe, con su espada de diamantes, atravesar a la sirena. Una estrella fugaz cruza el cielo. A mí me parece una mancha de sangre blanca.

Sacudo la cabeza y miro a mi acompañante. ¿Por qué esta historia? ¿Qué puede tener que ver con él?

—No pareces un príncipe asesino, así que ¿supongo que eres la sirena asesinada?

Creo que sonrío, aunque no me parece que sea un gesto feliz. Sé identificar demasiado bien las sonrisas que son sólo ironía.

—Bueno, mi corazón sigue latiendo. Quizás estoy buscando a un nigromante para revivir a la sirena. Se supone que ellos pueden hacerlo.

—Que un corazón siga latiendo no tiene nada que ver con seguir vivo.

Yo mismo me sorprendo de mis palabras, así que no es de extrañar que el príncipe fije sus ojos en mí, entrecerrando los párpados como si fuera yo, y no él, el misterio que desentrañar. Desvió la vista a la botella entre mis dedos y vuelvo a dar un trago, quizá queriendo concentrarme en otra cosa.

—Qué palabras tan amargas para referirse a uno mismo, ¿no creéis? —Es lo suficientemente inteligente como para saber que no voy a responder y pronto ha apartado la vista de nuevo—. Pero cuando tu corazón todavía late, hay esperanza. Y no se necesita a un nigromante para revivir cuando es así.

—Los nigromantes no reviven a los muertos: son sólo historias. Pueden ver espíritus, almas, el futuro. Pero no tienen poder para levantar a muertos de sus tumbas. Y si lo tienen, nunca lo han usado. —En realidad, supongo que ya sabe todo esto, así que no puedo evitar preguntarme por qué finge que no—. Espero que no te hayas arrepentido de haber matado a alguien, porque no te darán una solución a eso. Lo cual no significa que no quieras salvar una vida, por supuesto...

Él tan sólo asiente. Supongo que no va a darnos más pistas de qué hace dejando atrás toda su regia vida.

—¿Qué pasó con esa persona? —pregunta, en cambio—. La que se iba a casar.

Es una manera torpe de cambiar de tema, demasiado evidente. Aunque quizá no le interese disimular, sino dejar claro que el momento de contar cuentos ha acabado para él. Ahora quiere escucharlos.

Lamentablemente, las respuestas a sus preguntas son las mismas que yo llevo diez años intentando averiguar. Dime: ¿qué pasó contigo?

—No lo sé —confieso—. Su historia está inconclusa.

—No hay ninguna historia que quede a la mitad —protesta el príncipe—. Y si no lo sabéis, quizá vos mismo deberíais escribirla. Hasta los libros a los que les faltan páginas pueden arreglarse si se conoce la técnica.

Lo dice como si no intentara hacerlo todos los días. Creo que te veo justo a su

lado, mirándome, esperando que yo te hable de todos los cuentos en los que te he hecho protagonista y todas las veces que te he dado vida como personaje porque no sé si sigues viviendo de otra manera.

—Hay mil posibilidades —susurro, tan bajo que no sé si el príncipe me oye—. Quizá murió, aunque espero que no. La cuestión es que desapareció. Se la llevó el mar. O quizá fue el aire, con un soplo. O puede que se la tragase la tierra y esté gritando, sepultada.

A estas alturas, Zahara, empiezo a afrontar que nunca lo sabré.



Kay

La vida en el *Estrella Fugaz* es sorprendentemente... agradable. Al menos, en cuanto me acostumbro al movimiento del barco. Tras el primer día y la primera noche, tras un par de pociones contra el mareo y obligarme a masticar pedazos de jengibre pese al desagradable sabor, mi estómago se asienta y empiezo a ver el mundo un poco más brillante. Es más fácil mirar a mi alrededor cuando no parece que el suelo se mueve bajo mis pies.

Una vez que puedo empezar a comer sin echar fuera cada bocado, la idea de viajar y ver Marabilia no me provoca tanto miedo como expectación. Los piratas son, de manera *muy* inesperada..., humanos y cordiales. Y no es que antes pusiese en duda su humanidad, pero lo cierto es que todo es diferente cuando compartes las horas del día junto a ellos. Cuando tengo a Collen contándome maravillosas historias de los lugares que han visto o señalándome tesoros escondidos que han recuperado de los mapas. Cuando Harren me enseña a pelar patatas y a cortar vegetales, y me dice que no me va a volver a dejar coger un cuchillo cuando me hago un tajo en el dedo que empieza a sangrar. O cuando Nadim me dice que suba al puesto del vigía para relevar a Gavin y yo descubro que en las alturas, con el mundo a mis pies y el horizonte al alcance de la mano, me siento invulnerable, como si nada ni nadie pudiera alcanzarme.

Y mientras los días pasan y el mar no cambia, mientras los atardeceres se suceden, me doy cuenta de que he bajado mis barreras. De que sonrío como hacía años que no lo hacía. De que escucho sus historias sobre sus vidas, presentes y pasadas, y me gusta. Me interesan. Es una sensación extraña y triste

y emocionante, porque es la primera vez que me siento tan cerca de alguien en mucho tiempo. En *demasiado* tiempo. Me descubro tuteándolos, hablándoles sin la falsa cordialidad con la que me han enseñado a tratar a todo el mundo.

Y aunque siempre me contengo, a veces tengo la tentación de alzar la mano, de tocarlos y asegurarme de que son reales. Cuando eso pasa, me obligo a recordarme que esto es un arreglo temporal. Que, en cuanto obtenga las respuestas de un nigromante y ellos recuperen el *Angelique*, nuestros caminos se separarán. Somos de dos mundos diferentes. No tenemos nada en común. No importa que me hagan creer que son amables y simpáticos o que me hagan sentir a gusto.

Ni siquiera importa que este viaje me esté cambiando. Porque sé que lo está haciendo. Porque me siento libre, sin tener que darle cuentas de mis acciones a mi padre o a mi madre, sin la guardia siguiéndome a cada paso, sin nadie juzgando cómo camino o cómo respiro. Aquí no tengo un horario, unos estudios para los que nunca había descanso o una corona pendiendo, amenazante cual espada, sobre mi cabeza. Aquí no veo los días pasar, sino que los vivo. Los saboreo y les doy forma según mi parecer.

Y sé que esto sólo es el principio. Cuando lleguemos a Rydia y me lleven ante la nigromante, cuando ella me dé las respuestas que tanto anhelo...

—Te veo muy desocupado, principito.

Doy un respingo. Aparto la vista de la línea que es el horizonte y me doy cuenta de que Nadim se ha apoyado a mi lado, en la baranda. Sé que la culpabilidad en mi expresión me delata.

—Estaba... ¿oteando el horizonte? —No lo pretendía, pero la excusa me sale como una pregunta y él alza las cejas, divertido al escucharla.

—Todos hemos usado esa excusa alguna vez, pero al menos algunos intentamos hacer que suene creíble.

Abro la boca para excusarme, pero sé que está de más. Aunque nos miramos un segundo y siento la tentación de decirle que cuento los días que quedan hasta la luna llena, finalmente me trago las palabras, que irán a parar al mismo lugar

en el que se acumulan los remordimientos de todas las cosas que nunca llego a hacer.

—¿Tienes alguna tarea para mí? —pregunto. Imagino que, si no la tiene, se la inventará.

—Si no estás haciendo nada, vas a venir a conmigo a la bodega. El capitán ha ordenado estar preparados y quiero revisar si tenemos suficiente material de asalto, aunque, por lo que me ha contado Harren, parece que tu padre no ha sido todo lo generoso que podría.

Me hace un gesto con la cabeza y lo sigo sin rechistar. Asalto. Durante los últimos días hemos estado viendo barcos pasar, pero ninguno era uno de los objetivos que el rey les dio, así que dejaban que siguieran su travesía. Aprieto los labios, consciente de que no puedo decir nada. De que no podía esperar que su estilo de vida y el mío no chocasen, como han de tropezar nuestros ideales.

Nadim parece darse cuenta de mi conflicto interno.

—Sigue mordiéndote la lengua y vas a envenenarte —dice mientras entra en el almacén y comienza a bajar las escaleras—. ¿Qué pasa ahora?

No me hago de rogar:

—¿Por qué no lo dejáis? —inquiero, quizá con más entusiasmo del necesario—. ¿Por qué no os olvidáis de las órdenes de mi padre o del *Angelique* y vivís vuestra vida? Por lo que me ha contado Collen, habéis recuperado los suficientes tesoros como para vivir como reyes. ¿Qué os lo impide? Retiraos, llevad vidas tranquilas, *en paz*. Al fin y al cabo, ¿qué lleva a una persona a hacerle daño a otra? A aprovecharse de ella y robar aquello en lo que tanto esfuerzo ha invertido. No lo entiendo. Sólo puedo pensar que es maldad. Y no creo que ninguno de vosotros sea malvado.

Nadim no me responde de inmediato. En su lugar, se adentra en el almacén y empieza a mover cajas. Me hace un gesto para que me acerque y lo ayude, pero yo tengo los pies pegados al suelo. Suspira, como si lo estuviese obligando a hacer algo muy desagradable, y levanta la tapa de la primera caja.

—En primer lugar, espero que nunca sugieras lo de olvidarnos del *Angelique*

delante del capitán, a menos que quieras verlo enfadado. Y en segundo lugar..., tú mismo lo has dicho. —Levanta la cabeza para mirarme mientras cubre la caja y pasa a la siguiente—. Ahora mismo sólo seguimos las órdenes de tu padre. Por lo general, disfrutamos más con las aventuras que con los asaltos. Seguro que Collen ya te ha contado varias de esas.

Titubeo, pero me adelanto para ayudarlo. Dentro del arcón en el que miro no hay mucho más que algunos aparejos de pesca, por si empieza a escasear la comida.

—Ayudadme a llegar hasta la nigromante —murmuro—. Sin atacar a nadie. Sin robar nada. Y yo, a cambio, os ayudaré a recuperar vuestro navío. ¿No es eso lo que queréis? No es necesario nada de esto. —Señalo el cargamento que tiene delante. Inventos del Taller. Pequeñas obras de magia y alquimia e ingenio que, pese a su aspecto inofensivo, ya muchos han descubierto que se pueden usar para hacer el mal.

—Lo ves todo de una forma muy sencilla porque no sabes nada. —Niega con la cabeza—. Hay ciertos asuntos importantes para Jared, que no descansará hasta verlos solucionados. Y no sé cuánto sabía tu padre al respecto cuando mencionó el *Libertad*, pero fue muy inteligente por su parte. De no haberlo hecho, Jared jamás habría aceptado sus condiciones.

—El rey siempre es muy inteligente. Por eso consigue usar a las personas como desea —murmuro. Me molesta un poco que parezca sorprendido de que mi padre tuviera un plan y funcionara.

—El rey es un necio. Y por eso su heredero está aquí.

¿Necio, él? Si hubiera que culpar a alguien de necedad, no sería él quien ganase.

—Precisamente por eso, quizás el necio sea yo. No tengo duda de que eso es lo que piensa de mí, al menos, porque no soy como él.

Nadim mete la mano en la caja ante él y saca un objeto. No sé para qué sirve. De hecho, creo que no lo había visto nunca. Él, en cambio, parece familiarizado con el invento. Lo revisa por todos lados, asegurándose de que está bien, y se lo

ata alrededor del antebrazo con ayuda de los cordones que incluye. Hace un movimiento y me muestra cómo se desnuda una hoja afilada, como un cuchillo oculto. Trago saliva. Él no sonrío, pero parece satisfecho. Me tira una de las extrañas creaciones y yo la cojo, sin demostrar demasiada habilidad.

—No sé qué asuntos os traéis tu padre y tú —dice, rebuscando en la caja—, pero sé por Collen que el rey de Dahes no derrocha justicia y honor. Y, además, por lo que parece, es lo bastante estúpido como para poner a su heredero en su contra. Quizá te haya convencido de que eso no tiene importancia, de que no *tienes* importancia. Pero creo que debes ser consciente de la situación que puedes provocar.

Bajo la vista, sin ser capaz de convocar una respuesta. ¿La tengo? ¿Puedo? A veces me planteo que no. Que nada de lo que haga puede tener repercusión en este mundo. Oh, sí, muchos pasarán a la historia por cada pequeño paso que den. Pero ¿yo? Aprieto los labios, conteniendo una sonrisa amarga. Una sonrisa dolida. Está bien. No busco llegar a tanto. Me basta con ser quien controle mi propia vida. Sacudo la cabeza y me digo que tengo que ayudar a Nadim, cuando una voz lejana suena casi tan alta como mis propios pensamientos en este momento.

Barco a la vista.

Nadim y yo nos miramos, en un instante suspendido en el tiempo. La voz del capitán nos llega desde cubierta. Es uno de los barcos que estábamos esperando. Que *estaban* esperando.

Siento que pierdo el poco color que pueda tener.

—Doy por hecho que no lucharás con nosotros, ¿verdad, principito? —murmura Nadim, irguiéndose y mirándome desde arriba.

Hago un mohín.

—No atacaré a nadie, y menos por orden de mi padre. —Aprieto los labios—. Simplemente... tened cuidado.

Él parece divertido por la petición.

—Cuidado, podría parecer que te preocupan unos piratas.

Las comisuras de mis labios tironean hacia arriba.

—Aún tenemos un trato. A menos, claro, que queráis que el rey se quede con el *Angelique*.

Nadim hace un mohín, como si la idea fuese horrible.

—No estoy dispuesto a aguantar a Jared si eso pasa, así que tendremos que salir indemnes de esta. Y tú también. No creo que pase nada, pero si alguien llegase al barco, intenta... defenderte. Por el *Angelique*, claro. Te necesitamos para recuperarlo.

El segundo de a bordo pasa por mi lado y me da un par de palmadas en el hombro. Lo veo subir pesadamente las escaleras. La puerta se cierra detrás de él y yo me quedo a solas, en la penumbra iluminada por las esferas blancas del Taller.

—Por el *Angelique*.



Jared

—Caballeros, el asalto será un juego de niños. Son sólo unos mercaderes y, gracias a Dahes, contamos con una maravillosa bandera que hará que ni siquiera esperen que caigamos sobre ellos. Tenemos el factor sorpresa a nuestro favor. Owain, preparado por si hay hechiceros o nigromantes a bordo; si los hay, son los primeros a abatir.

La magia siempre está estropeándolo todo. Es impredecible. Todavía me duelen las quemaduras que le hicieron unos nigromantes al *Angelique* hace unos años. Por entonces, Owain no estaba con nosotros, pero nos vino bien que aquello nos pasara: así supimos que *necesitábamos* a un hechicero que detuviese a esas alimañas y sus poderes, que ya nos habían frustrado varios golpes. A nadie le sorprenden mis órdenes: saben que aquellos que puedan usar la magia son siempre un objetivo que necesita ser eliminado. Veo a Owain asentir, estirando los dedos casi con anticipación. Gavin le da un par de palmadas en la espalda.

—No gastemos muchas fuerzas, de todos modos. Cogemos la mercancía, lo suficiente para molestar, y nos largamos. No quiero hacerle más trabajo sucio a ese capullo de Geraint de Dahes.

—¿Sin bajas, entonces? —pregunta Nadim justo a mi lado.

—Si tienen muchas ganas de morir, tampoco se lo neguéis, pero hagamos que este asalto sea lo más rápido posible; y nada de tocar el oro en esta ocasión.

—¿Ni oro ni joyas? —protesta Tayeb. Ni siquiera me sorprende, claro: el día que Tayeb no quiera robar cosas valiosas será el mismo día que yo decida que me he cansado de la mar. Vamos, que nunca pasará—. ¿*Nada* de riqueza?

—Tenemos suficiente en Rydia para revolcarnos en ella si queremos, Tayeb. Si te encaprichas de algo, es tuyo, pero tened claro que lo más importante ahora son esos inventuchos del Taller. Nos interesa que el *Libertad* nos persiga, y se supone que eso pasará sólo si frustramos la entrega de esas mercancías. Dejemos claras desde el principio nuestras verdaderas intenciones. Que sepan qué buscamos.

—Es lo más inteligente —corroborra Nadim.

—¿Qué vas a decir? Te encantan esos chismes.

—También me encanta que las cosas sean eficaces, Tayeb. Y esto lo es.

—No recuerdo haber pedido opiniones de nadie —aclaro con voz dura. Tayeb cierra su enorme boca de inmediato, consciente de hasta dónde puede protestar, por mucho que su avaricia quiera seguir quejándose—. Son las órdenes. Si alguien está en desacuerdo, puede quedarse en el otro barco.

Por supuesto, nadie se va a negar. Aun con esas, hay una mano que se alza.

—¿Podemos quedarnos con el alcohol? —pregunta Sabir.

Hay una sonrisa colectiva.

—Los Elementos no saben cómo no te has caído aún por la borda estando borracho —dice Harren mientras se acomoda el hacha sobre el hombro.

—Yo estoy con Sabir —secunda Rick—. Los mercaderes honorables no necesitan alcohol. Si queremos ser buenos, deberíamos librarles de esa terrible tentación.

Bueno, supongo que hay que mantener a la tripulación contenta.

—Bien, puedo aceptar eso también —respondo con diversión—. ¡Todos a sus puestos! ¡Preparados para el abordaje!

—¡Sí, capitán!

El grupo se disuelve. Yo cojo el brazo de Nadim antes de que se separe, echando un vistazo al resto de la cubierta. No me ha pasado desapercibido que faltaba alguien.

—¿Y el príncipe?

—A buen recaudo, en la bodega. No participará, pero tampoco molestará.

Frunzo el ceño, no del todo contento. No me gusta la idea de perder de vista a ese criajo. Pero supongo que así tampoco impedirá que hagamos lo que sea necesario.

—Que Collen se quede y lo mantenga vigilado.

Nadim alza las cejas.

—Es inofensivo, Jared.

—Es un príncipe y su padre casi nos manda al cadalso. Que no se le olvide *a nadie* aquí.

Mi compañero aprieta los labios, puede que disgustado con mi desconfianza, pero sé que no va a protestar. Suficiente fue que lo escuché y permito a ese chico andar entre mi tripulación como si formase parte de ella. Pero no forma parte. A mí no se me va a olvidar de dónde viene, y es demasiado obvio que está escondiendo algo. No me hace ni puta gracia que se codee con los míos.

—Andando —digo, zanjando el tema, cuando Nadim asiente a mi orden—. Tenemos un barco que robar.

* * *

Como yo había previsto, el abordaje es un juego de niños. Engañarles resulta tan fácil que casi resulta aburrido: fingimos tener problemas para que sean ellos mismos quienes acerquen su barco a nosotros y después saltamos sobre ellos, armas en ristre. Por supuesto, no lo esperan. Demasiado inocentes. Demasiado estúpidos.

Sin embargo, admito que aguardaba una tripulación diferente. El barco (una carabela que nada tiene que envidiar al *Estrella Fugaz*) no está lleno de mercaderes temerosos por su vida, sin nociones para la lucha y con miedo a matar. Estos, en cuanto se dan cuenta del ataque, reaccionan y oponen resistencia. Un hechicero intenta hacer algo, pero Owain lo detiene sin dificultad. Cuando un tipo salta sobre mí gritando, es absurdo lo rápido que consigo echarlo al suelo. Mi bota se aprieta contra su pecho y capto su gemido

entre todo el bullicio que llena de pronto la cubierta. Miro alrededor, entrecerrando los párpados.

—¡Todo el mundo tranquilo! No tiene por qué haber derramamientos de sangre innecesarios en este bonito día, ¿verdad? —Nadie puede quejarse de mi buena voluntad, desde luego. Les estoy invitando a rendirse de muy buenas maneras—. Dejad que cojamos aquello a por lo que hemos venido y asunto...

Una sombra, venida de las alturas con la ayuda de un cabo, me acalla cuando se echa sobre mí y me tira al suelo. El dolor y la confusión sólo duran mientras mi cuerpo rueda por los tablones. Cuando abro los ojos, mareado, lo hago a tiempo de ver una espada que se abalanza sobre mí. Desenvaino rápido, a tiempo de parar el golpe, rodando de nuevo para alejarme y levantarme todo lo rápido que puedo.

Así que han decidido que será por las malas. Bueno, que nadie me diga después que es porque yo soy un cabrón. He ofrecido la paz. Ya no se aprecian los buenos modales como antes.

Una pena.

Ante mí hay un hombre rubio cuyo rostro me resulta familiar, pero no consigo ubicarlo. ¿Alguien a quien le debas dinero, Jared, amigo? Suelo pagar mis deudas, pero este tipo parece muy cabreado conmigo. Alzo una ceja, apretando los dedos en torno a la empuñadura.

—Supongo que esto es que no estáis dispuestos a darnos la mercancía sin más, ¿verdad?

—Antes muertos —responde él. Supongo que es el capitán—. Estoy seguro de que nadie surca más los mares que los *Sueños*, pero ya es la segunda vez que me encuentro con vosotros y empieza a molestarme. Veo que habéis cambiado vuestro barco, pero no la educación.

—¿Nos hemos cruzado alguna vez y has vivido para contarlo? Ese sí que es un buen chiste.

—Marchaos —espeta el rubio—. ¿O queréis que volvamos a quemar vuestro precioso barco? Porque así terminó la última vez.

Frunzo el ceño, apretando la espada en mi mano, y lanzo un vistazo rápido a la tripulación. De pronto, sé quiénes son: no por él, sino por aquellos nigromantes que casi queman mi preciado *Angelique* hace tres años. Por aquel entonces creo que era una capitana quien lideraba a esta gente.

Nadim parece haber recordado también, porque lo veo girarse hacia Owain.

—¡¡Atento, Owain!!

—Lo mismo digo —responde el tipo frente a mí, con los ojos entrecerrados.

Se echa sobre mi cuerpo, espada alzada. Por supuesto, esta vez lo espero. No es malo con el estoque, así que decido no reírme demasiado de él. Sé cuándo no hay que jugar. Infravalorar a un enemigo puede ser el principio del final, y este parece decidido a no dejar que toquemos su valiosa mercancía. Por eso lo empujo con fuerza, gruñendo, cuando nuestros metales se encuentran.

Las dos tripulaciones siguen a sus capitanes. Pronto, el caos se desata en cubierta, riendo, bailando entre sonidos de hierros chocando, de gemidos al ser heridos. Es una canción a la que todos estamos acostumbrados. Llevamos moviéndonos a este son muchos años. Yo, de hecho, toda mi vida.

Lo único que me preocupa son los posibles nigromantes, pero mi nuevo barco no recibe daño alguno, de modo que supongo que el capullo que la ha tomado contra mí estaba de farol y poco más.

Por eso probablemente ganamos sin demasiada dificultad, aunque me hubiera gustado que las cosas fueran todavía más sencillas. Me doy el gusto de ser yo el que ate al capitán, después de que caiga por una herida en el muslo. Se revuelve mientras lo hago y yo le doy un puñetazo para dejar las cosas claras. Que no me toque demasiado los huevos, que le dije a la tripulación que esto sería limpio, pero puedo cambiar de opinión en cualquier momento.

—Has tenido suerte de que vengamos con intenciones muy definidas y pocas ganas de complicar más el asunto. De lo contrario, tú y toda tu tripulación estaríais muertos.

El capitán aprieta los dientes. No debe de ser mucho mayor que yo.

—Puede que os arrepintáis de no habernos matado cuando mi jefa se entere

de esto.

Su jefa. Sonrío, divertido. Supongo que será la capitana de aquella ocasión. La verdad es que no podría importarme menos.

—Tiemblo. Dile a tu jefa que estaremos esperando su ira.

Me pongo en pie. El resto de mi tripulación aguarda órdenes, vigilando a los mercaderes más revoltosos.

—¡Coged la mercancía y llevadla al barco! ¡Nos largamos!



Kay

Aunque Collen me pide que suba con él a cubierta, yo me niego y me quedo en un rincón de la bodega, con un barril como asiento y los dedos concentrados en jugar con mi pulsera. Me gusta la forma en que la piedra parece despedir luz azul, que decora el techo y las paredes de haces de color según cómo la ponga. En el triste cuarto, sin más matices que los tonos apagados de la madera y el blanco de las esferas de luz, el efecto parece irreal, como salido de un sueño.

En realidad, toda esta situación parece parte de una alocada fantasía. Desde mi sitio percibo el sonido de la pelea, el de los gritos, los metales al entrechocar. Es una canción que odio, que todo el mundo debería odiar, porque nunca trae nada bueno. Y lo peor de todo es sentir el corazón dividido. Qué tontería. Debería tener claras mis lealtades. Debería desear que los malos caigan y los buenos se alcen, pero ya no sé qué bando es cuál. Desde luego, los *piratas* deberían ser los vencidos. Es lo que me dice la lógica, al menos. Que asaltar los barcos de otros y despreciar de tan vil manera sus esfuerzos es cruel y merece ser castigado. Pero sólo están siguiendo las órdenes de mi padre. Para recuperar lo que es legítimamente suyo y que otro, a su vez, les arrebató.

Me deslizo fuera de mi improvisado asiento y estiro las piernas mientras paseo arriba y abajo por la bodega. ¿Es porque deseo que salgan airoso de esta? ¿Porque creo que mi padre es más culpable que ellos? ¿Porque es la misión del rey procurar la seguridad de todos y en cambio está usando su influencia para crear caos y ser egoísta? Aprieto los labios y paso un dedo por la cadena de plata en torno a mi muñeca. Yo, si tuviera la oportunidad, sé que no actuaría así. Yo

trataría de enmendar esta situación. *Deseo* hacerlo, pero no sé cómo. En este momento, quisiera convencer a la tripulación del *Estrella Fugaz* de que dejen correr esto, de que dejen de robar, pero sé que si lo hacen se meterán en problemas. Y, de todas formas, ¿por qué tanto interés en el *Libertad*? ¿Qué puede relacionarlos? No parece una simple cuestión de orgullo. Nadie sería tan estúpido como para dejar que un sentimiento así lo destruyese, ¿verdad?

No lo tengo claro. Y tampoco conozco a estos hombres como para saber qué los mueve. Cuáles son sus deseos o sus sueños o... qué buscan. Porque todo el mundo busca algo. A veces es algo para calmar el dolor de una herida abierta, para acallar un pensamiento. A veces es un trozo de nosotros que hemos dejado atrás sin darnos cuenta. A veces es una cura para la desesperación. A veces es algo que nos permita mantener la llama de la esperanza encendida un poco más.

Sólo un poco más, Kay.

Suspiro y miro la muñequera que rodea mi otro brazo. Huele a cuero y es dura al tacto. Siento la cálida presión alrededor de mi piel y soy demasiado consciente de que guarda un arma mortífera en su interior.

A nadie le puede gustar esta clase de vida, ¿no es cierto?

Pero durante unos días, durante casi un cuarto de luna..., yo he sido más libre y más feliz que nunca.

—No. —La palabra sale de mis labios sin permiso—. Basta. No sigas por ahí. Tienes una misión. Has hecho una promesa. Encuentra a la nigromante. Acaba tus asuntos con estos hombres y sigue adelante.

Aún me quedan muchas cosas por decidir respecto a eso. Qué va a ser de mí. Cómo me ganaré la vida después. Pensar en eso hace que me dé vueltas la cabeza. El mundo real no parece existir a bordo de este barco, pero la vida sigue y yo necesitaré alimentarme y vestirme y... Y mis posibilidades no son tan amplias como me gustaría. Aún hay muchos obstáculos que tengo que saltar.

—¡Kay! —Collen se asoma al almacén. Su figura se recorta contra el cielo azul, pero la luz me da en los ojos y tengo que bizquear para reconocer su silueta—. ¿De verdad no vas a salir?

Titubeo. El rugido de la contienda parece haberse acallado, pero no me muevo. Casi puedo oír el suspiro del muchacho. Sus pasos se acercan mientras baja las escaleras.

—¿Estás bien?

—Estoy bien. No..., no me gustan los conflictos, eso es todo.

—Conflicto... —Collen alza las cejas. Paladea la palabra como cuando Nadim se burla de mí. Al parecer, considera que tengo un vocabulario demasiado enrevesado. Yo no entiendo qué tiene de malo, pero a él parece hacerle mucha gracia—. Es una forma curiosa de llamarlo. Es un *abordaje*. —Pone especial énfasis en pronunciar la última palabra—. ¿Estás seguro de que sólo es eso?

Aprieto los labios, aunque no digo nada. En su lugar, me quedo mirando mis propios pies con fijeza, consciente de su presencia. Aún hay tanto que no puedo decir... Pero a veces me gustaría. De entre todas las personas que he conocido jamás, creo que ellos serían los únicos a los que me permitiría abrirme. Quizá no a todos, claro, pero al menos a Collen, siempre amable, siempre con alguna historia que logra que mi mente explore nuevos lugares sin la necesidad de haber estado allí.

¿Tiene eso sentido?

—Vamos arriba —me anima. No insiste, no vuelve a preguntar. El momento pasa y algo en mi pecho se libera de un nudo que ni siquiera sabía que se me había formado—. Han prometido que traerían alcohol, seguro que a eso no te puedes resistir.

Sonrío. Es una broma, lo sé. Sigo siendo reticente a beber en un barco y, de todas formas, la primera vez que probé su ron creí que me moría. Todos se rieron de mí, por supuesto, pero un simple trago bastó para que se me llenaran los ojos de lágrimas y me ardiera el estómago. Claro que ellos están acostumbrados, al parecer, a venenos peores, mientras que yo añoro el vino dulce y especiado de palacio o la sidra caliente que bebía en invierno.

Collen me guía fuera y yo lo sigo sin rechistar, a tiempo de ver cómo los demás miembros de la tripulación llegan con cajas del *Sueño de Mar*, donde

todavía se oyen las quejas de la tripulación y sus insultos hacia nuestros hombres. Desde luego, mi vocabulario es bastante *limitado* en comparación con lo que oigo.

Una vez que todo está a bordo, Owain hace su magia y las velas se hinchan. El olor a mar nos envuelve y yo cierro los ojos un instante, apreciando la brisa que se ha levantado y que me despeina. Cuando los abro de nuevo, compruebo que todos están sanos y salvos. Gavin tiene un corte superficial en el brazo y Harren un poco de sangre entre los cabellos, pero por lo demás parecen enteros.

—Coser y cantar —me dice Sabir cuando fijo los ojos en él. No ha perdido el tiempo y alza una botella hacia mí, como si bebiera a mi salud—. ¿Estabas preocupado por nosotros?

Siento cierto rubor en las mejillas, pero espero que la rojez que tengo en la piel por el sol sea suficiente para ocultarlo.

—No ha escapado ni ha intentado unirse al bando contrario, que es más de lo que yo esperaba. —Tayeb le arrebató la botella a Sabir, que hace pucheritos como un niño pequeño. Me parece que el primero lleva más anillos que antes, todos especialmente brillantes.

—¿Y por qué querría hacer eso? —Harren se sienta en una caja mientras Owain se encarga de revisar su herida—. ¿Dónde va a estar mejor que con nosotros? Ni en su palacio comía tan bien. Yo ya no lo veo tan escuchimizado como antes.

Se me escapa una pequeña sonrisa. Sigo igual que siempre, pero le dejaré pensar eso si le hace feliz.

—Más bien me quedo porque soy una persona de honor. No me veréis faltando a un trato. Ni siquiera con unos bellacos.

Nadim esboza una media sonrisa, los brazos cruzados sobre el pecho.

—¡En realidad es porque somos muy divertidos! —Aunque Rick ha rodeado los hombros de Collen con un brazo, se aproxima para hacer lo mismo conmigo con el otro. Yo le dejo, aunque no puedo evitar tensarme—. Bueno, excepto Tayeb. Él es un desagradable, pero hemos aprendido a...

Su discurso se ve cortado por una exclamación de dolor o, más bien, de sorpresa. Uno de los nuevos anillos de Tayeb cae al suelo tras haber rebotado en la persona a la que iba destinada.

—¿A qué, Rickon? —gruñe el aludido.

—A apreciarte. —Como me ha soltado para frotarse la cabeza, yo aprovecho para alejarme un par de pasos—. Aunque a veces nos lo pongas tan difícil...

—¿Sabéis qué ponéis todos difícil? —La voz del capitán se alza sobre cualquier otra y nos obliga a girarnos hacia él—. Navegar. Así que poned de vuestra parte y todos a trabajar. Ya lo celebraremos cuando estemos bien lejos de aquí. —Con la impunidad que le da ser el hombre al mando, le arrebató la botella a Sabir, que la había recuperado. Da el trago de la victoria y se fija en mí. Sus ojos se entornan, como si viera algo que no le gustase. Lo cierto es que puede llegar a resultar un poco intimidante a veces—. Tú también, chaval. La próxima vez que atacemos no pienso dejar que te escondas en la bodega.

Si alguien se pone en marcha a nuestro alrededor, yo no lo noto. Sólo tengo ojos para el hombre ante mí. Frunzo el ceño.

—No participaré en ningún acto de piratería. He aprendido a defenderme a mí y a quien lo necesite, y sólo para eso accederé a empuñar mi espada. Ayudo en el barco y seguiré haciéndolo porque soy quien más interés tiene en llegar a tierra. Pero ahí acaba mi implicación con las... actividades corsarias, vuestras y del rey.

Alzo la barbilla para enfatizar mi discurso, pero él sólo parece muy aburrido.

—También has aprendido que te gusta el sonido de tu propia voz, por lo visto. —Abro la boca para contestarle, pero él alza una mano—. No te esconderás en la bodega —repite—. Es una orden. Y probablemente seas un estorbo más que una ayuda en el abordaje, así que tampoco te quiero allí. Te quedarás aquí, en cubierta, defendiendo mi barco. Si te crees un miembro de esta tripulación, ayuda en eso y facilitarás el trabajo de los demás. —Se vuelve hacia el resto, que todavía nos observa—. ¿No me habéis oído? ¡He dicho que volváis al trabajo, holgazanes!

El hombre se aleja a grandes zancadas, a hacer lo que sea que hagan los

capitanes. Yo me quedo con los pies plantados en cubierta, mirando a los demás. Algunos sonrían. Casi todos se ponen en marcha. No se me pasa desapercibida la lealtad que le profesan, aunque no me queda muy claro el porqué.

—¿Por qué lo seguís? Es de lo más desagradable.

Dijo alguien cuyo padre encierra a gente en sus mazmorras y luego los usa para atacar los inocentes barcos que llevan material del Taller.

—Porque somos piratas, y el capitán más que ningún otro —me confía Rick. Ha dejado escapar a Collen de su agarre, aunque siguen cerca el uno del otro—. Además, también es la persona más leal que he conocido nunca: te lo aseguro, nada le importa más que su familia. Y su familia somos nosotros.

Nadim aprovecha que lo ve desocupado para ponerle una caja en brazos.

—Eso es precioso, Rick, pero el capitán ha dado órdenes y no le importaréis tanto si no obedecéis. Así que andando.

Lo miro.

—Pero tú eres el segundo. ¿No aspiras a... nada más? Por lo que he visto, podrías hacer su papel mejor incluso que él...

Rick se echa a reír en cuanto hablo. Por alguna razón, mi sugerencia le resulta de lo más jocosa. Hasta Collen sonrío y alza las cejas. Comparten una mirada, pero no dicen nada y se van: Rick con su caja, al almacén; Collen, supongo, de vuelta a sus mapas o al timón.

—¿Qué es tan gracioso? —pregunto, siguiéndolos con la mirada.

Nadim, a mi lado, coge una de las cajas y me la pone en los brazos. Yo me hundo un poco bajo su peso y resoplo, pero mantengo la espalda erguida y lucho contra la fuerza que me atrae hacia el suelo.

—A lo mejor no son capaces de tomarme en serio como capitán.

—¿Qué?

—Que quizá no les intimidó. Ni me harían caso. A lo mejor me ven muy flojo para ser capitán y por eso se ríen. —Alza las cejas. Si no fuera imposible, juraría que está bromeando. O se está burlando de sí mismo—. Ya sabes. Hay que ser temible, malhablado y sanguinario. Seguro que piensan que no estoy a la altura.

Parpadeo. Es muy difícil decidir si lo está diciendo en serio, porque su expresión no cambia.

—¿Puede ser... que sepas bromear?

La pregunta le sorprende. Lo descubro en la forma en que cambia de posición. En cómo cruza los brazos sobre el pecho. Parece... ¿avergonzado? Su tono a la defensiva me da la pista definitiva de que así es:

—Pues claro que sé bromear. Lo sorprendente sería que *tú* supieras hacer bromas o reconocerlas, con esa manera de hablar y ese tono tan resabido.

Se me escapa una sonrisa que sería mucho más amplia si no me estuviese tambaleando bajo el peso de los productos del Taller.

—Lo siento, la sangre azul es incompatible con las bromas. A lo mejor es por eso por lo que los piratas y los reyes nunca se han llevado bien. Demasiado parecidos.

Aunque últimamente los reyes me parezcan mucho más crueles que cualquier pirata que haya conocido.

—Por suerte para ti, todavía no eres rey, sólo un príncipe. —Él mismo coge una caja del suelo y se la carga al hombro, haciéndome un gesto con la cabeza para que lo siga—. Si no, no podrías ser un miembro de la tripulación. Y quieras o no..., eso es lo que ahora eres y deberías sentirte orgulloso.

Lo hace sonar como un gran honor. De alguna forma, hasta me convence. Me siento sonreír. Eso sí que es una broma. Un miembro de la familia real de Dahes luchando codo a codo *con* piratas, a su mismo nivel, en vez de *contra* ellos.

Supongo que esto demuestra que todo el mundo tiene que aprender a reírse de sí mismo. Incluso la Historia.



Collen

—Siento tener que hacer esto, Kay.

Él resopla, dejándose caer sentado entre las cajas con los brazos cruzados y el ceño fruncido. No parece hacerle mucha gracia que le vaya a retener en el almacén justo cuando estamos a punto de llegar al refugio. Seguro que siente curiosidad por saber cómo hemos logrado escondernos de los ojos de todos durante tanto tiempo. Pero, por supuesto, eso al capitán le ha parecido un secreto que no debe compartirse con alguien como él.

—Esto es innecesario —refunfuña como un niño al que le prohíben salir a jugar—. No os voy a delatar.

—Lo cierto es que no puedes asegurarlo, ¿no crees? —Kay levanta la cabeza como un resorte, sintiéndose ofendido, y yo alzo las manos para enseñarle las palmas—. No es que dude de ti. Lo que quiero decir es que quizás estés seguro de eso *ahora*, pero las situaciones cambian. Y alguien podría usarte: la mente es demasiado frágil y tú sólo tienes una pulsera para protegerte de cualquier ataque innecesario.

—Yo *al menos* tengo una pulsera. Vosotros no tenéis nada para proteger vuestras mentes: sois aún más susceptibles de desvelar vuestros propios secretos que yo.

—Con la diferencia, Kay, de que nosotros estaríamos dispuestos a matarnos antes de que nos usaran para delatar nuestro escondite.

Eso es suficiente para silenciarlo. Yo suspiro y voy a sentarme a su lado, sobre las cajas. En estos días he aprendido a considerarlo un nuevo amigo y espero que él haga lo mismo conmigo. Me gustaría frotar su brazo para apoyarlo,

pero sé que no se siente demasiado cómodo con el contacto físico, así que confío en que mi presencia a su lado sea más que suficiente.

—Piensa que pronto estarás pisando tierra y podrás solucionar tus asuntos.

Eso debe de animarlo un poco, porque esboza el asomo de una sonrisa. Me mira de reojo y creo que dirá algo, pero decide callar. A veces noto que hay algo que quiere contarme. Bueno, quizá no a mí, sino al mundo. Algo que se muere por decir, pero que no tiene el coraje suficiente para pronunciar. O quizá ni siquiera sea una cuestión de coraje, sino de simple dificultad. Nunca le he preguntado, claro. Pueden ser sólo impresiones mías y, aunque no lo fueran, no creo que haya que presionar a las personas para hablar de aquello que les cuesta decir: uno sólo puede estar ahí, esperando, para escuchar cuando sea necesario. Nada más.

—¿Tú la conoces? A la nigromante.

Niego, encogiéndome de hombros.

—Creo que es amiga de Nadim. O que lo fue en algún momento. No lo sé. Él te llevará hasta ella.

—¿No quiere él hacer algo? Es de Kalinda, ¿no? No quiere..., no sé, ¿visitar a su familia?

Alzo las cejas. No sé si me resulta más increíble que considere que los piratas son del tipo de personas que *visitan a sus familias* o que hable precisamente de Nadim. En cualquier caso, no es algo que yo deba responder.

—Hay historias que es mejor que no te cuente yo, aunque deberías intentar mantener esa curiosidad a raya. Existen cosas de las que no se hablan en el barco.

Kay parece aún más intrigado. No se trata de la simple curiosidad que ha demostrado mientras le contaba las aventuras que ya hemos vivido o le explicaba teorías sobre futuros posibles destinos enseñándole mis mapas y mis libros. Esta vez parece querer desentrañar un misterio.

—¿Como qué pasó entre el capitán y la capitana del *Libertad*, por ejemplo?

No puedo disimular mi sorpresa. Abro la boca, pero la cierro, sin palabras.

Bien, yo conozco esa historia. Todos en la tripulación lo hacemos. Carraspeo y aparto la vista al techo del almacén. Una vez más, no me siento cómodo con las historias de gente que conozco tan bien. Contar cuentos, leyendas, es sencillo porque los personajes son desconocidos. Ni siquiera tienes que imaginarlos como seres de carne y hueso, sino como trozos de papiro movidos por el viento. Con las historias reales... es distinto. Cuando hablas de dolor, sabes que es verdad. Cuando un personaje de la narración muere, hablas de una vida que se extinguió.

—Como eso, sí...

—Diandra es una traidora.

Los dos alzamos la cabeza rápidamente, sobresaltados. Rick está apoyado en la puerta del almacén; apenas una silueta oscura contra el cielo del atardecer. Se separa rápido y cierra la puerta del almacén tras de sí, privándonos de la luz natural y la brisa que se colaba por las escaleras, y se acerca con calma.

—Y tú eres un bocazas —lo acuso.

—No veo nada de malo en decirlo.

—No creo que el capitán quiera que...

—Que se airee su historia ante un desconocido. Por supuesto. —Sus ojos, sin embargo, se fijan en Kay—. Pero yo estaba allí entonces, así que también es mi historia. —Vuelve a mirarme, cruzando los brazos sobre el pecho—. Y este chico ha terminado metido en esto y quizá quiera pensarse mejor lo de estar en este barco cuando nos encontremos con ella, porque no será agradable.

—Estoy en un barco pirata. *Sabía* que no iba a ser agradable. Aunque tengo que reconocer que está yendo mejor de lo que me atrevía a soñar. ¿Qué pasó con ella? ¿Qué consideráis los piratas «traición»? Vuestra moral, con perdón, es un poco laxa.

Rick me mira, de pie frente a nosotros. No comenzará a hablar sin que yo le dé permiso, aunque sea, como él mismo dice, en parte su historia. Suspiro, pero supongo que tiene razón. Tampoco es como si pudiésemos tener a Kay en la ignorancia todo el rato. De hecho, la ignorancia a menudo es mucho más

peligrosa que el conocimiento, aunque el precio del conocimiento sea más alto.

—En realidad, no lo es tanto —murmuro.

—No más laxa que la de cualquier otra persona egoísta, al menos —dice Rick mientras viene junto a mí y se apoya en la caja, de lado, para poder seguir mirando a Kay—. ¿Qué te parece tan «inmoral» de lo que hacemos? ¿Es lo de robar? ¿Matar, quizá? Los poderosos lo hacen todos los días. Los poderosos, de hecho, *ordenan* a otros que lo hagan por ellos. Empezando por tu padre. Sólo que siempre es el pobre, el desamparado, el que se lleva la lacra. Nunca verás que se le corten las manos a un noble en caso de que robe o que se le condene a muerte aunque haya matado a otras personas u ordenado matar. Mi padre era militar. Uno muy bien colocado. Vi cómo defendía cosas mucho más indefendibles de las que he defendido yo nunca en este barco, sólo por estar al servicio de una corona.

—Eso no os exime de culpa —protesta Kay, aunque aparta la vista a sus pies, que está balanceando—. Igual que no exime a los nobles ni a los reyes... ¿Creéis que no sé lo que hace mi padre? Sé cosas que ha hecho de las que no tenéis ni idea. Es... un criminal. No me oiréis negarlo. Pero también creo que hay otra forma de hacer las cosas: admitid que la vuestra no es la más honorable.

Sonrío apenas, casi enternecido. Creo que se sentiría mucho mejor si consiguiera que pidiésemos perdón o cambiásemos de vida. Precisamente porque le caemos bien no quiere sentirse partidario de gente que no está del lado correcto.

—No creo que nos hayas oído excusarnos. No somos las mejores personas del mundo y lo sabemos. Tampoco somos las peores.

Kay aprieta los labios al ver que, una vez más, su intento de hacer que meditemos sobre nuestro estilo de vida cae en saco roto. No aspiro a que entienda que vivimos al margen de la ley porque las leyes, el mundo y el orden que otros han instaurado no son para ninguno de nosotros. Supongo que en algún momento dejará de intentar convencernos de que tenemos que abandonar.

—¿Qué pasó con...? ¿Diandra, has dicho que se llama? —vuelve a preguntar.

Supongo que ya que no va a conseguir disculpas querrá llevarse algunas respuestas de esta conversación.

Yo miro a Rick. Hay cuentos que es mejor que cuente él.

—Dirigió un motín —dice con la sencillez de la verdad—. Por eso el otro día nos hizo gracia que sugirieses que Nadim podría quitarle el puesto a Jared. Nadim nunca haría eso. Son como hermanos. Jamás lo traicionaría, jamás aspiraría a más poder, y menos sabiendo lo que ocurrió con Diandra. Nadie en esta tripulación lo haría.

Kay hace un mohín, sin esperar algo así.

—¿Se amotinó... contra Jared?

—Contra sus padres. Eres demasiado joven para haber oído hablar de ellos, y dudo que en tus lecciones de príncipe te hablasen demasiado de la historia de la piratería, pero Angelique y Natán, los padres de Jared, fueron dos de los piratas más buscados de toda Marabilia durante mucho tiempo. Y su barco era el *Libertad*.

Suspiro al reconocer la sorpresa en los ojos de Kay. La historia, sin embargo, no ha hecho más que comenzar.

—¿Robó el barco de sus padres?

—Después de asesinarlos. A ellos y a la parte de la tripulación que no se unió al motín. Jared tenía catorce años cuando vio cómo el caos llegaba al barco de la noche a la mañana. Hubo gritos y sangre. Vio los cadáveres de sus padres y a los tripulantes, que hasta la noche anterior eran su familia, luchar unos contra otros. No entendía nada. Yo tampoco. Los dos éramos muy jóvenes, pero yo supe que tenía que sacarlo de allí. Él, obviamente, no quería largarse, no quería pensar en dejar a sus padres en el barco, pero la situación lo había bloqueado lo suficiente como para que yo pudiera agarrarlo y huir con él. Conseguí soltar uno de los botes y nos echamos al océano sólo con eso. Casi no lo contamos, pero, si nos hubiéramos quedado en el *Libertad* aquella noche, hoy no estaríamos aquí.

—Y desde entonces, no han vuelto a encontrarse nunca más —concluyo.

Kay guarda silencio, con sus ojos fijos en nosotros. No sé si espera que le

digamos que todo es un cuento y le contemos una historia más feliz. Por esto no me gustan las historias reales: la ficción todavía te permite fingir que no hay realidad tras ella, aunque esa sea una mentira piadosa. Las historias reales, en cambio, nunca dejan lugar a esa posibilidad; no te permiten disfrutar sólo de la épica o de la emoción. Siempre hay algo más.

—No sabía nada —susurra al final—. Es..., es horrible. No sé si el rey sabía... ¿Creéis que mi padre estaba al tanto de esto? ¿Que por eso escogió a Jared...?

Rick y yo compartimos una mirada, sin saber qué responder a eso. Bueno, desde luego, no creo que pueda saberlo todo con tanto detalle.

—Puede que no supiera toda la historia, pero sí la relación entre los dos barcos —razono—. No es difícil averiguarla si indagas lo suficiente. Yo conocía cosas del *Angelique* antes de llegar a él por las historias que se contaban.

Por cómo nos observa Kay, es evidente que no ha oído ninguna de las leyendas que yo sí. Una de las primeras cosas que hice en cuanto llegué al *Angelique*, hará ya cinco años, fue separar lo que era real de lo que no. Quería saber la verdad. No le pregunté al capitán, pero Rick se ofreció a contarme todo lo que sabía al respecto. Con el tiempo descubrí que a Jared no le agradaba hablar de aquel motín, pero que no detestaba hacerlo de sus padres y del principio de la leyenda de la que él mismo nació. Muchas aventuras que yo ignoraba me las ha contado él mismo, y cuando lo hace hay un orgullo desmesurado en sus palabras. Sobre todo cuando se refiere a su madre, a quien debió de querer con locura.

—Angelique era una mujer bastante conocida. Fue una noble de Dione, muy poderosa en su día. Enviudó muy joven y, cuando lo hizo, con toda la fortuna que tenía consiguió el mejor barco que pudo y se echó a la mar. Aquel primer barco era el *Libertad*. Como pirata, se dedicó más a la búsqueda de tesoros, pero también molestó a muchos poderosos. No sé si lo hacía por justicia o por diversión, pero lo cierto es que trunció varios negocios turbios, hundió cargamentos ilegales... En definitiva: se buscó varios enemigos fuertes,

precisamente porque era una especie de... anarquista. Su tripulación inicial era sólo de mujeres.

—Exactamente como lo es ahora la de Diandra —aporta Rick, cogiendo una de mis manos y jugando con mis dedos—. Supongo que considera que así es como nunca debió dejar de ser: Diandra estaba en aquella primera tripulación. Era la segunda, por aquel entonces.

—Y el *Angelique*... —murmura Kay—. El *Angelique* se llama así por la madre de Jared, ¿verdad? Es... lo último que le queda de ella. Y por eso parece tan decidido a recuperarlo, pase lo que pase.

—Es algo más que eso, en realidad. Es parte de la historia de los padres de Jared.

Rick me suelta para mirar alrededor. Lo conozco lo suficiente para saber que trama algo, pero me hace un gesto para que continúe con la narración mientras él se pierde entre las cajas. Kay parpadea, aún más confuso que yo.

—Es... una historia de amor bonita, supongo. —Me encojo de hombros y esbozo una pequeña sonrisa. Por lo menos, me toca contar algo feliz—. Natán admiraba a *Angelique* como pirata porque ella *nunca* fallaba un golpe. Una vez quiso enfrentarse a ella, pero *Angelique* no estaba interesada en duelos. Y Natán, que no quería perder su atención, le ofreció una búsqueda de un tesoro: de esa manera se descubriría qué tripulación era la mejor, la más rápida, la más capacitada para encontrar las mejores riquezas. Quien ganase se quedaría con todo lo que las dos tripulaciones hubieran conseguido. A *Angelique* le pareció un reto interesante y accedió. Las mujeres de su tripulación, por supuesto, también estaban encantadas con la idea de hacer morder el polvo a un montón de hombres que se consideraban mejores marineros. Quedaron en encontrarse en un islote cerca de Sienna al cabo de una luna y contar allí las ganancias. No obstante, cuando Natán y su tripulación se presentaron... iban con las manos vacías.

Kay frunce el ceño, confuso. No es para menos, claro.

—¿No se habían tomado en serio el enfrentamiento?

—Eso preguntó Angelique con el mayor enfado que te puedas imaginar. Ella y su tripulación se sintieron burladas. Pero entonces, Natán...

—«¡No ha sido mi intención importunaros, mi bella dama!».

Kay y yo pegamos un brinco ante la voz de Rick, que surge más grave de lo normal. Miramos hacia atrás, sólo para verle surgir de nuevo con una casaca y un sombrero de tres picos que ha debido de encontrar entre las cajas que no sólo llevaban creaciones del Taller. Contengo la sonrisa, divertido, cuando se presenta ante mí con una reverencia exagerada.

—«¡Me temo, sin embargo, que no he podido lograr un tesoro que pudiera compararse con vos!».

Kay y yo parpadeamos antes de echarnos a reír. Yo le robo a Rick el sombrero que ha conseguido y me lo pongo, mientras él me dedica su amplia sonrisa. Contengo el impulso de robarle un beso.

—Eso fue lo que dijo él, sí.

—¿Y funcionó?

—Por supuesto que no. Angelique debió de pensar que era un idiota. —Me echo a reír.

—Pero parece que le hizo gracia, después de todo. —Rick me rodea los hombros con un brazo y yo me dejo apoyar contra él, asintiendo—. Natán no se dio por vencido, ni mucho menos: cada vez que sabía que el *Libertad* tenía un objetivo, su tripulación iba a por él también. Empezaron una verdadera competición, un enfrentamiento constante entre las dos tripulaciones. Y al final..., bueno, puedes imaginarte el final.

Y por si no puede, me planta un beso a mí. Dejo escapar una exclamación contra sus labios, pero sonrío. Le doy un golpe en el pecho, entrecerrando los párpados, aunque al final presiono mis labios también contra su mejilla. Kay carraspea y aparta la vista a los pies, avergonzado, como siempre que nos ve.

—La cuestión es que se casaron —concluyo—. Y el *Angelique* fue el regalo de bodas de Natán para ella.

—Los piratas tenéis un concepto muy peculiar de lo que es un buen regalo de

bodas...

—¿Bromeas? ¿Otro barco con el que surcar los mares? ¿Con el que marcharse lejos, ver lo que nunca nadie había visto? ¿Un barco que no se conociese, que no pudiera ser perseguido? Natán le dio con ese barco a *Angelique* nuevas aventuras. Nuevos destinos. Le puso el mundo a sus pies para cuando quisiese huir. Se iban a menudo juntos. Y como aquel barco no era conocido como un barco pirata, nadie les buscaba, nadie les atacaba. Eran quienes querían, cuando querían...

¿Y no es eso lo que todos queremos alguna vez en la vida? Sólo una vía de escape. Un lugar donde ser nosotros mismos, sin nadie que nos juzgue, sin nadie que decida cómo tenemos que vivir. Al menos, creo que todos los que hemos terminado en esta tripulación tenemos eso en común. Incluso Kay, que aparta la vista, quizá piense lo mismo que yo.

—Seguro que tu padre no sabía *tanto*. Pero es posible que sí atara cabos y descubriera que el *Libertad* antes perteneció a los mismos dueños del *Angelique* y que el *Angelique* estaba ahora en manos del hijo de aquellos piratas que fueron víctimas de un motín. Ofrecerle la posibilidad de vengarse... Jared nunca se habría negado.

—Y no lo hará. —Rick se separa de mí, tras dejar un beso en mis cabellos, para encarar a Kay—. No estás entrando en un terreno de simple piratería, chico. Jared irá a por todas contra Diandra para matarla y recuperar el *Libertad*, que es suyo por derecho. Sé que has dado tu palabra..., pero deberías empezar a pensar si eres lo suficientemente honorable para que tu palabra te arrastre a inmiscuirte en una venganza con la que nada tienes que ver. Pronto estaremos en tierra. Si le das las indicaciones a Nadim para alcanzar el *Angelique*, te dejará marchar, hayas prometido lo que hayas prometido.

Parpadeo, pero no puedo evitar sonreír. Así que se trataba de eso todo el rato. Le ha contado la historia de Jared para que Kay supiera a qué atenerse. Rick debe de considerar que no es justo que se vea envuelto en más peligro del necesario.

No puedo reprimir la necesidad de coger sus manos y entrelazar nuestros dedos. Él me mira de soslayo y me guiña un ojo, adivinando que ya he deducido sus intenciones.

Kay nos observa durante unos segundos muy largos. Supongo que es mucho que asimilar. Si yo fuera él, estaría asustado. Creo que todos lo estaremos, en realidad, cuando llegue el momento. Sólo que nosotros le debemos mucho a Jared: años y años de una vida nueva. Una vida que estamos dispuestos a poner en peligro por él.

—Os lo agradezco —determina. Nosotros asentimos, suponiendo que aquí se acaba todo. No obstante, Kay se encoge de hombros—. Pero he dado mi palabra de estar con vosotros hasta que recuperéis el *Angelique* y pienso cumplirla; de lo contrario, se empieza así y se acaba rompiendo todas las promesas. Y yo no quiero convertirme en ese tipo de persona.

Me considero lo bastante ilustrado y lo bastante elocuente como para quedarme pocas veces sin palabras. Tampoco he visto muchas veces a Rick en esa situación: cuando a él no se le ocurre nada más que decir, suele ser porque le sello los labios con mi propia boca. Pero en esta ocasión los dos enmudecemos.

Un montón de órdenes a voz en grito llegan desde la cubierta para nuestro sobresalto. Jared da las indicaciones necesarias para meter el barco en el refugio. Kay baja la vista al suelo.

Yo, sin embargo, a riesgo de que el capitán se enfade..., creo que es absurdo que él no vea nada. No me importa si Jared todavía no confía en él: Jared rara vez confía en alguien de primeras. Pero yo sé que este muchacho no dejará que hagan nada contra nosotros.

—Vamos arriba. Te lo has ganado.

Kay parpadea y me mira con sorpresa.

—No es necesario, yo...

—No lo diré dos veces.

Rick se ríe y me sigue cuando salto de la caja en la que me sentaba y echo a andar.

—Créeme, no lo repetiré —le advierte a Kay—. Y se sentirá muy decepcionado contigo si no dejas que te gane la curiosidad.

No necesito mirar atrás para saber que el príncipe de Dahes me sigue.

Creo que puedo compartir todas nuestras historias con él.



Nadim

No hay día que no estés en todos lados, en cada rincón, esperando para abalanzarte sobre mí o para martirizarme con tu presencia, pero regresar a Rydia es hacerte corpórea. Casi eres visible a mis ojos, Zahara. Estás justo aquí, a mi lado, y creo que en cuanto alce la mano conseguiré rozarte. Pero siempre fuiste como la arena, igual de imposible de retener, y por eso te escurre entre mis dedos.

Tu figura me observa reflejada en el espejo en el que miro mientras recupero las ropas que solemos llevar aquí. Volver a vestirme así es regresar a quien debería ser y quien hace mucho que ya no soy. Es navegar a la deriva entre pasado y presente, sin saber dónde anhelo desembarcar. Me cubro la cabeza con el turbante y la mitad de la cara con lo que sobra del mismo. Sólo mis ojos al descubierto, para que no me vean, para que no me reconozcan. Quizá para no verme yo mismo.

A veces, Zahara, me pregunto si alguien nos recuerda arriba, en la superficie. Seguramente no. Seguramente fuimos como una tormenta: desmontamos algunas cosas, pero al final caímos en el olvido como un pequeño desastre del que no hay más remedio que recuperarse. Es curioso, porque siempre habría esperado eso de ti, pero no de mí: tú eras el caos y yo, la calma.

Sonríes y te encoges de hombros desde tu reflejo en el espejo. «Puede que al final siempre fuésemos demasiado parecidos, incluso en esto».

—¿Nadim?

La voz de Jared me sobresalta. Le doy la espalda a tu figura cuando me giro.

Él aparta la cortina verde que hace de entrada de mi pequeño rincón en el refugio. Me observa, precavido, y después se adentra en la estancia.

—¿Todo bien?

Vuelvo a girarme hacia el espejo, arreglándome la camisa cerrada de color arena y los pantalones sueltos. Calzarme las babuchas es volver a estar en casa. Nunca me acostumbraré a la sensación de estas ropas en comparación con otras.

—Todo bien.

Jared se acerca y me da un par de palmadas en el hombro. Cuando me mira a través del espejo, es casi como volver a estar los tres juntos.

—Intenta disfrutar del regreso. Sé que en estos días hace ya...

—Diez años —completo yo. Tú misma parece hacerlo también, tu voz replicando la mía.

Jared frunce los labios. Su mano aprieta un poco más mi hombro.

—Estará en alguna parte.

Asiento. Supongo que él no te ve como yo, aunque me alegro. Además, no es como si Jared tuviera pocos fantasmas pisándole los talones. No necesita más. ¿Lo echas de menos, Zahara? Sé que él también a ti. Éramos inseparables.

—Estaré bien —concluyo.

Me giro para darle una palmada en el brazo, despidiéndome de él. Si quiere añadir algo más, decide guardárselo. Supongo que hay veces que no sabe qué más puede hacer por mí, por nosotros, y eso le frustra. Pero no es algo que tenga que cargar sobre sus hombros. Por eso cuando sé que me convierto en un peso difícil de sobrellevar prefiero desaparecer de su vista.

Me alegro de tener una misión hoy, aun si eso supone salir a la superficie y sentirte más real que nunca, en los rayos de sol o en la brisa cálida.

Kay está esperándome sentado en la arena de la pequeña playa con la que cuenta nuestra gruta. Mira hacia fuera, hacia el espacio de luz diurna que se cuela por la entrada. Creo que me siente llegar, porque alza la cabeza para mirarme. Alguien, supongo que Collen, le ha dado ropas rydienses, y me alegro, porque los extranjeros suelen llamar la atención y yo no puedo permitirme el

lujo de llamar la atención en este lugar. No lleva turbante, eso sí: deja al descubierto sus cabellos castaños.

—¿Listo? —me pregunta con evidente nerviosismo.

—Más que tú, al parecer.

En realidad, no sé si es cierto, pero sé que al menos yo disimulo mejor. Le hago un simple ademán con la cabeza para que me siga. Nos despedimos de los demás, que llevan y traen mercancía al barco, y me encamino hacia la salida a la superficie, semioculta entre un montón de cajas que sólo sirven para proteger la entrada.

—Creo que todavía no me he acostumbrado a volver a estar en tierra firme y saber que me encuentro en un país extraño me hace sentir un poco... vulnerable.

—Por supuesto —digo como si me lo creyese. Nos adentramos en el pasadizo. Está a oscuras, así que meto la mano en mi bolsa para iluminar el camino con una de las esferas del Taller—. Supongo que el hecho de que vayamos a cumplir nuestra parte del trato y tú vayas a ver a tu ansiada nigromante no tiene nada que ver.

—Todavía puede ser que el capitán te haya pedido que te libres de mí y me tires por un precipicio. O que me vendáis al mejor postor...

Resoplo.

—Aquí no darían ni una moneda por ti con ese cuerpo tan escuchimizado que tienes. Aunque eres blanco y supongo que no eres feo. Quizá podrías interesar a alguien que quiera esclavos para tareas más... placenteras que el trabajo forzado.

No necesito mirar hacia atrás para saber que se ha puesto rojo.

—Gracias, siempre es un consuelo saber que tengo una posible vía profesional antes de morirme de hambre —replica con voz ahogada—. Aunque preferiría algo más... ordinario en mi futuro. ¿Qué eras tú? Antes de ser pirata.

—Cuidado con no tropezarte, el camino aquí es un poco extraño.

Parpadea.

—Lo siento, no hablas de tu vida anterior. No quería...

Miro por encima del hombro, quizá porque veo venir el desastre, pero no

consigo moverme a tiempo: Kay tropieza y se precipita hacia delante con un quejido de dolor. Pongo los ojos en blanco antes de detenerme y retroceder para ayudarlo.

—Muy perspicaz. Pero, como puedes ver, también hablaba en serio.

No podría estar más avergonzado ni aunque quisiera, claro. Se aparta de mí y alza la barbilla, intentando ser muy digno, arreglándose la ropa. Carraspea.

—Deberíais tener caminos más seguros.

—Y tú, más cuidado —replico, alzando una ceja. Creo que oigo tu risa—. Venga, andando. ¿Has estado alguna vez en Rydia? —digo, y retomo la marcha.

Si se da cuenta de mi cambio de tema, no lo hace notar.

—Nunca antes había salido de Daehs, la verdad.

—En ese caso, cúbrete bien y prepárate. Te aseguro que este lugar no se parece en nada a tu reino.

No tardamos mucho en alcanzar la superficie. Siempre es complicado salir por la pequeña abertura entre piedras que es la entrada, pero lo conseguimos; Kay con mucha menos dificultad que yo.

El desierto nos da la bienvenida a Rydia.

Y tú estás de nuevo en todas partes. En las dunas inmensas, en la silueta de la cercana ciudad, en el calor que nos abrasa la piel.

Te veo bailar sobre la arena; tus cabellos oscuros meciéndose al viento. Me tiendes la mano invitándome a correr. A perdernos para siempre en la inmensidad de este lugar. A que nadie nos encuentre nunca. No importa si las dunas nos sepultan y nos dejan sin aire para respirar, porque gastaremos hasta el último aliento en carcajadas.

Se avecina tormenta. O quizá sólo seas tú.



Kay

Conozco mil cosas sobre Rydia. Sé, por ejemplo, que Kalinda es la segunda mayor ciudad del reino, por detrás de la propia capital. Situada en el extremo sur del país, de Lorelle la separa un desierto en el que dicen que alguien podría perderse y volver convertido en el ser más rico de Marabilia, o bien volverse loco y jurar que ha encontrado bajo las arenas las criaturas más extrañas y los tesoros más magníficos.

Sé también que sus barcos exportan las joyas más hermosas de todos los reinos conocidos y que todos sus reyes se han jactado de ello durante años. Conozco sus historias de barcos hundidos con cargamentos de piedras preciosas que aparecen lunas más tarde en playas del este, en Dione o en Sienna, donde los niños juegan a desenterrarlas. Más de una de esas historias me las ha contado Collen estos días, marcándome los lugares exactos en los mapas donde ocurrieron.

Sé también que el actual soberano, su majestad Amir IV de Rydia, vive en un palacio que tardó en construirse más de cincuenta años. No lo he visto nunca, por supuesto, pero he leído que su trono es de oro macizo labrado y que una de las columnas de su dormitorio está recubierta de verdaderos rubíes. Dicen que cuando se casó con su primera esposa, para demostrarle que su amor sería eterno, le regaló un baúl mágico que nunca se vacía de las telas más hermosas.

Desde luego, no sé cuánto de verdad hay en ese o en los otros diez mil hechos sobre Rydia con los que pueda haberme encontrado a lo largo de mi vida, pero hay una cosa de la que no me cabe duda: nada de eso me había preparado para

este momento. Para esta visión.

En mi imaginación, al fin y al cabo, los colores nunca eran tan vivos. Mi vida siempre ha sido del gris de la piedra, de los tonos apagados de los tapices y los vestidos sobrios de la corte de Dahes. Por eso cuando entramos en la ciudad, rodeada por altas murallas de almenas escalonadas, la imagen me deslumbra. Nuestros oscuros ropajes nada tienen que ver con el estallido de tonalidades. Es como si llevara toda mi existencia en la oscuridad, ignorando las posibilidades del mundo: los rojos que casi me hieren los ojos, los blancos deslumbrantes, los naranjas de las puestas de sol, los azules más intensos que el cielo o el mar..., las telas —las sedas y gasas, que no toco, pero que puedo sentir en la punta de los dedos como fantasmas, suaves y cálidas— parecen teñidas de amaneceres y bosques, de lagos cristalinos y noches estrelladas. De todo lo que siempre me he estado perdiendo al vivir en mi palacio, bajo las reglas que otros imponían para mí. Mi exclamación, cuando me sumerjo en este nuevo mundo, es ahogada por la brisa cálida que me entra en la boca, aunque al menos la muralla retiene el viento cargado de arena contra el que he tenido que entrecerrar los ojos al salir de nuestra guarida. Aun así, aunque el aire haya remitido tras el refugio que nos ofrece la ciudad, el sol parece caer implacable sobre nosotros, y yo me arrepiento de no haberme cubierto la cabeza. A mi alrededor casi todo el mundo lo hace: las mujeres se cubren con sus velos, algunos de ellos casi transparentes; los hombres, con sus turbantes y los menos, con unos pañuelos que les protegen la cabeza. Su acento, cuando hablan, es más cerrado que el de Nadim o el de Tayeb, y sus palabras fluyen con esa cadencia que ya me empieza a ser familiar.

Pero no son sólo los ropajes lo que me llama la atención. Las casas son también diferentes a las viviendas de mi país. Tienen el color de la arcilla y de la piedra, con celosías y cortinas en las ventanas que, imagino, intentarán dejar fuera el calor. Algunas no tienen nada que envidiar a las vestimentas, con pequeños mosaicos a modo de adorno o arcos pintados de colores cálidos. En algunos lugares hasta crece la vegetación, como si no quisieran ponerle trabas, y aquí y allí, en los sitios menos esperados, veo aparecer una palmera detrás de

una casa o hay un arbusto que da otra nota de color a la ciudad.

Pese a toda la extrañeza que me pueda causar estar aquí, entre gentes desconocidas, también veo escenas cotidianas. Sucesos que conozco y que me recuerdan que sigo en Marabilia, que esta gente es como la que puedo encontrar cualquier día en Zanna. Un niño pasa corriendo muy cerca. Una muchacha con un cántaro se acerca a una fuente, donde las mujeres charlan y recogen agua. Intento no quedarme mirando, no beber tan ávidamente de los detalles, pero es casi imposible. Nadim, junto a mí, observa a su alrededor también, y me pregunto si buscará cambios. Estas deben de ser las calles donde creció. Me humedezco los labios, pero no llego a decir nada porque la vía se vuelve más ancha y de pronto hay puestos a uno de los lados, ante las casas. Mercaderes con pieles claras como la mía hablan con acentos diferentes, vestidos con ropas que, en comparación con las de los rydienses, me parecen apagadas y fuera de lugar. Veo a la venta naranjas de Granth junto a sacos llenos de té de flores de Royse y uvas tintas de Sienna. Huele a fruta madura, a las especias que guardan en pequeños baúles, a animales. Un mercader mete en una jaula dorada un mirlo que parece muy infeliz. Parpadeo y, cuando vuelvo a mirar, el mirlo ha desaparecido y se ha convertido en una inmaculada paloma que empieza a gorjear. No. Es un delicado gorrión...

—No te pares, a menos que quieras perderte.

Nadim me pone la mano en la espalda y me empuja con suavidad, instándome a andar. No me había dado cuenta de que me había detenido. Murmuro una tímida disculpa y vuelvo a seguirlo.

—Tu país es hermoso —digo tras un rato de silencio. Es un comentario algo tonto: habrá tenido tiempo de comprobar eso de primera mano.

Cuando me mira, parece un poco ido. Echa un vistazo a su alrededor, como si buscara el detalle que me ha hecho darme cuenta de una cosa así, y se encoge un poco de hombros. Me pregunto en qué habrá estado pensando desde que llegamos.

—Supongo que lo es —admite—. Aunque lo más bonito son los jardines. Y

los templos.

—¿Y pasaremos por allí? —pregunto. Siento bastante curiosidad. La imagen que convoca mi mente es bastante tentadora.

—No, no lo haremos. ¿Y por qué tengo la sensación de que has olvidado el verdadero propósito de esta excursión? Vamos a ver a tu nigromante, ¿recuerdas?

Claro que lo recuerdo. El estómago me baja hasta los pies. Mis labios se mantienen pegados y la garganta se me seca. ¿Qué me pasa? Debería estar feliz. Debería tener la cabeza llena de pensamientos positivos e ideas sobre lo que pasará a continuación. Expectativas, acaso. Pero sólo soy capaz de convocar mi propio cuarto en el castillo. El cerrojo echado. Las cortinas cerradas. El dolor...

Sacudo la cabeza. Nadim me mira con extrañeza.

—¿Cuál es el problema? Pensé que querías salvar a la sirena.

No levanto la vista de mis propios pies. Tengo las botas cubiertas de polvo. Los extraños zapatos rydienses no me parecían muy prácticos.

—Claro que quiero... —me oigo murmurar.

—¿Pero...?

Las palabras se me atragantan en la garganta. Parecen espinas de pescado ahondando en la tierna piel, desgarrándome por dentro cuando intento escupirlas.

—Tengo miedo, Nadim.

Me da la sensación de que baja el ritmo. No me había dado cuenta, pero yo iba caminando un par de pasos por detrás.

—¿Miedo? —repite.

Como si no me hubiera escuchado. Yo, desde luego, no puedo volver a repetirlo. Cruzo los brazos sobre el pecho y me parapeto tras ellos como si fueran alguna clase de barrera.

—¿Qué pasa si no me da una solución? He dado por hecho que un nigromante podría ayudarme, porque en las historias siempre salen vencedores y resuelven todos los problemas mágicos. Pero ¿qué pasa si todo esto no ha sido más que... una pérdida de tiempo? Del mío y... del vuestro.

Titubeo, pero reúno la fuerza suficiente para alzar la vista. Él me está mirando con cierta curiosidad, como si quisiera desentrañar lo que se me pasa por la cabeza. Finalmente, se encoge de hombros.

—Lo que es una pérdida de tiempo es pensar de esa manera, ¿no crees? —murmura—. Nosotros teníamos que venir a Rydia de todas formas. Mientras nosotros estamos aquí, al fin y al cabo, los demás se abastecen de provisiones y Jared reflexiona sobre el siguiente paso a seguir. —Alza los ojos al cielo—. A menudo, en el barco viajamos a destinos de los que Collen sólo ha leído en libros antiguos o seguimos mapas que no son fiables. Sólo por probar. Y muchas veces no encontramos nada. Eso no significa que perdamos el tiempo, porque los viajes nunca son sólo eso, sean del tipo que sean. Aunque no pasase lo que esperas... —hace una pausa, dejándome claro que no le he explicado ni la mitad de todo lo que debería—, habrás hecho lo que deseabas, ¿no? Salir de Dahes; desafiar a tu padre.

Cojo aire hasta que me duele el pecho y me empieza a dar vueltas la cabeza. ¿Es desafío si pierdo la batalla ya antes de empezar? ¿Es desafío si al final es él quien vence? Me froto los brazos como si un viento frío se hubiese levantado, aunque seguimos bajo un sol que no da tregua.

—¿Cómo te sentirías si después de años deseando algo te dijeran que has estado haciéndolo en vano? Que nunca alcanzarás aquello que anhelas.

La pregunta da justo donde duele. Escuece, por lo que parece, y hace que Nadim apriete los dientes. ¿He dicho algo malo? Siento la tentación de pedir perdón. Cuando se detiene, sin embargo, no es para encararme o para recriminarme nada, sino que parece estar orientándose. Se hace un largo silencio mientras me guía lejos de la calle principal y nos encaminamos por un pasaje más estrecho y menos concurrido.

—Bueno, de nada te vale pensar eso ahora, ¿verdad? —apunta—. Ese pensamiento tan negativo es tu peor enemigo. Si hubieras pensado eso en Dahes, ¿te habrías atrevido a salir siquiera?

No, supongo que no. Todavía no soy capaz de entender qué me dio las fuerzas

para escapar. Para atreverme.

El laberinto de calles parece absorbernos. Pierdo el sentido de la dirección en alguno de los giros que hacemos. Va muy acorde con mis propios pensamientos. Con la sensación de haberme extraviado, de no saber a dónde voy.

—De todas formas, lo mínimo que puedes hacer, después de haber recorrido Marabilia de punta a punta, es esperar un poco más hasta obtener una respuesta. Rendirse antes de tiempo no sirve de nada. Y, en cualquier caso, sólo tendrás que aguardar unos minutos más.

Con esas palabras, se detiene y estoy a punto de chocar contra él. Alzo la cabeza. La entrada de la casa ante nosotros tiene forma de cerradura. Por lo que parece, la puerta está abierta y sólo cubren la entrada unas vaporosas telas moradas estampadas con brillos plateados que, al enfocarlas, recuerdan a estrellas. Nadim se adelanta y aparta los paños antes de entrar. Durante el instante en el que dudo, el olor a incienso que emana del edificio me hace estornudar. Arrugo la nariz con cierto desagrado, pero cojo una bocanada grande de aire fresco y entro.

Esperaba encontrarme un lugar oscuro, cubierto de negro y azul medianoche, como dicen que es la Torre de Magia Negra en la que estudian los nigromantes. Una vez más, me equivoco. La habitación en la que nos internamos está llena de luz, con colores que cuelgan en forma de telas del techo y las paredes, en los cojines de seda y en las alfombras: azules y blancos sobre todo, junto con destellos argénteos. El fuerte olor a incienso hace que me dé vueltas la cabeza, en parte porque no hay ventanas. La luz que lo baña todo, violeta y azulada, proviene de extrañas llamas que arden sin necesidad de velas ni combustible. No parecen dar calor y tengo la tentación de tocarlas, pero determino que no sería mi movimiento más sabio.

Estoy todavía observando los fuegos fatuos de las paredes cuando una cortina al fondo de la sala se abre y aparece la silueta de un hombre. Durante un instante, nuestros ojos se cruzan, pero él se apresura a evitar mi mirada y agacha la cabeza. Se cubre bien con su pañuelo y pasa por nuestro lado con los ojos fijos

en el suelo.

Al parecer, alguna gente considera que es deshonroso venir a pedirle consejo a una nigromante. No sé cuál es el problema, pero tampoco voy a preguntarle. Me giro y descubro a Nadim mirando alrededor con algo de inquietud.

—¿Cómo se llama? —susurro.

—Badra.

No es él quien responde. En su lugar, lo hace una voz femenina. Me vuelvo hacia las cortinas, donde una mujer aguarda. Está vestida de medianoche y plata, con un vestido que barre el suelo y un velo que cubre unos cabellos negros y ondulados que parecen de seda. El velo va enganchado a una tiara de plata, con la misma piedra azul, lo sé, que engarza mi pulsera: el amuleto de los nigromantes. Es, probablemente, la mujer más hermosa que he visto nunca, de mirada directa y franca. Los ojos negros parecen quitarme las capas de ropa y piel y ver más allá de mí. Como si mi corazón fuera una nuez, lo abre y mira dentro. Me da la sensación de que sonrío.

No, no me está mirando a mí. Claro que no puede ver dentro de mí. Mi mente está protegida de nigromantes por el artefacto que ostento en la muñeca. Mi aura es un misterio para cualquiera de ellos, incluida esta mujer.

Está mirando a Nadim.

—¿Qué ha podido traer a un muchacho tan buscado como tú a un rincón como el mío, Nadim Al Sharif? Y después de tantos años...

Observo a mi acompañante, que al oírla deja caer los hombros y se descubre el rostro.

—Si ya has visto mi llegada en las estrellas, sabrás que no soy yo quien viene a recurrir a ti hoy, Badra.

Ahora sí, los ojos negros de ella se demoran sobre mí. No se mueve del sitio, pero de alguna forma siento como si se estuviese acercando.

—Las estrellas me han dicho que llegaría a mí alguien noble en busca de respuestas... Pero ahora mismo no sé bien a quién de los dos podrían referirse.

Hay un silencio incómodo. Un silencio lleno de preguntas y de respuestas que

sé de antemano que no voy a oír. De todas formas, no puedo evitar volverme hacia Nadim. ¿Él?

—¿Noble? ¿De aquí, de Rydia?

No, por supuesto que no. Qué locura. Pero ¿a qué se refería con lo de «un muchacho tan buscado»? ¿Buscado por qué? ¿Por sus actividades como pirata? Collen no me ha dicho nada al respecto. Y si sus cabezas tuvieran precio, no creo que mi padre se hubiera permitido protegerlos con su patente de corso, ¿verdad?

La risa de Badra me trae de vuelta a la realidad, a este cuarto, donde tengo asuntos más importantes que resolver. Sé que habrá tiempo para las preguntas. Sé también que es posible que todas mis palabras caigan en saco roto, pero al menos me quedará el consuelo de haberlas pronunciado.

—¿Sería ese tipo de nobleza a la que me refería? —canturrea la nigromante, como si la conversación fuera un juego y se divirtiese haciéndonos dudar de todo. Me la imagino cual esfinge, lanzándonos sus acertijos, esperando sentada a que fallemos para devorarnos—. ¿O sólo noble de corazón? Y si así fuera, si cumplieras los requisitos de las estrellas, ¿qué respuestas vendrías buscando...? ¿Harías las mismas preguntas que llevas años planteándote o tienes nuevas adivinanzas en las que gastar tus noches?

Nadim resopla y frunce el ceño.

—Déjate de juegos, Badra. Sabes que no soy yo el que viene a verte.

Me empuja y yo trastabillo con el borde de una alfombra. No me caigo, por suerte, aunque me detengo con más bien poca gracia ante la hechicera, que me mira desde arriba con atención. Me saca media cabeza, y todavía más cuando se irgue, con las cejas alzadas y una sonrisa en los labios.

—¿Debería inclinarme, alteza?

Entreabro los labios, porque no se supone que debiera saber eso. Que tenga información sobre mí es un poco intimidante. ¿Acaso puede saber mi historia sin necesidad de que yo se la cuente? ¿Puede saber todas mis faltas, mis pecados? Mis inseguridades, incluso... Me enderezo, cuadrando los hombros. ¿O han sido las estrellas —o los Elementos o los posos de té o los espíritus— los que le han

susurrado al oído mi procedencia?

—No vengo aquí como noble o como persona que busque vuestro respeto, nigromante, sino como alguien que necesita vuestra ayuda. Y si tanto sabéis, quizás estéis al tanto de la pregunta que deseo formularos.

Ella me observa con los ojos entrecerrados durante tres lentos latidos del corazón, pero después sacude la cabeza. Su mano se alza y aparta la cortina tras la que ha salido, dejando ver otra habitación diferente, todavía más oscura que esta.

—Mis ojos no alcanzan a ver tan lejos. Dudo, de hecho, que haya ningún nigromante capaz de ver más allá de todas tus defensas. Y las estrellas, de todas formas, sólo dicen lo que desean que yo sepa. —Sus ojos van más allá de mí, y sé que se vuelve a fijar en mi compañero—. Pero confieso que sois la aparición que más me ha intrigado en semanas. Ha de haber una historia muy interesante tras un príncipe que se alía con piratas y viene hasta un lugar como este para que sus preguntas sean respondidas...

Yo no miro atrás. Sé que, cuando vuelva, Nadim estará esperándome. Me escabullo tras la cortina.

Ni siquiera puede sospechar lo interesante que es esta historia.

* * *

—Y vuestra cuestión es, supongo, si semejante hechizo puede ser revertido.

La nigromante se lleva el vaso dorado a los labios. Otro idéntico descansa ante mí, aún humeante de la infusión que guarda, pero yo ni puedo pensar en probarlo. No quiero que piense que es una descortesía, pero mi estómago se queja y siento náuseas. No me quita los ojos de encima. Yo trato de devolverle el gesto sin titubear, aunque me cuesta. No sé cómo encararla después de todo lo que le acabo de contar. No sé qué pensará de mí. Me pesan la lengua y las palabras. No es como me imaginaba. No siento el corazón ligero ni una carga menor sobre los hombros. Me revuelvo, más por la incomodidad de mi postura

que por vergüenza. Nos rodea lo que parece un desierto de cojines dorados y plateados, esparcidos sobre una alfombra tan mullida que creo que podría hundirme en ella y desaparecer. Las paredes están decoradas con gasas tan finas que son transparentes y dejan ver tras ellas una pared de un negro que aparenta absorber la luz. Aquí las llamas son plateadas, pequeñas como cabezas de alfileres, como estrellas lejanas en el cielo de medianoche. Casi espero que en cualquier momento aparezca una enorme luna llena para romper cualquier embrujo.

—¿Creéis que se puede?

Por favor, *por favor*, no arruinéis mis esperanzas.

—Todo hechizo puede ser eliminado. La luna llena lo demuestra cada mes, al fin y al cabo.

—La luna llena es sólo una vez al mes, y sabéis que ni siquiera su presencia es fiable. Puede ocultarse durante meses. Puede llover justo esa noche o estar nublado o... —Suspiro. Claro que lo sabe, es una nigromante—. Anhele algo más permanente. Deseo... libertad.

Badra sonrío, casi con ternura.

—¿Y quién no? —Extiende su mano hacia mí con la palma hacia arriba. Su cuerpo entero se echa hacia delante—. ¿Me permitís?

Titubeo, pero estiro mi brazo y coloco mis dedos sobre los suyos. Claro. Había oído hablar de la lectura de manos. Dicen que hay líneas inscritas en nuestros cuerpos que nos podrían identificar en cualquier parte, porque nuestro destino no se comparte.

Ella, sin embargo, ríe.

—Habéis leído demasiados cuentos, alteza —me reprende como si leyera mi mente—. Si el cuerpo puede cambiar su aspecto con hechizos, ¿qué sentido tendría que el futuro pudiera leerse en las manos?

Me ruborizo. Sus dedos recorren mi palma y llegan a la sensible piel de mi muñeca. Me abre la pulsera con habilidad y deja que el metal suene contra la mesa con un golpe sordo. Yo dejo escapar una exclamación. No recuerdo cuánto

hace que no me quitaba ese brazalete. Desde que mi madre me lo regaló, tal vez. Desde antes de que empezaran a comercializarse, cuando eran extraños productos. Recuerdo que ella misma me la puso, y luego me besó en los cabellos. Un regalo de cumpleaños. «No dejes que nadie use tus secretos contra ti», me advirtió.

Respiro hondo y aparto el pensamiento. ¿Puede ver la nigromante eso también? Mis pensamientos, mis recuerdos. Sus ojos no están fijos en mí, sino en derredor. Desvió la mirada, como si con ese simple gesto fuera a correr un velo tras el que ocultarme.

—¿Qué veis?

—Vuestro hechizo. —No duda, aunque a mí se me encoge el corazón al escucharla—. Envuelto alrededor de vos, atándoos, estrangulándoos. No es una visión agradable.

Tampoco es un sentimiento agradable.

—¿Podéis liberarme?

—Puedo intentarlo, si os hace sentir mejor, pero no serviría de nada. Probablemente sólo os haría daño a vos y me dejaría agotada a mí.

Sus dedos vuelven a rodear su taza y bebe otro sorbo. Como si la imagen ante ella la atormentase, la veo cerrar los ojos. Yo aprovecho para recuperar mi pulsera. Hasta que la plata templada está en contacto con mi piel, no me vuelvo a sentir a salvo.

—El problema es que lleváis demasiado tiempo conviviendo con vuestro hechizo. Tanto que ya es una parte de vos. —Al ver que frunzo el ceño, rectifica—: Quizá no una parte que os guste, pero sí una mala hierba con las raíces bien enterradas y afianzadas en vuestra aura. Quien lo lanzó sabía lo que hacía y que, si pasaba el suficiente tiempo, no habría medio humano de deshacerlo. Al fin y al cabo, para que otro nigromante rompiera vuestro hechizo debería intentar deshacerlo un poco cada día, durante tantos años como este se ha aferrado a vos.

La observo, sin creerme lo que insinúa, con los puños apretados, la rabia caliente en la boca del estómago. No. Pensé que sería un momento. Que un

hechizo bastaría. ¿Quién va a querer, al fin y al cabo, trabajar durante *años* para deshacer este encantamiento? ¿Cómo podría yo arrastrar a alguien a *mi* locura, a *mi* problema? Sacudo la cabeza. Tiene que haber otra opción. Tiene que haber algo rápido, algo que yo pueda hacer. Algo que me inmiscuya sólo a mí. No puedo pedirle a nadie... esto.

—¿Estáis segura de que esa es la única opción? Haré lo que sea, pero...

Badra se echa hacia atrás, hundiéndose entre los cojines. Sus ojos se entornan, su mirada se vuelve acerada.

—«Lo que sea» es una solución peligrosa, alteza. Una de la que la mayoría de la gente suele acabar arrepintiéndose.

—Es la petición de una persona desesperada, y lo sabéis. ¿Significa eso que conocéis otra solución?

—Por supuesto. La forma más rápida de deshacer un hechizo siempre es la misma: matar a quien lo lanzó.

Doy un respingo. Saboreo la bilis en la boca. Sé que mis mejillas han perdido el color. Yo sería incapaz de matar a nadie, lo sé. Tampoco es que lo haya intentado jamás. Me doy cuenta de que me he apartado un poco de la mesa, como si quisiera poner distancia entre ella y yo. ¿Qué se supone que tengo que decir a eso? No, no lo haré. Aunque supiera quién lo hizo...

Y lo sé. De pronto, tengo una certeza y un rostro.

—¿Y decís que quien lo lanzó ha tenido que estar haciendo magia sobre mí durante estos años?

—Un embrujo así sólo puede haber sido mantenido por alguien cercano a vos, alguien que lo haya enredado en torno a vuestra aura durante el suficiente tiempo como para asegurarse que nadie pasara por encima de él. Alguien de Dahes, hemos de suponer.

Alguien que ha estado cerca de mí durante toda mi vida.

No. No *alguien*. Un nigromante. El nigromante de mi padre, cómo no.

Aprieto los labios. Durante un momento he pensado que podría hacer entrar en razón a quien fuera. Que podría ir a buscarlo y rogarle si fuera necesario.

Habría vuelto a Dahes si tuviera la certeza de que iba a conseguir algo.

Pero no es así.

Recuerdo, de pronto, a un joven príncipe de Dahes a quien le aterrorizaba el hombre de la túnica negra. El hombre que lo miraba desde arriba y nunca le sonreía. El hombre que le decía que los príncipes no lloraban o sobre el que las sirvientas cuchicheaban que despertaba a los cadáveres de los muertos para que fueran sus esclavos. Por supuesto, eso último era mentira. Quinn —o por lo que me consta, cualquier otro nigromante— no puede hacer eso. Pero aquella estúpida historia acompañó y aterrorizó a aquel chiquillo hasta el día en que su padre lo llamó ante él y le dijo que acompañaría a su hechicero siempre que este se lo pidiera. Que sería su tutor en esas salidas. Y Kaylen de Dahes no lo entendió entonces, porque tenía mil tutores. Porque nunca salía del castillo si no era con su madre y con varios guardias detrás. Pero decidió que sentía curiosidad. Así que incluso se emocionó un poco.

Se me acelera la respiración. Hay cosas que no quiero recordar. Hundo la cara entre las manos, intentando reconducir mis pensamientos. Durante un momento, hasta con los ojos cerrados, lo veo todo rojo.

—¿Alteza...?

La voz de Badra me llega lejana, como parte de un sueño o de otra vida.

—No he llegado tan lejos para nada. Te lo *suplico*. —Me paso los dedos por el pelo. La observo desde mi posición. Tiene que ver la desesperación en mi rostro. Tiene que *saber* todo lo que me pasa por la cabeza, incluso cuando ya llevo puesta la pulsera—. No puedo matar a nadie. No puedo cargar con eso en la conciencia. No puedo... decidir que mi bienestar es más importante que otra persona. ¿No me convertiría eso en el mismo monstruo que es él?

No sé si la compasión con la que me mira es por la decisión que tengo que tomar o porque me ve más débil de lo que esperaba.

—Esas son las opciones humanas. Puede que... haya más posibilidades. Hay lugares a lo largo del mundo donde el flujo de magia es poderoso. —Se humedece los labios—. Son lugares sagrados, en muchas ocasiones míticos, de

leyenda. Es difícil distinguir qué es real y qué es ficticio cuando se habla de ellos, pero las historias suelen coincidir en que son capaces de conceder deseos o romper hechizos.

Titubea. Suenan a la clase de lugares de los que Collen siempre está hablando: manantiales, cuevas subterráneas heladas, ríos en el fondo del mar y círculos de hadas donde los incautos son atrapados por la magia.

—Pero vos no podéis ayudarme a encontrarlos.

—Si fuera tan fácil hallar aquello que está perdido o que no quiere ser encontrado, el mundo sería un lugar muy poco seguro y muy poco mágico. Y el muchacho que os aguarda fuera hace mucho que habría encontrado aquello que busca con tanto empeño.

Abro la boca, pero la cierro. No creo que me dijese de qué se trata y, de todas formas, tampoco creo que fuese lícito escuchar esa historia de sus labios. Sería injusto para Nadim. Hay secretos que no deben ser pronunciados por bocas ajenas.

Suspiro y me incorporo. De entre mis ropas saco una bolsita de tela que golpea la mesa. Su contenido tintinea. Me da pena deshacerme de ella, porque es la mitad de lo que he traído en mi aventura, pero es un justo pago por su ayuda, si es que hay algo que pueda pagar lo que ha hecho por mí: prestarme su oído, darme opciones, ofrecerme consejos. Me pongo en pie y hago una reverencia ante ella con la mano en el corazón. Ella se apresura a detenerme y me muestra la palma de su mano.

—Alteza, dejadme que os ayude una última vez.

Con tranquilidad, con una ventisca de seda y estrellas, se acerca a una esquina. Tras un envoltorio de cojines aparece un baúl, que abre simplemente apoyando el dedo en la cerradura. Trago saliva, pese a que todo en esta habitación parezca mágico. La veo introducir las manos y sacar un libro grande, un códice encuadernado en piel del tamaño de mi antebrazo. Es bastante gordo y pesado, con cierres argénteos todavía brillantes. No lo abre. Sólo me lo tiende. Yo alargo los brazos, por inercia, y lo acuno entre ellos. Es más pesado de lo que

esperaba. La tapa está grabada con una estrella y filigranas. Debe de valer una fortuna.

—No puedo ayudaros a encontrar ninguno de esos lugares escondidos —dice—. No sé cuántos existirán siquiera. Pero viajáis con piratas, y ellos son expertos en hallar la realidad tras las leyendas. Quizás entre cuentos os topéis con alguna guía.

Aspiro hondo el olor del libro. El incienso, cuyo aroma se ha quedado impregnado en el objeto y, probablemente, en todo lo que pase por los brazos de Badra. Lo tanteo, abriéndolo. Páginas de vitela, blancas y suaves, se deslizan entre mis dedos. Veo tintas negras y rojas, e incluso hay unas cuantas hojas escritas en púrpura que me convencen de que es un regalo digno de un emperador. Las capitulares están bellísimamente dibujadas y hay miniaturas pintadas de colores y adornadas con pan de oro.

Lo cierro y lo abrazo contra el pecho. Me inclino como haría ante un rey o una reina de Marabilia.

—Gracias por vuestras respuestas, aun si no han sido de mi agrado.

—Las respuestas no existen para ser del agrado de nadie, alteza —responde ella con cierta diversión—. Sólo para que se las busque. Y ese es nuestro destino: seguir haciéndonos preguntas por toda la eternidad. —Es ella la que inclina la cabeza ahora, llevándose dos dedos a la frente y luego extendiendo el brazo hacia mí. Un saludo rydiense, supongo—. Que las estrellas os sean favorables.

Sonrío un poco, pero sólo me inclino otra vez. Me giro antes de salir e intercambiamos una mirada.

—Vuestro secreto está a salvo conmigo, alteza —me asegura ella.

Esta vez no tengo duda de que no puede leerme la mente. No estaba pensando en eso. No la contradigo, sin embargo, y abandono la estancia.

Me preguntaba si los nigromantes también irán detrás de alguna respuesta y si son tan difíciles de alcanzar como las mías.



Nadim

¿Recuerdas la primera vez que descubrimos el refugio de Badra? Nos habíamos perdido. Lo encontramos por casualidad. Tú solías decir que la magia nos había llevado hasta allí, que nadie descubre un rincón como ese sin estar destinado. Para ti las cosas no podían pasar sin que no significaran algo. Desde aquel día viniste muchas veces más, en ocasiones conmigo, en ocasiones sin mí. Casi me parece verte en la entrada del callejón, mirando hacia ambos lados, bien cubierta con un velo para que nadie sepa que pasas las horas aquí.

Tu mirada se encuentra con la mía y sonríes, traviesa, sabiendo que te he descubierto.

—¿Nos vamos?

Con un soplido de brisa, tu velo cubre tu rostro y se desintegra en el aire. Tengo que apretar los párpados, no sé si para eliminar cualquier asomo de ti o esperando que cuando los despegue sigas donde estabas. Pero cuando levanto la mirada, por supuesto, no estás. Kay, en cambio, se planta frente a mí y yo me obligo a reaccionar.

Me separo de la pared contra la que esperaba y vuelvo a cubrirme el rostro. A él le tiendo un pañuelo para que se tape la cabeza. Seguro que a Badra no le importará que lo haya robado. Cuando va a cogerlo, me doy cuenta de que ya hay algo entre sus brazos: un libro de aspecto pesado.

—¿Ahí está la clave para salvar a tu sirena? —pregunto.

Kay se encoge de hombros. No parece demasiado animado. Me tiende el tomo para que lo sostenga mientras él se coloca el pañuelo sobre la cabeza.

—Es un libro de cuentos —me explica—. Los nigromantes no pueden... salvar a la sirena. Pero eso no significa que no haya otras posibilidades. Y, bueno, si no saco nada en claro, al menos tendré algo de lectura.

—Así que Badra ha sido tan crítica como es habitual y, en resumen, no tienes una solución certera —concluyo, echando un vistazo a la encuadernación. Parece antigua. Y cara. Mejor que no la vea Tayeb.

—No tanto como crees. —Con el pañuelo ya puesto, recupera el libro y lo abraza como si fuera lo que más apreciase en el mundo—. Me ha dado respuestas bastante directas: el problema es que no son lógicas para mí. No puedo hacer que mi vida dependa de un nigromante. —Alzo las cejas, sin comprender. No sé si es consciente de lo que me está diciendo o de que no puedo seguirlo—. ¡Y no puedo matar a nadie!

Creo que está alterado. Que en cualquier momento una cuerda muy fina que le mantiene en pie se romperá y él se derrumbará sobre el suelo. De hecho, coge aire con precipitación. Me parece que tiene ganas de echarse a llorar, pero las contiene.

—No entiendo lo que me estás contando, Kay.

—¡Yo soy quien tiene el hechizo! —exclama, y la voz se le rompe como las notas de un instrumento desafinado. Jadea, bajando la cabeza, mirando al suelo con los ojos muy abiertos, como si fuera consciente de que ha estallado. Intenta recuperarse, pero ya es demasiado tarde—. Y... mis únicas soluciones son... o vivir cerca de un nigromante, ser dependiente de él cada día de mi vida... o asesinarlo.

¿Qué harías tú ahora, Zahara? A ti siempre se te dieron mejor las personas que a mí. Siempre tenías las palabras o los gestos adecuados. Yo, en cambio, me siento torpe en estas ocasiones. Me pican las manos y no estoy cómodo en mi propia piel. Te veo tras él, acariciando sus cabellos, con el gesto convertido en una máscara de lástima, pero no hay manera de que yo haga algo así. Tampoco creo que él apreciase una caricia. Creo que prefiere las distancias.

—Así que... realmente tú eras la sirena —murmuro con la garganta seca.

Su sonrisa es tan triste como la última que te vi esbozar.

—Y echo de menos el mar, Nadim...

Abro la boca y luego la cierro, sin saber qué responder a eso. Podría hacer una broma, pero no creo que le ayudase en nada. Cuando yo me siento desesperado no quiero que nadie intente animarme quitándole importancia a mi dolor con palabras ligeras. Cuando yo me siento desesperado sólo quiero silencio y estar a solas conmigo mismo.

Una idea me pasa por la cabeza. No sé si es la correcta, pero es la única que tengo.

—Sígueme.

Kay alza la cabeza, intentando coger el aire que se le ha debido de ir en su momento de angustia. No le doy tiempo a decir nada porque echo a andar. Tú te separas de su cuerpo y corres delante de nosotros, sabiendo bien adónde nos dirigimos. Te pierdo de vista entre la gente.

Caminamos un buen rato en silencio, yo guiándolo, él abrazado a su libro, en el que debe de esconderse la única pista para acabar con ese hechizo que tan torturado le tiene. Al cabo de un tiempo no demasiado largo, llegamos al edificio que estaba esperando.

El templo de Kalinda no es el más grande de Rydia, pero sí es uno de los más hermosos. A ti no te gustaba venir tanto como a mí. Supongo que siempre fuiste más de encontrar soluciones terrenales, no de pedir respuestas o ayuda a entes en los que nunca creíste demasiado. Me pregunto si al final descubriste si las estrellas son reales y nos escuchan o son sólo puntos en el cielo y nada más. Observo los cuatro grandes alminares del templo, arañando un cielo que pronto comenzará a atardecer, todo de color arena, teja y marfil. Se dirigen a las estrellas que aparecerán en lo alto, tratando de susurrarles nuestras plegarias al oído.

Cuando miro atrás, Kay está observando la construcción con los labios entreabiertos. Supongo que debe de pensar que no se parece a nada que haya visto antes, porque en Dahes no hay templos dedicados a las estrellas y,

definitivamente, no como los que tenemos en Rydia o incluso en Granth. El más impresionante es el de Lorelle, con sus seis alminares, su tamaño colosal y sus tonos blancos y azules.

No digo nada. Kay tampoco lo hace. Me escondo un poco más entre mis ropas y me adentro en el templo. Tras los primeros arcos nos reciben los jardines. Hacía mucho tiempo que no me fijaba en ellos con atención. Tú solías quedarte entre los cipreses y las fuentes cantarinas mientras yo rezaba. Conocías los recovecos de este lugar como ningún otro fiel. Casi puedo verte escondida tras uno de los arbustos, o allí, sentada en el borde de la fuente mientras hundes las manos en el agua y juegas a que los peces de colores te besen las puntas de los dedos.

Sacudo la cabeza, haciendo que desaparezcas una vez más. Ahora mismo hay una persona que me necesita más que tú. Que es más real que tú.

Kay lo está mirando todo con el ansia de quien ve algo maravilloso por primera vez: los mosaicos de estrellas en el suelo, las fuentes de marfil, los naranjos que dan sombra y cuyas ramas cuelgan pesadas de fruta brillante. Le dije que no veríamos templos ni jardines, pero aquí estamos.

Cuando sus ojos se encuentran con los míos, casi parece suspirar.

—Gracias —murmura.

Me encojo de hombros.

—¿En qué creéis en Dahe?

—En los Elementos, supongo. Sé que aquí miráis a las estrellas.

Asiento y vuelvo la vista hacia el final de los jardines. Allí, tras la infinidad de arcos, espera el resto del edificio, el templo propiamente dicho, donde gobiernan el silencio y la fe.

—Estos templos se consagran a ellas. En Rydia la mayoría de la población es bastante devota. Supongo que queremos creer que alguien nos escucha ahí arriba o que hay un espacio en el cielo que siempre podremos ocupar, reservado para nosotros, donde vivir en paz. Supongo que nos obsesiona la idea de dejar una marca en este mundo. Si no puede ser en el terrenal, al menos queda el consuelo

de ser un punto titilante en un inmenso firmamento —dudo, volviendo la vista hacia él, y me encojo de hombros—. No sé si tiene algún sentido para ti.

El muchacho asiente, apretando su libro entre los brazos.

—Lo tiene. Supongo que al final todas las personas desean eso, ¿no? Ser alguien. Hacer algo. Dejar algo tras de sí que diga: «Estuve aquí. Soy inmortal».

Asiento, retomando la marcha. Me acerco a la fuente principal, en el centro del lugar. Él parece sediento no de agua, sino de algo que sacie su curiosidad. Admira su forma de ocho puntas, los mosaicos granates, dorados y blancos que adornan el fondo. A mi alrededor hombres y mujeres se lavan las manos y la frente, purificándose.

—Por supuesto, todos tenemos... deseos —continúo, mirando a Kay de reojo. Él aparta la vista de la fuente con reticencia—. Objetivos. Queremos dejar nuestra impronta *en vida* y no ser sólo una estrella perdida, sin merecerlo. Pero a veces necesitamos impulso. Sentir que no estamos solos o que algo nos ayudará. Por eso venimos aquí. —Cojo aire y me paso la mano por la nuca, encogiéndome de hombros—. Y rezamos. Sé que puede parecer inútil, pero yo a veces... me siento mejor. Incluso cuando creo que nunca encontraré lo que estoy buscando, me siento un poco más liviano. Como si compartiera una carga.

A veces sólo eso me funciona para no dejar que tu recuerdo me venza. Supongo que eso me convierte en alguien débil, o puede que sólo en un estúpido.

Kay sonrío un poco. Creo que eso también sirve para aligerar el peso en mi pecho. Ahora ya no parece que vaya a derrumbarse bajo el peso del mundo, a pesar de que se siga abrazando a ese libro como si fuera una tabla de salvación.

—No te hacía un creyente, Nadim. No dejas de sorprenderme.

Me encojo de hombros.

—Soy un pirata, y los piratas aprovechamos los recursos a nuestro alcance por razones egoístas, ¿recuerdas? Puede que la fe sea sólo un recurso más para sentirme mejor. —Hago un ademán de quitarle importancia y señalo la fuente con la cabeza—. Primero, nos lavamos las manos y la frente. Después, allí, tras esos pórticos, en un patio lleno de columnas, nos arrodillamos y oramos a las

estrellas... Por si tu carga pesa demasiado y necesitas ayuda.

En realidad, no le estoy ofreciendo la ayuda de las estrellas, siempre tan esquiva y carente de seguridades, sin promesas ni respuestas..., sino *mi* ayuda. Pero ahora mismo no se me ocurre cómo brindársela de otra manera. Sólo se me ocurre quedarme a su lado hasta que se sienta con algo más de fuerzas. Es eso lo que debí haber hecho contigo, ¿verdad, Zahara? Sólo apoyarte. Había cosas que no podía solucionar por ti, pero debí estar a tu lado. He tenido tiempo suficiente para darme cuenta de eso. Para aprender.

Creo que Kay lo entiende. Por supuesto, no puede entenderlo *todo*, pero sí mi torpe intento de ayudar.

—¿Rezaráis conmigo? No creo que sea la única persona aquí con cargas muy pesadas y necesidad de ordenar sus pensamientos.

Ni se hace una idea.

—Supongo que no podrías hacerlo solo, ¿verdad? Seguro que le hablas a las estrellas de esa manera tuya tan retorcida y no te entienden.

Kay alza la barbilla. Bueno, al menos intenta ser el crío orgulloso que suele ser. Es un avance.

—No es mi problema si eres un bribón inculto.

No dice nada más. Se adelanta hacia la fuente, golpeándome con el libro para que lo sostenga mientras él se lava las manos. Contengo una sonrisa y un suspiro de alivio.

Sentada en la fuente, justo al lado de Kay, me dedicas una sonrisa de aprobación y un asentimiento.

Lamento no haber podido hacer lo mismo por ti.

* * *

Rezo por ti, como en tantas otras ocasiones. Por encontrarte o, al menos, por que estés bien y a salvo y no sea tu fantasma lo que creo ver. Kay, a su vez, reza por sus propios anhelos en esta sala llena de vida y silencio, bajo las bóvedas de

estrellas y entre un montón de desconocidos que compartimos plegarias a un tiempo. Personas que seguramente sólo tengamos en común la ausencia de algo: un ser querido, un destino, un futuro.

Salimos con la misma quietud reverencial con la que entramos.

—Hay una última cosa que quiero enseñarte.

Kay se sorprende cuando se lo digo, pero me sigue cuando echo a andar hacia la entrada de uno de los alminares. Allí, la rampa que asciende en espiral parece llegar hasta el cielo. Subimos por ella durante lo que parece una eternidad. El príncipe empieza a resoplar, agotado, al cabo de un rato. Seguramente me maldiga, pero quiero pensar que merecerá la pena.

Cuando alcanzamos la cima, toda Kalinda está a nuestros pies. El mar, inmenso, brillante, sin límites, aguarda más allá de ella con el sol yendo a refugiarse en sus aguas en una estela de colores de coral.

Suspiro, apoyándome en uno de los arcos que coronan el alminar. A mi lado, Kay vuelve a tener esa expresión de niño incrédulo que todavía no ha visto ni una pequeña porción de lo que el mundo puede ofrecerle. Sus pasos, algo inciertos, se acercan a la balconada, a la que se agarra con la mano libre.

—Dijiste que echabas de menos el mar —le digo—. Sé que no lo dices de manera literal porque no eres una sirena... o eso creo. Pero ahora formas parte de la tripulación. Y las sirenas y los piratas, al menos, comparten ese hogar.

Por mi parte, yo he aprendido que el océano abierto, siempre cambiante e inesperado, es más mi casa que esta ciudad.

—Nunca he sentido que perteneciera a ningún sitio. —Miro a Kay. No sé si su susurro es para mí o sólo habla consigo mismo. Sus ojos están perdidos en el horizonte—. Pero la primera vez que vi el océano de noche, cubierto de estrellas, con la luna creciente sobre las olas, sentí que tenía un lugar. Y pensé en... lo insignificante que era yo y lo grandioso que era el resto del mundo. Y que quizás, en toda esa inmensidad, tiene que haber al menos un hogar en el que toda persona encaje.

Vuelvo la vista a la línea en la que se juntan el cielo y el mar.

—¿Sabes? Creo que es por eso por lo que todos seguimos en la tripulación de Jared. Ese es el lugar en el que todos encajamos, aunque somos piezas perdidas. —Me paso la mano por la cabeza para quitarme el turbante. Ahora que el sol se esconde, ya no hace tanto calor y aquí estamos solos. No corro peligro de que nadie me vea—. Lo que quiero decir, Kay, es que hay un sitio para ti en el barco si lo quieres. No eres el primero que no desea estar solo hasta que encuentre lo que está buscando.

El príncipe de Dahes se gira hacia mí con los labios entreabiertos. Después, baja la vista y apoya la espalda contra el balaustre. No sé si así es más fácil darle la espalda al mar y a todas sus posibilidades.

—Me estarán buscando. Cuando os lleve hasta el *Angelique*, el rey sabrá que he sido yo quien os ha conducido hasta él. Y no creo que esté contento. Y... no puedo arrastraros a una búsqueda absurda en la que ni siquiera tengo la seguridad de lo que voy a encontrar o de si encontraré algo. Y eso es lo que necesito ahora mismo.

Echa un vistazo hacia el libro que sigue entre sus brazos con una sonrisa algo amarga. Pero, oh, yo sé mucho de búsquedas absurdas y sin seguridades. A veces pienso que Kay se parece a ti, pero creo que, en realidad, se parece más a mí. Nuestras situaciones, por lo pronto. Lo que queremos. Cuando lo veo tan perdido, lo comprendo muy bien. Llevo teniendo esa misma mirada demasiado tiempo.

No se la deseo a nadie. Y creo que él todavía puede salvarse.

Quizá por eso hablo:

—Mi hermana desapareció hace diez años.

Su rostro se alza repentinamente con un parpadeo. Tú te sientas sobre la balaustrada, justo a su lado, mirándome de frente; tus cabellos oscuros y tu velo preferido meciéndose con la brisa del atardecer. También quieres escuchar esta historia, como si no la conocieras. Como si no fueras la protagonista.

—¿Tu hermana...?

—La persona que iba a casarse. Era ella. La comprometieron, como a ti.

Tus ojos se pierden en la ciudad. No sé qué buscas. ¿Nuestra casa? ¿La mansión del que debía haber sido tu marido? O tal vez sólo recuerdes aquel tiempo en el que te perdías por esas calles.

—Antes, Badra no hablaba de nobleza de corazón, —le explico a Kay, ante su parpadeo incrédulo—. Soy noble de nacimiento. Hijo de una de las principales familias nobles de Rydia. Por eso voy tan cubierto y con tanto cuidado: la historia de los desaparecidos gemelos Al Sharif es bastante popular en esta región.

—¿Qué quiere decir... que desapareció? ¿La raptaron o... huyó?

—De las pocas cosas de las que estoy seguro es de que huyó. Nadie tenía razones para raptarla y, de haber sido así, habrían pedido un buen rescate. Ella, en cambio, sí tenía razones para escapar: no quería ese matrimonio. Lo veía como una condena. Una cárcel que no estaba dispuesta a aceptar. Lo dejó muy claro antes de esfumarse para siempre.

Te miro, como si quisiera que tú corroborases esta parte de la historia. Tú te encoges de hombros como de costumbre porque no vas a darme más respuestas seguras. ¿Cómo podrías si estás en mi cabeza? Sabes lo que yo sé, ni más ni menos.

—Lo extraño es que yo no lo viera venir. —No sé si hablo para ti o para Kay. Tú asientes, sin embargo, y yo me obligo a fijar mis ojos en el príncipe para no sentir la culpa ahogándome—. Éramos inseparables. Siempre habíamos estado juntos: no teníamos a muchas más personas. Yo la conocía mejor que nadie... o eso pensaba. La verdad es que después de tanto tiempo me pregunto qué partes de ella son reales y cuáles podrían pertenecer a un cuento.

»La cuestión es que yo tuve la culpa de que huyese y de que no confiase en mí para decirme adónde iría o qué pasaría con ella.

Kay hace un mohín de desacuerdo.

—No es tu culpa. Fue su decisión, Nadim...

—Yo no la apoyé. —Te miro de nuevo y tú bajas la vista, dolida por el recuerdo. Me lo merezco, por supuesto—. Al principio los dos nos enfrentamos

a nuestros padres con uñas y dientes. Estuve de su lado. Y durante ese tiempo lleno de discusiones, ella se quedó. Aunque la casa fuera un caos de gritos yuviésemos que huir a menudo a escondidas. Ella se mantuvo firme porque sabía que yo estaba de su parte. Y entonces yo... me rendí.

Sé que ya lo sabes, pero lo siento. Siento el maldito momento en el que agaché la cabeza y te permití pensar que te dejaba sola.

—Mis padres me... convencieron de que eso era lo que nuestro *deber* manda. Y me lo creí. Me creí que no teníamos derecho a la vida que ansiáramos, que no teníamos derecho a ser quienes quisiéramos. Que nuestras obligaciones estaban por encima de nuestra vida. Así que me puse de parte de ellos. Zahara... —Es extraño pronunciar tu nombre después de tanto tiempo siendo tabú. Se desliza por mi lengua como un líquido reconocible pero venenoso que me hace demasiado daño—. La última vez que la vi, me miraba como si hubiera cometido una traición horrible. Como si hubiera hecho lo último que esperaba de mí. La decepcioné.

Tú no bajas la vista. Me sigues observando, no con la expresión de aquel día, tan horrorizada y defraudada, sino con entereza. Me observas como quien ya ha asimilado lo inevitable y lo encara de frente, sin miedos. Es la expresión de alguien a quien ya no puedo hacer más daño, porque ya le causé todo el que podía.

—Y, de pronto, ya no estaba —susurro, viendo cómo tu figura se disuelve con un nuevo soplo de viento. Así de fácil desapareciste—. Sin pistas, sin notas de despedida..., sin nada. Sólo silencio durante todo este tiempo.

Kay se queda muy callado por unos largos momentos y yo lo agradezco, porque hacía demasiado tiempo que no contaba esta historia y siento que me cuesta respirar. Apoyo la cabeza contra la piedra, llenando mi pecho de aire, y cierro los ojos para estar a solas con el silencio que ahora necesito.

—A veces las circunstancias son más grandes que cualquiera de nosotros —murmura Kay muy bajo—. No puedes pasar diez años de tu vida culpándote, Nadim. No es sano. No es... justo.

—No fue justo abandonarla. Debió de sentirse muy sola en ese momento. Debió de decidir que, si ya no tenía apoyos..., no tenía nada más que hacer aquí.

Kay aprieta los labios. Creo que él sí siente lástima por mí, pero no le he contado esta historia para recibir pena. No la quiero ni la merezco.

—Si te cuento esto es porque fui en su búsqueda en cuanto supe que ella no volvería. Quería encontrarla, no para que volviese a casa, sólo para pedirle perdón, para apoyarla en su decisión, para ayudarla si me necesitaba. El barco en el que zarpé fue atacado... por el de Jared. Él y yo ya nos conocíamos de antes, desde niños: un día, cuando apenas éramos unos críos, nos encontró a mi hermana y a mí siendo atacados por unos chavales un poco más mayores y bastante violentos. Nos salvó de aquella, aunque a cambio de unas buenas monedas de oro. Pero cuando Jared se convirtió en el capitán del *Angelique* le perdimos la pista. No volvimos a verle por las calles. Y entonces nos reencontramos de aquella manera: parecía que lo nuestro era tropezar siempre con asaltos de por medio.

»Después de saber lo que había sucedido con mi hermana, me ofreció un lugar en el *Angelique*, con él, para buscarla. Y lo acepté. Llevo diez años tras el rastro de mi hermana, sin pistas. Podría estar... en cualquier lugar de Marabilia. A lo mejor incluso más allá. Pero sigo resuelto a encontrarla. Y puede que parezca una... búsqueda absurda, como tú has llamado a la tuya, pero no me importa. Por eso creo que no deberías rendirte. No es absurdo si es lo que sientes que debes hacer. No, lo que sientes que *quieres* hacer. Puede que tu solución esté cerca o a diez años de distancia, pero... si yo lo hubiese dejado, estoy convencido de que me preguntaría cada maldito instante si el día que dejé de buscar fue el día que podría haberla hallado por fin.

Kay me mira, conteniendo la respiración, pero se gira de nuevo hacia el horizonte. El sol apenas asoma ya sobre el mar. Sus brazos se aprietan un poco más contra el tomo que Badra le ha dado.

—Gracias —susurra muy bajo.

No respondo. Me gustaría pensar que encontrará la solución al hechizo que

tanto le tortura. Ese día quizá sea también el día que yo te encuentre a ti.



Collen

Un libro cae sobre la mesa cuando menos me lo espero. Me sobresalto y alzo la vista del mapa con el que estaba, parpadeando. Espero que tan poca delicadeza venga, como mínimo, del capitán, sobre todo porque este es su camarote, aunque ante mí sólo está Kay. No sé qué me sorprende más: que sea él quien me haya descubierto con la guardia baja o que se haya atrevido a poner un pie en el territorio de Jared sin su permiso. Supongo que ha debido de verlo al timón y habrá decidido que era su oportunidad para... ¿Para qué?

Vuelvo la vista a la encuadernación que ha dejado caer sobre la mesa de madera y entonces *me fijo* de verdad en ella. Dejo escapar un chillido que sale más agudo de lo normal, echándome sobre el tomo como un ave de presa sobre un alimento muy ansiado. Es hermoso. Desde las tapas de piel exquisitamente trabajadas a los cierres de plata. Siento que comienzo a hiperventilar.

—¿De dónde has sacado esta maravilla?! ¡¡Cierra la puerta!! ¡Rápido! ¡Que Tayeb no vea esto, por lo que más quieras!

Oigo la risa del príncipe y cómo la puerta se cierra, pero estoy demasiado ocupado cogiendo el libro como para prestarle atención. Tiene el canto dorado para proteger su sabiduría. Lo abro con inmenso cuidado, usando sólo el pulgar y el índice. Las tapas son fuertes y la piel forra las cubiertas de madera. Me estremezco cuando las páginas y el lomo se quejan, anunciando que no se han abierto en mucho tiempo.

—Chist... Todo está bien, todo está bien... Estás a salvo...

—¿Le estás hablando al libro?

—¿Se puede saber cómo se te ocurre lanzar esta joya sobre mi mesa sin

ningún cuidado? Estoy muy orgulloso de decir que, pese a ser un pirata, todavía no he matado a nadie, pero puedes ser el primero si vuelves a hacer algo así.

Kay vuelve a reír, aunque no estoy seguro de estar de broma. Paso mis dedos por el pergamino. Vitela, sin ninguna duda. Tan blanca, tan fina... ¿Y todas las páginas son de esta calidad? Dejo escapar un suspiro que a Rick le encantaría que fuese para él. La caligrafía está cuidadísima; el texto, repartido en dos columnas, con suficiente aire en la página para demostrarme que hacer este ejemplar ha debido de ser un auténtico gasto de recursos. Todos los detalles están cuidados. Veo hasta tinta púrpura y me mareo sólo de pensar en lo que debe de valer este libro. Nunca he tenido nada tan caro entre las manos.

—No te preocupes, pequeño, no dejaré que ningún desalmado te venda —le digo.

—Si dejas de hablarle y recuerdas que sólo yo puedo responderte, te cuento de dónde lo he sacado. Y es tuyo.

Alzo la vista de golpe. Me dejo caer en una silla. Creo que nunca le había prestado más atención a nadie.

—Contadme, oh, alteza.

Kay sonrío de nuevo, divertido, y hace un gesto hacia el libro. Lucho con todas mis fuerzas para no volver la vista a él, porque sé que entonces perdería por completo la concentración.

—La nigromante a la que fuimos a ver en Rydia me lo dio. Lo he tenido desde entonces, pero no ha surgido la oportunidad de enseñártelo antes.

—¿Hace dos días que salimos de Rydia y no me has enseñado esto hasta ahora?!

—Pasas demasiado tiempo con Rick. Quería que lo vieses sólo tú.

Rick ha entorpecido mi encuentro con una belleza como esta. Nunca se lo perdonaré. Va a estar a dos velas varios días.

Cruzo los brazos sobre el pecho y me hundo un poco más en mi asiento. Echo un vistacito disimulado al ejemplar.

—¿Y por qué te lo dio?

—Porque al parecer la solución que estaba buscando se esconde en ese libro. Es una recopilación de cuentos, por lo que he visto. La nigromante me dijo que quizás alguien podría separar la leyenda de la realidad en esas historias. Y no creo que nadie pueda hacerlo mejor que tú.

Pues claro que no. La panda de brutos con la que viajo destrozaría a nuestro pequeño tesoro en menos que canta una sirena. Y por lo demás, el sentido de la intuición de esta tripulación me lo he quedado todo. El resto siguen órdenes, hacen el trabajo que requiere fuerza bruta, batallan o crean estrategias, pero nadie conoce tantas historias y sabe navegar a través de ellas como yo.

Me echo hacia delante para volver a inclinarme sobre el ejemplar. Paso las páginas con infinito cuidado, fijándome en las capitulares coloridas, en cada trazo escrito con mimo y cuidado, en los dibujos. Algunos están en el margen, detalles pequeños de criaturas mágicas: un unicornio parece correr por la base de una de las páginas, un dragón dormido se acurruca en una esquina, un nigromante alza sus brazos al cielo, una reina elfa camina hacia la siguiente página... Y luego están las ilustraciones grandes, tan hermosas, llenando las hojas. Auténticas obras de arte hechas por alguien con un talento digno de servir a reyes. Una mujer se agacha ante un lago que recibe sus lágrimas, una estrella se aparece ante un caballero, los espíritus de unos niños aterrorizan a un viajero en un bosque...

—¿Qué buscas aquí? —le pregunto mientras hojeamos el contenido. Cada página es una nueva sorpresa.

—Busco un lugar, aunque no sé cuál. Algo con una magia superior a la de la luna llena, incluso. Un sitio capaz de romper hechizos o de conceder deseos, no lo sé.

Apoyo la mano en la barbilla, pensativo, y repaso con los dedos la figura de una «T» pintada de azul en la que se sienta una sirena, con su larga cola enredándose en torno al tronco de la letra.

—Los lugares míticos, supongo. Hay cientos en Marabilia. Miles, puede, a lo largo del mundo: fuentes de juventud, pasadizos capaces de llevarte a otros

tiempos, fuentes en las que ver tu futuro, montañas huecas en las que anidan dragones, castillos encantados por la presencia de antiguos reyes. A Jared le gusta buscarlos porque era lo que sus padres solían hacer.

—¿Son... reales, entonces?

—Oh, depende. Hay historias que están hechas con mucha imaginación. Pero otros muchos sí existen de verdad: hay territorios donde el flujo de la magia terrestre es más potente. Algunos, incluso, son refugios de los propios Elementos, según se dice.

—¿Habéis... encontrado algo así antes? ¿Y cómo sabes cuándo una historia es real y no una invención?

Quiero decirle que me infravalora, pero en vez de eso sonrío con suficiencia.

—Con distintas fuentes y atendiendo a los detalles. Siempre son ellos los que marcan la diferencia: lo que separa una invención de una versión son los puntos en común. Por ejemplo: ¿conoces esa historia del tesoro del conquistador de Marabilia?

—Karlen III de Sienna —recita, haciendo gala de los conocimientos que debieron de inculcarle en su castillo.

—Ese mismo. El hombre que quiso unir todos los reinos bajo uno solo y fue desterrado por su osadía. Eso es Historia real, con mayúscula. A partir de ahí, vienen los detalles. Unos dicen que el tesoro se hundió; otros, que estaba en una isla; otros, que él mismo se encerró donde nadie más pudiera encontrarle ni a él ni a su tesoro y desde donde pudiera ver Marabilia siempre, para no olvidar y planear su regreso. Detalles, versiones. Y todas coincidían siempre en eso último: en que el rey esperaba, vigilando Marabilia desde fuera. Hay otro punto común: el rey se retiró a algún lugar cercano a Marabilia. Después, sigues investigando.

Alargo el brazo para coger uno de los mapas que tengo desperdigados por la mesa y lo extiendo. Toda la superficie de Marabilia queda frente a nosotros y yo señalo Sienna con el índice.

—Era un rey de Sienna y fue desterrado bajo pena de muerte si volvía. Tuvo

que huir rápido y a un lugar cercano. —Mi dedo se mueve alrededor del mar que hay entre las costas de Sienna y las de Rydia—. Y después, hilas con otras historias. ¿No escuché una vez una leyenda de terror sobre un islote que aparecía y desaparecía? Espera, ¿aparecía y desaparecía? ¿O estaba lleno de espíritus? ¿Era el mismo que nadie podía ver, pero al que llegabas si lo pensabas con la suficiente fuerza? Si era ese, sin duda tendrá algo que ver con aquel lugar en el que los barcos encallaban y desaparecían... como por aquí. —Mi dedo baja hasta el sur del mapa, a un punto de agua, y me echo a reír—. Es como un juego. Un rompecabezas. Coges las piezas que las historias dejan, intentas ver si encajan. A veces lo hacen; otras..., otras no, en absoluto.

Kay me observa con los ojos muy abiertos, maravillado con la explicación. Sonríe un poco y reconozco la intriga que te invita a querer saber cómo termina un cuento.

—¿Y bien? ¿Lo encontrasteis?

Casi me siento ofendido de que lo dude.

—*Por supuesto* que lo encontramos. —Cruzo los brazos, orgulloso—. Había un islote con una fortaleza y desde la torre más alta veías la costa de Marabilia. En el interior de la torre, en una cámara escondida, estaba el tesoro. Jared todavía me besa los pies por aquello.

El muchacho ríe, probablemente ante la visión de Jared agasajándome. Lo cierto es que cuando encontramos destinos inesperados o tesoros valiosos siempre se pone de muy buen humor. Y puede que no me bese los pies, pero sí que me planta besos en la cabeza como si dentro de ella estuviera la mente más privilegiada del mundo.

—Entonces, ¿me ayudarás? No te besaré los pies, pero tendrás mi eterna gratitud. Y ese magnífico códice.

—Bueno, para eso tienes que decirme qué leyenda tenemos que buscar. O qué magia necesitas. Y... no estoy convencido de que Jared quiera buscar leyendas *en este momento* —añado con la boca pequeña, sin querer desanimarlo.

Él asiente, consciente de esto último.

—Lo sé, no te preocupes. No hablo de ahora. Dadas mis otras opciones, esta es prácticamente la única que tengo, así que no me importa esperar unas cuantas lunas hasta que vengamos al *Libertad* y os lleve hasta el *Angelique*. Después podremos buscar con calma, ¿no? Quizás encontremos algún tesoro de paso.

—Eso me parece un plan estupendo. ¿Cuál es el efecto que necesitas conseguir?

Kay titubea, removiéndose en su asiento. Ahora soy yo el que está intrigado, pero no lo presiono.

—Hay un hechizo —comienza—. Uno que me afecta y quiero revertir para siempre.

—¿Estás hechizado? ¿Por eso querías encontrar tan desesperadamente a un nigromante?

Su asentimiento es leve. Abro la boca para preguntarle qué clase de encantamiento lo tiene preso, pero supongo que si no lo ha dicho hasta ahora será que no le apetece hablar de ello. Me froto la barbilla, pensativo, mirándolo de arriba abajo.

—¿Tiene algo que ver con tu cuerpo, por algún casual?

Kay da un brinco que casi lo tira de la silla. Supongo que eso es un sí.

—¿Disculpa?

—No sueles estar muy cerca de la gente y casi parece que te vayas a romper cuando alguien te toca. Me preguntaba si sólo eras así o si ese hechizo tenía algo que ver.

Carraspea y se pone en pie, inquieto. Lo miro, suspicaz.

—Valoro mi espacio personal, eso es todo.

—¿Seguro? Porque reconozco bastante bien cuándo hay algo más que simple reserva. No suelo dejar que nadie que no sea de la tripulación me toque, por ejemplo.

Me costó mucho permitir que ellos lo hicieran, de hecho.

Kay parece confuso y frunce el ceño.

—¿Tú...? ¿Por qué?

Me humedezco los labios y dudo. Algo inseguro, extendiendo la mano hacia él para que la ponga sobre la mía. Kay titubea, pero lo hace. Entonces yo guío su brazo hasta mi pecho, haciendo que sus dedos presionen contra mi piel. O, mejor, contra las vendas bajo la camisa, que ni siquiera son suficientes para cubrir del todo la pequeña curva.

Al principio se pone del color de la grana. Después, su expresión cambia cuando entreabre los labios por la sorpresa.

—¿Eres...?

—No, antes de que digas algo por lo que no pueda perdonarte. Soy Collen, el mismo *chico* que era hasta hace un segundo. El cuerpo que tenga no cambia eso.

Dejo ir su mano y me cruzo de brazos, a la defensiva. Le reto con los ojos a que me niegue algo, si es que tiene el valor. He confiado en él. Espero que no me decepcione.

Kay parece algo confuso. Abre y cierra la boca sin saber qué decir. Yo respiro hondo, intentando que su impresión no me duela, intentando convencerme también de que no va a verme de manera diferente.

—Si tu hechizo tiene que ver con tu cuerpo, te ayudaré a encontrar una solución para él. Pero hasta entonces, intenta pensar lo siguiente: el cuerpo es sólo una carcasa que nadie elige. Que no nos define si no queremos que lo haga, aunque el mundo pretenda lo contrario. Lo que importa es quiénes somos bajo él. Nada más.

Kay no dice nada. Sigue con sus ojos fijos en mí, con los labios entreabiertos, y eso es más de lo que puedo soportar. Aparto la vista, dispuesto a pedirle que se marche si va a seguir mirándome así. Hacía mucho que no tenía que hacer esto. No tenía ninguna necesidad de hacerlo, de hecho. Y no creo que de verdad cambie nada la situación de hace dos minutos.

Él, en cambio, coge aire y se agarra al respaldo de su silla.

—Hay un cuento que quiero contarte.

—¿Qué?

—¿Me escucharás?

Abro la boca, pero vuelvo a cerrarla un instante después. Frunzo el ceño sin comprender. Sólo una vez que el libro está cerrado frente a mí y me he acomodado en mi silla, me decido a asentir con cuidado.

—Trata sobre una sirena...



Jared

El segundo asalto a uno de los barcos marcados por nuestro queridísimo Geraint ya no es tan sencillo como el primero por tres factores: el primero, nigromantes. Esos cabrones y sus truquitos de magia van a conseguir amargarnos el negocio a todos los piratas, y no me hace ni puñetera gracia. El segundo, comunicación. Supongo que el primer mercante debió de advertir que este barco estaba en posesión de piratas: sólo así se explica que la bandera de Dahes no fuera de su confianza y ya estuvieran más que preparados para un asalto cuando nos echamos sobre ellos. Hasta llegaron a usar sus cañones, lo que *por supuesto* nos ha dado la oportunidad de estrenar la artillería y ver qué tal funcionan los cañones de este barco, ya que los tenemos.

El tercero es el más importante y el que más me jode: tengo un amigo inconsciente y estúpido. O simplemente un amigo con muchas ganas de morir.

Ni siquiera estoy seguro de cómo ha pasado; lo único que sé es que de pronto Nadim estaba luchando con un tipo de casi el doble de su tamaño a lo largo y a lo ancho y que lo hacía con ese ímpetu que pone la mayoría del tiempo, como si no tuviera nada que perder. Y entonces estaba en el suelo, sujetándose el costado, y no contento con ello se volvió a echar sobre su enemigo. Harren consiguió librarle de él. Gavin vino a mi orden y se lo llevó volando al barco mientras el resto nos encargábamos de la escaramuza.

Ahora que hemos rendido a la tripulación, de forma menos limpia que la primera vez —casi matan a mi segundo, que se jodan—, y el resto de mis hombres ya se encargan de pasar la mercancía de un navío a otro, yo me

apresuro hacia el camarote. Allí ya está Owain, encargándose de un Nadim convaleciente que cabecea. Y no sólo él; también el principito encantador.

—¿Cuándo vas a dejar de hacer el gilipollas? —grito nada más entrar, tras un portazo.

El enano es el que más se sobresalta. Tiene la bolsa de Owain en la mano y supongo que le está ayudando, pero me mira con incredulidad. Me da igual. Esto no es asunto suyo.

Owain coge aire y se gira hacia mí.

—Capitán, Nadim necesita estar tranquilo, así que nada de echarle la bronca por el momento.

Aprieto los dientes mientras observo al hechicero, pero es sólo un segundo antes de que mis ojos vuelvan a Nadim. Él me mira con los párpados apenas entreabiertos y yo me dejo caer en la silla del escritorio. Mis dedos se apresuran a atrapar uno de los relojes de arena que me he traído a este camarote tras nuestro paso por Rydia. En el Angeli que tenía muchos más, pero la maldita corona de Dahes no tuvo a bien traspasar nuestras pertenencias. Lo muevo nerviosamente entre mis dedos.

—No se va a morir por esto, ¿verdad? —farfullo.

—No hay órganos dañados, así que no tenemos que preocuparnos. Pero necesita reposo.

Bufo. Reposo. Como siga así, conseguirá reposar para siempre porque lo matarán. Y seguro que no lo lamenta. No es la primera vez que pasa algo así. No es la primera vez que le veo con tanta indiferencia por su propia vida. Como en los calabozos, cuando tan sólo se quedó quieto y esperando que hicieran lo que fuera con él. Estoy convencido de que, si en aquel momento todos temíamos por nuestro final, él no lo hizo.

Aun así, decido obedecer por una vez y me callo. Nadim parece ido y no estoy seguro de que sea consciente de lo que pasa a su alrededor. Le doy una vuelta al reloj de arena entre los dedos y lo pongo otra vez sobre la mesa, escrutando los granos caer.

Cuando despierte, haré que me escuche. No estoy dispuesto a ver cómo su tiempo se acaba.



Kay

La primera vez que Quinn, el nigromante de mi padre, me sacó del palacio yo no sabía a dónde íbamos. Caminaba dos pasos por detrás de él, en una especie de ensueño, con la única certeza de que mis ropas ya no eran las de un príncipe, sino las de un muchacho normal. Supuse que no querían que nadie me reconociese. Me temblaban las piernas y en mi mente ya había media docena de horribles finales para la indeseada aventura. Me sacaría por entre las murallas, me llevaría al bosque y me abandonaría allí. No, no me abandonaría. Eso sólo lo hacían con los niños pobres, que luego crecían bajo el amparo de los piadosos animales o de una amable hechicera. En realidad, me mataría. No querría dejar pruebas. Después, con un hechizo, arrancarían el recuerdo del príncipe Kaylen de Dahes de todas las cabezas y su nombre se perdería en el olvido.

Por supuesto, mi imaginación estaba desbocada. Pero mientras bajábamos por la calle del Oro y me guiaba por callejones por los que nunca había estado, no podía sino crear los mil fatídicos finales que me aguardaban al traspasar la seguridad de las murallas, o puede que en un ruinoso edificio donde nadie oiría mis gritos.

Sin embargo, cuando nos detuvimos, no estábamos en ninguno de los lugares a los que mi alocada cabeza había decidido llevarme, sino ante una casa normal, similar a todas las demás de la calle. La puerta estaba cerrada, pero se respiraba vida a su alrededor: la ropa húmeda colgaba del balcón, las flores se mecían en sus macetas en los alféizares de las ventanas abiertas. También había, contra todo pronóstico, un silencio sepulcral que amenazaba con ahogarnos. Fruncí el

ceño, entre la contrariedad y la curiosidad, pero el hombre a mi lado no reparó en mis sentimientos encontrados. Llamó a la puerta con la fuerza de una tempestad y esperó. Un par de niños mucho más jóvenes que yo vinieron a abrir. Se asomaron con cautela y, al ver la túnica negra y el amuleto colgando de su cuello, se apresuraron a dejarnos vía libre. A él, en realidad, pero yo lo seguí porque supuse que era lo que se esperaba de mí.

En el interior vi la sangre derramada por primera vez. Las sábanas estaban manchadas, moteadas de rojo y marrón. Un hombre yacía en una cama, inmóvil, tan blanco como si alguien le hubiese arrebatado el color. Una mujer, probablemente su esposa, nos dijo que su herida se había vuelto a abrir. Quinn la echó del cuarto sin miramientos, pero ella tampoco protestó.

Y entonces, por primera vez en mi corta vida, vi a alguien hacer magia de verdad. Aunque había leído mil historias de hechiceros y nigromantes, de criaturas de toda clase que podían obrar milagros con un toque de su cuerno o con una lágrima sobre un moribundo, jamás había sido consciente de que cosas como esas estuvieran ocurriendo *de verdad* en mi mundo.

Fue como si alguien abriese un universo de posibilidades para mí. Y, a la vez, tuve miedo de lo que podría hacer alguien con todo ese poder. Si Quinn podía cerrar una herida con facilidad, ¿no podía abrirla también? Si podía curar a un hombre o a una mujer, ¿no podía, de la misma forma, hacer que cayesen enfermos?

¿Y toda esa responsabilidad, toda esa fuerza, estaba restringida por la conciencia de un solo hombre? Un hombre que le había jurado lealtad a mi padre...

Cuando terminó su hechizo, con la frente perlada de sudor, pero la expresión tan inescrutable como siempre, se volvió hacia mí. Sus ojos oscuros veían a través de mí y a mi alrededor, y supe que podía percibir mi miedo y mi fascinación, y probablemente todas las ideas que habían estado bailando en mi cabeza desde que me había obligado a seguirlo. Y aunque por lo general era callado y apenas decía una palabra a destiempo, su voz sonó clara cuando se

dirigió a mí: «El rey desea que veas sangre y muerte, y que te acostumbres a ella. Quiere a un hombre como hijo, no a un niño, y considera que esta es la forma de convertirte en uno».

Dicho eso, se giró y salió por la puerta. Apenas me di cuenta de que la mujer le daba las gracias llorando y le ofrecía oro a modo de gratitud. Él ni siquiera la miró. Yo, por supuesto, no me di cuenta hasta mucho después de que había dicho que esa era la manera en la que mi padre quería educarme. Pero nunca llegó a decirme si él estaba de acuerdo.

Ahora, con las manos manchadas de la sangre de Nadim, casi tengo que agradecerle las desagradables visitas por la ciudad, donde hacía su magia o me obligaba a verlo coser heridas, aplicar cataplasmas o preparar extrañas pócimas que yo, carente del poder y la habilidad, nunca fui capaz de replicar. También agradezco, contra todo pronóstico, la visión de los muertos en las mazmorras de palacio, donde tuve mi primer contacto con la muerte.

Tapo al segundo de a bordo con una manta, aprovechando para cubrir la sucia ropa de cama, y miro de reajo al capitán, que aguarda tras su escritorio con un reloj de arena entre los dedos. Owain ya se ha marchado, agotado, pero me ha pedido que lo despierte si noto que algo va mal. Por alguna razón, no se lo ha pedido a su superior, quizá porque no lo encuentra capacitado en este momento. No me extraña. Ha estado sumido en un turbador silencio desde que se ha sentado ahí, en una quietud cargada de algo que no llego a comprender del todo.

Decido que, sea lo que sea, no es mi problema. El hombre no ha sido demasiado amable conmigo desde que estoy aquí, así que me siento junto a Nadim y lo velo, a lo que Jared no parece tener, sorprendentemente, inconveniente alguno. Aunque sea su camarote. Supongo que esto le ha afectado más de lo que quiere admitir. Son mejores amigos, ¿no es cierto? Compruebo de vez en cuando que todo sigue en orden y me sobresalto sin querer con cada movimiento que Nadim hace, aunque sólo sueña. Jared no se sorprende en ningún momento, sino que contempla los granos caer. De vez en cuando deja el reloj sobre la mesa y juega a cambiarse los anillos de los dedos, en un gesto

intranquilo. También observa a Nadim con los ojos entrecerrados, y parece enfadado, aunque nunca llega a decir nada. Esperaba que estuviera más tranquilo después de que Owain le dijera que todo estaba en orden. ¿No es esta, al fin y al cabo, la vida que han elegido? La del peligro y la de la sangre, y también la de la incertidumbre.

Llevo tres vueltas de reloj observándole cuando siento que voy a estallar. Su nerviosismo es contagioso y parece crecer dentro de mí hasta que no puedo más.

—¡Capitán! —estallo. Y me llevo la satisfacción, al menos, de haber conseguido que dé un respingo y sea consciente de que estoy dentro del cuarto. Quizá, sin embargo, he hablado demasiado fuerte—. ¿Queréis... hablar?

Intento que sea una ofrenda de buena voluntad, pero él frunce el ceño con desagrado. Al menos he conseguido que deje las manos quietas.

—¿Hablar? —me ladra—. ¿De qué? ¿Qué problema tienes ahora, enano?

Me contengo para no mostrar mi irritación con él porque sé que lo está pasando mal, aunque lo único que quiero hacer es tirarle a la cabeza el cubo de agua ensangrentada que descansa al lado de mi pie.

—De lo que os preocupa. A veces es bueno... desahogarse. Es obvio que estáis ansioso por lo que ha pasado. Sólo quiero ayudaros.

Jared pone los ojos en blanco. Cuando resopla, me parece escuchar el proverbial insulto por debajo de su respiración: «Nobles».

—Espero que no estés hablando en serio. ¿Y qué haces aquí, además? —pregunta como si no hubiera estado aquí con él todo este rato—. Lárgate y limpia la cubierta. Quiero que brille.

No me muevo, por supuesto. De hecho, me cruzo de brazos, dejando claro que esta silla es ahora mi atalaya.

—Owain me ha dejado al cargo, creo que porque ha considerado que soy la única persona consciente en esta habitación. Y teniendo en cuenta cómo miráis a Nadim, como si quisieseis estrangularlo... Estáis al tanto de que está herido, ¿verdad? No tiene la culpa de nada.

—¿Hasta qué punto estás seguro de eso? —resopla. Yo lo miro sin entender.

¿Cómo va a ser su culpa acabar herido? Un despiste, un momento de duda, es suficiente para que algo te pase en un duelo. Puede que infravalorase a su contrincante—. No lo conoces de nada.

No, claro que no. No hace ni una luna que estoy aquí. Muchas de las cosas de la tripulación son un secreto para mí. A veces hacen bromas que no entiendo. A veces parecen hablar entre ellos como si conociesen un idioma que a mí nadie me ha enseñado. A veces siento que he vuelto a Dahes y que no encajo. Pero entonces alguien me da un codazo para sacarme de mi ensimismamiento o Collen me dice una sola palabra, y el velo que me separa de ellos se rasga y yo lo traspaso.

—Tal vez —admito—. Pero podéis explicármelo si queréis. Al fin y al cabo, estoy aquí ahora y nuestra asociación parece... ir para largo. Así que si hay algo que creéis que necesite saber...

Jared no atenderá a razones. Se levanta de su asiento arrastrando las patas de la silla por el suelo. Creo que sólo es una forma de reclamar que es más alto y tiene más poder que yo mientras esté a bordo de *su* barco. Por alguna razón, mi mente pronuncia esas palabras con *su* voz.

—Perderte de vista, con suerte, será cuestión de menos de una luna. —Chasquea los dedos como si pretendiese hacerme desaparecer con magia—. El *Libertad* aparecerá pronto y nos encargaremos de ellas. Y en cuanto tú nos llesves hasta el *Angelique*, nuestros caminos no volverán a cruzarse. Así que, como ves, mi tripulación no tiene nada que ver en esto. Y sus problemas no son asunto tuyo. A menos, claro, que estés trabajando para tu padre, todo esto sea una trampa y pretendas saber todo lo que puedas sobre nosotros. ¿Crees acaso que he decidido confiar en ti?

Otra vez con lo mismo. Pero sé que no servirá de nada declarar *una vez más* que he huido de mi hogar y deseo escapar de las garras de mi padre. Por mi parte, ese asunto está zanjado. Es su problema si todavía sigue creyendo que el mundo gira alrededor de él mismo y su maldito barco.

—Nadim me ha... sugerido que sería bien recibido si quisiera quedarme más

a largo plazo.

No sé qué me hace decírselo. Ni siquiera me lo he planteado en serio. Pero parece que permanecer con ellos podría beneficiarme. Y puede que no sean las personas más honradas del mundo, pero en realidad son bastante mejor que muchas otras.

Jared deja escapar una carcajada llena de burla y malicia.

—Tú. Siendo pirata.

—¿Cuál es el problema? ¿Es porque soy noble? Porque eso no ha supuesto un problema para Nadim, ¿no?

—No es que seas sólo noble. Es que eres un condenado *príncipe*. Y eso no es lo peor de todo. No. Lo peor es tu *moral*. No necesitamos a nadie que nos repita todo el rato lo que está bien y lo que está mal. Ya lo sabemos y no necesitamos a nadie que se crea superior a nosotros. Lo único que eso evidencia es que tú no entiendes nuestra vida.

Aprieto los dientes. Tengo ganas de levantarme, de encararlo en igualdad de condiciones. Pero, si me muevo, probablemente sea capaz de descubrir lo mucho que me perturba la situación. A medida que han pasado los días, me he ido dando cuenta de que nadie me va a hacer caso. De que... les gusta esta vida. Y lo peor es que creo que puedo entenderlo, aunque sólo sea un poco. Porque he probado la libertad, la calma que hay en el barco, la amistad entre estos hombres, la camarería. Son... como una gran familia, en cierto modo. La familia que otros nunca van a tener, bien porque la han perdido, bien porque no se sienten a gusto entre aquellos con los que comparten sangre. Supongo que eso mismo es lo que los ha unido.

Y estos últimos días he pensado más veces de las que admitiré si sería posible que hubiera un hueco también para mí entre ellos.

Bajo la vista para que el capitán no descifre mi expresión. Para no delatarme.

—Creo que no soy la única persona aquí que ha pecado de no intentar entender a nadie. Pero yo puedo decir, al menos, que estoy esforzándome. Pese a que, por si no os habíais percatado, lo he dejado todo atrás. Estoy en un lugar

desconocido, con personas desconocidas, y estoy ofreciendo lo mejor de mí para ser de ayuda. Para adaptarme. Y entiendo que desconfiéis, pero no tenéis razones. Ahora mismo os diría dónde está vuestro barco si me lo pidiereis. Porque ese era el trato y vosotros habéis cumplido vuestra parte. No soy un enemigo, capitán. No es de mí de quien debéis tener cuidado.

—No me vengas con lloriqueos, chico. ¿Pretendes que te tenga pena? Sigues aquí porque Nadim me lo pidió. Porque él se apiadó de ti. Supongo que le recuerdas a su hermana, huyendo de un matrimonio concertado y sin apoyos, decidiendo desaparecer de su casa de la noche a la mañana. —Aprieto los labios, queriendo decirle que no es así—. No eres más que una forma de sentirse mejor consigo mismo porque está intentando hacer lo que cree que debería haber hecho por Zahara. Pero, como ella, tú no has pensado en lo que has dejado atrás. Como él —mira a Nadim— cuando le da igual si vive o si muere. Sois unos inconscientes. Y unos egoístas. Tú también —se gira hacia mí—, aunque presumas de superioridad moral.

No, estáis muy equivocado, capitán. No sabéis nada. Sonríe con amargura, los puños sobre las rodillas. ¿Cree de verdad que no pensé una y mil veces lo que acarrearía mi desaparición? ¿Y cree que no he pensado en otras tantas ocasiones, los últimos días, en lo diferente que hubiera sido mi vida si me hubiese quedado? No. No puedo arrepentirme.

Miro a Nadim, que duerme ajeno a nuestra conversación. Puede que sea egoísta, pero sí me importa lo que pase a mi alrededor. Me duele el corazón cuando hago daño a alguien. Y me alegro cuando los demás son felices. Sí, puede que sea un poco egoísta. Pero he estado priorizando otras cosas durante demasiado tiempo y sé que ahora lo primero soy yo.

—¿Creéis que no lo sé? ¿Creéis que no sé que he cometido un acto egoísta? —Mi voz es sorprendentemente tranquila, teniendo en cuenta la tempestad de emociones y pensamientos en mi interior. Me levanto, recurriendo a toda mi fuerza de voluntad, y lo encaro aunque media habitación nos separe—. Soy muy consciente, capitán. Y lo volvería a hacer. Incluso si lloro por las personas que sé

que me echarán de menos, no me quedaba otra opción: una vida siendo una persona que me han obligado a ser no es una vida, sino una condena. Y me he cansado de eso. Si yo no tomaba las riendas de mi vida, ¿quién lo iba a hacer? Nadie me ofreció su ayuda. Nadie podía dármela. Algún día, espero, volveré a Dahes. Pero para ello primero tengo que convertirme en lo que he soñado. No podré gobernar ningún reino si primero no gobierno mi vida.

Cojo aire. Las palabras pesan y duelen, mas por primera vez, cuando las escupo, también son liberadoras. Y es la primera ocasión en la que el capitán del *Estrella Fugaz* aparta los ojos de mí, como si se sintiera turbado después de mi discurso.

—Pues como tú, todos aquí intentan vivir su vida, Kaylen de Dahes. —Hago un mohín al oírle pronunciar ese nombre después de tantos días siendo sólo Kay—. Intentan ser quienes quieren ser. Algunos han huido de lugares que les hicieron daño, otros sólo huyen del pasado, otros buscan algo... —Hace una pausa elocuente y sé que se refiere a Nadim—. Pero todos aquí vivimos sin más. Sí, es cierto, somos ladrones cuando no nos queda más remedio, porque los recursos se agotan y estamos lejos de casa. Y sí, matamos cuando nos topamos con gente que también está dispuesta a matarnos. Somos piratas. Eso es lo único que les importa a quienes gobiernan el mundo, como tu padre. No preguntarán antes de colgarnos y nunca sabrán qué fue mi tripulación antes de embarcarse o cuáles son sus habilidades o sus sueños. Tampoco te importaba a ti cuando te subiste a este barco.

—Eso fue... antes de conocerlos. —Jared me mira con escepticismo, como si no creyese posible que yo pudiese llegar a entender a alguien—. He visto más allá de mis prejuicios. Y las personas pueden cambiar, aunque no me creáis. Hasta las de sangre real, capitán. —Le muestro mis manos con la sangre de uno de los suyos bajo mis uñas, con la camisa manchada y subida hasta los codos, con sólo mi pulsera adornando mi brazo derecho. Espero que entienda mi petición de paz, mi gesto de rendición—. Estaba en un error en lo que respecta a vosotros. Y me disculpo por los pensamientos o las palabras desagradables que

haya podido tener. Pero no es como si vos estuvieseis libre de culpa, prejuzgándome también por mi procedencia. No, mi padre no habría dudado en mandaros al cadalso si no le hubieseis servido de nada y, por lo que a mí concernía, no habría tenido inconveniente. De igual manera, vos me habríais matado si hubierais tenido la oportunidad, y no hubierais dudado en pensar que era como mi padre. O que era... un niño. Y respecto a eso, me gustaría que dejarais de tratarme como a uno. Conozco el mundo mejor de lo que pensáis. Conozco a la gente mejor de lo que pensáis.

Hay un largo silencio. Los granos de arena del reloj están ahora quietos, amontonados contra el cristal inferior. Jared se me queda mirando durante un tiempo indefinido. Tiene el cuerpo en tensión y el rostro inescrutable. Pero, por primera vez, sus ojos claros no se burlan de mí. Recuerdo la historia que Collen y Rick me contaron, la del motín a bordo del *Libertad*. Imagino cuánto debió de sufrir este hombre y el corazón se me ablanda un poco más. Vio morir a sus padres. Vio a su familia destruida de la noche a la mañana. Tuvo que salir adelante sin más ayuda que un buen amigo. Y lo hizo.

Por poco que nos gustemos, tengo que admitir que Jared es un superviviente. Y lo cierto es que lo admiro por ello.

—No, supongo que no eres un niño —concede—. Y si ese es el caso, puedes quedarte en este barco mientras no hagas nada raro. Al fin y al cabo, ya te lo he dicho: mi tripulación está formada por todo aquel que tenga la única motivación de vivir su vida y crea que puede hacerlo aquí. Si es ese el caso, por el tiempo que sea..., bienvenido, Kaylen.

—Es Kay —digo sin pensar—. No Kaylen.

Enrojezco al instante, consciente de que él me ha tendido un puente y yo estoy acercando una cerilla a los pasamanos con esas palabras. Pero Jared parece haberse rendido del todo y haber bajado las barreras por una vez. Me muestra las palmas de las manos y pone los ojos en blanco, dejando claro que me haga llamar como guste si eso me hace feliz. Y ni siquiera es consciente de lo feliz que me hace, en realidad.

—Como sea, Kay. Pero recuerda que ahora eres un pirata. Nunca más un príncipe, al menos mientras navegues bajo mis órdenes.

Se me escapa una sonrisa.

No sabe lo poco principesco que me he sentido de aquí a un tiempo, así que no creo que eso sea un problema.



Nadim

Te tengo más cerca que en ninguna otra ocasión. Mis dedos consiguen tocarte, apretar tu mano, como cuando éramos pequeños y me agarraba a ti para que me guiases por las calles porque yo era un desastre y siempre me perdía y tenía demasiado miedo cuando no estabas cerca. Si me soltabas entonces, me quedaba helado en medio de ninguna parte y me echaba a llorar con desconsuelo.

Quizá por eso, cuando abro los ojos y te pierdo otra vez, mi vista está nublada por las lágrimas.

A mi alrededor todo se halla en penumbra. El costado me duele y recuerdo a un tipo que me hirió con su espada. Bueno, supongo que esto significa que sigo vivo, por suerte o por desgracia. Dudo que en la otra vida las estrellas sientan estas ganas de vomitar o que la boca les sepa a óxido.

Suspiro y me paso una mano por la cara para despejarme. Una voz me ayuda a ello:

—Bienvenido de vuelta, capullo.

Me sobresalto y miro hacia mi derecha. Reconozco la silueta de Jared sentada tras su escritorio. Tiene los brazos cruzados sobre el pecho y es difícil ver su expresión por la poca luz.

Me incorporo con cuidado. Siento un cosquilleo en el costado, pero sé que estoy curado. Owain se habrá encargado de ello.

—¿Te parece esa manera de recibirme?

—Ah, ¿te importa cómo te reciba? Pensé que no, ya que creo que esperas que algún día no se te reciba de ninguna jodida manera.

Me estremezco. No me veo con fuerzas para mirarlo, así que fijo los ojos en la sábana que tapa mi cuerpo.

—No digas tonterías.

—Tu vida no me parece una tontería, Nadim. Y corre más peligro del que debería.

—Somos piratas. Por supuesto que nuestras vidas corren peligro. Las de todos, no sólo...

—No me tomes por estúpido, Nadim —me silencia.

Conozco lo suficiente a Jared para saber cuándo es mejor no protestar demasiado. Se pone en pie y enciende una de las esferas del Taller, iluminando el camarote. Fuera es ya noche cerrada. Mi amigo se planta delante de la cama con los ojos entrecerrados.

—No son despistes, es pura inconsciencia. Pero en los últimos tiempos ha ido a peor. En el calabozo ni siquiera te importó si te rebanaban el pescuezo delante de mí, ¿verdad?

No respondo.

—Te he hecho una pregunta, Nadim.

Silencio.

—¿Crees que no sé lo que estás haciendo?

Intento esbozar una sonrisa llena de sarcasmo.

—Al parecer, lo sabes mejor que yo.

—No —rebate con un gruñido—. Lo sé *tan bien* como tú. No son accidentes. Y yo no voy a seguir viendo cómo tu propia vida te importa una mierda, Nadim. Es suficiente. Desde hoy, dejarás de participar en los abordajes.

Doy un respingo. Entonces sí alzo la mirada, sorprendido, con los ojos muy abiertos. ¿Has oído lo mismo que yo?

—¿De qué estás hablando? —protesto—. Soy...

—¿Qué? ¿El segundo de a bordo? No me hagas relegarte también de ese puesto, Nadim, porque lo haré.

—Me necesitas en los abordajes. Soy como tu sombra.

Eso, al menos, me lo concede, porque asiente con un simple golpe de cabeza.

—Efectivamente. Y no quiero que maten a mi sombra.

—Nadie va a...

—¡Lo estás buscando, Nadim!

Una ola golpea el barco con más fuerza de la habitual. Es como si el mar viviera ya a través de Jared y se alterase cuando él lo hace. Tengo que tomar aire y bajar la vista con cierta culpabilidad. No es cierto. No sé de qué me está hablando. Puede que alguna vez haya pensado en... Pero nunca he hecho nada contra mi propia vida. En medio del mar sería tan sencillo como dejarse caer por la borda. En medio de una escaramuza, como soltar el arma y quedarse quieto.

Eso quizá solucionase el vacío que siento a veces tirando de mí. Eliminaría la desesperación, la tristeza y la culpa.

Pero nunca he hecho algo así.

Nunca he tenido el valor suficiente.

—No busco nada —susurro, volviendo a bajar la vista.

—No, tal vez eso sea cierto —gruñe Jared—. Pero te da igual si ocurre. Te lanzas hacia el peligro con los brazos abiertos porque al menos quieres morir sintiendo algo. Que parezca un accidente, ¿no? Que parezca que te vas luchando. Aunque sólo haya una lucha contigo mismo.

Cuando alzo la vista, tú misma me estás mirando con los labios apretados y una censura semejante a la de Jared. No lo apruebas, claro.

—Te quedarás en el barco. —La voz del capitán hace que vuelva mi atención a él—. Es una orden.

Frunzo los labios, disgustado. No puede obligarme a esto. ¿Cree que me ayudará sentirme como un inútil?

—¿Y qué más da?

—¿Qué?

—Si me matan, ¿qué más da? ¿Cuál es la diferencia?

Hasta el mar parece detenerse durante un instante. Sus sonidos, su fluir, todos los seres que viven en él. Todo se para en el mismo momento.

Y de pronto vuelve con otra ola que golpea demasiado fuerte.

La bofetada de Jared me gira el rostro.

Cojo aire, llenándome los pulmones con precipitación. Me llevo la punta de los dedos a la mejilla y observo a mi amigo de reojo. Él tiene la mandíbula tensa, los ojos fríos. La mano todavía está en alto, temblando.

—La diferencia, capullo egoísta, somos los que quedamos aquí. Los que te queremos. Destrozarías a toda la tripulación. Me destrozarías a mí. —Coge aire y se pasa la mano por la cara—. Perdí a mi familia una vez. No estoy dispuesto a perder a un hermano, Nadim. Y tu hermana tampoco querría perderte. No así. No por ella, tampoco.

Bajo la vista. Creo que te asomas tras él y asientes. Lo sé. Sé que tenéis razón. Lo siento. Siento las ideas que me pasan a veces por la cabeza. Siento ser así. No quiero ser así, lo juro. No quiero pensar de esta manera.

Jared respira hondo y suspira. Se deja caer a mi lado. Tú te acomodas en el otro. Apoyas tu cabeza en mi regazo mientras él pasa un brazo por mis hombros. Cierro ojos y me dejo arrastrar.

—Sigo manteniendo mi orden. Y no lamento la bofetada, porque la necesitabas. Pero estoy aquí, Nadim. No te dejes arrastrar por la marea teniendo anclas y cabos a los que agarrarte. ¿De acuerdo?

No hay posibilidad de réplica. En realidad, lo agradezco. Él lo sabe.

—Sí, capitán.



Kay

Cuando pasas tus días contando el tiempo, esperando algo, dejas de vivir. Aguardas, te desesperas, miras al cielo. Durante años, mi vida fue así, aguardando a cada luna llena, enfureciéndome cuando las nubes salían y la cubrían, cuando llovía. El invierno era una verdadera agonía porque nunca sabía si mi hechizo se desharía ese mes. Si la luz lunar bañaría el mundo o sólo habría una gran oscuridad que caería sobre Dahes, sin estrellas que me dieran un poco de consuelo.

Durante mi estancia en el *Estrella Fugaz*, la angustia no está tan presente. Sí, de vez en cuando miro al cielo, pero tengo tareas y gente a mi alrededor que me ayuda a pensar en otra cosa. Un par de días después de que Nadim resultase herido, la luna creciente apareció en el firmamento nocturno y yo sentí que mi corazón latía con renovadas fuerzas. Si mis compañeros notaron mi expectación a partir de entonces, no lo hicieron notar. ¿Y por qué habrían de hacerlo, por otro lado? Sólo Collen sabe mi secreto. Se lo conté, después de que se sincerara conmigo, porque sentí que era lo que debía hacer. Porque pensé que lo comprendería. Por supuesto, no me equivoqué: de él sólo he recibido comprensión y paciencia, y la certeza de que había encontrado al hermano con el que el solitario Kaylen de Dahes había estado soñando para no sentirse tan solo. Y en cuanto a Nadim... Bueno, es cierto que él sabe parte de lo que ocurre, pero no sé hasta qué punto es consciente de lo que ocurrirá en la luna llena. Bastantes problemas tiene ya, de todas formas, recuperándose de su herida. Además, el capitán lo obliga a quedarse en el barco durante el siguiente objetivo que Gavin

localiza, lo que no parece hacerle mucha gracia. Es un abordaje muy sencillo, de todas formas. Apenas les supone un problema, porque los marineros se rinden en cuanto entienden que la tripulación del *Estrella Fugaz* quiere luchar: al parecer, no todos los barcos mercantes tienen guerreros entre sus hombres. Hay un amago de un segundo abordaje, pero queda en nada cuando el objetivo —en el que probablemente vaya un hechicero— coge velocidad y termina desapareciendo entre las ondas. Para frustración de Jared, que decide que es mejor dejarlo escapar.

Volvemos a Rydia a sólo un día de la luna llena y el capitán habla de que necesitamos un par de días de descanso. Desde luego, yo no protesto, porque a nadie le interesa más que a mí estar en tierra el día siguiente por la noche. Mientras los demás se van a beber o se quedan durmiendo, yo pienso salir y disfrutar de mi libertad como nunca antes lo he hecho.

Quiero pasear por las calles de Kalinda, donde parece que nunca existan la bruma o las nubes y sobre las que los astros, con toda probabilidad, brillarán con más intensidad. Quiero sentarme junto al mar y dejar que las olas y la espuma me laman los pies. Quiero sentir que vivo, que mi corazón late, que el aire caliente de Rydia me revuelve el pelo y me seca los labios. Quiero que la sangre me bulla en las venas y enzarzarme en una batalla en la que sólo el miedo y la inseguridad salgan vencidos.

Por una noche lo quiero todo. Quiero poner a prueba mi humanidad, mi existencia misma.

Quiero cerciorarme de que soy real.

—¿Kay? —La voz de Owain me saca de mi ensimismamiento con un respingo que casi hace que tire el cuenco con mi guiso. Me doy cuenta de que ni siquiera he cogido mi cuchara todavía—. Estás muy pálido, ¿te pasa algo?

Enfoco los rostros que me miran con curiosidad. Todos están pendientes de mí, así que pongo mi mejor empeño en sonreír. Sé que no me sale muy bien. Siempre he sido un libro abierto, para bien o para mal. No sé mentir más que por omisión, quedándome en silencio. Pero esta vez no puedo hacerlo. Así que me

encojo de hombros y trato de parecer indiferente.

—Estoy bien —murmuro, aunque no alargó el brazo para probar mi comida.

—¿Seguro? —Sabir me mira mientras se mete la cuchara en la boca—. Estos últimos días has estado un poco en las nubes. Y aunque yo considero que es encantador, empieza a ser preocupante.

—Si te encuentras mal... —Por supuesto, Owain no va a parar hasta que se quede tranquilo.

Sacudo la cabeza y me levanto. Los demás me siguen con la vista y yo siento como si nadara en aguas profundas. Como si el tiempo apenas corriera. La cabeza me da vueltas. ¿Se ha ocultado ya el sol? Creo que sí. Algo canta en mi interior, me llama, y así imagino que será la voz de las sirenas, no tanto un sonido como un sentimiento, un temblor bajo la piel, el de los músculos y los huesos, algo primevo, visceral, inevitable.

—Tengo el estómago indispuerto, lo lamento.

—Eso es que has estado comiendo algo por ahí. Desde luego, nada de lo que yo he preparado ha podido sentarte mal. —Harren parece un poco ofendido, pero intento no tomármelo como algo personal. Si alguien sugiriese que su comida es mala, sé que se sentiría insultado, como una afrenta personal.

—He debido de coger frío. —Sonrío con algo de duda—. Nunca le sería infiel a tu comida, por supuesto. Voy a descansar.

Me alejo de ellos. Sé que Tayeb dice algo, así como el capitán, pero Collen les corta con brusquedad. No sé si es con un comentario ingenioso o sólo les da un tema más interesante. No creo que me importe en este momento. Cuando miro hacia atrás, antes de perderlos de vista, el único que me presta atención es Nadim. Me apresuro a apartar los ojos.

Por supuesto, no voy a descansar. Estoy a punto de desaparecer a través de la entrada del pasadizo que comunica con el exterior, tras haber cogido mi bolsa y mi capa, cuando una voz me detiene:

—¿Quieres que te acompañe?

Collen está justo detrás de mí. Me vuelvo apenas con una de las esferas del

Taller en mi mano, preparada para guiarme por la oscuridad del túnel.

—En realidad, creo que es mejor que no lo hagas.

—No hace falta que pases por esto sin compañía. Lo sabes, ¿verdad?

Suspiro. Claro que lo sé. Y quizás en el futuro pueda hacerlo. Pero esta noche... Esta noche no creo que sea capaz de salir ahí fuera si hay alguien más conmigo.

Siento el impulso de abrazarlo a modo de agradecimiento, pero supongo que sería un poco extraño. Sin embargo, como si leyera mi mente y supiera que necesito un poco de valentía extra, coge mi mano y me obliga a inclinarme. Para mi sorpresa, me besa la frente. Un mudo deseo de protección. Un aviso de que me cuide.

—Si necesitas algo...

—Estaré bien. No es mi primera vez. Vuelve con los demás.

Él titubea, pero me suelta y da un par de pasos atrás. Espero que escuche mi agradecimiento antes de perderlo de vista.

El camino de ascenso por el estrecho túnel se me hace hoy interminable. No lo recordaba tan empinado ni tan largo cuando Nadim me guiaba. Aunque sí esperaba que fuera traicionero, incluso si esta vez no me caigo, tropiezo y dejo escapar una exclamación. Esta vez soy lo suficientemente hábil como para agarrarme a la pared irregular y mantenerme de pie. Me hago daño en los dedos, pero es un mal menor en comparación con torcerme un tobillo o golpearme en la cabeza. Al fin y al cabo, hoy no hay nadie aquí para ayudarme. Y sería una catástrofe quedarme a metros de ver la noche sobre mi cabeza por un traspíe.

Siento la brisa fría en las mejillas antes de ver el cielo estrellado y me seca la frente perlada de sudor por el esfuerzo de la subida. Respiro pesadamente cuando alcanzo la abertura y el corazón me late con tanta fuerza que la cabeza me da vueltas. Cuando me arrastro hacia cielo abierto y me dejo caer en el suelo, ya siento los primeros pinchazos de la transformación. Es como tener algo extraño bajo la piel y otro cuerpo que quiere huir, que me tira de ella y la estira hasta que me hace apretar los dientes para no gritar. Miro hacia arriba. La luna

llena me deslumbra, pero lo que me ciega un instante después es el dolor.

Recuerdo la primera noche. Recuerdo haberme quedado de pie junto a la ventana, con la sangre hirviéndome en las venas y el corazón y los pulmones a punto de estallarme. Nunca había visto la luna en todo su esplendor hasta ese momento. Pensé que el tiempo se había parado y que me habían encantado. Y entonces, sin previo aviso, llegó el sufrimiento. Mucho más que ahora, casi dieciséis años de hechizo buscando la liberación, intentando desprenderse de mi cuerpo. Todavía recuerdo las lágrimas calientes cayendo por mis mejillas, mi grito mudo, mi mente cediendo. Algo dentro de mí se rompió aquella noche y perdí el conocimiento.

Cuando volví a abrir los ojos, era yo.

Mi yo de verdad, la única persona que siempre había sido. La que no me habían permitido ser, la que mi padre odiaba con todas sus fuerzas. Su único error, su debilidad.

Mi fortaleza. Mi *bienestar*.

Un gemido escapa de mis labios ahora. Es como si me atravesaran de lado a lado con una espada. Como si quisieran partirme por la mitad, abriéndome en canal para prender mis entrañas, incendiándolas. No hay sangre, pero yo, pese a la noche, sólo veo rojo. Tengo la lejana sensación de que hay piedras en el suelo que se me clavan en las palmas de las manos, en las rodillas. Y eso que ha habido noches peores. Noches en las que, a solas en mi habitación, lloraba y me derramaba por los bordes, teniendo que esperar a que mi carne se enfriase y solidificase. Cuanto más pasa entre transformación y transformación, peor es. Si sólo pasan veintiocho días, es soportable, dentro de lo malo.

Trato de respirar hondo. Los pedazos de mi cuerpo se dispersan y vuelven a unirse con inusitada suavidad. Todo encaja en su sitio, aunque la incomodidad no desaparece. Voy a necesitar unos minutos hasta que pueda levantarme. Mis sentidos vuelven a la realidad. La noche sigue oscura, las estrellas siguen sobre mí, asomándose curiosas a sus balcones de luz. La luna no se ha movido. Las sienes me palpitan todavía. Un río fluye tras mis oídos, y probablemente siga

ahí, como un zumbido, hasta que todo vuelva a su cauce. Me limpio la saliva de la comisura de los labios. Cuando muevo el brazo, la camisa me aprieta en el pecho y me roza la piel demasiado sensible. Hago un mohín de disgusto al acomodarme, sintiendo la punzada en los huesos de la cadera. Entre las piernas. Me siento como un títere con las extremidades a punto de salirse de sus articulaciones. Cada músculo de mi cuerpo se queja, entumecido. El mundo ha dejado de girar.

Vuelvo a ser yo.

Cierro los ojos un instante, permitiéndome el momento de calma. Vuelvo a ser quien quiero ser, libre por una noche, fuera de la jaula que han creado para mí.

Con mucho cuidado, me incorporo. Me siento y me froto las piernas. Noto que tengo la piel helada, pese a que no hace demasiado frío, y me envuelvo en mi capa. Me seco las lágrimas, que siempre salen sin permiso, y trato de domar un poco mi pelo echando para atrás los mechones que me caen sobre la cara, los rizos que siempre me rozan los pómulos. En los cuentos, las princesas siempre salen de su encantamiento con largos cabellos que rozan el suelo y hermosos vestidos de telas brillantes. Sus transformaciones son perfectas e indoloras, y yo casi las envidio. La mía es mundana, llena de malestar. Mi piel siempre está sensible tras el cambio, y sigo con las mismas prendas y el mismo pelo de siempre. Aun así, no lo cambiaría por nada: todo lo que sufro tiene una razón de ser. Me hace consciente de mi cuerpo, de sus cambios, de sus curvas y hendiduras, de su dureza y su fragilidad...

Me gusta este cuerpo. Aun si a nadie más le importa. Aun si el mundo se opone.

Un ruido me hace tensarme. Una respiración, el sonido de una piedra al rodar. Me giro, casi esperando encontrarme a Collen, pese a que le dije que no me siguiera. Pero no es él.

Es Nadim.

Creo que ambos aguantamos la respiración. Que ambos, como en un espejo,

abrimos un poco más los ojos. Él tiene los labios entreabiertos a la luz de una lámpara con la que ha debido de cruzar el pasadizo. Sé que puede verme, que puede entender. No sé cuánto tiempo lleva ahí, pero comprendo que ya no puedo ocultarle mi naturaleza.

Me pregunto si tenía alguna idea de lo que se iba a encontrar. Si había hecho cábalas sobre mi secreto.

Intento levantarme, pero es más esfuerzo del que puedo soportar. Nadim, al ver que me muevo, parece despertar de su ensueño. Con una mueca, con la que creo que se solidariza con mi propio dolor, se agacha y me ayuda a ponerme en pie. Me recuerda un poco a la última vez que estuvimos aquí juntos, cuando me caí en el pasadizo. Sólo que en aquella ocasión había un poco de burla en sus ojos. Ahora sólo encuentro la preocupación más pura. No sé si me la merezco.

—¿Te encuentras bien? —Su voz es suave, apenas un susurro, como si tuviera miedo de espantarme. O como si supiese que todo es demasiado vívido y abrumador tras la transformación. Desde cada sonido al simple roce de nuestras manos unidas—. ¿Necesitas algo?

Niego. Nada, al menos, que él pueda darme. Con la mano libre, me cierro la capa sobre el pecho. Es un gesto estúpido, pero siento que mi cuerpo está demasiado expuesto a sus ojos. Es... la primera persona que me ve así. No puedo evitar deslizar mis dedos lejos de los suyos. De pronto parece demasiado íntimo que me haya tocado. También es la primera persona que tengo constancia de que hace eso.

—Está bien, sólo... duele un poco al principio —digo, aunque ambos sabemos que «un poco» es un eufemismo. Mi voz suena diferente—. No deberías haberme seguido.

Él hace un mohín.

—Entiendo que no nos lo dijeras, pero no hacía falta mentir. —Sacude la cabeza y mira a sus pies, aunque sé que ha fruncido el ceño—. Siento haberte seguido. No pretendía curiosear, de verdad. Pero estabas comportándote de manera extraña y sólo has estado aquí fuera una vez. Supongo que temía que

podieras perderte.

No puedo evitar ablandarme un poco. Muchas palabras sólo para decir que estaba preocupado. Miro al suelo yo también. Por lo menos este príncipe curioso no ha intentado matar a la sirena.

—Lo lamento. Necesitaba salir bajo la luz de la luna y no sabía cómo decirlo. No es fácil. No es algo que le haya confesado a mucha gente. Y normalmente paso la transformación y la noche sin compañía.

Lo miro, casi temiendo que me esté observando con lástima. No quiero su pena. Sus ojos, sin embargo, están llenos de compasión. Y de preguntas, sobre todo.

—Lo siento. —Titubea—. ¿Por qué...?

Sonrío con amargura. Hasta mi saliva sabe agria sobre mi lengua.

—Mi padre. Tenías razón cuando dijiste que una princesa es una hija a la que casar, no una heredera en pleno derecho. Eso se aplica a los cuentos y a la vida real. Una sirena, aunque le den piernas, no podrá ser reina sin un esposo. Pero un hombre puede hacer lo que le plazca. Y si tienes nigromantes para cambiar un cuerpo, ¿qué te impide convertir a tu primogénita en primogénito para que ocupe el trono y satisfaga tus ansias de grandeza? El rey de Dahes no podía cometer el *error* de tener una hija. Ni siquiera creo que fuera un asunto de que habría hombres interesados en lanzarse sobre mí para hacerse con la corona. Es todo una cuestión de orgullo y estupidez. Mi madre tuvo muchas complicaciones para quedarse embarazada. Pensaron que no sobreviviría al parto y que yo moriría con ella. Y puede que al final no fuera así, pero el nigromante de mi padre les advirtió de que la reina no podría volver a quedarse encinta, de modo que, si querían un heredero varón, tenían que buscar una solución.

Miro al cielo, a la luna y las estrellas.

Y ese fue el plan. Hechizaron el cuerpo del bebé. Le llamaron Kaylen y lo presentaron ante todos como el príncipe heredero. Por supuesto, nadie desconfió. ¿Por qué iban a hacerlo? Lo trataban como un niño, lo educaban como a un niño. Hasta Kaylen *creyó* que era un niño. Su padre le presionó para que fuera el digno

sucesor al trono que siempre había deseado, incluso si sabía la verdad. Y el joven príncipe, por su parte, vivía ajeno al secreto que ni siquiera dejaban que fuera suyo: era de sus padres y del nigromante. Cada luna llena se aseguraban de que estuviera en la cama al anochecer y cerraban las contraventanas y las cortinas para que, aun si se despertaba, la luna llena no alcanzase aquel cuerpo de mentira.

Pero el príncipe de Dahes sabía que había algo que no estaba bien. No se sentía parte de la mentira que habían creado a su alrededor. No se sentía parte de su propia piel. Quería hacerlo bien, *deseaba* responder a las expectativas que todos habían puesto en su persona, pero no era capaz de ser quien los demás esperaban.

Porque no era quien los demás esperaban.

El príncipe de Dahes era en realidad la *princesa* de Dahes. El muchacho pálido y complaciente, pequeño en su gran jaula de piedra, el futuro rey, era en realidad la muchacha pálida y confusa, demasiado grande para su jaula de carne, la que nunca llegaría a gobernar.

—Durante dieciséis años —continúo con un susurro, volviendo la vista a Nadim—, viví en la ignorancia, infeliz, sintiendo que... no encajaba. Que había algo mal conmigo. —Porque ¿cómo iba a haber algo mal con el mundo cuando todos parecían felices y a gusto en él? Cuando todos a mi alrededor interpretaban sus papeles sin esfuerzo, mientras que a mí me costaba demasiado, llevándome al agotamiento—. Pensaba que no era suficiente, que mi padre no me quería, que, sin importar lo mucho que me esforzaba, no cumplía sus expectativas. Y entonces, una noche... —Me humedezco los labios. El corazón me pesa en el pecho, arrastrando todas mis dudas con él. Todos mis anhelos—. ¿Sabes el miedo que se siente la primera vez? Sobre todo cuando no entiendes qué está pasando. Y el dolor... El cuerpo era tan parte de mí, lo había sido durante tantos años, oculto de la luz de la luna llena, que el cambio me destrozó. En algún momento hasta me quedé inconsciente. —Cierro los ojos y respiro hondo. Traidoras, las lágrimas me escuecen, amenazando con desbordarse—. Cuando

me desperté y me vi, me sentí, y todo encajó. De alguna forma extraña y mágica y maravillosa, tenía sentido.

Callo. Nadim titubea.

—¿Se lo dijiste a tus padres? ¿Que lo sabías?

Recuerdo que él no alzó la voz. Su rostro no cambió. No, no. Sí que lo hizo. Se volvió hacia mí y me atravesó con los ojos. Como si, tras haber luchado toda mi vida por agradarlo, no fuera nada. No fuera nadie. Un objeto más de su juego. Repulsión. Verdadero *asco*. ¿Y por qué? Porque seguía sin ser lo que él quería. Porque le estaba desafiando y él no había educado a un *hijo* para eso. Lo que yo supiera o quisiera no importaba nada: seguiría siendo un muchacho para él.

—¿Te parece el rey de Dahes alguien que cambie su decisión? Ya te lo dije, ¿recuerdas? Quiere que las cosas se hagan a su manera o no se harán. Y yo tenía que ser su hijo. O simplemente no ser. ¿Y qué podía hacer? Tenía mucho miedo. En mi cabeza sólo había confusión y frustración.

Ante mí, Nadim se queda muy callado, supongo que intentando digerir todo lo que le he contado. Yo no puedo moverme. Los hombros me pesan como si cargara una tonelada a mis espaldas. Puede que lo hagan. Quisiera decir algo más, quitarle importancia de alguna manera. Añadir que ahora soy libre y romperé el hechizo y no tendré que seguir preocupándome por el rey. Que algún día quizá pueda volver y reclamar mi legítimo puesto. Alguna forma habrá. Sólo es cuestión de tiempo.

Nadim da un paso hacia delante, hacia mí, y tengo que luchar por no retroceder. Cuando alza la mano, pienso que va a intentar tocarme, pero sólo la deja en el aire, extendida, como si no estuviera muy seguro de cómo continuar. No. Como si estuviera pidiéndome permiso.

Trago saliva, pero le dedico un leve asentimiento.

Y entonces sus brazos están a mi alrededor. Me quedo sin respiración, sin atreverme a moverme, en tensión. No me parece que sea sólo un abrazo. No me parece que sea un abrazo como los que me han dado. Porque está lleno de comprensión, de ternura. Sin poder evitarlo, los ojos se me anegan de lágrimas.

Las siento caer por mi rostro, templadas. Por primera vez en mi vida, alguien me acepta tal y como soy. Alguien me da su apoyo.

Y yo no sé qué hacer.

—Siento lo que te ha pasado, Kay. Lo siento de verdad.

Su susurro me calienta el corazón. No ayuda al temblor de todo mi cuerpo, pero hace que el miedo huya a esconderse. Todo el terror que guardaba en un rincón de mi pecho se disuelve y se mueve hacia mis pies. No desaparece. Creo que nunca va a desaparecer, que sólo se transformará y vendrá a atormentarme con otra apariencia. Pero al menos sé que le he ganado esta pelea.

En algún momento, alzo los brazos y me aferro a su ropa. Espero que entienda mi mudo agradecimiento.

Desde el cielo, la luna llena contempla cómo todos los hechizos del mundo se rompen esta noche.



Nadim

A ti nuestros padres quisieron convertirte en algo que no deseabas ser: una mujer casada, sólo la esposa de otro, destinada a ser madre de tantos hijos como él desease. Ibas a ser poco más que una transacción. Supongo que tampoco se esperó nunca nada más de ti que eso: que cumplieras con el papel que te había tocado por nacer mujer.

Sabiendo lo que sé ahora de Kay, ¿qué habría pasado si yo no hubiera nacido contigo? Si nuestros padres no hubiesen tenido dos hijos, sino sólo una hija y nada más, ¿se habrían resignado o habrían llegado al límite del rey de Dahes?

Y en un mundo en el que pueden hacerse tales cosas, ¿cómo puede el físico significar nada, en realidad? Los cuerpos que vemos a nuestro alrededor podrían no ser reales nunca. Las apariencias podrían estar trucadas desde el principio. Tú podrías estar incluso escondida tras un cuerpo como el mío para vivir de manera más sencilla o parecer una mujer diferente. Puedo haberte visto y no haberte reconocido.

Collen ya nos lo explicó una vez, pero creo que ahora lo entiendo todavía más que entonces: los cuerpos en sí no son lo importante; el problema quizá sea lo que el mundo ha creado en torno a ellos. La idea de que los hombres sólo podemos tener un cuerpo y las mujeres, otro. De pronto me parece más absurdo que nunca. Peligroso, incluso. Esa creencia es justo la que provoca que alguien lo suficientemente loco o lo suficientemente egoísta, como el rey de Dahes, pueda moldear a otra persona según quién o qué quiere que sea. Esa creencia nos lleva a todos a encerrar a las personas, a designarlas con relación a su apariencia.

De hecho, esa creencia hace que todos podamos ser como el rey de Dahes, y la idea me horroriza. Pensar así nos hace colaborar en crear cárceles. Collen estuvo encerrado durante años y fue tratado como una mujer en su vida previa al *Angelique*. Hasta cuando se sinceró con la tripulación, al principio fue complicado entenderlo del todo, y él parecía tan asustado entonces... ¿Cómo no iba a estarlo? Tuvo que darle miedo que los demás pudiéramos hacerle volver a su celda y obligarle a ser quien no era. Quien nunca fue.

—Te ayudaremos —le dije a Kay tras un abrazo que duró demasiado tiempo. Fingí que no había sentido sus lágrimas—. Ya te lo dije, al fin y al cabo: en la tripulación sólo buscamos poder ser quienes queramos.

Él... No. *Ella* ni siquiera pudo negarse. Asintió, agradeciendo el apoyo, mirando a sus pies. No soy ningún caballero andante, así que no pude ofrecerle un pañuelo con el que limpiar su rostro manchado de llanto. Lo único que pude hacer fue pasar la manga de mi camisa por sus mejillas, mucho más pronunciadas que antes. Ahora su rostro es más redondeado, aunque por lo demás tampoco ha cambiado demasiado. Cualquiera que la conociese con su disfraz podría reconocerla de esta manera también.

—¿Crees que debería decírselo a los demás? —preguntó con inseguridad—. Collen lo sabe, pero el resto...

—Creo que deberías sentirte libre de hacer lo que quieras. Nadie te lo ha permitido hasta ahora, ¿verdad?

—Las noches de luna llena siempre las pasaba en mi cuarto. La puerta estaba cerrada con llave desde fuera. No podía entrar nadie, pero eso también significaba que no podía salir. De hecho... —su incomodidad fue evidente cuando cogió uno de los mechones de su cabello y comenzó a tirar de él, sin volver la vista a mi rostro—, eres la primera persona que me ha visto jamás en este cuerpo, desde que era un bebé.

Asentí. No sé si no me miraba por vergüenza o por miedo a descubrir que la estaba observando de un modo distinto.

—Creo que quizá sería bueno que se lo dijeras para que puedas ser *tú* con

ellos. De lo contrario, te seguirán tratando como si fueras un muchacho.

—Pero mañana, en cuanto amanezca, mi cuerpo...

—La luna llena no importa. El hechizo no importa. Quiero decir: importa y lo solucionaremos. Pero hasta entonces puedes elegir, como cuando elegiste llamarte Kay y no Kaylen. Supongo que esto se trata de si quieres... que te tratemos como quien eres de verdad.

Sólo entonces alzó la mirada, con inseguridad. Me miró con detenimiento y apretó los labios. Después, levantó la barbilla con orgullo.

—De verdad soy Kay, la *princesa* de Dahes —anunció con voz clara.

Sonreí. Creo que tú, que habías estado abrazándola desde atrás desde que yo me separé, también lo hiciste. Ojalá fueras real para conocerla, Zahara. Creo que habríais sido buenas amigas. Creo que te gustaría y que querrías ayudarla tanto como yo. Creo que insultarías a su padre y le enseñarías un montón de palabras malsonantes que podría dedicarle. Le habrías enseñado a correr libre, a subirse en el propio viento, como parecías hacer tú a veces. De ser necesario, creo que irías a desafiar al rey de Dahes tú misma para que aceptase a su *hija* como merece.

Después, Kay me hizo una simple petición: caminar durante la noche. No había podido hacerlo antes con esa apariencia.

Nunca podría haberme negado.

Por eso ahora paseamos por las calles de Kalinda, bebiendo de la magia de una noche de luna llena en este lugar. Aquí siempre son especiales, con músicos que compiten por unas monedas, bailarines que juegan con serpientes y fuego, leyendas contándose en cada rincón. Como cada mes, en esta noche en el centro de la ciudad se pone un pequeño mercado, con cosas más especiales que por el día, como si los comerciantes esperasen a la luna para agasajarla con sus mejores mercancías. Flores que brillan en la oscuridad, pasteles tan delicados que parecen de cerámica y cristal, frascos llenos de agua y pequeñas criaturas que son puntos de luz flotantes, tiaras y anillos de coral dignos de una princesa de los mares, espejos que muestran auras en vez de personas... A ti te encantaban estas

noches. Siempre fingíamos acostarnos temprano porque tú querías huir y verlo todo. Pasábamos las noches sin dormir y tú reías como nunca. Cuando crecimos un poco más, muchas veces me pedías que tocara música mientras tú te hacías pasar por bailarina, cubriendo tu rostro con velos para que nadie supiera quién eras, y yo sólo miraba orgulloso cómo embelesabas al público con tus movimientos.

Kay observa a una muchacha justo en ese momento, con su vientre al descubierto, sus telas brillantes, su rostro cubierto a medias. No sé si se fija en sus movimientos, si le interesa la danza o si sólo se maravilla del orgullo con el que muestra su piel. Sus manos, de hecho, aprietan la tela de su camisa, como si se cubriese por ella. Sonrío un poco, pero no digo nada. Cuando vuelvo a mirar a la bailarina, ella tiene tu rostro bajo el velo, y sus ojos verdes se fijan en mí. Percibo cómo te ríes en mi oído.

Sacudo la cabeza y seguimos adelante, con mi acompañante mirándolo todo a su alrededor como si fuera la primera vez que observa el mundo.

A medida que la noche avanza junto con nosotros, las calles se van llenando de más y más personas y nuestro paseo se vuelve más complicado. Cuando creo que la perderé entre la gente, una mano se agarra a mi brazo. Doy un respingo, sorprendido, y giro el rostro para toparme con la expresión dubitativa de Kay. Creo que me soltará de inmediato, pero en vez de eso coge aire y enreda su brazo al mío, sujetándose aún mejor.

—Gracias —dice entonces, lo bastante alto para que la oiga.

Parpadeo.

—No he hecho nada.

—Has hecho mucho. Más de lo que puedes ser consciente, quizá. Más de lo que nadie había hecho desinteresadamente por mí jamás.

No sé cómo responder a eso. También sé que debe de haber años de tristeza y soledad tras esa frase, y no quiero que traiga eso a la superficie ahora. No en la noche en la que debe ser libre.

Por eso sigo caminando con ella de mi brazo, intentando alejarme de los

lugares más llenos de gente. Cojo un camino más estrecho, más empinado, con la seguridad que dan todos los años en los que viví aquí.

—A lo mejor eres muy confiada y no lo estoy haciendo desinteresadamente. A lo mejor pretendo aprovecharme de ti. Soy un pirata, ¿recuerdas? ¿No se supone que también hacemos eso?

Kay se queda un segundo en silencio. Cuando me mira, lo hace como si hubiera algo que no comprendiese.

—La verdad es que pensé que no os interesaban las mujeres.

Me echa un vistazo rápido de arriba abajo, como si se diera cuenta de mi presencia por primera vez, y yo me quedo demasiado sorprendido como para reaccionar. Parpadeo. Hay un largo segundo de silencio en el que nos evaluamos el uno al otro... y yo siento, de pronto, algo tironeando en las comisuras de mis labios.

Cuando quiero darme cuenta, me he echado a reír con una carcajada que nace con fuerza, como si llevara mucho tiempo encerrada, esperando su momento. Kay abre mucho los ojos. Tú también debes de estar sorprendida. Hasta yo he olvidado la última vez que sentí tantas ganas de reír.

—¡Pero si sabes reír!

Su impresión y su incredulidad resultan demasiado cómicas como para no arrancarme una carcajada más.

—Oh, sí, pero sólo las noches de luna llena: el resto del tiempo, un hechizo me lo prohíbe.

Pongo los ojos en blanco, por si acaso se le ocurre creérselo, pero ella sonrío en el gesto más amplio y sincero que le he visto desde que la conozco.

—Ahora lo entiendo todo. Está visto que hoy sale a la calle gente de lo más peculiar.

Asiento, todavía divertido.

—Así que piensas... ¿Qué, exactamente? ¿Que todos en la tripulación estamos emparejados? O quizá que todos estamos con todos, ya puestos.

Kay parece enrojecer un poco ante la idea.

—Es que se os ve muy cómodos sin mujeres alrededor. Ni siquiera os he oído hablar de ellas, aunque podríais ser de esos marineros que tienen a alguien en cada puerto...

—Que no haya mujeres en la tripulación es por un prejuicio estúpido de Jared. Y no porque no le gusten; de hecho, estoy bastante convencido de que en su día estuvo... muy interesado en mi hermana. Sea como sea, considera que no son... —la miro y me corrijo—: que no *sois* de fiar. Por lo que ocurrió en su día con Diandra. Y ya sabes: la mar podría celarse, porque ella tiene que ser nuestra única mujer y todas esas historias.

—Genial. Como ya era la persona preferida de Jared...

Vuelvo a reír al darme cuenta de su mueca de fastidio.

—Si ya te ha aceptado en la tripulación, no se desdirá por esto. Puede que maldiga un poco y comente que es sólo una prueba de lo *cambiantes* que podéis llegar a ser o alguna tontería por el estilo, pero nada más. Nunca echaría a un miembro de la tripulación cuando ya forma parte de esta. Para él sería como echar a alguien de su familia.

Kay se muerde el labio, y creo que algo en mis palabras le hace feliz. Supongo que el hecho de que hable de «familia». Teniendo en cuenta lo que le ha hecho la suya, no debe de considerarla de sangre como tal. En eso puedo entenderla. Para mí hace mucho que mi familia no son los padres que te prometieron sin escuchar nada más, a los que cuando desapareciste sólo les importó el escándalo y el contrato perdido. Mi familia eres tú, estés donde estés, pero también la tripulación.

—De modo que no tenéis mujeres en cada puerto —insiste Kay, quizá para restarle importancia a la conversación.

—Depende de quién. Hay quienes no están interesados en las mujeres, es cierto. Sabir, por ejemplo, tiene *hombres* en cada puerto, además de su relación con Tayeb. Y Rick y Collen sólo parecen estar interesados el uno en el otro. Los demás hacen lo que quieren cuando quieren y con quienes quieren. No suelo interesarme mucho por eso... —Esbozo una sonrisa burlona—. No te imaginaba

con tanta curiosidad morbosa.

Ella carraspea.

—Bueno, es sólo que quería desmontar también ese mito. Trato de no volver a cometer el mismo error dos veces: no sois sanguinarios y crueles piratas, así que suponía que no iríais por ahí mancillando a personas inocentes.

—Oh, y no lo hacemos. Sólo... nos divertimos con personas que también buscan diversión, de vez en cuando. Y ni siquiera todos. Por tanto, estereotipo desmontado. Aunque si sigues cogiéndome así del brazo, a lo mejor pienso que estás invitándome a pasarlo bien contigo...

Esperaba que se ruborizase y me soltase de golpe, pero lo único que hace es apretar más mi brazo, descolocándome tanto que, cuando se adelanta y tira de mí, doy un traspié. Parpadeo, maravillado con la diferencia entre la persona que es ahora y la que era en el barco, mucho más retraída, falta de confianza y huidiza. ¿Esta es ella de verdad, ahora que siente que puede serlo? ¿Esta es la muchacha que estaba escondida, apresada en una cárcel de piel y huesos que impedía a su espíritu volar tan alto como quisiera?

—Quiero ir a la torre del otro día. ¿Podríamos? Me gustaría sentir las estrellas más cerca. La vista ahora debe de ser espléndida...

La observo, pensativo, y luego miro por encima de su hombro. El templo se adivina algunos edificios más allá.

—Depende —replico, burlón—. Puede que nuestro culto adore a las estrellas, pero los templos cierran cuando la noche ya está avanzada. ¿Estás dispuesta a infringir la ley?

Kay mira hacia atrás, con una duda en sus ojos que apenas dura un segundo.

—¿Sabes cómo entrar?

Alzo las cejas, sorprendido por su determinación, pero no puedo contener la sonrisa traviesa. La misma que esbozas tú ante la perspectiva de colarnos. Te encantaba hacer esas cosas.

No respondo. Hago que Kay me suelte el brazo sólo para tomar su mano con seguridad y arrastrarla conmigo a tocar las estrellas.

* * *

Cuando llegamos a lo alto del alminar, lo hacemos con la respiración agitada por la carrera y los latidos desbocados por el peligro y la emoción de hacer algo prohibido. Kay llega riendo, todo su aliento convertido en carcajada. Tú ya estás arriba para entonces y nos ves llegar, sentada en el borde de la balaustrada, sonriendo como hacía mucho que no sonreías. Kay se agarra a la piedra justo a tu lado y parece colmarse con la visión de la luna llena sobre la ciudad y el mar, gobernándonos a todos. A ella más que a nadie, supongo. Kay es súbdita de esa luz que se derrama encima de ella. Me gustaría atrapar los rayos lunares y esparcirlos por su piel para que nunca más tuviera que esperar a una noche como esta para ser tan libre como ahora.

Creo que, si no corriésemos peligro de ser descubiertos, le gustaría gritar a la ciudad a sus pies su nombre. Kay, no Kaylen. Nunca más Kaylen. Lo haría para demostrar que existe, que está viva.

Creo que gritaría con ella. Me pregunto si así oirías mi voz.

—Espero que seas consciente de que has infringido la ley. Y de que te lo recordaré siempre que pueda.

Kay gira la cabeza para mirarme, sonriendo.

—Ah, no. No puedes. Lo que pasa en las noches de luna llena se queda en las noches de luna llena, ¿no lo sabías?

Apoyo el costado en un arco, los brazos cruzados sobre el pecho.

—Ya veo. ¿Así que planeas hacer durante estas horas todo lo que no haces por lo general?

—Puede. —Sus ojos vuelven a la visión infinita de la ciudad a sus pies y el firmamento sobre ella—. Aunque creo que en estos últimos días ya he empezado a atreverme a hacer todo lo que normalmente no haría. Como dejar la corona para viajar con unos piratas y unirme a su fiera tripulación.

Callo un segundo. No sé si quiero traer una conversación que borre la

felicidad de su rostro y enturbie la calma. Te miro, dudando, y tú asientes.

—Pero no has dejado la corona, ¿verdad? ¿Qué vas a hacer con eso? ¿No quieres tus derechos sobre el reino?

Como había pensado, eso trae nubes sobre su expresión. Espero que no sean de tormenta. Me acerco con cuidado a ella, dispuesto a cambiar de tema, a aclarar que no tiene por qué responder si no es lo que desea, pero su voz se me adelanta:

—Las mujeres no reinan en Marabilia. Hay una ley contra eso. Por eso se las casa o sienta en el trono al varón familiar más cercano. Yo... no puedo deshacer eso. No tengo el poder necesario. —Cuando su rostro se gira hacia mí, la felicidad ha desaparecido para dejar paso a la resignación de alguien que sabe una verdad innegable—. Soy invisible, Nadim. ¿Quiero mis derechos? Sí. Me han educado para reinar. Y sé que puedo con el peso que eso supone. Pero ¿quién me va a creer? Y mientras el rey siga vivo, yo no tendré derecho a nada, ni siquiera a acercarme a Dahes...

Callo. Me gustaría ofrecerle soluciones, pero no se me ocurre ninguna. ¿Cómo se hace para cambiar una ley como esa en toda Marabilia sólo por una persona? Y ahora mismo sólo es una exiliada. Una prófuga, acaso. Te miro de reojo, pero tú te encoges de hombros. La única solución que encuentras es volver a moverte a su lado y enredar tus brazos alrededor de su cintura, besar sus cabellos. Por supuesto, yo no haré eso y, aunque pudiera, algo así no le devolverá la corona ni cambiará su situación.

—Creo que serías mejor gobernante que tu padre. Es... muy injusto. Lo lamento.

Kay sacude la cabeza, espantando los pensamientos que he traído sobre ella.

—Se me ocurrirá algo. No dejaré que mi padre gane sin más. Creo que nunca es demasiado tarde para arreglar los problemas. Para... hacer algo. Si no lo creyese así, no me habría ido nunca de Dahes: habría aceptado lo que otros habían preparado para mí. Haré algo. —Asiente con convicción, los ojos acerados mirando al horizonte—. Puede que no ahora, pero me encargaré. Y en

el camino, daré lo mejor de mí. Aprenderé.

¿Es eso lo que tú decidiste, hace ya diez años? ¿Encontraste tu propia manera de hacer lo que querías hacer y por eso desapareciste? Si tenías su misma determinación, puedo entenderlo. Puedo entender que no dijeras nada, que simplemente hicieras lo que creías que debías hacer, lo que merecías. Al fin y al cabo, no nos debías nada a los demás, ni siquiera explicaciones. Ojalá consiguieras lo que estabas buscando, ojalá estés donde estés ahora seas feliz.

Creo que es la primera vez en todo este tiempo que tengo la seguridad de que así es, aunque sólo me base en mi deseo de que eso sea cierto. Pero te conozco. Sé que nunca te rendiste. Nada nunca podría interponerse entre tú y tu futuro, como creo que nada se puede interponer entre la muchacha que tengo delante y sus anhelos.

—Sé que ya lo he dicho, pero te ayudaremos. Sólo somos unos piratas, pero nos apoyamos entre todos. Y a Jared le parecerá muy satisfactorio ir contra tu padre. Puedes contar con nosotros, Kay.

Kay se fija en mí, agradecida, pero también con algo más que no sé diferenciar.

—¿Y a ti, Nadim? ¿Hay forma de ayudarte?

La pregunta me pilla con la guardia baja.

—¿Y por qué crees que necesitaría ayuda?

—Porque sólo ríes en las noches de luna llena.

La forma en que lo dice rebosa de una tristeza que me obliga a apartar la vista. De pronto me siento muy incómodo, como si a mí también se me hubiera caído un disfraz bajo la luz lunar. Vuelvo la vista al horizonte, entrelazando las manos. Tengo la repentina sensación de que sabe por qué no he participado en los abordajes estas últimas ocasiones, aunque nunca ha dicho nada al respecto.

El silencio se extiende durante un soplido de viento que nos revuelve los cabellos y las ropas.

—No necesito ayuda —murmuro. Puedo imaginarte enfadada porque nunca soportabas que mintiera—. Preocúpate por ti. Es lo que no te han dejado hacer

hasta ahora, ¿no? No está mal ser un poco egoísta de vez en cuando. Y ahora es tu momento de serlo.

Kay frunce el ceño, descontenta con mi respuesta, y alza la barbilla en ese gesto altanero que es usual en ella.

—¿Significa eso que puedo hacer cualquier cosa?

Parpadeo, perdido en la conversación. Pensé que había quedado claro: no en vano, nos hemos colado en un edificio sagrado sólo porque ella quería ver las estrellas desde lo alto.

—Sí. Te has ganado el derecho a ser libre después de tanto tiempo encerrada.

Se queda callada de repente. Me observa con los labios apretados, los ojos entornados. No sé qué le pasa por la cabeza. No sé qué es lo que se plantea hacer y no se atreve.

No tardo en descubrirlo.

Sus dedos agarran mi camisa y tiran de mí con cuidado. Duda un segundo antes, cuando creo que ya es inevitable, cuando su respiración ya me golpea el rostro. O quizá no dude, sólo me advierta de qué va a ocurrir y me dé tiempo a apartarme. Pero yo estoy demasiado sorprendido, demasiado incrédulo, como para hacer nada. Ni siquiera puedo cerrar los ojos.

La presión de su boca sobre la mía apenas dura otro soplido de viento.

Cuando desaparece, yo me siento mareado y confundido. La observo, sin saber qué hacer ni qué decir. Hasta tú has desaparecido por un segundo, aunque pensar en ti, en lo que dirías si supieras esto, si lo hubieras visto, es suficiente para oír tu risa burlona como un eco. Intento no sentirme avergonzado.

—Creo que me he perdido algo —susurro.

Kay da un paso más hacia atrás, volviendo a dejar un espacio seguro entre nuestros cuerpos. Se ha ruborizado.

—Quería saber cómo era. Llevo un buen rato preguntándomelo, en realidad. Y quería... que reaccionases de alguna manera. Sentir que estás aquí de verdad, vivo... No significa nada, es sólo que yo nunca... —Carraspea—. Me pareció un buen momento para probarlo. Porque lo que pasa bajo la luna llena, se queda

bajo la luna llena.

En nuestros viajes hemos visto y desentrañado muchos misterios. Sin embargo, creo que ninguno se puede comparar a la muchacha que tengo delante.

—¿Por qué un beso?

—¿Y por qué no? —Se remueve, incómoda, clavando la vista en sus pies—. Siempre me pregunté cómo sería. Como tantas otras cosas que el príncipe de Dahes no podía hacer. Besar a un chico era una de ellas. El rey..., bueno, habría buscado algún castigo horrible para mí si lo hubiera hecho. Eso estaba bien para otras personas. Pero no para mí. Se suponía que yo iba a casarme con una *mujer* y daría herederos a la corona.

Entiendo lo que me dice, pero aun así...

—No tienes que hacer todo lo que no has podido hacer hasta ahora en una noche, Kay —susurro, encogiéndome de hombros—. Conseguirás ser quien quieras y después tendrás todo el tiempo del mundo para hacer lo que te apetezca. No te fuerces ni te... agobies u obligues a aprovechar el tiempo. No es como si sólo tuvieras una noche por el resto de tu vida, ¿no?

Ella aprieta los labios y niega con la cabeza, como si hubiera algo muy evidente que mis ojos no consiguen ver.

—No es eso. No lo entiendes. No sabes lo que es esperar esta noche con tantas ganas que duele. Lo que es... esperar a sentir que todo está en su lugar. —Se encoge de hombros con calma—. No me fuerzo a nada, no te equivoques. Sólo quiero... hacer cosas a las que no me atrevo en mi otro cuerpo. Que cada luna llena sea un momento memorable. ¿Tiene eso sentido? Diecinueve años, Nadim. He perdido diecinueve años de mi vida. No, quizá no los he perdido. Pero los he pasado siendo otra persona. Sintiéndome triste y fuera de lugar. Dime, ¿no está bien si por una noche quiero probar algo? Si por una noche... quiero ser libre. Egoísta y todo, como cualquier otro ser humano.

No hay nada que pueda responder a eso. Hay desesperación y deseos de sentirse viva en cada una de sus palabras, y yo sólo puedo querer que sea eso mismo lo que ocurra. Que viva como si tras estas horas se fuese a acabar el

mundo. Eso parece ser lo que ella desea, al menos, y después de esos diecinueve años de los que habla sería cruel no concedérselo. Lanzo un vistazo hacia la luna llena. Todavía está alta en el cielo. Todavía queda noche por delante.

—Si tanto te asustan el resto de noches, si el tiempo en ese otro cuerpo es demasiado cruel para ti..., bien. Entonces, lo único que puedo hacer por ti es darte toda la libertad que puedas querer en una noche, ¿no?

Kay parpadea, confundida.

—¿Qué?

—En este reino se cree que existen unas criaturas encerradas en lámparas que a veces cumplen deseos —le digo, esbozando el asomo de una sonrisa. Ella me contó su historia con un cuento, aunque yo no supiese desentrañarlo, así que contarle una leyenda en respuesta me parece adecuado. Si ella es una sirena, yo puedo ser otro personaje—. Los llaman genios. Déjame ser tu genio esta noche. Hasta que amanezca tenemos tiempo y ningún límite. —Ante ella, hago una reverencia al modo rydiense, llevándome dos dedos a la frente, y luego extendiendo el brazo para tenderle la mano—. ¿Qué me dices, Kay?

Al principio parece demasiado sorprendida como para reaccionar, pero sólo un instante después llega a su expresión una sonrisa que le llena el rostro y que hace que las estrellas brillen en sus ojos. Se echa a reír, con una risa que es más canto de pajarillo alzando el vuelo que carcajada, y posa los dedos sobre mi palma extendida.

—Sé mi genio. Sólo por esta noche.

Sonrío, sintiéndome aliviado. Me alegra poder hacer algo por ella, aunque sólo sea hasta que el sol se alce.

—¿Por dónde deberíamos comenzar, mi ama? —pregunto con voz solemne, apretando sus dedos entre los míos.

Ella duda y se muerde el labio. Creo que tú misma estás expectante, preguntándote qué será lo primero, quizá pensando ya en cómo hacerlo realidad.

—Un vestido —susurra, insegura—. Nunca he llevado uno. Creo que me gustaría probar. Aquí son... hermosos.

Agacho la cabeza ante ella, la sonrisa bailando en mi boca.

—Un vestido será, pues.

Con los pies ligeros, nos adentramos en la noche para robarle horas al propio tiempo y magia a la mismísima luna.



Kay

Érase una vez una sirena que perdió el rumbo. La marea la arrastró por toda Marabilia y, cuando se quiso dar cuenta, estaba en las costas de Rydia. Allí, en una playa abandonada, donde las barcas de pesca descansaban sobre la arena, descubrió a una extraña criatura del desierto, toda luz de sol y verano, de piel dorada y alma de fuego, rodeada siempre de arena y viento. El ser mágico se había enredado en las redes de un pescador, y la sirena se apresuró a quitárselas de encima porque sabía lo que se sufría atrapada en ellas. Agradecido de haber sido rescatado, el ser se presentó como un genio y le dijo que le concedería tres deseos.

La sirena no sabía qué pedir, pero él insistía tanto en que su deuda no sería saldada hasta que le concediese esos caprichos que ella no pudo negarse. Y le dijo entonces:

«Quiero caminar una noche como una humana, envuelta en sedas en vez de algas y coral. Quiero piernas y zapatos y un vestido, y así sentirme parte de algo».

Y el genio escuchó su petición e hizo realidad su deseo.

Me arreglo las mangas, sintiendo entre los dedos el esmerado bordado que adorna sus puños. Es el mismo detalle que cubre mi pecho y los bajos de la prenda, que casi me llega a los tobillos. Es extraño sentir mi cuerpo envuelto en seda y algodón, su frescura contra mi piel. Desde luego, no tiene nada que ver con mi camisa y mis pantalones, que ahora están doblados y guardados en la bolsa que me cuelgo del hombro. También me he quitado la capa porque me ha

parecido extraño mezclarla con este tipo de ropa. Titubeo, pero salgo de la penumbra a la luz que se cuelga en el callejón, cuya entrada está custodiada por un pirata con los brazos cruzados. Por supuesto, no había otro sitio en el que pudiera cambiarme, así que ha tenido que ser aquí fuera, entre las sombras, en una calle sin salida.

—Está bien —murmuro—. Prométeme que vas a ser muy sincero: ¿cómo de risible dices que me veo...?

Él mira por encima de su hombro primero y, al ver que me acerco, se da la vuelta por completo. Deja caer los brazos a ambos lados de su cuerpo y sus ojos me recorren con tanta intensidad que casi consigue que me ruborice. No he podido ni pensar en ponerme algo demasiado colorido. Nada de rojos ni brillantes verdes para mí. Ni siquiera el azul del cielo. Mi vestimenta es del gris de la piedra y del mar picado, con detalles de un suave amarillo que me hace pensar en el color de las rosas que adornaban siempre la habitación de la reina. Me paso una mano por el cabello, apartando un mechón que me hace cosquillas en la mejilla. Como siempre, no llevo más joyas que mi pulsera, que destella cuando capta la luz de una de las lámparas que adornan la calle, con el cristal fino y tintado de mil colores.

Parece que estemos en el mundo de los sueños.

—No estás *risible* —dice, deteniendo los ojos en los míos, la sonrisa bailando en su boca.

Doy un paso más hacia delante. Cojo aire, llenándome el pecho.

—No estarás mintiendo a tu ama, ¿verdad, genio?

—Los genios no podemos mentir. Si lo hiciéramos, pasarían cosas horribles. Y, de todas formas, lo importante no es lo que piense yo, sino cómo te sientas tú. —Nadim alcanza mi mano con suavidad y me hace dar una vuelta sin moverme del sitio. Ríe sin poder evitarlo, como si mi carcajada fuera una burbuja que sube desde mi estómago. A mi alrededor, mis ropas parecen volar, dejando a la vista los pantalones grises que me rodean los tobillos—. ¿Te gusta?

¿Me gusta? Es extraño, pero no me molesta. De hecho, los ropajes son

bastante más cómodos de lo esperado. Me gusta el tacto de la tela y la forma en la que juega con mi figura. No sé si me agradarían tanto los vestidos de Dahes, por ejemplo. Para empezar, sé que una dama necesita ayuda para ponerse uno bien. Por otro lado, sus corpiños y sus faldas tan llenas, hasta los pies, parecen un engorro. Prefiero mil veces la moda rydiense, mucho más práctica y mucho menos complicada.

—Creo que me gusta —asiento, de nuevo frente a él, mi mano en la suya todavía—. No para todos los días de mi vida, pero me alegro de haber podido probarla.

Sonríó con agradecimiento. ¿Qué más podría hacer? Está convirtiendo esta noche en la más inolvidable de mi vida. Y está tan sonriente, tan tranquilo... Como si ayudarme a mí también lo ayudase a él.

Lo veo inclinarse con suavidad hacia mí.

—¿Y bien? ¿Cuál es vuestro próximo deseo, mi ama? Decid y se hará.

La sirena se había vestido como una humana. Había caminado entre las gentes del reino y había podido fingir que formaba parte de ellas, incluso cuando sabía que no era más que una ilusión. El genio le preguntó, una vez que estuvo satisfecha, cuál sería su segundo deseo. ¿Quería un tesoro a sus pies? ¿Anhelaba un palacio? ¿El amor?

Ella sonrió, pensando que el genio era muy inocente, pues no sabía lo que significaba vivir en sus escamas:

«He visto mil tesoros hundidos, y las mías tienen palacios bajo el mar que casi rozan con sus altas torres la superficie del océano. Y el amor, por otro lado, no es algo que pedirle a un extraño o que se pueda crear con un hechizo. No, hay otras cosas que deseo. La luna está hermosa esta noche, y a mi reino su luz nunca llega. Quiero pescarla y colgarla de mi cuello para que nunca me falten sus rayos, ni siquiera en los días más oscuros».

Y el genio escuchó su petición e hizo realidad su deseo.

Dejo escapar una exclamación cuando el agua fría me moja los pies, pero la sensación parece demostrarme, una vez más, que existo y mi corazón sigue

latiendo y mi cuerpo es real. Nadim me mira desde unos pasos más atrás, quizá sin querer mojarse, y veo sus cejas alzadas mientras yo entierro los dedos en la arena húmeda. Cierro los ojos y respiro muy hondo, y de pronto no me gustaría otra cosa que quedarme en esta playa, con la luna y las estrellas brillando sobre nosotros y ante nosotros, como si hubiera dos firmamentos idénticos. Alzo el rostro al círculo de nácar que nos ilumina. Me parece la fuerza mágica más poderosa del universo. Me la imagino como una gran reina de rostro redondeado y amable, con los ojos cansados de ver el mundo, pero con el deseo de demostrarles a todos que hay cosas más enormes y poderosas que nosotros, que a veces nos creemos los reyes del universo.

Un jirón de nube se desliza sobre el astro, como si pretendiese vestirla con su presencia, pero ella parece negarse a dejarse cubrir. Desnuda, preciosa tal y como es, lo aparta de un soplo y me guiña un ojo.

—Admite que es un poco extraño que quisieras venir a la playa. ¿No estamos ya las suficientes horas en el mar?

Yo sonrío un poco más ante su fría lógica y me acerco a él, sólo para que venga conmigo. Lo arrastro hasta la orilla y lo obligo a sumergir los pies en el agua, a ponerse frente al horizonte y dejar que las olas nos rocen el borde de la ropa. Le dije que echaba de menos el mar y él, sin comprender, me trajo hasta aquí. Yo, por supuesto, esperaba que lo hiciese. Mantengo mi mano alrededor de la suya. La espuma brilla como la nieve. Un poco más allá, algo chapotea. Un pez, supongo. Algo pequeño e insignificante. Como nosotros.

—Pero estamos *sobre* el mar. No *en* el mar. —Alzo la mano, señalando al frente—. ¿No lo ves? Tienes ante ti las estrellas y la luna. Si te quedas muy quieto, si finges que no hay nada más, ¿acaso no parece que estemos entre ellas? Podríamos coger una red e intentar pescarlas. Podríamos cazarlas al vuelo mientras caen y pedir deseos.

—Podrías haber hecho eso mientras estábamos en el templo. Desde allí también se veían las estrellas.

—Desde allí ellas también nos veían a nosotros. Aquí de pie, en cambio,

somos invisibles. Estamos demasiado cerca de sus reflejos y las estrellas son vanidosas. Sólo se ven a sí mismas. Además, me parecía muy adecuado que una sirena que pasa embrujada el resto de su tiempo pidiese venir a nadar.

Nos quedamos callados. Creo reconocer el asomo de una sonrisa en sus labios. Procuero no mencionarlo. Suspiro y, en cambio, busco estrellas fugaces. Me concentro en una pequeña parcela del cielo nocturno y aguardo. Veo a una pasar deprisa, de puntillas, contra el temible vacío de la bóveda celeste. Muevo los labios, rezando por ayuda, por su magia, ellas que tan cerca están de la luna llena. No me atrevo a formular mi ruego en voz alta, pero tampoco hace falta. Les llegará si lo saben y son capaces de todo. A mi lado, mi compañero se tensa, y creo que también ha encontrado algún lucero al que dirigir sus plegarias. Estelas plateadas marcan un segundo su camino y luego se marchan, bajando a tierra para volver a subir antes de que el sol despunte, ya que si no tendrán que quedarse para siempre entre los mortales.

Y el amanecer, lamentablemente, vendrá a destruirnos a todos demasiado pronto.

Aprieto un poco más los dedos que he atrapado entre los míos, sintiendo que el corazón se me acelera. Se nos acaba el tiempo para ser quienes somos.

Por eso, aunque Nadim no lo ha preguntado todavía, abro la boca y pronuncio mi tercer y último deseo.

La sirena tenía la luna prendida entre sus cabellos, como un broche, cuando se volvió hacia el genio y le dijo:

«He amado esta noche y anhelo que no acabe nunca. Y sé que estoy pidiendo imposibles, pero lo que anhelo, después de todo, es que el tiempo se detenga y el sol no salga mañana».

El genio observó con pena a la sirena, porque sabía que hasta sus poderes tenían unos límites. Había cosas que nadie, en la tierra o el cielo, podía hacer. Apagar el sol o cambiar la fase de la luna figuraban entre esos imposibles.

Qué locura. Y, sin embargo, tras un breve titubeo, tras la más leve de las dudas, el rostro del genio se iluminó.

Y contra todo pronóstico, hizo realidad el último deseo de la sirena.

Me falta el aliento de recorrer toda la ciudad cuando llegamos a las dunas, donde hace tanto frío que tengo que ponerme la capa. Los pies se me hunden en la arena, pero Nadim es implacable y no baja el ritmo hasta que algo se dibuja en la penumbra. Al principio creo que es el resto de un muro, hasta que me doy cuenta de que tiene la forma de un pozo. Uno abandonado, por lo que parece.

Mi acompañante suelta mi mano y se acerca, con uno de los orbes de luz en su mano. La construcción está tapiada con tablas de madera unidas entre sí. Parecen pesar, pero con mi ayuda se deshace de ellas y deja a la vista una entrada negra como una boca, dispuesta a tragarnos si le damos la oportunidad. Parpadeo. Lo que en un principio me había parecido una lengua es en realidad una escalera de cuerda. No parece muy segura, pero la única otra forma de adentrarse en sus profundidades es saltar, y ni siquiera se ve el fondo.

—¿Es esto seguro...? —Intento que mi voz suene confiada, como si fuera una pregunta sin importancia, pero no sueno convincente.

—Lo es. Pero iré primero, por si acaso. —A regañadientes, aparta la vista del pozo para fijarse en mí. Su sonrisa me tranquiliza—. He estado muchas veces aquí.

Titubeo, pero no tengo muchas más opciones, cuando desaparece escaleras abajo, que sentarme en el borde y seguirlo cuando me da su aprobación, un minuto más tarde. No sé qué estamos haciendo aquí, en medio de la nada, a tan sólo un par de horas del amanecer, insomnes y con ganas de aventuras.

Y no sé qué tiene que ver este lugar con mi deseo de que la mañana no llegue nunca.

Pese a todo, lo sigo sin protestas. Desciendo tras él durante lo que me parece una eternidad y, cuando al fin mis pies tocan el suelo, una costra reseca que en algún momento del pasado estuvo cubierta de agua, veo que Nadim se está encargando de mover piedras de la pared. Un agujero se abre con sus esfuerzos, ensanchándose con cada roca que es apartada. Un túnel aún más negro que la boca del pozo se abre con la intención de llevarnos hasta las entrañas mismas de

la tierra. Curiosamente, mi acompañante parece emocionado, pese a que resopla por el esfuerzo. Yo me dedico a sujetar la esfera luminosa para que vea lo que hace, aunque algo me dice que podría hacerlo también con los ojos cerrados.

Cuando considera que hay un hueco lo bastante grande para que nos colemos, se sacude las manos y se introduce por él. Yo lo sigo sin pronunciar palabra, agachándome para entrar en un estrecho túnel bajo que me obliga a encorvar la espalda. Trato de no quedarme atrás y, aunque siento curiosidad por lo que me rodea, lo cierto es que no hay mucho que ver: el pasadizo no tiene adornos y lo único que hago es preguntarme adónde conduce.

Por suerte, no tengo que esperar mucho para averiguarlo: al cabo de unos minutos, el corredor deja paso a una cueva. Una inmensa, de piedra, tan oscura que no me cabe duda de que los rayos nunca nos alcanzarán aquí. Ni los de la luna llena... ni los del sol. Y si un solo rayo de luna es suficiente para contrarrestar un hechizo, mientras la luz del día no toque un cuerpo, el embrujo no volverá a hacer efecto.

Trago saliva, de repente consciente de que Nadim ha conseguido una vez más concederme un deseo: aquí nunca amanecerá.

—Este es el único lugar del mundo que conozco donde el tiempo nunca pasa —me confirma, volviéndose hacia mí desde el centro de la gran sala. Somos muy pequeños en comparación, sobre todo teniendo en cuenta que apenas podemos imaginar el techo sobre nuestras cabezas porque nuestra improvisada antorcha no llega a iluminarla.

Lo que sí veo son las columnas, extrañas, que se me antojan con forma de altos y enormes relojes de arena. Hay cojines y mantas en un rincón, e incluso una alfombra, que casi hacen que el sitio parezca acogedor. Supongo que este era uno más de los lugares a los que venía con su hermana. Me acerco. Todo está lleno de polvo, pero me dejo caer sobre unos mullidos cojines, aun si al hacerlo levanto una nube de años de suciedad que me hace toser y estornudar. Los ojos se me han llenado de lágrimas, pero no creo que sea por la falta de limpieza, sino más bien por el detalle que ha tenido conmigo. Por todos los detalles que ha

tenido durante la noche.

Porque se está desviviendo por hacerme feliz.

Nadim se arrodilla ante mí, entre los cojines. Alguien dejó una muñeca de trapo abandonada en el lugar y él la coge. Le pasa los dedos por el rostro, intentando limpiarla un poco, y me la tiende.

—Sé que a lo mejor no es el lugar más bonito del mundo —me explica en voz baja—. Pero te aseguro que aquí no llegan los rayos del sol y que, si existe un lugar sin tiempo, es este. Sé que no es lo que esperabas —añade tras un breve silencio—, pero admite que era un deseo difícil de cumplir...

Yo, con la muñeca entre los brazos, no puedo evitar que se me escape un sollozo. Qué estupidez. No es momento de llorar. Pero no puedo evitarlo. Me abrazo al juguete, que debe de tener casi tantos años como yo, y niego con la cabeza, cerrando los ojos. Siento que se me van a escapar las lágrimas y no quiero ni puedo permitirlo.

—No. Es... perfecto —susurro con la voz más rota de lo que me gustaría—. Es simplemente perfecto.

Un momento de incertidumbre. Después, sus dedos en mis cabellos, enredándose entre mis rizos.

—Entonces, ¿por qué lloras, sirena?

Me estremezco. Trato de secarme los ojos con disimulo, pero es difícil. Intento reír, aunque sólo consigo sonreír y emitir un jadeo entrecortado, como si mis pulmones se hubieran vuelto más pequeños, acobardados por todos los sentimientos que de pronto amenazan con salirse de mi pecho.

—Es porque estoy feliz. Y porque... esta ha sido la mejor noche de mi vida. Y ojalá no se acabase nunca.

Lo miro. Nadim aparta la vista al techo. Sé que lo que diga va a doler ya antes de que abra la boca, y que por eso está buscando las palabras adecuadas.

—Aquí no llega el sol —admite—, así que esta noche podría durar para siempre. Pero creo que no debe ser así, ¿verdad? Y sé que tú también lo piensas. —Su mirada en la mía. La basta tela de su camisa me roza las mejillas cuando

me limpia el llanto del rostro—. Habrá más noches de luna llena, Kay. Y, sobre todo, habrá días. Días en los que tú ya no tengas que vivir con ese hechizo. Y para que eso pase, el tiempo no puede estar detenido. —Vuelve a bajar la vista. Su voz es de improviso un susurro—. Escucha, cuando mi hermana desapareció, estuve aquí días enteros. Perdí la cuenta. Y entonces me percaté de que podía seguir aquí. El tiempo no pasaba. Podía fingir que los días no pasaban sin ella. Podía... morir aquí, incluso. Pero, si lo hacía, nunca volvería a verla y nunca podría pedirle perdón. Nunca la encontraría. Por eso decidí que el tiempo siguiese. Aunque todo el tiempo sin ella me haga demasiado daño.

Me pican los brazos y las manos de la necesidad de abrazarlo, por ilógico que sea. La lengua me pesa bajo todos los agradecimientos y todos los pésames que quiero darle. Pero sé que él no quiere mis condolencias ni mi pena. Y, sobre todo, sé que tiene razón. Que no puedo desear una noche eterna. Que eso no arreglaría nada. Que si el tiempo se parase ahora, sí, seguiría en este cuerpo hasta el fin de mis días, pero no sería vida. No entre estas paredes. No aquí dentro. Tengo que salir al mundo y demostrarle que estoy aquí, que voy a luchar por aquello en lo que creo, que voy a romper mi hechizo. Que algún día, quizá, cuando se haga justicia, me sentaré en el trono de Dahes y miraré atrás y pensaré que valió la pena.

Sé que ya vale la pena haber escapado.

A pesar de todo eso, ¿estaría muy mal que quisiera ganarle un par de horas al sol? ¿Que quisiera quedarme un rato más aquí, sintiéndome invencible y a gusto con el universo un poco más? Me acuesto entre los cojines, a pesar de que levanto otra nube de polvo que me hace toser. Me parece ver una araña correteando lejos de nosotros, lejos del aura de luz del orbe. Más allá del borde del blanco destello, las sombras se arremolinan y esperan a que bajemos la guardia. Nadim se tumba a mi lado, imitándome, y me observa de frente. Sonreímos y yo cierro los ojos, sin ganas de dormir.

* * *

—¿Se lo explicarás?

Miro por encima de mi hombro, frotándome la piel de los brazos antes de volver a pasarme la camisa por la cabeza. Nadim está sentado de espaldas a mí mientras me cambio. Mis ropajes rydienses yacen a mis pies, entre los cojines. Hemos pasado el resto de la noche hablando, de todo y de nada, contando historias de nuestros pasados como si las hubieran vivido otras personas: él, de cómo huía con su hermana, de sus juegos y de sus misterios, de sus aventuras de la mano y sus noches en vela; yo, de mi vida en el castillo, de los soldados y los nobles y de los recuerdos que me dejó mi abuela. Algo en mi interior me dice que el sol ya ha salido, que estoy engañando a mi encantamiento, pero intento ignorar la sensación de desasosiego.

Enfundo una pierna en mis pantalones. La otra.

—¿A la tripulación? —murmuro. Claro que a ellos, ¿a quién si no?—. No lo sé. Supongo que debería, aunque no sé cómo. No es que crea que el tema vaya a... salir en una conversación normal.

Nadim titubea. Yo me calzo las botas y me coloco la capa. Miro abajo, al vestido, y lo recojo del suelo. Deslizo la tela entre mis dedos.

—Yo no voy a dejar de tratarte diferente. Supongo que eso tendrá que darles una pequeña pista, si saben escuchar. Y después, supongo que la historia correrá. O se inventarán la suya.

Sacudo la cabeza y doblo el vestido, dejándolo con cuidado sobre los cojines. Pongo la muñeca encima, recuerdo de las dos muchachas que estuvieron aquí.

—Espero que al menos sea una historia digna de una princesa. —Respiro hondo, intentando calmarme, y me aliso la ropa—. Podemos irnos.

Mi acompañante se gira y se da cuenta de que voy a dejar el vestido atrás. Ambos cogemos nuestras bolsas.

—Podemos llevarlo con nosotros si quieres...

Le sonrío un poco por toda respuesta, pero no vuelvo a por él. Mis pasos, para entonces, ya me llevan hacia el pasadizo. Advierto los suyos detrás,

calmados, dejándome espacio. Yo agradezco el gesto, porque siento que los ojos se me empañan antes de que llegue el dolor. Me digo que no quiero llorar, que no voy a hacerlo. Pero tampoco quiero volver a ser Kaylen a los ojos de todos. Es muy *injusto*. Yo nunca pedí esto. Yo nunca hice nada para merecerlo.

Sólo quiero ser feliz.

Ni siquiera estoy en la mitad del túnel cuando noto que la oscuridad ya no lo es tanto. Y eso es suficiente. Un segundo después siento el golpe de mi maldición como una bofetada. Magia que vuelve a mí, que palpita a través de mí. Me imagino el hechizo como una zarza, con espinas que se clavan en mi aura, que la constriñen, que se enredan, que me hacen sangrar de formas nuevas, incluso cuando mi piel no muestra el más mínimo atisbo de rojo. Soy apenas consciente de que caigo al suelo, una rodilla golpeándose contra la piedra. Quizá físicamente no sea tan terrible como al principio de la noche, pero por dentro me consume cada vez un poco más.

Tiemblo, con la frente perlada de sudor. Con unos brazos que no son los míos rodeándome el cuerpo. Me trago un sollozo y jadeo. Me apoyo en el pecho de Nadim, aferrándome a su ropa por inercia. No intento enfocar su rostro porque no quiero que me vea a mí, así que entierro mi propia cara contra él, sintiendo las lágrimas deslizarse hasta mi mentón. Su contacto me causa un gran nudo en el estómago, una tensión en todo el cuerpo contra la que no puedo hacer nada. Pero también siento alivio. La certeza de que una persona está conmigo en este momento. De que soy parte de algo.

Durante un tiempo indeterminado, nos quedamos abrazados, la rabia inicial dejando paso a la tristeza en mis venas.

Finalmente, cuando mi corazón late a un ritmo normal, me enderezo y me aparto con las manos sobre su pecho. Me pongo en pie sin ayuda, incluso si las piernas me tiemblan un instante.

—Volvamos con los demás —susurro, intentando no escuchar mi propia voz.

Nadim se levanta también. Parece preocupado, así que intento evitar su mirada.

—¿Estás segura? Si necesitas un poco más de tiempo...

—Estoy bien —lo corto con demasiada brusquedad.

Él no se da por vencido. Mentiría si dijera que quiero enfrentarme a la luz del sol, pero no puedo soportar tampoco ni un solo instante más entre estas paredes. El techo parece que vaya a caérseme encima en cualquier momento. Necesito salir de aquí. Pero entonces él atrapa mi mano y dice mi nombre, y yo me quedo en mi sitio, sin atreverme a moverme, sin querer hacerlo.

Cuando tira de mí, creo que va a volver a abrazarme, pero en su lugar me inclina... y me besa. Igual que yo hice anoche, Nadim presiona sus labios contra los míos. El estómago me da un vuelco, como no lo hizo la noche pasada, y yo me sorprendo mirándolo de frente, sin fuerzas para apartarme.

—Sigues siendo tú, sirena —me recuerda—. Sigues siendo Kay.

Sí, supongo que sí. ¿Y qué puedo decir a eso? No hay forma en la que pueda llevarle la contraria. Mi mano se enreda en la suya, aceptando su contacto, y la aprieto con suavidad. Él hace lo mismo y, de alguna forma, el dolor se mitiga un poco.

Al ver que no lo rechazo, sus labios se posan esta vez sobre mi frente, tiernos.

—Tu cuento se equivocaba, ¿entiendes? La sirena sigue viva. Nadie consiguió matarla porque huyó de quien podía temerla o enjaularla. Y pronto será libre en el mar. —Una pausa. Sus ojos me traspasan en la penumbra—. ¿Me crees?

¿Cómo no voy a hacerlo, cuando habla con tanta convicción?

—¿Está bien si la sirena tiene miedo? —pregunto con un hilo de voz—. Si no está segura de cómo llegar hasta el mar...

—Está bien porque no está sola. Tendrá toda la ayuda que necesite. Al fin y al cabo, todo el mundo sabe que la sirena se encontró piratas en su camino. Y nadie conoce el mar mejor que ellos...

Trago saliva, pero asiento. Me creo su cuento y el final que quiere que veamos juntos. Me sonrío con algo de tristeza, pero yo no tengo las fuerzas para devolverle el gesto.

De la mano, en silencio, el genio y la sirena salen a la luz de un nuevo día.



Collen

—¿Alguien sabe dónde cojones está Nadim?

Jared mira alrededor con el ceño fruncido. Es muy extraño que Nadim no esté a primera hora ya despierto y trabajando en cualquier cosa. Por lo general, en cuanto despunta el sol es el primero en despertarnos a todos y decirnos que no nos quedemos dormidos. Hoy, sin embargo, no está en ninguna parte.

Como Kay.

Es ella quien me preocupa a mí. Supongo que estarán juntos, que Nadim descubrió su secreto, pero espero que se encuentre bien. Debe de ser muy complicado. Miro a la gruta, algo ansioso, mientras paso una nueva página del libro de cuentos. Anoche encontré algo que podría sernos útil. No veo el momento de decírselo a mi amiga.

—Nadie lo ha visto desde anoche —dice Harren mientras se encarga de revisar una caja con alimentos para cargar más el barco con lo que vayamos a necesitar para los próximos días—. Ni a él ni a Kay.

Jared da paseos intranquilos por el refugio. Tayeb y Sabir le lanzan un vistazo mientras juegan a las cartas, un metro más allá de mí. Rick, contra quien me estaba apoyando mientras leía, me da un beso en la cabeza y se separa al notar el nerviosismo del capitán.

—¿Y si lo han descubierto?

Rick se acerca a él para darle una palmada en la espalda, bien fuerte, y hacerlo reaccionar. Nuestro superior frunce el ceño ante el golpe, pero no protesta: a Rick le permite esas cosas. Si Nadim es como el hermano pequeño del capitán, Rick debe de ser poco menos que su hermano mayor.

—Ha pasado mucho tiempo desde que se marchó de aquí, Jared. Deben de darlo por muerto, a él y a su hermana.

Jared debe de decidir que no puede negar el paso de los años, porque asiente, algo distante.

Sabir se encarga de quitarle tensión al asunto tras tirar una carta al suelo, frente a Tayeb:

—Yo digo que se lo están pasando bien juntos.

Tayeb lanza otro naipe sobre el de él.

—Pues yo digo que vas a perder esa apuesta. Que quieras que Nadim te enseñe el sable no significa que él esté dispuesto a enseñártelo ni a ti ni a otros hombres.

Pongo los ojos en blanco, volviendo la vista a las palabras y a las ilustraciones del tomo que tengo sobre las piernas.

—Kay se pone de todos los colores cada vez que nos ve a Rick y a mí juntos, así que dudo que hayan empleado la noche en eso.

O a lo mejor me equivoco. A lo mejor Kay ha querido aprovechar su cuerpo de todas las maneras posibles durante las horas que lo ha tenido.

—¿Lo ves? —desafía Tayeb.

—Huelo a la legua cuando alguien está dispuesto a probar una buena espada —protesta Sabir, frunciendo el ceño—. Y el principito lo está, hacedme caso. Y yo estaría encantado de enseñarle esgrima, pero entiendo que se sienta intimidado. —Lanza otra carta al montón—. En cuanto a Nadim, es obvio que lo de las chicas es una etapa. Eso se pasa con el tiempo.

Jared alza una ceja mientras mira a Sabir, aunque creo que este ha conseguido el efecto que quería, porque al menos hay el asomo de una sonrisa en sus labios.

—Lo conozco de toda la vida y te aseguro que...

Pero no tiene tiempo de decir nada más, porque entonces dos figuras aparecen por la gruta. Cierro el libro y me pongo en pie de inmediato al ver a Kay, que va unos pasos por detrás de Nadim, arreglándose la ropa como si se sintiera incómoda en ella. Todos les miramos con demasiada fijeza, aunque supongo que

cada uno por motivos diferentes.

—Vienen juntos —dice Sabir, mirando a Tayeb—. Paga.

—¿Dónde estabais? —espeta Jared.

—No, lo que queremos saber es si os habéis acostado —matiza Tayeb.

Tanto Nadim como Kay abren mucho los ojos, con incredulidad. Yo me llevo una mano a la cara, compadeciéndolos, sobre todo a ella, cuyo rostro se llena de color escarlata.

—¿Perdón? —pregunta Nadim.

—Eso es que no. Eres tú quien tiene que pagar, Sabir.

—Espera, espera. Puede haber habido tocamientos. Los tocamientos cuentan. ¿Ha habido tocamientos?

—¡¡No!! —exclama Kay.

Rick se está divirtiendo al tiempo que observa a los presentes. No es para menos. Incluso Nadim parece avergonzado con la situación, aunque nunca había visto algo así. Por lo general, lleva sus asuntos personales con mucha discreción.

—¿Estáis *apostando* sobre nosotros?

—Por supuesto —se enorgullece Tayeb mientras coge unas monedas que le tiende Sabir—. Y he ganado.

Ni siquiera saben qué decir. Lógico. Creo que yo voy a ser el único que se compadezca de ellos. Por eso carraspeo, acercándome a Kay.

—¿Cómo te encuentras? —le susurro.

Ella sonríe un poco ante mi preocupación.

—Bien, yo... —Duda, pero mira a los demás. Gavin y Owain pasan en ese momento cargando unas cajas—. Hay algo que me gustaría contaros.

La miro, preguntándole si está convencida de esto, si está preparada, pero ella se limita a asentir. Nadim también le dedica una mirada y el asomo de una sonrisa que pretende darle fuerzas. Agarro su brazo con cariño, apretándolo para que no se sienta sola. Recuerdo cuando la tripulación descubrió el cuerpo que yo había escondido durante mucho tiempo y que sólo Rick sabía que tenía. Fue complicado explicarles que, pese a él, no era una muchacha, sólo que durante

mucho tiempo me habían hecho pensar que debía serlo. Tenía miedo de que me vieran de una manera diferente. De que todo cambiase de repente. De que hasta me echasen de la tripulación. De que me negasen el que se había convertido en mi hogar.

No sé si los mismos miedos la recorren a ella, pero me imagino que en cualquier caso no debe de ser fácil dar el paso. Por eso me quedo a su lado.

Kay aprieta mi mano y entonces empieza a contar un cuento que yo ya conozco.

* * *

Para mi alivio, la tripulación comprende la situación de Kay. De hecho, la mayoría se muestran ofendidos y la compadecen y dan su apoyo a la *princesa*. Incluso Jared parece molesto por la historia: si Geraint de Dahes ya no era alguien que le agradase, ahora menos. No es que Kay y el capitán sean los mejores amigos, pero Jared no soporta las traiciones y debe de considerar lo que le han hecho como una horrible. Por supuesto, hay alguna broma sobre la primera mujer de la tripulación, lo que ayuda a que la tensión desaparezca un poco.

Los dejamos discutiendo, fantaseando con lo que le harían a alguien que les obligase a vivir lo que ha vivido Kay. Rick es el único que no dice nada. Me mira a mí en todo momento. Supongo que trata de asegurarse de que estoy bien con todo esto. Porque, al fin y al cabo, Kay tiene un hechizo. Alguien tuvo la mala intención de convertirla en algo que no es. Hay magia de por medio.

Yo no he tenido esa desgracia... o esa suerte. Explicar ciertas cosas habría sido mucho más sencillo si alguien me hubiera lanzado un conjuro que me hiciera tener el cuerpo que tengo.

—Me sorprende... la reacción de todos.

Miro a la princesa de reojo. La he apartado de la multitud con la intención de que tenga espacio para respirar, para expulsar todos los terrores que ha debido de

soportar mientras contaba su historia. Ahora mismo todavía parece algo abrumada, mirando al mar. Nos hemos sentado en una de las piedras de la boca de la gruta y el océano se extiende vasto ante nuestros ojos.

Antes de que pueda pensar qué responder a sus palabras, sus pupilas se fijan en mí.

—¿Fue tan sencillo contigo? ¿O ha sido sencillo precisamente por ti?

Esa es una pregunta demasiado complicada. Por lo general puedo presumir de tener las respuestas correctas para todo, porque vienen de libros y de mapas, incluso de simple lógica, pero cuando hablamos de personas... Todas son demasiado diferentes.

—Mi situación la conocieron por accidente. Me hirieron en un asalto. —Me llevo una mano al costado, justo debajo del pecho. Todavía tengo la gran cicatriz que me recuerda lo sucedido—. Para entonces ya llevaba casi un año en la tripulación y nadie se había dado cuenta. Bueno..., Rick lo sabía, pero mantuvo a salvo mi secreto.

Veo un montón de preguntas en los ojos de mi compañera. Me remuevo un poco, con algo de incomodidad. Supongo que esta vez no quiere escuchar leyendas de personajes míticos o tesoros escondidos, sino historias más reales. Mi historia.

—En Dahes servía como criado en la casa de una familia noble. Siendo justos..., servía como *criada*. Me encargaba de la heredera, una muchacha preciosa y elegante, muy perspicaz e inteligente. —Me doy cuenta de con quién estoy hablando y doy un respingo. ¿Cómo no he caído hasta ahora?—. Tú debes de conocerla. Se llama Eunice. Es la hija de los...

—De los Lacey. Sí. —No sé si es impresión mía, pero Kay parece palidecer un poco. Baja la vista, rehuyendo mi mirada—. La conocí muy bien. Llegamos a tener... una gran amistad.

—¿Qué fue de ella? Cuando yo me marché, apenas tenía quince.

—Se casó —murmura Kay, bajando la voz. Coge una piedra y la lanza al mar—. Yo... había descubierto mi hechizo por las mismas fechas. No supe cómo

decírselo. Y ella se fue lejos de Zanna, a vivir con su nuevo esposo en su nueva vida. Me escribió, pero yo no sabía cómo responder a sus cartas, que iban dirigidas al *príncipe* de Dahes, esa persona que ya no era; no podía decirle lo que había descubierto por carta tampoco, y no tenía el valor para ir a verla y explicarle la verdad, que yo quería que supiera. La quise mucho, fue una gran amiga, por eso no podía soportar ser el disfraz también para ella. Fui... bastante cobarde. Al final supongo que... se cansó. Desistiría de escribir epístolas que nunca recibían respuesta.

Extiendo mi mano para detenerla antes de que siga tirando piedras al mar, como si en realidad quisiera tirárselas a sí misma. Pongo mis dedos sobre su muñeca y ella me observa, culpable.

—No fuiste cobarde. Es normal que tuvieses miedo. Que quisieras que con ella fuera diferente. Pero temías que... sólo aceptase al *príncipe* y no a la princesa, ¿verdad?

Kay aprieta los labios, pero no hace falta que responda. Lo comprendo mejor de lo que cree.

—Quizá no sea tarde. Quizá podamos buscarla cuando tu hechizo esté roto. Yo me presentaré como Collen y tú, como Kay. ¿Qué te parece eso?

La muchacha me mira, insegura.

—No sé, Collen...

—Si es la misma muchacha que yo conocí..., creo que lo entendería. Creo que ella... fue la primera persona que me permitió ser quien soy. Le debo mucho.

De nuevo, preguntas tras su mirada.

—Como te he dicho, me encargaba de Eunice. Estaba siempre a su servicio para lo que ella desease, pero ella siempre me dejó ser libre. No me trataba como el resto de su familia trataba al servicio. Mi afición por los libros vino de ella, de hecho. Antes de conocerla yo ni siquiera sabía leer, por mis orígenes humildes, pero cuando la veía con un libro entre las manos no podía evitar sentir mucha curiosidad. Ella se fijó en eso y me enseñó. A menudo nos metíamos en su gran

biblioteca, donde me dejaba mi tiempo y me señalaba lo que yo todavía no podía entender. Se portó... muy bien conmigo.

Me dio mucha pena dejarla. Pero en aquella casa era *la criada*. Y hubo un momento en que simplemente no pude serlo más. Había un mundo demasiado amplio esperándome allí fuera... y una persona que llevaba demasiado tiempo encerrada.

—No me descubrió sólo mi pasión. A Eunice le encantaban los bailes de disfraces. ¿Recuerdas eso? Un día hicisteis uno en vuestro palacio. Creo que fue por tu cumpleaños...

—Sí. —Kay asiente, apretando los labios—. Fue donde hablamos por primera vez. Yo cumplía los catorce. Mi madre insistía en que debía bailar con alguna de las damas, que pronto sería *un hombre* y que debía empezar a fijarme en ellas. Eunice me pareció la mejor opción. Ella misma admitió más tarde que al relacionarse conmigo al principio soñaba con ser princesa, pero en realidad nunca... nos gustamos de esa manera.

Dejo escapar una risa suave. Sí. Eso me recuerda a la soñadora y preciosa Eunice, que quería una gran historia de amor como las de los cuentos.

—Ella quería ser princesa, sí. Y creo que fue a esa fiesta con toda la intención de conquistar al príncipe. Por eso... el día anterior me pidió que yo fuera su príncipe. Para estar preparada.

»Yo no podía negarme a nada que Eunice me pidiera. Había hecho mucho más grande mi mundo a través de las ventanas que eran sus libros y su conocimiento. Gracias a ella había estado aprendiendo Historia, había vivido aventuras y le había dado forma al mundo más allá de Zanna gracias a sus mapas. Me podría haber pedido que me convirtiese en rana y lo habría hecho. La idolatraba. Así que, cuando me trajo ropas de su hermano mayor para que me vistiese, ni me lo pensé.

»Y fue como encontrar mi hogar sin saber que me habías perdido.

Recuerdo el momento exacto en el que me miré en el espejo. En el que mis cabellos, por entonces largos y lisos, se ataron con un lazo como el que llevaría

cualquier caballero. La casaca me venía demasiado grande, pero nunca, jamás, me había sentido tan *yo* como en aquel momento. Hasta ese momento nunca había disfrutado de los vestidos que siempre llevaba: me parecían opresores, me agobiaban. Tampoco me gustaba la idea de *ser mujer*, pero siempre había creído que era algo que provenía de lo que el mundo obligaba a ser a las mujeres: sumisas, calladas, poco curiosas, delicadas. Durante toda mi vida había sentido una incomodidad que no sabía de dónde venía, y entonces, por un glorioso momento, al ver mi reflejo vestido con calzas y casaca, mi rostro descubierta y no escondido tras unos cabellos demasiado largos, cualquier otra cosa desapareció.

—Eunice me pidió que fuera un caballero. Que actuase como un caballero, que hablase como un caballero, que la guiase en el baile. Que fuera un muchacho para ella, aunque para ella aquello sólo fuera un juego. Y yo lo hice, y me costó menos esfuerzo que ser la persona que había sido hasta entonces. No fue consciente de lo que significó. Fui *yo*. Más que nunca.

»Recuerdo haberme asustado. Haberme sentido mal por haber disfrutado tanto de aquella fantasía inocente. Pero lo cierto es que nunca le devolví aquellas ropas al hermano de Eunice. Las robé y las escondí. Y... me las puse otra vez, cuando estuve a solas. Y otras muchas más. Después, me las quitaba y lloraba, porque no podía sentirme bien en ellas. Aquello me convertía en una persona extraña. En algo que estaba *mal*. Nadie habla de las personas que sentimos eso, así que ¿cómo podía saber que estaba bien? Si somos invisibles, ¿cómo podemos sentir que es normal que existamos?

El abrazo de Kay me pilla por sorpresa. Despierto, tras haber estado paseando por aquellos días, y la encuentro rodeándome con fuerza. Cuando parpadeo me doy cuenta de que en algún momento se me han escapado las lágrimas. Qué estúpido. Me paso la mano por la cara, aunque el otro brazo lo uso para rodear el cuerpo de mi amiga. No sé si me abraza porque siente lástima o porque puede comprender de lo que hablo.

No dice nada. No va a interrumpirme. Beso sus cabellos, agradeciendo su

apoyo. Está bien. Ya sé que tengo derecho a existir. Eso ya pasó. Claro que está bien. Estoy aquí, estoy vivo, soy yo y soy libre. Nadie puede quitarme mi derecho a vivir. Nadie puede hacerme invisible, porque soy real. No soy una fantasía.

Cojo aire, intentando deshacer el nudo en la garganta.

—Entonces, un día, me armé de valor y me vestí con aquellas ropas para salir a la calle. Lo hice por la noche, cuando las sombras también podían ayudarme, porque pensaba que esa persona con esas ropas sólo tenía derecho a vivir amparada en la oscuridad: en la oscuridad de un cuarto solitario, en la oscuridad tras el atardecer. Nunca a la luz. Y entonces me sentí *todavía* más libre. Cuando me preguntaron cómo me llamaba, fue la primera vez que usé el nombre de Collen. Hablé y bebí y reí. Nadie me trató como a una chica, y eso fue... maravilloso. Parecía lo correcto. Lo era. Estuve viviendo así varias lunas: una persona por el día, otra por la noche. Esperaba que cayese el sol con las mismas ansias con las que tú esperas la luna llena, Kay. Supongo que tenía más suerte que tú: al menos yo sentía que podía ser yo cada noche.

—No tenías más suerte —protesta Kay con la voz quebrada. Yo intento reír, aunque no me sale tan bien como quiero. Se separa para mirarme y casi parece enfadada—. Yo necesito un cuerpo para sentir que soy libre. Tú no. Pero los dos estábamos igual de encerrados. Es igual de cruel.

Asiento, intentando convencerme de que así es. De que tiene razón. Es complicado creerla del todo, incluso cuando sé que sus palabras, en teoría, son ciertas. Es como cuando lees una anécdota histórica demasiado increíble para ser verdad. A veces me odio por no odiar mi cuerpo. Por no desear cambiarlo. A veces creo que eso me convierte en un fraude.

Sacudo la cabeza. No. Basta. Se supone que ya está todo superado. Que me siento orgulloso de ser quien y como soy.

Vuelve a la historia, Collen.

—Entonces, una de esas noches... conocí a Rick. También a otros de la tripulación, pero creo que no se fijaron mucho en mí y yo tampoco en ellos. Fue

Rick quien me vio. Y a quien yo vi.

Kay se separa para mirarme, pasándose la mano por la nariz.

—¿Lo vuestro fue un flechazo?

Me echo a reír.

—No. Pero él me habló. Estuvimos riéndonos toda la noche. Me contó historias sobre el *Angelique*, sobre las aventuras que vivían en aquel barco, sobre lo *libres* que eran. Y yo le envidié. Y quise..., quise formar parte. En algún momento oí que en aquella tripulación no había mujeres. Ninguna. Y entonces yo pensé que era el lugar perfecto en el que estar. Un lugar en el que nunca nadie pensaría que fuese una mujer. Un lugar donde sólo pudiese ser lo que era: un hombre.

—¿Y te uniste a ellos?

—Rick me dijo que estarían en la ciudad un par de días, así que a la noche siguiente volví a la misma taberna. Y volvimos a estar toda la noche hablando. Y en un momento..., me besó. Mis labios habían sido besados antes por algún otro muchacho, pero aquel fue de verdad mi primer beso. Porque Rick no besó a la muchacha, besó *al muchacho*. Me estaba besando *a mí*. Al principio pensó que me había molestado porque, cuando nos separamos, yo estaba llorando.

Recuerdo su agobio. Sus mil disculpas. Sus preguntas sobre si estaba bien. Lo acallé echándome otra vez sobre él. Con el tiempo hemos aprendido a reírnos de aquel momento: de su confusión absoluta mientras correspondía a mi beso, pero al mismo tiempo tenía la sensación de no captar algo. Rick siempre dice que era todo demasiado contradictorio, que se sentía bien y mal a la vez porque «¡me besabas de manera tan impresionante, pero al mismo tiempo llorabas y, si te preguntaba, te lanzabas a por mí con más pasión todavía! ¡Eran señales muy confusas!».

—Así que sí fue un flechazo, después de todo —dice Kay con una sonrisa leve.

—No le digas eso a él. Te dirá que sí, además de hablarte de que estábamos destinados y hacerte un cantar sobre lo perfectos que somos el uno para el otro.

Y me dejará en evidencia. Muchas veces.

Kay ríe y yo me alegro de que lo haga. Prefiero eso a que sienta lástima. Yo también he aprendido a aferrarme a los momentos bonitos. Y conocer a Rick fue uno precioso.

—¿Qué pasó entonces?

Carraspeo.

—Bueno...

—¿Bueno?

—Me emocioné, quizá.

—¿Emocionarte?

—Nunca me había sentido tan querido como en ese momento por ser quien era. Tan... deseado. Y yo nunca había deseado tanto a nadie, porque siempre había sentido que algo estaba mal. No estaba pensando. Sólo estaba dejándome llevar. Y Rick también.

Kay al principio frunce el ceño, sin comprender de qué estoy hablando. Hasta que lo entiende, claro, y se pone del color de la grana.

—Oh.

Asiento. Cuando dejé de llorar, seguí besándolo. Y él a mí. Y cada vez con más rabia. Y cada vez con más ganas de que aquel beso que me estaba haciendo sentir tan bien no se detuviese. Nos volvimos locos. Yo estaba ardiendo y la cabeza me daba vueltas. Sólo pensaba en que Rick había visto, querido y deseado a Collen, no a otra persona. Eso era suficiente para que yo anhelase que aquello durase todo lo que pudiera, que fuese tan lejos como pudiera ir. Salimos a la calle. Ni siquiera recuerdo cómo terminó mi espalda apoyada contra la pared de aquel callejón mientras yo intentaba respirar entre besos demasiado intensos.

Pero sí recuerdo el momento en que Rick paró.

Lo hizo de pronto, cuando sus manos tocaron mi cuerpo y encontraron algo con lo que no contaban. Y yo desperté de mi fantasía, por supuesto. En realidad, había estado esperando a que ocurriera. Por eso quería aprovechar hasta donde pudiese. Hasta que fuese inevitable que me rechazara. Al menos habría vivido

con intensidad todo lo anterior, aun si el precio era sentirse destrozado después.

Abrí los ojos. Rick me miraba parpadeando, su mano en mi pecho todavía. Jadeé. Bajé la mirada. Él cogió aire, turbado. Me preparé para que se separase. Para que me mirase con asco o me acusase de haberlo engañado (aunque no lo hubiese hecho).

Me preparé para todas las posibilidades horribles que se me pasaron por la cabeza en un momento. Pero no para lo que ocurrió.

«¿Me has mentido?».

«No».

Un silencio de varios segundos.

«Dime quién eres».

«Soy Collen, el *chico* con el que hablaste anoche y hoy. El *chico* que te ha gustado lo suficiente para tenerme aquí ahora».

Otra pausa más larga, más dolorosa. Y entonces, lo inesperado:

«Me alegro. Porque ese chico lleva dos noches volviéndome loco».

Y otra vez su beso. No cambió. Siguió besándome de la misma manera que antes. Apenas pude reaccionar al principio. No lo entendía. No entendía cómo podía tocar mi cuerpo y creerme. No entendía por qué no me apartaba.

Pero no iba a dejar que la falta de comprensión me impidiese sentir todo lo que anhelaba en aquel momento. Volví a llorar, pero para entonces Rick ya entendía por qué eran mis lágrimas. De pura felicidad.

Por eso no paró. Por eso yo no lo detuve.

Por eso cuando todo acabó y todavía respirábamos el mismo aire y él me pidió que me uniera al *Angelique*, donde sería siempre Collen, ni siquiera me lo pensé.

Por supuesto, contárselo así a Kay haría que me quedase sin amiga, porque todavía se pone roja cada vez que nos ve, así que creo que no quiere la versión detallada. Por eso lo simplifico todo:

—Obviamente, en cierto punto descubrió mi cuerpo. La sorpresa fue que no le importó y me dijo que en el *Angelique* sería quien quisiera ser. Podría ser yo

todo el tiempo, sin fluctuar entre dos personas, sin esperar más noches. ¿Cómo iba a negarme? No cogí equipaje ni me despedí de nadie. Mi familia no lo habría entendido y quizás explicárselo me habría quitado seguridad. Sólo me quedé con aquellas ropas robadas. El resto de una vida que nunca había sido mía quedó atrás.

—¿Y el resto...?

—Como te he dicho, lo descubrieron por casualidad. Fue... duro al principio. —Bajo la vista. No los culpo—. Unos me apoyaron desde el primer momento y decidieron que seguía siendo quien conocían, pero otros sí que durante unos días cambiaron su manera de tratarme. Cada vez que oía a alguno dirigirse a mí como si fuera una muchacha, dolía y me llevaba de vuelta a una vida que había dejado atrás. Pero aprendieron, poco a poco, lo que no debían hacer y que el cuerpo que tuviera no me convertía en alguien diferente.

—Debiste de tener miedo.

—Mucho. Para entonces todos eran ya mi familia. Durante todo ese tiempo había sido Collen cada segundo. Estaba aterrado. Incluso temí que me echasen de la tripulación y, si lo hubieran hecho, no sé qué habría sido de mí.

Sé que lo entiende tan bien como yo puedo comprenderla a ella. Cuando me mira, sin embargo, Kay sonrío y vuelve a abrazarme.

—Me alegro de que escaparas, Collen. De que sigas aquí. Me alegra mucho haber tenido la oportunidad de conocerte.

Parpadeo, pero sonrío y cierro los ojos, alzando los brazos para rodearla con ellos. Creo que nunca me había sentido tan comprendido. Tan arropado.

—Gracias, princesa. Me alegra que nuestras historias se hayan encontrado.

En nuestro abrazo dejamos atrás a los personajes que algún autor malévolo nos obligó a ser y saltamos de las páginas para hacernos reales. Para ser quienes somos y nada más.



Kay

Es extraño. Desde que descubrí mi imagen en el espejo aquella noche de luna llena hace algo más de tres años, siempre he deseado que alguien me viera como *la princesa* de Dahes. Deseaba que me reconociesen. Que reparasen en mí a través del caparazón que me habían impuesto. Quería ser *ella*.

Y ahora, de pronto, contra todo pronóstico..., lo soy.

Soy Kay, una muchacha. A ojos de la tripulación del *Estrella Fugaz*, al menos. No creo que hubiera tenido la misma suerte en mi casa, donde mi padre se hubiera negado por completo a considerarme una mujer —donde él se negó, de hecho, a hacerlo— y, por lo tanto, todo el mundo hubiera seguido sus pasos. Si me hubiera quedado allí, habría sido Kaylen toda mi vida. Me habría casado con Ivy de Dione y nos habríamos odiado, probablemente. Habría tenido que consumir mi matrimonio, habría tenido que darle hijos, por más que ni siquiera sepa si puedo hacer eso en este cuerpo. Habría vivido una vida prestada. En cambio, aquí puedo ser lo que se me antoje. De hecho, creo que, hasta cierto punto, nadie piensa en mí como proveniente de Zanna o de Dahes: en el *Estrella Fugaz* no parece haber nacionalidades, no hay origen ni destino. Sólo existe el presente y, por tanto, la libertad.

Y cada vez que lo pienso, entiendo mejor por qué no desean que nadie, bajo ninguna circunstancia, se la arrebatase.

Cuando pienso en ello, en lo mucho que ha cambiado mi vida y todo lo que me alegro de que así sea, se me llenan los ojos de lágrimas. Pero no siento pena. No me arrepiento de lo que he dejado atrás. De lo que he vivido. Soy feliz

porque las circunstancias me han llevado a este lugar, a este momento, en el que me siento a gusto, donde creo, por primera vez en mucho tiempo, que sé lo que significa la palabra «familia».

Y sé que quiero pertenecer a esta.

—¿Otra vez *oteando* el horizonte?

El sol se pone en el Oeste. Me gusta esta vista: los naranjas y rojos del cielo en llamas, como una vela que brilla antes de extinguirse; los diamantes brillando en la superficie del mar como si un barco de Rydia cargado de piedras preciosas hubiera naufragado y su cargamento se hubiera esparcido.

—En realidad, estoy pensando en que deberíais abandonar la vida de piratas y uniros a mí en mi reinado —murmuro. La primera estrella se despereza y empieza a brillar, estirando su luz por el firmamento nocturno.

No me hace falta girar la cabeza para saber que Nadim ha alzado las cejas y me mira como si dudara de mi cordura.

—¿Nos ofrecerías trabajo en tu corte? No sé en qué lugar te deja eso. No creo que a tus nobles les gustase demasiado que dieses sus preciados puestos a piratas.

Río. Detrás de nosotros, las velas se inflan sobrenaturalmente. Owain debe de andar cerca, dándole un empujón al navío.

—En mi corte —empiezo— los nobles nunca harán su parecer. Que se lleven sus intrigas a otra parte, no fingiré que tenemos amistad alguna. Tendré cerca sólo a la gente en la que confío. En lo que a mí respecta, sois unos ladrones más honrados que ese grupo de hipócritas.

—¿Y has pensado ya en un puesto para cada uno?

Sonríó y me encojo de hombros.

—Tengo mucho tiempo para pensar mientras restriego la cubierta hasta dejarme los dedos en carne viva.

Puede que sea una exageración. Al menos no están en carne viva *todavía*. Owain se ha encargado de ello. Pero, sorprendentemente, disfruto un poco del trabajo duro. Hasta que me empiezan a doler la espalda y las piernas por estar de

rodillas tanto tiempo. Y las manos. Y me pican los brazos y la cara por el sol.

Dicho así, puede que no lo disfrute tanto. Pero me hace sentir útil, en cierto modo.

—Todos hemos estado ahí, te lo aseguro. Hasta el segundo de a bordo fue en su momento un grumete que tuvo que restregar los tablones, pese a ser amigo del capitán. Creo que Jared considera que es... una tarea de iniciación. Si sobrevives a eso, puedes sobrevivir a un abordaje.

—Ahora entiendo por qué sois tan pocos en la tripulación... Muchos hombres debieron de caer limpiando la cubierta antes que yo.

—Los accidentes ocurren. —Nadim no sonrío, aunque yo no puedo evitar hacerlo. De alguna forma entiendo que es una broma y me gusta. Me gusta este Nadim que bromea, que se muestra más abierto—. ¿Y bien? ¿Me vas a decir ya qué puesto voy a tener?

—Es obvio que Owain será mi hechicero real. No quiero más nigromantes después de Quinn. —Me estremezco. Pese a lo poco que me gustaba, tener la certeza de que él me hizo esto, de que sigue las órdenes de mi padre sin ni siquiera plantearse las consecuencias, me hace verlo bajo una luz todavía peor que antes—. Y como no me imagino a Owain y Gavin por separado, supongo que también tendré que darle un puesto a él cerca de mí. Un feérico parece útil como miembro de mi guardia personal.

Por un instante estoy a punto de preguntarle si sabe que Gavin fue, en otro tiempo, un soldado. Pero claro que debe de saberlo. Lleva mucho más tiempo que yo con cualquiera de los hombres de este barco.

—Parece una sabia decisión, oh, mi reina. Y sin duda necesitarás un consejero de confianza... No sobrevivirías ni dos días gobernando un país de otra forma.

Alzo las cejas. Pensaría que me está infravalorando, pero sé que bromea.

—Porque *obviamente* tú sabes de dirigir un país mucho más que alguien que lleva toda una vida preparándose para el puesto.

Él acepta mi socarronería y me golpea el brazo con suavidad, en un gesto

amigable.

—Te recuerdo que fui educado hasta mis diecisiete en política, economía, protocolo, geografía y muchas otras disciplinas con las que tú también has tenido que lidiar. Puede que mi padre no esperase que me convirtiera en un *rey*, pero sí que esperaba que consiguiese un buen puesto cerca del rey de Rydia. Además, nacer entre la nobleza te da un sexto sentido para descubrir y dismantelar sus tejemanajes.

—¿Te estás ofreciendo para el puesto, Nadim?

—Por supuesto que no —rechaza él, sin ni siquiera pensárselo, haciendo un gesto desdeñoso con la mano—. Pensaba en Collen. Estoy seguro de que no encontrarás a nadie más preparado en toda Marabilia.

Sonrío, inclinándome hacia delante, hasta que mi barbilla descansa entre mis manos, los codos apoyados en la baranda. Por supuesto, Collen sería un gran consejero. Me lo imagino descubriendo la biblioteca de mi padre, llena de libros casi tan maravillosos como el que me dio Badra. Enterrando la nariz entre las páginas abiertas, bebiendo con avidez de las letras. Amaría palacio sólo por eso. Y sé que me daría su opinión sincera en cada asunto, con la gravedad necesaria. Con él a mi lado no tendría nada que envidiarles a los reyes más experimentados.

—Y eso me obliga a que Rick tenga también un puesto en mi castillo. Con su experiencia familiar, creo que sería un digno capitán de la guardia, ¿tú qué crees?

—Que será mejor que duermas con un ojo abierto, porque tiende a distraerse con facilidad cuando Collen está cerca.

Me echo a reír. Sí, a Rick se le va la vista cuando su enamorado está alrededor, pero también sé que no habrá nadie más leal en todo Dahes.

—Eso me deja con Harren como cocinero. Me mataría si no fuera así.

Y si Collen se enamoraría de la biblioteca, no me cabe duda de que Harren festejaría la existencia de las cocinas del castillo. Aunque creo que no se le daría muy bien confiar en que otros hicieran bien su trabajo. Sé que consideraría al

resto de personal de cocina un estorbo y que los apartaría hasta para las tareas más sencillas. «¿A eso llamas tú batir un huevo?». «Lo estás haciendo *mal*». «Apártate de ahí y deja que yo lo haga. Tú vete a... limpiar los platos o cualquier otra cosa que no moleste mientras yo creo arte». Algunas de esas cosas me las ha dicho a mí mientras intentaba facilitarle la tarea. Desde luego, no se puede negar que es un perfeccionista. Y me aseguraría de que nadie, nunca, tuviera la oportunidad de poner veneno en mi comida.

—Deberías mandar a Sabir de embajador. Puede que algunos de los que están aquí accedan a ser sedentarios, pero él no se está quieto. ¿Y ver a los mismos hombres todos los días de su vida? Agradece demasiado la libertad que le da visitar diferentes puertos...

—Había pensado que tú serías bueno para ese puesto. Viajarías por el mundo y no tendrías que ver a tu reina más allá de lo necesario.

—Bueno, si bien la idea de perderte de vista me agrada..., creo que él estaría mucho mejor en el puesto. Y si no tienes nada mejor para mí, creo que prefiero seguir siendo pirata. Como Jared. Porque a él sí que no lo convencerás de lo contrario.

Frunzo el ceño. Es cierto. Jared no aceptaría ponerse a mis órdenes ni aunque le ofreciese un reino entero en pago por sus servicios. Y yo no pienso recurrir a ningún corsario. Yo no soy mi padre y, por tanto, no creo en maniobras desleales. No creo en el chantaje ni en mi único beneficio como lo que mueve el mundo.

—Entonces has de saber que acabaréis en las mazmorras, porque no pienso consentir la piratería en mis barcos. Sobre todo ahora que sé que tenéis suficientes riquezas para ser honrados durante el resto de vuestras vidas.

Nadim chasquea la lengua y veo el brillo desaparecer de sus ojos.

—¿Y qué harás con nosotros, Kay? ¿Acaso piensas ajusticiarnos? ¿Nos colgarás ante todos para darles una lección de lo que está bien y lo que está mal?

Por supuesto, él tiene que darse cuenta de que dudo. Y de que sería incapaz de hacerles daño. A él, a Jared, a ninguna de las personas con las que he compartido casi un mes de mi vida. Me estremezco al convocar la imagen de las

sogas alrededor de sus cuellos, de los pies colgando en el vacío, sus cuerpos revolviéndose y aferrándose a la vida...

Siento ganas de vomitar.

—No. Yo no haría eso. Pero tampoco creo... que ese deba ser el castigo de aquellas personas que hacen algo mal. Buscaría una pena acorde con vuestros delitos.

—Muchos creen que esa es la pena acorde. Que quien mata merece estar muerto. Que quien roba merece que le roben. —Da un paso hacia mí. Su presencia lo llena todo de pronto. El aire entre nosotros se vuelve tibio—. Durante siglos, ha sido así. Y es lo que todo el mundo llama Justicia.

Trago saliva y aparto la mirada.

—Durante siglos, ninguna mujer ha reinado sin un hombre a su lado. Quizá sea hora de que las cosas cambien. *Todas* las cosas.

Nadim me mira con seriedad y sé que debo de parecerle muy inocente.

—Entonces vas a tener mucho trabajo, Kay, porque hace falta más que la buena voluntad de una persona para cambiar el mundo. —Nos miramos un instante y, acto seguido, se da la vuelta—. Pero ánimo.

Lo veo alejarse y siento como si me hubiera dejado cargando un pesado saco lleno de piedras. ¿Estoy siendo irracional? ¿Estoy tomando mis responsabilidades demasiado a la ligera? Toda mi vida he deseado pasar a la Historia por hacer algo importante. Cuando era más joven deseaba vivir aventuras, como todos los *príncipes* de los que se habla. Pero a medida que iba creciendo me daba cuenta de que no era eso lo que anhelaba. La idea de luchar contra dragones y vencer quimeras era muy succulenta, pero hay otras formas de convertirse en héroes y heroínas. Heireann I de Royse fue el primer rey en imponer un castigo para los soldados que aceptasen sobornos. Y Walid IV de Granth mantuvo, durante su reinado, hechiceros que actuaban bajo su mandato para curar a todo aquel que lo necesitase.

Kay de Dahes, en cambio, ni siquiera tiene la certeza de que se vaya a sentar en el trono en algún momento de su vida.

—¿Kay?

Me giro, intentando hacer una esfera con mis preocupaciones y lanzarlas todas hacia mis pies. No funciona del todo, pero al menos consigo convocar una sonrisa.

—Collen. ¿Qué ocurre?

—Te estaba buscando. En realidad, quería haber hablado ayer contigo, pero no tuvimos mucho tiempo y... —Se detiene—. ¿Estás bien? No tienes muy buena cara.

Sacudo la cabeza, como si pretendiera hacerle pensar que son imaginaciones tuyas.

—Es cansancio, estoy bien. ¿De qué se trata?

Por suerte, sé que no me presionará si no deseo hablar. Viene hasta mí y se apoya en la baranda, a mi lado, para subirse a ella. Se queda ahí, a pesar del constante movimiento del barco, desafiando a las olas y al viento.

—Creo que he encontrado algo en el libro de cuentos. —Alzo las cejas con sorpresa por su rapidez, pero él sólo me dedica una sonrisa traviesa, como si le divirtiese lo poco que lo conozco—. Hay una historia que me ha llamado la atención. Una historia que podría ser Historia. —Río. No sé cómo lo hace, pero consigue que suenen como dos palabras diferentes—. Ya te expliqué el otro día cómo funciona, ¿verdad?

—Los detalles comunes, sí. ¿Es algo que yo pueda conocer?

—Eso dependerá de cuántas historias de sirenas hayas escuchado.

Lo miro, no sin cierta burla. ¿De verdad me está diciendo esto *a mí*? Conozco las suficientes, desde luego, como para haber creado la mía propia. Cuando cumplí diez años, uno de mis tutores eligió un libro de relatos de sirenas para que practicara mis lecturas. Aunque al principio la idea no me gustaba, pronto empecé a sentir completa fascinación por esas criaturas. Nigromantes que roban sus escamas; pescadores que las encuentran enredadas en sus redes; príncipes que conocen a misteriosas muchachas bajo la luna llena y se prendan de ellas, sólo para después descubrir que nunca podrán alcanzarlas; mujeres que son

rescatadas de la muerte y convertidas para comenzar una nueva vida...

—Unas pocas. Tendrás que ser más específico.

—¿Sabes cómo se originaron las sirenas? Y hablo de la primera. De la que se convirtió cuando no había ninguna otra. De la que comenzó todo.

Titubeo. Creo recordarla. Una mujer a la que querían casar. Que debía dar hijos a su futuro marido. Algo de una mujer que se había enamorado por debajo de su posición y, por tanto, era una vergüenza para su familia. Caminó hacia el mar y se hundió en sus aguas con el corazón como la piedra que sentenciaría su final en el fondo del océano... Algo poético y tradicional. Una de esas historias que te hacen fruncir el ceño por cómo la culpan a ella de todo, porque no es una buena hija, porque no sería una buena esposa. Porque era egoísta y no comprendía la importancia de seguir las normas.

A ojos de todos, una aberración que, no contenta con arruinar la vida de los demás, arruina la suya. Y es convertida en un monstruo como castigo.

A mis ojos, sin embargo, no hubo más monstruo que el padre que deseaba casarla contra su voluntad. Que el pueblo que no la dejaba ser ella misma. Que el marido impuesto.

—Se ahogó en el mar —murmuro con la boca pequeña.

—Esa es una de las versiones. Hay otras, por supuesto. Conocía una en la que la mujer llegaba a una isla apartada, pero allí estaba sola y sin posibilidad de subsistir, así que, desamparada, lloraba hasta que su cuerpo se tenía que adaptar a sus lágrimas y desarrollaba escamas. No parecía muy realista. —Alzo las cejas, sin poder evitar que una sonrisa acuda a mis labios. «No parecía muy realista» es quedarse cortos—. En otra, la mujer que huía era hija de un Elemento y al pedir su deseo de escapar de la tierra que no comprendía, frente a un lago, el agua la reclamaba para sí y le daba un nuevo cuerpo. ¿Ves algo en común?

Frunzo el ceño.

—¿Mujeres sin un lugar en la sociedad? Que quieren escapar o están perdidas.

Collen parece de acuerdo con mi razonamiento, porque asiente con un golpe

de cabeza.

—Exacto. Y en el libro vuelven a hablar de la mujer con los mismos términos: no entiende el mundo de los hombres, así que huye. Se marcha de su pueblo natal y consigue llegar a una isla, como en uno de los relatos. Allí había un lago, como en la otra historia. Y cuando se bañó en él, con la luna en lo alto y el cielo lleno de estrellas, pidió pertenecer al agua, y la magia de los astros, del agua o puede que de las dos cosas, hizo el resto.

Un lugar mítico. Cojo aire, atesorando sus palabras. La boca se me seca y siento un cosquilleo de anticipación en las palmas de las manos. Collen me mira con mucha atención, pero yo no soy capaz de ordenar mis palabras para que no se atropellen las unas a las otras y tengan sentido.

—¿Crees que...?

—Es sólo una teoría —se apresura a decirme, como si no quisiese darme todas las esperanzas. Porque siempre existe la posibilidad de que se equivoque, claro—. Pero si el lago cumplió su deseo, tal vez podría hacer realidad también el tuyo.

No, no te atrevas a latir tan rápido, corazón. No voy a asirme con demasiadas fuerzas a esta posibilidad. Ya me aferré a la de que todo acabaría cuando encontrase al nigromante y no fue así. No quiero emocionarme en vano.

—¿Dónde se supone que está ese lugar? —La voz me tiembla y me maldigo por permitirlo—. ¿Pone algo en el cuento? ¿Hay alguna pista?

—Un mapa. —La simple mención hace que se me acelere el pulso. Idiota—. Pero no es un mapa real. Es... demasiado basto, muy simple. Y no tiene la forma de nada que conozca en Marabilia. Creo que es más un sitio mítico en la cabeza del escriba, en un intento de situar en un mismo lugar todas las historias que cuenta, que algo real. Supongo que se ha podido inspirar en algo y, si es así, podría intentar cotejarlo con cartas de navegación. Si no es así, va a ser un trabajo largo.

—¡Yo te ayudaré! —La oferta es quizá demasiado entusiasta, porque Collen da un respingo y parpadea, aunque por fortuna no se cae de la baranda—. Quiero

decir, cuatro ojos ven más que dos y...

Me acobardo un poco, pero él me está sonriendo con dulzura, como si apreciase mi exaltación. Si alguien aquí puede entender mi entusiasmo, ese es él.

—Vamos a encontrarlo, Kay. Podemos tardar más o menos, pero te aseguro que, si ese lugar existe, acabaremos topándonos con él.

Sonrío. Para mí será el mejor tesoro que podamos encontrar jamás.



Jared

—¿Y si no aparece? Ya hemos atacado tres barcos con mercancía y no tenemos noticias del *Libertad*, Jared. Quizás el rey se equivocaba. Quizá no hay ninguna conexión.

O quizás ese hijo de puta nos engañó para que le hiciéramos el trabajo sucio. Gruño, extendiendo la mano hacia uno de los relojes de arena con los que he provisionado este camarote que no le llega ni al ancla al de mi preciado *Angelique*.

Doy una vuelta al reloj con más fuerza de la necesaria y me quedo observando los granos caer, seguros y rápidos, recordándome que cada instante cuenta y estoy perdiendo el tiempo con cada segundo sin cumplir mi venganza. Nadim suspira.

—Tuvo que decir la verdad. No somos los primeros a los que ese capullo recurre para hundir barcos. Y no hay tripulaciones de piratas tan nefastas como para que hasta ahora todas hayan fallado sólo contra mercantes.

—Bien —acepta Nadim, aunque no aparenta creerse mi confianza. Intento no lanzarle una mirada asesina, aunque a lo mejor ni le cambiaría la cara—. Pongamos que es cierto y que el *Libertad* aparece. ¿De verdad quieres enfrentarte a su tripulación?

¿Qué clase de pregunta es esa? Me levanto, casi ofendido por la cuestión. ¿Ahora le van a entrar los reparos o qué coño pasa?

—El *Libertad* es mi barco. No de Diandra. No de esa tripulación de brujas. Mío. Esa zorra mató a mis padres y a parte de nuestra tripulación. Seré

benevolente y dejaré que el resto de mujeres se tiren por la borda, pero la capitana va a pasar por debajo de mi espada. Y voy a disfrutar cada jodido segundo de su vida desapareciendo y cada gota de sangre que me manche las manos, Nadim. Te lo aseguro.

Mi amigo aprieta los labios, observándome. Nunca me había protestado en esto. Nos conocemos lo suficiente para que él sepa que yo busco venganza tanto como él busca a su hermana. Yo siempre le he ayudado en lo segundo. Me decepcionaría que ahora él no colaborase conmigo.

—¿Es la muerte la solución a la muerte? ¿No es eso caer en una espiral sin sentido?

—No te pongas filosófico conmigo, Nadim: me importa una mierda. Si quisiera escuchar lecciones éticas, no sería un pirata.

Nadim calla, aunque no parece contento con la contestación. Pero si va a empezar a replantearse su moral ahora, cuando más lo necesito sin ella, puede desaparecer de mi vista.

—Sabes que son buenas —murmura, cruzando los brazos sobre el pecho—. Y que el barco es potente.

—Nadie conoce el *Libertad* mejor que yo. Ni siquiera Diandra, por más capitana suya que se crea.

—Conocías el *Libertad* hace casi quince años, Jared. No ahora. No sabes cómo han modificado su estructura, no sabes con qué armamento cuentan, no sabes cómo es la tripulación...

—Confía en mí.

Los mismos ojos que tenía su hermana se fijan en mí, insistentes. Me evalúa por un largo instante, pero al final sólo suspira y apoya las palmas de las manos en la mesa frente a la que me siento.

—Confío en ti —admite a regañadientes; yo sonrío con satisfacción—. Pero prométeme que no harás ninguna locura innecesaria. Si tenemos que retirarnos, lo haremos. ¿Me oyes? Y nadie se queda atrás. Tú tampoco.

Valiente consejo de alguien a quien parece que se la suda si vive o si muere.

—¿No debería decirte yo eso a ti, Nadim?

Una sacudida de cabeza que no lo convence ni a él.

—No es necesario.

Ya, claro. A lo mejor engaña al resto de la tripulación o a nuestra inesperada princesa con la que pasa bastante tiempo, pero ¿a mí?

Por eso me pongo en pie tras darle otra vuelta al reloj de arena.

Cuando me acerco a mi amigo y lo tomo del hombro, él me observa con los labios apretados. Seguramente adivine lo que le voy a decir.

—Nadie se queda atrás, Nadim. Tú tampoco. No puedo hacer esto sin ti, pero estoy confiando en tu capacidad para ser lógico. Te queremos aquí, ¿entendido? Eres necesario aquí. En nuestras vidas. En las de todos. Parece que a veces se te olvida al salir a la batalla y sólo decides recordar y escuchar a los fantasmas.

Nadim se remueve con la incomodidad propia de alguien que no está acostumbrado a que nadie sepa qué hay en su cabeza. Sabe que conmigo no puede escapar. Por eso asiente, clavando los ojos en el reloj de arena. Me pregunto si él está también obsesionado con el tiempo o si lo ve de otra manera: yo lo atesoró, a él quizá verlo correr le parezca una tortura.

—Sí, capitán.

—No estoy hablando como tu capitán ahora y lo sabes.

Eso le arranca el asomo de una sonrisa mientras me mira con burla.

—Sí, Jared, insoportable capullo.

Dejo escapar una carcajada que me rasga en la garganta con el sabor del último trago de alcohol que bebí hace un rato. Rodeo a mi amigo con el brazo y lo aprieto contra mí. Él se intenta separar, como ha hecho siempre, desde que era un crío tímido que se escondía tras las faldas de su hermana.

—¡Eso está mucho mejor!

Nadim intenta apartarme, avergonzado o fingiendo estarlo. Me quedo con estos granos de arena en el fondo del reloj, con un momento de calma en el que consigo que mi mejor amigo no parezca querer condenarse.

Pero el tiempo siempre sigue corriendo, por más que nosotros apreciemos un

segundo. Y las situaciones cambian tan rápido como han sucedido.

—¡¡Barco a la vista!!

El grito de Gavin llega lo bastante claro como para hacernos dar un salto en el sitio. Ni me lo pienso. Me echo sobre el catalejo que hay en mi mesa. Cuando salgo del camarote a pasos rápidos, mi tripulación parece contener la respiración: veo que Sabir y Tayeb ya se han lanzado sobre la baranda para intentar divisar algo. Owain está plantado en medio de la cubierta con la mirada fija en el puesto de vigía, a la espera de que Gavin diga algo más. Rick está acabando de amarrar unas velas que es posible que tengamos que volver a extender de inmediato y también mira al horizonte.

—¡Sean quienes sean, capitán, vienen directos hacia nosotros!

Siento la mano de Nadim en mi hombro, pero me aparto con brusquedad. Tiene que ser. Por fin, tiene que ser. Por fin, mi venganza. Por fin, su sangre.

Subo los escalones hacia el castillo de popa de dos en dos.

Cuando levanto el catalejo y miro a través de su cristal, ahí está.

Quince años desde que me apartaron de mi navío.

Quince años desde que mataron a mi familia.

Quince años... y por fin vuelvo a ver el *Libertad*.

* * *

El *Libertad* no va a huir. Su objetivo somos nosotros, y nunca una amenaza me había hecho más feliz. Nunca había sentido tanto placer al dar órdenes. Hoy es el día en que esa mujer pagará. Hoy es el día en que recuperaré mi barco.

Parte de la tripulación se marcha a preparar la munición. Cada estallido será música para mí.

—Si son listas, atacarán con los cañones —le digo a Owain sin bajar el catalejo. Espera las órdenes justo a mi lado—. Su trabajo es hundirnos, ni siquiera saben que soy yo el que lleva este barco, porque este no es el *Angelique*. No les importamos lo más mínimo. Concéntrate en desviar sus ataques todo lo

que puedas y apresura el barco. Queremos un abordaje, no hundir el navío.
¿Entendido?

—No habrá ninguno más rápido que este, os lo aseguro, capitán.

El viento cambia a nuestro alrededor con la magia de Owain, que se aleja para cumplir su labor. Siento el aleteo de las alas de Gavin ocupando su lugar sólo un segundo después.

—Capitán.

Bajo el catalejo, aunque no pierdo el tiempo en mirar a Gavin, sino que sigo con los ojos fijos en la figura que se acerca. Qué satisfacción volver a ver esa silueta.

—Cuando estén a una distancia digna, acércate, pero sin tomar riesgos: que no puedan darte alcance. Observa a la tripulación y, si puedes, deja fuera de juego con uno de tus trucos mentales a las que creas que pueden ser más peligrosas: razas mágicas, hechiceras, nigromantes. Pero, de nuevo, no te arriesgues. Haz lo que puedas y vuelve para informar.

—A sus órdenes, capitán.

Ni siquiera tengo que mirar hacia atrás para ver cómo se eleva del suelo gracias a sus alas. Alzo el catalejo.

—¿Hay algo que yo pueda hacer?

La voz que pide órdenes esta vez es lo suficientemente inesperada como para conseguir que me gire. Enarco las cejas al ver a la enana que llevamos a bordo justo tras de mí, con la barbilla alzada y el rostro serio.

—¿Tú? —pregunto con incredulidad. Si no estuviera a punto de llevar a cabo una venganza después de muchos años esperándola, hasta me encontraría de humor para reírme.

—Pertenezco a esta tripulación, ¿no?

—¿Por qué quieres participar en esto? No has participado en ninguno de los otros abordajes.

—Kay.

La muchacha alza la vista ante la mención de su nombre. Nadim se ha

acercado y frunce el ceño. Yo alzo una ceja, casi entretenido. Veamos qué número monta mi amigo, pero es obvio que no le hace ni pizca de gracia que la princesita ande cerca del peligro que sabe que se avecina.

Kay ni siquiera lo mira más de un segundo antes de volver a girarse hacia mí. Casi se me escapa una carcajada ante la cara de mi amigo. Me recuerda a otros tiempos, cuando su hermana siempre estaba dispuesta a las trastadas más memorables y él prefería ser precavido y temeroso. Cuando Zahara no escuchaba a su aburrida razón, él ponía siempre esa misma cara.

—Esto no es un abordaje —matiza Kay, como si fuera algo evidente—. No alentaré conductas de robo, va en contra de mis principios. Pero esto no es un robo, es recuperar algo robado. Y creo que es lo que debo hacer. Os ayudaré a recuperar el *Libertad* y después iremos a por el *Angelique*.

Nadim da un paso hacia delante, claramente en desacuerdo.

—Kay no debe...

—La princesita tiene voz y poder de decisión, amigo. Lo que pasa es que siempre te encuentras con mujeres más temerarias de lo que a ti te gustaría —me burlo. Incluso así, me giro hacia Kay, porque también hay para ella—. Niña, esto no es sólo recuperar algo. Es una *venganza* con todas las letras.

Kay aprieta los puños. No me aparta la mirada. Eso sólo hace que quiera burlarme más de ella, aunque en el fondo le admito el valor.

—Lo entiendo.

—No hemos matado en los otros abordajes que has visto, a excepción de algún gilipollas que se cayese por la borda. Pero planeo matar al menos a una persona en este. Y lo haré con muchísimo placer y ninguna culpa. Lo que pase con el resto tampoco me importa. Para mí son todas iguales y también intentarán matarnos.

—Lo que Jared quiere decir es que es peligroso.

—Soy consciente de todo eso. Y no voy a esconderme —anuncia con resolución. No sé si intenta convencerme a mí o a sí misma—. Antes de que sigáis haciendo perder el tiempo a todo el mundo con este absurdo paternalismo,

¿órdenes?

Nadim me lanza una mirada de advertencia. Exactamente igual a cuando Zahara se disponía a hacer alguna locura y yo le daba alas porque sus locuras eran demasiado divertidas para pasarlas por alto. Como entonces..., lo que piense Nadim me da igual.

—A los cañones. Collen te enseñará a usarlos.

La princesa de Dahes no pronuncia ni una palabra más. Hace una inclinación de cabeza y se marcha sin mirar a nadie más. Cruzo los brazos sobre el pecho mientras Nadim todavía intenta recoger su mandíbula.

—Eso ha sido una mala idea —protesta.

—Ella misma lo ha dicho: es miembro de esta tripulación.

—Nunca ha matado a nadie. No *quiere* hacerlo. Se siente agradecida con nosotros y piensa que está en deuda, pero no es consciente de lo que va a ocurrir.

Pongo los ojos en blanco y me giro hacia él.

—Ha sido su elección, Nadim. Proteger a las personas que apreciamos no significa no dejar que elijan. Y tampoco culparnos por los resultados que puedan tener las decisiones que tomaron libremente.

Oh, eso hace que se calle, claro. Sí, tal vez haya sido un golpe bajo, pero Nadim sólo reacciona con ellos. Igual que con mi bofetada. Sabe que ya no hablo de Kay, sino de Zahara y de esa culpa tan estúpida que arrastra. Zahara eligió marcharse. Lo que pasase después, esté viva o muerta, no es responsabilidad de mi amigo.

Aunque él nunca lo verá así.

Por el momento, mis palabras son suficiente para obligarle a pensar en aquello sobre lo que todavía tiene poder. En aquello que todavía puede proteger.

—¿Órdenes?

Una figura se alza justo en ese momento desde el castillo de popa y echa a volar hacia el navío que se acerca. Gavin se aventura a hacer su expedición. Vuelvo a alzar el catalejo y observar el *Libertad*.

—Mantente cerca de mí, hermano.

Una mano sobre mi hombro. Ese es todo el apoyo que necesito.

—Siempre, capitán.

* * *

El primer estallido llega sin previo aviso y nos obliga a ponernos a cubierto. Esas hijas de puta no tienen intención de plantar cara siquiera: se contentarían con hundirnos y marcharse. Pero no se lo vamos a poner tan fácil. Owain ni siquiera necesita mi orden: cuando lo miro, él ya está concentrándose para extender la barrera alrededor del navío.

Pronto los barcos estarán en paralelo, uno al lado del otro, y entonces será el momento de luchar. Yo no quiero hundirlas. Yo quiero ver cómo Diandra se desangra bajo mi espada.

El siguiente cañonazo ya no nos toca. Y, aun así, las muy idiotas deben de decidir que ha sido un error de distancia y no consecuencia de nuestras defensas, porque siguen malgastando munición. Por mí, estupendo. Pueden derrochar la pólvora si quieren. Más fácil será entonces rematarlas.

—¡Capitán!

Levanto la cabeza a tiempo de ver cómo Gavin salta desde la baranda en la que se ha posado. Hay un corte en su sien, obra de algún arma arrojadiza, pero por lo demás está entero.

—Lo siento, pero no me parecía inteligente quedarme mucho tiempo más a su alrededor. Parece que llevan bastantes inventos del Taller.

Se pasa una mano por la herida, limpiándose la sangre, y yo asiento. Rick, justo a mi izquierda, deja escapar una carcajada con sorna.

—Si es por eso, nosotros también los tenemos. Concretamente, todos los inventos que hemos robado estos días. Y no son pocos.

Nadim asiente.

—Estamos bien aprovisionados para defendernos y atacar.

Los estallidos parecen detenerse. Supongo que han entendido que no pueden hacernos nada con sus cañones. Me pongo en pie. En cinco vueltas de reloj de arena estaremos uno frente al otro.

—Y ellas se están quedando sin fuego o, por lo menos, han visto que lo que hacen es inútil por ahora. Así que es nuestro momento de devolvérselo. ¡Descansa, Owain! ¡¡Cañones, preparados!! Rick, al timón, viramos hacia ellas: vamos a acercarnos todo lo posible.

Rick no duda ni un segundo en obedecer. Me giro hacia Gavin.

—¿Cuántas son? ¿Has visto a la capitana?

—No sabría decirlo. Diría que estamos igualados en número, si es que no nos superan. He visto a la capitana o, al menos, a la mujer que daba las órdenes. Había un par de mujeres más acompañándola: el resto estaban preparándolo todo para el ataque. Tienen una feérica que me ha dado problemas, así que no he tenido demasiado tiempo para investigar. Pero no creo que tengan nigromantes ni hechiceras.

Ese último apunte me llena de satisfacción. Eso significa que no hay barreras para nosotros, como sí las han tenido ellas. Magnífico. Esto va a ser tan fácil que casi siento pena. Tantos años esperando algo y acabará demasiado rápido. Por lo menos me aseguraré de que a Diandra su muerte le parezca durar una eternidad.

—Entonces es momento de que vean que hemos venido a presentar batalla. ¡Caballeros, fuego!

Todo el barco parece temblar cuando los cañones lanzan su primera ráfaga. La madera cruje y el maravilloso olor de la pólvora colma el aire. Respiro hondo, llenándome los pulmones del aroma a batalla.

El primer proyectil falla y cae al agua como un aviso. El segundo, mejor encaminado, cae cerca del *Libertad*. Me apena tener que dañar el precioso barco de mi madre, pero ella lo entendería.

—¡¡Vamos, señores, tenemos que demostrarles que no van a salir de aquí así de fácil!! ¡Preparaos para el asalto! Lo más probable es que ellas también decidan abordarnos, así que estos serán los grupos: Nadim, Tayeb, Rick, Owain, conmigo. Haced con la tripulación lo que consideréis, pero intentad no estropear demasiado *mi* barco. Y la capitana es para mí. El resto os quedáis aquí.

Sólo asentimientos. Los que están con los cañones apenas me miran, pero sé

que han escuchado y que obedecerán. Kay está al lado de Collen y se aplica en pasarle la munición para que él pueda ir más rápido.

Un nuevo estallido hace que nuestro barco tiemble, pero ahora no viene sólo de nuestros cañones. Ellas han vuelto a disparar y esta vez nos tocan. Me alegra que nadie esté en proa y que este no sea el *Angelique*, porque el golpe se habría llevado por delante alguno de los monstruos labrados, igual que ahora se lleva la madera del *Estrella Fugaz*. Gruño. Al menos mi tripulación está entera. Ya estamos cada vez más cerca.

Me parece oír una voz femenina gritando por encima del sonido del mar. Da órdenes con la misma fiereza que yo, desgarrándose la garganta con cada alarido.

Yo la haré gritar todavía más. Yo desgarraré su garganta de verdad.

—¡¡Fuego!!



Kay

Tengo miedo.

Con los cañonazos, al menos, no podía pensar. Cuando el estruendo lo llenaba todo y el olor de la pólvora se me metía en la nariz y en los pulmones, era sencillo concentrarse sólo en eso. En mi tarea de ayudar a Collen y en observar las maniobras del otro barco. Pero ahora todo en el *Libertad*, así como en el *Estrella Fugaz*, parece quedarse en silencio. Una tensión que me oprime el pecho. ¿Qué va a pasar ahora? ¿Estoy haciendo lo correcto? Quiero ayudar a las únicas personas que me han aceptado tal y como soy. Pero ¿es la venganza la respuesta correcta? ¿Es esto lo que deseo? Hace unas semanas ni siquiera habría dudado: la violencia nunca es la solución. No debería serlo, en ningún caso.

Entonces, ¿por qué estoy apoyando a Jared? Esa mujer, supuestamente, mató a sus padres. Esa mujer robó el barco con el que Angelique recorrió los mares de Marabilia, su legado. Su herencia. Una de las pocas cosas que le quedaba de ella...

El capitán grita algo, pero yo no puedo concentrarme lo suficiente como para entenderlo. ¿Ha sido un aviso o una orden? Collen pasa a mi lado, apretándose con suavidad el hombro, para ir con Rick. Los veo acercarse, mirarse, hablar, moviendo los labios primero, sin abrir las bocas después. Les doy la espalda casi en un acto reflejo, en un intento de ofrecerles intimidad, y observo el horizonte, esa línea que corta el mundo en dos mitades.

Si, como pasó con los otros corsarios de mi padre, hoy la tripulación de Diandra lleva este barco a pique, este lugar podría ser nuestra tumba. *Mi* tumba.

Me llevo la mano a la pulsera de plata, a la piedra azul, que rozo con el pulgar. Si eso sucediera, Kaylen de Dahes desaparecería al fin para siempre, pero también lo haría Kay, la verdadera heredera del reino. Nadie sabría nunca mi secreto. Mi padre, en cierto modo, vencería. ¿Sabría Quinn, atado a mí por su encantamiento, el instante exacto en el que mi corazón dejase de latir? ¿Se rompería el hechizo en ese momento y dejaría tras de mí un cuerpo de mujer o ni siquiera en la muerte obtendría descanso? Trago saliva, intentando apartar esos pensamientos de mí, pero las ideas no se quieren ir. No es hasta que una mano me agarra del brazo que doy un respingo y la niebla fría que ya amortajaba mi cadáver, el dedo esquelético que acariciaba mis ojos abiertos, se desvanece en el aire con un soplo de la brisa marina.

Me giro casi con expectación, en el silencio sordo que me taponaba los oídos.

—¿Nadim? ¿Qué ocurre?

Un par de ojos verdes están fijos en mí y yo afronto su mirada con algo de confusión. Al fondo, los demás continúan con sus preparativos, pero a él no parece importarle. El calor de sus dedos parece traspasar la tela de mi camisa. Tira de mí para apartarme del resto en un débil intento de buscar intimidad. Está serio, aunque en sus ojos hay un ruego mudo que me avisa de lo que va a decir antes de que abra la boca: sé que me pedirá que me ponga a salvo. Sé que alegraré que no tengo nada que ver en esto. Que hay mil formas en las que podría salir mal.

Pero él debería entender lo que se me pasa por la cabeza. Él, de entre todas las personas, que pasó la luna llena a mi lado, debería ser capaz de comprender lo que siento al ver a la tripulación prepararse para el abordaje y limitarme a aguardar con una mano sobre la otra.

—Ponte a cubierto, por favor. Aún hay tiempo.

No, no lo hay. Ya he tomado mi decisión.

—No voy a ocultarme en la bodega. Esta vez no. Si algo pasa, al menos veré qué es y me enfrentaré a ello cara a cara.

—¡Kay! —Sus manos se posan en mis hombros. Me zarandea y abro mucho

los ojos, con sorpresa—. Creo que no eres consciente de que esto podría matarte.

—Creo que *tú* no eres consciente de que si la nave se va a pique moriré igual. Si ellas ganan, no habrá escapatoria. Si estoy en cubierta, seré de utilidad. Y quiero ayudar a mis amigos.

Lo observo de frente, con toda la sinceridad y serenidad que consigo reunir. Creo que si parezco lo suficientemente audaz, si lo convengo de que sé que ya no hay vuelta atrás, él tendrá que darse por vencido y claudicar.

Pero, por supuesto, Nadim no es de los que se rinden. Su voluntad es de hierro. Lo ha sido desde que decidió ir tras su hermana diez años atrás y, desde entonces, no ha dejado de buscarla ni un solo día.

—No van a hundir el barco —me asegura—. Antes de que eso pase, huiremos. Así que, *por favor*, no sigas adelante con esta locura. Esta no es tu guerra. Aquí no le debes nada a nadie. —Frunzo el ceño y abro la boca, pero él no me da tregua—: Tú tienes tu propia misión, y estarías traicionándote a ti misma si no la cumples. Y ambos sabemos que no estás acostumbrada a esto. Que no... has matado nunca. Eso te hace débil a sus ojos, Kay: se aprovecharán de tus dudas y tus reparos.

¿Es consciente de que puedo defenderme, de que sé hacerlo? No, puede que no quiera ver muertes ante mí. Puede que no quiera infligir heridas. Pero cuando llegue el momento, cuando sea o ellas o yo...

Se me seca la boca.

—No quiero dejaros. No cuando me siento en deuda. —Sacudo la cabeza—. Pensé que era parte de vosotros. Que tú me considerabas como tal...

—¡Lo hago, pero no a costa de tu vida!

El suelo se mueve bajo nuestros pies. Las barandas de los dos barcos se chocan y una lluvia de astillas salta por los aires. Dejo escapar una exclamación. Ambos echamos las manos hacia el otro para sujetarnos, la única ancla que podemos encontrar. Nos tambaleamos, pero permanecemos de pie. Hay un estruendo ensordecedor. Mi mundo amenaza con desintegrarse. El mar parece balancearnos con más fuerza, como si clamara por devorar nuestros huesos.

Las manos de Nadim se aprietan en torno a mis brazos.

—Kay —susurra, acercándose un paso—. Querías cambiar el mundo. No arriesgues aquí y ahora tu oportunidad de hacerlo.

—Tú ni siquiera crees que pueda cambiar el mundo —replico, quizá con más brusquedad de la necesaria. Recuerdo muy bien la forma en que se apartó de mí hace un par de días. Todavía me hace daño, y me siento idiota por ello. No debería permitir que me afectase. No debería permitir que sus palabras pudieran herirme o minar mi resolución.

—Creo que las personas que pueden cambiar el mundo son las que tienen la voluntad de hacerlo —dice de pronto. Y lo hace con tanta sinceridad que es imposible que no lo crea—. Pero no quiero que el cuento acabe con la muerte de la sirena. Quiero que sea libre, Kay. Que seas libre. Y que hagas grandes cosas, ¿entiendes? Por todas las sirenas condenadas a no poder ver el mar. Por todas las que vuelven a la vida sólo con la luna llena.

Mi corazón pierde un latido, o tal vez el estruendo de las olas ahogue su paso. Ser libre también significa poder tomar mis propias decisiones. Ser libre significa arriesgarme y perder de vez en cuando, pero también ganar. Aprender de mis errores. Dejarme dirigir, supongo, pero nunca inclinarme a los deseos de alguien si no son los míos. Abro la boca, pero no sale ni una triste mentira que pueda reconfortarnos a alguno de los dos. Siento el aire calentándose a nuestro alrededor, la sensación de opresión de quien no puede moverse, de quien no es capaz de despertar de un sueño demasiado vívido.

—Prométeme que volverás —murmuro, súbitamente consciente de que eso es lo que tengo que decir—. Prométeme que la próxima luna llena estarás a mi lado cuando me convierta. Júralo, Nadim, y accederé a mantenerme lejos del peligro.

Nadim se queda paralizado. La sorpresa inunda su rostro, porque eso debe de ser lo último que esperaba. Pero ¿no ha dicho que las personas con voluntad para cambiar el mundo son las que tienen el poder de hacerlo? Entonces, es mi voluntad que viva. No quiero volver a ver a Jared jugando con relojes de arena a su lado, desgranando el tiempo mientras él le apuesta latidos a su próxima

existencia. No mientras esté en mi mano hacer algo.

—Yo...

El resto de su respuesta se la tragan los gritos. Alguien aparece en nuestra cubierta. Jared, desde alguna parte a donde no miro, llama a sus compañeros. Al abordaje. A su perdición. Al peligro. A la lucha.

Aprieto mis dedos alrededor del brazo de Nadim. Él, que había alzado la vista, vuelve los ojos hacia mí. Sabe que tiene que ir con su capitán. Con su amigo. Sabe que lo está esperando, pero se adentrará en el *Libertad* sin pensárselo dos veces. Porque su venganza es inminente, y el anhelo de reclamar su premio y la sangre de la capitana es demasiado fuerte.

—Lo juro. —Sus manos me sueltan al tiempo que yo dejo de aferrarme a él —. Volveré. Estaré contigo la próxima luna llena. Pero ahora, vete.

Me empuja. Lo veo apartar la vista, girarse, desenvainar su sable.

Observo un segundo a mi alrededor. El caos siempre se mimetiza con el ambiente y hoy ha tomado la forma de los dos barcos que se han ido a encontrar en medio de este mar en calma.

Y eso nos deja a los presentes sin lugar alguno al que huir.



Nadim

Asaltamos el *Libertad* buscando algo que ninguno de nosotros puede atrapar. En esta ocasión no hay tesoros ni reliquias, ni objetos ni dinero. Nadie busca nada más allá de sobrevivir y de darle tiempo a Jared. La venganza es sólo de él. Es el único que tiene algo que robar. Una vida. Una que le ha torturado durante toda su existencia.

¿Crees que esto es lo correcto, Zahara? ¿Crees que luchamos por lo que es justo? ¿Crees que la muerte de esa mujer liberará a mi amigo de su pena?

Siento que el aire cambia a nuestro alrededor. Una ráfaga demasiado fuerte, cálida, que me golpea al mismo tiempo que mis pies encuentran la cubierta y evitan la sombra de una mujer que no me da tregua. Me gusta imaginar que ese cambio en el aire eres tú, aunque no sé si para mostrar tu enfado o tu agrado ante esta batalla. Quiero pensar que tú no lucharías, pero también que harías lo que fuera por Jared, igual que todos los demás. ¿Recuerdas cuando nos salvó en aquel callejón, cuando lo conocimos? ¿Recuerdas todos nuestros juegos, nuestras aventuras de piratas? Los duelos eran entonces con espadas de madera y fingir caer muertos nos arrancaba carcajadas. ¿En qué momento nos enseñan que la muerte es algo divertido, algo con lo que jugar?

Si atraviesan a alguno de mis compañeros hoy, no se levantará del suelo y se reirá. Nadie se reirá.

Si es Diandra quien cae, ¿nos reiremos?

Quiero buscar con la vista a Jared, pero ya no está a mi lado. Lo veo perdiéndose entre figuras femeninas, corriendo hacia el castillo de popa,

luchando sin mirar atrás. Tengo que acompañarlo. Tengo que ir tras él. Va ciego, sin pensar, sin fijarse en nada más que su objetivo. Va a por Diandra, y nada más le importa.

Lo vamos a perder, Zahara. Debemos apresurarnos o nunca más me ayudará a encontrarte. Será él quien desaparezca, y lo hará para siempre.

Por eso corro tras él, gritando su nombre, gritando que tenga cuidado. Una muchacha se echa encima de mí, obstaculizándome el paso, y me deshago de ella como puedo. No es demasiado grande ni demasiado fuerte, porque consigo apartarla de una patada. Pronto son más. Pronto no sé a dónde golpear, pronto todo es caos.

Golpes, filos, gritos, heridas que se abren, caídas al suelo, rabia contenida, todos los esfuerzos de dos tripulaciones preparadas para llevarnos a todos al fondo del mar.

Un estallido provocado por uno de los inventos del Taller, que podemos haber lanzado nosotros o nuestras enemigas, me hace perder pie y caer. Tengo que rodar por el suelo antes de que el error sea fatal y una de las piratas aproveche para rematarme. Me siento mareado. La bilis se acumula en mi garganta. Trago saliva y me sabe a agua salada, a miedo y a confusión.

Zahara, he perdido de vista a Jared.

Un grito me hace reaccionar.

Me pongo en pie rápido, casi de un salto. Justo a tiempo de parar el golpe. Justo a tiempo de que un sable no me corte el cuerpo.

Los dos filos se encuentran. Contengo a mi atacante como puedo, apretando los dientes. Es dura y fuerte, y el golpe se mide durante una eternidad.

Y entonces también nuestros ojos se encuentran.

Verdes. Iguales a los míos.

Exactamente iguales.

Pierdo toda la fuerza en un segundo. La expresión enfurecida y contenida frente a mí también muta para convertirse en un reflejo de mi confusión. De mi incredulidad.

Doy dos pasos atrás. El mareo crece. Las armas se bajan. El fragor de la batalla amenaza con hacerme ensordecere o con volverme loco. Quizá ya me he vuelto loco.

Porque de todos los lugares posibles, tú no puedes estar aquí. No eres tú. Eres otra vez ese fantasma que viene a veces para atormentarme. Te quiero así, imprevisible y etérea, escapando de mis dedos siempre que trato de alcanzarte; he aprendido a vivir con tu imagen diluyéndose en el aire, pareciendo siempre real, pero sin serlo nunca. Como ahora. Pero te lo ruego, no seas cruel: un despiste en una batalla podría ser fatal. No aparezcas todavía, espera un rato, susúrrame luego al oído todas las cosas que hice mal, pero déjame seguir luchando para proteger a Jared.

Además, no entiendo por qué te disfrazas. ¿Dónde están ahora tus largos cabellos? Desde luego, tú jamás tuviste el pelo así de corto, que ni cubre tu nuca, y con esas trenzas tan pequeñas. Definitivamente te gustaban los pendientes, pero no para llevar varios en una oreja y otro en la nariz, y otro bajo el labio. Solías pintarte los ojos, pero cuidabas más tu maquillaje, nada que ver con ese emborronado oscuro alrededor de tu mirada. Y nunca llevaste camisa, ni pantalones, ni cintas, ni esa pañoleta tan parecida a tu velo preferido alrededor de la cintura.

¿Por qué te disfrazas de alguien que nunca fuiste justo ahora? ¿Por qué apareces así ante mí? ¿Por qué quieres confundirme? ¿Tan poco me perdonas haberme marchado?

No puedo con esto ahora, Zahara. Desaparece de mi vista. Jared me necesita en este momento más que tú.

—¿Nadim?

Es tu voz.

Tan clara como la calma tras la tormenta. Tan contenida como una ventisca que espera para desatarse.

El sable se me escurre entre los dedos. Los ojos verdes se achican, me observan, me estudian de arriba abajo. Unos pasos se acercan. No eres tú. Pero sí

eres tú.

Alzo la mano con desesperación. Estoy acostumbrado a verte desaparecer. Espero que ahora también lo hagas, porque eso sólo me dejará como un loco una vez más. Lo contrario ni siquiera sé qué significaría.

Pero mis dedos encuentran piel... y esta no se desvanece.

Te he encontrado.

—Zahara...



Jared

Nací en este barco, literalmente: mi madre me parió en el camarote, en medio de una travesía en busca de un tesoro que, se rumoreaba, había pertenecido a los propios Elementos. Nunca lo encontraron, pero mi madre solía decirme que en esa búsqueda llegó a ella otro tesoro más valioso: yo. Siempre me contaba que fui un coñazo desde el principio, que lloraba con tanta fuerza que podía despertar a todos los océanos y desatar tormentas.

Pese a eso, afirmaba que siempre me había querido, desde el primer minuto. Casi me la llevo por delante al llegar a este mundo, pero resistió. Ella lo habría resistido todo. Era fuerte y dura como ninguna, la mujer más grande que he conocido y que nunca jamás conoceré.

Hasta que Diandra, su propia amiga, su segunda, su brazo derecho, nos traicionó a todos.

Mi madre era la reina de este barco. Gobernaba sobre él como ningún otro soberano sobre ninguna otra tierra. En las batallas, ella me obligaba a encerrarme en el camarote o en la bodega, pero siempre me contaba después con todo lujo de detalles lo que había ocurrido. Cuando mi padre me permitió por primera vez combatir en un ataque, ella protestó al principio, pero después sólo se quedó cerca de mí todo el rato. Me defendió con su vida aquella vez. Yo tenía once años y me habrían matado en varias ocasiones de no haber sido porque ella detuvo todos los golpes. Juré hacerme más fuerte para que algún día yo pudiera defenderla a ella, si es que lo necesitaba.

Pero, cuando me necesitó, no pude hacer nada.

Hasta ahora. Puede que esto no me devuelva a mi madre, pero espero que le dé paz allá donde esté. También a mi padre, que siempre tenía una broma a punto y una confianza ciega en que yo sería un gran hombre. Alguien digno de ellos, un gran capitán pirata. Uno que al menos no dejase sus cuentas pendientes sin saldar.

Hoy me las pagarán todas juntas.

El fragor de la batalla se desata, pero a mí me da igual. Tengo un objetivo claro y voy a por él. Las que intenten ponerse en mi camino tendrán la mala suerte de cruzarse conmigo. Me apresuro por la cubierta con la seguridad que da volver al hogar. Pasé media vida en este lugar y otra media queriendo recuperarlo. Conozco cada rincón, cada escondite. El *Libertad* no tiene misterios para mí. Diandra no tendría oportunidad de ocultarse ni aunque quisiera.

Pero no lo haré. Oh, no. Diandra es muchas cosas, pero no una cobarde. Es más zorra que gallina. Al menos su caza termina aquí, hoy y ahora.

Quiero que lo sepa. Quiero que me vea. Que comprenda quién ataca su barco y viene a por ella. Quiero que tenga muy claro quién va a asesinarla.

Por eso en cuanto veo su figura bajando como una exhalación desde el castillo de popa, dispuesta a ayudar a su tripulación en la batalla, grito:

—¡¡Diandra!!

Se detiene al oírme. El tiempo ha hecho estragos en ella: su pelo es ahora canoso, pese a que una vez fue una mata rebelde de color castaño, perfecto para que un bebé jugase con él.

Aprieto los dientes con rabia. Lo hice. Jugué con sus cabellos, con ella, tantas veces que en mil ocasiones me he preguntado qué pasó de un momento a otro. Me contó cientos de historias con mi madre. Siempre estaba cerca de ella. Cuando era un crío, me acurrucaba entre las dos en el refugio de Rydia y ellas me hablaban de los golpes que habían dado cuando eran sólo mujeres con ganas de tocar los cojones a los nobles.

Sus ojos, enmarcados por arrugas en las esquinas, se entornan para mirarme. Me estudia, y supongo que ha pasado el tiempo suficiente para que no reconozca

al niño que era cuando decidió traicionar a todo el mundo. Quince años es demasiado tiempo. Y, aun así, veo su expresión cambiar cuando me acerco, desenvainando. No sé qué ve en mis ojos. No sé qué ve en mí. Pero de pronto sabe quién soy.

Eso lo hará más placentero.

No se mueve. Me espera, aunque sus dedos van hacia su cadera. No desenvaina, pero se prepara. Que luche si quiere. No tiene ninguna oportunidad. Esta vez enredaré mis dedos en sus cabellos no como un bebé que busca jugar, sino para sostener su cabeza después de cortársela.

—Así que eres tú —la oigo decir. En otro tiempo su voz fue más dulce. Ahora es grave y está algo cascada—. Jared.

No puedo evitar sonreír. Sí, pronuncia mi nombre, hija de puta. Me alegro de que lo recuerdes, porque quiero ver cómo lo desgastas entre súplicas por tu vida.

—No sabes cuánto tiempo he esperado para esto.

No hay más palabras. Ni yo las necesito ni Diandra las espera. Sabe que voy a por ella. Y eso hago. Salto encima de mi contrincante con un grito en el que contengo todas las ansias de venganza por mi familia. El mismo grito con el que la vi saltar encima de mi padre para terminar matándolo. Para entonces, la sangre del cadáver de mi madre ya me había empapado las manos cuando descubrí su cuerpo.

Hoy será la sangre de Diandra. Aquel día, cuando desperté del bloqueo en el que había entrado, me lavé frenéticamente, llorando y gritando, temblando, mientras Rick intentaba contenerme. Esta vez no tendré prisa; cuando mire mis manos manchadas, con toda seguridad sólo sentiré paz.

La usurpadora para mi primer golpe desenvainando con rapidez. No le doy tregua. Otro tajo, y otro más y otro. En el barco, las dos tripulaciones luchan, pero yo sólo oigo el sonido de nuestros hierros. Sólo la veo a ella. El resto da igual.

—Veo que has conseguido un nuevo barco —masculla cuando nuestros filos vuelven a encontrarse y apretamos—. ¿Es algo temporal o es que has conseguido

que hundan el *Angelique*? Sé que has navegado durante años en él.

Trato de lanzar una patada que ella evita con una finta.

—¿Es que quieres robarme también ese barco? ¿O te interesa más el *Angelique*?

—El *Angelique* debería estar en el mismo lugar que tu padre: en el fondo del mar.

Si su intención es hacerme arder de ira, lo consigue. Mi siguiente golpe es lo suficientemente fuerte para hacerla retroceder un par de pasos.

—Y en el mismo lugar que mi madre, ¿verdad? ¿O has olvidado que a ella también la mandaste a las profundidades?

Ella alza las cejas... y entonces su sonrisa llega para desarmarme. Para ponerme nervioso. Para hacerme atacar con más rabia. Se ríe de mí. O quizá de sí misma. Sea lo que sea, hay algo que le divierte o que le apena o que le da rabia. Todo a la vez. Me llena de inquietud y me hace ponerme más a la defensiva, lanzar otro tajo que ella detiene con facilidad.

—Yo maté a tu padre —anuncia con orgullo—, pero no maté a *Angelique*.

Siento ganas de echarme a reír. Lo haría si no fuera la vida de mi madre de la que habla. Cerda embustera. Todavía tiene el valor de declararse inocente de algo, cuando ella organizó el motín, cuando ella levantó a toda la tripulación contra mis padres, cuando ella sentenció mi vida.

—Voy a acabar contigo.

Es más complicado, sin embargo, de lo que había fantaseado. *Diandra* es una espadachina experta que no duda en parar mis golpes, aunque hay algo extraño en su manera de danzar con su arma, como si algo no encajara. Sus movimientos son fluidos y rápidos, a veces demasiado para mí, mucho más bruto y directo. Aun así, consigo herirla: su breve pero intenso alarido de dolor cuando le hago un corte a la altura del muslo sirve para hacerme sonreír.

No obstante, la sonrisa se me congela en la boca cuando me doy cuenta de qué es lo que falla: está retrocediendo. No me ataca, sólo se defiende. Yo no estoy herido porque ella no está intentando hacerme sangrar.

¿Por qué?

Ella sube las escaleras hacia el castillo de popa sin dejar de presentar batalla y yo la sigo, ciego de enfado, sintiéndome burlado. ¿Qué está haciendo? ¿Por qué no se defiende de verdad? ¿Por qué no intenta hacerme daño?

Entonces llega su patada desde un par de escalones más arriba: golpea la boca de mi estómago al tiempo que su espada choca contra la mía. Los dos golpes combinados me arrebatan el arma y me lanzan hacia atrás. Rodar por las escaleras es una pequeña derrota para mi orgullo, pero no es nada en comparación con cuando todo deja de dar vueltas y antes de levantarme me encuentro con que ella ya está encima de mí de nuevo. Esta vez, la punta de su espada se apoya en mi pecho.

—Retírate, Jared. No tienes nada que hacer aquí. Si te marchas ahora, nadie tendrá en cuenta este ataque.

Escupo, en parte por la sangre que se me acumula en la boca, en parte para que vea lo asquerosa que me parece la posibilidad. Ni de coña. Nunca ataco un barco si no es para llevarme un botín, y en este caso el botín es su vida.

Por eso aprovecho su despiste. Su error ha sido ser demasiado confiada, igual que mi madre, que creía en ella. Mi mano agarra el filo de su espada sin dudar y tiro de ella hacia un lado, sin importarme cortarme la piel al hacerlo. Eso hace que pierda pie y se precipite hacia delante.

Justo mi oportunidad.

Quería algo que me manchase las manos de sangre, pero puedo conformarme con ahogarla. ¿No es así como tenemos que morir los piratas, ahogados? Le daré el gusto a la ley. Por eso mis manos se convierten en la soga que aprieta el cuello de Diandra cuando me lanzo encima de ella. Aprietan fuerte. Muy fuerte. Veo su rostro, que una vez fue querido; sus ojos amenazan con salirse de las cuencas mientras sus dedos intentan apartarme. Ah, pero esta vez mi peso puede más. Mi fuerza pide más.

Se acabó.

Antes, sin embargo, necesito saber algo. Una última respuesta con la que

quedarme tranquilo, sabiendo que se la arrebaté antes de mandarla a las profundidades del océano.

—¿¡Por qué lo hiciste!? ¡¡Dime por qué la traicionaste!! ¡¡Dime por qué nos traicionaste a todos!!

Sus uñas se clavan en mis brazos. Sus piernas patean el aire. Su voz es apenas un hilo sin aire, estrangulado:

—Porque... ella... lo era todo... para mí.

Estoy a punto de preguntar qué cojones quiere decir. Estoy a punto de exigirle que deje de hablar de mi madre como si en algún momento le hubiera importado. Estoy a punto de no decir nada y matarla sin más.

Pero entonces el dolor nace en mi espalda. Y el mundo cae en picado.



Kay

Nunca he faltado a una promesa.

Siempre me han enseñado que la palabra de alguien de sangre real vale más que la de cualquier otra persona. Siempre me insistían en que, aunque el resto del mundo mintiera y robara y deshonrara su nombre y el de su familia, yo debía recordar la importancia de la sinceridad y, en especial, que todos tenían los ojos puestos en mí: los príncipes no roban, los príncipes no llevan a cabo actos de egoísmo. Y si un rey se ve obligado a salirse del rumbo marcado por la ley, lo hará siempre en favor de su pueblo, velando no por sus intereses, sino por los de quienes están a su cargo.

Todo ese razonamiento estaba muy bien antes. Formaba parte de mi vida y aprendí a no cuestionar ese tipo de lecciones.

Hoy, sin embargo, mi mundo se tambalea y me veo en la obligación de revisar cada palabra que en un tiempo anterior hubiera aceptado sin pensar.

Hoy, más que nunca, deseo romper una promesa.

Sé que voy a hacerlo, de hecho, antes de que esas palabras pasen por mi cabeza. Sé que tomo la decisión entre el estruendo de mis pensamientos y el entrecocar de metales, los gritos y los gemidos. No puedo quedarme aquí, con una caja como improvisado asiento, tan sólo aguardando. No mientras la tripulación del *Estrella Fugaz* entrega sus vidas a una causa demente, una locura de la que, mal que me pese, deseo formar parte.

La bodega no es mi lugar. Mi verdadero sitio está entre ellos.

Lo siento, Nadim, pero creo que es lo que debo hacer. No. Lo que *quiero*

hacer.

Dejando atrás el sentido común, abandono la bodega, estoque en mano. No miro atrás.



Nadim

—¿Qué haces aquí?

Tu pregunta es demasiado para mí. ¿Esa, de todas? ¿Qué hago yo aquí? ¿Y tú, Zahara? ¿Qué haces *tú* aquí? En el *Libertad*, ni más ni menos. Pese a que tú sabes lo que ocurrió con los padres de Jared. Sabes que este fue su barco y se lo arrebataron. De alguna manera sigo sin creer que seas tú, aunque he tocado tu piel. Me estás hablando y tu cuerpo no me atraviesa mientras lo haces. Mis dedos todavía se enredan en tu brazo y tú los miras con tus ojos de tormenta a punto de desatarse.

Tu mirada hace que te suelte, aunque no de inmediato. Lo hago con reticencia, esperando que el momento en el que te deje ir sea el mismo en el que al fin desaparezcas. Ocurrirá en cualquier instante...

Pero no lo haces, ni siquiera cuando doy un paso atrás. Sólo me miras. La sorpresa que te inundaba la expresión hace unos momentos está ahora templada, contenida, arremolinándose para liberar sus truenos, quizá. Es la expresión que pusiste el día que te dijeron que debías casarte. Al principio sólo escuchaste, con esa misma cara, y después te negaste, gritaste. Cuando nuestro padre te cruzó la cara, volviste a mirarlo y alzaste la barbilla. Siempre digna y resoluta. A las tormentas no se las puede contener por más que intentes aplacarlas. Ellas van a su propio ritmo, fieles a su naturaleza, impredecibles. Y cuando parece que hay calma quizá sólo sea un segundo de pausa antes de descargar el verdadero aguacero.

Eres exactamente así. Y esta vez estoy en el ojo de tu huracán.

—Estoy..., estoy aquí con Jared. Formo parte de su tripulación, y ha venido a recuperar el *Libertad* y... —Todos los discursos que he planeado durante tantos años para cuando te hiciese frente echan a volar. Estoy demasiado confundido. Esto no tenía que estar pasando. No hoy, de todos los días. No aquí. No así—. El rey de Dahes nos quitó el *Angelique*, por eso el barco no es el *Angelique* y...

No dices nada. Yo tampoco me siento capaz de hablar más. La lengua se me traba. El corazón me va demasiado rápido. Eres tú. Realmente eres tú. Con cada segundo que pasa, conforme esa idea se cuele más en mi cabeza y yo la asimilo, siento que el pulso se me acelera más y el aire me falta.

—¿Qué haces *tú* aquí? —le pregunto.

No. No es eso lo que tienes que decir, Nadim. Habrá tiempo para explicaciones. Céntrate. Es ella. Eres tú.

Por eso doy un paso hacia delante..., pero tú alzas tu sable. La tormenta se prepara para arrastrarme bajo ella. Trago saliva, el filo demasiado cerca de mi cuerpo, exigiéndome mantener las distancias. Cojo aire.

—Te he buscado por todas partes, Zahara.

—¿De veras? —Tu voz es tan siseante como el viento que se levanta—. No sabía que te importara tanto.

Dejo que el golpe me sacuda. Está bien. Me lo merezco. ¿Qué esperaba?

—Zahara, lo siento. Llevo diez años preguntándome a dónde te marchaste para poder disculparme contigo. Por no haberte entendido. Por no haberlo intentado siquiera. Por todo lo que te dije.

Te llamé caprichosa. Te dije que era hora de crecer. Hablé más como mi padre que como yo. Mencioné el deber, el honor y mil cosas más en las que no creo ni he creído nunca. En las que tú tampoco creías. Pero era la solución fácil. La que evitaba el conflicto. Antepuse mi tranquilidad, mi cansancio ante las discusiones, a tu felicidad y tu libertad. Me dejé caer en la trampa. Te llamé estúpida y malcriada.

Fui tan imbécil, Zahara. Tan, tan imbécil. Y lo lamento tanto.

Tú sólo me miras. Tus dedos, siempre inquietos, se aprietan en torno a la

empuñadura de la espada. Tus labios, siempre tan prestos a hablar, ahora sólo se aprietan conteniendo las mil acusaciones que me merezco. Cuando se separan, es sólo una de ellas:

—Habrías dejado que nuestros padres hicieran conmigo lo que quisieran.

—¡No!

Pero apenas acabo de gritarlo cuando me doy cuenta de que tienes razón, como siempre. Sí, seguramente lo habría hecho. Porque habría sido más fácil así. Al principio habría protestado, como lo hice con el matrimonio. Te habría apoyado. Pero después me habrían convencido. Siempre fui el voluble. A mí nuestros padres podían moldearme, mientras que contigo nunca hubo manera.

Aprieto los dientes. No te he encontrado para negar culpas.

—Me equivoqué. Me equivoqué, Zahara, y he pasado desde el día en que desapareciste siendo consciente de mi error. Lo siento. Lo siento de veras, ni siquiera imaginas cuánto.

Das un paso hacia delante. Pero con él, también lo hace tu arma. La punta del filo toca mi pecho. Tu mirada atraviesa más que el metal.

Alzo las manos, sin embargo, enseñándoselas. No voy a separarme. No después de tanto tiempo apartados. Si quieres matarme, si eso te hace sentir mejor, si eso te parece justo, puedo morir por ello.

—Me sentí tan traicionada, Nadim... —Tu voz pasa de ser un tímido silbido a la primera gota que cae al suelo.

—Lo sé.

—Confiaba en ti. Te quería más que a nada. Yo habría luchado por ti.

Repiqueteos. Un trueno demasiado lejano. Cierro los párpados porque no soporto mirarte. No puedo ver cómo aprietas los dientes, cómo tiembla el filo, cómo recuerdas la soledad o el vacío de saber que la única persona con la que contabas te abandonaba y te dejaba a tu suerte.

—Lo sé.

Es lo único que puedo decir. Lo sé, lo sé, lo sé. He pensado demasiado tiempo en ello como para no saber cualquier cosa que vayas a decirme, Zahara.

—Pero tú... te rendiste conmigo.

No fue así. No exactamente así. Me rendí conmigo. Creí que yo no podía hacer nada. Que no podía marcar la diferencia, que era inútil. Pensé que sólo podía hacer que te resignases y estar a tu lado cuando todo pasara.

Tú callas, calma precediendo al caos. Yo no oigo nada más que tu silencio, incluso en medio del ruido.

Cuando abro los ojos, reuniendo todo el valor que necesito para mirarte, tú sigues ante mí con los ojos entrecerrados, con demasiadas emociones en la mirada como para contarlas o desentrañarlas.

Y más allá de ti, el peligro.

—¡No!

Aparto el sable que apoyas contra mi pecho lo suficientemente rápido. Mi mano atrapa tu muñeca y tira. Te veo caer al suelo. Todo pasa a demasiada velocidad; ni siquiera puedo fijarme en tu confusión porque otro metal me abre las entrañas. El que debía ser tu atacante y mi aliado no ha tenido tiempo de detenerse.

Tayeb me observa con los ojos desorbitados, incrédulo. Su espada se ha clavado en el costado, justo por debajo de mi costillar izquierdo, y los dos miramos abajo a la vez.

El color rojo se extiende por mi camisa.

Las fuerzas se me van y me tambaleo.

Tayeb suelta su arma, horrorizado. Yo ni siquiera intento apartarla de mi cuerpo.

—Nadim, ¿qué...?

Te miro, obviando la voz temblorosa de mi compañero. Tú tienes los párpados muy separados, tirada en el suelo. No te mueves.

Al menos te he encontrado, Zahara. Al menos te he dicho que lo siento.

El dolor en las rodillas cuando caigo con todo mi peso sobre ellas no es nada en comparación con el de la herida.

—Es mi hermana...

Y lo máspreciado que nunca he tenido. Casi permití que te mataran en vida en mi presencia y no me lo he perdonado en diez años. No podía dejar que volviesen a matarte frente a mí. Lo he evitado. Esta vez lo he hecho bien, no como hace tanto tiempo. Esta vez nadie te convertirá en fantasma.

Cuando la oscuridad llega, está llena de calma.



Jared

Gruño cuando el estoque que se ha clavado en mi hombro se retira y acto seguido se posa en mi cuello. Unas manos cierran sus dedos alrededor de mis cabellos, exponiéndome la garganta, y yo entrecierro los ojos, jadeando, mirando hacia atrás. La mujer que presenta mi pescuezo y que parece dispuesta a cortármelo sin pensárselo dos veces es una de brazos fornidos, trabajados, y cabellos largos retirados de su cara por una banda.

—Capitana.

Creo que le pide órdenes. Me parecería una gilipollez que no me matase sin más si no fuera porque yo no le habría perdonado a nadie de mi tripulación que fuera otro quien destripase a Diandra, fueran las circunstancias las que fueran. La traidora todavía se está incorporando y sus tosidos le desgarran la garganta. En su cuello se han quedado grabadas las marcas de mis dedos. No tenía ni que estar viva. Sólo un minuto más y...

—Suéltalo.

—¿Qué?

¿Qué?

—Ya me has oído, Erea: aparta tu espada. Esto es entre él y yo.

—¡Estaba a punto de mataros!

Y volveré a estarlo como esta mujer haga caso a su capitana y me suelte. Miro a Diandra, incrédulo. Ni siquiera la ira aplaca la sorpresa. Ni siquiera el ardor en el hombro ni la sensación de la sangre corriendo. ¿Qué está haciendo? Mató a mis padres. ¿Por qué le da reparos ahora hacer lo mismo conmigo? ¿Por

qué no aprovecha este mismo momento? ¿Cree que así le perdonaré la vida, acaso? No puede ser tan estúpida.

Diandra se levanta, frotándose el cuello. Me observa desde arriba. Yo no me revuelvo porque la tal Erea todavía tiene el filo contra mi pescuezo. No me matará hasta que su superiora no dé la orden, pero eso no significa que vaya a dejarme libre para que vuelva a por ella.

—Esto no tenía que haber acabado así, Jared. Dile a tu tripulación que se retire.

—Jamás —gruño—. He venido a vengarme y a recuperar mi barco. Y no me iré sin las dos cosas. Si quieres que lo haga tendrás que matarme.

—A vengarte —resopla—. No eras más que un niño. No entiendes lo que pasó. Y el *Libertad* nunca debió ser un barco de hombres. Éramos felices cuando estábamos solas. Era un *refugio*. Yo he hecho que vuelva a serlo.

La carcajada destroza mi garganta más de lo que podría hacerlo el filo contra mi piel. La mujer tras de mí tira de mi pelo para que no me ría tanto. Como si me importase.

—Mi madre era la dueña de este barco y tú no eras quién para decidir si lo que hizo con él estuvo bien o mal. No eras quién para robárselo, a ella y a mi padre. Sólo eres una sucia traidora. Esto siempre fue un refugio para muchas personas, pero tú provocaste un motín. Tú lo manchaste de sangre.

Por primera vez veo el enfado en los ojos de mi enemiga. La veo levantar la mano, y creo que la estampará contra mi cara, convertida en un puño. Pero respira y la deja caer.

—¿Crees que yo lo manché de sangre? Yo no robé *nada*. No a Angelique. Yo *jamás* le habría robado nada a Angelique. No eres consciente de lo que significaba para mí. De lo que significa, aún ahora.

Abro la boca para decirle que deje de fingir. La mató. *La mató*. Aun si no le hubiera tocado ni un pelo, mató a su marido. A mi padre. Eso lo ha admitido.

Pero ella se adelanta. Me coge de la barbilla, la aprieta.

—Aquel día sólo buscaba derramar sangre de una persona. Y no era la de tu

madre, sino la del cerdo de Natán. Nunca me perdonaré no haberlo matado lo suficientemente lento.

—Maldita zorra, no te atrevas a...

—¿A qué?! ¿A hablar así de él?! No eras más que un crío. No entendías nada. Eres el que más cerca estaba de ellos, pero nunca te diste cuenta, ¿verdad? De todo lo que le hacía a Angélique. De todo el daño que le causaba.

¿De qué está hablando? Mi padre nunca le hizo nada a mi madre. Eso es mentira.

Ella me suelta con un empujón, dejándome a disposición de su marinera, que me sostiene todavía. No la miro porque sólo tengo ojos para la expresión iracunda de la traidora, que me observa con aire distante.

—Alguien tenía que detenerlo. Y yo fui la única que se atrevió. Yo y todas las que de verdad queríamos a tu madre. Las que habríamos dado la vida por ella sin dudar.

—¿De qué cojones estás hablando?

—Hablo del supuesto amor de tu padre. Hablo de que la golpeaba. La humillaba. La hacía llorar. La asustaba. La manipulaba. La drenaba de la energía con la que todas la habíamos conocido.

Los granos de arena que caen de un reloj imaginario descienden demasiado lentos. Al menos hasta que me doy cuenta de que está intentando engañarme. Entonces siento ganas de reír. Sonrío, de hecho, antes de carcajearme. Mi padre a mi madre. Todo el mundo sabe que su historia no tiene oscuros. Todo el mundo sabe que fue un bonito romance. Se quisieron con locura. Mi padre siempre rondaba alrededor de mi madre y ella nunca se quejaba de su presencia. Muchas veces él me pedía que me fuera a otro lado para que ellos estuvieran a solas y lo hacía siempre con una sonrisa, y mi madre me daba un beso y se despedía de mí mientras yo me marchaba a jugar en la cubierta.

Esto es absurdo.

—¿Pretendes ponerme en contra de mi padre? ¿Pretendes que *crea* esta estúpida historia? Mi padre *adoraba* a mi madre. —Sonrío, comprendiendo

entonces, aunque mi sonrisa está llena de desprecio—. Así es como conseguiste organizar el motín, ¿verdad? Mentiste a todo el mundo. Y después los mataste a los dos. Nunca habría pruebas.

—¡Ella nunca debió morir!

El grito de Diandra me hiela la sangre. Tengo que contener la respiración, desprevenido. Quiero seguir sonriendo y burlándome de ella, pero su expresión no me deja. Sus jadeos, su mirada perdida.

Es una trampa, Jared. Esta hija de puta intenta engañarte. Ten cuidado con semejante víbora.

—Íbamos a librar a Angelique de esa escoria —se lamenta, llevándose la mano a la cara. De pronto, hay años sumados a sus arrugas—. Y entonces la ayudaríamos a ser la de antes y el *Libertad* volvería a rendir honor a su nombre.

Quiero creer que miente, porque es imposible. Nunca vi nada. Mi madre tenía heridas a menudo, pero todas de atracos o de defenderse contra los barcos de las coronas u otros piratas que querían competir por los tesoros más importantes. Siempre le preguntaba cómo se había hecho cada herida y ella me lo explicaba como una gran leyenda. Claro que tenía heridas, ¿cómo no iba a tenerlas si era una guerrillera? Pero ninguna se la hizo mi padre. Claro que no. Le vi curárselas muchas veces.

Pero si miente, Diandra sabe ser buena mentirosa.

—Mi padre no hizo nada —aseguro—. *Nunca* le hizo nada. Ella lo habría dicho. Ella nunca habría dejado que algo así le sucediera. Siempre cuidaba de todos y habría cuidado también de sí misma. Le habría echado.

Diandra entonces me mira y la ira se le disipa de los ojos. Sólo queda pena. A veces, cuando era pequeño, me miraba con esa misma expresión cuando mi madre le pedía que cuidase de mí por un rato. Nunca lo entendía. Yo era alguien muy feliz. No tenía que mirarme así, como si algo horrible sucediese conmigo o a mi alrededor. Terminé por creer que era porque mis padres a veces no estaban conmigo, pero a mí no me importaba.

¿Y si me estaba perdiendo algo?

No puede ser, ¿no?

—¿Hasta qué punto estás seguro de todo eso? Ella hubiera dado cualquier cosa por nosotras. Por ti. Pero ¿habría dado lo mismo por su propio bienestar? ¿Crees que te habría hablado *a ti* de ello? ¿A su hijo, que era sólo un niño al que quería proteger? ¿Crees que te habría convertido también en una víctima? Una persona puede sonreír y estar rompiéndose por dentro. Una persona puede cuidar de los demás y olvidarse de que la primera por la que debe velar es por sí misma. Yo iba a ayudarla... —Su voz se pierde, sus labios se aprietan—. Yo iba a cuidar de ella..., pero todo salió mal.

Tonterías. Todo son tonterías. Verdaderas gilipolleces.

—¿Por qué no me matas en vez de intentar engañarme?

—Porque no intento engañarte y porque ella te quería. No voy a destruir lo único bueno que le dio ese hombre. —Da un paso atrás, bajando la vista—. Ahora, da la orden de que tu tripulación vuelva a vuestro barco y márchate. No vuelvas a interferir en nuestros negocios.

A un gesto de su mano, la espada que amenaza mi cuello se levanta. Miro hacia atrás. La mujer, una feérica, me mira con expresión seria y con la posición todavía precavida. Yo me apresuro a levantarme. No pienso retirarme. Está soñando si cree que me voy a marchar sólo por una historia de mierda.

—Este sigue siendo el barco de mi madre. *Mi* barco. Y tú debes pagar y... —Cojo aire. Me siento mareado. No sé si la feérica me está haciendo algo o es sólo esa sensación en mi estómago, pesada, que me da ganas de vomitar. Sus palabras resuenan en mi cabeza como cañonazos. Simplemente no puede ser, joder. *No puede ser*—. ¿Quién la mató, entonces? —resuelvo, sonriendo con victoria. Yo la vi muerta. Y ella estaba allí. Ella saltó encima de mi padre—. ¿Cómo murió, Diandra? ¿También tienes una historia para eso? ¡Si querías protegerla, cómo es que murió!

De nuevo esa mirada. Tan triste. Tan apenada. Deja de mirarme así. No me mires así. NO ME MIRES ASÍ.

—No quieres saberlo, Jared. Pero puedes estar tranquilo: ese asesinato ya lo

vengué yo. Te aseguro que no has llorado a Angelique más de lo que la he llorado yo. Más de lo que la seguiré llorando, porque la echaré de menos cada maldito día de mi existencia.

Aprieto los dientes, temblando. Creo que el barco mismo tiembla. Que mi mundo, con mi pasado, tiembla. ¿Qué está diciendo con eso? ¿Que fue mi padre quien la mató? Imposible. Completamente imposible. Mi padre apenas soportaba estar lejos de ella. No le gustaba alejarse demasiado. ¿Cómo podría haberla matado? Qué tontería... Fue Diandra. Siempre fue Diandra. Diandra robó el barco. Robó sus vidas. Lo robó todo.

Pero, entonces, ¿por qué todas las mujeres se amotinaron? ¿Todas creyeron a Diandra sin más? Claro. Ella sabe cómo ser convincente. Es muy lista. Es jodidamente lista. Eso es. Es una manipuladora, nada más. Mi padre es inocente. Ella es la culpable.

Hay una exclamación entonces por parte de Diandra, que se tambalea y se lleva una mano a la cabeza, apretando los párpados. La feérica tras de mí hace lo mismo. Las miro, sobresaltado, sin comprender.

—¡¡Jared!!

Alzo la vista. Gavin se acerca por el aire a toda velocidad. Él ha debido de atacar las mentes de las mujeres. Se posa en el suelo demasiado rápido.

—Tenemos que irnos. Se trata de Nadim.

—¿Nadim?

La realidad vuelve, el tiempo vuelve. Todo estalla ante mí tan rápido como si uno de mis relojes de arena se rompiese y esparciese todos sus granos por el suelo. Cuando miro alrededor, soy consciente de la batalla. Lo que era el fragor del combate se ha convertido en lamentos y en gente herida. Mis hombres y sus mujeres siguen luchando en los dos barcos. No los veo a todos.

Desde luego, no veo a Nadim.

Gavin tira de mi brazo, obligándome a mirarlo. Su rostro está serio, pálido, perlado de sudor. Tiene una herida en el costado que mancha su camisa y un corte en la cara.

—Lo han herido de gravedad, Jared. Debemos marcharnos. Ya.

Lo observo, confundido. ¿Mi amigo? ¿Herido de gravedad? ¿Cuánta gravedad? Mis ojos vuelven a la mujer que capitanea este barco que no es suyo. Está tan cerca... e indefensa. Podría alargar el brazo, coger la espada de Gavin y acabar con todo. Ya está. Sería fácil creer que miente y vengarme. Recuperar lo que es mío. Hacer justo lo que he venido hacer.

Creo que Diandra sabe lo que estoy pensando, porque no me aparta la mirada. Son los mismos ojos apenados, pero también serenos. Como alguien que sabe que va al cadalso.

—¡Jared!

Vuelvo la vista a Gavin y aprieto los dientes.

—Anuncia la retirada. Nos vamos de aquí. —Después, vuelvo los ojos a Diandra—. Que tus mujeres dejen también mi barco, Diandra. Si algo de lo que me has dicho es cierto, darás la orden.

La mujer coge aire, pero cuando alza la barbilla, su voz es potente:

—¡¡Tripulación!! ¡¡Todas a vuestros puestos!! ¡¡Nos largamos!! —Su mirada va a la feérica—. Ve al otro barco y anuncia allí también la retirada. Que nadie se quede ni un segundo más.

La feérica asiente, aunque tiene que sacudir la cabeza para despejar su mente. Le echa una mirada mortal a Gavin antes de que ambos alcen el vuelo.

Diandra y yo nos quedamos solos un último momento.

—Esto no acaba aquí. Este barco sigue perteneciéndome por derecho de nacimiento. No voy a olvidarlo.

Diandra no dice nada. Afronta mis ojos. Y, sobre todo, mantiene esa maldita mirada.

No puedo seguir preocupándome por ella ni por lo que me ha dicho. Ni siquiera por el hecho de que haya retirado a su tripulación sin protestar y con eso parezca querer demostrar que todas sus palabras eran ciertas.

Si algo le ha ocurrido a Nadim, no hay tiempo que perder.



Kay

Sangre. Sangre en todos lados. Extendiéndose por las sábanas, manchando la almohada. En el suelo, en pequeñas gotas. Filtrándose en el colchón. En las manos y en las ropas de Owain, que está pálido como un cadáver y tiembla como si tuviera frío, aunque le he puesto una manta por encima nada más darme cuenta de ello. Manchas oscuras bajo sus ojos que indican lo agotado que está. Sangre en mis dedos, también bajo las uñas y salpicándome la camisa. En las mangas, incluso si me las he subido hasta los codos. En la piel, como si me estuviera oxidando. En la jofaina que aguarda en el suelo y los paños inservibles que se sumergen en un agua que debería ser transparente. Hasta en las vendas que aplico sobre la herida, a pesar de que nuestro hechicero ha hecho todo lo posible por cerrarla. No lo ha conseguido: he tenido que coser la carne que se ha negado a unirse por medios mágicos, bajo la atenta mirada del hombre pelirrojo que me acompaña.

Sangre malgastada y la vida de Nadim, que se escapa con cada gota que no logramos mantener dentro de su cuerpo.

Cuando me irgo y contemplo al muchacho moribundo que yace en el lecho del capitán, siento que me mantengo de pie sobre mi propio corazón, conservando un precario equilibrio mientras algo dentro de mí se rompe poco a poco. No es justo. No se merece esto. Todo lo que ha hecho alguna vez ha sido por los demás: se marchó de su casa buscando a su hermana y si atacó ese barco fue por ayudar a Jared. Cojo aire, sintiéndome frágil, todavía más que cuando Gavin lo dejó ante nosotros, herido e inconsciente, sin más palabras de las

necesarias.

La puerta se abre con tanta fuerza que amenaza con salirse de los goznes. Me giro y descubro a Jared recortado bajo el dintel, como una sombra más que como un humano. Se adelanta con pasos firmes, marcando el tiempo con el resonar de sus botas. Owain alza la mirada con un esfuerzo sobrehumano. Parece que vaya a deslizarse de la silla en cualquier momento y acabar en el suelo, desparramado como el contenido de un jarro volcado.

—¿Cómo está?

Jared no duda en acercarse a la cama. Se agarra un hombro como puede, en un intento inútil de cerrar una herida que todavía sangra. Si bien no ha hecho magia, está tan pálido como Owain y casi igual de demacrado.

El hechicero sacude la cabeza, no sé si para indicarle que no se haga ilusiones o para despejar su mente.

—No puedo... asegurar nada, Jared. Esto no tiene buena pinta. —Le cuesta hablar. Parece como si la lengua se le pegase al paladar—. Soy un hechicero, pero no hago milagros: ha perdido muchísima sangre y el filo alcanzó órgano, y eso hace más posible que derive en enfermedad por más que se cierre la herida. Pero he hecho lo que he podido y haré más cuando haya descansado.

Aprieto los labios, aunque no los miro a ninguno a la cara. Cierro los ojos, de hecho, porque tampoco quiero ver a Nadim. Me prometió que volvería. Me prometió que estaría conmigo en la luna llena. Aún tiene muchas cosas pendientes... No es justo que vaya a terminar así para él. Debe encontrar a su hermana. Y quiere estar junto a Jared. Recorrer los mares juntos. Hacernos la vida imposible a los demás.

Me estremezco al tiempo que una mano se coloca sobre mi hombro. Jared está a mi lado y no sé muy bien cómo encararlo. Sus dedos me dedican un suave apretón, pese a la mueca de dolor que eso le provoca. Es su manera de decirme que sea fuerte, supongo. Habrán pasado por cosas peores. Nadim saldrá adelante.

Todos lo haremos.

Me inclino y rozo su frente con los dedos. No tiene fiebre, al menos. Le

limpio el rostro con el último paño limpio, secándole el sudor.

—Le gusta llamar la atención, eso es todo —masculla Jared, en uno de sus intentos de hacerme sentir mejor. O puede que lo diga para sí mismo. Me he dado cuenta de que en algunas ocasiones usa el humor como defensa. Comentarios que yo creo fuera de lugar a él le alivian y le hacen más llevaderos los problemas—. No nos hará esto.

Detrás de nosotros, Owain se levanta, apoyándose en la silla. Aunque sus piernas tiemblan, soportan su peso sin mayor problema. Voy a adelantarme a ofrecerle mi ayuda, pero él arrastra los pies y me hace un gesto para que me aparte. Se acerca a Jared y observa su herida con atención.

—Esto no tiene buena pinta tampoco, capitán. Kay puede coserte la herida y vendártela por el momento. Yo la veré más tarde, en cuanto haya descansado. Ahora soy completamente inútil.

Jared asiente. No parece muy cómodo con que le hayan recordado que tiene la camisa manchada de sangre y un agujero en la piel.

—Ve a descansar. Cuando despiertes, si alguien te necesita, te avisaremos.

Owain cabecea, al borde de la extenuación, y no protesta. Se marcha sin una palabra, pero su figura bajo la puerta es sustituida por otra casi al instante.

Tayeb ni siquiera entra, y me da la sensación de que tiene miedo al hacerlo. Él nunca duda. Su confianza en sí mismo, su brutalidad, su forma de ser directo hicieron que al principio no me cayera bien. O puede que fuera porque no confiaba en mí, como si pensara que los iba a traicionar en cuanto cerraran los ojos.

Luego descubrí que puede ser bastante divertido con sus apuestas con Sabir, aunque sea el más distante de ambos y sólo parezca importarle su propia diversión y su riqueza. Ahora se me antoja casi vulnerable. Ayuda que la batalla no se haya portado bien con él tampoco, y que de pronto tenga que echar mano al marco de la puerta para sujetarse, como si permanecer de pie fuera más de lo que su cuerpo va a soportar. Aprieta los dientes y, bajando la cabeza, confiesa lo que lastra su corazón:

—Ha sido culpa mía.

Todos volvemos los ojos al durmiente, que no se ha movido. En su venda ha florecido la amapola con los pétalos más rojos que he visto nunca.

—¿De qué hablas? —La voz de Jared suena cascada. Cansada. No puedo evitar recordar el objetivo de este abordaje y preguntarme qué habrá visto en la cubierta del *Libertad*. ¿La ha encontrado a ella?

—Yo le herí —murmura Tayeb. Cuando vuelve a alzar la vista, parece temeroso y desesperado—. No quería hacerlo, capitán. Te lo juro. Sabes que jamás traicionaría a uno de los nuestros. Jamás le haría daño. —Jadea, se ahoga, vuelve a la superficie. Balbucea—: Pensé que tenía problemas con una de las piratas y me lancé a ayudarlo, pero cuando me vio venir... la protegió con su cuerpo.

Lo miro con desconcierto.

—¿Por qué haría tal cosa?

Sus ojos pasan por encima de mí y buscan los de Jared.

—Dijo... que era su hermana, capitán.

Zahara... El estómago se me anuda al pensar en su nombre. Al darme cuenta de que se han encontrado, por fin, después de diez años. Se han medido cara a cara y, acto seguido, han vuelto a separarse. ¿Se lo ha dicho él? ¿Le ha dicho todo lo que ha sufrido mientras ella no estaba? ¿Le ha pedido perdón? ¿Le ha explicado lo que siente, su arrepentimiento?

¿Lo habrá entendido ella todo?

—Eso es imposible. —Jared suena tan convencido, tan decidido, que cuesta pensar lo contrario—. Zahara jamás se habría unido a...

No entiendo qué ocurre, pero una sombra se posa sobre su rostro. Un silencio tenso se cierne sobre el camarote. ¿Qué se le está pasando por la cabeza? Desearía tener el poder de Gavin para ver en la mente de los demás o, al menos, el de Badra, capaz de atisbar aquello que al resto nos resulta invisible: su aura, en estos momentos, podría darme mucha información. ¿Lamentará más el haber visto escapar a Diandra de sus garras o el hecho de que su mejor amigo se haya

reencontrado con su hermana y justo después haya tenido que dejarla ir?

El capitán no va a decir nada, así que lo hago yo:

—¿Ella no dijo nada? ¿No quiso ayudarlo?

¿Está tan enfadada como para que todo lo relativo a él le dé igual o, por el contrario, sufriría la herida de su hermano como en carne propia? ¿Por qué no lo ha seguido? Nadie aquí le habría hecho daño. Y podría haber estado junto a Nadim en estos momentos tan delicados... A lo mejor, como en un cuento, su simple presencia lo haría despertar. Le daría la fuerza para seguir viviendo.

Sé que no hay nada más importante en su vida, aparte de ella y la familia que son para él los miembros del *Angelique*.

—Ella se... quedó con él mientras iba a buscar a Gavin para que lo transportara. Pero parecía... perdida. Como si no entendiera lo que pasaba. Se quedó en el *Libertad* y no..., no dijo nada. Lo siento.

No sé por qué se disculpa hasta que me doy cuenta de que me tiembla el labio. Qué idiota... No vayas a llorar, Kay. Las lágrimas nunca arreglan nada. No hay nada en ellas que devuelvan la vida al que ha muerto o la consciencia a quien duerme. Tampoco van a traer a Zahara al lado de su hermano, por más que crea que es lo justo. Por más que lo desee... Desde luego, no la han traído junto a él a lo largo de los años, y no me cabe duda de que él ha debido de llorar por ella en más de una ocasión.

Alargo la mano para pasarla de nuevo sobre su frente. Sobre sus mejillas, frías y faltas de color.

Ni las lágrimas ni la sangre derramada sirven para curar los corazones o para que aquello que deseamos se haga realidad. Los sueños no crecen cuando se riegan con ninguna de esas dos cosas. Algunos sueños, de hecho, no se cumplen nunca, aunque haya un genio detrás de ti haciendo realidad todos tus deseos.

Porque hasta los Elementos y las estrellas tienen sus limitaciones.



Jared

—Es culpa mía.

Caer en esa seguridad duele más que la aguja sobre piel o la propia herida que Kay cose. En el hombro me va a quedar una cicatriz con la que puedo aprender a vivir. La visión de mi mejor amigo muriéndose ante mis ojos, por seguirme en una locura..., esa no se irá tan fácilmente. No puedo dejar de mirarlo: está demacrado y su respiración es pesada. Parece enfermo, no sólo malherido. Suda tanto que creo que arde de fiebre.

Kay detiene la sutura, mirándome con incompreensión. Ella misma está herida, aunque no me había fijado hasta ahora: tiene sangre en la sien y la cara está enrojecida por los golpes. Algunos darán como resultado un moratón. Por lo demás, parece intacta: nada de cortes serios. Sabe cómo cuidarse.

—¿Capitán?

—Ha sido Nadim, pero podría haber sido cualquier otro —le explico—. Tú misma. Tayeb. Collen. Rick. Cualquiera.

Ni siquiera estoy seguro de que todos estén bien. Eso hace que me acojone de verdad. Miro hacia la puerta con renovada ansiedad. Sólo he sufrido una baja mortal desde que soy capitán. Uno de los primeros de mi tripulación. Se llamaba Altair. Era apenas un chaval. Yo era un crío enfadado con el mundo, alguien a quien le acababan de arrebatar todo y sólo quería salir al mar y mostrar lo enfadado que estaba. Rick intentó inculcarme algo de sensatez, pero no funcionó. Tayeb y Sabir se acababan de unir a la tripulación y no me conocían de nada. Sólo éramos nosotros cinco en el *Angelique*. Era una locura a todas luces

salir a piratear así, pero yo no quise esperar a conseguir a más marineros. En uno de los primeros asaltos mataron a Altair. Delante de mí. Nunca olvidaré su cara. Fue mi culpa, aunque yo no empuñase el filo que lo atravesó. Culpa de mi ira homicida, de mis ansias de gritar, de mi deseo de venganza contra el universo.

Era un niño.

Y hoy lo he vuelto a ser, a pesar de casi doblarle la edad a aquel crío.

No has aprendido nada, Jared, gilipollas. Has vuelto a poner en peligro a tus hombres, a tus hermanos.

¿Y para qué?

—Todos sabíamos lo que iba a pasar. Nadie vino obligado, capitán.

—Es verdad —le concedo—. Lo cual dice mucho de mi poder de convicción... y nada en contra de mi culpa.

No puede negarlo. Tampoco espero que lo haga, de todos modos. Sólo sigue con su trabajo, con la mirada triste, acaso agradecida por darle la espalda a Nadim para no verle la cara, en caso de que al mirarlo pueda no fijarse únicamente en su herida.

Doy una vuelta a uno de mis relojes de arena y observo el tiempo caer mientras Kay termina de coserme la herida y vendarme después. Espero que me deje solo, que nos deje solos a mí y a Nadim, a mí y a mi responsabilidad. La veo levantarse y lavarse las manos.

—¿Llegasteis hasta ella?

Aprieto los párpados. No es la pregunta que necesito ahora. No quiero preguntas. Sobre todo, no relacionadas con Diandra. No quiero recordarla porque hacerlo supone traer todas sus palabras de vuelta. Estoy intentando mantenerlas a raya. Son un oleaje que no he pedido y que me va a dejar más perdido que nunca, completamente a la deriva.

—Sí —admito, llevándome una mano a la cara—. Sí que lo hice.

Y no lo supe aprovechar. O no pude. O... no sé. Pero todo ha sido por ir tras ella, Nadim está herido por ir tras ella, podría morir por ir tras ella, y todo para que yo no haya hecho *nada* al final. La he tenido tan cerca...

—¿Qué ocurrió? Sé que no tengo derecho a preguntar, pero...

Prefiero mirar el reloj. Los granos de arena caen rápido, tan rápido que siento angustia. ¿Cuánto tiempo he podido estar engañado? Si no es verdad, ¿cómo la he dejado escapar?

¿Cómo voy a averiguarlo siquiera?

—Me contó una historia. Una difícil de creer... o una que no quiero creer. O las dos cosas.

Me llevo una mano a la cara. Estoy cansado. No entiendo nada de lo que está pasando. Tampoco sé qué coño me pasa. Tengo que reaccionar. *Ya*. Soy el capitán. Respiro hondo. Tengo que hacerme cargo de lo sucedido. Todos están heridos y preocupados. Si yo no guardo la calma ahora, ni las estrellas lo harán. Si yo no me mantengo sereno, nadie en esta tripulación estará tranquilo. Mucho menos la niña que tengo delante, que me mira con incomprensión y ansiedad, como si supiera que algo va muy mal.

Cojo aire, pasándome una mano por los cabellos, y miro a Nadim de nuevo. Ni un solo cambio. No despierta. Supongo que no lo hará pronto, si es que lo hace en algún momento.

—Si es cierta esa historia, Nadim podría estar muriendo por nada. Ni siquiera por justicia. —Mis ojos vuelven a Kay—. Todos habéis arriesgado vuestra vida por el deseo caprichoso de un hombre de recuperar un barco perdido hace quince años y de colmar una sed de venganza personal. No estaba preocupándome por quienes debía preocuparme: por mi tripulación. Por quienes dependen de mí. Sólo estaba preocupándome por un niño que vio a sus padres muertos. He sido un gilipollas, Kay. Y ni siquiera lo estoy pagando yo, sino que otros lo hacen por mí.

»Escúchame. No sé si algún día serás reina o si llegarás a algún puesto en el que tengas poder o personas a tu cargo..., pero, si lo haces, sé inteligente: no cometas mis errores.

Me pongo en pie. Tengo que salir de aquí. Necesito alejarme de este camarote lleno relojes que me recuerdan los años vividos con mis padres, los años

convencido de una historia que podría no ser cierta, los años deseando una venganza que quizá ni siquiera tenga sentido.

Los días, las horas o los segundos que podrían quedarle a mi mejor amigo.

Tengo que calmar al resto de la tripulación. Tengo que ocuparme de mi gente en vez de arriesgar sus vidas como un imbécil. Como el niño que ya tenía que haber dejado de ser.

—Jared.

La voz de Kay me detiene cuando estoy a punto de alcanzar la puerta. No me giro, pero sabe que tiene mi atención.

—Todos cometemos errores. Y, a veces, arrastramos a otras personas sin querer. Creo que... lo importante tras cometerlos es no dejarse consumir por ellos. Y, sobre todo, tener el coraje para enmendarlos.

Asiento. Tiene razón.

Ahora sólo necesito averiguar cómo puedo enmendar los errores de toda una vida.



Zahara

Nadim está aquí.

Nadim está muerto.

Nadim está aquí.

Nadim está muerto.

Nadim está aquí.

Nadim está muerto.

Nadim está aquí.

Nadim está...

—¡Zahara!

Unas manos cogen mis hombros y tiran de mí para sacarme de las profundidades en las que caigo. Cojo aire con precipitación, emergiendo a la superficie. O intentándolo. Erea está ante mí. Me mira con los ojos entrecerrados llenos de preocupación. Sus manos enmarcan mis mejillas, toma mis dedos. Están manchados de sangre, como mi ropa. Pero esa sangre no es mía. O de algún modo sí lo es, porque es sangre de mi sangre.

Es la sangre de Nadim.

Nadim está muerto.

Nadim estaba aquí.

Miro alrededor, confusa. Vuelvo a coger aire. Empiezo a temblar. Qué está pasando. Qué está pasando. Qué está pasando. Dónde está el barco que nos atacó. Dónde está Nadim. Estaba justo aquí. Delante de mí. Caído después de recibir una puñalada que iba para mí. La respiración se me dispara. No puedo. No puedo respirar. Aire. Necesito aire. Qué está pasando. Qué está pasando.

—¡Zahara! ¡Zahara, mírame!

Lo intento, pero todo parece inestable. Mi mirada se nubla con cada bocanada desesperada.

—Zahara, respira. Respira, tranquila. Respira.

Erea respira hondo frente a mí, sin soltar mis hombros. Sin dejar que caiga de nuevo en las profundidades. Inspira... Espira... Inspira... Espira... Intento imitarla. Inspiro... Espiro... Inspiro... Espiro... Me agarro a ella para sentirla más real. Incluso le clavo las uñas, pero ella no se queja.

Inspiro...

Espiro...

Los pálpitos de mi corazón comienzan a calmarse. Me da vueltas la cabeza. Caigo encima de Erea, mi frente contra su hombro, y sus brazos pronto me envuelven, apretándome contra su cuerpo. Un beso en mi cabeza.

—Tranquila, tranquila...

Continúo respirando durante un rato indeterminado, siguiendo el ritmo que marca mi compañera. Sus caricias en mi cabeza y en mi espalda, lentas, también ayudan a relajar mi cuerpo en tensión. Casi me derrumbo ante ella, sin fuerzas, y sólo entonces me doy cuenta de que estoy temblando.

Erea no me presiona. Nunca lo hace. Se queda dándome abrigo todo el tiempo que necesito y yo me dejo mecer por su calma. Agradezco la brisa fresca que llena las velas del barco, aunque el movimiento sólo me marea más.

En algún momento, mi mente cede al agotamiento que deja tras de sí el golpe que ha recibido. Caigo dormida.

En mis sueños, Nadim todavía está aquí.



Kay

Nadim no despierta y el barco parece sumergirse en su mismo sueño, agitado pero silencioso, febril y agobiante. Como en ese cuento en el que la princesa duerme durante cien años y con ella, su reino, nosotros somos ahora súbditos pasivos, observadores, simplemente aguardando. Durante los siguientes días no hay risas ni canciones, y las conversaciones se suceden a media voz, como si todos se sintieran culpables de mostrar un hálito de vida mientras nuestro compañero agoniza.

Owain ha vuelto mil veces a su lado, pero su magia no parece hacer efecto sobre él. Admite que no sabe lo que ocurre, que algo se escapa a su poder. Que los hechiceros, al fin y al cabo, no tienen cura para todo. Nadie lo culpa. Nadie puede hacerlo, porque sabemos que se siente inútil, incluso si no tiene la culpa. Tayeb, durante esos días, apenas pronuncia palabra. Trabaja, quizá para apartar su mente del dolor, pero los remordimientos lo están comiendo vivo por dentro: lo sentimos dar vueltas en su catre de noche, incapaz de dormir. Si antes era serio y frío, malhumorado, ahora es taciturno y distante, lleno de rabia y tristeza. Sólo deja que Sabir se le acerque y le hable, pero ni siquiera eso le consuela.

Los demás nos turnamos como podemos para guardar a Nadim. Nos aseguramos de que no le suba la fiebre y nos sentamos a su lado. A veces, cuando entro en el camarote, tengo la sensación de que Jared le está hablando, pero nunca llego a entender lo que le dice. Yo, por mi parte, guardo silencio todo el rato y me sumerjo en mis pensamientos. Cuando el sol se oculta, miro a las estrellas y les pido ayuda para él. Tiene que haber alguna que me escuche. Tiene

que haber alguna que se apiade de mí, de él, de toda la tripulación de este barco que parece a punto de zozobrar. Que parece a punto de desaparecer en la niebla de la madrugada hasta que alguien haya logrado crear una cura para Nadim.

Cuando volvemos a Rydia, la ayuda que pedimos no baja del cielo como un cuerpo celeste, pero desciende hasta el refugio, acompañándome hasta el navío, de donde no hemos querido mover al moribundo. Como si fuera un cielo nocturno, Badra viste de negro con un velo de estrellas sobre los cabellos.

Nadim está hoy más inquieto que de costumbre, llamando a su hermana y musitando incoherencias. ¿Piensa que ella está aquí? ¿Soñará que es un niño a su lado, corriendo por las calles de su ciudad, jugando al escondite en su palacio?

Tras examinarlo, Badra niega ante nuestra mirada atenta y yo creo que me dice que no, que no está soñando nada de eso.

Hasta que entiendo que lo que está diciendo es que no conoce ninguna solución.

Jared parece seguir el mismo razonamiento a la par que yo, porque lo veo adelantarse con la mirada encendida. Rick, por suerte, está a su lado para contenerlo. Lo sujeta del brazo, y ni siquiera el capitán tiene la fuerza necesaria para desasirse.

—¿Qué significa eso? ¿Que no puedes hacer nada por él? ¡Eres una nigromante!

Badra, por supuesto, no se deja amedrentar. No es una mujer que vaya a perder los nervios por los gritos de un hombre nervioso. ¿Cuántas veces habrá vivido situaciones así? ¿Cuántas veces le habrán alzado la voz porque retratan a los nigromantes con un poder sin límite? Ella se humedece los labios y alza la barbilla, consciente de que nadie aquí puede hacerle nada. No la tocarán si ella no lo desea. Puede que su magia no le permita obstaculizar a la Muerte si ha puesto su mirada en alguien, pero no tendrá problemas en enfrentarse a unos simples mortales.

—Es demasiado tarde, capitán —dice con una suavidad y una calma que lanzan escalofríos por mi columna—. No se trata de cerrar una herida. La piel

está curada. El problema está dentro. En sus entrañas, en algún órgano dañado... —El volumen de su voz desciende—: Lo más rápido, lo más amable, sería que os ahorráseis el sufrimiento.

Hay un silencio cargado de horror. ¿Qué está diciendo? ¿Que lo matemos? ¿Que no hay más posibilidades para él? ¿Que puede acabar sus días gracias a una mano amiga o seguir sufriendo por saben los Elementos cuánto tiempo? Me llevo la mano a la boca para acallar un gemido o para tragarme la inminente náusea. Siento que la piel se me queda fría. Collen, a mi lado, posa los dedos en mi brazo, apoyándose en mí o procurándome su apoyo, no lo sé muy bien. No puedo dejar de mirar el rostro de Nadim.

Jared es el que actúa antes que nadie mientras los demás intentamos digerir la idea. La sugerencia le da la fuerza necesaria para rechazar el agarre de Rick y adelantarse. Badra ni siquiera parpadea cuando él la agarra del vestido, casi alzándola del suelo. Si los ojos del capitán destilan furia, los de ella están preñados de tristeza, consciente de los sentimientos que mueven al hombre.

—¿Que lo matemos? ¿Es eso lo que quieres decirnos?

—Ya se ha hecho todo lo humanamente posible por él —murmura la nigromante—. Ahora sólo podéis elegir un acto de piedad o alargar esto de manera innecesaria.

El corazón se me encoge aún más al escuchar esas palabras. Salido de algún lugar, Harren aprieta el hombro de Jared y le pide que suelte a la muchacha. Owain dice que ella no tiene la culpa. Las sombras en la periferia de mi visión se mueven, murmuran, intercambian opiniones. Yo no puedo dejar de observar a la nigromante y luego, al hombre que duerme en la cama. Alguien dice que la magia no es capaz de todo. Alguien, enfadado, le echa algo en cara. Badra nos mira, a nosotros o a nuestras auras, no lo sé muy bien. Al final repara en mí y, aunque sólo sea por un segundo, recuerdo sus palabras cuando fui a visitarla por primera vez: «Esas son las opciones humanas. Puede que... haya más posibilidades».

—El libro.

La voz de Collen ha sonado directa y me giro hacia él. Todavía está a mi lado. Me observa. Casi como si me hubiera estado leyendo el pensamiento. Si la situación no fuera tan apremiante, si todo dentro de mí no amenazase con disolverse, tendría ganas de sonreír.

—El lago —murmuro, comprendiendo. Badra parece haberse dado cuenta de nuestro intercambio de palabras y entorna los ojos—. Si hay un lugar que pueda devolverme mi cuerpo, ¿podría el mismo lugar devolverle a él la salud?

La nigromante parece titubear por primera vez:

—Si encontraseis uno de los lugares míticos, una fuente de deseos, podría funcionar. Pero... ese tipo de magia sólo concede deseos a la persona que los pide. Él tendría que desear vivir: nadie puede pedir ese deseo por él. Podéis encontrar ese sitio. Podéis llevarlo hasta allí. Pero sólo él puede decidir salvarse.

¿Y puede decidir hacerlo si está inconsciente? ¿Puede esa agua mágica, o lo que sea que esté disuelta en el líquido, o las fuerzas que viven en ella, saber lo que anhela? Supongo que sí. Supongo que así funciona la magia y no seré yo quien la cuestione.

Asiento, haciéndole ver que lo he comprendido. Quiero pensar que no hay duda. Que él elegirá volver. Que hay demasiadas cosas, demasiadas personas que lo atan a este lugar..., ¿verdad?

—¿Cuánto tiempo...? —No. Esa no es la pregunta. Me giro hacia Collen, que parece estar pensando a toda velocidad—. ¿Has estado trabajando en ello? ¿Tienes alguna otra pista?

Mi amigo asiente, aunque no parece del todo convencido. Jared, a su vez, nos mira con los ojos entornados, consciente a medias sobre lo que estamos hablando.

—No sé qué os traéis entre manos vosotros dos —concede—. Pero si puede salvar a Nadim...

Lo hará. Claro que lo hará.

—Estoy bastante seguro sobre el lugar.

Eso parece tomar la decisión por todos nosotros.

—Si estáis tan decididos, puedo daros algún remedio para mantenerlo estable —dice Badra—. No puedo prometer nada y no se recuperará, pero...

—Hazlo —la corta Jared, sin dedicarle un solo minuto más de la cuenta—. Los demás, ultimad el barco. Nos vamos hoy mismo, así que quiero todo preparado para salir. Collen, tú enséñame el rumbo y dime todo lo que sepas.

Nadie protesta. Hay un beneplácito colectivo y un revuelo de susurros mientras cada uno se adjudica una tarea. Me dejan a solas con Badra, que me mira un instante y luego me da la espalda, sacando de su morral algunas botellitas y hierbas pulcramente empaquetadas. Todos los botes parecen estar etiquetados, aunque no me atrevo a acercarme para leerlos. En su lugar, me quedo en mi sitio e inclino la cabeza. Nadie le ha dado las gracias, así que me siento en la obligación de dárselas yo:

—Mis agradecimientos. Una vez más...

—Hay una cosa más —me corta ella—. Sobre tu futuro.

Mi cuerpo se niega a moverse. Aguanto la respiración. Por un instante temo cómo vaya a continuar la conversación. Tengo miedo de que me haga tomar una decisión. De que me advierta que, si lo curamos a él, no habrá más magia para devolverme mi cuerpo.

Porque la magia, o eso dicen, siempre tiene un precio.

Trago saliva e intento sonreír, como si no me preocupase lo que me acaba de decir. Pero, oh, ella sabe a la perfección cómo me siento.

—Tu padre te buscará. Pronto.

Cojo aire. De todas las cosas que podría haberme dicho, esa era la que menos esperaba. Y no porque no supiese que pasaría, tarde o temprano. Claro que lo sabía. Aunque haya estado intentando arrastrar la figura de mi padre hacia un rincón de mi mente, está demasiado presente en cada cosa que hago. Sonrío, triste, procurando mantener la oleada de emociones tras la pared, a raya tras la muralla de mi corazón.

No obstante, es sólo un intento pobre y demasiado inexperto.

—Supongo que era de esperar. —Pero antes de que pase, tengo algo que

hacer. Algo más importante. Si algún día vuelvo a presentarme ante él, que sea como yo quiero, con mis propias condiciones. Con el cuerpo que él jamás quiso darme. Antes de que pase, tenemos que salvar a Nadim—. Un *heredero* que se ha marchado es siempre una amenaza que podría volver, así que intentará acabar con la amenaza si ve que no puede llevarla a su terreno. —Me encojo de hombros. Sé que suena un poco derrotista—. ¿Algo más que las estrellas te hayan mostrado y que deba saber?

Badra niega con la cabeza y vierte unas hojas en la copa con el agua que estamos intentando que Nadim beba. Me siento en la cama, observándola trabajar. Durante un largo momento, nadie dice nada. Al final, sintiendo que no puedo aguantar más el espeso silencio, hablo:

—La encontré. A Zahara. —Ella se queda quieta. Se gira, apenas—. Lo digo porque sé que os conocíais. Que fuisteis amigas en el pasado. Así que pensé que... te gustaría saber que está bien. Yo querría, al menos.

—Amigas —dice ella, paladeando algo que no comprendo. Entonces se irgue y me encara—. En algún momento fuimos algo más que eso, aunque a su hermano nunca se lo dijo. —Entreabro los labios ante su mirada fija—. Tenía más razones de las que él sabía, en realidad, para huir. No sólo se trataba de que intentaran encarcelarla en un matrimonio que no deseaba. De que intentasen alzar barrotes a su alrededor, una y otra vez, coartando su libertad. Además de eso, querían casarla con un *hombre*. Nunca supieron nada de ella. Nunca entendieron nada de ella y no tuvieron las agallas para averiguar qué cosas le gustaban. Qué cosas odiaba.

»Pero confiaba en que siguiera viva. En que, si hubiera muerto, de algún modo lo habría... sabido.

La cabeza me da vueltas. ¿De cuántas maneras pueden obligarnos a ser algo que no seremos ni pretendemos ser? ¿De cuántas formas pueden condenarnos? Qué fácil es para otros decidir lo que es mejor para un ser humano. Qué sencillo resulta encerrar a una persona y dejar la llave fuera de su alcance. Guardo silencio, mirando a mis propios pies. Observando los tabloncillos limpios y mis

botas sucias y desgastadas.

—Gracias de todos modos —añade a modo de ocurrencia tardía—. ¿Dónde...?

—En el *Libertad*. Se vieron antes de que... Él recibió una estocada que iba para ella.

Badra no pregunta nada más, aunque mira a Nadim. Como si una luz nueva se colara por el gran ventanal del camarote y lo bañase para mostrar una perspectiva distinta de él. Cuando se acerca a mí, lo hace para tenderme una mano que acepto. Aprieta mis dedos con suavidad, como si me diera fuerzas.

Tengo la sensación de que sabe algo de mí que yo todavía desconozco.



Zahara

La figura de Sirsha se adivina ya en el horizonte y creo que nunca me había alegrado tanto de regresar al hogar. Por lo general prefiero el mar, su acción, su dinámica, sus posibilidades. Me gusta la vida en el barco, el trabajo. Los días en Sirsha son más tranquilos, y eso es lo que necesito yo ahora: tranquilidad. Después de lo que ha pasado, no soy la persona más útil en el *Libertad* y sólo quiero tiempo para pensar.

Siento que no he asimilado todavía el ataque de hace tres días. Y cuando pienso en Nadim sólo siento frío y una sensación pesada en el pecho que amenaza con hundir mis pulmones bajo ella, quitándome así la respiración.

Unos brazos me rodean desde atrás y, a mi pesar, sonrío un poco. Lleva desde el ataque preocupada por mí, pendiente de cada movimiento, pero dejándome espacio cuando lo necesito. Sus labios tocan la curva de mi cuello.

—¿Cómo se encuentra mi tempestad? —pregunta contra mi piel—. La veo demasiado serena y pensativa...

Intento mostrar un poco más la sonrisa de mis labios. Me giro entre sus brazos para encararla, para apreciar su rostro algo quemado por el sol. Enredo mis dedos en sus mechones rubios, casi blancos, que destacan siempre contra mi piel oscura.

—¿Será que por fin me has contagiado algo de tu calma?

Erea alza las cejas como si hubiera dicho una locura.

—¡A las tormentas no se las doma! —Me abraza con más fuerza, atrayéndome hacia sí, y yo dejo un beso en su hombro—. Cuéntame, ¿qué te

preocupa?

Al principio guardo silencio. No deseo preocuparla más. Ya ha estado demasiado pendiente de mí...

No obstante, sé que necesito sacarme algunos miedos de dentro. Algunas culpas. Por eso me acomodo, enredando mis dedos en su camisa.

—No hice nada —admito—. Me quedé allí, quieta, y nada más. No hice absolutamente nada.

—Zahara, no lo esperabas. Cuando yo te encontré estabas completamente bloqueada. Fue demasiado repentino todo. Ni siquiera podías pensar en qué hacer.

—No sé si eso hace que me sienta mejor —murmuro—. Ahora sí puedo pensar. ¿Crees que está muerto? Le vi caer, vi la herida y luego vi cómo se lo llevaban...

Ni siquiera me atreví a extender la mano para tocarlo. Ni siquiera rocé la muñeca para comprobar su pulso.

—Si está hecho de tu mismo material, estará dando guerra.

—¿Y qué se supone que tengo que hacer *ahora*? ¿Seguir como si nada hubiera pasado?

¿Volver a quedarme quieta, paralizada? Yo no soy así. Yo nunca me quedo quieta. Apenas sé hacerlo. Y cuando más necesitaba moverme, cuando más rápido necesitaba actuar, cuando tenía que ser ventisca y tormenta..., fui sólo calma chicha en medio de una travesía.

—Depende de lo que *quieras* hacer, Zahara. ¿Quieres olvidarlo? ¿Quieres... ir a buscarlo?

—¡No lo sé!

Sé que Erea no se merece semejante trueno, igual que no se merece que me aleje de ella. Sé que no me está presionando. Pero si no me puedo responder a mí misma, ¿cómo voy a responderle a ella? Por lo general tengo muy claro qué quiero hacer. No saber en qué dirección dar el siguiente paso es impropio de mí y me agobia.

—No lo sé —continúo tras respirar hondo, agarrándome a la baranda de proa. Puedo ver el mascarón desde aquí, la mujer que siempre divisa primero nuestros rumbos—. No sé qué se supone que quiero ni qué siento. Han pasado *diez años* desde la última vez que lo vi. Lo daba por casado con alguna noble, siguiendo los designios de nuestros padres, no lo imaginaba siendo un... pirata en la tripulación de *Jared*. Y ahora no sé qué ha podido pasar con él. No sé ni siquiera si está vivo ahora mismo. Y no sé si quiero averiguar que murió por mí después de haberme marchado hace años sin darle ni una sola explicación.

—Zahara... —Erea vuelve a acercarse a mí, pero mantiene la distancia para no atosigarme. Me conoce mejor que nadie. Sabe cuándo puede estar muy cerca y cuándo no—. No tienes que decidir nada *ahora*. No tienes que ser tan impulsiva para todo. Volvamos a casa. Descansemos unos días. Y piénsalo con tranquilidad. Podemos hablarlo. —Sus dedos rozan los míos en una caricia tentativa que pide permiso. Cuando suspiro, giro la mano y ambas entrelazamos nuestros dedos—. Sea lo que sea lo que decidas..., yo voy a estar contigo. Lo sabes, ¿verdad?

Lo sé. Ella siempre ha estado ahí para mí, desde que llegué al barco. Al principio como una amiga, alguien que me enseñó todo de la vida en el mar. Y después como algo más, alguien que me enseñó todo lo que significa querer a otra persona.

El pensamiento me relaja porque sé que puedo contar con ella en cualquier circunstancia. Por eso no reprimo el impulso de plantar un beso en su boca, como un rayo cayendo sobre sus labios. Cuando me separo, su preocupación ha desaparecido un poco para cambiarse por una sonrisa.

—¿Cómo está la capitana? —pregunto, intentando sacudir mis propias presiones fuera de mis hombros—. Ella tampoco ha parecido la misma desde el otro día...

—Se repondrá —murmura Erea, aunque hay una mueca de inseguridad en su cara—. Ella siempre lo hace. Creo que necesita descansar. Supongo que su encuentro con el pasado tampoco ha sido agradable. Me gustaría tener el poder

de consolarla, pero está rodeada de fantasmas.

Del fantasma de Angelique. Y del de Jared ahora. No puedo creer que él también haya estado en este barco. Que fuese a por Diandra. Aunque yo misma lo hice cuando abordaron el barco en el que viajaba hace diez años y descubrí que este era el navío que le habían arrebatado a Jared. Que esa era la mujer por la que nuestro amigo había desaparecido tan herido e iracundo algunos años atrás. La llamé de todo. Y ella entonces me contó su historia y me preguntó por la mía. Cuando me ofreció refugio, al principio me negué. Después, cuando me di cuenta de que su versión se sostenía por toda la tripulación, que también había sido la de Angelique, que un montón de mujeres se habían levantado contra un hombre para echarlo por hacer daño a una compañera...

Y después, por supuesto, me enseñaron Sirsha, o más bien el proyecto que iba a ser. Y ya no hubo manera de que me negase.

—Supongo que todas necesitamos volver a casa, ¿verdad?

Erea asiente, volviendo la vista al horizonte, donde ya se adivina la pequeña isla.

—A veces los barcos son demasiado pequeños para contener tantas historias. —Su boca toca mi mejilla antes de soltarme—. Ahora deberías volver al trabajo, antes de que la tirana que es la segunda de a bordo te vea de brazos cruzados. A nadie le gustan las marineras perezosas.

No puedo evitar sonreír y girarme para atraparla. Enredo mis dedos en su cinto para atraerla hacia mí, ladeando la cabeza con inocencia.

—En realidad, yo tengo a la segunda de a bordo en la palma de mi mano...

Erea se humedece los labios en ese gesto que casi siempre es una súplica para que mi boca cubra la suya.

—¡Favoritismos! Cómo los odio... No sé qué le das.

Consigue que se me escape una carcajada que suena a oasis en medio de un desierto lleno de angustia.

—Tempestades. De todo tipo. A esa marinera le gusta navegar en aguas turbulentas...

Por eso, cuando la beso, desato una tormenta en su boca.

* * *

Nadim vuelve a morir entre mis brazos.

Y yo despierto.

Cojo aire, de nuevo los pálpitos demasiado rápidos, el miedo paralizándome el cuerpo, la respiración acelerada. Cierro los párpados y me esfuerzo en respirar. Una vez y otra más. Poco a poco. Me sorprende que Erea no se apresure a abrazarme de inmediato y a respirar conmigo, como siempre que acude a mí esta sensación. Pero cuando miro alrededor entiendo por qué: no está aquí, lo cual me sorprende todavía más. Fuera apenas está amaneciendo y a Erea no le gusta madrugar cuando estamos en Sirsha.

Me paso la mano por la cara, intentando espabilarme, siguiendo con mis ejercicios de respiración. Inspirar... Espirar... Inspirar... Funciona pronto. Esta vez sólo ha sido una pesadilla. Está bien. Todo está bien.

Aguardo un poco más en la cama, dejando que todo mi cuerpo vuelva a la normalidad. La brisa entra por la ventana, cosa que agradezco.

No tardo en levantarme. Algo ha tenido que suceder para que Erea haya renunciado a sus buenas horas de sueño o a la posibilidad de mantenerme en la cama, sin dormir, todo lo que pudiese. Casi me da miedo saber qué es lo que la ha puesto en pie.

—¿Erea?

Nadie responde, así que me visto y me calzo para salir a buscarla. El poblado todavía está vacío: sólo las primeras mujeres comienzan a despertar y me saludan. Algunas, como Bonny y Mery, se dirigen todavía ahora a dormir, porque me sonrían con una botella en la mano, en dirección a su casa, y brindan por mí. Lo que más les gusta a ellas de regresar a Sirsha es que pueden celebrar cuanto gusten. Malley sí es de las que se despiertan temprano: no en vano se encarga del pan de cada día en este lugar. Ya huele a sus barras y a sus bollos,

que luego repartirá entre todas. Ya está mayor, es casi una anciana, y sin embargo se esfuerza cada día como la que más para ocupar su papel en esta improvisada sociedad que hemos creado entre todas.

Nos damos los buenos días y la dejo trabajar. El resto del poblado pronto despertará también, comenzará a afanarse en la creación de nuevas cabañas para todas las mujeres que van llegando, en la elaboración de prendas, en la búsqueda de comida... Las niñas saldrán a jugar y asistirán a la escuela que llevan Sigrid y Jeanne, que al haber sido nobles, como yo, son las más adecuadas para enseñarles todo lo necesario.

No tardo demasiado en encontrar a Erea. Está en el muelle con Diandra, esperando a la tripulación de un barco que ha anclado en la lejanía. Oh. Ya entiendo por qué en esta ocasión ha tenido que madrugar. Veo los botes acercándose.

—¿Creéis que estará enfadada?

Erea se gira, sorprendida de verme despierta.

—¿Enfadada? ¿Con nosotras?

Diandra cruza los brazos sobre el pecho, observando las figuras que reman.

—No es con nosotras con quien debería estarlo. Además, ¿por qué iba a venir si lo estuviera? ¿A reclamarnos qué?

—A lo mejor viene a dar por finalizada nuestra colaboración. Francamente, me la imagino viniendo hasta aquí para decirnos que todo ha terminado y a reprocharnos no saber cuidar bien de su mercancía.

—Dudo que quiera que eso pase —replica Diandra. Me mira con una ceja alzada, muy segura de sí misma. O de este lugar—. Le gusta demasiado nuestro refugio.

—¿Y a quién no? —apoya Erea. Después me pasa un brazo por la cintura para plantar su boca en mi mejilla. Se queda así, apoyada contra mí, y yo coloco un brazo en sus hombros y busco su sien con los labios—. Además, creo que Laeris no estaría muy contenta si algo así sucediera.

Sí, supongo que la encargada del Taller no estará feliz de que su método de

distribución de productos y sus protectoras rompan tratos. Eso no la ayudaría en nada.

Aguardamos unos minutos hasta que la vemos. Lynne va en el primer bote, y justo tras ella, algunos más en los que van sólo mujeres. Tiene hombres en su tripulación, pero nunca ha intentado que ni uno solo pise este lugar. Lo considera casi sagrado. No es nada que alguien le haya pedido, sino algo que decidió ella sola. Y en realidad las demás lo agradecemos. Quienes terminamos aquí venimos, en su gran mayoría, huyendo de hombres. O al menos, del mundo que han creado para nosotras. Creo que Lynne también tuvo una historia triste relacionada con ese mundo antes de ser mercader. Nunca le he preguntado, y dudo que hable de ella con cualquiera, pero sólo así se explica que cuando la conocimos y le explicamos lo que hacíamos, lo que éramos y dónde vivíamos, contuviese las lágrimas y nos dijese que nos ayudaría en todo lo que estuviese en su mano. Nunca ha faltado a su promesa. Ella nos trae a menudo todos los productos que necesitamos para vivir: telas, alimentos que aquí no podríamos encontrar, utensilios, herramientas, inventos del Taller que nos hacen la vida más fácil, y una gran cantidad y variedad de pociones para curarnos más rápido, pese a que en el poblado hay alguna hechicera.

A cambio de toda su amabilidad, hay que admitir que es exigente. Diandra dice que le gusta eso de ella. Es seria, comprometida y trabajadora. Quizá demasiado trabajadora. Creo que pocas veces la he visto hablar de otras cosas que no sean sus negocios. Claro que no me extraña: es la primera mercader de Marabilia. Su negocio es bastante sonado tanto por lo que gusta como por lo que algunos consideran impropio. Una mujer de su edad, por supuesto, debería estar ya casándose... ¿Qué digo, casándose? ¡Dando hijos! Y ella no tiene a ningún hombre detrás de su negocio, lo cual molesta a otros tantos. No creo que la vida de Lynne sea fácil. Nosotras decidimos alejarnos del mundo, crear el nuestro propio, pero ella sigue teniendo que soportar a aquellos siempre dispuestos a decirnos quiénes debemos ser o cómo hemos de actuar.

Cuando la mercader se planta ante nosotras, tiene a una niña en brazos. Es

una chiquilla de no más de seis años, de rizos rubios muy sucios y grandes ojos castaños que miran alrededor sin saber qué hacer. Parece un poco desnutrida, y se agarra a la muchacha con todas sus fuerzas con sus pequeñas y delgadas extremidades.

—Sé que vais a tener una muy buena explicación para decirme por qué he perdido un montón de ingresos por culpa de unos piratas y ese barco sigue navegando y mi mercancía no está de vuelta. Espero.

Sonrío. Yo tenía razón. Está enfadada.

Miro a Diandra y Erea. Erea se encoge un poquito contra mí y Diandra alza las cejas y la barbilla. Duelo de voluntades entre dos capitanas: la de la flota de *Sueños* y la del *Libertad*.

—Pero antes... —dice Lynne, sorprendiéndonos a todas.

Cuando se gira hacia los botes, nosotras también echamos la vista hacia ellos. Entonces vemos que están llenas de muchachas. Hay varias niñas y jóvenes más crecidas. Una mujer embarazada. A todas ellas las ayudan las tripulantes del *Sueño de Piedra*, el barco principal de la flota de *Sueños*.

La mercader se vuelve hacia nosotras de nuevo.

—Espero que tengáis sitio.

Diandra sonrío, sus rasgos se relajan.

—Veo que tus prioridades siguen claras. —Asiente—. Sabes que siempre hay sitio aquí para quien lo necesite.

Veo cómo extiende la mano hacia la niña con la que carga Lynne y roza su mejilla con cariño. La pequeña parece apretar los labios y echarse hacia atrás, desconfiada. Supongo que es una niña de la calle. Todas parecen así al principio, reservadas y recelosas. No quiero imaginar lo que ha tenido que vivir.

—Erea os acompañará.

Nos soltamos al mismo tiempo y observo cómo a Erea se le ilumina la cara. No conozco a nadie a quien le gusten las niñas más que a ella. Mi pareja extiende los brazos hacia la muchacha que Lynne sostiene y la toma con expresión dulce.

—¡Tenéis mucha suerte! —exclama—. Llegáis justo a tiempo para el desayuno. Y aquí hacemos los mejores bollos: nuestra panadera es la mejor de Marabilia. Y a las chicas valientes, como vosotras, que habéis llegado hasta aquí, siempre les da algún dulce de más...

El estómago de la niña que sostiene ruge y la chiquilla se lleva las manitas a la tripa, avergonzada. Erea ríe, encantada, y mira a las demás también cuando se gira; ya todas están en pie y echando ojeadas en derredor.

—¡¡Andando!!

Al pasar por mi lado, deja un beso en mi mejilla que yo convierto en un choque de labios al girar rápido la cabeza. Ella ríe y me dice algo mientras se va relamiéndose.

Las vemos marchar hasta que Diandra recupera nuestra atención.

—Venid vosotras también. Hablemos. ¿Ha sido muy grave el abordaje? Laeris no nos dio mucha información.

Entramos en la cabaña de Diandra, la primera de todas. Nos sentamos a la mesa y la capitana se toma la libertad de servirnos algo de licor.

—Lo justo para tener que disculparme con algunos reyes hasta que casi no me han quedado palabras ni promesas que hacerles. Pude enmendarlo, por suerte, y lo único que pasará es que las medidas contra los piratas se volverán cada vez más firmes... Así que tened cuidado.

Miro a Diandra, que se mantiene pensativa, y luego a Lynne.

—Creo que esta vez habéis sido vosotros la trampa y nosotras el objetivo, Lynne.

La muchacha alza las cejas con incredulidad. Sus ojos castaños, oscuros, hablan de no creerme.

—¿Por qué piensas eso?

—Por quiénes fueron los culpables de los últimos asaltos. Todo apunta a que no les interesaba el material: sólo querían llegar hasta nosotras y debían de saber que, si atacaban ciertos barcos, iríamos tras ellos.

Supongo que Jared iba buscando una venganza que no encontró, porque

Diandra está justo aquí, a mi lado, con el rostro ensombrecido. La miro de reojo. ¿Le diría la verdad? ¿Cómo estará Jared ahora que la conoce? No creo que bien...

—No sé qué pasará ahora —le explica Diandra a Lynne—. Quizás os dejen en paz o quizá... vuelvan. Es difícil saberlo. Dudo, de todas formas, que esto lo hayan hecho solos. No podían saber que saldríamos en vuestra defensa, a menos que alguien se lo dijera...

Las palabras de mi capitana traen a mi cabeza algo que había estado bloqueado hasta este momento, bajo la sorpresa del encuentro y el choque con lo que ocurrió después. Aparto de mi mente la imagen del cuerpo ensangrentado de mi hermano y me centro en lo que me dijo. ¿Cómo no me he dado cuenta hasta ahora?

—El barco con el que nos atacaron no es el barco de esa tripulación. Su verdadero barco, el *Angelique...*, está en manos del rey de Dahes.

Diandra me mira con incredulidad, Lynne sólo alza las cejas. Cruza los brazos sobre el pecho y enreda los dedos en el final de la larga trenza que lleva a un lado de la cabeza. Parece marcharse lejos de aquí.

—Así que las sospechas de Laeris son ciertas. Ella me ha dicho varias veces por carta que tengamos cuidado con Dahes. Cree que el rey quiere hacer el Taller de uso propio del país. Que no sea un negocio abierto, sino... privado.

Diandra frunce el ceño.

—Si es así, debe de estar asegurándose de que las ventajas de la existencia del Taller se quedan sólo en Dahes. Por eso ataca a los barcos que pretenden circular el material fuera de sus fronteras.

Lynne chasquea la lengua con disgusto.

—¿Sabéis? Arthmael siempre me dice que ese tipo es un capullo y que es peligroso, que ha tenido encontronazos con él. En la última Cumbre de Marabilia estuvieron discutiendo durante horas. A veces creo que debería escucharlo más a menudo.

Pongo los ojos en blanco.

—No, tampoco tanto. Que un hombre tenga razón una vez en su vida es sólo un caso extraordinario que viene a confirmar la regla de que, por lo general, no tienen ni idea.

Lynne sonríe de medio lado, divertida.

—Pues también es cierto.

Diandra resopla, divertida, pero pronto vuelve a ponerse seria. Coge su licor y le da un trago, echándose hacia atrás en su asiento. Lynne no prueba la copa y yo prefiero no comenzar a beber tan temprano. Ni siquiera tengo nada en el estómago.

—Si el rey de Dahes ha sido también el que ha estado tras los otros ataques que has sufrido, todos esos diferentes barcos... Estaremos atentas, pero no sé cuándo volverán a aparecer. Imagino que, si Geraint tiene el *Angelique*, Jared querrá recuperarlo y por eso sigue sus órdenes. —Su voz baja hasta convertirse en un susurro—. Si aún se parece en algo al niño que conocí, dudo que renunciase a su orgullo para trabajar para un rey.

Estoy de acuerdo. Yo no lo conocí tanto como ella, que lo vio nacer, pero si se parece al chico que nunca dejaba una pelea a medias y que no soportaba perder, dudo que permita que le quiten su barco sin más.

Lynne no dice nada. Se pone en pie y se acerca a la ventana, mirando hacia fuera. Sigue jugando con las puntas de sus cabellos.

—¿En qué estás pensando?

—En que creo que Dahes no dará problemas en una temporada.

Diandra y yo nos miramos, frunciendo el ceño, antes de volver la vista hacia ella.

—¿Y eso por qué?

Cuando se gira hacia nosotras, Lynne sonríe como si estuviera sucediendo algo muy divertido.

—Porque Dahes está a punto de perder la transacción más importante del reino. Laeris me escribió diciendo que hay rumores de que el príncipe ha desaparecido. No creo que tenga tiempo de preocuparse de materiales si es

cierto: más le vale al rey encontrar a su hijo y pronto. Antes, al menos, de que las habladurías lleguen a Dione, donde hay una princesa prometida... Sería lamentable que esas noticias llegaran al rey, ¿verdad?

La manera en que lo dice, sin dejar de esbozar esa sonrisa confiada y casi maliciosa, me deja claro que no lo lamentaría en absoluto. Diandra, a mi lado, se echa hacia delante y bebe otro trago de su copa, saboreándolo.

—Sería lamentable que cierta mercader respetada por la familia real de Dione se fuera de la lengua, sabiendo lo importante que es esa alianza. Pero cuidado, porque no queremos que en Dahes se enteren de que has sido tú la chivata. Y ¿cómo se pierde a un príncipe, de todas formas?

¿Con un secuestro? ¿O simplemente habrá huido de la boda? Podría comprenderle, si así fuera. Yo huí de una.

—Ni lo sé ni me importa. Ni siquiera me atañe si es cierto. Pero no creo que en Dione quieran que su princesa pierda un potencial prometido otra vez. Ya perdieron uno hace años.

—Adivina por culpa de quién —me burlo.

El más mínimo color en las mejillas de Lynne, aunque mantiene la dignidad y carraspea.

—Sólo digo que la princesa debería estar enterada de la probabilidad.

—¿Laeris estará de acuerdo en meter a Dione en esto?

—Sospecho que Laeris estará de acuerdo con cualquier cosa que ponga nervioso a Geraint de Dahes. Sobre todo si ha estado intentando intervenir en sus negocios. Y Geraint se ha metido con mis barcos. Y, oh, nadie se mete con mis barcos.

Suena amenazadora. No me extraña. Salida de la nada, la muchacha ha levantado lo que va camino de convertirse en un imperio naval en pocos años. Recuerdo cuando se presentó aquí por primera vez: venía, por supuesto, de parte de Laeris, que nos mandaba cargamentos de provisiones. Se quedó fascinada con el poblado. Con el tiempo, algunas terminamos conociendo más de su historia y lo que hay detrás de ella, si bien todavía hay mucho que se nos escapa.

Comprendemos, sin embargo, que los barcos de Lynne son lo más preciado que tiene. Con lo que soñó siempre y lo que consiguió tras mucho esfuerzo. No dejará que nadie vaya contra su negocio.

—Démosle tiempo —reflexiona Diandra. Ambas la miramos; Lynne, no muy contenta: al fin y al cabo, ella ya ha sufrido pérdidas—. Veamos cómo actúa a partir de ahora. Si quiere hacer algún otro movimiento, lo hará y nosotras estaremos preparadas para detenerlo.

Lynne chasquea la lengua de nuevo, pero termina por asentir. Yo estoy más de su lado que del de Diandra en esta ocasión. Diandra es más una estratega, yo iría directamente a por Geraint. Aun así, puedo entender que no sea sensato ahora. Lynne también.

—Os he traído víveres —dice, decidida a cambiar a un tema más amable—. ¿Me acompañáis a revisarlos? Si os falta algo, lo conseguiré para vosotras.

La sonrisa de Diandra es cálida entonces. Pese a que Lynne debía de estar enfadada por las pérdidas sufridas, ha pensado en nosotras.

—Veámoslo, aunque tú siempre estás en todo.

Lynne sonrío de medio lado. Siempre que estoy ante ellas no puedo evitar fijarme en cuánto se respetan la una a la otra. No diría que son amigas, pero sí que se admiran.

—Supongo que ese es el verdadero trato: ayudarnos siempre.

Todas aquí nos alegramos de contar con ella.

* * *

La jornada avanza cargando cajas y repartiendo los materiales y los alimentos que Lynne nos trae. Como cada día, todas trabajamos para hacer posible este pequeño mundo apartado de Marabilia y sus normas, en el que las mujeres tenemos que vivir como se nos dice y no como deseamos, en el que se nos violenta y mata. En el fondo, agradezco que Nadim me diese la espalda cuando más lo necesitaba: eso me dio la fuerza suficiente para largarme, y largarme hizo que pudiera conocer este lugar, que por entonces no era sino una brizna de lo que ahora es. Al principio era sólo un refugio para nosotras, las que navegábamos en

el *Libertad*. Ahora es un refugio para toda aquella mujer que quiera huir. Cuando Laeris primero y Lynne después empezaron a formar parte de esto, la población fue creciendo gracias a las que ellas ayudan a escapar.

Aquí todas colaboramos para hacer de este lugar un hogar seguro. Aquí no hay matrimonios por conveniencia. Aquí nadie te dice que no puedes hacer algo por ser mujer. Qué locura parece, en realidad, que alguien nos haya podido poner trabas por algo tan estúpido en algún momento. Día a día aquí se demuestra que podemos ocuparnos de un pueblo por nuestra cuenta: hay maestras para las niñas, hay herreras, hay guerreras que nos marchamos y guerreras que se quedan para defender a las demás cuando no estamos.

Es una buena vida. No la habría conseguido jamás habiéndome quedado en Rydia. No era mi lugar. No era mi destino. Tampoco habría conocido nunca a Erea.

Cuando vuelvo a casa, extrañada de no haberla visto volver después de acompañar a las nuevas, no me espero lo que me encuentro. Erea está ahí, sí, pero no sola. Unos grandes ojos oscuros se me quedan mirando.

—Ah, ya me había parecido que se estaba acercando la tormenta —comenta Erea, sentada en el suelo.

Parpadeo. Hay una niña en su regazo a la que le está haciendo trenzas. Si no me equivoco, es la misma que Lynne traía en brazos.

—¿Tenemos una pequeña visitante?

La muchacha nos mira, primero a una, luego a otra... y se abraza a Erea con fuerza. Creo que me reta con la mirada.

—Se llama Alona, viene de Sienna y creo que se ha encariñado conmigo —dice Erea. Su sonrisita indica que no le molesta lo más mínimo—. No ha querido soltarme cuando he intentado dejarla con las demás.

—¿Crees que está bien ir conquistando a muchachitas tan jóvenes, Erea?

Mi pareja sonrío, divertida.

—¿Qué puedo decir? Soy débil ante las chicas bonitas. —La mirada que me lanza, recorriendo mi cuerpo de arriba abajo, no es nada que una niña deba ver

—. Pero tú eso ya lo sabes. —Cuando pongo los ojos en blanco, ella se ríe—. Alona, esta es Zahara. Vive aquí, conmigo.

Alona me mira mientras yo me siento frente a ellas, apoyando el codo en la rodilla y la cara en la palma de la mano. La pequeña está desnutrida y creo que tiene golpes en el cuerpo, además de estar bastante sucia. La niña me observa también, de manera crítica, y al final alza la mano y la mueve, saludándome, aunque no muy confiada.

—Quería ir con Lynne, pero le he dicho que para eso tiene que ser más mayor.

—¿Y qué respondió a eso?

No sé si me gusta la manera en que sonrío Erea, escondiendo su expresión tras los cabellos de la chiquilla.

—Me quedo aquí.

Me sorprende que sea la voz de Alona la que suene. Es apenas un susurro, un fluir de agua en medio de un oasis. Parpadeo, no sé si más incrédula porque haya abierto la boca o por lo que ha dicho.

—No puedes quedarte *aquí*.

Ella aprieta los labios.

—¿Por qué?

—Pues... porque hay otro sitio...

—Pero yo quiero este sitio.

—Bueno, sí, está en este sitio, pero es otra casa, con otras niñas y...

—Yo quiero esta casa.

—No me has entendido...

Alona se echa encima de Erea con más fuerzas. Desde luego, no voy a tener colaboración para disuadirla porque la feérica ríe y la estrecha también entre sus brazos.

—Aquí —declara la pequeña. Y ya no sé si se refiere a la casa o a los brazos de mi compañera.

—Ya lo he intentado, pero está decidida. Creo que nos está adoptando, más

que nosotras adoptarla a ella. Le dije que no siempre estábamos en casa y, aun así, su respuesta fue...

—¡Puedo cuidarme solita!

—Esa misma.

Alzo las cejas.

—¿Cuántos años tienes?

—¡Siete! —Y cuando enseña sólo una mano, deja claro que no tiene ningún tipo de noción de matemáticas—. Soy muy mayor.

Lo admito: casi consigue que me eche a reír.

—Toda una adulta.

Ella asiente, muy seria, en absoluto reconociendo el sarcasmo, y eso sí hace que me ría. Tengo que admitir que es encantadora. Aunque Erea parece pensarlo mucho más que yo. Deja una caricia en su cabeza y la abraza a su vez, encantada.

—Bueno, podrías quedarte con nosotras cuando estemos aquí... ¡pero cuando nos vayamos, tendrás que volver con las otras niñas! E ir a clase todos los días. Y yo quizá no, pero Zahara es *muy* estricta...

Miro a Erea, alarmada, abriendo mucho los ojos. ¿Está hablando en serio? La niña, desde luego, así lo cree, porque se le ilumina la mirada.

Me pongo en pie como un vendaval.

—¿Podemos hablar, mi calma? —Cuando Alona me mira, frunciendo un poquito el ceño, yo me apresuro a acercarme a una de las estanterías que tenemos a coger un libro cualquiera—. Tú mira esto: tiene dibujitos.

Es una niña, al fin y al cabo, y por eso es fácil distraerla: se le ilumina otra vez la mirada y coge el tomo, abriéndolo con curiosidad. Me surge la pregunta de si alguna vez habrá visto uno antes.

Sea como sea, aprovecho el momento para coger a Erea del brazo y tirar de ella hacia el dormitorio.

—¿Sabes qué estás haciendo?

Erea boquea un poco. Enreda sus manos tras la espalda y me pone *la mirada*.

Yo ya sé que me he metido en una trampa. Ante *la mirada* pocas cosas puedo no hacer.

—Bueno, es muy mona. Y está sola y perdida. ¿No te hubiera gustado que alguien te tendiese la mano en su situación? Sólo es una niña...

Me resisto, cruzando los brazos sobre el pecho.

—Como muchas de las niñas que están en el orfanato. Y no las tenemos a todas en casa.

—Claro que no, pero nunca antes ninguna se había aferrado a alguna de nosotras con tantas ganas. Ninguna nos había pedido... que le hiciésemos un sitio.

Eso es cierto. Preparo mi siguiente réplica, pero entonces los dedos de Erea atrapan los míos, obligándome a deshacer la muralla que había hecho con mis brazos. Sus manos juegan con las mías y yo las observo. Siempre me sorprende lo bien que encajan. Lo bien que encajamos. No puedo evitar la tentación de llevarme sus dedos a la boca para besarlos, cuando veo que baja la vista y algo triste se posa a su alrededor.

—A mí me habría gustado que alguien a su edad me... hubiera tendido una mano. Me habría encantado tener a dos mujeres fuertes para guiarme.

Callo. ¿Cómo negarme ahora? Supongo que se siente identificada. No sé cuál es la historia de Alona, pero si ha llegado aquí, si Lynne la ha traído, es porque no tenía nada de feliz. Y Erea comprende eso. Yo tuve suerte: a mí sólo quisieron casarme con un hombre. Erea vio morir a su madre cuando era muy pequeña y a su padre enloquecer por la pérdida. El alcohol corrió demasiado por su garganta. Después, corrieron los golpes. Erea aguantó hasta que su padre le intentó arrebatarse las alas a tirones porque le recordaban a su difunta mujer. Salió volando. Tenía nueve años. Sobrevivió como pudo hasta que se coló en el *Libertad* haciéndose pasar por una muchacha de dieciséis cuando sólo tenía catorce.

Suspiro. En realidad, no se me ocurre ninguna buena razón para negarme. Por eso extendo los brazos y rodeo el cuerpo de Erea, besando su cabeza para

eliminar los malos recuerdos.

—Bueno, no es que tuviera pensado ser *madre*, sinceramente...

Erea deja escapar una risita que es pura calma, agua fresca tras un sol abrasador.

—¿Cómo que no? Yo estaba pensando en tener seis o siete...

Sé que no habla en serio, pero eso no quita que me ruborice.

—Conmigo no cuentas.

Me inclino, para alcanzar sus labios, su risa, pero antes de conseguirlo el sonido de la puerta nos hace alzar a las dos la cabeza. Alona está allí, con el libro entre los brazos, su cara a medias escondida tras él.

—Los dibujos son bonitos, pero no los entiendo...

Erea se echa a reír y yo no puedo evitar una sonrisa también. Miro a mi amiga, mi compañera, mi confidente, la persona con la que nunca soñé y que apareció como si encontrarnos fuera tan sólo lo que tenía que suceder.

—Eso que ves marcharse por la ventana es nuestra intimidad. Espero que sepas lo que has hecho.

Ella me sonrío, radiante, y todo merece la pena sólo por eso. Me coge de la camisa para que me incline y susurra contra mi boca, muy bajito:

—Siempre nos quedarán las horas en las que esté en clase. —Un beso que me sabe a poco—. Te quiero, mi tempestad.

Se separa de mí, dejándome con ganas de más de sus labios y su presencia, y se gira hacia la nueva mujer de su vida. Le dice que puede quedarse con nosotras, pero que tendrá que portarse muy bien, y Alona simplemente asiente, muy obediente y feliz. Cuando se echa encima de Erea, creo que se echa a llorar.

Las miro, apoyándome en el dintel de la puerta del dormitorio con una sonrisa tierna, mientras Erea acaricia los cabellos sucios y la estrecha con fuerza. Vuelvo la vista hacia la ventana, hacia el cielo que se adivina tras ella.

Ojalá estés bien, Nadim. Ojalá no hayas muerto. No lo mereces. Te perdono por lo que pasó. De no haber sido así, jamás habría podido encontrar una nueva familia.



Kay

Las leyendas se vuelven reales en una isla al oeste del estrecho entre Granth y Rydia, hacia mar abierto. En ella, según Collen, está lo que buscamos. En ella, en teoría, hay magia. La suficiente para sanar a Nadim, la suficiente para darme el cuerpo que sólo la luna llena me concede. La suficiente para convertir todos los deseos en realidad.

Llegamos a ella con el sol en lo más alto, después de lo que parece una eternidad. Hemos navegado durante días y por momentos me parecía que lo hacíamos en círculos, buscando un sueño, una locura salida de la mente de unas personas demasiado crédulas, de unos cazadores de leyendas que han perdido el rumbo. Cuando esta mañana al fin hemos avistado la costa, salida de entre la niebla como si acabase de emerger del mar, no me lo he creído. Temía que fuese un espejismo, que fuese a desaparecer en cuanto pusiésemos los pies en ella. Quizá, de alguna manera, los Elementos han hecho un milagro para nosotros, conscientes de que Nadim no aguantaría mucho más. De que se nos va, pese a las mezclas y medicinas de Badra, pese a los esfuerzos inhumanos de Owain. Y es que pensé que no lo conseguiríamos. Que todo estaba en nuestra contra. Cuando empezó a llover durante días y apenas podíamos ver hacia dónde nos dirigíamos. Cuando la calma chicha nos impedía el avance, y sólo nuestro hechicero logró que saliéramos adelante. Cuando una tormenta más fuerte de lo que nunca había vivido zarandeó el barco como una cáscara de nuez.

Cuando una mala noticia llegaba al barco, yo me sentía inútil e insignificante, como si supiera que había algo superior burlándose de nosotros, poniéndonos a

prueba, moviéndonos por un tablero de juego sin que nosotros pudiéramos hacer otra cosa que ver la caída de los dados y el destino que nos deparaban con sus números.

Pero al fin estamos aquí. Al fin nos hemos congraciado con quien sea que nos mueve.

Con ayuda de los botes, trasladamos a un convaleciente Nadim en una camilla hasta la playa y, después, por una selva casi impenetrable. Hace calor, mucho más que en Rydia, y para entonces a mí ya se me ha olvidado lo que es el otoño. En Dahes las hojas deberían estar abandonando los árboles, y las frutas de la estación se servirán sobre lechos de miel o crema fresca. Aquí, en cambio, todo es de un verde que duele, con los colores brillantes del verano y los sonidos de los animales demasiado altos. La cabeza me da vueltas, y no sé si es por el calor o por la humedad, que traspasa nuestras ropas y pega las telas a nuestras pieles. Tayeb y Sabir parecen llevarlo bien, aunque el primero sea uno de los que carga con la camilla de Nadim. Está centrado en su objetivo, la vista al frente, sin permitirse echarle ni un solo vistazo al muchacho que duerme ante él. Creo que no se librará de todos los reproches que se hace hasta que lo vea despertar, pero al menos se comporta con más entereza. El paso de los días le ha ayudado.

Nadim, por supuesto, tiene un sueño plagado de pesadillas. Suda más que nadie y de vez en cuando se remueve en su improvisado catre. No le he dicho a nadie que esta mañana ha despertado. Que me ha mirado, o ha visto a través de mí, y ha sonreído con expresión vacía. Por primera vez en mucho tiempo no ha dicho el nombre de su hermana, sino que me ha llamado a mí. Me ha dicho que estaba preciosa la noche de la luna llena. Me ha dicho que era libre y que todo el mundo debería serlo.

Me ha pedido que no me convierta en una princesa. Que me quede *aquí*.

Y luego ha vuelto a perder la conciencia, si es que alguna vez la tuvo. Ha vuelto a sus delirios, a ese mundo en el que está con Zahara y con un Jared más joven; al pasado, a los recuerdos que lo atormentan.

Miro una vez más por encima de mi hombro, a la camilla, como si esperase

que algo hubiese cambiado. El único que me devuelve la mirada es Jared. Como si hubiera visto la ansiedad en mi rostro, como si comprendiera lo que pasa por mi mente, Harren apoya una gran mano en mi hombro, lo que amenaza con hundir mis pies aún más en el barro que pisamos, traicionero, de la orilla del río cuyo curso seguimos a contracorriente. El gesto, si bien un poco torpe, me llena de calidez. No digo nada, pero tampoco creo que haga falta.

Ante mí, Rick y Collen abren la marcha. De vez en cuando nos distraemos con una flor especialmente colorida o pantagruélica, o con el plumaje de uno de los pájaros que parecen seguir nuestra caminata desde los árboles. Me pregunto si la magia crea guardianes o se vale consigo misma. Si nos pondrá alguna prueba más o considera que ya es suficiente con haber localizado la fuente de su poder. Me pregunto cuántas personas, antes de este grupo, habrán atravesado este bosque tropical. Me pregunto por sus deseos y si habrán salido de aquí con ellos cumplidos.

Un trueno rompe la paz del lugar, como un cañonazo entre las nubes, y doy un respingo. El cielo está encapotado y amenaza lluvia, pero de momento se conforma con este aviso. Nadie más parece haberse dado cuenta. O, si lo han hecho, nadie parece haberse inmutado. Bastante difícil es seguir la marcha ya con este aire que nos quema por dentro y nos asfixia y nos deja en este silencio sepulcral como para tener que caminar bajo un aguacero.

Intento no pensar en malos augurios. Intento no plantearme, tampoco, la eficacia del lago o si Nadim se curará. Intento no recordar a Badra, su aviso, sus visiones. Basta. Basta.

Va a salir todo bien. *Tiene* que salir todo bien.

Una exclamación me obliga a redirigir el rumbo de mis pensamientos. Collen se ha quedado parado y tengo que detenerme para no chocar con él. Lo veo volverse hacia mí, hacia los demás, y asentir. Yo, incapaz de esperar, me asomo por encima de su hombro. El agua brilla y canturrea, y casi espero atisbar a una ninfa peinándose los largos cabellos en el final de la cascada, donde hay piedras en las que sentarse y el agua le caería sobre el cuerpo.

Pero no hay ninfa alguna, y tampoco hay manantial: la cascada cae en un recodo del río, que sigue su camino imperturbable hacia el mar. Es cierto, sin embargo, que desde aquí el agua parece mágica. Que destella incluso si el sol está oculto, y que el fondo de arena y guijarros da la impresión de estar cubierto de piedras preciosas.

Me paso una mano por la frente para secarme el sudor.

—Estamos cerca —murmura Collen. Me dijo que no le importaba su cuerpo, que era él pasase lo que pasase, pero ¿se habrá planteado la posibilidad de pedir un deseo como el mío?

Si ha fantaseado con la idea, a mí no me lo ha comentado y yo siento que no soy nadie para sacar el tema. Y no puede decirse, tampoco, que haya tenido tiempo. Durante los últimos días, Collen ha estado encerrado con sus libros, con sus mapas, su brújula y un montón de pergaminos. Apenas lo he visto, en parte porque yo también he pasado bastantes horas a solas en mi mundo, velando por Nadim o trabajando.

Y está bien, de todas formas. Esto es algo que tiene que decidir solo. Nosotros, como sus amigos, no haremos preguntas. No es nuestra labor cuestionarle. Nuestra misión es arroparle. Estar con él cuando nos necesite. Apoyarle.

Con un nerviosismo creciente y un silencio forzado, lo seguimos. Nos lleva lejos del río y remontamos una ligera cuesta, embarrada y llena de traicioneras piedras, sinuosa como el cuerpo de una serpiente entre la hierba. El único motivo de que nadie tropiece es que tenemos los cinco sentidos centrados en la labor de subir hacia la fuente de la cascada, conscientes de que un paso en falso no significaría sólo la caída de un eslabón, sino de la cadena entera. Yo, personalmente, me olvido de todo lo que me rodea y pienso sólo en el esfuerzo que estoy haciendo.

Por eso, cuando llego arriba y alzo la vista, la escena me deja casi sin respiración. Aunque no tenga nada de especial, aunque no haya criaturas mágicas alrededor ni un aura de misterio, hay algo que me hace contener el

aliento, como si temiera romper la quietud del lugar. Creo que a mis compañeros les pasa lo mismo. Durante un momento nos sumimos en un silencio respetuoso, observando el manantial, un lago que se alimenta de las propias entrañas de la tierra, pero que a mí se me antoja que ha nacido de las lágrimas de las estrellas. Las nubes se reflejan en sus aguas cristalinas, confundiendo los límites entre el cielo y la tierra, entre lo divino y lo mundano, convirtiéndolo en un espacio liminal, una entrada a lo sagrado, a lo oculto... O eso quiero pensar.

La hierba y los árboles que dan forma a los límites de la selva dejan paso a las piedras y los guijarros. El más leve de los oleajes lame la orilla. Una libélula roza las aguas antes de alzar el vuelo. Una mariposa blanca sale volando de entre las piedras cuando Jared y Tayeb dejan la camilla de Nadim en el suelo. Si en nuestro camino nos han acompañado los majestuosos pájaros de colores desde los árboles, la vida parece haber quedado atrás. El canto de las aves no nos alcanza aquí. Ni siquiera los mosquitos, que nos han estado martirizando durante todo el camino. Sí, hay algo extraño, algo... sobrenatural.

Un peso se instala sobre mi corazón angustiado, cargándolo con una opresión invisible.

¿Es este el momento que he estado esperando después de tanto tiempo?

—Este lugar me da escalofríos. —Es Harren, en un susurro, el único que se atreve a dar voz al mismo pensamiento que parece mantenernos a todos encantados—. Es hermoso, pero...

Mira alrededor. Yo hago otro tanto.

—Es la magia —nos explica Owain. Supongo que él, como hechicero, la percibe—. Hay algo muy poderoso en este lugar. Creo que, en cierto modo, nuestros espíritus lo notan. Lo poderoso en la naturaleza también es siempre lo más amenazador para nuestra existencia.

Hace que suene peligroso y sobrenatural, más que algo que forma parte del mundo.

—Según las historias, son las estrellas las que cumplen los deseos. —La voz de Collen está teñida de fe y escepticismo a partes iguales—. A efectos

prácticos, sería como un lugar de... comunicación entre nosotros y ellas. Como un templo natural. Y si eso es cierto, supongo que nada funcionará hasta que aparezcan. —Todos miramos al cielo—. Hasta que anochezca.

—Entonces, ¿simplemente esperamos?

Nadie responde a Jared.

Simplemente esperamos, con nuestros miedos intactos y la esperanza a flor de piel.



Jared

El tiempo pasa más lento de lo que querría. Odio cuando nos hace eso. Cuando se ralentiza para burlarse de nosotros. No me creo su relatividad: creo que se divierte jugando a su propio juego. Espera a que nos pongamos nerviosos, a que nos inquietemos por el tiempo que queda o por el que nos faltó. Se moldea alrededor de cada uno, conoce sus miedos y sus deseos, y ante los miedos pasa siempre rápido, y con los anhelos más potentes se puede convertir en una jodida eternidad.

Al menos la luna ya empieza a asomar, apenas una figura redonda y difusa en el cielo. Falta menos para que comiencen a mostrarse también las primeras estrellas, aunque supongo que tendremos que esperar a que sea noche cerrada y brillen como nunca.

Nadim reposa protegido por Owain y Gavin. Ha ido a peor. Cada vez cuesta más bajarle la fiebre; sus delirios son constantes. Owain no se aparta de su lado, para prestarle energías a cada segundo, desgastándose él en el camino. Cuando se dan cuenta de que me acerco, sólo tengo que hacer un gesto para que entiendan que quiero estar a solas con él. Se levantan sin pronunciar palabra, aunque sí recibo palmadas en los hombros.

Se alejan hacia el fuego en el que Harren está preparando algo para todos. Por lo normal, las cenas están llenas de conversaciones o bromas, pero esta vez sólo hay silencio. Tayeb y Sabir no apuestan: de hecho, Sabir no bromea con nada, sino que se queda al lado de Tayeb, rodeándole los hombros con un brazo; si habla, lo hace en susurros y sólo con él. Nadie culpa a Tayeb por lo ocurrido,

pero eso no evitará que él se martirice.

Reuniendo fuerzas de donde no las tengo, me siento frente a mi hermano moribundo. Él, por supuesto, no abre los ojos. Aunque dudo, extendiendo los dedos para tocar su frente. Está ardiendo. Hago una mueca y cojo uno de los paños que Owain ha dejado a su lado junto con un poco de agua.

—Eh, amigo —susurro—. ¿Me oyes?

No hay respuesta. Cojo aire, pasando el paño por su cuello, por su nuca, por sus muñecas.

—Bueno, supongo que de alguna manera lo haces. Allá donde estés en este momento. No me importa que te hayas tomado un descanso de tus obligaciones estos días, pero creo que ya es suficiente. No puedo mantener tu puesto como segundo si estás fuera tanto tiempo... —Intento sonreír, burlón—. ¿Quién te crees que eres para cogerte vacaciones sin pedirme permiso?

Callo y me llevo una mano a la cara, el codo reclinado en la rodilla. Aprieto los dientes. Basta, Jared, deja de ser un gilipollas. Deja de fingir que nada pasa. Puede que algo grave estuviera sucediendo frente a ti hace años y quizá decidiste no verlo. No hagas eso ahora. Reacciona, capullo.

—Esto no es lo que quiero decir —me disculpo. Cuando extendiendo los dedos hacia su cuerpo, me doy cuenta de que estoy temblando. Trago saliva, pero cojo su mano con fuerza—. Nadim. Hermano. Por favor, escúchame. No necesito que abras los ojos ni que me respondas, pero, por favor, que estas palabras te lleguen. Quédate con nosotros. Has encontrado a Zahara, ¿verdad? No puedes morir ahora. No después de saber que ella sigue aquí. Te juro que te llevaré hasta el *Libertad* si es necesario para que hables con ella y lo haré con bandera blanca, sin batallas de fondo, sin armas, sin nada. Pero para eso tienes que quedarte aquí. Tienes que quedarte con nosotros. ¿Entiendes, Nadim? Te necesitamos. Sé que a veces piensas que no habrá ninguna diferencia entre un mundo contigo y uno sin ti, pero no es verdad. ¿No escuchas el silencio? Todos estamos esperando a que regreses. Todos te echaríamos mucho de menos. Y yo sé que puedes hacer mucho todavía en este mundo. No he conocido a una persona más valiente y

entregada a los demás que tú. No he conocido a nadie más leal. Eres mi mejor amigo, Nadim.

Parpadeo, porque en algún momento las lágrimas que he estado aguantando todos estos días, tras el ataque al *Libertad*, me asaltan. Cojo la mano de Nadim con las dos, mi frente contra sus nudillos. Yo no soy como él, yo no creo ni en estrellas ni en Elementos, no rezo a nadie, pero esta vez quiero al menos rezarle a él.

—¿Recuerdas cuando nos conocimos? Eras un crío, joder. Los dos lo éramos.

Recuerdo el momento como si fuera ayer. Él y su hermana estaban en un callejón y dos abusones querían robarles y pegarles. Eran bastante más mayores que ellos. Yo les lancé una piedra a cada uno con mi tirachinas. Que se jodiesen. Ni siquiera tenían valor para enfrentarse a gente de su edad, y eso les dije: «¡Venid a por alguien de vuestro tamaño!». Qué gilipollas. Esos chavales tendrían por lo menos trece y yo no había cumplido ni los diez. Me hicieron trizas. Pero Nadim y Zahara consiguieron huir. Y cuando volvieron a encontrarme me lo agradecieron, y aquel fue el principio de la amistad que nos unió a los tres durante años. Hasta que nos separamos. Primero yo, que desaparecí tras lo de mis padres. Después Zahara, que se marchó.

Al menos Nadim y yo volvimos a encontrarnos. Zahara sigue viva y sabemos dónde está. Ahora que podríamos volver a estar juntos los tres, aunque sólo fuera por un momento, no es posible que uno de nosotros se marche para siempre.

No va a ocurrir.

—Durante mucho tiempo me seguiste como si yo fuera alguien a quien admirar, y confiabas en todas las aventuras que me inventaba. Pero a quien yo admiraba era a ti. Porque siempre sabías ver la bondad en cualquiera. Hasta en mí y en mi mal humor. Siempre te reías de mis bromas. Cuando mis padres... —Trago saliva, incapaz de decirlo—. Pensé que yo tampoco tenía razones para seguir viviendo. Pero tú estabas ahí. Y Rick. Y Zahara. Y me enseñasteis que siempre hay razones. Y yo... me marché, porque me dejé consumir por la ira y por la venganza y... ¿Para qué? Ni siquiera... —Sacudo la cabeza,

corrigiéndome. No, no es momento de pensar en eso—. Sé que soy un capullo. Y que soy demasiado duro y que no sé hablar y que mis formas son una mierda y... lo sé. Lo que pretendo decir es que quiero que te quedes. No nos dejes. Cuando creas que no hay motivos para seguir adelante, nosotros estaremos ahí para dártelos. Para recordarte que tu vida importa como mínimo para nosotros. ¿Oyes eso, Nadim? Sólo eso. Tu vida importa. Por favor, por favor. —Un sollozo se escapa en mi discurso. Vuelvo a apretar sus manos con más fuerza—. Tu vida importa. Quédate con nosotros. ¿Me oyes? Te estamos esperando. El futuro está esperándote a ti y a todas las cosas que todavía tenemos que ver. Por todos los errores que todavía tenemos que cometer y todas las aventuras que nos faltan por vivir. Por eso... no hagas que desaparezca todo, ¿de acuerdo? Tu vida importa...

No digo nada más. Quiero seguir hablando, por lo menos hasta conseguir que abra los ojos de una puñetera vez, pero ya no tengo voz para ello. La idea de que al final elija la muerte duele demasiado. ¿Cómo vamos a superarlo? ¿Cómo nos quitaremos de encima la sensación de que no hicimos suficiente para que apreciase la vida? Aun si es su elección, ¿cómo podríamos no sentir que pudimos hacer más?

Tiene que vivir. Tiene que elegir vivir. Tiene que seguir adelante, ahora más que nunca.

Tras otro tiempo absurdo, que me rodea como quiere, amoldándose a mi alrededor para volverme loco, una mano se posa en mi hombro.

—Capitán.

Me limpio el rostro y respiro hondo antes de girarme hacia la voz de Collen. Es él quien me observa, con los labios apretados y los ojos llenos de los mismos miedos que yo.

—Es la hora.

Tras él se encuentra el resto de la tripulación. Tayeb mira al suelo mientras Sabir le rodea la cintura con un brazo. Rick observa a Nadim con tristeza e inseguridad, aunque él siempre sonrío. Gavin le da palmadas en la espalda a Owain, diciéndole así que él ha hecho todo lo que ha podido. Harren contempla

las aguas, quizá porque así le resulta más sencillo.

Respecto a Kay, toda su expresión habla de miedo.

Mientras cargamos de nuevo la camilla de Nadim, nos detenemos un segundo para prestar atención al manantial. Si antes teníamos alguna duda de que esa agua tuviera poder, ahora la superficie ha cambiado: sigue quieta, pero hay un extraño brillo en ella, como si estuviera captando la luz de la luna y las estrellas.

—¿Debemos... echarlo al agua? —pregunta Kay, insegura.

Collen asiente.

—¿Sin nadie más? ¿No se ahogará? —me alarmo—. Ni siquiera está consciente, ¿cómo...?

—No desafíemos a la magia —me corta Collen de reojo. Después, se gira hacia Owain con el gesto serio—. ¿Verdad?

El hechicero duda, pero al final le concede un asentimiento.

—La magia siempre encuentra la forma.

No me gusta dejarlo todo en manos de la magia. Y menos todavía cuando se trata de la vida de mi mejor amigo. Pero supongo que, llegados a este punto, se nos han acabado las opciones. Por eso entre todos agarramos la camilla y nos metemos en el agua hasta un lugar que parece cubrir lo suficiente.

Todos nos miramos, tensos, durante un largo segundo.

Inclinamos la camilla. Nadim se escurre por ella y su cuerpo se hunde en el agua.

Y entonces, luz.

Las estrellas reflejadas en el lago se arremolinan formando una figura. Todos damos un salto atrás, sorprendidos. Unos ojos nos miran; la silueta de una sirena parece adivinarse en esa figura hecha de agua y estrellas. Sólo nos observa un segundo. Después, coge el cuerpo de Nadim y acaricia su rostro con ternura, empapándolo.

Nos vuelve a mirar. Todos contenemos la respiración.

Sin más, la inexplicable criatura se lleva a nuestro amigo a las profundidades.



Nadim

Despierto.

Al menos, me siento más despierto que en los anteriores..., ¿qué? ¿Minutos? ¿Horas? ¿Días? No acierto a adivinar cuánto tiempo ha pasado desde que caí en ese estado en el que estaba ajeno al mundo. Puede que ni siquiera esté despierto, que sólo sueñe con estarlo una vez más. Ahora, sin embargo, el mundo a mi alrededor parece más real, más tangible..., más húmedo.

Cuando abro los ojos, me encuentro hundido en el agua. Dejo escapar una exclamación y unas burbujas salen de mi boca, que intento cubrirme..., pero nada pasa. De alguna manera, puedo respirar. Frunzo el ceño, mirando alrededor. ¿Dónde estoy? ¿Qué es este lugar? Alzo la vista. La superficie se adivina cercana, pero cuando pataleo para alcanzarla, escapa de mí. Es una salida que no puedo tomar; la realidad ahora es el cielo, que siempre parece cercano sobre nuestras cabezas, pero nunca podemos alcanzar por más que estiremos nuestros dedos.

¿Qué está pasando?

—Hola, Nadim.

Me giro rápidamente y abro mucho los ojos.

Tú estás ante mí. La misma de siempre, la que desapareció. Con tus cabellos largos, tu vestido rojo, tu pendiente en la nariz, tu velo. Sonríes como me sonreías a menudo, entre el desafío y el cariño. Tu piel morena casi parece brillar, tus ojos verdes se tornan esmeraldas. No necesito estar bajo el agua para quedarme sin respiración.

—¿Zahara...?

Mi voz suena clara en el agua. Tampoco entiendo eso. Me paso una mano por la cara. Tengo imágenes y pensamientos inconexos en la mente, momentos en los que pensaba que me estaba muriendo o que ya estaba muerto. Recuerdo un ataque, caos, mi sangre, ruido.

Quizás ahora sí haya fallecido. Quizás este sea el final.

Hay una extraña calma tras esa idea. También una extraña inquietud.

Me tiendes la mano con una sonrisa. Yo entreatro los labios y avanzo hacia ti. Ni siquiera sé cómo puedo caminar en medio del agua.

—Me has estado buscando, ¿verdad, Nadim? Para pedirme perdón y volver a estar juntos. ¿No ha sido eso todo lo que le daba sentido a tu vida? ¿No es lo único por lo que vives? Ya estoy aquí. Ya puedes hacerlo. Si no hay nada más, quédate conmigo: dame la mano. Volveremos a estar tranquilos y juntos.

Ni en mis sueños más amables había fantaseado con algo así. Entrecierro los párpados, y supongo que es absurdo llorar bajo el agua, pero tengo ganas de hacerlo. De llenar más este lugar con mis lágrimas. De convertirme en parte de él. ¿Me desharé? ¿Me convertiré en burbujas al tomar tu mano?

Asiento. Tienes razón. Si no te encontraba, daba lo mismo vivir o morir. No tengo ningún destino más allá de ti. Mi vida es buscarte. Nunca he pensado en nada más. Y aunque me ofreces una vida a tu lado..., ¿me la merezco siquiera? ¿Por qué iba a importar, si te hice daño a ti a pesar de que eras la persona que más quería en el mundo? Sería lógico que no me quisieras a tu lado. Lo entendería. Lo entiendo. Si traicioné tu confianza, cuando nací y crecí contigo, ¿cómo vas a volver a creer en mí?

¿Cómo va cualquier otra persona a creer en mí, si fui capaz de hacerte eso a ti? ¿De dejarte sola? ¿De rendirme? Eres demasiado buena conmigo. Pero soy lo bastante egoísta como para querer tomar tu mano, incluso cuando creo que te equivocas conmigo. Porque en realidad merecería estar solo. Merecería morir. Supongo que eso es lo que ha pasado y tú sólo eres una estrella con buena voluntad que quiere hacer el tránsito fácil. ¿Me van a subir al cielo, a

convertirme en una de ellas? No creo que merezca eso tampoco. Mi vida no es tan importante como para dejar una impronta en el firmamento.

Una voz, un eco, un retumbo, no sé si en mi cabeza o en el agua, parece decirme que mi vida importa. Lo busco, pero es sólo una vibración, unas palabras disonantes. No, mi vida no importa. Nunca he hecho nada bueno por nadie... Qué más da. Si estoy contigo, o con mi fantasía de ti, todo habrá merecido un poco la pena. Mi vida hasta el momento habrá tenido un sentido.

Por eso alzo los dedos hacia ti, que me miras todavía con tu sonrisa, aunque tus ojos parecen tristes.

—Nadim.

Tu voz de nuevo. Más grave. Más adulta. Me giro, sobresaltado.

Vuelves a estar aquí, pero no eres *mi* Zahara. Tienes los cabellos cortos, varios pendientes en las orejas, uno en la boca, camisa y calzas. De pronto, te recuerdo. Te encontré. Estabas en el barco. En el *Libertad*. ¿Por qué estabas allí? ¿No sabes que es el barco de la enemiga de Jared? ¿No sabes todo lo que le hizo? Tienes un sable en la mano. Me estremezco. Me amenazaste con él. No te culpo...

Cuando miro atrás, sigues ahí, con tus cabellos largos.

Eres dos personas. Y aquí estás. Aquí *estáis*.

—¿Qué está pasando?

¿Ya estoy muerto? ¿O hay algo más?

—Esta es la decisión que tienes que tomar, Nadim —dices con tus cortos cabellos.

—¿La decisión? —Siento que me da vueltas la cabeza—. ¿Es un truco?

—Si quieres llamarlo así. ¿Por qué no vienes conmigo, Nadim?

—¿Contigo...?

—No soy ella. —Ambos te miramos, a ti, a la original, a la pirata—. Y al mismo tiempo, sí lo soy. Soy Zahara, desde luego. Más Zahara, quizá, que la que tú conociste. No encontraste a quien esperabas y a la vez me encontraste. Pero no podremos estar juntos. No te ofrezco ese futuro, como lo hace ella. Tampoco

te ofrezco recuperar el tiempo ni hacer que todo desaparezca como si nada hubiera ocurrido.

Trago saliva, temblando. No sé por qué me dices todo eso. Doy un paso atrás, acercándome un paso a la hermana que conocí. Me da igual si es una mentira. Si es sólo un recuerdo o una trampa. Es obvio que no concibo una vida más allá de la figura de ti que conocí.

Tú, la tú que ahora eres, sigues hablando:

—Dime, ¿me querías a mí o a tu recuerdo de mí? ¿A mí o a tu culpa por mí? ¿A cuál de las dos elegirás, Nadim? ¿A la que te ha consumido o a la que sigue viviendo?

Os miro a las dos. Las dos sois tú y al mismo tiempo... No entiendo nada. No sé qué está pasando. No sé por qué tengo que elegir. ¿No sois ambas, después de todo? Cojo aire, inquieto, y entrecierro los párpados. ¿Qué estoy decidiendo *de verdad*?

—No puedes borrar todo este tiempo, Nadim —me explicas con tu velo preferido manchado y en la cintura, en vez de sobre tus cabellos—. Ni borrar lo que ha sucedido ni lo que hiciste ni convertirme en quien buscabas. La vida no funciona así: no es como nos gustaría que fuera. Supongo que por eso la muerte a veces parece un alivio. Aunque eso es una trampa, porque la muerte sólo trae más dolor. Mírala, Nadim... ¿Acaso esa muchacha no está triste?

Vuelvo la vista hacia ti. Tu velo flota alrededor y tus ojos parecen contener toda el agua de este lugar. ¿Estás llorando o estás a punto de hacerlo? No lo hagas. No merece la pena. Sigues tendiéndome la mano, pero parece que no quieres que me vaya contigo. ¿Es por lo que pasará después o es sólo que no me perdonas?

—Nadim —me nombras con la voz un poco rota y al mismo tiempo dulce—. Si yo estoy aquí es porque tú quieres que esté. Porque me has pensado cientos de veces.

—Y si yo estoy aquí —dices con tus mil pendientes— es porque tú también quieres que esté. Incluso cuando a veces te sientes sin fuerzas para aceptarme.

Me quedo muy quieto, mirándoos a las dos. Claro. Ya entiendo. Ya sé de qué habláis... Así que este es el momento, por fin. El momento de aceptarlo todo e intentar deshacerme de ese lodo que me ha arrastrado tanto tiempo o hundirme por completo. Yo decido si mi vida importa lo suficiente para continuar existiendo o no hacerlo. Yo decido si tengo un futuro, uno en el que Zahara está viva, pero ya nunca jamás será mi Zahara, que se marchó con la marea alta. Uno en el que nos despediremos, en el que quizá ni siquiera me perdone y después cada uno tendrá su vida. Pero ¿qué vida puedo tener yo? Soy un inútil. Nunca he servido para nada más que para dejarme mandar. No cuento. No supongo ninguna diferencia. La vida sin mí seguiría su curso, sin altibajos...

Que siga viviendo no tiene sentido. Y ahora sería fácil desaparecer sin más.

La bofetada de Jared llega entonces como un golpe en mi mente. Entrecierro los párpados, recordándolo. A él y a sus palabras. «La diferencia somos los que quedamos aquí. Los que te queremos. Destrozarías a toda la tripulación. Me destrozarías a mí». Me estremezco. ¿Es cierto? ¿Importo, aunque sólo sea a ellos? Ese molesto eco sigue rondando mi cabeza: «Tu vida importa». Creo que es la voz de Jared. Creo que lloraba. Las risas de la tripulación llegan desde algún otro lugar.

Seguís mirándome. Tú, la conocida; tú, la extraña. Es a ti a quien miro, inseguro, apretando los labios.

—¿Me perdonarás si vuelvo?

Te encoges de hombros.

—No puedo decírtelo. La cuestión es si tú quieres arriesgarte a encontrar la respuesta. La pregunta es si tienes fuerzas para buscar vida más allá de mí, Nadim, o si ahora que me has encontrado... nada más tiene sentido.

¿Algo más tiene sentido? No lo sé. Yo... Hasta ahora... Todo eras tú. Sólo tú. Sólo pensaba en ti. En dónde estarías, en cómo estarías, en todas las historias que pudieron ser y yo estropeé al darte la espalda cuando más me necesitabas. No podía pensar en otra cosa. No podía sentirme nunca del todo feliz. Había momentos de alegría, de risa, pero nunca de libertad. Pesas demasiado, Zahara.

Toda mi culpa pesa demasiado. Todo lo que hice mal. Siempre pienso en la persona que debería ser y no soy. La persona que debí ser y no soy. Alguien menos cobarde. Alguien que se pudiese apreciar. Pero no sé cómo hacerlo, porque cuando pienso sólo veo errores ahogándome. Y el que cometí contigo nunca me deja respirar, así que me muero, me hundo más, me agoto...

¿Algo más tiene sentido...?

Vuelvo a preguntármelo. Todo apunta a que no. Pero cuando te miro, con tus cabellos cortos, hay una ligerísima esperanza de que puede que sí. Es muy pequeña, como una luz que intenta luchar contra toda la oscuridad que tengo dentro. Todavía quiero hablar contigo. Estás viva, y eso es lo que importa. Aunque nunca podamos volver a estar juntos como antaño, vives, cuando te distantas veces por muerta. Vives, y eres libre. Nunca quise otra cosa más que eso para ti.

Pero ¿y para mí...? ¿Qué quiero para mí? ¿Qué vida me espera si sigo viviendo? ¿Qué tengo...?

«La diferencia somos los que quedamos aquí».

Parpadeo cuando una presión toca mi hombro. Cuando miro hacia mi izquierda, Jared está justo a mi lado, con su sonrisa confiada y su pose altiva. Collen aparece corriendo mientras grita que ha descubierto un nuevo destino increíble y huye de un Rick que quiere comérselo a besos. Tayeb y Sabir me dicen que me tengo que unir a su nueva apuesta y Harren me ofrece un dulce. Gavin se posa al lado de Owain con las alas desplegadas, orgulloso de su luz, mientras el hechicero convoca una brisa que me despeina.

Kay es la última en aparecer. Me sorprende verla, pero sobre todo me sorprende verla como es. Lleva puesto el vestido que le conseguí en la luna llena. Su sonrisa es triste.

—Me juraste que volverías.

Cojo aire, mirándolos a todos. Tengo algo. Algo importante. Una familia. Gente que me espera. Jared me pasa el brazo por los hombros. El resto de la tripulación viene a rodearme, a darme cobijo. Nadie dice nada, sólo se quedan

ahí. Apoyándome. Justo lo que han estado haciendo siempre.

¿No sería otro error más en mi larga lista abandonarlos? ¿Hacerles daño a todos? Tengo la repentina certeza de que eso es lo que pasaría. Les haría muchísimo daño. Los destrozaría, como dijo Jared. Porque importo. A ellos les importo.

Tomo mi decisión.

Cuando me giro hacia ti, sigues teniendo tu sonrisa triste.

—Lo siento —te digo—. Siento... dejarte sola otra vez.

De pronto, tu expresión se ilumina.

—Puede que eso fuese justo lo que tenías que hacer. Puede que las cosas tuvieran que ser así para que los dos viviésemos la vida que teníamos que vivir, ¿no crees?

Si en la vida que estás viviendo eres feliz, sí, puedo aceptar eso.

Por eso te doy la espalda, como hace diez años. Me alejo de ti y, al mismo tiempo, me acerco a ti. Llora, pero tras limpiarme los ojos te encaro, a ti, a quien eres ahora, a quien *de verdad* eres, y extendiendo la mano.

Tú la tomas. Tu sonrisa es ahora cálida y feliz.

—Coge aire, Nadim. Te va a hacer falta para vivir.

Ni siquiera tengo tiempo para preguntar a qué te refieres. De improviso, todo a mi alrededor desaparece, y el agua llena mi boca y oprime mis pulmones. La superficie, sin embargo, parece más cercana y, cuando pateo, no se aleja de mí.

Cuando emerjo, la bocanada de aire que tomo es la primera de una nueva vida.



Kay

La superficie del manantial se queda quieta y los que permanecemos atrás, fuera del alcance de la magia, tenemos que esperar.

Nos hundimos en un silencio espeso, un silencio imposible en el que intentamos aguantar la respiración sin éxito, solidarizándonos con quien no puede respirar bajo el agua, hasta que ya no podemos más. Es un silencio lleno de preocupación, de miedo, de expectación. Imagino que todos a mi alrededor rezan y yo me uno a sus plegarias calladas, volviendo la vista del agua a las estrellas, a un firmamento que, no me cabe duda, puede escuchar nuestros pensamientos. Jared, Harren, Owain y Gavin esperan en el agua, y supongo que temen ver un cuerpo sin vida emerger de pronto, escupido de vuelta a nuestro mundo sin posibilidad de salvación. Si eso pasa, no creo que podamos hacer nada más por Nadim. Pensarlo hace que me duela el corazón. Que el estómago se me anude y me brote un sollozo de la garganta.

Me estremezco, pues se ha levantado brisa y soy súbitamente consciente de cuánto ha bajado la temperatura. La humedad sigue en el aire y se nos pega a los huesos, calándonos y dejando nuestra piel sudorosa pero helada. Collen, a mi lado, me pone una mano en el hueco de la espalda. Yo agradezco el apoyo, el recordatorio de que se acabaron los días de soledad. De que ningún miembro de esta tripulación está solo si no lo desea.

Vuelvo mi vista al agua una vez más. ¿Cuánto tiempo ha pasado? Mucho. Demasiado. Más del que cualquier ser humano aguantaría sin respirar.

Me dijiste que volverías. Me lo juraste. Que la próxima luna llena estaríamos

juntos.

Y la otra. Y la siguiente. O eso quiero pensar. No quiero abandonar a esta gente. No quiero que ninguno de ellos me abandone. Quiero seguir sintiendo que pertenezco a este lugar, entre ellos, allá donde estén. Y quiero que Nadim esté también. Quiero oírlo reír. Quiero que la tristeza desaparezca de sus ojos. Quiero pasar las horas hablando con él de nada en especial, contándonos cuentos, secretos. Quiero volver a pisar Rydia a su lado y que me descubra todos los rincones de Kalinda, allí donde jugó, donde rezó, donde vivió y amó y fue libre.

Me gusta que esté a mi lado.

Me gusta.

Trago saliva, pero no tengo mucho tiempo para pensarlo. Hay un chapoteo. Un golpe en el agua y varias exclamaciones. Una silueta se recorta en el medio del manantial, iluminada por las propias aguas, más allá de donde la dejaron. Allá donde brilla la luna y las estrellas parecen rodearla, como una desorganizada comitiva.

Jared, por supuesto, es el primero en reaccionar. No se lo piensa dos veces cuando se abalanza hacia delante y empieza a nadar, para salirle al encuentro al muchacho que intenta abrirse camino hacia nosotros. Las dos sombras sobre el campo de luz se encuentran y se abrazan. A pesar de todo lo que ha ocurrido, de todos los días de incertidumbre y tristeza, o quizá por ellos, mi corazón comienza a latir con renovadas fuerzas. Todos alzamos el vuelo sin abandonar el suelo, llevados por el alivio. Por primera vez en lo que me parece una eternidad, las sonrisas se adivinan en las caras de mis compañeros. Hasta se produce alguna que otra risa nerviosa.

Nadim ha vencido a la Muerte.

Los demás se acercan a ayudar en cuanto Jared y Nadim llegan a la orilla. Owain se apresura a envolver al segundo de a bordo en una manta y Harren hace otro tanto con el capitán. Yo observo desde fuera la milagrosa vuelta de Nadim, un poco aturullado, que no parece comprender del todo qué ha pasado.

—Creo que... tenéis que explicarme muchas cosas. —Lo oigo toser y escupir

agua. No puede mantenerse de pie solo, pero no faltan manos que le ofrezcan un apoyo.

Rick le da una palmada en la espalda tan fuerte que casi lo desestabiliza. Él no ha dudado en ir corriendo a ayudar también.

—Todos estaremos encantados de explicarte lo que necesites saber, Nadim.

Collen, a mi lado, sonrío.

—Desde luego. Y sabes lo mucho que me gusta a mí contar buenas historias —interviene—. Sobre todo si tienen final feliz.

Lo sientan junto al fuego. Él se parapeta bajo su manta como si fuera una muralla. O puede que esté un poco aturdido por la súbita atención que todos le prestan.

—Siento lo que pasó, Nadim.

Tayeb lo mira con remordimientos.

—Está bien, supongo. Yo... me puse delante, al fin y al cabo.

—¿Tienes hambre, Nadim? Ha sobrado algo de cena. —Las prioridades de Harren están claras.

—Vamos, vamos. Dejad que respire. En especial cuando acaba de salir de un lago.

El intento de chiste de Sabir sólo obtiene algunas sonrisas y más ojos en blanco. Nadim, algo cohibido por ser el centro de atención, mira alrededor. Repasa las caras de sus compañeros, una por una, y parece tan aliviado como el resto. Feliz, hasta cierto punto. Sus ojos chocan con los míos, y yo intento convocar alguna de esas palabras llenas de sonidos grandilocuentes de las que él se burla siempre.

—Has vuelto —susurro con sencillez—. Como prometiste.

Él titubea por un segundo antes de asentir.

—¿Qué otra opción me quedaba? Creo que no te gusta la gente que no cumple su palabra...

Entreabro los labios, pero me falta el ingenio para hacer otra cosa que no sea quedarme en silencio.

Rick deja escapar una carcajada y da un codazo a su compañero.

—¿Qué significa eso? ¿Quieres gustarle a nuestra princesa, acaso?

Los dos enrojecemos y los demás, por supuesto, se ríen. Y es agradable, incluso si se burlan de nosotros. Porque todo vuelve a su cauce. Todo vuelve a estar bien. Casi perfecto.

Casi.

—Kay. —Collen me agarra de la mano y aprieta mis dedos entre los suyos. Es un gesto cálido. Me alegro de tenerlo cerca. En especial porque sé lo que viene a decirme—. Este es el momento. Es... tu turno.

Mi turno... Asiento y me llevo una mano al pecho. El corazón me ha empezado a latir con demasiada fuerza, demasiado rápido. Miro al lago y luego a mis compañeros, a sus rostros sonrientes. Hay algunos asentimientos, algunos gestos de ánimo. Pero... tengo miedo. ¿Está eso mal? Aun si es lo que deseo más que nada y las estrellas pueden concedérmelo, el terror me paraliza. ¿A qué? Supongo que a que algo salga mal. A que la persona que salga del lago no se sienta bien con su nuevo cuerpo. A que no sea aceptada. A que me juzguen. A no dar la talla... Y luego están los cambios, que son aterradores. ¿Seguirán tratándome todos igual? ¿Seguirán viendo en mí simplemente a Kay como hasta ahora?

Basta. Basta de dudas. Basta de miedos. No has llegado tan lejos para esto. No dejes que te venzan los pensamientos. Son incorpóreos. No pueden tocarte.

Eres más que un cuerpo, más que un nombre, más que la opinión de otros, más de lo que se vea a primera vista. Y vas a seguir siéndolo después.

Eres más que tus pesadillas.

Lanzo otra mirada a mis amigos. A mi nueva familia.

Collen me empuja con suavidad hacia delante. El primer paso que necesito dar. El segundo es más fácil. Y el siguiente. Dejo mis botas por el camino. Las piedras están húmedas y frías bajo las plantas de los pies y se me hace incómodo pisarlas, pero también me recuerdan que soy real.

Me detengo sólo cuando llego a la orilla. El agua me lame el empeine. Está

más templada de lo esperado. Cierro los ojos y respiro hondo. Escucho las voces de los demás a mis espaldas. Siento el aire rozándome los dedos, dándome la mano, queriendo acompañarme hasta el centro del lago. Me besa las mejillas y me remueve los cabellos.

Estoy a punto de avanzar cuando lo siento detrás de mí y me giro, apenas. Él sonrío, aunque sólo un poco. Parece costarle. Me pregunto si fue doloroso. Me pregunto qué vio o qué sintió. Si las estrellas son tan hermosas como dicen o sólo tan brillantes que te ciegan con su poder.

—Pase lo que pase, estaremos aquí, esperándote —susurra, y yo siento que me derrito un poco, sin saber que mi cuerpo estaba tan frío. Tan entumecido. Su mano toca la mía—. Buena suerte, sirena.

Observo nuestros dedos entrelazados, recordando una noche tiempo atrás. La luna estaba llena y él me acompañó por la ciudad y, en algún momento, nuestras manos se encontraron. Sentí su calidez. No fue amor. No fue como en los libros y, cuando lo besé, no hubo mariposas ni aleteos en mi estómago ni me ardieron los labios ni el corazón me explotó de gozo.

Pero me sentí más cerca de alguien que nunca.

No mentí cuando le dije, horas más tarde, antes del amanecer, que había sido la noche más feliz de mi vida. Y no creo que él me mintiese cuando me prometió que habría muchas más. Noches. Y días.

Y sé que el resto de mi vida, de esa felicidad debida, está esperándome.

Cierro los ojos, sintiendo las lágrimas en las pestañas. En los bordes de los ojos. Al mismo tiempo, sin darme tregua, el más sutil de los besos corona mi frente.

—Me... alegre de que estés bien. Me alegre de que cumplieras tu promesa. —Abro los ojos y por alguna razón dejo que mi mano escape de entre sus dedos—. Gracias... por volver. Habrías dejado una familia destrozada detrás si no lo hubieras hecho. Y un montón de corazones rotos...

Él sonrío un poco ante la ocurrencia, pero no le sale demasiado bien. Imagino que es porque sabe que es cierto. Porque es consciente de todo el dolor que

habría causado. Lanza una mirada rápida a las aguas llenas de luz, quizá recordando algo. Me parece que hay reverencia en sus ojos antes de que los vuelva hacia mí.

—Estabas allí abajo —murmura—. Con los demás. En el lago. —Ambos tenemos que volver la vista atrás, al resto de los tripulantes del *Estrella Fugaz*, que parecen atentos a nosotros—. Me recordabas que te lo había prometido. Todos me recordasteis que me estabais esperando. Por eso quiero que lo sepas tú también. Que... te esperamos, aquí. Todos. Porque todos te apreciamos y entre nosotros sigue habiendo un lugar para ti.

Hay un silencio extraño. Él sabe que volveré y yo sé que no podría marcharme ya. No quiero hacerlo. No puedo dejarles. Y ellos no van a rechazarme.

Por eso cuando Nadim da un paso hacia atrás, abriendo la distancia entre nuestros cuerpos, no me importa. Ahora sí, estoy a rebosar de seguridad. De certezas. Claro que nada cambiará. No con ellos. Me quieren, de alguna incomprensible manera. Cuando el destino nos puso en el mismo camino, me pareció bastante retorcido, pero ahora sólo puedo darle las gracias. Yo, al fin y al cabo, también los quiero. Son los hombres más honorables que he conocido jamás. Son los hombres más amables y más humanos, con sus defectos, con sus manías, con sus debilidades.

Y ya no puedo imaginarme la vida lejos de ellos.

—Ve —me insta—. Quiero volver a ver a la muchacha libre que conocí con la luna llena.

Yo dejo escapar una carcajada. Doy un paso atrás y me vuelvo y abro los brazos, como si quisiera volar. La brisa me da en la cara y me siento fuerte, invencible, a medida que camino y me voy hundiendo en las aguas.

—Todos deberíamos ser libres —digo, sintiendo que me falta el aire.

No sé si él llega a oírme. Unos pasos más adelante hay un desnivel en el fondo que hace que pierda pie y dejo escapar una exclamación.

Caigo.

* * *

Abro los ojos.

En torno a mí sólo hay oscuridad. Floto, mi cuerpo se siente ingrávigo y mis pies no tocan el suelo. Una diminuta mota de luz aparece ante mis ojos. La toco, cálida contra mi dedo índice, e intento atraparla. Otra me distrae antes de que cierre la mano a su alrededor. Y otra más. Diez. Veinte. Más de las que pueda contar. Parecen estrellas formando constelaciones, soles diminutos, templados y cegadores. Me tocan, me rozan, se deslizan contra mí. Se reúnen, bailan, casi parecen cantar. Se juntan y toman forma.

Una silueta aparece ante mí. Es blanca como una estrella, etérea, casi transparente. Podría ser un hombre o una mujer, o quizá las dos cosas a la vez o ninguna. ¿Es una estrella de verdad? No sabía que pudieran tener un cuerpo mortal. Aunque tampoco pienso que *eso* pueda ser llamado cuerpo. Aún quedan motas de luz a nuestro alrededor y algunas me pasan rozando antes de seguir su camino.

—¿Eres... una estrella? —susurro. Miro arriba un instante, como esperando ver un hueco nuevo en el firmamento. Pero, por supuesto, sólo me recibe la oscuridad. No queda nada en el mundo, aparte de nuestros cuerpos y nuestras almas.

—Soy una estrella —concede—. Pero esta no es mi forma original. Sólo lo más parecido al concepto de nosotras que una mente humana pueda soportar.

Trago saliva.

—Entonces, ¿lo podéis hacer todo? ¿Cumplirás mi deseo, como cumplisteis el de Nadim?

Hay una vibración en el aire —o en el agua— y me doy cuenta, demasiado tarde, de que es su risa. No es un sonido; es una sensación, casi tangible, que me traspasa el cuerpo y me confunde.

—No podemos hacerlo *todo* —me confía—. Hay deseos que ni siquiera

nuestra magia puede cumplir. Pero en tu caso..., sí, podemos deshacer el hechizo que te ha tenido encarcelada todo este tiempo, si eso es lo que tu corazón desea. Pero ten en cuenta que lo que no puedo hacer es curar tus heridas. —Un dedo largo, translúcido, se acerca a mí. Su tacto parece real cuando me toca el pecho. Una oleada de calidez me desarma—. No puedo devolverte tampoco todo el tiempo que te han robado.

¿Y quién pretende eso? Lo suponía. Nadie, ni una estrella, puede hacerme renacer. Nadie puede enviarme atrás en el tiempo, a la mañana de mi nacimiento, y hacer que... ¿qué? ¿Que mis padres me acepten tal y como soy? ¿Que me quieran? ¿Que decidan luchar por mí?

—Lo único que quiero es... que me dejen vivir —susurro—. Quiero que me dejen ser quien no he podido ser estos años. Quiero ser... libre. —La palabra se queda a nuestro alrededor un instante, flotando, extrañamente familiar y, al mismo tiempo, ajena a mí—. No quiero volver a tener que esconderme. No voy a hacerlo. Y no..., no voy a volver a avergonzarme de lo que soy. Sólo quiero mi cuerpo.

Dejad que siga con mi vida después. Dejadme que la viva como yo decida, saboreándola, tomando mis propias elecciones. Puede que me equivoque. Puede que no siempre sea perfecta. Pero será mía de principio a fin. Será mi elección. Y serán mis errores y mis aciertos y, si me lo permitís, me sentiré feliz de cada uno de ellos.

Juraría que la estrella sonríe, pero es difícil saberlo. Me tiende las manos y, en un acto reflejo, intento cogerlas. Mis dedos se vuelven luz un momento y luego atraviesan su cuerpo incandescente. Me acaricia la cara, como un rayo de sol, obligándome a cerrar los ojos.

Incluso así, con los párpados bajados, puedo sentir cómo se inclina sobre mí. Cómo susurra en mi oído:

—Te concedo el mayor deseo de tu corazón, Kay de Dahes...

Cojo aire y lo guardo en mi interior, llenándome de él. Dejando que me recorra como me recorre la calidez. Por primera vez en mi vida, no hay dolor

cuando llega la transformación. Sólo anhelos cumplidos. Mi corazón brilla en mi interior, o eso me parece. La magia se expande por mis venas, llegando a todos lados, y deja un cosquilleo agradable sobre la superficie de mi piel.

No hay grandes alardes de poder. No es como nada que hubiera imaginado. No hay nada, aparte de la sensación de que todo es como debe ser, de pronto. De que soy lo que deseo. Las luces se apagan y me quedo en la oscuridad. Una corriente me zarandea y entonces siento el agua empapándome, pegándome la ropa al cuerpo, que me arrastra hacia abajo. Una punzada en el pecho me recuerda que estoy aguantando la respiración.

Abro los ojos y miro hacia arriba, y descubro el tenue brillo de la luna y las estrellas sobre mi cabeza. Pateo mi camino hacia ellas, nadando con torpeza.

Salgo a la noche con hambre de aliento y de luz de estrellas, con la cara mojada por el agua del manantial y algo más. Me quedo un instante en el centro del lago, mirando hacia arriba, esperando una señal que no llega. Da igual. Ahora sé que están mirando hacia aquí. Que de vez en cuando nos observan, curiosas, y nos ayudan a librarnos de algún peso. Jadeo y me paso las manos mojadas por las mejillas sin mucho éxito.

—Gracias —susurro con mi voz de noche de luna llena.

Ahogo un sollozo y dejo que mis lágrimas caigan al agua, que se conviertan en manchas oscuras sobre el campo de luz antes de convertirse en parte de él. No lloro de tristeza. No lloro por lo perdido. Ni siquiera por lo que habría podido ser en otra vida. Porque a partir de ahora cada momento me pertenece, y eso es lo único importante para mí.

Lloro de felicidad. Porque al fin soy libre.

Alzo el vuelo.



Collen

La vemos emerger. A lo lejos, mientras es sólo una figura que sale del agua, una sirena convertida en humana, no parece tan diferente. La estatura sigue siendo la misma, por ejemplo. A medida que se acerca, sin embargo, se adivina distinta: la forma de su cuerpo ha cambiado. Su camisa se pega a un pecho que ya no es plano y una cintura un poco más delgada, así como unas caderas un poco más pronunciadas. La mayoría se acerca para ayudarla. Cuando creo que caerá, Nadim la atrapa del brazo y de la cintura y la sostiene. Creo que le dice algo, sólo a ella, y Kay se esconde contra su cuerpo y seguramente llora.

El resto de la tripulación la felicita, se alegra por ella, la ayuda a salir del agua también. Hay bromas y risas.

Yo, sin embargo, me quedo atrás. Querría moverme, estar con ella, pero no soy capaz. Me quedo mirando a lo lejos, sin respiración, y me encojo, incómodo. Hay algo que me paraliza. Algo que me impide pensar sólo en la felicidad de Kay. Me siento mal por ello. Ha luchado tanto para este momento... Ha sufrido tanto... Debería ser el primero que estuviera a su lado. Soy quien mejor puede comprenderla.

Y aun así...

Unos dedos se enredan en los míos y me sobresalto. Rick está justo a mi lado y se lleva mis nudillos a la boca con cariño.

—¿Y bien? ¿Serás el siguiente?

Me estremezco. ¿Cómo sabe siempre en qué estoy pensando? Al principio hasta llegué a pensar que era un hechicero o un feérico que escondía sus alas. Sigo sin acostumbrarme a su facilidad para desnudar mis pensamientos.

Cuando tira de mí para apartarnos hacia los árboles, yo se lo agradezco sin palabras. Al menos así puedo volver a caminar.

Una vez al amparo de la foresta, me apoyo en uno de los troncos sin soltar la mano de Rick. Siempre me sorprende lo grande que es en comparación con la mía y lo que me gusta que sea así. Me deshago de sus dedos para acariciar las líneas de su palma. Percibo sus ojos observándome, siguiendo cada movimiento.

—¿Estás bien, Collen?

Asiento, aunque no sé si es cierto. Cuando vuelvo a observarlo, esbozo una pequeña sonrisa.

—¿Me preguntabas de verdad si sería el siguiente?

Se encoge de hombros.

—Pensé que al ver a Kay podías llegar a plantearte la posibilidad.

—¿Y no has pensado en las consecuencias si lo hiciera?

—¿Consecuencias? —Frunce el ceño, sin comprender—. Tendrías otro cuerpo. No veo más consecuencia que esa.

No sé si lo simplifica demasiado o es que no termina de entenderlo.

—A Kay le han dado un cuerpo rompiendo un hechizo. A mí tendrían que hechizarme. ¿Y no sabes nada de cuentos, Rick? ¿De la magia de este mundo? Cada luna llena, volvería a este cuerpo. Y la luna llena no es lo único que rompe hechizos...

Veo que de pronto lo comprende, que no lo había pensado. Los besos de amor verdadero, signifique eso lo que signifique, también son capaces de romper hechizos. Yo nunca he visto cómo sucede, pero he leído lo suficiente como para saber que es cierto.

Rick parpadea un segundo, pero eso es todo. Después, su sonrisa de siempre aparece en su boca, divertida y peligrosa.

—Esa es una manera interesante de decirme lo enamorado que estás de mí, Collen.

¿Qué? Enrojezco sin poder evitarlo. Como si no lo supiese. Puede que no se lo diga a menudo, pero tampoco es como si no se lo dijese *nunca*. Es consciente

de que estoy loco por él, hasta cuando no soy tan apegado. Sólo intenta hacerme rabiar.

—Sabes que lo estoy. Hay cosas que no necesitan expresarse todo el rato.

—Que alguien que adora las palabras, escucharlas y leerlas, diga eso...

—Oh, cállate.

—Bueno, dame un beso y quizá lo haga.

Frunzo el ceño, avergonzado, pero levanto la cabeza y extendiendo las manos para cogerlo de la camisa. Cuando lo beso, casi con desafío, es él quien me sorprende: no se ríe ni se burla de mí, ni juega como hace a menudo. Al contrario, sus brazos me rodean con fuerza y me aprietan contra su cuerpo. Sus labios no son locura como de costumbre, sino tiernos, y alargan el beso. Lo convierten en algo lento y dulce, y yo me deshago como la miel. Alzo los brazos, abandonando mi orgullo, y le rodeo el cuello con ellos. Su lengua se enreda con la mía, me arranca un suspiro, sus dedos me acarician con ternura la cara, la línea del mentón.

Es un beso largo, más más suave que nunca, más intenso.

Es Rick mismo quien se separa, dejándome confundido, con los ojos entrecerrados y los labios húmedos besando el aire. Mis brazos siguen alrededor de su cuello, incluso cuando él se inclina sobre mí y besa mi frente con tanto cariño que creo que podría llorar.

—No me importa si este es nuestro último beso, Collen.

Abro mucho los ojos, comprendiendo. Lo miro, incrédulo, y ahora sí que los ojos se me llenan de lágrimas. No son de tristeza, sino de emoción. De agradecimiento. Una vez más, no me está negando nada. No me pone límites. No va a ser una molestia para lo que yo desee.

Sus dedos atrapan una lágrima antes de que caiga.

¿Qué he hecho para tener tanta suerte?

—Si no podemos volver a besarnos, adelante. Que no sea eso lo que te impida hacer cualquier cosa que quieras hacer. Si quieres otro cuerpo, ve a por él. Sacrificaría todos los besos que nos hemos dado hasta ahora por que tú

puedas ser quien y como quieras ser.

No puedo evitarlo. Me echo sobre su pecho, abrazándome a él, conteniendo el llanto. A veces siento que no merezco todo lo que me quiere este estúpido hombre. Nunca haré cosas suficientemente buenas para pagar el hecho de que apareciese en mi vida.

Él corresponde a mi abrazo. Me mece con delicadeza, y de nuevo sus labios se posan sobre mi cabeza.

—No cambiaría nada, Collen. No voy a dejar de quererte. Con un cuerpo o con otro. Con besos o sin ellos. Me da lo mismo. ¿Lo entiendes?

Asiento. Claro que lo entiendo. No ha hecho más que demostrármelo desde el primer día. Desde que no huyó en aquel callejón, sino que me besó y me aceptó tal y como era, incluso con sus dudas. Me invitó a la tripulación y me dio un lugar en el que ser quien yo quisiera siempre, sin fisuras, sin nada más. No sabe lo agradecido que me siento de tener a alguien que me comprende así. Alguien que me ve *a mí*, más allá de cualquier otra cosa.

Nos quedamos así un rato, durante el que él sólo hace lo que siempre ha hecho: mantenerse a mi lado, darme mi espacio, apoyarme. Al final, cuando me separo, limpiándome las mejillas, él también pasa sus manos por mi cara.

—¿Y bien?

Miro hacia el manantial, que se adivina más allá de los árboles entre los que nos escondemos. Kay sabía que quería ese cuerpo. Se sentía encerrada en uno que odiaba. Ella sabía que era un cambio importante, algo que necesitaba, algo sin lo que no podía vivir. Pero yo...

Aprieto los labios y luego observo a Rick.

—¿Crees que si no lo hago sería menos?

Él me mira parpadeando.

—¿Menos qué?

—Menos... chico. Menos yo. ¿Seré más yo por tener otro cuerpo?

Rick titubea sin estar seguro de qué responder. Vuelve a acariciar mi rostro, con el dorso de los dedos.

—No creo que yo deba responder a eso, ¿verdad? Pero si te sirve de algo... a mí no me parece que durante todo este tiempo que has tenido este cuerpo no hayas sido tú.

No, no he dejado de serlo. He sido siempre Collen. Desde aquel día que robé unas ropas de muchacho para escapar todas las noches y ser quien de verdad era. No. Desde antes. Desde que nací, sólo que no había podido descubrirlo, disfrazado siempre bajo otra apariencia y otra identidad.

—Creo que no quiero hacerlo —confieso. Casi me siento mal por decirlo—. Que no... necesito hacerlo, al menos de momento. No es como ella. Ella habría sido muy infeliz en su otro cuerpo...

Silencio.

—Collen, este lugar va a seguir aquí. Tampoco es que esto sea una oportunidad única en la vida. Si las cosas cambian para ti, si después necesitas algo más..., yo mismo te traeré de vuelta, aunque sea en una barca o nadando contigo en mi espalda.

Esa imagen consigue que se me escape una risa leve. Cuando lo miro, él está sonriendo, feliz de oír mi pequeña carcajada. Asiento, cogiendo aire, llenándome los pulmones de mi decisión *ahora*. Él no piensa que sea menos por no entrar en esas aguas y cambiar mi cuerpo. Yo tampoco debo pensarlo.

—Sigo siendo Collen —le anuncio. *Me* anuncio—. Sigo siendo un muchacho. Rick asiente, su sonrisa creciendo un poco más.

—Entonces, eso es todo lo que importa, ¿verdad?

Dejo caer los párpados, escuchando los latidos de su corazón contra mi oído, aceptando el refugio que me da.

—Sí. Eso es todo lo que importa.



Kay

Tras emerger y acercarme tambaleante a la orilla, todo ocurre demasiado rápido. Sólo sé que en algún momento estoy junto al fuego, con una manta alrededor de mi cuerpo, y siento la calidez de las llamas en mi rostro. Todos ríen y hablan y cuentan historias. Harren me pone un cuenco de sopa en las manos heladas y yo lo bebo, dejando que el líquido me caliente también por dentro. Tenemos una segunda cena, mucho más animada que la primera, ahora todos juntos. Rick y Collen, que estaban desaparecidos, vuelven junto a nosotros y pronto me encuentro con los brazos del más joven a mi alrededor, preguntándome si estoy bien. Apoyo mi mejilla contra su hombro y sonrío, y sé que nunca me había sentido mejor.

Nadim se sienta a mi lado, envuelto en su propia manta. Él fue el último en dejarme ir y el primero en recibirme. Me sujetó cuando tropecé y estuve a punto de caerme y me susurró al oído todo lo que necesitaba oír. Dos palabras que trajeron las lágrimas de nuevo a mis ojos cuando pensé que ya las había logrado mantener a raya.

«Bienvenida, sirena».

Sacudo la cabeza y trato de prestar atención a la conversación. Alguien ha sacado una botella. Por supuesto. Si beben en el mar, con la posibilidad de caerse por la borda, ¿por qué no lo iban a hacer en tierra, donde el suelo bajo sus pies está quieto?

—Pues yo creo que deberíamos vender el secreto de este lugar —les dice a todos Tayeb, quien ya ha bebido más de un sorbo—. Pensadlo. Eso sí que nos

haría ricos. ¡Deseos ilimitados para todo el mundo!

—Las leyendas dicen que cosas horribles les sucederán a quienes revelen la ubicación exacta con malas intenciones —le advierte Collen. Se ha quedado cerca de mí, apoyado en un Rick que parece encantado de poder tenerlo sentado entre sus piernas.

—Además, algo me dice que no es tan fácil como que las estrellas vayan a concederte deseos ilimitados durante el resto de tu vida —apoya a su compañero.

—No, dudo que las estrellas respondan a plegarias caprichosas...

Por supuesto que no. Las estrellas escuchan nuestros deseos más profundos. Los que guardamos en el corazón, inmateriales y puros. Nada como...

—Podría pedir un palacio de oro...

Collen y yo ponemos los ojos en blanco. Oigo la risa de Sabir, dándolo por perdido. La mayoría sonrío. Sin embargo, Jared parece distante. Estos días, en el barco, ya lo había estado, pero lo achaqué a la situación de Nadim. Pero ahora que su amigo ya está bien, ¿qué es lo que le preocupa?

Parece que no soy la única persona que se ha dado cuenta de su humor. Nadim también lo mira con suspicacia.

—¿Jared? ¿Todo bien?

El capitán se gira hacia él con verdadera sorpresa, pero no sé si por la pregunta o porque acaba de recordar que está aquí, con nosotros.

—Claro que está todo bien. —Su palmada en la espalda de Nadim es más entusiasta de lo habitual—. Pero creo que todos deberíamos irnos a descansar por hoy. Esta aventura ha sido... intensa, al menos para los que estábamos viviéndola despiertos. Y será mejor que mañana nos vayamos de aquí a primera hora. No quiero problemas con las estrellas. Ni con nadie, ahora que parece que al fin vamos a poder navegar tranquilos.

Dejo escapar un sonido involuntario. Una queja o un gemido que llama la atención de los demás. Al fin y al cabo, no he olvidado las palabras de Badra. Si no he dicho nada es porque teníamos dificultades más apremiantes que

solucionar; pero ahora, de pronto, su predicción vuelve con más fuerza. Van a venir a buscarme. Me llevo la mano a la muñeca, a la pulsera que aún me recuerda cada día mi procedencia.

—¿Kay? ¿Qué ocurre?

Nueve pares de ojos caen sobre mí con el peso de todas las preguntas que no se atreven a pronunciar. Yo recorro sus caras con expresión preocupada. Si mi padre viene a buscarme, no me va a encontrar como él cree. No se topará, al menos, con el príncipe que desea por heredero. Tropezará conmigo, la princesa, la abandonada, la que cree encerrada o desaparecida. La que deseó que nunca existiese.

—Es... sobre mi padre —me atrevo a decir. ¿Dónde está la botella? Creo que ahora necesito más el valor del alcohol que ninguno de ellos—. Badra me dijo la última vez que... mi padre vendría a buscarme. Que no sabía cuándo sucedería, pero que sería pronto. —Los miro de reajo, pero todos parecen esperar, como si supieran que no he terminado de hablar—. No sé si sois conscientes de lo que eso significa —añado—. Pero si me encuentra con vosotros, traerá barcos más grandes y armados que el *Estrella Fugaz*. Y os hundirá y disfrutará con que yo esté dentro, porque no le sirvo de nada con esta identidad.

El silencio continúa y se hace insoportable hasta el borde del delirio. Quiero gritarles que reaccionen, que digan algo, cualquier cosa.

—¿Y qué sugieres que deberíamos hacer? —Nadim me mira con un juego de luces y sombras en su cara morena, provocado por el fuego.

—¿Vosotros? Seguir adelante. Pero... quizá yo debería descolgarme del viaje en cuanto el *Angelique* vuelva a vuestras manos.

Ahora sí, el caos. Un montón de voces se unen al tiempo, y yo apenas sí reconozco la mitad de lo que me quieren decir. Sé que todas van dirigidas a mí, claro, pero me llegan de todas partes.

—Qué tontería.

—¿A dónde irás?

—¿Cómo vas a ganarte la vida?

—No todo el mundo es tan amable como nosotros, princesa.

—Tu padre —la voz de Jared se alza sobre las demás, autoritaria— todavía me debe varias juntas. Y por si no te has dado cuenta, soy un capitán muy rencoroso. —Su sonrisa es cruel cuando enseña los dientes como un depredador. Qué insensato—. Que venga. Y que traiga consigo todos los barcos que quiera. Disfrutaré hundiéndolos uno por uno. Y luego tal vez haga que el mismo bastardo se retuerza y vaya a suplicarte perdón por lo que te ha hecho.

Abro mucho los ojos, entre el horror de la imagen que convoca y la gratitud por saber que me respalda. Que, pese a todo, sigo siendo parte de ellos.

—Preocupémonos de esa supuesta armada cuando venga a por nosotros, si es que ocurre —apoya Gavin.

—Esta debería ser una noche feliz para ti —me recuerda Sabir con su sonrisa jocosa de siempre—. Y el rey de Dahes no es lo que yo llamaría un pensamiento feliz para la ocasión.

—Es más, te recomiendo que dejes de pensar. Que todos lo hagáis y os vayáis a *dormir*. Porque he dado una orden y, si mañana queréis zarpar en mi barco, la obedeceréis.

Sonrío. Jared casi parece una madre o un padre mandando a sus hijos a la cama. Y, por supuesto, todos ellos protestan. Yo prefiero portarme bien. Es cierto que los últimos días han sido agotadores y agradeceré una noche de descanso sin tener que preocuparme de nada más que de los ojos de las estrellas sobre mí. Y creo que a eso puedo acostumbrarme. Me recuesto, con la manta todavía envolviéndome, y le doy la espalda al fuego, observando la superficie luminosa del lago.

A mi alrededor se arma un poco de jaleo. Algunos se alejan del fuego. Veo a Rick y Collen levantarse y, dados de la mano, desaparecer como sombras en el bosque. Gavin, no demasiado para mi asombro, se va a dormir sobre la rama de un árbol. Es un hábito curioso.

Al final, sólo Nadim y yo nos mantenemos a este lado de la hoguera. El fuego nos separa de Harren y Owain, que se han quedado juntos, charlando. Puedo oír

sus susurros, pero no alcanzo a descifrar nada de lo que se dicen.

—¿Kay...? —me llama mi compañero—. ¿Cómo fue para ti?

Alzo la vista. Automáticamente, sé de qué me está hablando.

—Había una estrella y ella... lo hizo, sin más. —Me tumbo bocarriba, con las manos sobre el estómago—. Pensé que sería más difícil. En los cuentos, el héroe siempre tiene que demostrar su valor antes de que le concedan su deseo máspreciado. Pero supongo que ellas ya lo saben todo de nosotros, ¿no? No le puedes esconder nada a una estrella. Ni tus debilidades ni tus fortalezas. Nos han estado observando desde antes de nacer.

Desde antes de que el mundo se creara. Dicen que al principio sólo había cielo y tierra, y que los Elementos, que son inmortales, que nunca se crean ni desaparecen, dieron vida a todo, a plantas y animales. A las criaturas mágicas. Y, por último, a los humanos. Alzo una mano al cielo, mirando su contorno contra el firmamento. Somos criaturas jóvenes nacidas ayer.

—Así que... eran estrellas —murmura Nadim. También parece tener los ojos fijos en mi mano, así que la bajo con algo de incomodidad—. Supongo que al final nuestros rezos en el templo sirvieron de algo.

Tengo la tentación de preguntarle qué vio él, pero no quiero incomodarlo. Así que cierro los labios y me trago mis palabras. Intento buscar el cansancio acumulado, mis ganas de dormir, pero lo cierto es que mi mente se siente demasiado despejada. De todas formas, Nadim tampoco parece cansado, así que me incorporo a medias y decido aprovechar esta oportunidad para hablarle de algo que me ha estado incomodando desde hace días.

—Tengo que confesarte una cosa —suelto sin pensar—. Es... sobre la promesa de que volverías. Porque me la hiciste a cambio de que me quedara a salvo en la bodega y... puede que no hiciese honor a mi parte del trato.

Espero, pero él ni siquiera me responde. Sólo alza las cejas, quizá dejándome para que me hunda sin ayuda en las profundidades de mi propia culpa. A veces, por las noches, cuando Jared me mandaba a dormir y me relevaba en su vigilancia, mientras sabía que estaba delirando y tal vez no despertaría más, una

parte de mí, pequeña e ilógica, me recriminaba por haber roto la promesa. Porque en mi mente tenía sentido que tal vez, si me hubiera quedado en mi lugar, él habría vuelto sin un rasguño.

Qué locura.

—Sé que me odiarás, sobre todo después de haberme presentado en el *Estrella Fugaz* diciendo que sólo alguien de sangre noble de verdad cumple sus promesas, pero... no podía quedarme sin hacer nada. —Me envuelvo mejor en la manta, hundiendo la nariz entre sus pliegues, intentando ocultar mi vergüenza—. No podía abandonaros. Sois las únicas personas que alguna vez se han preocupado *de verdad* por mi bienestar y... Lo siento. Valéis más que cualquier juramento.

Nadim guarda silencio y yo quiero zarandearlo. Decirle que no se quede así, que me insulte o me acuse, pero que me hable. Y al final, lo hace. Con la más leve de las sonrisas, incrédula, en sus labios.

—No sé si sentirme halagado de que nos hayas cogido tanto cariño o decirte que eres una inconsciente.

Se me escapa una sonrisa también. Intento parecer penitente, pero es difícil parecer culpable cuando sabes que ya te han perdonado.

—Puedes sentir las dos cosas.

—Eres una inconsciente —resopla—. Pero... gracias por preocuparte por nosotros.

—También puedes admitir que sé cuidarme bien. A fin de cuentas, salí casi indemne. Más que tú, de hecho, lo que dice bastante sobre mis habilidades... y tu falta de ellas.

Nadim no parece molesto. Aunque hace una mueca y finge deshacerse de un puñal bien clavado en su pecho, parece a punto de echarse a reír.

—Si salí herido, en realidad, fue por un acto honorable y heroico, por el cual protegí a alguien con mi propio cuerpo. No habla en absoluto de *mis habilidades*, pero sí de mi gran corazón. Y de mi altruismo.

Estoy a punto de burlarme de él, pero decido contenerme. Porque, pese a

todo, volvió. Mantuvo su palabra. Supongo que es más príncipe de lo que yo seré nunca, por más que sea un pirata. Así que me limito a sonreír y le sostengo la mirada.

Él es el primero en apartarla hacia el fuego. Sé que me va a contar algo, que va a decir alguna cosa que le está pesando, pero no lo presiono.

—Estaba muy cambiada —dice de pronto. Por supuesto, mi mención la ha traído a su memoria. No sé si es bueno o malo—. Pero la encontré, después de todo. Y ahora que sé dónde está, supongo que podría volver a verla. Para pedirle perdón. Para... seguir adelante. Porque supongo que no me planteaba vida más allá de ella. Me he... consumido, obsesionado con encontrarla. —Baja la vista a sus manos, observándolas como si pudiera ver algo inscrito en las líneas de las palmas—. Es triste, ¿no crees? Toda mi existencia reducida a ella. A buscarla. —Coge aire, fuerzas, y gira el rostro hacia mí—. Por eso tampoco podía decirte qué puesto podía ocupar en tu futuro e hipotético reino. No veía ningún lugar para mí. No... era consciente de que hubiera nada para mí, excepto la misión que me había impuesto.

Trago saliva. ¿Qué podría añadir a eso? Quiero decirle que lo entiendo bien, que yo tampoco sé qué va a ser de mi vida ahora. Pero yo no llevo *diez* años persiguiendo a un fantasma. Nuestras experiencias son muy diferentes. Y tampoco pretendo compararlas. Sería injusto para los dos.

De modo que hago lo que sé que a mí me confortaría. Me echo hacia delante, con suavidad, y poso mi mano sobre la suya. Palma contra palma, entrelazando nuestros dedos. Aunque se sorprende, no se aparta, así que me armo de valor y me inclino hacia él hasta que mis labios tocan su mejilla, cálida incluso en la noche. Lo siento tensarse, pero no me alejo. Apoyo mi frente en su hombro. El aire entre los dos parece llenarse de calidez. Como un abrazo, pero casi sin necesidad de tocarnos.

—Siento todo por lo que has tenido que pasar. Y ojalá pudiera devolverte el tiempo, pero ni siquiera las estrellas pueden hacer eso. Lo importante... es que has encontrado la fuerza, Nadim. Las ganas de buscar la esperanza y de ver a

través de ella al futuro. Y, ¿sabes?, sólo por eso ha valido la pena la pesadilla de los últimos días. Puede que ese lago no cure todas las heridas, que las estrellas no curen los corazones y las almas. Pero creo que, de alguna forma, si han conseguido que reacciones, es que has empezado a sanar.

Le escucho suspirar. Sus dedos se posan en mi cabeza, entre mi pelo.

—Sí. Supongo que sólo necesito tiempo. Que algún día, algunas de las ideas que me atormentan se marcharán. Creo que puedo luchar contra ellas. Y que no estoy... solo en esa batalla. Y ese es el primer paso para ver un futuro y un presente, ¿no?

Asiento y rozo su espalda con mi mano libre, apretando la otra en torno a la suya.

—Sé que te espera un futuro muy brillante. Donde tú decidas.

—¿Hasta en el reinado de su majestad Kay I?

Se me escapa una risa entrecortada.

—No creo que ese lugar exista, al menos en mucho tiempo. Aun si pudiera reinar por derecho propio en Marabilia, creo que no es eso lo que quiero hacer *ahora*. —Me separo lo justo para que podamos mirarnos—. Dahes es mi hogar. Siempre lo será. Y algún día, volveré y reclamaré el sitio que me corresponde. Pero a día de hoy, hay otras cosas que prefiero hacer. Por primera vez en toda mi vida, no tengo unas murallas alrededor. Soy libre, realmente libre, y me siento parte de algo. Así que, si no os importa que os ponga en peligro con mi mera presencia, deseo ver el mundo. Ese del que Collen y tú siempre me habláis. El de las aventuras y los tesoros y lo inesperado. Quiero vivir, Nadim, incluso si es egoísta. Quiero ver de primera mano de lo que hablan los libros que he leído, ¡y también de aquello que nadie escribe! No quiero ser la clase de persona que se ha quedado toda su vida tras las murallas de su ciudad. Y... también quiero seguir con vosotros. Que me mostréis todas las mentiras que me han contado a lo largo de mi vida.

Nadim sonrío contra todo pronóstico. Se pasa una mano por el pelo, algo avergonzado, y aparta la vista.

—¿Sabes? En mis delirios solía pedirte eso. Que no fueras una princesa. Que... te quedases en el barco. Supongo que la muerte de cerca me permitía ser muy egoísta.

El corazón me da un vuelco. Estúpido.

—«No te conviertas en una princesa. Quédate aquí». Me lo dijiste esta mañana mientras... delirabas, sí.

Hay un momento de silencio avergonzado. Mi mano escapa de la suya. Él esconde los dedos bajo la manta. Ambos miramos hacia el fuego, todavía demasiado cerca. Al otro lado de la hoguera, las voces se han apagado. Supongo que los demás duermen ya. Algún animal merodea cerca de la linde del bosque, pero no se atreve a acercarse. Probablemente le tiene miedo a las llamas, que chisporrotean, o a la magia. A lo mejor a las dos cosas.

Aunque mis miedos son de pronto mucho más mundanos, sé lo que puede sentir. La fascinación y las ganas de huir. El impulso de vencer tus temores y, a la vez, la parálisis de no verte capaz de hacerlo.

—Supongo que ahora nos queda encontrar la siguiente cosa por la que luchar —murmuro—. Es así como seguimos siempre adelante, ¿verdad? Nos fijamos en un sueño hasta que lo agarramos y, en cuanto lo tenemos, nos impulsamos hacia el siguiente que queremos conseguir. Es un círculo que no se acaba.

Él sonríe. La lumbre dibuja su perfil en líneas claras, de cuadro o silueta en un papel.

—¿Por qué? ¿Ya estás pensando en cuál será tu siguiente paso? ¿Hay algo que quieras?

Es una pregunta casi cruel.

—Hay algo que desearía ser capaz de hacer. Pero la posibilidad de fallar me aterra.

—¿De verdad? —Nadim se vuelve hacia mí—. Esta noche nos hemos bañado con las estrellas y les hemos pedido un deseo. ¿Y todavía hay algo que te asuste? Nada puede ser más complicado que eso. Sólo te estás poniendo barreras. Las mismas barreras que otros te han impuesto y que has odiado toda tu vida.

No, no digas eso. No es lo mismo. No es ni remotamente parecido. Porque las barreras que me ponían sólo me afectaban a mí. Si las rompí fue porque lo deseaba. Pero ahora..., ahora hay otro ser humano enredado en mis deseos. En mis sentimientos. Y aunque quiero pensar que todo es recíproco, ¿qué pasa si no es así? Si me equivoco. Si he leído mal las señales. Al final, tengo más experiencia en lidiar con hechizos y estrellas y nigromantes que con personas.

Aunque quiero responderle que no lo entiende, al final también me acobardo con eso. Tomo aire hasta que siento que los pulmones me van a colapsar y me inclino hacia delante con cuidado. Hay una pregunta en mis ojos que no sé si él entiende. Que no sé si va a responder. Me detengo, a un suspiro de sus labios. Él no se aparta, así que me zambullo en las aguas más profundas en las que recuerdo haber nadado nunca.

Dejo caer los párpados y lo beso.

Sé que no tengo mucha experiencia. Soy consciente de que le pareceré torpe. De que puede sacarnos mil defectos a mí o a mi beso. Pero, si lo hace, no lo dice. Si piensa en apartarse, no lo lleva a la práctica. De hecho, corresponde con la más leve de las caricias, moviendo su boca sobre la mía. Cuando su mano vuelve a encontrar la mía, me sorprende. Me aparto sin querer, como si me hubiera asustado, pese a que me ha agradado. Y de pronto pienso en lo que he hecho de verdad, y la sangre se me agolpa en las mejillas y la cara me empieza a arder, e incluso entonces su rostro sigue cerca, su nariz a dos dedos de la mía.

—No necesitas correr ahora que has recuperado tu cuerpo —me recuerda—. Cuando llegue la mañana, seguirás siendo tú, Kay, por el resto de tus días, y...

—Me gustas.

Nadim calla, los labios aún entreabiertos, y yo maldigo mis palabras y todos estos súbitos impulsos, que no sé de dónde nacen. ¿Recuerdas la persona tranquila y obediente que eras, Kay? No está mal si mantienes algo de esos días. Si guardas silencio en vez de desnudar tu corazón a la primera oportunidad. No hace falta que él sepa lo que guardas dentro. No hoy, de todas las noches. Ni mañana ni pasado. Podrías habérselo dicho más adelante, si sentías que debías

hacerlo. Y, desde luego, no la noche en que él despierta, después de días al borde de la muerte.

—Yo...

—Lo siento —lo interrumpo. Una vez más—. No es... No cambia nada. Nada tiene por qué ser diferente. Sólo quería besarte y lo he hecho. Y no porque quiera correr. No tiene nada que ver. Sé que mañana seguiré en este cuerpo. Ya no tengo sólo hasta el próximo amanecer. Tengo todo el tiempo del mundo. Y pienso tomarme las cosas con calma. Pero esto... lo deseaba. Sólo eso. Sin lunas llenas. Sin desesperación. Sin... miedos.

Quizá no sin miedos. Esos siempre están ahí, en mayor o menor medida. Ahora mismo, de hecho, tiene que sentir que estoy temblando. Pero aguanto la respiración y lo miro a los ojos, y trato de ignorar la voz en mi interior que le está gritando para que hable, para que no alargue más este silencio que se me está clavando más hondo que cualquier espina.

Alguien debe de oír mis plegarias, porque de repente esboza una sonrisa, pequeña pero traviesa, de duende a punto de hacer una diablura.

—Pensaba que las estrellas concedían deseos sin pedir precio alguno —murmura con obvia malicia—, pero parece que en tu caso las estrellas han roto tu hechizo a cambio de tu vergüenza.

Abro mucho los ojos, con sorpresa por su comentario, antes de ponerme del color de la grana.

—Imbécil —farfullo. Para decir eso, mejor que se hubiera quedado callado.

Él abre mucho los ojos, en una interpretación perfecta de un descreído que ve ocurrir un milagro ante sus ojos.

—¿Me acabas de insultar?

La pregunta y su sorpresa no me ayudan a que le tenga en más estima. Mi mano sigue en la suya, pero yo uso la otra para golpearle el pecho, a la altura del corazón. Más por la sorpresa que por el daño que haya podido hacerle, él deja escapar un quejido.

—¿Es eso lo único que vas a decirme, estúpido pirata?

—¡Y ahora me golpeas, tras insultarme de nuevo! ¿Quién es la verdadera pirata aquí?

Se me escapa una sonrisa, muy a mi pesar, cuando veo su cara. No sé si lo está haciendo todo para que me relaje, pero yo siento que la tensión abandona mi cuerpo. Aunque eso no lo pienso admitir.

En cambio, bajo las manos, llevándome las suyas conmigo, sin permitir que se suelte, y alzo la barbilla en un gesto de desafío.

—Me pregunto cuántas veces pueden salvarte las estrellas hoy, porque estoy planteándome traspasarte de lado a lado con mi estoque, Nadim al Sharif.

Sus ojos brillan con diversión. Reconozco su expresión a la luz del fuego: la del muchacho que aguanta la risa, la de la sonrisa pequeña que quiere extenderse de oreja a oreja.

—Y ahora amenazas con armas y usando mi nombre de noble, así que no cabe duda de que atacarías sin piedad a alguien de alto rango... Y todo esto después de robarme un beso. —Se echa hacia delante, hacia mí, como si él mismo fuera a besarme, hasta que nuestros alientos se juntan en el espacio entre nuestras bocas—. *Pi-ra-ta*.

Tengo ganas de reír y de que se ría conmigo. Tengo ganas de burlarme de él, de disfrutar de este extraño juego que nos traemos entre manos. Tengo ganas de volver a empezar la noche y descubrir sus posibilidades. Tengo ganas de que este momento no acabe nunca.

En su lugar, miro en sus ojos y disfruto de su brillo. Me quedo en el aliento que compartimos por la cercanía. En la forma en la que sus manos se mueven contra las mías y entrelaza nuestros dedos.

Cuando lo beso de nuevo, él no se aparta ni bromea. Sólo corresponde a mi gesto.

Creo que no me imagino la sonrisa contra mi boca.



Nadim

No sé muy bien a qué jugamos Kay y yo con estos besos, pero tampoco es que me importe. No sé si es algo de esta noche, como fue algo sólo de la noche de la luna llena que pasamos juntos, o si supone una diferencia en nuestra relación. No creo que sea eso. Creo que nos besamos como una manera más de demostrarnos que estamos vivos. Que nos gusta estar juntos y nos atraemos, y no tenemos ninguna razón para no hacerlo.

Entre besos, hablamos en susurros, tumbados al lado del fuego. Una vez más, de todo y de nada. De lo que vimos en el agua, de las estrellas, de si nos siguen mirando ahora. Ella siempre vuelve a mi boca cuando me burlo de su forma de hablar, como una manera de callarme, y eso sólo me da ganas de provocarla cada vez más.

Al menos, hasta que oigo pasos.

Me separo de Kay con reticencia, arrastrando su labio inferior entre los míos, y alzo la mirada. Una sombra se ha levando desde un poco más allá y se mueve. Me separo del todo, alerta, entrecerrando los ojos.

—¿Nadim...?

Me llevo un dedo a los labios, incorporándome apenas. La sombra no se percata de mí. Sigue su camino, como hechizada, como si el mundo más allá de su destino no existiera. Lo reconozco.

¿Qué estás haciendo, Jared?

Se encamina hacia el manantial. Lo veo mirar las aguas y dejar sus botas a un lado. Suelto a Kay por completo y me levanto con precipitación.

No soy lo suficientemente rápido.

—¡Jared!

Si me oye, no lo hace notar.

Mi amigo se mete en el agua y, después, se lanza de cabeza hacia el fondo.



Jared

Quiero saber la verdad.

Las estrellas no necesitan que les explique nada más. Lo han visto todo. Llevan viéndolo todo desde que el mundo existe. Si alguien puede enseñarme qué ocurrió, son ellas.

Por eso millones de puntos de luz se juntan en la oscuridad del fondo del lago y crean imágenes.

Una voz surge, de todos lados y de ninguno, rodeándome y llenando el vacío.

No estoy convencido de querer ver la historia que las estrellas tienen que contarme.

* * *

Natán se fijó por primera vez en Angelique mucho antes de que ella lo supiera. Oyó su nombre, su historia, una vez en una taberna. Los hombres hablaban de ella como una rareza, como un desafío o incluso como algo que debía ser controlado o eliminado. Una mujer con tanta libertad era una mujer que no conocería límites. Una mujer desafiando todo el orden que debía tener el mundo era una mujer que sólo podía causar problemas. Se llevaba los mejores tesoros, conseguía los mejores botines y, cuando alguien iba tras ella y su tripulación, vencía. Nunca robaba otros barcos de piratas, pero al ganar batallas hacía añicos orgullos que costaba reconstruir más que barcos enteros.

Natán descubrió entonces el reto que ella suponía. Ante todos, borracho de

su fama entre los piratas, dijo que él controlaría a aquella mujer. Nadie podía comparársele, después de todo. Natán era el mejor pirata de Marabilia y, si alguien podía hacerla entrar en vereda, ese era él. Decidió que, cuando se encontraran, la retaría a un duelo y vencería. Así el asunto estaría, de una vez por todas, resuelto.

La primera vez que se cruzaron y se vieron, él intentó justo lo que había prometido en aquella taberna: se presentó ante Angelique, sus hombres tras él, las mujeres de la capitana pirata tras ella, y se encararon. Ella lo miró con desinterés cuando se presentó. Le dijo que no sabía quién era, que no había oído hablar nunca de él. Insultado y maravillado al mismo tiempo, Natán cumplió su palabra y desenvainó para retarla a un duelo. Angelique lo miró sin más, como quien mira a algo de importancia ínfima, y se negó.

«Tenéis miedo, pues».

«No temo ni ganar ni dejaros sin orgullo, caballero».

«¿Creéis que venceríais? Demostradlo».

«Las demostraciones son sólo para aquellos que no están seguros de un resultado y necesitan probar suerte ante otros para sentir que son lo que anhelan. Yo sé con total seguridad que vencería; por tanto, no preciso ni de pruebas ni de validaciones ajenas. No estoy interesada. Buscad otro rival con quien medir vuestras ganas de ser alguien».

Así, la que entre algunos círculos se conoció durante un tiempo como reina de los piratas dio la espalda al que era el rey, que se quedó boquiabierto e incrédulo ante la negativa.

Pero en vez de aceptarla y claudicar, aquello sólo encendió más el interés de Natán.

La detuvo, pues, antes de que aquella misteriosa mujer pudiera marcharse. Le propuso una búsqueda de un tesoro. Le dijo que, si tan segura estaba de sus capacidades en un duelo, no se batirían ellos, sino sus tripulaciones. De esa forma, demostrarían cuál era la mejor de todas. Y aquello gustó a ambas partes. Una búsqueda no haría daño a nadie.

Sólo que Natán nunca tuvo intención alguna de encontrar un tesoro. Así pues, cuando se vieron según lo acordado y Angeliqúe presentó ante él la riqueza de varios reyes perdidos, él sólo se arrodilló y, con sonrisa de galán, le dijo que el tesoro más grande que él podría encontrar era ella.

Angeliqúe se sintió ofendida. Engañada. Avergonzada, desde luego. Esa tampoco fue la reacción que Natán esperaba, pues quería que ella cayese a sus pies. La mujer dio media vuelta y se largó entre las risas del resto de mujeres. Diandra, su segunda de a bordo, observó a Natán entonces por vez primera. No lo tomó en serio. Casi se rieron de él. Lo consideraron inofensivo, ególatra y presumido, demasiado caprichoso y demasiado encaprichado.

Si hubiera quedado ahí, nada más habría ocurrido. Si hubiera quedado ahí, Angeliqúe habría seguido siendo reina sin rey, gobernante de los mares y capitana de mujeres.

Pero no quedó allí. Cuando menos lo esperaban, la tripulación de Natán aparecía de la nada, siempre ayudando. Cuando alguien iba tras la tripulación de mujeres, él prestaba la suya para la batalla y aseguraba la victoria. Cuando Natán sabía que Angeliqúe estaba tras un tesoro interesante, él le hacía llegar por los medios que fueran necesarios libros, cartas y mil pistas para que ella lo encontrase. Se lo dio todo por una temporada. Y tras aquellas semanas, en las que Angeliqúe se preguntó qué hacía o qué pretendía aquel hombre, Natán envió a Angeliqúe una invitación para volver a verse. Solos, esta vez. En tierra. Cara a cara.

Y Angeliqúe accedió.

«¿Por qué habéis hecho esto todo este tiempo?», preguntó ella.

«¿No os dije ya que erais el mayor tesoro que podía concebir?».

«Una trampa, sin duda».

«Me tomáis por tramposo, cuando no hay ningún juego que quiera ganar».

«A mí, quizá».

«A vos, quizá. Mas sin trampas: sólo con quien soy, poniendo a vuestros pies todo lo que tengo».

«No lo quiero».

«¿Y por qué me habláis, entonces? ¿Por qué habéis acudido aquí? ¿Por qué no lucháis contra mí cuando os persigo?».

«Porque sospecho que esa es vuestra intención. Tener la pelea que os negué desde el principio. Provocarme y conseguir que batallamos, vuestra tripulación y la mía. Sigo sin estar interesada».

«También yo. Ya no quiero luchar contra vos. Quiero unir fuerzas con vos. Os quiero a vos. A vuestra fiereza y vuestro orgullo y vuestra manera de ser invencible. No os quiero en mi contra, os quiero conmigo. Me tenéis maravillado, Angélique. Nunca he conocido mujer igual. Nunca he anhelado a una mujer igual».

El corazón de Angélique perdió un paso. Un rubor cubrió sus mejillas.

En aquel paso de menos y aquel color de más comenzó todo. Al principio todo siguió igual. Ella se negaba, con menos ímpetu cada vez, a sus atenciones; él, siempre con más gracia, continuaba ofreciéndolas. Angélique no se dio cuenta de lo peligroso del juego, porque fue poco a poco, demasiado amable. No se dio cuenta de que el amor de verdad no es aquel que oprime y persigue, sino aquel que fluye y deja espacio. Mil historias antes habían dejado que pensase que un hombre que va con tantas ansias tras una mujer sólo puede estar enamorado. Así que cayó. Cayó ante las flores, ante las cartas, ante los guiños y las reverencias en cada encuentro fortuito.

Diandra lo vio. Lo vio lentamente, como se ve lo inevitable. La advirtió. Angélique dijo que nada pasaba. Sólo rió ella en aquella ocasión, al considerarlo inofensivo.

Una vez más se encontraron cara a cara. Fue una noche. Y aquella noche cayó el primer beso. Y tras él, tantos más.

Lo primero que cambió fue la relación con Diandra. Natán dijo que, si querían estar juntos, él no estaba dispuesto a que ella estuviera con alguien más. Él nunca podría estar con nadie más, porque la amaba demasiado. ¿No le amaba ella tanto, de igual manera? ¿Acaso él la quería más? ¿Acaso no era

injusto aquello para él? Así que la convenció, y las caricias con Diandra terminaron.

Diandra lo aceptó. Si era lo que Angelique quería, jamás la perseguiría ni la obligaría a lo contrario. Le dejó espacio. Era su decisión, y ante ella nada había que hacer. Aunque el corazón se le rompiese en pedazos.

Lo segundo que cambió fue la tripulación. ¿Qué sentido tenía estar separados cuando había tanto amor? Debían juntar las tripulaciones, sin ninguna duda: así podrían estar siempre juntos. Podrían ser una familia de verdad, navegar siempre de la mano, ver todos los lugares posibles, llegar hasta el fin del mundo en brazos del otro. Serían invencibles. Angelique dudó, porque su barco era un refugio, pero ¿cómo iban a tener si no una vida juntos? ¿Siempre en barcos separados? Para Natán, aquello era inconcebible. ¿No lo quería lo suficiente, una vez más? Y ella lo quería, claro. Así que accedió, y dos tripulaciones se tornaron una.

Lo tercero que cambió, fue la llegada de otro barco. Con la boda, Natán le regaló a Angelique un bonito barco al que bautizó con su nombre. Y con él, cuando él quería, se marchaban. Cuando Angelique hacía planes que a él no le gustaban, o cuando ella pasaba demasiado tiempo con Diandra y Diandra la advertía, él le sugería tomarse un descanso. «Te veo cansada», «creo que necesitamos alejarnos de todo», «tu tripulación te exige demasiado», «Diandra cuidará del barco, déjala como capitana», «¿no ves que a quienes llamas amigas hacen lo que quieren contigo?», «no hagas caso si dicen algo de mí, a mí me da igual, sólo quieren separarnos, pero yo te quiero y eso es lo único que importa. Vámonos solos, es lo que necesitamos». Y así, se marchaban. ¿Y cómo iba a ser algo malo aquel barco, aquella vía de escape, cuando Natán se lo había regalado con todo su cariño? Nunca se le ocurrió que fuera una manera de aislarla. Angelique nunca se dio cuenta de que con cada viaje en aquel barco la separaba un poco más de las suyas y la unía más profundamente a él.

Y de uno de aquellos viajes llegó el cambio más importante. Angelique volvió embarazada, pese a que nunca había pensado en tener hijos. Pero ¿cómo no iba

a tenerlos con él? ¿No era un hijo el símbolo más importante de amor que una pareja podía tener? Ella había estado casada antes, pero con un hombre al que no amaba. Sin embargo, con Natán, cuando él sí quería un bebé, ¿cómo podía negárselo? Se sentía mal sólo de pensar que era tan egoísta como para no querer un niño. Y cuando al final se quedó embarazada, se sintió feliz. Natán le dijo que debía quedarse en tierra entonces, pues no era seguro para una mujer en su estado navegar. Él estaría al cargo de todo. Ella protestó, pero lo hizo poco: ¿cómo podía negarse más, cuando en el fondo la vida de aquel bebé dependía de que ella estuviera a salvo? Así que abandonó su barco y su tripulación y dejó todo en manos de su marido. Diandra se quedó con ella en tierra. Durante ese tiempo, le dijo que estaba cambiando. Que Natán la estaba moldeando. Le suplicó que se diese cuenta, que despertase, pero Angelique no lo veía. Se alteró, le preguntó cómo podía decirle eso si eran amigas. Natán se lo había advertido: intentaría ponerla en su contra. Sin duda, Diandra estaba celosa porque la seguía amando. No tenía razón. De ninguna manera tenía razón.

Entonces nació el bebé. Angelique pidió estar en su barco durante el parto. Quería que su hijo naciera allí, en medio de los mares, donde ella había sido más feliz. Se le concedió. Aquel fue un día alegre y las tripulaciones lo celebraron, y desde el primer momento se quiso a aquel niño. Al menos, fue un día alegre hasta que Angelique anunció su vuelta completa al barco. Ahora que ya había dado a luz, no habría ningún problema.

Y eso a Natán no le gustó. Cuando el bebé se durmió, él se giró hacia ella:

«Supongo que no va en serio lo de volver al barco».

«Por supuesto que sí. Jared ya ha nacido, ya no hay peligro».

«Jared es un bebé. ¿Serás tan irresponsable de embarcarte? ¿Qué piensas hacer con él?».

«Vendrá con nosotros, claro...»

«¿Qué clase de madre eres? Lo pondrás en peligro. Un barco no es lugar para un recién nacido. ¿Quieres que enferme? ¿O que le pase cualquier otra

cosa?».

Y Angelique se sintió mal. Y le dio la razón. Y lloró por sentirse culpable.

Y se quedó siete años en tierra.

Diandra la acompañó la mayor parte del tiempo. A veces volvía al barco y se turnaba con otras mujeres de la tripulación para que estas nunca dejaran sola a Angelique y a su hijo. Diandra volvía al Libertad para intentar controlar a Natán, pero él para entonces ya hacía lo que quería en aquella nave y pobre del que intentara contradecir sus planes. Un barco que había sido sólo refugio de libertad se convirtió entonces en un buque que batallaba contra amigos y enemigos. De buscar tesoros y combatir a nobles demasiado altivos y con negocios turbulentos, comenzó a perseguir a otros piratas y a ir contra barcos de reyes para atracarlos y matar a quien quisiera negarse. Hubo un primer intento de motín que no triunfó. Cuando Natán se lo contó a Angelique, cómo sus mujeres habían intentado levantarse contra él cuando él buscaba lo mejor para todos, lo mejor para la familia que tenían, ella se disculpó por todas. Al fin y al cabo, tenían un niño al que alimentar. Natán buscaba un futuro brillante para todos. Nada más.

Hasta que ella volvió al barco. Y entonces se dio cuenta de que las actividades que ahora se hacían no eran las que ella quería. Muchas de las mujeres de su tripulación, así como muchos hombres, habían perecido en batallas.

Fue lo que hizo que todo estallase.

Discutieron. Ella le acusó de haberla tenido apartada para poder usar su barco y a su tripulación para lo que quería. Le acusó de estar siendo cruel. Le dijo que no quería muertes gratuitas, que no quería robos por avaricia. Eran buscadores de tesoros y daban golpes por justicia.

«¡Sólo busco lo mejor para todos!».

«¡Esto no es lo mejor para nadie! ¡Es sólo lo mejor para ti! ¡No me casé con un hombre cruel!».

«¡Soy un hombre que te da todo lo que necesitas, Angelique! Gracias a mis

golpes tenemos a una tripulación que hará lo que sea por nosotros porque somos ricos, gracias a los golpes podemos comer y alimentar a nuestro hijo. ¿Y tú qué haces? ¡Eres una simple soñadora! ¡Los tiempos de ser una egoísta aventurera ya han acabado!».

«¡Este es mi barco, Natán! ¡He dicho que no se seguirá con esto y no se hará! ¡No es así como quiero vivir! ¡No es así como voy a vivir! ¡No te dejaré hacer lo que quieras!».

Angelique no olvidaría nunca la primera bofetada.

Siempre se culparía por no haber reaccionado en aquel momento. Por no haberse lanzado contra él y haberlo echado del barco. Pero ¿cómo podía haberlo hecho? Él la abrazó de inmediato, se disculpó de todas las maneras posibles, le dijo que había sido un impulso, que nunca más lo haría. Y ella lo creyó. Porque nadie quiere creer que sea más que eso. Que vaya a volver a ocurrir. Es más fácil pensar que es cierto: que ha sido un error, un momento de enfado que hay que perdonar. Por eso Angelique lo hizo. Por eso los dos lloraron, abrazados, y Natán le prometió que todo se haría como ella quisiera.

Y durante un tiempo fue así. Volvieron las búsquedas de tesoros y la paz. Ella volvió a navegar, su hijo crecía feliz rodeado de mar, Natán volvió a atesorarla como antaño, llenándola de atenciones y guiños y flores y cartas.

Pero sólo fue un tiempo. Natán volvió a querer batallar y la convenció de que era lo mejor. Que sería un golpe rápido y que no pasaría nada. Que vendría bien para llenar las arcas, después de algunas búsquedas infructíferas. Le dijo que los nobles a los que atacarían eran, además, malas personas. Justicia, pura y dura.

Y después de ese golpe, otro. Y después, algunos más. Angelique se quedaba en el camarote abrazando a un niño demasiado pequeño para salir fuera y descubrir cómo la gente luchaba y moría y mataba. Le contaba cuentos, le obligaba a mirarla, a prestarle atención sólo a ella, y fingía que el sonido de la batalla era una música que acompañaba a sus historias.

Y se repitió la historia. Ella volvió a quejarse, a alzar la voz. Natán perdió el

control.

«No eres nadie para darme órdenes».

La segunda bofetada dolió más. Ella intentó defenderse. Se lanzó contra él. Y él se volvió loco. La golpeó de verdad. Fue el principio de las marcas. Fue el principio del miedo cuando ella no pudo más que quedar arrinconada en un lugar del camarote, temblando, y él la abrazaba pidiendo perdón. Porque ella quería perdonarle. Ella también lo había pegado, después de todo. A ella también le había consumido la ira. ¿No estaba mal eso también? Seguro que a él le había pasado eso mismo. Nada más. Nada más. Nada más.

No pensó que no era lo mismo atacar que defenderse.

La historia se repitió durante demasiado tiempo. Años que pasaron lentos. Golpes, llantos y disculpas. Disimulos para que nadie supiera qué pasaba en aquel camarote, ropas que cubriesen las heridas o grandes historias que hicieran parecer que eran otras batallas las que marcaban su cuerpo. El miedo le selló la boca y le ató la lengua. Las amenazas hacia las suyas y hacia su hijo, que también terminaron por llegar, fueron la aguja y el hilo que cosieron para siempre sus labios.

Hasta que Diandra descubrió adónde había llegado todo aquello y se cansó. No iba a permitirlo. Juntó a todas. Las organizó. Lo planificó todo. Los hombres apoyarían a Natán, no había duda, así que serían las unas contra los otros. No confió en nadie más que en las mujeres que habían subido a aquel barco buscando libertad, las mismas mujeres a las que Angélique les había dado oportunidad, tiempo atrás, de ser quienes quisieran ser.

Fue una noche de luna llena.

Cuando las mujeres se levantaron en armas, el caos estalló en la cubierta. Natán y Angélique salieron del camarote.

El niño, tú, quisiste ir tras ellos, pero tu madre se giró hacia ti.

«Quédate aquí, cariño».

Un beso en la frente. El último.

La puerta se cerró. El miedo y la incomprensión te paralizaron. No había

cañonazos, no se oían voces de otro barco. ¿Un motín? ¿En tu tripulación? Aquello parecía improbable. Imposible. No entendías qué estaba pasando. Nadie te culpa.

Diandra estaba al otro lado de la puerta. Todo fue rápido. Demasiado rápido.

«Sé lo que has estado haciendo con Angelique, cabrón. Hoy es el día en que tú mueres y tu tripulación se larga de aquí».

«Diandra, para, esto no tiene sentido...».

«¿Vas a matarme, zorra? ¿Tú a mí? ¿Tan poco aguantas que Angelique me haya elegido a mí? ¿Ves qué clase de amiga tienes, amor? Me amenaza. Nos quiere separados. Siempre te lo he dicho. No lo soporta».

Silencio.

«Angelique, apártate de él. Déjame a mí. Te juro que todo volverá a estar bien. Vas a volver a estar bien. Nadie va a volver a hacerte daño».

«No la escuches».

Pero Angelique la escuchó. Se preguntó cómo no la había escuchado antes, cuando ella siempre había estado ahí. Se preguntó también por qué Diandra seguía luchando por ella, y le agradeció que no la culpase por no haber prestado oído a sus advertencias. La miró, cogiendo aire, y por un segundo tuvo esperanza. Tuvo ganas de vivir. De luchar. Se dio cuenta de todo el daño. Fue un glorioso segundo. Fue como recuperar unas alas que le habían cortado y echar a volar.

Pero Natán vio cómo intentaba extender las alas.

«Tú no vas a ninguna parte».

Diandra no pudo evitarlo. Tampoco podía haberlo previsto. No pensó nunca que llegaría a ese límite. Nunca nadie piensa que se pueda llegar a ese límite.

Por eso, cuando Natán cogió de los cabellos a Angelique y le cortó el cuello, el mundo perdió peso, color, consistencia y realidad.

Angelique cayó. Natán se dio cuenta de lo que había hecho. Su espada cayó. Diandra gritó. La puerta del camarote se abrió. Unos ojos muy pequeños vieron

primero el cuerpo en el suelo. Después, a la mujer echándose encima del hombre.

Después, una espada atravesando el cuerpo de su padre.

* * *

El manantial me expulsa cuando las imágenes acaban y la voz se calla y yo siento que me falta el aire. Que me falta todo lo que me hacía sentir vivo hasta ahora. El agua corre por mi cara, pero no es sólo del manantial, sino también de mis lágrimas. No hice nada por evitarle el sufrimiento a mi madre. Todo este tiempo he culpado de su muerte a alguien que sólo quiso protegerla. He querido e idolatrado a un verdadero cabrón que destrozó todos los sueños de la mujer que me crió.

Siento ganas de vomitar. Lo hago, con una arcada que me parte por la mitad, cuando recuerdo su espada cortándole el cuello a mi madre. Me imagino la sangre a mi alrededor. Yo puse las manos encima de aquel cuerpo y me manché de la sangre que mi propio padre había provocado. Vuelvo a vomitar.

El aire no vuelve a mí y no tiene nada que ver con haber estado bajo el agua. El *Angelique* es un barco que en realidad fue una cárcel. Una treta. Una más de las mierdas que mi padre le hizo a mi madre. Una manera de apartarla de todo lo que quería. He navegado siempre en ese barco y lo he amado con toda mi alma porque pensaba que era un símbolo y todo lo que me quedaba de ellos.

Me mareo. Me caigo.

Unos brazos me atrapan antes de que pueda derrumbarme del todo.

—Jared. Jared. ¿Qué ocurre? ¿Qué pasa?

Alzo la mirada. Nadim está ahí, cogiéndome de los brazos, intentando mantenerme erguido. Aprieto los dientes, sin saber si quiero su consuelo, si lo merezco..., pero al final me abrazo a él, porque es lo único que puede hacer que me mantenga a flote. Cierro los ojos con fuerza, con un gemido que me rompe en dos. Me odio. Me odio por haberlo tenido delante toda mi vida y no haberlo

visto. Odio a ese monstruo que una vez llamé padre. Odio el *Angelique*. Odio todo lo que he hecho con mi vida, en ese barco, todos los deseos de venganza...

Odio que mi amigo, que me sostiene sin saber qué ocurre, haya estado a punto de morir por nada. Por una mentira. Y aunque Diandra hubiera sido la culpable, ¿qué habría solucionado? Diandra intentó vengar a mi madre con violencia y ella y más personas terminaron muriendo. Mi madre no creía en esas cosas. Mi madre creía en una piratería que exploraría el mundo y descubriría mil lugares y cientos de tesoros. Fue ese hombre, ese grandísimo cabrón, quien quiso convertirla en otra cosa.

Y yo he sido como él.

Me odio tanto que quiero arrancarme la piel. Que grito y se me desgarran la garganta.

Nadim me abraza con fuerza. Me acalla contra su pecho.

—Estoy aquí, hermano. Estoy aquí.

Ni siquiera su abrazo es suficiente para contener todos los pedazos en los que me rompo.



Kay

Cuando el sol empieza a despuntar en el horizonte, Nadim y Jared vuelven a nuestro improvisado campamento con caras de haber dormido poco, si acaso algo, y las expresiones ensombrecidas. No soy la única persona que los ve llegar ni la única que se preguntará qué habrá pasado, pero sí soy la única que sabe lo que pasó anoche. Que vio al capitán hundiéndose en las aguas. Que vio a Nadim salir corriendo a por él. Se quedó en la orilla, de pie, esperando, hasta que lo vio emerger de nuevo y, en cuanto lo hizo, se apresuró a ayudarlo. Los vi abrazarse y salir del agua, pero en ningún momento creí prudente acercarme. Sabía que me enteraría en su debido momento.

Los demás, que esperan el desayuno de Harren, están despertando todavía o ya en plena actividad, recogiendo el campamento para marcharnos. Como yo, se quedan en silencio cuando el capitán se detiene ante nosotros. Puedo ver cómo el rubio intenta recomponerse. Cómo junta a duras penas los trozos rotos que ahora lo forman y finge estar entero, ignorando las fisuras que asoman.

—Tripulación —dice con voz ronca. Los demás tienen que darse cuenta también de la rojez de sus ojos, de su hinchazón. De que ha estado llorando. Parece haber ganado años en una sola noche—. Va a haber... cambios en nuestros planes.

Hay un silencio que habla por sí solo, lleno de interrogantes. Cada uno espera a que el de al lado haga la pregunta, pero parece que nadie se atreve a ser el primero. Yo, de cuclillas al lado de Sabir para doblar y recoger las mantas, no me veo con el derecho para hacerlo.

—¿Cambios? —Al final es Harren, el mayor de todos, quien toma la iniciativa. Ha dejado de repartir las raciones del desayuno—. ¿Qué clase de cambios?

Nadim y Jared intercambian una mirada. Me parece que el primero está a punto de asentir, pero finalmente no lo hace. No parece pesarle el cansancio tanto como a su compañero, aunque tiene los hombros más caídos que de costumbre, como si llevase otro tipo de carga.

—No vamos a recuperar el *Angelique*.

Su afirmación es tan definitiva que, durante un segundo, nadie sabe cómo reaccionar. No los culpo. Yo tampoco me lo creo. Ama ese barco. O lo amaba con todas sus fuerzas. Era lo único que le quedaba de sus padres. ¿Es una broma? Y, sin embargo, ni él se está riendo ni parece triste por la pérdida. Hay tristeza en su expresión, sí, pero soy consciente de que no es por la decisión que ha tenido que tomar.

Recuerdo los últimos días, su quietud, su melancolía. Incluso cuando Nadim despertó. ¿Qué ha cambiado para el capitán? Desde luego, algo lo atormenta desde nuestro encuentro con el *Libertad*. Y más allá de eso, ¿qué pasó en el lago? ¿Pidió un deseo a las estrellas? ¿Qué le dijeron...?

A mi alrededor, por supuesto, se ha hecho el caos. Todos hablan a la vez. Sus voces se solapan, se confunden con sus palabras convirtiéndose en sonidos ininteligibles.

—¿Qué?

—Pero el *Angelique*...

—Pero el rey de Dahes...

—¿Por qué, capitán?

No sé si Jared los escucha de verdad. Parece un poco ausente, con los ojos fijos en nada en particular. Y tampoco es que haga falta que los escuche para saber qué tiene que responder. Qué es lo que les preocupa.

—Tenemos un barco. El *Estrella Fugaz* es rápido y cuenta con unos buenos cañones. Y no vamos a seguir cumpliendo las órdenes de ese capullo tampoco.

No voy a tolerar más su chantaje.

—¿Quiere decir eso...?

—Que no vamos a volver tras el *Libertad*.

Rick se levanta, tras soltar a un Collen tan desconcertado como el resto.

—Pero Diandra robó tu barco, Jared. El *Libertad* es legítimamente tuyo.

—Ese barco está en las manos de quienes debe estar. Es lo que a mi madre le habría gustado.

Rick se queda de pie, mirándolo sin entender, con el ceño fruncido. Aun así, no pide una explicación, nadie lo hace pese a que los nuevos planes nos parezcan producto de un delirio. No entendemos qué ha cambiado de la noche a la mañana para que haya llegado a esa disposición. Hace menos de una luna, todas sus ansias estaban puestas en la venganza. En acabar con la mujer que, según él, había acabado con sus padres y le había robado su preciado navío. Y ahora...

De nuevo, esa mirada. Pasa rápido entre él y Nadim, pero esta vez no me cabe duda de que hablan entre ellos sin necesidad de decir ni una sola palabra.

—Creo que hay una historia que nos estamos perdiendo, capitán —murmura Collen, dándole un suave empujón a una decisión que, por lo que me consta, ya estaba tomada.

Esta vez, Nadim asiente y Jared, con el rostro contorsionado en una máscara de dolor, habla:

—No fue... Diandra quien mató a mi madre aquella noche —dice, y hay tal convicción en sus palabras que no me cabe duda de que ha visto la verdad en el manantial—. Ella sólo quería protegerla de mi padre. Su verdadero verdugo. —Amargura. Jared baja la vista y yo tengo que hacer otro tanto, porque se vuelve doloroso seguir mirando en su rostro. No nos está dando detalles, pero a mí no me cabe duda de que los conoce todos. Y todos, de hecho, se le han clavado en lo más hondo, como zarzas alrededor de su corazón. ¿Cuántos horrores hacen falta para cambiar a un hombre, para dejarlo convertido en sangre y cicatrices? —. Se... acabó el *Angelique* y se acabó el *Libertad*. Es mi decisión. No quiero tener nada que ver con ningún regalo que ese bastardo le hiciese a mi madre.

Es obvio cuánto le cuesta pronunciar esas palabras. Todo el odio y la pena que intentan ocultar. Toda la rabia. Así que nadie dice nada. Quizá nadie se cree con la potestad para hacerlo. Respetamos su luto y aguardamos a escuchar qué más tiene que decirnos.

Porque es obvio que hay más.

—Tenemos un barco —prosigue en voz un poco más alta. Con renovadas fuerzas. Alza la barbilla con decisión, intentando apartar a los fantasmas que lo persiguen, y se detiene a examinar nuestros rostros uno por uno—. Tenemos también dinero suficiente como para retirarnos si quisiéramos. Cuando mi madre comenzó en la piratería, decidió que nunca atacaría a nadie por simple placer o para llenarse los bolsillos. Lo único que quería era ser libre y descubrir leyendas. Mi padre hizo que cambiase, que renunciase a esos principios. Y yo quiero recuperarlos. Le debo vivir su sueño, porque a ella la obligaron a abandonarlo. Vosotros, por supuesto, no tenéis que seguirme: no me debéis nada y vuestra parte del botín será vuestra cuando lo digáis para poder marcharos.

Nadie se mueve. ¿Cómo podríamos? Lo observamos con puro asombro. Sorpresa por la historia que nos ha contado, pero también por la propuesta.

¿Es que no se da cuenta de con quiénes está hablando?

Estos hombres le seguirían hasta el cielo si él se lo pidiese. Encontrarían la manera de llegar tan alto como pudiesen y desatarían el caos entre los mismísimos astros, robándoles su luz para forjar con ella nuevas armas.

Se me escapa una sonrisa ante la idea y ante la respuesta de Sabir, tan natural:

—¿Te has golpeado con una piedra en la cabeza, capitán? Nadie va a irse.

Harren cruza los musculosos brazos sobre el pecho y asiente.

—Y no hemos llegado tan lejos para esto. No es tan fácil como coger nuestro botín y marcharnos. Esta es nuestra familia.

Nuestro cocinero nos mira a todos con una mueca, como si nos desafiara a contradecirlo. Sé que está dispuesto a verter veneno en la próxima comida de quien se atreva a hacerlo.

—Además, nos prometes leyendas, ¿y pretendes que rechacemos la llamada

de la magia? —Owain enseña los dientes en una amplia sonrisa.

—O la de la aventura —confirma Gavin.

—O la del oro. Apuesto a que con un buen tesoro podemos hacernos más ricos que asaltando cualquier barcucho de Dahes.

Pongo los ojos en blanco, mirando a Tayeb. Por supuesto. Aunque no sonrío, alza las cejas como si me retara a responderle. No lo hago, pero sólo porque sé que se está metiendo conmigo.

—Dadlo por hecho, si seguimos mis mapas y mis cartas de navegación —añade Collen, como era de esperar—. Os aseguro que no faltarán ni aventuras ni piedras preciosas.

—Bueno, supongo que no me queda otra opción —suspira Rick, como si no supiésemos todos que, por lo general, a donde va Collen va él detrás—. Además, no te he aguantado todos estos años, Jared, como para que ahora me eches de tu barco, tenga el mascarón de proa que tenga.

Reímos o sonreímos. Incluso Jared lo hace, con los labios entreabiertos, emocionado por el apoyo de los suyos. Nadim aprieta su hombro, a su lado, e imagino que le está diciendo con la mirada que se lo advirtió. Que nunca podría deshacerse de su estúpida y entusiasta tripulación.

—Yo, por mi parte, he decidido comenzar a vivir de verdad, y dudo que haya un lugar mejor que este para hacerlo.

Me doy cuenta de que me mira. De que todos lo hacen, esperando, y yo me encojo con ganas de desaparecer, pero convoco la expresión más seria que soy capaz.

—Como si no supieseis de sobra mi postura en lo referente a la piratería. Reclamar tesoros perdidos y aventuras me parece un paso adelante en vuestra educación como personas honradas. —Hay cejas alzadas y sonrisas y Sabir me patea el trasero. Yo me quejo por el ataque gratuito, pero no ha dolido de verdad—. Lo que quiero decir es que sí. Claro que iré.

Jared se llena el pecho de aire, con los ojos todavía recorriendo nuestras caras. Como si no se creyese lo idiotas que somos. O la suerte que tiene. Le veo

bajar la vista un instante y luego sacudir la cabeza, intentando mantener la calma. La compostura.

—Muy bien —dice con la voz más clara que logra convocar—. Entonces, recojamos todo y volvamos al barco. Hay que decidir nuestro próximo destino.

Todos sonreímos. No nos levantamos a abrazarlo, pero de alguna manera la sensación es similar: el ambiente es cálido, como si nos arropásemos entre todos sin necesidad de tocarnos. A un tiempo, sincronizados, sólo se oyen dos palabras. Las únicas que necesitamos ahora para decirle a Jared que estamos con él. Que no lo abandonaremos, decida lo que decida.

—Sí, capitán.

* * *

Decidimos que nuestro primer destino sea Rydia, donde podemos abastecernos y descansar, y donde Collen guarda los libros más interesantes y algunos mapas que quiere investigar más a fondo. Yo agradezco la idea del descanso, de tomarme los días con calma, familiarizándome con mi cuerpo, sin pensar en nada en especial.

Y sin mirar al horizonte.

Durante los días de travesía que siguen, me doy cuenta de que lo hago sin cesar. De que cada vez que tengo un momento libre o mi mente no está centrada en algo, mi vista se pierde, buscando barcos. Buscando amenazas. Sabía que el miedo no se marcharía, pero no esperaba que las palabras de Badra se quedaran grabadas en mi mente con tanta fijación y, sobre todo, que permanecieran para atormentarme, cuando todos han dicho ya que nos preocuparemos de las amenazas cuando vengan. Pero ¿es esa la vía de acción más sabia? Ahora que el *Estrella Fugaz* va a dejar de atacar otros barcos y el *Libertad* todavía no está en el fondo del mar, es obvio que el rey va a querer explicaciones. Y cuando no las obtenga, atacará.

¿Me descubrirá, entonces, cuando nos apresen y nos lleven ante él? ¿O acaso

quiere hundirnos sin previo aviso? Casi prefiero que sea así, porque al pensar en volver al castillo de Dahes, a los largos días de apartarme de mi reflejo y las largas noches de observar al cielo esperando la luna llena, mi interior se hace un nudo y siento ganas de llorar. No quiero volver a mi prisión. No quiero volver a ser *el príncipe Kaylen*.

Me estremezco y subo la manta hasta mi mentón, rodeándome las rodillas con los brazos. No he querido cenar, y tampoco me siento con ganas de enfrentarme a los demás. Es ilógico, pero si me preguntan, sé que volveré a hablarles de mis miedos, que ellos no se tomarán en serio. No. No es sólo eso. Volveré a hablarles de mis miedos, y sé lo ilógicos que resultan.

Me paso una mano por la cara. Unos pasos se acercan en la penumbra. Sólo una esfera de luz cuelga del techo, dando a las sombras formas extrañas.

—¿Kay? ¿Te encuentras bien?

Una mano se cuele en mi campo de visión. Collen me pone los dedos sobre la frente para asegurarse de que no tengo fiebre. Yo, aunque no me deshago de su contacto, pongo mala cara. No quiero hablarle ni de mi falta de apetito ni de todo lo que me acongoja.

—Sólo es cansancio. Tú también lo tendrías si el capitán te hubiera hecho limpiar media cubierta.

Él me sonrío.

—Eso nunca te ha detenido de comer por dos en las cenas.

Aprieto los labios y titubeo. Él nunca se reiría de mí. Creo que él y Nadim son las dos personas a quien más aprecio en este barco. ¿Puedo decírselo, entonces? ¿O considerará que estoy exagerando? Quizá desprecie mis preocupaciones como sinsentidos.

—Sé... que me habéis dicho que no me preocupe, pero no puedo evitarlo. Si mi padre os hace algo... —Sacudo la cabeza—. Lo sé. Vosotros no tenéis miedo. Y está bien. Pero yo sí. Incluso si está mal.

—No está...

—Sí, sí lo está. Porque me paraliza. Lo ha hecho durante años. Y luego huí

y... esperaba poder deshacerme de él. De todas las veces en las que deseé moverme, hacer algo. No sentirme inútil. No quiero volver a pasar por eso nunca más. —Me encojo un poco más y cierro los ojos con todas mis fuerzas—. Es como tener una pesadilla y al despertar no poder hacer nada porque el cuerpo no te responde. No poder escapar del horror, aunque sepas que ha terminado, porque te persigue hasta en el mundo real.

No puedo ver a Collen, pero lo siento apoyarse en mi hamaca con suavidad.

—¿Y qué piensas hacer? La solución para librarte de las pesadillas no debería ser nunca no volver a dormir, Kay. Puede que así no vuelvan, pero tampoco podrás soñar cosas hermosas, ¿no crees?

Entreabro los ojos. Él me observa con el rostro ladeado y una pequeña sonrisa paciente.

—Yo...

—Tu padre ha hecho dos cosas mal: subestimarnos y darnos un buen barco. No nos infravalores tú también. —Sonríe un poquito más—. Lo que necesitas es distraerte. Puede que las preocupaciones no desaparezcan, pero al menos dejarás de estar tan centrada en ellas. Y en cuanto empiecen las aventuras, estoy seguro de que no tendrás tiempo para estar tan inquieta.

Me aparto un mechón de pelo de delante de los ojos. Para bien o para mal, ha conseguido captar mi atención. Y quiero pensar en cualquier otra cosa.

—¿Ya has decidido nuestro próximo rumbo?

—No, así que acepto ideas. ¿Qué te gustaría ver?

Me muerdo el labio.

—Qué *no* me gustaría ver, más bien. Quiero verlo *todo*.

Collen me obliga a sentarme con él en el suelo, ya que la hamaca no es la silla más cómoda, y, envolviéndonos en mi manta, me sigue hablando. Me cuenta la vez que encontraron el tesoro de un nigromante —que no estaba compuesto por oro, sino por los ingredientes más fantásticos— y cuando vieron, de lejos, un unicornio. Me habla hasta que toda la ansiedad desaparece, hasta que apoyo la cabeza contra su hombro y sonrío, pidiéndole una última historia.

Me distrae, y yo no puedo pensar ni en Dahes ni en el rey, ni en todo lo que puede salir mal.



Jared

Doy otra vuelta al reloj de arena.

Estos días he estado pensando en cuándo nació mi obsesión por los relojes de arena. He estado pensando muchas cosas, claro, y deshaciéndome de tantas otras. Todo lo que parecía o me recordaba a mi padre ha sido tirado por la borda. Desde puñales a cartas, ropa y documentos. Todo está ahora hundido en el fondo del océano, con su cadáver.

Pero cuando miraba los relojes de arena no sabía qué hacer con ellos. Entonces recordé que no tienen nada que ver con mi padre, sino con mi madre. Cuando vivíamos aquí, en este refugio que al final se convirtió en nuestro hogar, ella me los daba para jugar. No sé cuándo empezó, pero al final siempre tenía uno entre las manos. Creo que me tranquilizaba. Que, cuando era un niño muy inquieto, la arena cayendo me distraía y reclamaba toda mi atención. No había chupetes para mí ni juguetes complicados. Sólo relojes de arena.

Cuando volvimos al barco y nos atacaban, mi madre se quedaba conmigo o me pedía que me quedase en el camarote y me daba el reloj de arena más grande que podía encontrar. «Antes de que caiga el último grano, estaré de vuelta». Siempre cumplía su palabra.

Supongo que sin darme cuenta seguí coleccionando relojes con la esperanza de que, cuando todos se desgranasen, ella volviera.

Miro al horizonte desde la entrada de la gruta del refugio. El sol ya se ha escondido. La mayoría han salido a la superficie a celebrar, excepto Kay, que se encuentra mal. Todos sabemos lo que le pasa. Su nuevo cuerpo tiene

inconvenientes con los que esa muchacha no había contado, pero al menos tiene a Collen para ayudarla y los problemas han llegado justo al volver a tierra. Nadim me dejó hace un rato para ver cómo se encontraba y dudo que él haya subido con los demás. Se habrá quedado con la princesa, supongo. Por lo menos mi amigo tiene una hermana, así que supongo que no meterá (demasiado) la pata. O no, nunca se sabe. Collen no soporta que nadie se le acerque el primer día, por ejemplo. Se mete en el almacén, con un libro y una manta, y pobre del que pase un límite de seguridad que sólo él puede ver. Sólo acepta a Rick cerca, y sólo si es para que esté callado y servirle de cojín.

Yo agradezco la soledad, por otra parte. No culpo a Nadim por preocuparse, pero no dejo de notarlo con un ojo puesto en mí todo el rato. Supongo que es justa respuesta por cómo yo siempre lo vigilaba a él. Y lo sigo haciendo, en realidad. Desde el manantial parece un poco más animado, pero sé que todavía le queda camino por delante para estar bien. Ha elegido vivir, y eso es un paso adelante, pero no soy tan iluso como para pensar que eso es todo. Que de la noche a la mañana dejará de pesarle el alma o dejará de sentirse muy triste a veces. Al menos su preocupación por mí le tiene entretenido.

El último grano de arena llega al fondo del reloj. Otra vuelta.

Mi madre y yo solíamos sentarnos aquí a esperar ver el *Libertad* aparecer. A veces nos acompañaba Diandra, en las épocas en las que estaba con mi madre. Me contaban sus viajes, y sólo ahora me doy cuenta de que Diandra siempre elegía historias previas a mi padre. ¿Me contaba a mí esas historias o a Angélique para intentar que recordase cómo era la vida antes?

¿Por qué nunca volvió Diandra a este refugio, después de lo que pasó? ¿Por qué tampoco me buscó? Si lo hubiera hecho, ¿lo habría entendido? ¿La habría creído?

No. No, claro que no. Era un crío. Ella lo dijo. Hasta ahora he necesitado que las propias estrellas bajasen del cielo para entender lo que ocurrió...

A lo mejor deberíamos buscar otro refugio. Otro lugar. Aquí es donde mi padre enclaustró a mi madre con la excusa de criarme. Fui una herramienta. Me

usó. A mí y al amor que mi madre me tenía.

Maldito cabrón...

Maldita mi existencia.

Una figura se deja caer a mi lado. Creo que será Nadim, echado a patadas por una princesa malhumorada, pero es Rick. Alzo una ceja y guardo el reloj de arena en mi mano.

—Te veo muy pensativo, capitán. ¿Decidiendo nuestro próximo destino?

Miro hacia delante y decido que no es una mentira muy grave asentir. En parte lo estaba haciendo, ¿no?

—Aunque no parecéis tener demasiada prisa.

—Eso lo dices porque no has escuchado a Collen calcular tiempos y comparar rutas, discutiendo con Gavin y Owain para convencerlos de hacer una visita al continente de Faesia.

Resoplo en un intento de risa.

—No creo que ellos estén muy contentos con ese destino, no.

Rick me palmea la espalda con su gran sonrisa despreocupada.

—Da lo mismo, ¿no? Al final tomaremos el destino que el capitán elija.

Supongo. Y supongo que ellos me seguirán con los ojos cerrados, como ya han demostrado. Como las mujeres de la tripulación del *Libertad* siguieron a mi madre, y después a Diandra, para luchar por ella. Me quedo callado, pensando en eso. En las mujeres contra los hombres. Rick llegó al barco un año antes de que eso sucediese. Él sólo tenía dieciséis años. Acababa de huir de casa en vez de unirse a las tropas de su padre para luchar por cualquier rey. No había nadie más cercano a su edad, así que le fue más fácil congraciarse conmigo aunque yo era tres años más pequeño.

Recuerdo cuando vino a por mí en medio del caos. No tengo las imágenes nítidas. Sólo su voz, gritando y tirando de mi cuerpo para que me separase del cadáver de mi madre, al que intentaba hacer volver. Creo que hubo fuego también. La sangre de mi padre y la de mi madre se mezclaban. Más adelante pensaría en ello como una manera de estar juntos más allá de la vida. Ahora esa

idea me revuelve las tripas.

Aprieto los párpados, intentando dejar la mente en blanco.

—Dime una cosa —le pido—. ¿Tú lo sabías?

Rick frunce el ceño, sin poder seguir el hilo de mis pensamientos.

—¿Saber?

—Mis padres. ¿Alguna vez viste algo? ¿Sospechaste algo?

Rick aprieta los labios y agacha la cabeza, negando. Por supuesto que no. Él me lo habría dicho. Pero supongo que, en contra de lo que parece, algo así no es tan fácil de ver a simple vista. Que hay mil historias bajo las que esconderlo. O que simplemente nunca piensas que pueda pasar cerca de ti.

—Lo siento. Siempre pensé que eran la pareja perfecta. A ojos de todos... lo eran. Supongo que hay secretos que cuesta descubrir. Que hay daños y heridas que se esconden mucho más allá de lo evidente. Si lo hubiera sabido, yo...

—Lo sé —lo corto para que no se sienta mal. Con alguien odiándose a sí mismo por no haberlo visto hay suficiente—. Está bien.

Callamos. Abro la mano para escrutar el reloj entre mis dedos y los dos observamos la arena caer. Antes de que el tiempo se acabe, vuelvo a hablar:

—Creo que en todo este tiempo nunca te lo he dicho... Pero gracias, Rick. Por haberme salvado aquella noche.

Mi amigo se sobresalta, mirándome. Cuando era pequeño estaba demasiado enfadado con el mundo como para reparar en algo tan sencillo. Y después lo dejé correr. Pero ahora siento que se lo debo. No sé qué hubiera pasado si él no me hubiese metido en un bote y navegado durante días, pero sé que se lo debo. Siento que es hora de empezar a saldar un montón de deudas que ni siquiera era consciente de que tenía.

Rick asiente y alza una mano para apretar mi hombro.

—Fue un placer, mi capitán.

Intento sonreír con confianza y doy una palmada en su espalda en respuesta. Vuelvo la vista al horizonte, a la noche. Él sigue mis ojos.

—¿Y bien? ¿Tenemos rumbo?

Cojo aire. Saldar deudas.

—Debemos encontrar el *Libertad*. Pero no para batallar contra él esta vez. Y sin atacar mercantes por el camino. Nadim debe volver a encontrarse con su hermana. Y yo tengo una paz que firmar.

Rick asiente en silencio.

Vuelvo a dar una vuelta al reloj. Empieza un nuevo tiempo.



Kay

Los días no pasaban en Dahes con tanta presteza ni tenían esta cualidad de ser únicos. En el *Estrella Fugaz*, todas las horas son diferentes y todos los momentos, irrepetibles. En especial ahora que nos dedicamos a surcar los mares, no a la caza de barcos, sino de aventuras. Es mejor así. Es mucho más divertido, mucho más emocionante. No esperamos nada, así que siempre hay algo que nos sorprende. Por cada cosa extraña o peligrosa que acontece, una alegría, una maravilla, nos sorprende inesperadamente.

Merece la pena esta vida. Merece la pena despertarme cuando el sol aún no ha salido y ver la niebla sobre el mar, como si lo cubriera con un manto para que no pasara frío. Merece la pena sentir la lluvia en la cara, y adoro el olor que deja en cubierta. Me gusta el balanceo del barco sobre las olas, aun cuando parece que fue ayer cuando no lo soportaba y vomitaba por la borda. Me emociona subir a la torre del vigía cuando ha anochecido y jugar a que puedo tocar las estrellas o contarles mis secretos más inconfesables, como que a veces me beso con Nadim cuando nadie mira y eso hace que me lata el corazón más rápido.

Pero, sobre todo, me maravilla descubrir nuevos lugares. Playas de arenas tan blancas que parecen tocadas por la luna, bosques frondosos que no han debido de ser pisados en décadas, fortalezas abandonadas cubiertas de flores y hiedra... Si alguna vez lo leí o lo imaginé, ahora sé que es posible. E incluso aquello con lo que nunca me atreví a soñar. Con manantiales de aguas tan calientes como las de un baño recién preparado o flores tan altas como yo. Criaturas sacadas de un sueño, envueltas en fuego que no se apaga jamás o en mística luz. Me he sentado

entre la hierba a comer frutas tan dulces como pasteles y he acariciado las crines blancas de un unicornio mientras descansaba su cabeza en mi regazo.

Por fin siento que estoy viviendo. Que formo parte del mundo. Que puedo llegar tan alto y tan lejos como me lo proponga.

Pero todavía hay una cosa que no he visto. Una cosa que llevo queriendo hacer desde hace mucho: ver salir la luna llena. Dejar de asociarla con el dolor, dejar de idealizarla, decirle que ya no tiene poder sobre mí. La última, poco tiempo después de convertirme, se mantuvo cubierta de nubes toda la noche, con la frustración que eso me supuso.

Hoy, en cambio, el atardecer está despejado y, cuando terminamos de cenar y salgo a la cubierta, mis ojos ven el firmamento cuajado de diamantes. Ni una sola nube y, en medio de todo, como un sol más pequeño y menos brillante, la luna llena brilla sobre el mundo, rompiendo los hechizos de quienes se amparan en sus rayos.

—¿Cómo se siente?

Nadim apoya la espalda contra la baranda, a mi lado, y no puedo evitar sonreír. Incluso nublada, la última noche de luna llena la pasamos juntos, como me prometió. Y espero que no haya sido un hecho aislado. Me gusta cuando nos quedamos despiertos hasta casi el amanecer, hablando de todo y de nada, guardando silencios y sonrisas.

Aun si a la mañana siguiente somos el centro de las burlas de los demás. Por algún motivo, parece divertirles sobremanera que pueda haber algo entre nosotros dos, hasta si no hemos hablado de qué; tampoco es como si estuviéramos *juntos*, creo. Quizá ni siquiera queramos ponerle un nombre. O puede que no haga falta. Estamos bien así: a veces nos buscamos para estar más cerca (por lo general, yo le busco a él) y otros días sólo hay palabras entre nosotros.

—¿Cómo se siente qué?

—Verla —hace un gesto con la cabeza hacia el cielo—, después de todo lo que ha sido. Ahora que ya no tiene ningún efecto sobre ti.

Sonrío apenas.

—Es hermosa. Pero siento que si le doy la espalda, si me confío, va a conseguir de alguna forma que vuelva a necesitarla. —Lo miro de reojo—. Sé que no tiene sentido.

—Has estado muchos años atada a ella. Durante mucho tiempo, tu vida se ha reducido a esa luna. A esperarla y reverenciarla, ¿no es cierto? Así que creo que es natural que desconfíes de que nada ocurra.

Nuestros ojos se encuentran. Sí. Sabía que lo comprendería. Me acerco un paso a él, sin pensar, y apoyo la cabeza contra su pecho. Él alza las cejas, pero acaba por rendirse a mi silenciosa petición y me pasa un brazo por los hombros, sujetándome contra él. Es así de sencillo. Noto la presión de sus labios sobre mis cabellos en un beso tierno.

—Yo también tenía algo de miedo —me confiesa tras un silencio—. De que te pasara algo esta noche. Por más que sea ilógico.

Hundo mi rostro contra su ropa y alzo los brazos, para rodearlo con ellos.

—Somos unos descreídos, supongo. Deberíamos saber ya que a la magia no se la cuestiona.

Él titubea por un segundo.

—Creo que no se trata de eso. Por mucha confianza que tengamos en algo, siempre vivimos con miedo a que las cosas se tuerzan. —Su mano en mi pelo, sus dedos enredándose entre mis cabellos—. No sé si eres consciente, pero ahora que puedes ser *tú*, a veces pareces una persona diferente a cómo eras cuando llegaste a este barco: sin disfraces ni distancia. Antes apenas te acercabas a nadie o dejabas que te tocasen. Y no me gustaría que volvieses a ser esa persona. Me gustas más ahora, cuando haces lo que deseas, sin pensar o sin tener que protegerte.

Siento que me empieza a arder la cara. Hasta ahora, nunca me había dicho que le *gustase*. No hemos vuelto a hablar de ello. Yo tampoco se lo he repetido. No es como si hiciera falta. Sé que lo sabe. Y yo también sabía que no le era indiferente, porque nunca me ha rechazado. Pero escuchar sus palabras me hace

extrañamente feliz.

Nos quedamos así, en silencio, quietos, sin romper el hechizo que parece cubrimos. Uno que ni siquiera la luna puede estropear. Él mira al cielo y yo cierro los ojos. Bajo mi mejilla, su corazón late. La escena en calma, tan pacífica, es todo lo que podría desear en este momento, así que la aprovecho. Dejo que los minutos se escurran entre mis dedos, al menos hasta que llego a la conclusión de que no podemos quedarnos así para siempre.

Al final, suspiro.

—¿En qué piensas?

—En lo que harías si tu padre no existiera. Si pudieras volver a Dahes mañana, si las leyes de Marabilia no exigiesen un heredero varón, ¿volverías a tu reino para gobernar?

Es una pregunta extraña, pero abro los ojos y alzo la vista. Él también me está observando, atento a mi rostro como si esperase que me traicionase. Me encojo de hombros.

—No volvería *mañana*. Pero si tuviera alguna opción de ser aceptada como la heredera, regresaría con el tiempo. Me gustaría ser reina. Me gustaría dar lo mejor de mí ayudando a mi pueblo. Me han educado toda la vida para ello, y eso es algo de lo que no me arrepiento.

Él se humedece los labios. Una duda. Leve, pero está ahí. ¿De si mis palabras son ciertas o por lo que va a decir a continuación?

—Kay, si quieres que nos encarguemos de tu padre... Dudo que cualquiera de esta tripulación tenga reparos en hacer justicia. —No puedo evitar abrir mucho los ojos. Doy un paso atrás por inercia y, aunque sus brazos me dejan huir, no caen de mi cuerpo—. Sé que tú no lo harías, incluso si va a venir a buscarte. Pero seamos realistas: ¿qué oportunidades tienes de reinar mientras siga en el trono? Y sé que lo temes. Pero si él desapareciese...

Bajo la vista con contrariedad. No, claro que yo no lo mataría. Y no puedo creer que él me esté sugiriendo que cualquiera de los miembros del *Estrella Fugaz* lo haga por mí. Esa no es la manera. Además, mi padre no se presentará

ante unos piratas a menos que lleven antes las manos y los pies en grilletes. Sé de antemano que o dará la orden de hundirnos desde el castillo o nos apresarán y nos llevarán hasta él.

—¿Y cuáles serían mis posibilidades si muere de la noche a la mañana y yo salgo al frente diciendo que soy su hija? Aunque no sospecharan de mí, ¿quién me tomaría en serio? Podrían creer lo de mi hechizo, porque a la gente le encantan esas historias. Pero ¿dejar que una mujer reine sola? Eso ya es otro cuento por el que no pasarán. Al día siguiente tendría un regimiento de pretendientes apostados ante mi puerta, ambicionando tanto la corona como mi leyenda. —Cojo aire. No quiero convertirme en eso. No quiero ser la protagonista de una historia que acaba en los brazos de un príncipe al que coronan mientras yo le doy hijos—. No, Nadim. No necesito que matéis a mi padre. Lo que necesito son aliados. Aliados poderosos que me respalden. Que puedan cambiar las cosas.

—Hablas como si tuvieras a alguien en mente.

Sonrío, no sin cierta ironía. Se me ocurren varias personas, sí.

—Creo que puedes hacerte una idea de que mi padre no es muy... popular. Ha contrariado a algunas personas. Y quizá yo pueda aprovecharme de ello.

Nadim no pregunta qué se me pasa por la cabeza. No cuestiona mi decisión ni la forma en que quiero hacer las cosas. Sabe que no tiene derecho a hacerlo.

Contra todo pronóstico, esboza una sonrisa torcida.

—Pues entonces supongo que sólo queda ofrecerte una tripulación de corsarios, si en algún momento la necesitas. A ti te seremos fieles.

Me muerdo el labio. Lo sé. Y será la mejor tripulación del mundo. Más entregada que cualquier armada.

—¿Aunque no sea vuestra lucha?

—Llevas el tiempo suficiente entre nosotros para saber qué hacemos aquí: luchar por la familia que hemos construido. Luchamos por Jared, aunque su venganza no tenía nada que ver con nosotros. Todos me han ayudado durante años a buscar a mi hermana, aunque eso no concernía a nadie más que a mí. Si

alguien tratase a Collen como una chica mañana y lo hiciera sentir mal, todos le daríamos una paliza. Si Gavin y Owain decidieran volver a sus países para luchar en su guerra, en un arrebato patriótico, iríamos con ellos. Esto es lo mismo. Lucharemos por ti. Eres parte de nuestra familia.

Sus manos buscan las mías. Entrelazamos nuestros dedos.

—¿Palabra de pirata?

—Palabra de pirata.



Jared

El *Libertad* no aparece por ningún lado.

Bajo el catalejo. La desaparición del barco empieza a molestarme de verdad. Incluso hemos seguido algunos de los barcos mercantes marcados por Geraint en los días indicados, pero el *Libertad* nunca está cerca de ellos. Supongo que la relación que tiene Diandra con esos negocios es más de respuesta a ataques que una guardia constante. Después de todo, sólo vinieron tras nosotros cuando demostramos ser un peligro.

Ahora, sin embargo, no tengo intención de volver a atacar sólo para atraerlos. Puede que en realidad esté todavía más intrigado que molesto. ¿Cómo coño lo hacen para aparecer y desaparecer así? ¿Dónde se esconden? ¿Tienen un refugio, como nosotros, que dejan sólo lo justo? ¿Cómo se mantienen, entonces? ¿O están fuera de Marabilia, acaso? He estado estudiando sus ataques, registros que iba apuntando cada vez que me llegaba alguna noticia. No parecen abordajes con intención de robar, porque nunca son blancos demasiado potentes. Desde luego, no atacan barcos que parezcan llevar grandes cantidades de oro o joyas; como mucho, provisiones. Y son ataques demasiado separados en el tiempo. Aparecen, atacan y desaparecen. Como fantasmas.

No actúan como una tripulación pirata sin más, y si Diandra quería mantener el espíritu de mi madre en el barco, supongo que tiene sentido. ¿Se dedican, como hemos estado haciendo nosotros también, a explorar tierras? Pero entonces, ¿cómo cojones llegan siempre a tiempo de atacar a objetivos muy concretos en las rutas marítimas que cubren los mercantes? Y sobre todo: ¿por

qué?

Collen ha trazado una serie de puntos posibles basándose en el tiempo que tardan en aparecer y las zonas en las que suelen dejarse ver, pero son demasiados, porque parecen ir a la caza de cualquiera que toque los huevos a los barcos del Taller...

—¡Capitán!

La voz de Gavin me sobresalta. Levanto la mirada. Su figura se recorta contra el sol en el puesto de vigía.

—¡Ha aparecido un barco a estribor! ¡Y no parece un mercante!

Ja. Hablando de los reyes de Marabilia. Alzo el catalejo, pero el navío está demasiado lejos como para adivinar más que una sombra lejana.

—¡Replegad velas! ¡Mantened posiciones!

Todos obedecen. O casi todos. Percibo a alguien acercarse y pongo los ojos en blanco al ver a Kay. Esta mujer ha nacido para reina, está claro, porque lo de obedecer no se le da muy bien. Se lo perdono porque parece preocupada. Bajo el catalejo.

—No voy a quejarme, pero ¿no deberíamos tener más cuidado? Llevamos casi dos lunas incumpliendo el trato con mi padre. Badra avisó. Y estamos en mar abierto, y tan cerca de la ruta comercial, pero sin hacer nada... Creo que ahora mismo somos un blanco fácil, capitán. Los rumores vuelan y la mayoría de los mercaderes se conocen en Marabilia.

También ha nacido para reina por sensata, pero eso no se lo voy a decir a ella. No me extraña que Nadim y ella anden liados, o lo que sea que se traigan: los dos han venido a este mundo para contradecirme.

Vuelvo a mirar al mar. La silueta de la nave se adivina lejana.

—Nos mantendremos aquí sólo hasta que podamos divisar el barco. Si no es el *Libertad*, nos largamos. —Alzo una mano, los dedos sintiendo el aire—. Hay buena brisa y este barco es rápido. Nos dará tiempo.

Kay aprieta los labios, pero asiente. Dejo que se quede a mi lado porque sé que lleva días preocupada con el asunto de su padre. Para tenerla así, sin datos

concretos, Badra podría haberse callado. Las veces que hemos pasado por el refugio de Rydia ha ido a preguntarle, pero la nigromante no le ha dado más datos. Menuda mierda de visiones esas que no te enseñan lo que necesitas saber, sino que sólo te hacen vivir en tensión constante.

El tiempo pasa con un silencio que está cargado de espera. Al final, la sombra de Gavin se lanza sobre la cubierta con el batir de sus alas y se presenta ante nosotros.

—Capitán, creo que no es el *Libertad*. El *Libertad* no lleva bandera y juraría que este lo hace. No puedo estar seguro —mira a Kay—, pero creo que es añil.

Ella aprieta los labios.

—Dahe.

Mierda.

—Vuelve a tu puesto e informa si ves algo raro —le ordeno a Gavin—. ¡¡Tripulación, retomamos el rumbo!! ¡Hay un barco de Dahe cerca y ahora no somos los mejores amigos de la corona! ¡Izad velas! ¡Owain, preparado por si necesitamos más viento a favor! ¡El aire está de popa, así que lo aprovecharemos para largarnos de aquí tan rápido como podamos!

En la cubierta, todo el mundo se pone en marcha. Kay se aparta de mi lado para ir a ayudar también. La veo tocar su pulsera con nerviosismo. Supongo que ella es la última persona que quiere que ese barco nos dé caza.

—¡Nadim, al timón!

Mi amigo obedece mientras yo vuelvo a alzar el catalejo. El barco se pone en marcha. Tenemos distancia suficiente. Pronto les perderemos de vista, esto no tiene ninguna complicación.

Eso pienso, al menos, hasta que veo que empiezan a acortar distancia. Frunzo el ceño y vuelvo la vista hacia las velas hinchadas. El barco corta el agua con seguridad. El aire me da en la cara. Tenemos velocidad. Entonces, ¿por qué no nos estamos alejando de ellos?

Vuelvo a levantar el catalejo.

¿Por qué parece que *ellos* están cada vez más cerca?

—¡¡Owain, viento!! ¡Tayeb, Sabir, medid la velocidad!

Las velas se hinchan un poco más. Tayeb y Sabir anuncian una velocidad de seis nudos con gritos que se levantan por encima de las olas. Pero cuando vuelvo a mirar por el catalejo el barco sigue siendo visible. Y cada vez más.

Cuando alzo la mirada hacia el puesto de vigía, sólo espero que Gavin no confirme lo que yo mismo estoy notando.

—¡Capitán! ¡Están acortando distancias!

Mierda.

Deben de contar con ayuda de hechiceros en el barco. Quizás hasta de nigromantes.

—Capitán.

Me sorprende volver a ver a Kay cerca de mí. Y con la mano extendida. No entiendo que me pide el catalejo hasta que hace un gesto con la cabeza hacia él.

—Conozco toda la flota del reino. Si es una de las naves del rey, lo sabré.

Se lo tiro, más que se lo tiendo. De todos modos, ya no me hace falta: el barco se puede ver en el horizonte sin ayuda alguna.

Ya no espero buenas noticias. Por el rabillo del ojo veo que a la heredera de Dahes le tiemblan las manos. Quiero decirle que mantenga la calma, que no ha llegado hasta aquí para ponerse a tiritar como una cobarde.

—Conozco el barco —anuncia con voz floja—. No es el más rápido, así que tienen ayuda. Más cañones y más hombres que nosotros y, si el capitán sigue siendo el mismo, nos perseguirá hasta que se sequen los océanos.

Genial. Justo lo que necesitamos. Un almirante con malas pulgas y gente con magia dispuesta a buscarnos las cosquillas. Cojo aire, intentando reorganizar mis ideas. No importa. Hemos salido de peores. Es sólo un barco, y el nuestro tiene muchas posibilidades.

Me giro hacia mis hombres.

—¡¡Tripulación!! ¡¡Todos a los puestos de defensa!! ¡¡Cañones preparados!!

Hay un silencio tenso en el que los veo mirarse entre sí, cada uno desde su puesto. Sé lo que piensan. Sé que recuerdan las celdas de Dahes y que tienen

claro que esta vez no tendremos la suerte de un buen trato. Aprieto los dientes.

—¡Ya!

Les apremio porque no puedo permitir que el miedo los paralice.

Todos se ponen en marcha.

Al menos, hasta que algo nos detiene a todos. El sonido de un cañonazo.

Una advertencia.

Me giro hacia los que nos quieren dar caza, viendo el barco acercándose cada vez más. Trago saliva.

No, no vienen a cazarnos. Vienen a hundirnos.



Kay

El cañonazo me deja de pie en mi lugar, como una estatua. Percibo las órdenes del capitán, lejanas, pero no soy capaz de entenderlas. A mi alrededor todos se ponen en marcha, pasando por mi lado. El tiro, por supuesto, falla. Ni siquiera llegan a nosotros el agua y la espuma que levanta el proyectil al hundirse en el océano. El *Estrella Fugaz* sólo se balancea un poco de más por la perturbación en la superficie del mar, eso es todo. Y eso es suficiente para que yo esté a punto de perder pie. ¿Van a hundirnos con todos dentro? ¿Van a atreverse a hacerlo sin juicios, sin consecuencias para ellos? Nos lanzarán al mar, a las aguas inclementes...

Algo atrae mi atención lejos de mis fatídicos pensamientos y observo cómo empiezan a preparar los cañones. Owain no ha detenido su hechizo de viento, que hace que el pelo se me meta en los ojos. No. Qué locura. ¿Cómo vamos a hundir un barco de guerra nosotros? ¿En qué está pensando Jared? No tenemos la más mínima oportunidad. Incluso si hoy ganásemos la batalla, vendrán más. Barcos más grandes, mejor preparados, con más hombres. Con nigromantes y hechiceros capaces de reducir nuestra embarcación a astillas y cenizas y con ella, nuestros cuerpos...

Alguien me aferra del brazo. El tirón me recuerda que tengo que mantener la calma. Los dedos de Collen me sujetan a la realidad. Al aquí y ahora. No pienses en el futuro, Kay. El presente ya es lo suficientemente peligroso.

—Este no es momento para quedarse quieta, Kay. Necesitamos que actúes. Conoces ese barco; sabes sus puntos débiles. Si nos los dices, esto puede acabar

pronto. Saldremos de esta.

¿Lo haremos? Con firmeza me arrastra hasta los cañones. Todos están allí ya. Hasta Gavin ha bajado de su puesto para ayudar. En cualquier caso, no es que sea necesario allí arriba. El barco está a distancia suficiente como para que lo veamos desde cualquier lugar de cubierta.

El segundo cañonazo no es un aviso. Me encojo, como no lo hice en ninguno de los otros asaltos. Ni siquiera cuando nos encontramos con el *Libertad*. Pero esto no es igual tampoco. Intento respirar hondo y calmarme. Intento pensar. Ignorar la espuma y el agua que nos caen encima, como una fina lluvia. Collen me sigue cogiendo de los brazos. Me mira de frente, aguardando.

—N-no creo que ese barco tenga debilidades. Hasta donde yo sé, estará cargado con la mejor tecnología del Taller y la munición más destructiva que exista. —Trago saliva. Piensa, Kay. Seguro que hay algo—. Supongo que es como cualquier otro barco, sin embargo: si atacamos las velas o el timón o el mástil, lo inutilizaremos. Y podremos huir.

... Si es que el *Estrella Fugaz* sigue intacto para entonces. Pero eso, por supuesto, no lo digo.

Collen asiente y aprieta mis brazos antes de dejarme ir. Lo veo girarse hacia los demás con decisión, pese a que no sea él quien da las órdenes aquí.

—Ya habéis oído. Esos serán los objetivos hasta que se nos agote la munición. No tenemos muchas más opciones.

No consigo moverme. No creo que vaya a funcionar. Es mejor que nada, pero si tienen magia pueden parar el ataque. Justo como Jared le grita a Owain que haga. El problema es que todos sabemos que nuestro hechicero, por más que nos pese, no es contrincante para un nigromante. Y el rey tiene a todos los que desee a su disposición. Sobre todo si desea que le ayuden a hundir barcos pirata. ¿Quién se negaría, pensando que nosotros somos los *malos*? El miedo da paso a la furia, que me arde en el estómago. El *Estrella Fugaz* será perseguido y las voces de quienes lo tripulan, apagadas, aun si el verdadero villano no está a bordo. Aprieto los dientes. Quisiera gritar. Clamar ante la injusticia, ante el

hecho de que el rey se quedará sentado en su trono y ordenará a otros que hagan su trabajo sucio. Esa es la facilidad con la que alguien puede manipular a los demás. Así es el poder...

¿Poder?

Entorno los ojos. Yo también tengo ese poder, en realidad. No lo he usado, pero puedo hacerlo. A ojos de todos, la sangre azul de quien algún día podría ostentar una corona parece valer más que la de un pirata. ¿Por qué no estamos aprovechando la oportunidad, entonces, aunque no sean más que una sarta de mentiras? ¿Por qué no estamos usando *mi* poder para salir de esta? Ni siquiera tendríamos que luchar. No tendría por qué haber heridos...

Aún no hemos disparado nuestros cañones. Estamos esperando a que se pongan a tiro. Ellos aguardan para destrozarnos.

—¡Esperad! —Me vuelvo hacia Jared, que lo observa a todo, dispuesto a dar una nueva orden. La que podría condenarnos a la destrucción... o salvarnos—. Hay otra forma. Sí que tienen una debilidad.

Nueve pares de ojos sobre mí. Empiezo a acostumbrarme. Doy un paso al frente.

—Por muy potente que sea su barco, sólo reciben órdenes. Y puede que las tengan para perseguirnos o atacar, pero no están preparados para todo. —Jared alza una ceja, escéptico—. Por ejemplo, para que tengáis con vosotros a Kaylen de Dahes. No se atreverán a hundirnos si tienen pruebas de que su príncipe está con vosotros, cautivo. —Alzo la mano, enseñando mi muñeca. Mi pulsera—. Y lo estará, a sus ojos, si queremos que así lo crean.

Veo la duda en los rostros de algunos y la seguridad en los ojos de otros. Jared parece medirme, como si no supiese a ciencia cierta hasta dónde puedo llegar.

—Ni hablar. —Por supuesto, es Nadim el que habla. Entrecierra los ojos y observa a su capitán, que parece que ya ha tomado una decisión, por muy poco que le guste a su amigo—. No vamos a exponerla, Jared. ¡Su padre sabrá entonces dónde está! Y sí, nos libraremos de ellos *hoy*, pero en cuanto puedan

volverán y entonces, ¿qué?

El capitán no parece muy contento de tener que enfrentarse a él, pero suspira.

—Pero si vuelven, vendrán a por ella. Cara a cara. No intentarán hundirnos desde lejos.

—¡No vamos a usarla!

—Ella se ha ofrecido.

—Es una locura.

—Es *mi* decisión. Una que puede salvarnos la vida en este momento.

Nadim se gira hacia mí. Su expresión de horror me llena de desasosiego, pero no pienso echarme atrás. No tiene que protegerme, y no sé por qué se empeña en lo contrario. Quizá cuando entienda eso todo será más fácil.

Otro cañonazo nos anuncia que el tiempo se nos acaba. Owain no puede detenerlo, sólo desviarlo, y se lleva por delante el mascarón de proa. Nos llueven astillas y yo lanzo un grito que queda ahogado por el sonido de la destrucción. Harren pierde pie y está a punto de caer, pero Rick lo sujeta. No sé si ha hecho algún boquete en el casco, pero, si así es, confío en que no sea eso lo que nos hundirá.

—Capitán, por favor —jadeo.

Jared hace una mueca cuando Nadim le da la espalda. Collen me mira también, y me parece que me está juzgando. Piensa que es una locura. Pero más lo sería presentar batalla. ¿Soy la única persona que se da cuenta de que hay conflictos que se pueden solucionar sin derramar sangre?

El capitán, al menos, parece dispuesto a moverse. Mira a Gavin.

—Coge un arco y una sola flecha. Volarás cerca y dispararás el mensaje que vamos a escribir a cubierto, desde la distancia. —Se vuelve hacia Owain—. Tú intenta mantener la protección todo el tiempo que puedas. En cuanto caiga, si no han detenido el fuego, no nos quedará otra alternativa que contraatacar.

Hay asentimientos. Todo el mundo tiene órdenes y las cumplirá. Hasta los que no están satisfechos con el plan. Gavin desaparece en silencio para ir a buscar su nueva arma. Owain se vuelve hacia el océano y contempla al enemigo.

Los demás se quedan en tensión, esperando. Es la parte más dura.

Jared me hace un gesto con la cabeza y echa a andar conmigo a la zaga. Intento no mirar atrás, porque sé que algunos aún siguen pendientes de mí. En su lugar, me concentro en mi misión y entro tras el capitán en su camarote, donde él no pierde tiempo y atrapa un pergamino. Moja la pluma en el tintero y empieza a escribir. Para mi sorpresa, su caligrafía es pulcra, nada caótica.

—Capitán, escuchad. Si quisieran negociar...

Tarda en responder. Sólo alza la vista del papel tras firmarlo. Entonces, se endereza. Sus ojos verdes se han vuelto fríos. Un poco como el día en que lo conocí, como si su opinión de mí no hubiese cambiado.

—¿De verdad no has aprendido *nada*, Kay? ¿Aún no entiendes cómo nos ven? Nadie negocia con piratas. A nadie le importa mantener su palabra o su honor cuando trata con nosotros. Por eso, si sólo les advertimos de que estás aquí, si ofrecemos un trato, esto será lo que ocurra: tú caerás en sus manos y luego se verán legitimados para matarnos de la manera que mejor consideren. No importa que seas su... príncipe o su princesa. A los piratas no se los perdona. Además, yo no negocio con *nadie* de mi tripulación, lleve el tiempo que lleve entre nosotros.

Aprieto los labios y aparto la vista, sintiéndome repentinamente mal por haber sido parte de eso. Por haber creído que no eran personas, que no tenían honor o promesas que fueran a cumplir o...

Jared me coge del tirabuzón que cuelga a la izquierda de mi cara, sorprendiéndome. Abro mucho los ojos, pero antes de que tenga tiempo de hacer nada, él saca uno de sus puñales y lo corta a la altura de mi frente. Veo cómo lo deja caer sobre el pergamino.

—Es una suerte que hayas decidido dejarte crecer el pelo, princesa —dice con una sonrisa, la más leve de las disculpas.

Me llevo la mano a los cabellos, toqueteándome el mechón corto, ahora tan dispar.

—¿Estás seguro de que esto va a funcionar?

Él me tiende la misiva por toda respuesta: en ella dice que tiene prisionero al príncipe de Dahes y que lo matará si el ataque no cesa. Que, como prueba de que es cierto, les envía su pulsera y un mechón de pelo, pero si no se dan prisa en desaparecer, lo siguiente será una mano. Y más pedazos irán llegando, antes de que puedan hundir el barco.

Me estremezco. Aunque sé que nada es cierto, que ni Jared ni ningún otro me harían nada, la idea de mi cuerpo descuartizado me impresiona lo suficiente.

—Firma —me dice al tiempo que me tiende la pluma—. Y será mejor que parezca temblorosa. Recuerda que eres una rehén cuya vida pende de un hilo.

No me supone demasiado esfuerzo. Lo que sí es más difícil, para mi sorpresa, es quitarme la pulsera. Llevo tanto tiempo con ella que ha pasado a formar parte de mí. De mi identidad. Supongo que lo es, de alguna manera, con su sello y su piedra azul, que ponía siempre a salvo mis pensamientos. Mis secretos. Claro que ahora ya no creo tener ninguno que guardar, así que está bien.

Me deshago de ella y la pongo sobre el pergamino, junto a mi mechón robado. Ahora tengo una marca blanca en la muñeca, allí donde lleva años sin darme el sol.

—Tu mano —dice Jared, extendiendo la suya.

Me quedo mirando sus dedos, no sin cierta desconfianza. Estoy a punto de preguntarle si lo de cortarme el dedo iba en serio, pero decido no perder el tiempo cuando capto otro cañonazo. Más cerca. Más fuerte. Y algo que se rompe. Decido no pensar en qué pueda ser y el capitán aprovecha mi turbación para hundir la punta del puñal en mi tierna palma y señalarla de lado a lado. No es un corte profundo, pero escuece. Sobre todo cuando me obliga a cerrar la mano en un puño para que las gotas rojas caigan sobre la nota.

Hago una mueca, apartándome un paso en cuanto me suelta y llevándome la herida al pecho.

—Empiezo a pensar que estás disfrutando con esto.

El capitán pliega el pergamino hasta que encierra dentro los dos objetos. Lacra el papel con facilidad, demostrándome así que ha debido de hacer esto

bastantes veces, y me enseña el resultado.

—Habría puesto mi propia sangre —me dice—. Pero tu padre tiene un nigromante y muchos trucos en la manga. Sólo le estoy obligando a creernos.

En realidad, espero que no llegue a tanto. Desde luego, si piensa que a su hijo lo ha secuestrado alguien, vendrá a por mí, ya sea para capturarme o para mandarme al fondo del océano. Pero si tiene la más mínima sospecha de que me he escapado o de que he roto mi hechizo, será la segunda opción, sin duda.

Gavin entra en el camarote, falto de aliento, con el arco y la flecha en la mano, y Jared se apresura a ayudarlo a sujetar la carta con una prieta lazada. Lo hacen aprisa, casi sin respirar, como si pudieran ver uno de los relojes de arena del capitán desgranándose ante sus ojos. Presto, Gavin desaparece por la puerta en cuanto puede. No lo vemos echar a volar, pero me imagino cómo lo hará: se subirá de un salto a la baranda y caerá durante unos segundos, antes de que sus alas comiencen a moverse, llevándolo rápido y alto, tan cerca del otro barco como sea prudente.

Me doy cuenta de que el capitán me mira con los labios fruncidos.

—Aun en el caso de que esto no funcionase —murmura—, gracias.

Entreabro la boca. Eso sí que es una sorpresa. Si no sintiera tanto desasosiego por todos, si no fuera consciente de cada segundo que pasa, de que Gavin todavía puede no llegar a tiempo, sonreiría.

No tiene que agradecerme nada, en realidad: haría lo que fuese por esta familia.



Collen

Todos contenemos la respiración mientras vemos cómo Gavin se aleja para acercarse al barco atacante. Lo hacemos porque no sabemos si funcionará y porque tampoco tenemos claro cómo responderán ante la presencia de uno de los nuestros tan cerca del navío. Tememos por el feérico, que se la juega por todos para hacer llegar el mensaje. Mientras él se acerca, nuestros enemigos no cesan su ataque: sus cañones disparan al menos varias veces más y Owain contiene como puede los ataques, pero no consigue aguantarlos todos: otro proyectil da en el blanco y todos nos encogemos cuando las astillas vuelan, abriendo un boquete en una de las barandas. Oigo a Rick, cerca de mí, soltar una maldición. Tayeb insulta a los de Dahes. Sabir se pone serio.

Creo que Gavin consigue llegar a su destino. Al menos parece que no lo consideran un peligro. Quizá lo crean incapaz de hacer nada importante o adivinen que es un mensajero. Puede que hasta piensen que lleva nuestra rendición.

Jared sigue todo atentamente con su catalejo. Los demás, que no contamos con esa visión privilegiada, nos limitamos a aguardar junto a los cañones. Si esta trampa no funciona, tendremos que defendernos como podamos, y comienzo a dudar de que tengamos ninguna oportunidad.

Busco a Kay con la mirada con cierta ansiedad. Ella es quien más está arriesgando ahora mismo. Podrían venir de inmediato a por nosotros, sin creerse las amenazas, y llevársela. La defenderíamos con nuestras vidas, claro, pero ¿cuánto podemos aguantar?

Kay, cerca del capitán, se da cuenta de mis ojos sobre ella e intenta sonreír.

No le sale bien. Esconde su mano tras la espalda, herida y sin cubrir. Supongo que su intento de esconder sus rasguños también es el intento de cubrir su miedo.

La tensión se queda en cubierta, donde todos nos quedamos muy quietos, a la espera. La silueta de Gavin vuelve. Nadie le ataca. Nadie hace nada. Los cañonazos, de hecho, cesan.

Mi cabeza, siempre lo bastante inquieta como para imaginar historias cuando no las encuentro en otro lado, se imagina al capitán leyendo la misiva. En mi mente, es un hombre fuerte, vestido de almirante, inflexible. Lee las palabras con ojo crítico. Se pregunta cuánto habrá de verdad. Tiene que tomar una decisión. De ser mentira, estará incumpliendo órdenes de su rey. De ser cierto, estará hundiendo al heredero. La posibilidad debería ser suficiente para hacer que se lo pensase...

No sé si me imagino también las voces que trae el viento, pese a la distancia que todavía hay entre nosotros. Órdenes. Aprieto los párpados, esperando nuevos estallidos.

Pero sólo hay calma y el aire parece cambiar de dirección.

Cuando levanto la vista y me asomo por encima de los cañones, por encima de la balaustrada de cubierta, veo cómo el barco vira.

Se marchan.

Dejo escapar un jadeo incrédulo.

—¿Ha funcionado?

La voz de Rick, sorprendida, es también la mía. Todos nos miramos, esperando que el rumbo de los acontecimientos cambie de un momento a otro. Que tengan cañones en popa cuya munición no vayan a dudar en lanzar contra nosotros. Cualquier cosa.

Pero nada sucede. Gavin llega de nuevo al barco. Owain deja caer las defensas, derrumbándose por el esfuerzo o el alivio. Los dos de Faesia se miran y se sonríen con cierto miedo. Sabir se apoya un segundo en Tayeb, que a su vez suspira hondo.

Nadim se pone en pie. Su mirada va directa hacia Jared. El capitán todavía

sigue el transcurso del navío de Dahes, asegurándose de que no vuelven. Está concentrado, con los ojos entrecerrados y la respiración profunda.

—Espero que tengas un plan ahora, capitán —le advierte su segundo—. Si crees que eso ha sido lo último que vamos a saber de Dahes, estás muy equivocado.

Jared lo observa, apretando los labios. Los dos se miran durante un tiempo que al resto nos parece eterno. Nadim no está contento, y puedo adivinar por qué: cree que ha sido arriesgar a Kay. Y Nadim puede soportar perderse a sí mismo, arriesgarse a sí mismo, pero no tolera la idea de perder a alguien que aprecia. Perdió lo que más quería una vez y le ha pesado toda su vida.

No sé si Jared llega a la misma conclusión, pero aparta la vista de su amigo y nos mira a los demás:

—Todos a sus puestos. Nos largamos de aquí: van a venir a por ella y más nos vale desaparecer antes de que lo hagan.

Cuando el capitán habla de «desaparecer» seguramente quiera decir algo más que alejarnos de estas aguas, pero ese es el primer paso. Por eso todo el mundo se pone en marcha sin protestas. Hoy no hay celebraciones. Aunque el otro barco se haya marchado, la tensión sigue oprimiéndonos. Cada uno sabe sin más indicaciones qué es lo que tiene que hacer. Jared y Nadim se alejan, y supongo que se gritarán en cuanto estén a solas. No me preocupa. Pueden estar en desacuerdo a veces, pero al final del día siguen siendo los mismos hermanos inseparables.

Quien sí me preocupa es Kay. Me apresuro a acercarme a ella, que sólo puede quedarse mirando cómo todos a su alrededor se mueven. Sus dedos, en un gesto del que ni siquiera sé si es consciente, están tocando su muñeca, allá donde antes estaba su inseparable pulsera. Creo que ni se da cuenta de que su mano ha seguido goteando algo de sangre.

—Hay que curar esa herida, ¿no crees?

Kay da un respingo, despertando de alguna ensoñación.

—No es necesario. No es profunda, sólo escuece un poco...

—Precisamente. No queremos que se ponga peor, ¿verdad? Venga, encontraremos unas vendas y la limpiaremos.

No dejo que proteste. Tampoco creo que se encuentre con fuerzas para ello. Rodeo sus hombros con mi brazo y me la llevo al almacén. No dice nada hasta que ya está sentada y mis manos aplican una mezcla regenerativa sobre su herida.

—No había otra solución —murmura—. Tú lo sabes, ¿verdad?

Intento sonreírle mientras le vendo la mano con cuidado, guardándola entre las mías.

—Todos lo saben, Kay. Nos has salvado.

Hay ansiedad en su mirada cuando me mira. Inseguridad.

—¿Todos? ¿Tú crees?

—Sólo están preocupados por el siguiente movimiento. Ha pasado todo muy rápido y no esperábamos esta situación. Todo está bien, de veras.

Ella aprieta los labios.

—Quizás habría sido mejor que me hubieran llevado con ellos: al menos así os dejarían marchar.

Me figuraba que opinaría eso.

—No nos habrían dejado marchar, Kay, y de nada te sirve pensar lo contrario. —Vuelvo mis ojos a su mano y termino mi trabajo—. No necesitamos mártires en esta tripulación ni personas que den su vida por otras. No te gustó cuando Nadim paró un golpe con su propio cuerpo, ¿verdad? No hagas lo mismo. Ya tuvimos suficiente con él.

Kay se remueve, incómoda, ante la comparación.

—No es lo mismo. No van a atravesarme con una espada.

—Kay, si tu padre te atrapa, lo que volverá a hacer contigo será lo mismo que matarte.

No hay nada que pueda decir a eso. Me mira, y en sus ojos tengo la confirmación de que lo sabe. Que está asustada, de hecho. Aunque la amenaza de su padre yendo a por ella pendía sobre nuestras cabezas desde hace semanas,

sólo ahora se ha convertido en algo real. Extiendo los brazos para rodearla con ellos y ella se esconde en el refugio que le ofrezco.

—Encontraremos una solución juntos —le prometo con la misma voz con la que cuento historias—. Una que salve a toda la tripulación, sin sacrificios innecesarios. Estaremos bien.

Ella asiente. De todas las historias que le he contado hasta ahora, estoy seguro de que esta es la que quiere creerse con más ganas.



Geraint

Quinn cubre a Brighid con las mantas y me mira un instante, ni con tristeza ni con desafío, ni con censura ni con miedo. Sólo hay indiferencia por la situación, por mí, por la mujer dormida en la cama. Su cuerpo delgado se adivina entre las ropas de cama, consumiéndose: se niega a comer, a dormir, a salir de su cuarto. Tan sólo se sienta entre los almohadones, envuelta en su fino camisón y en un chal, y llora. El nigromante me dice que no puede obligarla a hacer nada que ella no quiera. Que su mente podría no soportarlo. Eso, bajo mi forma de ver, sólo significa que su mente es débil.

Que *ella* es débil.

Me giro sin responder y salgo de las habitaciones de la reina. Una reina quebradiza, inconsolable, que en los últimos días se ha convertido más en una carga que en alguien con quien compartir responsabilidades. Desde que Kaylen desapareció ha estado ausente, esperando a que volviese. La dejé, porque era hasta encantador. Porque me gustaba la idea de que, si alguien se enteraba de lo ocurrido, se hablara de la tristeza de su madre. Pero ahora la situación ha llegado a niveles ridículos: se ha encerrado en su cuarto y no desea salir, me ignora siempre que me molesto en visitarla y, cuando intento que reaccione, me culpa.

Que yo lo llevé a que pensara que huir era una buena idea. Que debí darle más libertad. Que no debí ser tan duro con él. Con *ella*, dice, como si en vez de un heredero tuviéramos una muchacha.

Si sigue hablando así, tendré que hacer algo al respecto. Algo, tal vez, que debí hacer ya unos cuantos años atrás, cuando no fue capaz de darme el hijo que yo quería...

Un sirviente se deshace en reverencias ante mí.

—Majestad, el almirante Gilroy os espera en vuestro despacho.

Gilroy. Despido al criado con un ademán. Espero que al menos él me traiga buenas noticias. No necesito un hijo desaparecido y una banda de corsarios incompetentes. Si ha tenido hundirlos, puedo aceptarlo: si no saben cumplir órdenes, sus cuerpos me serán de más ayuda pudriéndose en el océano. ¿De qué me sirve una tripulación en uno de mis barcos si no está dispuesta a hacer lo que haga falta por complacerme?

¿Y de qué me sirve una reina si no está dispuesta a hacerlo también?

Al abrir la puerta, el almirante se levanta y se inclina. Lo veo más pálido de lo habitual, casi temeroso, y sé de antemano que no tiene buenas noticias para mí. Entorno los ojos, pero me esfuerzo en mantenerme tranquilo. Al fin y al cabo, Gilroy es uno de mis mejores hombres. Él sí que daría su vida por el reino si fuera necesario. Seguiré con fe ciega mis peticiones y no me cuestionará, lo cual parece ser un milagro en los tiempos que corren.

—Sentaos, almirante. ¿Cómo ha ido la caza?

Me fijo, al tiempo que rodeo mi mesa y tomo asiento, en que guarda algo en sus manos, aparte de su sombrero. Parece una carta con el lacre roto.

—Majestad, seguimos al *Estrella Fugaz* y le dimos alcance, como habíais ordenado. Estábamos a punto de hundirlo cuando...

Hay un momento de duda. Por supuesto, no acaba de hablar. En su lugar, deja el pergamino sobre la mesa y me lo acerca. Tiene una forma extraña, como si guardase algo más que letras en su interior. Lo abro con cuidado. Una pulsera de plata que tardo un segundo en ubicar brilla al sol de la tarde, con una piedra azul

engarzada entre el mayor de los eslabones. El sello de la corona está grabado en el metal.

Kaylen.

También hay un mechón de pelo castaño que amenaza con deshacerse. Lo aparto con desagrado y leo, aunque sé de antemano lo que me va a contar la nota. Gotas de sangre manchan las firmas del almirante y mi heredero. Podría hacer que Quinn me dijese si la sangre es de Kaylen, pero no creo que sea necesario.

—Lo lamento, majestad. No quería ser yo el que os hiciese llegar estas horribles noticias.

Gilroy tiene la cabeza baja, así que no puede ni siquiera adivinar cómo lo estoy mirando. Hasta las más horribles noticias pueden ser una oportunidad si sabes cómo mover los hilos a tu favor. Y, pese a lo que pueda pensar, ahora sé varias cosas: que mi hijo sigue vivo, que los corsarios se han convertido en una amenaza que destruir y que el compromiso con Dione no tiene que romperse. He estado preocupado por eso mucho tiempo. Deseando que Kaylen volviese con el rabo entre las piernas, pidiéndome perdón, para mandarlo en primavera a su enlace con la princesa. Ahora, por supuesto, eso es lo de menos. El príncipe ha sido secuestrado —aunque tengo mis sospechas de que esa no es toda la historia— y Dione no sólo esperará el tiempo que haga falta hasta el matrimonio, sino que se sentirá en la obligación moral de ayudarme a rescatar a mi heredero.

Siento ganas de reír, pero me llevo, en su lugar, una mano al rostro, fingiéndome afligido. Brigid despertará de su letargo en cuanto sepa que su preciado hijo sigue vivo, o eso espero. Y si no, siempre puedo convertirla en una tragedia más que pesa sobre el rey de Dahes, a ojos de los demás. Al pueblo le encanta ver sufrir a otros y simpatizar con su dolor sin necesidad de sufrirlo en sus carnes.

—¿Qué más podéis decirme?

—Los dejé marchar. No podía hacer otra cosa, majestad. Reconocí la pulsera del príncipe y decidí que no podía llevar las órdenes a cabo.

Asiento sin levantar los ojos. Que piense que estoy destrozado, si así lo cree conveniente. Que lo diga por ahí.

—Marchaos ahora, capitán. Volved a casa con vuestra familia, pues es lo más importante que tenemos. Os llamaré en unos días.

Sé que se levanta y me hace una reverencia, pero no me irgo en mi sitio hasta que oigo la puerta cerrarse. Me echo hacia atrás, apoyando la espalda contra el respaldo, y entrelazo los dedos de las manos, mirando al frente. Una sonrisa nace en mis labios.

Cojo la pulsera que todavía yace sobre la madera y froto la piedra con el pulgar. Sin duda, esto ha sido un revés para mis planes. Hubiera sido mucho más fácil casar a Kaylen y que los corsarios venciesen al *Libertad*. Pero no le diré que no a esta oportunidad. Hace unas semanas, por culpa de ese caprichoso muchacho y su irracionalidad —la misma que la de su madre, un poso del género en el que nació—, podía vérseme como a un hombre que no sabe controlar a su propia familia. Ahora, en cambio, soy una víctima. Una víctima más de unos criminales que toda Marabilia podría unir para eliminar. Hoy ha sido mi primogénito, mañana podría ser un rey o una princesa. ¿Y acaso no es nuestra misión proteger nuestras tierras y nuestros mares de semejantes peligros?

Hundiré al *Estrella Fugaz* y, para ello, tendré la ayuda de todos los reinos, sin saber que yo mismo fui el que los puso en el mar. Y, mientras, quizá también pueda tener la satisfacción de acabar con el *Libertad*. Pondremos fin a la piratería entre todos.

Sí, Kaylen podría salir herido. Podría, incluso, acabar en el fondo del océano. Pero quizás eso venga a demostrarme que no es el mejor de los herederos. Si él no ha estado a la altura, otro lo estará. Yo mismo podría casarme con Ivy de Dione y darle a la corona el príncipe *adecuado*.

Desde luego, ese es un riesgo que estoy dispuesto a correr.



Zahara

A Alona le gusta escuchar leyendas de Rydia. Siempre me pide historias sobre genios, ladrones que se esconden en cuevas mágicas o grandes tesoros de piedras preciosas. Por suerte, tengo mil y un cuentos para ella, todos ellos protagonizados por heroínas intrépidas e inteligentes que saben cómo poner en jaque todo tipo de malvados planes. Las palabras fluyen solas y ella disfruta con cada una mientras juega con una muñeca y yo le trenzo los cabellos como siempre me pide.

Esta vez, sin embargo, no puedo estar del todo concentrada. Mis ojos no hacen más que ir hacia la puerta de la cabaña, un mal presentimiento anidando en mi pecho. Erea salió por esa misma puerta hace ya un buen rato por la llegada de noticias importantes y todavía no ha vuelto. Mary, que fue quien vino a llamarla, no parecía contenta. Al principio Erea intentó librarse, queriendo dedicar su día a jugar con Alona, pero Mary fue inflexible: «Es urgente, Erea».

Nos miramos un segundo, pero al final ella se levantó, me dio un beso a mí y otro a Alona, y se marchó. Para que no esté aquí ya, con lo que ella disfruta de su tiempo con la niña, ha tenido que ser algo importante... ¿Qué está pasando? ¿Qué te retiene, Erea?

La pequeña se separa entonces y yo bajo la vista, volviendo mi atención hacia ella. Apenas me da tiempo, porque de pronto me está abrazando. Parpadeo.

—¿Alona?

Ella me da unas palmaditas en la cabeza y me acaricia el pelo, sus brazos alrededor de mi cuello.

—Seguro que vuelve pronto.

Al principio ni siquiera sé qué decir. Después sonrío, divertida, y la separo lo justo para mirarla.

—Pero bueno. —La cojo con facilidad y la pongo de nuevo entre mis piernas, tumbada, para hacerle cosquillas. Ella se revuelve con su carcajada de arroyo—. ¿No debería ser yo quien te dijese eso a ti, renacuaja?

—¡No pasa nada, puedes decirlo también!

—¡Oh, muchas gracias!

Las dos nos reímos mientras ella se revuelve. Cuando la dejo libre, le planto un beso en la frente. Tenerla rondando por aquí es mucho más fácil y natural de lo que pensé. A veces es un poco caprichosa y respondona, pero no demasiado. Por lo general, se porta bien y sabe obedecer. Si acaso, le gusta *demasiado* estar con Erea y conmigo y muy poco con el resto de la gente.

—Seguro que vuelve pronto —le digo yo también.

Alona sonrío y se abraza a mí, pidiendo que continúe con mi cuento. Yo obedezco. A veces creo que desde que llegó es ella quien dice qué se hace y qué no en esta casa, en vez de las que supuestamente mandamos.

En cualquier caso, como si sintiera que la echamos en falta, Erea no tarda mucho en regresar. Alona y yo alzamos la mirada en cuanto oímos la puerta abrirse. Ella se apoya en el dintel y parece cansada, pero nos sonrío.

—Me encanta ver a mis dos chicas favoritas juntas.

Se acerca a nosotras con calma, arrodillándose ante Alona, que se echa encima de ella. Erea se ríe, pero yo la conozco lo suficiente como para saber que algo no está como debería. Me lo dice su mirada un poco baja, la forma que tiene de besar los cabellos de la niña, deteniéndose más de lo necesario, y cómo aparta la vista cuando nuestros ojos se encuentran. Llevamos juntas demasiados años. Si todavía cree que hay algo que puede esconderme, es que no ha aprendido nada en este tiempo.

—¿Todo bien?

—Claro.

Su boca toca la mía en una simple presión y yo entrecierro los ojos. Después, Erea se gira hacia Alona con una gran sonrisa.

—He pasado por delante de casa de Sadie y me ha parecido que olía a tarta de manzana, y algo me dice que estará más que encantada de darle un pedazo a la primera intrépida pirata que pase por allí...

Alona nos mira muy fijamente. A veces lo hace. Nos observa como si no tuviera claro qué hacer, qué decir, qué pensar, o como si supiera todo eso y más. Al final, se pone en pie.

—Sé cuándo queréis que me vaya —anuncia, muy digna—. Pero está bien, porque algún día seré mayor y hablaréis delante de mí y entonces os podré salvar como la buena heroína que soy. —Se acerca para besarnos las mejillas a ambas—. Y para ser mayor pronto tengo que crecer. Y para crecer, necesito fruta. Y la fruta está mejor con tarta.

Por eso, como una ventisca, coge su muñeca preferida y sale corriendo.

Las dos la seguimos con la mirada. En cuanto la puerta se cierra, Erea se deja caer a mi lado, de rodillas. Me pongo en tensión de inmediato. Sus manos atrapan las mías.

—¿Qué ha ocurrido?

—Diandra ha recibido carta de Laeris. El *Libertad* no va a volver a zarpar por el momento.

—¿De qué estás hablando?

Erea deja caer los hombros. No parece segura de cómo mirarme y yo no sé si debo consolarla o esperar a que termine de hablar. En cualquier caso, entrelazo nuestros dedos para que sepa que estoy aquí, escuchándola, apoyándola.

—Nos han declarado la guerra —confiesa—. No a nosotras en concreto, sino a todos los piratas. Cualquier barco sin bandera y que no esté registrado será sospechoso de piratería y será hundido si no se rinde.

Casi siento ganas de echarme a reír.

—Bromeas, ¿verdad? Es absurdo. ¿Cuánto tiempo lleva habiendo piratas en Marabilia? ¿Cuántas tripulaciones hay? ¿Decenas? ¿Un centenar? Y no todas

hacen el mismo daño. Seguro que es sólo un nuevo cuento para meter miedo a las embarcaciones.

Erea aparta la vista. Ah, así que hay más.

—Alguien se ha pasado de la raya —susurra—. El príncipe de Dahes ha sido secuestrado: el muchacho que Lynne dijo que se rumoreaba que había desaparecido. Una tripulación lo mantiene cautivo y todo el mundo se lo ha tomado como un ataque contra *todas* las familias reales.

Cojo aire. Bien, eso tiene más sentido. Pero esto no es lo que Erea no se atreve a decirme, porque sus alas se sacuden a veces, inquietas, apenas un temblor, como siempre que está nerviosa o preocupada.

—Habla. Di lo que tengas que decir.

Ella suspira y me mira como si tuviera que disculparse por algo.

—Los secuestradores son la tripulación del *Estrella Fugaz*. Contra los que luchamos, Zahara. La tripulación en la que estaba tu hermano.

Durante un segundo, la información cala en mi cabeza con cuidado, casi como un misterio que tenga que desentrañar. Y cuando lo consigo, cuando comprendo lo que quiere decir, tengo mi respuesta muy clara:

—No, por supuesto que no.

—Lo siento, mi tormenta. Eso es lo que nos ha dicho Laeris.

Como si Laeris dice que el mundo se acaba mañana.

—Y yo te digo que no. —Suelto las manos de Erea, poniéndome en pie—. Puede que eso sea lo que están contando en Marabilia, pero estoy convencida de que no es la verdad.

Erea duda.

—Diandra tampoco parecía muy convencida. Pero ¿qué lógica le encontráis a todo esto, entonces? ¿Por qué iban a decir algo así si no fuera cierto? ¿Sólo para atacarnos? Nunca nos han considerado una verdadera amenaza.

—Pues es obvio que ahora lo hacen. Y con toda probabilidad por algo que nos estamos perdiendo. Voy a hablar con Diandra.

Mi pareja alza las cejas, pero se pone en pie antes de que llegue a la puerta.

—Voy contigo. Conociéndote eres capaz de convencerla de hacer cualquier locura.

De hecho, eso es justo lo que voy a hacer.

* * *

Apoyo las manos en la mesa de Diandra.

—Sabes que eso no puede ser cierto. Si ha sido el rey de Dahes el que ha iniciado esto, está mintiendo.

La capitana del *Libertad* me observa con cansancio y resignación. Sentada enfrente de mí, intenta mantener toda la calma que yo no tengo ahora mismo.

—Yo tampoco me fío de ese hombre. Nadie que lo haya conocido lo hace, pero ¿qué quieres que haga? No puedo poner en peligro a las nuestras. Necesitamos una bandera y un registro para salir ahí fuera mientras los controles sean exhaustivos. Ya han caído tres tripulaciones desde que se anunció la colaboración entre todos los reinos.

—Lynne puede conseguirnos bandera y registro con un chasquear de dedos: sólo tenéis que poneros en contacto con ella.

—Lynne tiene un *negocio* que pondría en peligro si registrase nuestro barco para que nosotras siguiésemos haciendo lo que considerásemos oportuno.

Aprieto los dientes. Cuando golpeo la mesa, ella se sobresalta. Me alegro. Al menos así puede que me atienda de verdad.

—¡La noticia es ridícula, Diandra! ¿Secuestrar a un príncipe de Marabilia? Nadie es tan estúpido, pero sobre todo: si un pirata tiene en sus manos a un príncipe, lo que hace es pedir un rescate. Y nadie lo ha hecho, según lo que me has dicho.

—Todavía —murmura Diandra con un mohín.

—El chico lleva lunas desaparecido. ¿Por qué lo pedirían ahora? Y sobre todo la tripulación de Jared. Eso sí que es ridículo: conozco a Jared. *Conoces* a Jared. El niño que jugaba conmigo no haría eso. Y si él se planteara hacerlo, mi

hermano lo impediría. Puede que haya pasado tiempo, puede que esos chicos ya no sean los que yo conocí, pero te aseguro que les están usando como excusa para abrir la veda contra todos los piratas. ¡Sabíamos que Geraint y su tripulación estaban relacionados!

—Zahara...

Erea pone una mano en mi hombro. Yo me revuelvo. Ahora no. Esto es más importante. No necesito que me consuele porque estoy segura de que hay algo más detrás de esta historia.

Diandra observa mi determinación y se echa atrás en su asiento, los labios apretados, los dedos entrelazados.

—¿Quieres que vayamos a buscarlos?

—Sí. Si *de verdad* esto es cierto, les abandonaremos a su suerte. O cogemos al príncipe y lo entregaremos y asunto arreglado.

—¿Acaso sabes dónde podemos encontrarlos? Si son un poco inteligentes, habrán cambiado de barco. Quizás hasta se hayan ido de Marabilia.

Frunzo el ceño. El niño que fue Jared nunca huía de los problemas. En cambio, los recibía con los brazos abiertos. Claro que entonces todos los problemas que podía tener eran algunos matones o algún mercader cabreado al darse cuenta de que un criajo rubio le estaba robando. Son cosas muy distintas a todas las fuerzas navales de Marabilia poniéndote como foco de atención. Es posible que otras tripulaciones de piratas se unan a la caza con tal de que se les deje en paz o con el afán de sacarse unas monedas.

Sólo se me ocurre una opción. Una que se sostiene en menos cosas de las que me gustaría.

—El refugio de Jared siempre estuvo en Rydia. Por eso lo conocimos Nadim y yo. Él nunca nos lo enseñó, pero era allí, ¿verdad? Tú debes de saber dónde está.

Diandra me observa con el rostro serio. Su mirada siempre quema tanto como el sol. Pero yo acepto el reto y se la sostengo. Y gano.

—Un viaje, Zahara —anuncia—. Iremos y, si no hay rastro de ellos, no los

buscaremos. Volveremos a casa y nos quedaremos aquí hasta que la tormenta pase.

—¡Pero...! —protesta Erea, incrédula.

—Llama a la tripulación —la corta nuestra capitana—. Pero diles a lo que vamos. Diles que no están obligadas a venir y háblales de los peligros que podemos encontrarnos.

Erea mira de su superiora a mí como si creyese que las dos estamos locas. Al final, sin embargo, no protesta más y se acerca para darme un beso antes de marcharse a cumplir órdenes. Creo que lo entiende. Que sabe que tanto Diandra como yo tenemos historias pendientes con la gente de esa tripulación. Con al menos dos personas.

Miro por la ventana, al cielo que amenaza tormenta. Desde nuestro último encuentro, he rezado mucho a las estrellas por que Nadim esté vivo. Creo que lo está, creo que lo sabría si hubiese muerto. O de eso quiero convencerme.

En cualquier caso, Nadim me salvó la vida en aquella ocasión. Espero estar a tiempo de hacer lo mismo por él.



Kay

Observo el barco una vez más, anclado en la gruta, mientras el agua chapotea contra el saliente en el que me apoyo. Ya no es el *Estrella Fugaz*, y eso quizás es lo más extraño. Aunque es el mismo escondite de siempre, ese detalle parece cambiarlo todo. Es un poco más pequeño que nuestro antiguo navío, un poco menos veloz. Pero tiene su encanto, claro. El mascarón de proa hace honor a su nombre: *La Cierva Dorada*. Tiene ese mismo animal saliendo de proa, casi emergiendo, con las dos patas delanteras a la vista mientras los cuartos traseros se funden con la nave. Tayeb y Sabir lo consiguieron a cambio del barco dahense en un pequeño puerto en la costa suroeste de Granth, donde si las noticias habían llegado, se demuestra que nuestros compañeros tienen un don innato para el comercio... o el engaño. Prefiero no pensar para qué.

Las noticias, por supuesto, son que nos están cazando, como todos esperábamos. Y no sólo a nosotros, sino a cualquier barco que actúe al margen de la ley. Suspiro. Es una auténtica ironía que nos estén persiguiendo embarcados en una nave con un animal de presa como insignia. Jared, por supuesto, ha dicho que vamos a cambiarlo. A Owain y Gavin, por alguna razón, les ha hecho gracia: al parecer, uno de los reinos de Faesia tiene como escudo de armas un ciervo. Yo no le he visto la gracia, pero ellos han intercambiado unas palabras en su propio idioma —a veces lo hacen, aunque lo evitan cuando estamos delante— y se han echado a reír.

A mí me parece bastante majestuosa, pero estoy de acuerdo con las supersticiones del capitán y prefiero alejarme de cualquier signo que pueda

representar una persecución y un posterior abatimiento, aunque suene ilógico.

Me levanto del saliente y rehago mi camino hasta lo más hondo del refugio. Todos sabíamos que habría represalias después de la nota de secuestro, pero no esperábamos que mi padre se atreviese a llevar la situación a este nivel. No esperábamos que pudiera recibir la ayuda de *toda* Marabilia. Pero una vez que Dione aceptó ayudar, según dicen, nadie quiso quedarse fuera. No puedo evitar imaginarme cuántas mentiras habrá contado. Porque, al fin y al cabo, él contrató a estos hombres para que cumplieran una misión. ¿Habrá dicho eso a los demás reyes de Marabilia? No, claro que no. Habrá ocultado lo que le ha dado la gana, igual que no habrá mencionado que Kaylen de Dahes es en realidad una mujer. Que hechizó a su heredera.

Apuesto a que al rey de Dione, que tanto se ha volcado en esta búsqueda, le encantaría saber la verdad al respecto.

Me quedo de pie en la entrada a la parte de la cueva que usamos como sala. Los muchachos están ahí en dos grupos: Harren, Gavin, Owain, Tayeb y Sabir están intentando pensar en modificaciones para el barco, porque es posible también que quienes cambiaron *La Cierva Dorada* por el *Estrella Fugaz* nos delaten; Jared, Collen, Rick y Nadim intentan decidir un nuevo rumbo. Se han estado planteando incluso dejar las aguas de Marabilia. «Al menos, hasta que las cosas se calmen un poco», han dicho. Yo a eso lo llamo exiliarse, pero nadie ha usado esa palabra. Igual que nadie ha dicho que es culpa mía. Han intentado animarme, pero yo sé que me han educado para adelantarme a los movimientos de los demás. Y no he sabido hacerlo. Seguro que esta situación podría haberse evitado. Seguro que lo peor aún puede evitarse.

Tiene que haber una forma de arreglar esto.

Pero si la hay, yo todavía no la he encontrado.

Los observo a todos. Me alegra que se haya rechazado la idea de dismantelar la tripulación. De que quieran seguir juntos, pese a las complicaciones. Sé que, si ahora se marchara cualquiera de ellos, lloraría su pérdida, hasta si se fuera de buenos modos. Porque me gustan muchísimo todos. Porque todavía no quiero

separarme de ellos. Pese a sus defectos, pese a que no todo sea perfecto siempre y ellos no se parezcan en nada a las personas a las que estaba acostumbrada en mi antigua vida, ya no los cambiaría por nada.

¿Por qué las cosas han tenido que torcerse tanto, entonces? ¿Por qué no podíamos seguir como en estas últimas semanas, sólo nosotros, sin hacerle daño a nadie...?

—¡Kay! —Doy un respingo. Harren me ha visto y se echa hacia atrás en sus cojines hasta apoyarse sobre los codos—. ¿Alguna idea para el nombre del barco?

Me acerco y me dejo caer de rodillas entre él y Sabir, que también me observa.

—No queremos que Kay le ponga nombre —dice— o acabará llamándose como alguno de los barcos de la historia de Marabilia. Algo pomposo como *Delicia* o *Flor de la Mar*.

Dejo escapar un bufido, aunque sé que sólo se está metiendo conmigo. Además, ambos barcos acabaron hundidos. Uno, por un error de cálculo del capitán. Al otro lo mandaron fuera de Marabilia y sólo se supo de él que sus restos fueron llevados a las costas de Rydia por la corriente.

—Lo que me sorprende es que *tú* sepas algo de historia de Marabilia.

—No subestimes mis habilidades, muchacha. No sólo se pesca con un cebo atractivo.

Tayeb alza las cejas y lo mira de arriba abajo. Parece morderse la lengua. Yo prefiero no hacer comentarios al respecto.

—¿Qué tipo de nombre estáis buscando?

—Sólo sabemos que no puede ser cualquier cosa —suspira Sabir, volviendo a ponerse serio—. El *Angelique* se llamaba así por la madre de Jared. El *Libertad* deja muy claro su significado. Hasta el *Estrella Fugaz* tenía cierto encanto, porque hablaba de su velocidad.

—Yo creo que debería llamarse *Venganza*. Es justo lo que quiero ahora mismo. Ese capullo...

Me giro al escuchar la idea. Jared y los demás se han acercado a nuestro grupo. El capitán está furioso, como lo he visto la mayor parte del tiempo desde que tuvimos que cambiar de nave. A su lado, Nadim sólo parece cansado, como si las decisiones pendientes estuvieran llevándose su energía. Collen tiene la nariz escondida tras sus libros, apoyado contra el ancho pecho de Rick.

—Parece un nombre un poco sospechoso, capitán —murmura Collen, señalando lo que todos estamos pensando.

—A la mierda con lo sospechoso —farfulla.

Nadim se cruza de brazos. Nuestros ojos se encuentran y él entrecierra los suyos.

—En realidad no es venganza lo que queremos, ¿verdad?

—Claro que lo es —protesta su amigo—. Ese hijo de puta nos ha usado. Quiero destrozarlo.

Arrugo la nariz, pero él no se fija en mí.

—Sí, pero Kay no quiere eso. —Hace un ademán hacia mí, los ojos fijos en su compañero—. Además, ya tenemos los suficientes problemas por haber «secuestrado» a un príncipe. No vas a salir impune de un regicidio. —Sacude la cabeza—. A lo que quiero llegar es a que no es venganza, sino justicia. —Observa a los demás—. ¿O cómo llamaríais a hacer que el rey pague y que así Kay pueda seguir siendo libre?

Se me escapa una sonrisa, aunque intento que no se me note al bajar el rostro.

—Genial —gruñe Jared—. ¿Quieres llamar a un maldito barco pirata *Justicia*? ¿Qué clase de ironía es esa?

—A mí me gusta —susurro.

—Es bastante sutil, precisamente porque nadie lo entenderá —argumenta Collen.

Parece que todos asienten y deciden, sin el consentimiento del capitán, que no hay más que hablar.

—Entonces deberíamos buscar un mascarón de proa acorde a su misión. —Gavin me sonrío—. Una mujer coronada, por ejemplo.

—Que sea una *sirena* coronada —interviene Nadim.

Siento que me ruborizo.

—Con una espada —asiente Harren—. Una reina haciendo justicia nunca iría desarmada. No, al menos, cuando hay tantos bellacos por ahí sueltos.

Me echo a reír. Algunos me corean. Me parece que hacía una eternidad que no nos divertíamos todos juntos y hacíamos bromas. Las preocupaciones no pesan tanto de pronto.

—Lamentablemente —intervengo—, creo que pedís demasiado. Con quitar ese horrible ciervo será suficiente. A menos, claro, que uno de vosotros sea un diamante en bruto en el arte de tallar la madera.

—Aquí nadie es un artista de la madera. —Tayeb sonrío de medio lado y apoya el brazo en el hombro de Owain—. Sin embargo, tenemos un hechicero que dijo que podía cambiar las letras con magia para que se leyese otro nombre. ¿No tienes ningún truquito para que tengamos un nuevo mascarón?

El hombre alza las cejas.

—¿*Truquito*? Puedo hacerlo en un abrir y cerrar de ojos, pero no es ningún *truquito*. Yo sí que soy un artista.

Gavin le da un codazo, como recordándole que será mejor que no se le suba a la cabeza.

—¿Y qué hay del rumbo? —pregunto al ver que algunas decisiones, al menos, ya están tomadas—. ¿Habéis decidido algo?

Creo que sé lo que me van a decir. Lo mismo que desde hace días: que no hay muchas opciones. Que Marabilia ya no es un lugar seguro para nosotros. Pero aún tengo la esperanza de que, de alguna forma, encuentren la respuesta que yo no he sido capaz de hallar. Sin embargo, cuando Jared no contesta de inmediato, sino que frunce los labios y mira a Collen, sé, sin lugar a dudas, que no han llegado a ninguna conclusión nueva.

—Ya sabes cuáles son las opciones, Kay —murmura Collen, cabizbajo—. Si queremos seguir navegando con libertad, debemos marcharnos de aquí. No será fácil abandonar estos mares, pero si lo logramos, podemos ir a donde nos

apetezca.

—Es eso o... devolvérsela a tu padre, Kay. —La voz de Nadim es suave, tentativa, como si no supiera bien cuál va a ser mi reacción—. Si probamos que hay una princesa, no un príncipe, y que todo ha sido un invento de tu padre para manipular la situación...

Hay un segundo de silencio. Yo recorro la estancia con la mirada. Si hacemos eso... Sé lo que significa. Lo que me dicen no puedo hacerlo desde aquí, así que tendríamos que salir. Exponernos. Y nos convertiríamos en un blanco fácil. *Demasiado* fácil.

—Hemos acordado que la decisión debe ser tuya —dice Rick.

Bajo los ojos. Está claro lo que tengo que elegir, ¿no? No puedo ponerlos en peligro. Es muy egoísta. Pero también lo ha sido ponerlos en una situación en la que no pueden navegar por los mares que conocen por mi causa.

—Kay. —Collen se separa de Rick y se acucilla a mi lado. Deja una mano en mi hombro—. Valora la posibilidad de quedarnos. De contar tu historia. Sólo necesitamos una persona con el poder suficiente y que vaya a escucharte.

Se me escapa algo entre una risa y un quejido. ¿Está hablando en serio? ¿Existe esa persona? Me cubro la cara con las manos, apretando las palmas contra mis párpados cerrados. Desde luego, tendría que ser alguien a quien mi historia afectase de lleno. Me muerdo el labio, pensando si hay alguien así, y entonces me pregunto cómo no me he dado cuenta antes.

Claro que lo hay. Alguien a quien los engaños de mi padre sentarán bastante mal.

—¿Estáis seguros de esto? Tal y como están las cosas, ni siquiera sabemos si llegaremos a la costa sanos y salvos. Es una auténtica locura. Lo sabéis, ¿verdad?

Ellos me sonrían. Como si no supiera con quiénes estoy hablando. Disfrutan demasiado de cada momento en el que ponen sus vidas en peligro y, de alguna retorcida manera, puedo entender por qué.

—Por si alguien siente curiosidad, la tercera opción es quedarnos en esta

gruta para siempre —razona Nadim—. Pero la descartamos porque no pensamos que nadie fuera a votar a favor.

Sabir contiene un estremecimiento, como si la idea de quedarse atrapado en un mismo sitio el resto de su vida le pareciese espantosa. Aun así, nadie protesta. Es obvio que ninguno de los presentes votaría por quedarse. Ni siquiera yo lo haría.

—Bien, creo que aclarado ese punto; ¿tienes a alguien en mente, Kay? ¿Crees que hay alguna posibilidad de plantarle cara?

Me humedezco los labios. Sí que lo hago. Al menos, la esperanza quiere pensar que hay un claro entre las nubes y que vamos a poder ver el sol.

—¿Qué hace falta para plantarle cara a un rey?

—¿Uno más grande y fuerte? —tantea Harren.

Asiento.

—O, en este caso, uno con un poder naval más grande y fuerte. Alguien a quien los demás seguirán por respeto y porque tiene una buena reputación. Y, ¿la verdad?, no hay que subestimar a un rey ofendido, y este lo va a estar cuando sepa que lo han engañado para cerrar una alianza que uniría a su hija con un príncipe que no existe.

Hay un silencio mientras todos digieren lo que estoy sugiriendo. Mientras se miran y, contra todo pronóstico, esbozan sonrisas de medio lado, de depredadores.

He ido a meterme entre los hombres más locos de toda Marabilia.

—Caballeros —anuncia Nadim—, lo que vamos a hacer es, literalmente, meternos en la boca del lobo.

Rick se estira y suelta una risita.

—Bien, esto sí que es una aventura. Somos los más buscados en este momento y vamos a meternos en las aguas del país con la fuerza naval más fuerte.

No lo dice como si le pareciese peligroso. Ni siquiera como si estuviera preocupado. Ninguno de ellos parece estarlo. Lo cual dice mucho o de su osadía

o de su desequilibrio. Puede que las dos cosas.

—¿Collen? —La sonrisa del capitán es casi sádica, y yo no puedo evitar pensar que todo lo que pasa por su cabeza es cómo al fin ve que puede vengarse de mi padre, que fue el primero en meterlos en este problema—. Traza el rumbo: nos vamos a Dione.



Nadim

Esta vez tenemos un rumbo fijo. No es como cuando el resto de la tripulación tuvo que encontrar un manantial juntando cuentos, con bastante incertidumbre, o como las veces en las que hemos estado buscando el *Libertad* sin saber nunca por dónde pasaría. Dione es un reino que siempre está quieto y que se puede encontrar en cualquier mapa. Collen puede trazar un montón de rumbos para evitar puntos conflictivos o vías de navegación demasiado utilizadas.

Esta vez, no obstante, tenemos un problema que nunca habíamos tenido: los otros barcos de toda Marabilia. Necesitamos tener cuidado con cualquier navío que se pueda cruzar en nuestro camino, porque nos hemos convertido en la presa. Si nos cogen, a nosotros nos matarán. A Kay la atraparán para convertirla en algo que no es. Por eso, cada vez que Gavin adivina alguna figura a lo lejos, nosotros tenemos que alejarnos lo más rápido posible, antes de que se nos perciba. Sólo por si acaso. Incluso habiendo cambiado el barco y conservando la bandera de Dahes que tenía el *Estrella Fugaz*, no podemos confiarnos. Sería estúpido y peligroso.

Y por eso este viaje está siendo más tenso de lo habitual. Siempre hay alguien en el puesto de vigía y en proa y en popa, vigilando con catalejos. Collen no deja de recalcular rutas. No estamos yendo por el camino más directo, pero sí el que debería ser más seguro, aunque alcanzar Dione nos lleve un poco más por ello.

El primer día conseguimos salir de los mares de Rydia con éxito. Estamos dispuestos a creer que puede funcionar, pero, cuando el sol del ocaso del segundo día de travesía está tiñendo el cielo de naranja, Gavin grita las malas

noticias.

—¡Barco a la vista!!

Todos nos quedamos quietos, esperando una descripción. Si es un mercante, en principio no pasará nada. Cada uno seguirá su camino sin molestar, sin llamar la atención. Podríamos intentar cambiar de rumbo. Jared viene a mi lado, con su catalejo, para medir la distancia que nos separa. Yo veo la silueta sin necesidad de ningún instrumento, a lo lejos. Han aparecido de improviso, probablemente por un simple cruce en nuestras rutas.

—¡Mantenemos velocidad! —grita Jared a mi lado. No quiere llamar la atención huyendo nada más divisar otro barco—. ¡Todos a los puestos de defensa, por precaución! Si nos siguen y recortan distancia, preparados para el combate, pero ni un solo ataque hasta que yo lo diga.

Pese a las órdenes, yo me quedo al lado de mi amigo esta vez, agarrado a la baranda del barco.

Esperamos. Es un tiempo que imagino que Jared mide en su cabeza con algún reloj de arena y en el que cada segundo pesa demasiado. Apoyo la mano en su hombro, apretándolo. Si no somos dignos de llamar la atención de esa otra nave, todo estará bien. Si lo hacemos...

—¡Bandera verde y blanca! —anuncia Gavin.

Creo que hay un suspiro colectivo. Sienna no es lo más peligroso con lo que nos podríamos encontrar. Su fuerza naval es poca y por lo general es un país pacífico que sólo intenta ocuparse de sus propios asuntos. Además, dada la Torre de Hechicería que tienen allí, sólo hay hechiceros, no nigromantes, por lo que la fuerza mágica que puedan tener será más leve que la que hubo en el ataque de Dahes. Owain lo agradecerá si tenemos que pelear. Incluso por esas, nuestro hechicero está tenso, moviendo los dedos con nerviosismo, como palpando la magia en el aire, preparado para llamarla cuando sea necesario.

Aunque somos perfectamente visibles para el otro barco, parece que podemos respirar. Ellos van en dirección sureste y nosotros, norte. Estoy dispuesto a creer que tenemos derecho a un poco de suerte por una vez.

Pero entonces la voz de Gavin se vuelve a alzar:

—¡Están cambiando de rumbo, capitán!

—Mierda —maldice Jared justo a mi lado.

Aprieto un poco más su hombro y respiro hondo. Mis ojos buscan alrededor. En la cubierta, asomada a la baranda, encuentro a Kay, que justo en ese momento alza la vista hacia mí. Intento decirle que todo va bien. Debemos mantener la calma. Ahora todo depende de eso.

—¡Capitán, sacan bandera roja, quieren que echemos el ancla para el registro!

No es el peor de los escenarios. Un registro no tiene por qué acabar con nosotros hundiéndonos. Nos da oportunidades de luchar y vencer.

Jared y yo nos miramos, calculando las probabilidades sin hablar.

—Si huimos, atacarán a cañonazo limpio hasta hundirnos. Puede que hasta pidan refuerzos —razono.

Jared asiente, habiendo llegado a la misma conclusión. Cierra su catalejo con un golpe de las manos.

—Pero, si no lo hacemos, no sólo tendremos que asegurarnos de vencer, sino también de que nadie de esa tripulación pueda decir ni media palabra de nuestro barco.

Y eso significa o cortarle la lengua a toda una tripulación... o acabar con ella.

—Ellos seguro que están muy dispuestos a matarnos a nosotros.

—No creo que a ti te vayan a entrar dudas a estas alturas, Nadim, y dudo que se pueda salvar ya nuestro honor o nuestra bondad. Pero...

Cuando su mirada va más allá de mí, sé en quién piensa. Mis ojos también encuentran a Kay, que se ha reunido con Collen. Sé que Jared tiene motivos para preocuparse. Todos los ataques que ha visto hasta ahora Kay han sido más o menos limpios. Juraría que no hubo bajas en la batalla contra el *Libertad*, por más que fuera encarnizada. Pero aquel día yo le hice prometer que se quedara a salvo y no lo hizo. Estuvo dispuesta a salir, pese a que sabía que al menos una persona habría tenido que morir. Que era eso a lo que íbamos.

Confío en que tenga esa misma seguridad hoy.

—Haremos lo que sea necesario —respondo al final. Vuelvo la vista a Jared —. Y si ella pretende ser reina algún día, tendrá que entenderlo.

Mi amigo me mira de reojo.

—¿No te inquieta eso?

—¿Que ella sea reina? ¿Que ella nos vea como unos asesinos?

—Puede que ambas.

Vuelvo la vista hacia ella. Adivino la preocupación en su cara, pero también muchas cosas más. Es valiente y no tiene ninguna intención de rendirse. Nunca la ha tenido, en realidad: desde el momento en que se coló en este barco era una mujer decidida a luchar.

Y nos quiere de verdad.

—Kay será una buena reina, si algún día le dan la oportunidad. Pero, por buena que sea, no podrá evitar que en el mundo siga habiendo gente dispuesta a matar por lo que cree o por lo que le ordenan. Sólo tendrá un trono, no el poder de cambiar a la humanidad. En algún momento tendrá que darse cuenta.

No sé qué piensa Jared de eso. No sé tampoco si era la respuesta que esperaba. Pero es él quien aprieta mi hombro entonces, antes de girarse hacia la tripulación:

—¡Echad el ancla! ¡Preparados para el asalto en cuanto se acerquen!



Jared

La aparente calma que accedemos a guardar se rompe en cuanto el otro barco se pone a nuestro nivel.

—¡Al abordaje!

Nunca había dado la orden con tantas ganas, desgañitándome. Algunos saltamos al barco de Sienna; otros aguardan en el *Justicia* preparados para defenderlo. Porque puede que Sienna no disponga de una gran fuerza naval, pero lo que sí parecen tener son un montón de hombres. Maldigo cuando me doy cuenta de que nos doblan, si no más, en número, y no son marineros, sino soldados entrenados para la batalla.

Ni siquiera será tan fácil como podríamos haber soñado. Es obvio que Marabilia se ha tomado esto como una jodida guerra. Y nosotros somos el objetivo que eliminar. Hemos sido unos inocentes al pensar que los países mandarían a la batalla a personas que no estuvieran preparadas para ella.

Nuestros enemigos están entrenados y listos para matarnos. No va a haber dudas ni juicios. El capitán grita que se busque al príncipe de Dahes; si no se encuentra, se hundirá el barco.

Es gracioso, porque aquí no hay ningún príncipe. Nunca ha habido ningún príncipe. Sólo pido estar vivo para el momento en el que Kay le dé una patada a toda Marabilia revelándose como una mujer. Juro que voy a disfrutarlo.

Además, mi tripulación tampoco es una que esté dispuesta a rendirse ni a perdonar vidas en esta ocasión. Mi familia no es una cobarde. Mi familia no es de débiles. Por eso todos nos lanzamos a las armas y a luchar con gritos de quien

nada pierde. Incluso Collen, que pasa por mi lado armado con dos dagas, parece dispuesto a hacer todo lo necesario, aunque él siempre intenta evitar los conflictos directos. No es momento de dudar, porque ya lo tenemos suficientemente complicado. Porque puede que no seamos las personas más nobles, pero esta vez la causa por la que luchamos sí lo parece.

La princesa debe ocupar su trono. Y el capullo del rey, quedar al descubierto.

A mi alrededor todos nos echamos a la batalla, pero sólo hace falta un vistazo para saber que no será una ofensa rápida. Corto, atravieso, aparto, me defiendo. Me hieren, caigo, ruedo, me levanto. Corto, atravieso, aparto, me defiendo...

Un destello me hace perder la concentración cuando da en mis ojos. Me cuesta un golpe del que no soy capaz de defenderme, un corte en el brazo que me hace lanzar una maldición, pero que no es suficiente para replegarme. Juraría que era el brillo de unas alas y me cago en la madre que parió a Gavin, pero cuando miro alrededor, Gavin está más allá, sin volar, luchando a pie de barco. Frunzo el ceño, pero antes de poder seguir pensando tengo que levantar una vez más mi espada y lanzarme con más rabia hacia mi contrincante, un siennés que no está dispuesto a dejarse vencer.

Me centro en la batalla porque ahora sobrevivir es todo lo que importa.



Kay

Sangre. Muerte. Allá donde miro, rojo y filos que desgarran, que gotean en el suelo. Gruñidos, heridas, cuerpos. Nadim atraviesa el estómago de un hombre con su sable. Harren clava su hacha en el costado de un soldado siennés. Siento náuseas y trato de concentrarme, pero es peor cuando respiro por la nariz y los olores llegan hasta mí: el salado del mar está de fondo, apenas perceptible por debajo de la pestilencia del óxido, del sudor, de los cuerpos que caen, tan... humanos.

Pienso que no puedo matar a nadie, pero una parte de mi cabeza me avisa de que me obligarán a hacerlo. De que no van a tener piedad conmigo y por eso no esperarán que yo la tenga.

Trato de cortar la mayoría de los cabos que unen ambos barcos, consciente de que quizás así tengamos una oportunidad. Acabo de deshacerme del tercero cuando una sombra se abalanza sobre mí, enorme, y yo alzo mi estoque sin pensar, un recuerdo de las rutinas de las clases de esgrima. Justo a tiempo de parar un golpe. Mis ojos se encuentran con unos negros que se entornan al reconocermé. No. No me reconocen. Sólo ven la superficie.

—¿Una mujer?

Parece sorprendido. Parece hasta agradado, lo que me asquea. Y más lo hace que mire hacia abajo, a la forma que se adivina bajo mi camisa. Por supuesto. Eso será lo único que muchos miren ahora.

Respiro hondo y alzo mi estoque. Si no va a atacar, yo lo haré. No tengo por qué matarlo, puedo dejarlo fuera de combate. Él detiene mi golpe. La estúpida

sonrisa sigue ahí.

—Este no es lugar para ti. Ríndete. Puede haber piedad para ti.

Prejuicios. Arrugo la nariz. Ni siquiera me está tomando en serio. Este no es lugar *para una mujer*, piensa. Y me lo dirán más veces. «Las mujeres no reinan». «Nunca estarás a la altura».

«Vivirás como mi heredero o no vivirás».

Cuando mi adversario alarga la mano para intentar cogerme del brazo, yo respondo blandiendo mi alma y cortando. Hiriendo y disfrutando al comprobar que sangra, como los demás. Como lo haría mi padre. Como lo hacemos todos. Él grita, se lleva una mano al hombro y cae con los ojos muy abiertos.

Alguien me golpea por detrás. Me retuercen el brazo en el que tengo la espada, pero me niego a soltarla. Un cuchillo en mi garganta.

—¿Tenéis vosotros al príncipe de Dahes, muchacha?

Sonrío. Los gritos continúan a mi alrededor. La sangre. La muerte. Filos que desgarran, que gotean en el suelo. El mío lo hace.

—En el pasado —concedo con voz dulce. Intento girarme. El nuevo soldado me deja—. Pero ahora ya no viaja con nosotros. El príncipe de Dahes está muerto.

Su rostro se convierte en una máscara de sorpresa y yo aprovecho para propinarle un puñetazo. Cuando me suelta, desprevenido, mi estoque va a su costado, pues sé que lo hará caer.

No me quedo a ver cómo se desangra. Con la cabeza dándome vueltas y las manos temblando, me giro para seguir cortando los cabos.

Quizá por eso veo la sombra de un nuevo barco primero.

Se dirige hacia nosotros.



Jared

La lucha no se detiene, pero todos nos damos cuenta de que otro barco se acerca. Lleva las velas llenas por el viento a favor; es imposible decir a qué bando viene ayudar. Desde luego, sería un milagro que alguien quisiera ayudarnos a nosotros. Vendrán a rematarnos, y entonces sí que no tendremos oportunidades. Estaremos rodeados por dos naves. Nuestra mayor posibilidad ahora mismo sería tirarnos al mar y que las sirenas nos atrapasen. Si fueran benevolentes, hasta nos llevarían a una orilla cercana en vez de ahogarnos sin piedad.

El primer cañonazo, sin embargo, nos sorprende a todos. Porque no va contra el *Justicia*. Incluso cuando no hace blanco, incluso cuando sólo levanta agua, es obvio cuál es su objetivo: el barco de Sienna. Miro hacia lo lejos, entrecerrando los párpados. ¿Qué cojones...? No somos una tripulación con muchos aliados. Con ninguno, en realidad. Siempre hemos hecho y deshecho a nuestro antojo sin juntarnos con el resto de piratas. Entonces, ¿quiénes...?

Ante mí, el soldado contra el que luchaba parece tan confundido como yo. Aprovecho su despiste para desarmarlo y quedarme con su arma. Le pongo la punta de mi espada en el pecho mientras él coge aire.

—Yo que tú avisaría a tu capitán de que puede que lo vayáis a tener más complicado de lo que se ha pensado.

No voy a ser el gilipollas que desaproveche la oportunidad, aun si no entiendo qué está pasando.

Hasta que lo entiendo, claro. Un nuevo destello, como el de hace un rato, llama mi atención. Esta vez distingo con más claridad la figura que se recorta

contra el cielo. Son dos. Una de ellas de pronto se deja caer. Lo hace justo a tiempo de parar un golpe de un soldado y cortarlo sin contemplaciones con un sable, muy cerca de mí. La sangre le salpica la cara y se la limpia con calma. La feérica que se posa justo tras ella lanza un puñetazo que le descuadra la mandíbula a uno de los soldados que advierte de la presencia de nuevos enemigos.

O, mejor dicho, enemigas.

Zahara me mira. Creo que sonrío con burla, que esa es su manera de saludarme. Nadim dijo que estaba cambiada y sí, le doy la razón. Joder que si se la doy.

—¿Dónde está mi hermano?



Nadim

Lucho en el *Justicia* como parte de la defensa. Ni siquiera me dieron tiempo a abordar, pero al menos aquí puedo tener un ojo sobre Kay. O quizás eso sea mucho decir, porque nuestros enemigos no nos dan cuartel y pronto la pierdo de vista. Por fortuna, he visto que se las arreglaba bien sola. Me digo que, si la cosa se pone fea, ella es la que tiene que salvarse. Tiene que llegar a Dione para solucionar esta situación, aunque sea remando sola en un bote.

El nuevo barco que se acerca parece una oportunidad. Creo que algunas voces gritan que es el *Libertad* y eso hace que pierda la concentración. ¿El *Libertad* aquí? ¿Han... venido a ayudarnos?

No tengo tiempo de pensarlo. Me tienen rodeado, supongo que porque consideran que soy peligroso. Me humedezco los labios y observo a los tres tipos que quieren aprovechar cualquier mínimo instante de relajación para saltar sobre mí. Dos se echan a por mí al mismo tiempo y yo me muevo para evitarlos. Una patada a uno, mi filo choca con el del otro. Jadeo y me arrodillo cuando vuelven a abalanzarse sobre mí. Uno tropieza con mi cuerpo y yo no pierdo el tiempo: desenfundo un puñal y se lo clavo en el cuello. Alzo el sable a tiempo de parar el ataque de su compañero y, en un movimiento rápido, lo empujo con la suficiente fuerza para desarmarlo.

Aunque no puedo prever al hombre que está a mi espalda. La piel me arde cuando me la rasgan, junto con la camisa, pero no soy yo el que grita de dolor. Cuando miro por encima de mi hombro, a mi atacante le sobresale un sable del estómago. Cuando el arma se aparta y el cuerpo cae, hay otra figura que se

descubre tras él.

Abro mucho los ojos.

—¿Sabes, hermano? Dado el peligro que corre tu vida siempre que nos encontramos, la verdad es que podría decirse que te morías por verme.

—¿Zahara...?

No hay respuesta. De uno de sus cintos saca un estilete que pasa demasiado cerca de mí. Oigo el gemido a mis espaldas cuando se clava en la garganta de un soldado que intentaba aprovechar el momento de confusión.

—Quizá no sea el mejor momento para hablar. Pero mantente vivo para que después podamos hacerlo.

Tengo que tragar saliva con dificultad. Como ella es, ha llegado en medio del caos, con su tormenta, y hay truenos y rayos en su mirada. Intento respirar. Intento no pensar en que está justo a mi lado, por fin, y dispuesta a luchar a mi lado, no contra mí.

Sólo puedo asentir. El dolor de las heridas ni siquiera importa.

Juntos, como hace mucho que no estábamos, nos lanzamos sobre nuestros enemigos.



Jared

El *Libertad* nos da alcance. El barco de Sienna tiene entonces más bien pocas posibilidades, porque termina entre el *Justicia* y el que fue el barco de mi madre. Si ahora todos volviésemos a nuestros lugares, sería muy sencillo disparar cañones y hundirlos. Sin embargo, las tripulaciones están demasiado confundidas y podríamos hacernos más daño de esa forma que librándonos de ellos de la manera tradicional. He encontrado al capitán, y me giro hacia él mientras oigo los gritos de las mujeres que han venido a ayudarnos y que saltan sobre sus hombres.

—Estáis perdidos —le advierto—. Mostrad algo de inteligencia y rendíos.

El capitán es uno de esos hombres que lo darían todo por la nación. Uno de esos que no soporta Rick, porque sólo reciben órdenes de personas que nunca están en peligro. De personas a las que no les importa quiénes batallan por ellos. Su espada no tiembla en su mano y sus dientes se aprietan. Me mira como se miraría a una cucaracha o a cualquier otro bicho indeseable antes de aplastarlo de un pisotón. Sólo que yo soy un insecto más problemático y no me dejo matar así de fácil.

—Estamos muertos igual —razona, y en eso tengo que darle la razón: como mucho podemos dejarles abandonados en cualquier isla desierta, pero devolverlos al mar sin más no es una opción si no queremos refuerzos persiguiéndonos en menos que canta una sirena—. Al menos moriremos llevándonos por delante a todos los vuestros que podamos.

—¿Eso es lo que valen para ti las vidas de tus hombres? Qué honorable,

caballero.

—¿Habla de honor un pirata? ¿Acaso nos dejaríais huir?

—¿Acaso nos dejaréis huir vosotros si lo hacemos?

—Nunca —gruñe él.

—Eso suponía. Entonces, tendremos que hundiros.

Nos lanzamos el uno contra el otro con renovadas energías. Ni de coña voy a dejar que este títere me gane. Una vez que acabe con él, es posible que el resto de la tripulación se muestre más colaborativa. Hay personas dispuestas a hacer cualquier cosa con tal de conservar la vida. Incluso mantener sus bocazas cerradas. Ante la muerte de un capitán, lo lógico es que la tripulación se desestabilice y surja el caos.

Y si no, bueno, seguimos teniendo el barco rodeado. Prenderle fuego será un juego de niños.

No soy yo, sin embargo, quien acaba con él. Es otra sombra, que cae desde atrás. Lleva una muñequera del Taller, de las que tienen filos retráctiles, y lo pasa por la garganta del capitán como si fuera lo más sencillo del mundo. Apenas me da tiempo de verlo.

El hombre cae al suelo y yo observo a la mujer ante mí entre el fastidio y la incredulidad.

—Sólo para que conste, estaba perfectamente controlado.

Diandra arquea una ceja mientras la hoja vuelve a esconderse en la muñequera.

—Estabas tardando una eternidad, muchacho. Y cuanto más tiempo pasemos parados, más posibilidades hay de que vengan refuerzos.

Resoplo. A mí que no me ponga esa voz. Ya no soy un crío. Creo que para demostrárselo levanto mi espada y la lanzo hacia la cabeza del capitán varias veces. Diandra da un paso atrás para que la sangre no le salpique.

—¿Por qué habéis acudido en nuestra ayuda?

—Zahara estaba preocupada. Cree que es imposible que el Jared que él conoció o su hermano hayan secuestrado al príncipe de Dahes. Y yo creo que ni

siquiera tú serías tan temerario (o tan estúpido) para despertar así la ira de los reyes de Marabilia. Tu madre no te crió para que fueras un imbécil.

—Ni siquiera existe un *príncipe* de Dahes. La ira de los reyes de Marabilia va a despertar desde dentro, no por piratas.

Diandra entrecierra los ojos, sin comprender. Claro, ni se lo imagina. Pero seguro que le gusta la historia. ¿El príncipe, una princesa? Hará hasta campaña para adoptarla. Puedo imaginarme a su tripulación de mujeres robándonos a Kay como algún tipo de icono y convirtiéndose en su guardia personal o yo qué sé.

—Suen a que va a ser una historia fascinante, pero acabemos primero con esto. —Señala el cuerpo del capitán—. Preferiría no seguir exponiendo a mi tripulación.

Ya está hecho. Si la tripulación es sensata y aprecia su vida, verá que se acabó. Agarro la cabeza por los pelos y siento a Diandra siguiéndome cuando me encamino hacia el castillo de popa, subiendo las escaleras. Allí todavía tenemos que parar a un par de imbéciles más que están tan ciegos por el enfado, o por la supervivencia, que ni siquiera se fijan en lo que llevo en la mano. Uno sí lo ve y se detiene a medio golpe, pálido, así que le perdono la vida: sólo necesito una patada para hacerlo caer al suelo.

Me asomo a la cubierta. Ahí abajo la gente sigue luchando como si nada importase. Y supongo que, cuando es tu vida la que está en juego, realmente nada más importa.

Alzo mi macabro obsequio y grito con más fuerzas que nunca:

—¡El capitán de este barco ha caído! ¡No seáis gilipollas y rendíos!

Algunos no hacen caso, no sé si porque el caos les impide oírme o porque les da igual. Unos pocos se miran. Veo a Rick alzar la vista y detenerse, por ejemplo. Gavin hace otro tanto, alzándose con sus alas allá donde nadie puede atraparlo. De los propios soldados sienneses hay quienes sueltan las armas de inmediato y alzan las manos, agotados de luchar y sabiendo que ya no hay posibilidades de nada más. Supongo que tendremos que pensar qué hacer ahora con ellos. De hecho, con la mente más clara y no concentrada en la lucha,

advierto que nos están dando una oportunidad de oro para llegar hasta Sienna: sólo tenemos que hacer que esta tripulación nos lleve. O, por lo menos, que lleve a Kay y a alguien que la acompañe. Asunto arreglado. De ahí a Dione tendrá vía libre.

Es tan fácil que casi siento ganas de echarme a reír. ¿Cómo no lo he visto antes?

Diandra, tras de mí, lanza una exclamación.

—¿Qué hace ese?!

La miro, distraído, y después vuelvo la vista a cubierta. Un soldado ha empujado a Tayeb y sale corriendo. Creo que se tirará por la borda en un absoluto arrebatado de locura, pero en realidad...

Palidezco. No se le ocurrirá.

—¡No vamos a dejar que hagáis lo que os salga de los cojones, deshechos!
¡Hoy estáis muertos, aunque tengamos que hundiros con nosotros!

—¡CUIDADO!

Mi grito no evita el desastre cuando ese loco lanza uno de los pequeños explosivos del Taller hacia un barril de pólvora preparado al lado de los cañones.

Y todo estalla.

Antes de que llegue el dolor, sólo me da tiempo de empujar a Diandra. A apartarla, como ella quiso apartar a mi madre y no lo consiguió. A salvarla, a alejarla, a hacer todo lo que debió hacer con Angelique. Todo lo que ella intentó, por ella, por mí, por todos.

Algún grano de arena se queda a medio camino de caer cuando todo se vuelve negro y caótico y rojo y extraño y me hace toser y huele a pólvora y sabe a sangre y duele y me atraviesa y me confunde y no puedo respirar y...

Abro los ojos, o lo intento. El humo a mi alrededor es espeso, pero sólo hay dos cosas que necesito ver ahora: la figura de Diandra, un poco más allá de mí, incorporándose y tosiendo...

Y el trozo de madera, demasiado afilado, que se ha hundido en mi pecho, alza una mano temblorosa, sin fuerzas, y toso de nuevo. La boca me vuelve a saber a

sangre. Vaya. Ya veo. Qué ironía, Jared, capullo. Si alguien te hubiera dicho algún día que ibas a morir, nunca habrías dicho que habría sido salvando a la mujer a la que durante años juraste venganza. Siento ganas de reírme, y el principio de una risa nace, pero eso sólo sirve para que tosa con más fuerza. La boca se me colma de sangre entonces y llegan las ganas de vomitar mientras las fuerzas se me van.

Supongo que mi tiempo se está acabando. Este es el último reloj que desgasto.

Ni siquiera rechazo la idea, porque tanto tiempo luchando me ha enseñado qué batallas puedo ganar. Sólo espero que mi arena sea la única que se acabe. Sólo pido que el estallido no haya cogido a nadie más. Desde luego, no puede haber cogido a Nadim, ahora que ha reencontrado a Zahara. Tampoco a ella, que ha venido aquí sólo por creer en dos idiotas. Tampoco puede ser este el final del tiempo de Rick y Collen: ¿cómo vivirían esos dos imbéciles el uno sin el otro? Tayeb y Sabir todavía tienen muchas apuestas que hacer. Gavin y Owain todavía tienen que recibir noticias de que ya hay paz en su continente y quizá volver a él. Harren debería llegar a alguna corte para hacer grandes banquetes y decirle a todo el mundo que, ahí donde le ven, antes fue pirata. Kay sería estúpida si no le metiera de cocinero en su reinado... Kay tiene que reinar. Es una criatura insufrible y resabida, pero ha sido la única persona que ha sabido ver más allá de nosotros.

Enana, te deseo un gran futuro.

Supongo que este no es un mal final para mí. Ya he visto mucho, después de todo. Lo he visto casi todo. No conozco otra vida que la piratería y, si con esta guerra absurda la piratería está condenada..., bien, este puede ser un final digno de una vida de aventuras y anarquía.

Quizá vaya a un lugar donde hay mil mares más que explorar.

—¡Jared!

La voz de Diandra me llega distorsionada. No abro los ojos ni siquiera cuando siento sus palmas en mi cuerpo. Sólo gimo cuando sus manos van a la

madera que me atraviesa, pero decide no hacer nada y sus dedos terminan en mi cara. Creo que me alza. Creo que me rodea.

—No, no, Jared. Te ayudaremos. No te duermas, muchacho.

Al menos todavía me queda voz. Tengo unas últimas palabras que decirle.

—Lo vi... —Hablar es más complicado de lo que suponía. Vuelvo a toser, los labios se me empapan. Trato de abrir los ojos con esfuerzo. Dos Diandras, luego ninguna, luego el mundo girando, oscuridad en los bordes—. Vi cómo... intentaste salvarla. Gracias...

Creo que me abraza. Recuerdo que a veces lo hacía en el refugio. Mi madre y ella reían y me hacían cosquillas, y luego Diandra decía que me robaría de mi madre como si fuera una malvada de cuento. Mi madre suplicaba que no le quitasen el tesoro máspreciado que tenía y, cuando Diandra me cogía en brazos y salía corriendo, ella la perseguía.

Al final, mi madre siempre le daba alcance y Diandra me devolvía a su abrazo. Me parece oír la risa de mi madre. Hoy Diandra también me devolverá a sus brazos.

Creo que llora.

—Habría dado cualquier cosa por salvarla. Y... ojalá te hubiera podido salvar a ti también. Ojalá las cosas no hubieran acabado así para nadie. Debí haberte protegido. Debí *haberos* protegido...

Su llanto es claro contra mi cuello, sus brazos a mi alrededor. Está bien, Diandra. Está bien. Siento todo el tiempo que te odié. Siento no haberte agradecido lo suficiente toda la felicidad que le diste a mi madre. Todo lo que luchaste por ella, cuando ella estaba atrapada en una jaula de la que no sabía cómo huir.

—Hiciste todo lo que pudiste... Hiciste más que yo...

—No digas eso. Le diste más cariño y más alegría que nadie. Ella te quería muchísimo —solloza. No sé si las lágrimas son tuyas o mías. A estas alturas, ¿qué importa?—. Eras lo máspreciado que tuvo. Siempre lo fuiste.

Un beso me roza la frente. También recuerdo que lo hacían. Cada noche,

antes de irme a dormir, un beso de cada una allí, para plantar buenos sueños. ¿Por qué no te quedaste con todo esto, Jared, idiota? ¿Por qué te dejaste consumir por el odio...?

—Y yo la quería. La quería muchísimo... y no lo vi. No lo vi...

Ni siquiera era consciente de que he vuelto a cerrar los ojos, pero esta vez estoy seguro de que lloro y las lágrimas se escurren por mi rostro porque un sollozo casi hace que vuelva a atragantarme con mi sangre. Otro tosido que me desgarrar por dentro.

El abrazo de Diandra se vuelve más fuerte. No se irá hasta que yo me vaya.

—No podías haberlo sabido. Nadie lo hizo. Nadie imaginó que llegaría nunca tan lejos..., no hasta que fue demasiado tarde.

Sé que se culpa. Sé que nunca dejará de hacerlo. Que lleva años haciéndolo y que durante todo el tiempo que le quede seguirá pensando en cuánto tendría que haber hecho para que las cosas no terminasen como lo hicieron. En algún momento podría haberse evitado y ella estará toda su vida preguntándose cuándo fue ese momento y cómo lo dejó escapar.

Pero está bien. Yo la perdono. Sé que mi madre la perdona...

El mundo cada vez parece más inconsistente a mi alrededor. Espera, tiempo. No te desgranés todavía. Una última cosa...

—Llévate a mi tripulación de aquí, Diandra... Protégelos y diles..., diles que ha sido un honor navegar con ellos.

Ella me abraza todavía más. Gime con dolor, pero me promete que lo hará, o quizá sólo quiera creer que lo hace. Se me va la cabeza.

—Sobre todo..., dile a Nadim... ¿Me oyes, Diandra? ¿Sigues ahí? Dile..., dile a Nadim que ha sido el mejor hermano que podía querer y que superará esto. Lo hará. Lo hará...

Nadim, amigo, yo me voy, pero tú no dejes que mi pérdida te hunda en esos mares en los que a veces te pierdes. Puedes con más cosas de las que crees. Eres más fuerte de lo que piensas. Vas a seguir adelante, hermano. Y yo lo veré, desde tus preciadas estrellas, y estaré orgulloso de ti. Por favor, sigue viviendo, Nadim.

Sigue viviendo.

Las caricias en mi pelo se vuelven casi inmateriales. Creo que ya no son de Diandra.

No, claro que no.

Te he echado de menos, madre.



Nadim

La explosión se hace notar también en el *Justicia*. Zahara y yo nos tambaleamos y nos encogemos bajo una lluvia de astillas y polvo. El aire pronto huele a quemado y el humo tarda en disiparse. El caos despierta y gobierna sobre los navíos. Vemos a sienneses echarse a la mar, otros vuelven a su barco no sé si en actitud suicida o en un intento de salvar su embarcación. Veo cadáveres y, cuando mi hermana y yo nos miramos, creo que lo único que pedimos los dos es que nuestras respectivas tripulaciones no hayan resultado demasiado heridas en el ataque. La ansiedad, por un segundo, me ahoga. El miedo convierte mis músculos en piedra.

Tengo que esforzarme por reaccionar. No puedo dejar que esto me paralice. No elegí vivir para quedarme quieto ante cualquier posibilidad de pérdida. Todos están bien. Todos van a estar bien.

Lo importante ahora es encontrar a los que faltan y marcharnos de aquí. El fuego avanza en el barco de Sienna, implacable. Tenemos que alejarnos antes de que se extienda a nuestras naves o antes de que llegue a los mástiles y estos caigan sobre el *Libertad* o el *Justicia*.

—Vuelve a tu barco —le digo a Zahara, cogiéndola del brazo—. El *Libertad* tiene que partir.

Ella asiente con el rostro serio.

—Seguidnos cuando zarpeamos. Diandra estará de acuerdo. Tenemos un refugio: no podréis quedaros allí, pero sí disponer de lo que queráis para curar a vuestros heridos. Allí podremos hablar.

¿Un refugio? ¿Es allí donde se meten cuando el *Libertad* no parece estar en ningún lado? Quiero hacerle un montón de preguntas, pero no es el momento, así que me limito a asentir. Zahara se despide de mí deseándome suerte antes de saltar hacia el barco de Sienna por una parte que debe de considerar más o menos segura y pasar desde allí al *Libertad*. No sé nada de los míos, pero nunca había estado tan seguro de que al menos ella sí estará bien. Si era una tormenta cuando era sólo una joven con placer por la rebeldía, ahora también lo es como guerrera.

Me apresuro a envainar mi arma y buscar a Jared y los demás. Miro los cuerpos en el suelo de la cubierta casi con miedo, pero todos, muertos o moribundos, son rostros desconocidos con uniformes de soldado. Tengo que contener un suspiro de alivio cuando veo a Kay y Collen juntos. Collen parece alterado y sacude los brazos a una confusa Kay. Hay sangre en las ropas de ambos y no puedo confiar en que sea sólo de enemigos.

—¿Dónde están los demás? —les pregunto, mirando alrededor. El humo empieza a dispersarse.

Collen me observa con los dientes apretados. Creo que está a punto de echarse a llorar. Hace mucho que no le veo perder la calma de esa manera.

—Rick, Tayeb y el capitán estaban en el barco de Sienna. Gavin ha ido a buscarlos. No los vemos.

Kay coge aire. Sabir también está con ellos, aunque hasta ahora no lo había visto porque está sentado con la espalda contra la baranda, con una fea herida en el costado que intenta mantener a raya apretando una tela contra ella. Ni entonces abandona su sonrisa.

—Apuesto lo que queráis a que sólo están aprovechando para saquear las reservas de alcohol.

Todos alzamos la mirada cuando un nuevo estallido suena desde el otro barco, más pequeño que el anterior, pero que hace que nos encojamos. Collen se agarra a Kay casi con desesperación.

Entonces unas figuras se adivinan en el cielo. Son tres. Dos vuelan y cargan

con una tercera con dificultad. Collen deja escapar un sollozo al darse cuenta de que el cuerpo grande que llevan sólo puede ser el de Rick. Gavin es ayudado por una feérica que se marcha volando de inmediato en cuanto dejan el cuerpo en la cubierta, sin dedicarnos ni un vistazo más.

Collen se echa encima de nuestro amigo ante la parálisis de todos los demás. Tiene los ojos cerrados y está manchado de ceniza. Su pierna izquierda se ha llevado la peor parte, con una quemadura que hace que se me revuelva el estómago. Doy un paso atrás, sin atreverme a confirmar si respira. Quiero pensar que esa fea herida es lo peor que le ha pasado y, de todos modos, no soy quien más sufre ahora. Collen enmarca su rostro y dice su nombre cien veces, como si fuera la única palabra que recuerda. Sus manos temblorosas tocan su cuello.

Miro alrededor. Owain, ¿dónde está Owain? Le necesitamos aquí.

Rick tose, y todos respiramos un poco con ese intento de aliento tan errático. Aprieta los párpados y menea la cabeza, pero nada más. Eso, sin embargo, es suficiente para que Collen se eche a llorar, abrazándolo.

—Todo va bien, todo va bien —le repite Collen una y otra vez—. Vamos a curarte, todo va bien.

No tengo claro si se lo dice a Rick o a sí mismo.

El resto de la tripulación está bloqueada. Todavía falta gente por llegar. Tenemos que reaccionar. *Tengo* que reaccionar. En ausencia de Jared, se supone que debo ser yo quien dé las órdenes.

Intento no pensar en que, precisamente, Jared no está. Eso no va a ayudarme. Él está bien. Le he visto salir de todo tipo de problemas. Esta será una historia más de la que primero se quejará, insultando a los de Sienna con todas las palabras que se le ocurran o tenga a bien inventarse, y después presumirá porque salimos todos ilesos y victoriosos.

Tomo aire y observo a Collen.

—Llévate a Rick al camarote. Vigila esa herida: no tiene buena pinta. En cuanto Owain aparezca...

—Estoy aquí.

Nos giramos. Owain llega, ayudado por Harren, pero al menos ambos caminan por su propio pie. Es una nueva razón de alivio. Siento la tensión deshaciéndose un poco a nuestro alrededor.

—Ve con Collen. Ayuda a Rick. —Me giro hacia Gavin—. Busca a los demás en el otro barco y tráelos de inmediato: sólo faltan Jared y Tayeb. El resto: levad el ancla y preparad las velas. En cuanto estemos todos, nos largamos, no tenemos tiempo que perder.

Apenas he terminado de hablar, sin embargo, cuando alguien cae desde un cabo, rodando, en la cubierta.

Sabir reacciona de inmediato y, pese a sus heridas, se levanta para ir a ayudar a Tayeb, que tose con fuerza. Tiene una herida que le cruza la cara y le ha empapado de sangre, pero aparte de eso, las manchas de pólvora y una herida en el brazo, parece bastante entero.

—Juro que odio a los fanáticos —son sus primeras palabras.

—¿Fanáticos? —Creo que Kay apenas comprende lo que sucede. Así suena su voz, al menos: como alejada de sí misma.

—Un gilipollas hizo estallar un barril de pólvora. Creo que pretendía crear una reacción en cadena, y lo habría conseguido el muy hijo de puta: de haber habido más barriles cerca, ahora estaríamos todos muertos.

Vuelve a toser. Tenemos que agradecer, entonces, que sólo fuera un loco actuando sin pensar y no alguien con un plan certero y nada que perder.

—¿Viste al capitán? ¿Estaba cerca del estallido?

Es Owain quien lo pregunta. Yo sacudo la cabeza. No, claro que no. Aun así, no puedo evitar el alivio cuando Tayeb frunce el ceño y niega, algo confundido.

—Estaba en el castillo de popa. Él y la capitana del *Libertad* anunciaron la muerte del capitán de Sienna. Y entonces fue cuando estalló el caos.

Ni siquiera era consciente de hasta qué punto estaba conteniendo el aire hasta que suspiro con alivio. Pues claro. Jared estará arreglando sus asuntos con la capitana del *Libertad* y nada más. Por eso tarda. Es comprensible después de todo lo que descubrió. Puede que incluso esté a salvo en el *Libertad* ya y espere

que yo actúe como segundo de a bordo y dé órdenes de alejarnos de aquí. Intento mirar más allá del humo. Se adivina movimiento en el *Libertad*. Seguro que ya están preparándose para marchar también a toda velocidad. Lo que deberíamos hacer todos.

Abro la boca, pero entonces una silueta en medio del humo me silencia. Estoy dispuesto a sonreír, a creer de verdad que ya está todo bien.

Pero cuando la figura cae con gracilidad en cubierta, no es la suya, sino la de una mujer. Todos nos quedamos quietos, mirándola. Hasta Collen, Harren y Owain, que ya están levantando a Rick como pueden, se detienen por un segundo. Algunos la observan con recelo; otros, con incredulidad o desconocimiento. La mayoría nunca nos habíamos cruzado con ella, al fin y al cabo. Sin embargo, todos sabemos identificarla. Hemos escuchado demasiadas veces su nombre, la hemos perseguido, la hemos imaginado.

Pero creo que ninguno de nosotros la mira a ella. Por lo menos, yo no lo hago. Cuando observo a Diandra, no veo a una mujer ni a una pirata ni a una antigua enemiga ni la última historia que Jared me contó. Sólo veo las posibilidades de las historias tras la mirada que nos lanza y que baja al suelo.

El corazón se detiene y se pierde en alguna parte de mi cuerpo.

No.

Abro la boca, dando un paso adelante, pero entonces otra figura se acerca. La misma feérica que ha ayudado a Gavin a devolvernos a Rick trae otro cuerpo en brazos, hundiéndose un poco bajo su peso.

No.

La feérica se posa en el suelo de la cubierta, entre todos.

Jared está empapado en sangre. Y pálido. Está muy pálido.

No.

Doy un paso hacia delante, aunque algunos retroceden. Creo que oigo a Kay reaccionar con un sollozo. No, que no llore. Ya estamos todos. Todo va bien. No pasa nada, Jared está malherido, nada más. Ha sido una batalla dura. Lo llevaremos a su camarote, descansará, Owain lo curará y pronto estará

protestando como si en vez de ir a cumplir treinta años tuviera tres. Arrugará la nariz ante sus pociones y será el peor enfermo de este barco, pero ya nos burlaremos de él por ello.

Tranquilidad. Todo va bien.

—¿Está...?

Es la voz de Tayeb la que pregunta; un hilo apenas, un temblor. No, claro que no. No necesita preguntarlo. Es nuestro capitán. Es nuestro amigo. Es *mi hermano*. No «está...». ¿Qué idea absurda es esa?

No entiendo por qué todos ponen esas caras. No entiendo por qué la feérica me observa casi con lástima, con disculpa, antes de compartir una mirada con su capitana y volver a desaparecer con un batir de alas.

—Lo siento, muchachos.

Miro a Diandra. Aunque es obvio que se dirige a nosotros, sus ojos se fijan sólo en Jared. Yo alzo las cejas. Veo a los demás bajar la vista. Veo a Collen tambalearse y esconderse contra el cuerpo de un Rick que no se entera de nada. Sabir ha perdido la voz y la sonrisa y apoya su frente en el hombro de un Tayeb con la expresión desencajada. Harren coge aire. Gavin se deja caer sentado en el suelo, como si una fuerza invisible lo echara hacia abajo. Kay se tapa la boca con las manos y aprieta los párpados.

Yo sonrío, aunque sin ganas. Más con agotamiento y un poco de malestar.

—No tiene gracia.

Me acerco un paso más a Jared, me acuclillo frente a él.

—Esta es una de esas ocasiones en las que bromeas con lo peor que podría haber pasado para que valoremos nuestra suerte, pero es de muy mal gusto, incluso para ti. —Le golpeo el hombro—. Ya vale.

Él no responde y yo resoplo. Venga ya. Tenemos cosas más importantes de las que ocuparnos ahora. Lanzo un vistazo al otro barco, donde parece que están controlando el incendio. El *Libertad* ya hincha sus velas. Tenemos que seguirlos.

—Nadim...

La mano de Kay tiembla cuando se posa en mi hombro y yo casi siento ganas

de burlarme de ella. Claro, ella no conoce tanto a Jared. No sabe cómo es. Me sorprende más que el resto se crea todo esto.

—Jared se ha... ido.

Es Diandra quien lo dice. Cuando la miro, tiene los ojos rojos y se pasa la mano por la cara para no derramar lágrimas. Ya. Muy conseguido todo.

—Claro que no —rechazo, y pongo los ojos en blanco—. Intenta darme una lección. —Miro a mi amigo y vuelvo a empujarlo—. Pero está bien, Jared. Puedes parar. No voy a dejar que me maten ya. Elegí vivir, ¿recuerdas? No tienes que asustarme ni demostrarme el miedo a la pérdida de un hermano ni nada semejante. Estás preocupando a todos con tu chiquillada. Venga. —Alzo la mirada hacia Owain—. Vamos, cúrale las heridas y sigamos.

—Nadim. —Las manos de Kay cogen mi cara, me obligan a mirarla. Frunzo el ceño ante su mirada triste, ante las lágrimas que le caen por la cara—. Jared no está fingiendo. No es una broma.

La observo. Tiene la misma expresión que tras la luna llena en la que descubrí su hechizo, tan rota. La sonrisa me mengua en los labios, pero quiero creer que sólo porque no soporto verla así. Lo que dice no tiene ningún sentido para mí.

Me giro hacia Jared. No se mueve. ¿Por qué no se mueve? ¿Por qué no te mueves? Está llevándolo demasiado lejos. Estás llevándolo demasiado lejos. Basta ya. Me estás poniendo nervioso, Jared. No tiene gracia. No tiene nada de gracia.

Cuando lo empujo esta vez, ya no es un empujón como los que solíamos darnos, sino algo un poco más desesperado. Venga, lo ha conseguido. Me está asustando. Ya está, ¿no? Era el objetivo. Ahora, que abra los ojos y se ría en mi cara. Abre los ojos. *Abre los ojos.*

—¿Jared? —Mis brazos alrededor de sus hombros. Los aprieto. Lo zarandeo—. Jared, mírame. Demuéstrales a todos que se equivocan. Jared. Eh. Hermano. —Río, pero no con la seguridad que quiero. ¿Por qué? Si no me lo creo, ¿verdad? Tengo que reírme de verdad, no sólo este hilo ahogado, este gemido tan ridículo. Aunque quizás así reaccione antes, al verme dudar—. No puedes

hacernos esto, ¿no? No puedes *hacerme* esto. ¿No me dijiste tú que pensara en los que quedábamos atrás? No seas estúpido. Despierta. Ahora. —Nada. Me giro hacia Owain, con más rapidez que antes, con el corazón en un puño—. ¿A qué esperas? ¡Ayúdalo! Tienes que curarlo.

Owain no me mira. Sólo observa el suelo, a sus pies. ¿Por qué no me mira? ¿Por qué no hace nada? Claro, porque yo no doy las órdenes. Las da el capitán. Está esperando a que las dé él. Eso es.

—No puedo hacer nada —susurra—. La última chispa se ha apagado.

No, claro que no. *Claro que no*. Yo sé la verdad. Los demás no tienen ni idea. No le conocen tanto como yo. Quizá Rick sí, pero, como él está inconsciente, no puede reírse conmigo.

Siento que me ahogo.

—Lo siento. —Diandra vuelve a hablar. Yo la miro porque su voz está rota, porque es un gemido. No es el único sollozo. A mi alrededor hay gente que ha empezado a llorar. No lloréis, estúpidos. Qué hacéis. No—. No pude hacer nada. Con el estallido saltaron trozos de madera. Me apartó. Todo fue... muy rápido. Muy confuso. Quería buscar a un hechicero, a alguien que lo ayudase, pero estábamos solos y...

Su voz se pierde. Mejor. Que se calle. No quiero oírla. No puede ser verdad.

No puede ser verdad.

Nopuedeserverdad.

Nopuedeserverdadnopuedeserverdadnopuedeserverdadnopuedeserverdad.

Y cuando te vuelvo a mirar, sé que lo es. Es una seguridad que se clava en mí con una fuerza mucho mayor a la espada que me atravesó cuando salvé a mi hermana. El sentimiento también es más doloroso. En aquel momento sólo fue caer. Hubo oscuridad, pero también alivio. Ahora vuelve a haber oscuridad, pero también ansiedad, terror, vacío, ganas de gritar, de llorar, de irme contigo, de abrazarte, de desgañitarme, de negarme, de apretarte, de...

Nopuedeserverdad.

Pero lo es, lo es, lo es, lo es.

No vas a volver a abrir los ojos, ¿verdad? Realmente me estás haciendo esto. Realmente después de toda una vida diciéndome que importaba, eres tú el que se marcha primero. ¿Qué cojones, Jared? ¿Cómo eres tan cruel? ¿Cómo te atreves?

Cuando miro tu rostro, espero a que tus ojos se abran. Pero no lo hacen.

Nunca más lo van a hacer.

Te abrazo. Te abrazo con más fuerza que nunca. Siempre eras tú el que se echaba sobre mí, el que me palmeaba la espalda, el que estaba cerca. No estuve a la altura, ¿verdad? ¿No te había jurado estar siempre a tu lado? ¿No luchábamos siempre espalda contra espalda? ¿Qué estaba haciendo? ¿Cómo no estuve ahí? Lo siento, lo siento, lo siento, lo siento. Tenía que haber estado allí. Seguro que podía haberte salvado. Podría haber hecho cualquier cosa. Podría haber recibido yo el golpe. Lo habría hecho gustoso. Recibí una herida mortal por una hermana. Habría hecho lo mismo por mi hermano.

No puedo haberla recuperado a ella para perderte a ti. No me digas eso, Jared. Por favor, no me digas eso.

—Dijo... —Diandra sigue hablando, aunque yo no quiero escucharla. Que me deje. Que nos deje. Escondo la cara en tu pecho. Grito contra tu camisa, que huele a sangre y a vida perdida. Eso la silencia, pero sólo un poco—. Dijo que había sido un honor navegar con todos vosotros. Y de ti, Nadim..., dijo que fuiste el mejor hermano que podría haber querido. Podrás con esto. Él dijo..., él dijo que podrás.

Mentiste. Mentiste, porque, si hubiera sido el mejor hermano, habría estado a tu lado. Para salvarte o para sostenerte la mano. No estuve ahí. No estuve cuando más me necesitabas, igual que no estuve para Zahara en su día. Mentiste. *Mentiste*. No puedo con esto. No sé cómo seguir con esto. No sé cómo seguir sin ti. No puedes obligarme a eso. No puedes pedirme que siga adelante.

Me dijiste que pensase en los que quedábamos aquí. Yo no quiero quedarme aquí si tú no estás. No quiero. No puedo. No sé.

No lo haré, porque cuando grito por perderte, cuando me echo a llorar y me parto en mil pedazos, una parte de mí se va contigo.



Kay

Seguimos al *Libertad* porque no sabemos qué otra cosa hacer.

En cubierta, nos movemos como en un sueño, arropados por una neblina que es duelo y el sordo dolor que queda tras perder a alguien. Entumecimiento. El *Justicia* se convierte en poco más que un barco fantasma y su nombre parece más erróneo que nunca. No hay justicia en perder a un ser querido. No hay justicia en lo que está pasando en Marabilia. No hay justicia en matar, en herir. Ni siquiera sé si hay justicia en esta batalla que estamos luchando. ¿Merece la pena? Si yo no hubiera deseado ir a Dione, quizá Jared seguiría vivo. Tal vez el exilio no habría estado tan mal. Al menos habríamos estado todos juntos. Al menos todos seguiríamos enteros. Pero la lucha nos ha arrancado trozos de carne y sangre y la muerte de Jared se ha encargado de arrancarnos pedazos del corazón.

El día de hoy nos ha convertido en seres incompletos, en espectros heridos, cansados de arrastrar sus cadenas y de llevar el peso de la condena sobre sus hombros.

Durante el día, aceptamos las órdenes de Diandra, que nos ayuda a ponernos en marcha y nos guía sin indecisión cuando toma el mando del timón. Los demás, quienes todavía podemos movernos con facilidad, aceptamos sus instrucciones por inercia. Cuando llega el atardecer y nos hemos apartado lo suficiente del lugar del incidente, la capitana nos deja a solas con nuestro dolor para despedirnos de nuestro amigo. La tripulación del *Libertad*, nos dice, también ofrecerá sus respetos.

No sé cómo nos vamos a recuperar de esto. No sé cómo lo va a hacer Rick, que no sólo ha perdido a un amigo, sino también su pierna: Owain ha dicho que no puede hacer nada, que no puede salvarla. A él, en realidad, ni siquiera parece importarle eso. Hay otras cosas que le duelen más. No ha querido quedarse en la cama, en el camarote del capitán. Ha pedido que le ayuden a llegar a la bodega y ahí se ha encerrado, en la penumbra, con Collen a su lado. Nadie ha querido molestarle. Este es un momento íntimo. Nadie debería ver el dolor de los demás si no está invitado a ello.

Tayeb y Sabir también están mal. Ellos no se han encerrado en ningún sitio, pero beben en silencio en la proa del barco. De vez en cuando se oye a Tayeb gritar de rabia. De vez en cuando también se oye el sonido de sus puños al estrellarse contra la madera. Con la cara amoratada y una fea cicatriz que ahora le recorre medio rostro, da más miedo que nunca. Sabir, por su parte, se ha sumergido en un silencio sin precedentes en él. No lo he visto sonreír ni hablar desde que nos pusimos en marcha. Temo que nunca más vaya a volver a hacerlo.

Pero las heridas curan, ¿no es cierto? Siempre lo he oído. Siempre lo dicen. Hoy no sé si creerlo. Como las de la piel, cuando el corte es profundo, puede que el cuerpo sane, pero siempre quedará una marca. Al contrario que las heridas físicas, sin embargo, la cicatriz puede abrirse en el momento más inesperado. Y volverá a doler. Y volverá a sangrar.

Me detengo al lado del bote salvavidas. En él se ha puesto a Jared, acostado sobre una camilla que lo mantiene derecho. Harren, Gavin y Owain están a su alrededor. Lo han limpiado y Owain ha cerrado su herida. Parece apacible, demasiado para ser él. A la luz de las esferas de luz que hay en cubierta, también se me antoja demasiado pálido. Al verlo allí tumbado no puedo evitar que las lágrimas se agolpen en mis ojos una vez más. Me las seco antes de que caigan, con furia, con dedos demasiado temblorosos. Harren se da cuenta y se acerca a mí. Me pasa un brazo por los hombros, sin decir nada, y yo me escondo contra su pecho. En el refugio que me ofrece, sin que nadie pueda verme ni juzgarme, lloro sin vergüenza porque no creo que esté mal. No creo que sea un signo de

debilidad. Nadie aquí lo piensa. Hay quienes han llorado sin pudor. Hay quienes no pueden, porque no es eso lo que les pide su tristeza.

Tardo un poco en calmarme, pero, cuando lo hago y me separo, el propio Harren parece a punto de echarse a llorar también. Se inclina para besarme la cabeza y me palmea el hombro, no sin cierta torpeza, quizá sin saber cómo comportarse.

—Será mejor que vayamos a avisar a los demás de que todo está listo —dice Gavin. Su voz es apenas un susurro.

Owain lo acompaña para ir a proa. Harren se marcha hacia la bodega.

Cuando no queda nadie a mi alrededor, me giro hacia Jared. Me acerco con cautela. Lo han arreglado de tal forma que parece que vaya a despertar en cualquier momento. Supongo que así nos gusta recordar a la gente: con vida.

Suspiro y bajo la vista. Me abrazo como si tuviera frío, aunque lo único que intento es mantener enteros mi cuerpo y mi corazón.

—Gracias, capitán —murmuro, llenándome el pecho del aire que me falta—. Supongo que no empezamos demasiado bien, pero... habéis sido un gran compañero de viaje. —Miro al cielo, a las estrellas, y recuerdo todo lo que Nadim me contó sobre ellas—. Supongo que el cielo es el océano más vasto e infinito, así que no os faltarán lugares que descubrir. Espero que también haya tesoros. No me cabe duda de que os haréis con todos. —Me paso una mano por la mejilla—. No os olvidéis de nosotros allí a donde vayáis. Nosotros, desde luego, no os olvidaremos jamás. —Intento sonreír—. Sé que... no querríais que me culpara de lo que pasó, pero de alguna forma siento que podría haberlo evitado. Aunque os prometo que nada de esto será en vano. Toda Marabilia sabrá de mí. Y algún día, cuando haya sido reina, cuando haya hecho todo lo que tengo que hacer, espero que nos encontremos de nuevo, en algún sitio. —Sollozo—. Mirad a menudo hacia abajo, capitán, porque prometo que haré historia. Y jamás podría haberlo hecho sin vos.

No importa cuántas veces me frote los ojos y las mejillas con la manga de la camisa, parece que no sirva de nada. Así que dejo de intentar secarme la cara y

simplemente me inclino para besar su frente.

—Hasta pronto, Jared.

Me quedo ante él un rato más. Lo suficiente para calmarme. Después, le doy la espalda y camino hacia el camarote del capitán.

Todavía hay alguien que no se ha despedido.

No sé, sin embargo, si quiere hacerlo. No sé si puede soportarlo. En cuanto Rick se levantó, él se encerró aquí y no ha salido desde entonces. Sé lo roto que está. Sé lo mucho que le duele. Y, en el fondo, una parte de mí tiene miedo de verlo. De saber que es capaz de cometer una locura. O de saber que lo hemos perdido para siempre. Que había más de él unido al capitán de lo esperado. Nos costó mucho que dejara el cuerpo de Jared. Que dejase de gritar que volviera. Yo lo sujeté entre mis brazos y dejé que llorase hasta que no quedara nada. Hasta que la rabia dejase sólo paso a la queda tristeza.

Llamo a la puerta con suavidad, pero al ver que no obtengo respuesta, simplemente abro. El cerrojo, por suerte, no está echado.

Está, por supuesto, en la oscuridad, sentado en el borde de la cama deshecha, todavía manchada con la sangre de Rick. Tiene algo en la mano, que no atino a saber qué es hasta que lo gira. Hay un destello de luz de luna y estrellas en el cristal: uno de los relojes de arena de Jared. Como si no me hubiera oído entrar, no alza la vista.

Cierro tras de mí y apoyo la espalda en la madera. No sé cuánto pasamos así.

—Jared atesoraba el tiempo —me dice al final con un susurro. Sí que se ha percatado de que estaba aquí, después de todo. ¿O no está hablando conmigo?—. Coleccionaba relojes y al principio, cuando me enteré, me burlaba de él por ello. Era una afición extraña para un capitán pirata. Pero tiene sentido, supongo. ¿No es, al fin y al cabo, un reflejo de su manera de vivir? Siempre segundo a segundo. Siempre consciente de que en cualquier momento... se acaba.

Me acerco. Ha dejado el reloj en horizontal, de tal manera que la arena no puede correr.

No sé qué se supone que tengo que decirle. ¿No estamos todos obsesionados

con el tiempo, sean atardeceres, mareas o lunas? Somos esclavos del tiempo, llámese presente, pasado o futuro.

—Quizá todo el mundo debería hacer lo mismo. Aprovecharlo... Vivirlo.

Su vista sigue fija en el reloj.

—Pero ¿cómo se supone que podemos saber si lo hemos hecho? Si lo hemos aprovechado... —Aprieta un poco más el reloj entre los dedos y, de pronto, se está cubriendo el rostro con un gesto derrotado. Cuando habla, su voz se rompe con un sollozo que intenta controlar a duras penas—: Ahora me gustaría haber hecho muchas más cosas. Haberle dicho muchas más cosas. Haberle agradecido tantas... ¿Cómo puede saber alguien cuándo ha dado todo lo que tenía que dar en la vida? ¿La aprovechó él tanto como quería? ¿Le quedó algo por hacer? No podía ser esto todo lo que le esperaba. Había más para él. Tenía que haber habido mucho más...

Llora. Sé que lo está haciendo, en silencio, encogido. Yo, sin romper la quietud, me siento a su lado y le ofrezco mis brazos. Los acepta sin una palabra y lo sujeto. Lo aferro para que no termine de precipitarse a ese lugar oscuro al que amenaza con caer. Quiero sostenerlo. Quiero decirle que todo está bien. Sólo que no es así. No lo está. Nada lo está.

—Nadie puede saberlo. No puedes saberlo. Pero puedes vivir, por él, Nadim. Puedes... seguir adelante. Él creía que podías. No..., no lo defraudes.

Un sollozo. El reloj de arena cae sobre el colchón y rueda hasta alcanzar la alfombra con un golpe sordo. No me paro a mirar si se ha roto, aunque supongo que no. Aguantará entero más que nosotros.

—Él me dijo que pensara en los que quedarían atrás si me fuera. ¿Por qué no ha pensado en nosotros? ¿Por qué ha tenido que morir?

No creo que Jared estuviera pensando en la muerte. No creo que estuviera pensando en nada más que en salvar a Diandra, según nos ha contado ella. Igual que Nadim se puso entre la espada de Tayeb y el cuerpo de Zahara para salvarla porque no consideraba justo perderla, Jared tuvo que pensar lo mismo. Que no había sido justo pasar tantos años en guerra con ella para perderla cuando sólo le

faltaba decirle que lo sentía. Que no se merecía lo que había pasado.

Que salvarse a sí mismo y salvarla a ella iban de la mano.

Estrecho mis brazos en torno a Nadim y apoyo la mejilla contra su cabeza, guardando silencio. No sé qué más hacer. Dejo que lllore, si eso le hace sentir mejor. Que se vacíe. Que hable, si quiere, o que guarde silencio. Le acaricio los cabellos.

—Lo necesitábamos vivo. Todos.

No hay nada que pueda decir a eso. Claro que lo necesitábamos. Lo necesitamos. Y seguir adelante sin él será como tener un agujero en el casco del barco, sintiendo que nos ahogamos. Eso no pasará pronto. Nada de lo que hemos vivido hoy lo hará.

—Es cierto —asiento—. Y entiendo que es muy difícil dejar marchar a alguien. Pero no puedes hacer nada, Nadim. Sólo... rendirle honor de la manera que creas conveniente. Llorarlo, si tienes que hacerlo. Recordarlo. —Titubeo—. Su cuerpo está preparado...

—No. —Se limpia la cara y se aparta un poco—. No puedo salir ahí, Kay. No..., no puedo despedirme de él. —Baja la voz—. Hemos estado juntos más de media vida. Es..., es mi hermano. Mi hermano...

De nuevo, su rostro contra mi hombro. Sus lágrimas mojándome la camisa. Su abrazo tan fuerte, tan desesperado. Como si fuera la última tabla en el océano, la última forma de salvarse. Trago saliva, pero correspondo. Le cedo la poca fortaleza que yo pueda tener. Quizá si lo sujeto con la suficiente firmeza, si aprieto sus pedazos bien juntos, ni él podrá ver las fisuras.

—Está bien, Nadim. No tienes por qué hacerlo. No tienes que pasar por lo que no quieras. —Sacudo la cabeza. Que lo lllore como desee—. Y no tienes que pasar solo por esto.

—¿Podrías... quedarte conmigo?

Hay una súplica en su voz. Una lágrima más que no puedo ver, pero que sé que está ahí. Cierro los ojos con fuerza y apoyo mis labios en su cabeza.

—No voy a irme a ninguna parte —susurro—. Estoy aquí.

«Estoy contigo».



Collen

Érase una vez que se era, un niño que quería ser pirata. Nació entre leyendas, aventuras y amor por el mar. Era amigo de sirenas, bellacos y todo tipo de criaturas de las que la gente común ni siquiera conoce su nombre. Le gustaba reír con la voz de las olas rompiendo contra un acantilado, luchaba con una espada de madera y conchas traídas del fondo del océano por un mismísimo tritón. Entretejía leyendas, tenía poder sobre el tiempo y siempre encontraba tesoros donde nadie más los imaginaba.

El niño creció marcado por la desgracia, pero su deseo de ser pirata no cambió. Se convirtió en uno, aunque de buscar historias pasó a veces a buscar venganza. Se consumió su corazón puro en uno hundido en odio y pesar, e incluso así, escondido entre toda la rabia, siguió existiendo el joven que sólo quería ser pirata y vivir en libertad. En sus aventuras, en su vida, fue ladrón en ocasiones, justiciero en otras y capitán en todas.

Bajo su mando reunió a una tripulación tan fiera como apasionada, tan extraña como inseparable. Había gigantes y enanos, feéricos y hechiceros, bufones y ladrones, niños perdidos y hasta una princesa encantada. Algunos fueron a parar a aquella tripulación habiendo oído hablar de ella, otros sólo terminaron allí por accidente. Fuese como fuese, el joven pirata les ofreció un hogar, un refugio y una vida que nunca volvería a estar vacía. Puso a los pies de todos mil historias por contar y varios tesoros desenterrados. Pero sobre todo les dio algo que la mayoría de los que allí llegaban ya no tenían, o quizás habían abandonado, o quizá jamás habían sabido lo que era: una familia.

El joven pirata siempre supo que ese era el tesoro más importante que

cualquier mortal, criatura o inmortal pudiera anhelar. A lo mejor lo sabía porque tiempo atrás él perdió de vista un tesoro igual, hundido para siempre en el mar, imposible de recuperar. A lo mejor ni siquiera tuvo intención nunca de crear aquel nuevo tesoro, sino que este surgió de las cenizas del pasado y el deseo de un futuro; pero una vez que lo tuvo, ni un solo día dejó de luchar por protegerlo.

Como todos los grandes piratas, cuando hubo completado aquel magnífico tesoro, decidió que ya no había nada más que hacer. Nunca podría haber sido más rico. Por eso desapareció como todo el mundo sabe que desaparecen los grandes piratas: se deshizo sin más, se convirtió en agua y espuma de mar, y pasó a formar parte del océano que tanto amaba. Así sería como estaría siempre con su preciado tesoro: mientras aquella familia unida siguiera surcando los mares, él estaría siempre abrazándolos.

La familia se despidió de él. Lo hicieron con lágrimas que también cayeron al mar; así fue como todos se convirtieron en agua por unos instantes, para ir a darle un último abrazo. Todos le juraron seguir navegando. Todos le juraron permanecer juntos. Todos juraron no perder aquel botín que él con tanto esfuerzo había reunido.

Esa es la historia de la mayor fortuna que en Marabilia ha existido. Nadie, nunca, podrá encontrarla. Nadie, nunca, podrá igualarla.

Por eso aquel niño que soñaba con ser pirata no sólo lo consiguió. Fue el mejor que hubo nunca.

Fue el mejor que nunca habrá.



Kay

Durante los días que siguen al entierro de Jared, a su cuerpo desapareciendo para siempre entre fuego y espuma de mar, la normalidad retorna al barco. Nunca llega a ser como antes, nunca es lo mismo, pero poco a poco la herida que todavía escuece va cerrándose. No hay risas, no hay largas charlas, pero nos escudamos en aparentar que todo está bien. Hacemos las comidas juntos y nos esforzamos en nuestro trabajo, porque parece que lo mundano, las cosas cotidianas, nos mantienen con los pies en el suelo y los espíritus más o menos intactos. Yo finjo que, a veces, cuando miro al castillo de popa, no espero encontrármelo ahí de pie, observándonos con los brazos cruzados. O que no hay un hueco ahí, en la baranda, donde solía asomarse con su catalejo. Creo que todos esperamos que aparezca. Que nos regañe cuando no estamos haciendo nada o que salga de su camarote y se pasee por cubierta supervisándonos, llenando todo el lugar con su presencia.

Nunca lo hace.

A mi alrededor, observo sin participar, como no hacía desde que estaba en la corte, desde lejos. Veo a Rick acostumbrarse a su muleta, con Collen siempre cerca, ayudándolo cuando lo necesita. Él se entretiene, cuando tiene tiempo, en trazar la ruta que estamos siguiendo, la cual parece que nos lleva hacia el norte, hacia Granth o Dione. Me dice también, una tarde, sentados en la baranda, que está escribiendo. Que quiere dejar por escrito la vida de Jared. Que quiere que nunca se le olvide. Lo dice con lágrimas en los ojos y yo sonrío, triste, y apoyo la cabeza en su hombro con un brazo en torno a su cintura.

Tayeb también se recupera. Por lo pronto, ha dejado de beber. Owain le amonesta por el estado de sus nudillos despellejados y le venda las manos. Sabir no sonríe, pero parece recuperar el habla. Lo veo inclinarse hacia Tayeb y, al mover los labios, creo que pronuncia su frase preferida: «Te apuesto...».

Los demás sobrevivimos. Aunque no lloren, aunque no caminen como almas en pena, sé que sufren a su manera. Harren se vuelca en la experimentación de nuevos platos y me da la sensación de que es su forma de darnos a nosotros a probar todo lo que Jared no ha podido. Owain se vuelca en los demás, en sus heridas, en asegurarse de que nos curamos de la batalla y nos quedan las menos marcas posibles. Gavin, siempre tan callado, es difícil saber cómo se siente. Al menos, hasta que se lo pregunto. Y entonces me habla de la muerte, de lo que significa para él. De los muertos en su tierra, de los cadáveres que ha visto en la guerra. Me dice que te acostumbras, pero que en realidad nunca lo haces. Que te vas entumeciendo y tu corazón pesa más con cada persona que dejas atrás. Me dice que por eso se marchó del reino en el que servía.

Me dice que la muerte te enseña una lección: a recordar que por cada persona que se marcha, hay una persona por la que quedarse. Y yo quiero quedarme con ese mensaje.

Y por último está Nadim. Quebradizo, perdido. Con él es con quien más tiempo paso. Me siento a su lado o me mantengo junto a él, ya sea en el camarote o fuera, donde empieza a salir con más frecuencia. A veces hablamos, cuando le apetece; otras, tan sólo guardamos silencio.

Y así es cómo llegamos a la isla. La vemos al principio, lejana, y Collen frunce el ceño. Dice que estamos en algún punto entre Granth y Dione, y que conoce el lugar por lo que se cuenta de él: que los bancos de arena hacen estas aguas peligrosas y que hay piedras en el fondo del océano que pueden abrir boquetes en los cascos de los barcos. La mayoría de los navíos suelen evitar la zona por eso mismo.

La mayoría, al parecer, no incluye a la tripulación de Diandra.

Para guiarnos, una figura se posa en cubierta. La muchacha feérica se

presenta como Erea y le arrebató el timón a Nadim de las manos. Nos avisa de que debemos prestar atención. Que la primera vez siempre es difícil, pero que es cuestión de práctica. Nadim parece confundido. Collen, curioso y ávido de conocimiento en cualquier situación, le hace preguntas mientras ella guía nuestra embarcación en perfecta sincronía tras el *Libertad*.

Cuando echamos el ancla y remamos hasta tierra es cuando me fijo en el lugar al que hemos ido a parar. En las casitas agrupadas que forman una pequeña aldea. En las figuras que se ven, sombras apenas, que caminan y hacen sus vidas. Collen me dice que la isla, supuestamente, estaba deshabitada, pero a mí me parece llena de vida. ¿De dónde ha salido esta gente, entonces...? Desde luego, tiene que haber agua dulce al menos para que puedan vivir. Y no pueden alimentarse sólo de lo que roban en otros barcos. De acuerdo con lo que sabemos, de hecho, no *roban*, sino que hunden. ¿Significa eso que alguien ayuda a esta gente? ¿O son autosuficientes? Entiendo que puedan plantar su propia comida, pero ¿viven sólo de eso? ¿Y las medicinas? ¿Y la ropa? ¿También lo hacen ellas? ¿Tienen hechiceros, alquimistas, gente que teja? ¿Tienen animales, también? Ovejas, vacas, caza suficiente... Su existencia se me antoja un misterio. ¿Y por qué nadie sabe de ellos? ¿Por qué no quieren comunicarse con el resto de Marabilia? ¿Son fugitivos? ¿Prefieren vivir al margen de la ley, como los piratas...?

Diandra nos da la bienvenida en cuanto pisamos tierra. Ellas también acaban de llegar desde su barco. Algunas de las mujeres de su tripulación se marchan, sin dedicarnos más pensamientos. Una cojea. Otra lleva el brazo en una gruesa venda y parece que han tenido que entablillárselo. Nuestra tripulación no fue la única que sufrió heridas en la refriega, por lo visto. Veo a la hermana de Nadim junto a la feérica. Tienen las manos entrelazadas y yo no puedo evitar pensar en lo que me dijo Badra sobre que trataron de convertirla en algo que no era. Nadim también las está mirando y, de hecho, su rostro cambia por completo cuando ve a una niña pequeña correr hacia ellas y tirarse a sus brazos. La muchacha de las alas la coge, riendo, y le llena la cara de besos y la criatura les echa los brazos al

cuello a las dos y las envuelve en un abrazo demasiado pequeño. Mi compañero ha abierto la boca, sorprendido, y a mí me entran ganas de reír ante su asombro, pero en su lugar, con sutileza, alcanzo su mano y le acaricio el dorso con el pulgar.

—Bienvenidos a Sirsha —nos dice la capitana del *Libertad*—. Estáis invitados a descansar y a abasteceros con lo que preciséis, pero os pido que recordéis que este es un refugio. —Sus ojos se detienen sobre todo en los hombres de la tripulación. A mí, como siempre que la he tenido delante en estos últimos días, me dedica una simple mirada curiosa—. Este es un lugar seguro para las mujeres, y esperamos que siga siéndolo. Por supuesto, confío en vuestra discreción al respecto.

—¿Sólo hay... mujeres aquí? —No sé por qué mi voz suena tan incrédula. Quizá porque nunca me había planteado que un sitio así existiese.

—Y nos bastamos y nos sobramos —apunta la feérica, que se ha quedado cerca.

Yo miro alrededor, de pronto contemplando este nuevo mundo con otros ojos. La aldea no está tan cerca como para discernir las figuras, pero las cabañas parecen fuertes y ofrecen un techo seguro. Algunas tienen las puertas abiertas. Otras dejan escapar un hilo de humo por sus chimeneas. Mis compañeros parecen tan sorprendidos como yo.

Diandra sigue hablando y yo escucho con admiración. Al parecer, Angelique y ella descubrieron una entrada a este lugar cuando el *Libertad* comenzó sus andaduras. Un sitio secreto, sólo para sus tripulantes. Cuando reemprendió el camino, después de todo lo ocurrido con su capitana, decidió que era el momento para empezar este proyecto: un lugar seguro en el que poder descansar, en el que ninguna mujer se sienta discriminada por serlo. Una historia de amazonas, me parece, salida de alguno de los libros de Collen. Nos advierte que muy pocas personas conocen la existencia de Sirsha y que debe seguir siendo un secreto, o su utopía terminará tan rápido como comenzó. Que si la información cayera en malas manos... No hace falta que termine la frase para que sepa lo que

pasa por su cabeza. Todas las cosas terribles que podrían pasarles a cualquiera de estas mujeres. Cómo intentarán apropiárselas, como si fueran mercancía. Cómo intentarán coartar su libertad. Cómo intentarán ponerles límites. Aprieto los labios, porque reconozco la sensación.

No, nadie del *Justicia* dirá una sola palabra.

—Pero ¿cómo llegan las mujeres aquí? —inquiero.

—Depende. A algunas las encontramos. —Diandra vuelve la vista hacia Zahara. La hermana de Nadim, con su piel oscura, parece hoy brillar bajo el sol. Aunque el parecido no se me escapa, lo cierto es que a ella le rodea un aura muy distinta a la de él—. A otras nos las traen.

—¿Quién? —pregunta Collen, saliendo de su asombro para volver a su habitual curiosidad.

—Nuestras aliadas de fuera, por supuesto —responde Zahara—. Un lugar así, por mucho que queramos, no se puede mantener sin ayuda.

La niña, que ha pasado de los brazos de Erea a los suyos, juega con sus mechones de pelo corto, fingiendo ignorar nuestra presencia, pero lanzándonos miradas de reojo de vez en cuando. Zahara no parece darse cuenta y, si le molesta que juegue con su cabello, no hace amago de separarla. Al menos, hasta que se inclina hacia su oído. Creo que pretende que no la oigan, pero falla en su propósito de pasar desapercibida:

—Ese chico se parece a ti —le señala.

Otra mirada poco disimulada a Nadim.

—Eso es porque soy su hermano —acaba por decir él, ante el silencio de todos los presentes.

Ella entorna los ojos.

—¿Y cómo te llamas?

—Nadim.

—Tío Nadim, entonces.

—¿Tío...?

Hay un silencio confuso. Yo decido que esto es un asunto entre ellos y que es

mejor que lo hablen en privado.

—En tal caso, ¿para quién trabajáis? —pregunto, volviéndome hacia Diandra—. El rey de Dahes creía que estabais asociadas con el Taller, pero habéis hablado de *aliadas*, en plural.

Diandra entorna los ojos al escuchar mencionar a mi padre.

—De manera que es cierto. Geraint os contrató.

—Chantajeó a Jared, en realidad —apunta Rick—. Con el *Angelique*.

Aprieto los labios. Parece que hace una eternidad de eso. Más de un año, cuando en realidad sólo han pasado unos meses. Intento sacudirme una ominosa sensación de encima al pensar en el hermoso barco ardiendo. Lo habrá hundido en el fondo del mar, no tengo duda. Y aunque al hacerlo ha eliminado de la faz de la tierra todo lo que representa, todo el horror que llegó a ver..., eso no hace que me sienta mejor. Jared tenía que decidir su destino, no el rey de Dahes. No le correspondía a él.

No le ha correspondido decidir tantas cosas...

—No habéis respondido, Diandra —murmuro. Todavía siento curiosidad, a fin de cuentas—. ¿Con quién más estáis aliadas, aparte de con Laeris?

La capitana del *Libertad* vuelve a fijarse en mí con renovadas sospechas.

—¿Conoces a Laeris?

—Por así decirlo. —Pero ella, supongo, todavía no me conoce a mí—. Conozco a muchas personas en Dahes.

Nos medimos ante los ojos de todos. Yo cuadro los hombros y alzo la barbilla. La mujer puede llegar a ser un poco intimidante.

—¿De dónde has salido, muchacha? —Diandra entorna los ojos—. ¿Y dónde está el príncipe de Dahes?

Cojo aire y me llevo la mano al pelo. Al mechón más corto que los demás. Los restos del príncipe de Dahes, fuese quien fuese en realidad, se dispersaron con el viento el día que Jared ofreció mi pulsera y mi cabello para salvar nuestras vidas. Creo que ese momento fue también cuando rompí el vínculo que tan fuertemente me había ligado a mi padre y a mi madre.

—El príncipe de Dahes nunca ha existido —le confieso—. Pero, si queréis, os puedo contar su historia.



Nadim

¿Qué habrías dicho de haber descubierto este lugar, Jared? Supongo que le habrías dado las gracias a Diandra por hacer todavía más real el deseo de tu madre. Por crear un hogar con la intención de todas las mujeres que en su día tu madre liberó para llevarlas a ver mundo en un barco. Algo más seguro, algo más estable. De haberlo sabido hace meses, no lo habrías entendido. Pero fuiste a desaparecer justo cuando más podías comprender lo que es Sirsha. Una prueba más de que te has marchado demasiado pronto, hermano.

¿Qué habrías pensado al ver a Zahara con otra mujer? ¿Habrías sentido celos o sólo felicidad por ella? Quiero pensar que habría pasado lo segundo, aunque en privado te lamerías las heridas. Habrías intentado bromear, ¿no es cierto? Habrías dicho que ahora y sólo ahora tiene sentido que ella no te hiciera ni caso cuando éramos pequeños... Nunca te pregunté si llegaste a superar todo aquel primer amor que tuviste por ella. Ahora jamás lo sabré. ¿Pudiste volver a verla, siquiera, o también has perdido la oportunidad de reencontrarte con ella? De ver de primera mano lo cambiada que está...

—No entiendo por qué no podemos enterarnos de qué van a hablar.

Miro a la chiquilla que responde al nombre de Alona. Está en brazos de la feérica (la misma feérica que trajo tu cuerpo al barco hace días) y me observa con fijeza. No ha dejado de hacerlo desde que nos hemos cruzado, y mucho menos cuando Zahara me ha invitado a alejarme del grupo para conversar y me ha traído hasta una de las cabañas. ¿Qué habrías dicho sobre ella? No creo que en principio te hubiera gustado. En general no te gustaban demasiado los críos, y

esta te parecería impertinente, y algo que soportabas menos que los niños era a las personas impertinentes.

Erea ha respondido algo para mí inaudible, pero la niña la mira con alarma.

—A lo mejor es mentira que es su hermano y le hace daño. ¡A lo mejor es un disfraz! ¡Tírale de la cara! ¡Trae luz de luna llena! ¡Algo!

Doy un respingo cuando la niña extiende sus brazos hacia mí, pero el hada la mantiene lejos. Zahara cruza los brazos sobre el pecho, alzando las cejas, divertida.

Tu voz susurra «impertinente». Veo tu mueca de desagrado.

—Sé sincera —dice la feérica—. ¿Crees que si él intentara algo saldría con todos los miembros intactos? Además, habría que ser muy tonto para amenazar a la tormenta con una espada y creer que se tiene alguna posibilidad.

Zahara resopla, en el asomo de una risa, y Erea se inclina sobre ella para besar su boca curvada con una media sonrisa. Aparto la vista porque tú no querrías ver esto. Qué tontería. Como si estuvieras aquí. Como si lo que yo viese es lo que ves tú ahora. Aunque quizá me consuele pensar que es así. Al menos, te siento igual de dentro que si estuvieras en mi cuerpo. O quizá por eso me siento tan vacío: porque al marcharte me extirpaste la parte de ti que siempre vivía conmigo.

La niña sigue sin quitarme ojo de encima.

—Bueno, eso es cierto: si no eres su hermano, estás perdido, ¡ja! Mamá te destrozará.

No es la primera vez que llama a Zahara así desde que nos alejamos de la tripulación. Yo he guardado silencio, claro, pero hay mil preguntas que quiero hacerle a mi hermana. Desde luego, esa muchacha no se parece a nosotros: no tiene nuestro tono de piel, aunque esté un poco bronceada por el sol. Tampoco hay alas en su espalda, así que no puede ser que haya nacido del vientre de la feérica. Entonces, ¿qué? ¿Simplemente la han acogido? ¿Es una de esas chicas que llegan desde fuera?

Hay tantas posibilidades como preguntas sin responder alrededor de mi

hermana. ¿Tú también sientes curiosidad? ¿O prefieres no saber nada?

Sea como sea, antes de que se me ocurra una réplica para la niña, ella y el hada se marchan, dejándonos a solas a Zahara y a mí.

Unos instantes de silencio. Tantos años deseando volver a hablar, con tanto que decir, y ahora se me quedan los labios sin palabras. No sé si me habrías pegado, me habrías llamado estúpido o sólo te habrías burlado de mí.

Cojo aire.

—He imaginado muchas veces cómo sería volver a verte al cabo de tanto tiempo. Lo que te diría, los distintos escenarios. Creía haber cubierto el cupo de posibilidades infinitas, pero admito que nunca pensé en un poblado de mujeres en el que tuvieras una mujer y una hija.

Zahara me observa. Se humedece los labios y toma asiento en una de las sillas que rodean una mesa. Me hace un gesto para que la imite y yo obedezco, más dejándome caer que otra cosa. Estoy agotado. Duermo poco desde que te fuiste. Aunque eso ya lo sabes, porque me paso las noches mirando al mar o a las estrellas, y te hablo y te culpo o recuerdo nuestras vidas. Depende del día. Depende del dolor. Depende de las pesadillas.

—Ese tampoco es el escenario ahora —dice mi hermana.

Eso consigue confundirme. Hacerme estar un poco más *aquí y ahora*, y no cerca de tu fantasma.

—Ah, ¿no?

—Claro que no. No tengo una *mujer*: Erea y yo no estamos casadas.

Unos segundos de silencio. Zahara me mantiene la mirada mientras yo la observo y parpadeo.

Y entonces entiendo que es una broma. En eso sí puedo reconocerla. No soporta las cosas tensas y está intentando deshacer toda esa incomodidad a nuestro alrededor. Pongo los ojos en blanco.

—Muy graciosa.

Zahara sonrío apenas con su mueca traviesa. Me recuerda un poco a la niña de Rydia, tan distinta a la mujer que tengo ante mí. Se pasa una mano por los

cabellos cortos y mira a la mesa por un instante antes de tomar la iniciativa de la conversación:

—¿Cómo te encuentras?

Sé que lo pregunta por ti. Sabe lo que te ha pasado, por supuesto. Todo el mundo lo sabe. También hay pena en sus ojos. Tristeza. Ella te conoció, al fin y al cabo, pero eso fue hace demasiado tiempo. Yo pasé contigo casi todos los años que Zahara y yo hemos estado separados. Supongo que estoy condenado a poder teneros sólo a uno de los dos. O quizá vosotros dos estabais destinados a no poder coincidir nunca más.

Intento que las lágrimas no vuelvan a mis ojos al pensar que nunca volveremos a estar los tres juntos.

—Todo lo bien que se pueda estar.

Supongo que es cierto, aunque tú estás en desacuerdo. Tú pensabas que yo podría estar mejor. Que podría superarlo. Siempre tuviste más confianza en mí que yo mismo.

—Pude verle, antes de... —Zahara no es capaz de pronunciar tu suerte. Yo tampoco. Las palabras en alto suenan demasiado definitivas—. Él me dijo dónde estabas para que fuese a buscarte. Por un segundo fue...

—Como si nuestros juegos se hubieran vuelto reales.

Zahara me mira, apretando los labios, y asiente. ¿Qué pensaste al volver a verla, Jared? ¿Tú también sentiste que éramos los niños jugando a una aventura más grande que nosotros? Te confieso que muchas veces tenía esa misma sensación. La vida en el barco no siempre parecía real. A veces, cuando la búsqueda de Zahara me consumía, me gustaba creer que no lo era. Que nada desde mucho antes de que ella desapareciese de mi vida lo era. Tú, ella y yo nos habíamos inventado una trama más enrevesada de lo habitual para un juego y estábamos viviéndola con intensidad, pero en realidad seguíamos juntos. Estábamos en nuestro refugio, el mismo al que llevé a Kay, con los ojos cerrados e imaginando. Nada más.

Creo que voy a volver a consolarme con esa idea alguna vez más, en esta

ocasión para suplir tu ausencia.

—Los primeros días en su barco pensaba lo mismo —le confieso a Zahara—. Que era como volver a jugar.

—¿Cuánto tiempo llevabas...?

—Desde que te marchaste. Salí en tu busca unos días más tarde. Fui de un barco a otro. Y entonces, Jared abordó el navío en el que iba y nos encontramos. Me dijo que me uniera a su tripulación... Que te buscaríamos juntos.

Cumpliste tu promesa. Pero no me avisaste de que desaparecerías justo cuando la encontrásemos.

Creo que Zahara piensa lo mismo, porque sus ojos vuelven a rehuir los míos, tristes.

—Nadim, siento...

Ella no tiene nada de lo que disculparse. No voy a dejar que lo haga, por eso la interrumpo:

—Perdóname, Zahara.

Ella me observa y aprieta los labios. Accede a callar y a escucharme. Siento un nudo en la garganta en el que se juntan todas las palabras que he querido decir tanto tiempo. Creo que puedo sentir tu típica palmada en mi hombro, animándome a continuar.

—Nunca debí posicionarme de parte de nuestros padres. Nunca debí dejar de escucharte o dejar de defender tu libertad. Siento haberte abandonado, Zahara: nunca quise hacerlo. Me dejé convencer porque era lo fácil y... —Cojo aire—. Juro que no ha pasado ni un día sin que me llamase estúpido por ello. Sin que no me culpase. Sin que no fuera consciente del error tan grave que cometí. Lo siento. Lo siento de verdad.

Suspira. Vuelve a pasarse una mano por los cabellos, despeinándolos y volviendo a peinarlos. Es un gesto nuevo en ella, pero me gusta descubrirlo.

—Está bien. Yo... debí confiar en ti. No debí huir como lo hice, sin ninguna pista, sin nada en absoluto. Siempre me habías apoyado hasta entonces, pero...

—Pero te sentiste traicionada. Lo sé. Lo entiendo.

He tenido diez años para comprenderlo.

—Lo lamento —se disculpa con los ojos entrecerrados. Cuando abro la boca para decirle que no tiene nada por lo que lamentarse, alza una mano, pidiéndome que me detenga—. Lamento no haber creído en ti un poco más. Lamento haber creído que te importaba tan poco como a ellos.

No tiene que disculparse por eso. La confianza no es algo que sólo se dé y que nunca pueda romperse. La confianza es algo que alimentar a diario, y sobre todo en los momentos importantes. Y yo fallé a esa confianza que había entre nosotros.

—Eras lo más importante de mi vida, Zahara, pero no estuve a la altura. ¿Podrás perdonarme por eso? ¿Por todo?

Ella sonrío. Su sonrisa sigue siendo la misma: tierna pero firme, llena de confianza y seguridad. El tiempo no ha pasado por ese gesto que tanto llegué a atesorar. La ves, ¿verdad? En esa sonrisa está escondida la muchacha que los dos conocimos.

A sus ojos han subido unas lágrimas que quiero creer que son de emoción. O quizá sea lástima por el tiempo perdido. O quizá sean por ti, porque no estás en esta reunión, aunque de alguna manera sí lo estás.

Quizá sea una mezcla de todo.

Sea como sea, mi hermana extiende una mano hacia mí. Yo me quedo mirando sus dedos con inseguridad, sin aliento. ¿Cuánto tiempo he imaginado algo así?

—No hay nada que perdonar, Nadim —me dice—. Ya no.

Es como quitarme de encima un peso que he llevado durante tantos años que ya ni siquiera sabía que estaba ahí, arrastrándome hacia abajo. Hay otro, y todavía lo siento, y permanecerá, y dudo que desaparezca nunca: el que te pertenece.

Por este momento, sin embargo, hasta tú me empujas para que no piense en el vacío que has dejado. Me increpas. Me pides que aproveche este instante que tanto he anhelado. Creo que tú guías mi mano cuando mis dedos se posan al fin

sobre los de ella.

Aprieto los párpados. Vuelvo a tener ganas de llorar.

Nos dejas a solas con tu media sonrisa y alegría por nuestro reencuentro. Por todas las culpas enterradas. Por todo el futuro que todavía nos queda. Sé que nos vas a estar vigilando.

Incluso cuando te has marchado, siempre vas a estar con nosotros.



Kay

Durante lo que me parecen horas, hablo. Por primera vez, relato mi historia tal y como es, sin máscaras ni cuentos. No hay pena en mis palabras, sino que intento que se dé cuenta de que todo lo que digo ya pasó. No soy la misma persona de la que hablo, así que puedo posicionarme a cierta distancia, sin que duela. Le hablo de la frustración y de la oscuridad, de la ignorancia y del descubrimiento, de los miedos y las dudas. Le hablo de la forma en la que me colé en el *Estrella Fugaz* y de cómo desvelé mi identidad a su tripulación. Cómo rompí el hechizo —sin detalles, las estrellas y su secreto están a salvo conmigo—. Cuando llego al momento en el que ideamos nuestro plan para ir a Dione y hablar con el rey, callo. La taza de té entre mis manos está fría ya. Diandra, muda, apura su vaso de licor sin apartar la vista de la ventana, del cielo que se tiñe de rosado y naranja.

No sé si es que no sabe cómo mirarme o que no quiere hacerlo. Me da la sensación de que pasa una eternidad antes de que se decida a hacerlo. Hay curiosidad en su expresión y respeto. También hay pena en su gesto, claro, pero eso intento ignorarlo.

—No podrías haber llegado a Dione en el *Justicia* —me dice.

—No a puerto. Pero no esperaba tanto. Hubiéramos encontrado algún lugar donde atracar, escondido, y...

—No. Tu fe, *vuestra* fe, es admirable, pero estamos hablando de una potencia marítima que podría hundir nuestros barcos sin siquiera preguntar. ¿Y cómo ibas a entrar en el castillo, Kay? Ya no tienes un sello para probar tu identidad. —

Diandra sacude la cabeza y yo me encojo—. Os precipitasteis. Puede que la suerte te hubiera sonreído, pero no teníais seguridades.

Me hundo en mi asiento y bebo un sorbo de té helado que me repugna. Pero me limpia la boca, al menos, que me sabe a derrota. Me lo trago no sin esfuerzo y la capitana suspira como si pudiera leerme la mente. Como si supiera que ha sido demasiado dura, después de todo.

—Lo que necesitas es un aliado. Alguien que *sí* tenga un barco registrado y pueda llevarte y dejarte sana y salva en el puerto. Y alguien que tenga relación con el rey y pueda conseguir que entres en el castillo sin llamar la atención, porque no creo que sea sabio que tu padre se entere de esto.

Frunzo el ceño. Estoy a punto de decir que no tengo aliados, aparte de los tripulantes del *Justicia*, cuando me doy cuenta de lo que *en realidad* ocultan sus palabras. En principio, la existencia de una persona así me parece un sueño. Pero ¿por qué iba a mencionar esa hipotética situación si no existiese?

—¿Conocéis a alguien así, capitana?

—No puedo asegurarte nada. No sé si estará de acuerdo. Pero algo me dice que, si le cuentas tu historia, te ofrecerá su ayuda. Claro que yo no tengo modo de ponerme en contacto con ella, así que tendrás que esperar a que venga a traernos provisiones.

—¿Habláis de otra de vuestras aliadas?

—Lynne. Ella es quien nos trae a las mujeres que buscan un santuario. Es una mercader asociada al Taller.

Asiento por pura inercia.

—Gracias, capitana. Yo...

Ella alza la mano para acallarme. Coge la botella que ha dejado sobre la mesa y se sirve otro vaso de licor, tras lo cual también me echa un poco en el té. Yo tomo la taza con cautela, pero ahora sabe un poco mejor.

—Te presentaré a Lynne, si es lo que quieres, y te ayudaré a rogar por tu causa. Pero dime, Kay, ¿has pensado bien las consecuencias de este acto? ¿Te das cuenta de que podrías provocar una guerra entre Dione y Dahes si no cuidas

tus palabras? La historia habla de ejércitos y revoluciones que se han desatado por mucho menos.

Aprieto los dedos alrededor de mi taza para evitar el temblor que la idea me produce.

—No es eso lo que busco. No habrá guerra. Sólo... necesito apoyo. Quiero que el rey de Dahes quede al descubierto. Quiero que se me reconozca.

—¿Quieres convertirte en una moneda de cambio? ¿Quieres que todo aquel que aspire a la corona de Dahes vaya a por ti? Sabes que las mujeres no gobiernan en Marabilia.

Entorno los ojos. Sé que es una prueba. Que quiere saber hasta dónde voy a llegar. O hasta dónde *no*.

—Las mujeres no *reinaban* en Marabilia. Yo voy a cambiar eso.

* * *

Durante los días más tranquilos de mi vida, deambulo por Sirsha sin pensar en nada. Comparto paseos con Diandra y juegos con las niñas, a las que les encanta escuchar mis cuentos. Como pan recién hecho, al igual que hacía en el castillo cuando era más joven, quemándome los dedos al desmigajarlo para comerme luego la corteza con una capa de mermelada. Escucho las historias de las ancianas del lugar y observo a una alquimista mezclando ingredientes mientras hablamos de Dahes y de los principios de su arte. Por la noche, cuando el sol se oculta, aunque las noches empiezan a ser frías, ceno con los muchachos y hablamos y es como estar de nuevo en el barco, con el sonido del mar de fondo. Es más fácil para mí que para ellos, a quienes miran con recelo en el pueblo, pues su presencia les recuerda a las mujeres, en muchos casos, malos momentos. Aun si ellos no son malos, si no le harían daño a nadie, se recela de ellos, porque otros antes se han encargado de allanar más el camino del odio y de la desconfianza que el de la cordialidad. Pero creo que todos lo comprenden. En su mayoría, de hecho, prefieren alejarse de la aldea: se quedan en los alrededores,

en la costa o en el bosque, o tratan de ser de ayuda en lo que pueden, demostrando así sus buenas intenciones.

Sé que recordaré estos días, en el futuro, y sonreiré. Y los echaré de menos. Pese a que todavía nos entristecemos. Pese a que las heridas sólo han empezado a curarse. Sé que pensaré en el sabor del pescado braseado sobre la hoguera y la fruta fresca. En las noches de millones de estrellas. En la sensación de despertarme cuando todos duermen y poder ir a sentarme junto a un insomne Nadim, que siempre me pasa un brazo por los hombros y me deja compartir su paz y su tristeza, para que no le pese tanto el corazón. Y sé, también, que intentaré olvidar la espera que llena mis días. La ansiedad por el futuro que me aprieta el pecho cuando necesito respuestas o cuando soy demasiado consciente de que el tiempo pasa. De que estamos incomunicados y no sé qué ocurre más allá de Sirsha, y no hay nada que pueda hacer para evitar eso.

Cuando llega la embarcación esperada, el *Sueño de Piedra*, yo no me lo creo. No ha pasado ni siquiera una luna, pero a mí me parecen estaciones enteras. Llega cuando me encuentro en la herrería, viendo cómo Ingela forja una nueva espada para una de las tripulantes del *Libertad* y haciendo mil preguntas que ella responde con paciencia. Me lo indica el revuelo que se arma, como si el pueblo estuviese siendo barrido por el viento que precede a una tormenta. Apenas recuerdo despedirme. Corro hacia el pequeño muelle desde el que hace unos días las niñas todavía se tiraban para nadar y jugar en el agua y me detengo junto a Diandra y Erea, que esperan ya: la capitana con los brazos cruzados y su segunda de a bordo con las manos en las caderas. Zahara también está presente. El corazón empieza a latirme contra las costillas con fuerza exagerada.

—¿Es ella? —pregunto, sin aliento por la carrera.

Diandra sonrío como si le hiciese gracia mi impaciencia, pero Erea alza una ceja:

—¿Y quién si no?

Unos botes se acercan, cargados de personas y mercancías. Aguardo, impaciente, concentrándome en las figuras que están a bordo, intentando

averiguar cuál de todas es la mercader. No puedo hacerme una idea hasta que pone los pies en el muelle. Ella es la primera en pisar tierra, y lo cierto es que tiene cierto aire de líder. Mientras saluda a Diandra y a la pareja de muchachas, yo la observo con curiosidad: una larga trenza de cabellos castaños, los ojos fieros de una mujer luchadora, la postura de alguien acostumbrado a mandar. Viste de calzas y casaca de un rojo oscuro y no lleva ni un solo adorno. Aparte de eso, las conversaciones con Diandra me han dicho todo lo que necesito saber de ella.

Todas empiezan a trabajar: las mujeres de la aldea que se han presentado y las que se ha traído la capitana del *Sueño*. Recuerdo el primer barco que atacaron los muchachos en el *Estrella Fugaz* y espero que el tema no salga o no querrá ayudarme. Me siento cómplice porque, al fin y al cabo, yo lo permití. No participé, claro, pero eso no me hace mucho menos culpable.

Me doy cuenta de que no lleva ninguna espada a la cadera, al contrario que yo, pero sí un puñal en cuya empuñadura apoya la mano. No es un gesto intimidante, sino que parece más bien que se siente cómoda haciéndolo. La veo toquetearla mientras habla con Diandra, un poco más allá de donde estoy yo. Tardan un rato, pero, cuando Diandra se gira hacia mí, ella también lo hace. Me encuentra mirándola, por supuesto, y me repasa con los ojos, midiéndome, deteniéndose en cada detalle de mí, aunque no haya mucho que ver: mi aspecto y mis ropas son bastante neutras. Lo único que podría llamar la atención sobre mí es ese mechón más corto y, si acaso, que el pomo de mi estoque es demasiado elegante y caro para una persona de baja cuna, a menos que se trate de un ladrón.

—Así que Dahes no tiene un príncipe, después de todo —dice. Creo que hay cierto deleite en su tono que no sé cómo interpretar.

Titubeo, pero inclino la cabeza, quizás en un intento de congraciarme con ella.

—Kay, a vuestro servicio.

Lynne sacude la cabeza, aunque me parece que sonrío.

—No es necesaria tanta formalidad conmigo, *alteza*: llámame Lynne y

trátame de tú. —Se vuelve hacia Diandra—. Si llego a saber que teníais aquí a la causa de que mis barcos no dejen de ser registrados, habría venido antes. Y, sobre todo, ¿cómo y por qué? La última vez que estuve aquí ni siquiera conocíais el rumor de que el príncipe..., perdón, *la princesa* había desaparecido.

Diandra se pone a mi lado y me pasa un brazo por los hombros. Estos últimos días lo hace a menudo. Me da la sensación de que me ha tomado un poco de cariño, aunque no creo que vaya a admitirlo ante mí. Sé que se ha esforzado mucho para que me sienta lo más a gusto posible en Sirsha.

—Kay viajaba con la tripulación del *Justicia* —dice, haciendo un ademán hacia nuestro barco. La sirena coronada no se ha movido de ese sitio en semanas y quizás añore el viento en la cara y la espuma de mar en sus cabellos de madera—. Es... complicado. Una historia que deberías escuchar de sus labios, sin duda.

Lynne parece analizar la situación, los brazos cruzados bajo el pecho: mira de Diandra a los barcos, de los navíos a mí, y de mí a la playa, donde se atisba el campamento que hemos improvisado. Finalmente, con un gesto de su cabeza, me invita a caminar con ella. Yo no me lo pienso. Tampoco necesito que me pida que le hable de mi historia, aunque con ella no entro en tantos detalles como con Diandra, supongo que por las ansias de saber si va a aceptar llevarme a Dione.

—¿Y qué pretendes decirle al rey de Dione, Kay? —me pregunta tras el silencio que siempre se repite tras conocer la verdad, el del asombro y la tristeza y la admiración, aunque todavía no entiendo el porqué del último sentimiento—. ¿Qué esperas sacar de esta situación?

Cojo aire. He tenido mucho tiempo mientras esperaba su llegada para pensar esto. Lo he hablado con Nadim, con Collen, con Diandra. Y supongo que llevo mi discurso lo suficientemente ensayado como para desear compartirlo aquí y ahora.

—El rey se merece saber la verdad y poder cancelar su alianza. Y... lo quiero de mi parte, no de la de mi padre. Quiero que sepa también que no soy como él. Y que mujer o no, sigo siendo la legítima heredera. Todo el mundo se empeña en repetirme que las mujeres no reinan en Marabilia, pero nadie se da cuenta de que

por eso alguien tiene que dar un paso adelante y ser la primera. El rey tiene una hija y creo que también querrá velar por su futuro. ¿Crees que el rey se opondría a respaldar una ley que permitiese que su hija reinase sin un marido si a él le pasase algo?

Mi interlocutora cabecea, pero su expresión no me permite discernir qué se le está pasando por la cabeza. Frunzo el ceño con algo de inquietud. No piensa que es una locura, ¿verdad? Creo que tiene sentido. El suficiente, al menos.

—¿Y de qué modo crees que puede ayudarte él? No es tu padre para reconocerte como heredera. Y él solo, desde luego, no puede cambiar las leyes de Dahes.

—Lo sé. —Soy más consciente de mis posibilidades de lo que ella cree—. No espero nada tan a corto plazo. Pero el rey es poderoso y podría allanarme el camino. No pretendo empezar a gobernar mañana. No es así como se hacen las revoluciones. Esperaré. De momento, me conformo con que alguien conozca mi existencia. Con que, si algo me pasa, las personas adecuadas sepan mi secreto y quién soy en realidad.

Lynne alza las cejas y vuelve a observarme con calma, como si no me hubiera visto bien la primera vez. Me pregunto en qué está pensando para sonreír como lo hace. Cuando se siente satisfecha con su escrutinio, aparta los ojos al frente y se cruza de brazos.

—La cuestión, princesa, es que aunque Marabilia sea un lugar pacífico, esto ha llegado demasiado lejos: los países se han unido para apoyar a Dahes en la búsqueda de un príncipe que no existe, con una historia diferente a la real. Si esto sale a la luz, tu padre estará en un problema. La mayoría de los reyes se sentirán molestos. Y te aseguro que hay alguno que ya no lo tenía en estima antes.

Aprieto los labios. Lo sé. ¿No me lo avisó Diandra, después de todo? Que esto podría acabar en guerra. Miro al cielo, donde las nubes pasan ajenas a nosotras, a mis dudas, a mis batallas internas. Golpeo con el pie una concha, que rebota una sola vez en el suelo y se hunde en la arena. Suspiro. Ya he pensado en

esto mil veces, pero no he llegado a ninguna conclusión que me agrade.

—En estas últimas lunas he visto muchas cosas. Entre ellas, a hombres dispuestos a morir por seguir a quienes los gobiernan. Por tomar sus órdenes de manera incondicional. Y no quiero tener que volver a vivirlo. Nadie debería sufrir las consecuencias de las decisiones que otros toman egoístamente.

¿Estoy siendo yo demasiado egoísta?

—Entiendo tu deseo pacifista, Kay —repite Lynne—. Y de verdad espero que los propios reyes quieran evitar una batalla que vaya a afectar a sus reinos de lleno. Pero, entonces, ¿cuál es tu plan? ¿Esperar a que tu padre muera, cuando sea, y entonces... salir a la luz? ¿Crees que eso es lo *justo*? ¿No quieres que tu padre pague por sus crímenes?

Claro que quiero. Pero...

—No a costa de una guerra. —Titubeo—. Si yo salgo ahora a la luz, sin ninguna ley que ampare mi subida al trono, sólo crearemos el caos. Los oportunistas vendrán a pedir mi mano y tendré que... contemplar mi reino arder. No sólo será la guerra para Marabilia, es que será la guerra civil en mi país. Y la gente de a pie no tiene la culpa de lo que haya hecho su rey a sus espaldas. O de la avaricia de sus nobles.

Se hace el silencio. Lynne parece sumirse en un momento de meditación. Yo cuento los pasos que damos en esta calma artificial. La que precede a las grandes decisiones, aunque me da la sensación de que todo está resuelto ya antes de que la extraña muchacha pronuncie las palabras que sentencian mi próximo paso:

—Te llevaré a Dione.

* * *

Nadim está apartado de los demás cuando lo encuentro, cerca de la orilla, con la mirada puesta en el horizonte, aunque la aparta para mirarme en cuanto se da cuenta de que me acerco. No sé qué es lo que lee en mi cara. No sé si puede ver lo dividida que me siento. Supongo que sí, porque cuando estoy lo

suficientemente cerca como para dejarme caer en la arena, a su lado, él entorna los ojos:

—¿Qué ocurre? ¿No ha ido bien?

Quiero decirle que me marchó mañana con la primera marea, rumbo a Dione. Pero por primera vez no voy a navegar con ellos. Y no quiero despedirme. Aunque sepa que voy a volver. Aunque sepa que me estarán esperando. Porque lo harán, ¿verdad?

—Me marchó a Dione —anuncio. Y desearía que no sonase tan aciago, como un mal presagio.

Nadim me mira sólo un instante antes de desviar la mirada al mar. Yo deslizo mis dedos entre los suyos. Sé que aparta la vista porque no se siente cómodo. Siempre lo hace. O porque quiere ocultar sus verdaderos sentimientos.

—Así que ahora vas a presentarte a todo el mundo como Kay de Dahes, ¿no?

—Siento que ahora ese título me queda grande —le confieso.

Él hace una mueca, como si la idea le desagradase.

—Nunca digas eso ante nadie más. No les des el gusto, porque eso será lo que esperen de ti: que te sientas pequeña y poco importante. Pero no lo eres. —Titubea, pero se lleva la unión de nuestras manos a los labios—. Más bien creo que te queda pequeño, porque has descubierto la poca importancia que tiene un nombre en el mundo real. Eres mucho más que eso.

Aprieto su mano en un mudo agradecimiento por sus palabras. Él no hace nada en respuesta. Durante un centenar de latidos guardamos silencio y contemplamos el vaivén de las olas. La forma en que se desintegran en gotitas y vuelven, incansables, a arremeter contra las piedras de la orilla. La manera en la que peinan la arena y dejan las conchas al descubierto, como joyas, y escupen las algas que les sobran.

Al final, soy yo quien habla. Lo hago con un susurro, como si no quisiera que nada a nuestro alrededor se enterase de nuestros secretos.

—Nunca llegaste a decirme qué puesto querías en mi hipotético y soñado reino.

Él me mira. Ahora, en este contexto, lo cierto es que mi elección de tema suena un poco a... despedida. A la última cosa que nos queda por decirnos. Incluso si no es así. Incluso si, en realidad, me quedan demasiadas cosas que confesarle.

—Quizá no me viese en ninguno, después de todo. Los demás pueden hacer cualquiera de las cosas que podría hacer yo y mejor.

No es cierto. Nadie me hace sentir como él. No pasaría mis noches de luna llena con nadie más. Es amable y sincero, y me hace recordar que hay cosas buenas, aun cuando todo parece perdido.

Pero no sé cómo contarle esas cosas, así que sólo aprieto su mano.

—Algo tiene que haber. Algo que sólo tú puedas hacer. Estoy segura de ello.

Él hace un sonido que resuena en su pecho. Incredulidad. Quisiera pellizcarlo y decirle que es una persona maravillosa. Que no tiene derecho a hablar así. Que se valore más. Que...

—La próxima vez que nos veamos, tienes que haber encontrado una respuesta. Esa es tu tarea.

Hay un silencio largo, demasiado largo. Temo que me diga que se marchan de Marabilia. Que aquí ya no les queda nada. Me aterroriza pensar que vaya a romperme el corazón de esa manera. Y, al mismo tiempo, quizá sería lo mejor para todos. Para ellos, al menos, que podrán seguir adelante sin todas las cargas que he puesto sobre sus hombros a lo largo de las lunas. Para mí... No, para mí no sería ningún alivio. No ganaría nada si ellos me dejasen atrás, excepto el recuerdo de los buenos momentos.

—¿Crees que eso volverá a pasar? —pregunta al fin.

—Vamos a reencontrarnos —murmuro. Si quieren—. Pero por favor, no me lo pongáis muy difícil. Tengo unos recursos muy limitados y, si os vais de Marabilia, me va a costar mucho hacerlo.

Trato de esbozar una sonrisa, pero me da la sensación de que no es lo bastante amplia. Él no corresponde, pese a que me gustaría. Se queda muy callado, observando la arena, y yo me doy cuenta de que sólo me queda una cosa por

decir. No sé si lo hará reaccionar, pero espero que sí:

—Me marcho mañana con la primera marea.

Él coge aire y aparta la vista. De nuevo, quietud. Una que me mata por dentro, que me acuchilla con cada latido en el que no obtengo respuesta. Los ojos se me llenan de lágrimas. Así que ¿no va a decir nada? ¿No va a moverse? ¿Quiere que nos quedemos aquí para siempre, que nos convirtamos en estatuas? Que diga algo. Incluso mi nombre, si eso es lo único que logra convocar. Cualquier cosa es mejor que esta tranquilidad, que esta fingida paz. Que me abrace, que me bese. Que se aparte, si así lo desea. Lo que sea, pero que me haga sentir que está vivo, que tiene sentimientos, quizá. Por mí. Por lo que hemos vivido.

—Deberías... despedirte de los demás —dice en cambio. ¿Ya está? Miénteme, dime que está bien. Lloro, enfádate, bromea, métete conmigo. No dejes pasar el momento. Que no sea lo que nos une ahora sólo indiferencia. ¿Ni siquiera me va a dar una despedida a solas con él?—. Te acompañaré.

Nadim se levanta. No me tiende la mano. No se burla de mí. Echa a andar y yo, por inercia, lo sigo un par de pasos por detrás. Algo dentro de mí quiere romperse, pero yo lo obligo a mantenerse entero. No. Ya está.

Si para él es más fácil así, sea.



Collen

—Quería daros las gracias a todos. Por haberme ayudado y por haberme tratado tan bien. Sois probablemente las mejores personas que he tenido la oportunidad de conocer y... no cambiaría el tiempo que he pasado con vosotros por nada en el mundo. Ni por todos los palacios ni por todos los tesoros. Os..., os quiero mucho.

Kay parpadea para evitar las lágrimas y yo me separo de Rick para echarme sobre ella. Mis brazos la rodean y siento los suyos también agarrándose a mí. Creo que va a echarse a llorar, creo que yo mismo lo haré. Cuando nos ha reunido a todos en la playa, ya me temía una despedida, pero no me gusta la idea de que se aleje de nosotros. Le he tomado demasiado cariño. Ella y yo nos entendemos de una manera especial, diferente, como nadie más puede comprenderse. Compartimos más de lo que cualquiera podría pensar. He aprendido a verla como una hermana pequeña. Y aunque siempre he sabido que su lugar no estaba del todo entre nosotros, que su destino era otro más importante, creo que hasta ahora no he querido aceptarlo de verdad.

—No es necesario esto. No es como si te fueras a marchar para siempre y nunca más nos fuésemos a ver, ¿verdad?

Ha sido Rick quien ha hablado. Kay y yo lo miramos y ella asiente, pasándose una mano por los ojos. Yo le sonrío, agradeciéndole su apoyo sólo con eso. En los últimos días parece un poco más animado porque le han dicho que es posible que haya soluciones para su pierna: en concreto, un invento que hacen en un Taller afiliado a la Torre de Nigromancia de Idyll, mucho más enfocados en la búsqueda de soluciones médicas que el Taller de Dahes. Al

parecer, uno de los encargados ha dado con una fórmula de escamas de sirena para regenerar el movimiento en un cuerpo dañado. Al parecer, un hombre que perdió la mano en un accidente la recuperó gracias a eso.

Por supuesto, aunque recuperase su pierna, hay otras cosas que no se pueden salvar ya, y eso le sigue pesando demasiado. Junto con Nadim, es el que peor lleva lo que ocurrió con Jared, por eso yo me mantengo todos los días a su lado, sosteniéndolo como él me sostuvo cuando más lo necesitaba. A veces, cuando está muy triste por la pérdida, me cuenta historias de un chiquillo que no conocí, pero él sí, y yo sólo escucho. Otras, cuando se despierta de alguna pesadilla, se abraza a mí y me besa para intentar olvidar, y yo le regalo mis caricias para llevarlo a aguas más tranquilas.

—Si somos las mejores personas que has conocido, princesita, lo más probable es que no hayas conocido a muchas personas.

Kay casi se ríe ante las palabras de Tayeb, que la mira con las cejas enarcadas hasta que Sabir le da un codazo en las costillas y él se dobla por la mitad, matándolo con la mirada.

—Vamos, di algo dulce y amable por una vez en tu vida, Tayeb. La muchacha te ha llamado buena persona, lo mínimo es que pongas de tu parte para que haya dos milagros en un mismo día.

Harren se acerca y me hace un ademán para que me aparte de Kay. Yo lo hago, a regañadientes, pero me quedo cerca. El hombre la estrecha entre sus brazos, y la levanta del suelo y Kay, esta vez sí, ríe.

—Espero que te den bien de comer en ese palacio de Dione.

—No es como si me fuese a hospedar allí, pero la comida no será ni la mitad de sabrosa de lo que es en el barco, te lo aseguro.

—No le digas eso o se lo creerá —le advierte Owain, acercándose también para darle un beso en la cabeza—. Cuidado con los nobles.

Gavin le revuelve los cabellos.

—Y con los piratas.

—Palabra de princesa de que sólo vosotros tenéis derecho a mantenerme en

cautiverio.

Sólo hay alguien que no se acerca a ella. Me fijo en Nadim, apartado unos pasos con los brazos cruzados sobre el pecho. Ni siquiera nos mira, tiene los ojos puestos en sus botas, aunque no está lo bastante lejos como para no oírnos. Vino acompañándola, pero no dijo nada y se ha quedado ahí todo el rato.

Sacudo la cabeza y vuelvo a mirar a Kay. Ahora que el resto la ha soltado, yo puedo volver a aferrar su brazo.

—Rick tiene razón. Esto no es necesario. No es una despedida, ¿verdad? — Le sonrío—. Tienes que volver con nosotros en cuanto tengas al rey de Dione en la palma de la mano. ¿No quieres ver lo que hay más allá de Marabilia? Como ahora las aguas no son seguras aquí, tendremos que marcharnos, pero debes venir con nosotros. Hemos estado hablando de próximos destinos y he convencido a Gavin y Owain para ir a Faesia. ¡Han prometido enseñarnos muchas cosas de los reinos en los que nacieron! Owain dice que en el suyo hay flores que brillan por la noche y...

—Collen.

Todos callamos, girándonos hacia Nadim. No ha alzado la vista, pero su voz ha sonado firme para silenciarme. Lo consigue.

—No quiero que sea una despedida —murmura Kay—. Si me esperáis...

Doy un respingo y la miro. ¿Lo duda?

—¡Pues claro!

—Collen.

Una vez más, Nadim. Aprieto los labios, molesto con su actitud. ¿Se puede saber qué le pasa? ¿Qué está haciendo?

—¡Tú tampoco quieres despedirte de ella! —lo acuso.

Hace una mueca. Sólo entonces nos mira. O me mira, más bien. Creo que no quiere volver a cruzar sus ojos con los de Kay.

—No, no quiero. Pero, si Kay vuelve con nosotros, la pondremos en peligro. Ella tiene otras cosas que hacer, otro destino que cumplir. Y ese destino está en Marabilia, y nosotros debemos marcharnos si queremos seguir navegando. Salir

de estos mares ya será lo suficientemente complicado: nosotros podemos jugárnosla, ella no.

—Cuando Kay hable con el rey de Dione, las cosas se calmarán —aseguro.

—No lo sabes. Es posible que algunos países retiren sus flotas, pero que otros mantengan fortalecida la lucha contra los piratas. Al fin y al cabo, la historia de Kay no será algo público a la que todos puedan reaccionar. E incluso si lo fuera, si los reyes tienen que elegir estar a favor o en contra de la piratería, siempre estarán en nuestra contra.

—Yo estoy a vuestro favor —protesta Kay—. E intercederé por el *Justicia*. A lo mejor puedo conseguir que el rey de Dione haga lo mismo. Que os dé una bandera o...

—Parece que le tienes mucho aprecio a esta gente.

Todos nos giramos, sorprendidos. Estábamos tan concentrados en Nadim que ni siquiera nos hemos dado cuenta de que una muchacha se ha acercado a nosotros. Nos observa con interés, una mano en la cadera.

Kay parece reconocerla, pero, antes de que pueda abrir la boca, la muchacha misma mueve la mano a modo de saludo.

—Lynne —se presenta. Yo abro la boca. ¿Así que esta es la famosa mercader? Me la imaginaba diferente. Más adulta, tal vez. ¿Cuántos años tendrá? ¿Los mismos que yo? No muchos más, desde luego—. Sí, soy la jefa del negocio que habéis intentado hundir, literalmente, en los últimos tiempos. Encantador por vuestra parte. Pero Diandra me ha explicado que en el fondo sois unas marionetas en manos del rey de Dahes y ahora mismo ese hombre no me gusta demasiado, así que determinaremos que somos amigos por enemigo común.

Al principio nadie dice nada. ¿Cómo vamos a hacerlo? Su aparición es demasiado imprevista y además hemos estado persiguiendo sus barcos. Sólo cabría pedir disculpas, en todo caso.

—¿Qué haces aquí? —pregunta Nadim, en cambio.

La mercader cruza los brazos sobre el pecho, midiendo a nuestro nuevo capitán.

—Venía a ver si Kay estaba lista para partir al amanecer y me he topado con una conmovedora reunión de despedida con unos delincuentes.

Es extraño, pero no lo dice como si pretendiera insultarnos, sólo como si fuera un hecho irrefutable. Nos miramos entre nosotros de nuevo. Incluso Tayeb parece haberse quedado sin palabras, aunque por lo general él habría respondido como mínimo con un «repite eso».

—Estaré lista al amanecer, Lynne —informa Kay, tocándose ese mechón más corto que el resto—. Esta es la tripulación del *Justicia*. Mis amigos.

Lynne nos analiza a todos, uno por uno, antes de volver a hablar:

—Dione no os dará una bandera —anuncia con voz neutra. Así de fácil le da un soplo a todas nuestras esperanzas. Se gira hacia Kay, cruzando los brazos sobre el pecho—. Y tú no puedes pedir una bandera para un barco pirata: escoge qué luchas puedes y no puedes librar, princesa. Presentar tu situación ya será lo bastante complicado como para que además defiendas la piratería, aunque sea de un único barco. ¿Crees que alguien sabe que las muchachas del *Libertad* y yo trabajamos juntas, acaso?

—Nadie tiene por qué saber que son piratas. Puedo decir que..., que...

Harren demuestra ser el mayor de todos cuando asimila la derrota mejor que nadie. Pone una mano en el hombro de Kay.

—La mercader tiene razón, princesa.

Kay baja la vista. Yo rodeo su cintura, abrazándola.

—Pero tiene que haber una manera... —susurra casi con una súplica.

—Siempre la hay —dice Lynne. Vuelve a mirarnos a todos—. Podéis trabajar para mí.

Al principio ninguno reaccionamos. Después, cuando la información se cuela en nuestras cabezas, creo que no soy el único que piensa que esta chica nos está tomando el pelo. Comparto un vistazo con Rick, que me mira a su vez.

¿De dónde sale esta mujer?

—Disculpa, ¿qué?

Es Nadim quien al final pregunta todo lo que los demás estamos pensando.

—Por lo general *robamos* cosas —dice Rick, rascándose la cabeza—. No las... vendemos.

—Eso no es problema —anuncia ella—. Yo empecé así: de los diez años hasta los catorce. Había que sobrevivir, qué se le va a hacer. Adina, mi segunda de a bordo, es la ladrona más rápida e inteligente que jamás he conocido. ¿Aldric? Ahora es el capitán del *Sueño de Mar*, pero cuando lo encontré se dedicaba a robar alcohol y beberlo por las esquinas del puerto de Dione. Tal y como yo lo veo, mejor empezar robando y terminar participando en un negocio legal que al revés, ¿no creéis?

Abro la boca. La cierro. El resto se miran. Tayeb y Sabir murmuran por lo bajo y yo me imagino que están apostando si esta extraña muchacha se está quedando con nosotros o habla en serio. Es difícil decirlo, porque su rostro y su tono no han cambiado en ningún momento.

—¿De dónde has salido *tú*? —pregunta Gavin, suspicaz—. Se supone que nadie quiere darles un trabajo honrado a unos piratas.

—A menos que lo que proponga no sea muy honrado —apoya Owain.

—No vamos a ser corsarios de nadie —advierte Nadim.

Lynne resopla como si le hiciera gracia el último apunte.

—¿Corsarios? ¿Qué crees que soy? ¿Reina?

—Entonces, ¿quieres que... vendamos tu mercancía? —pregunto yo, inseguro.

—No exactamente. Esta es mi oferta, y os aconsejo que no intentéis cambiarla: mis ofertas siempre están muy bien calculadas. —Lynne alza una mano y todos seguimos su dedo cuando señala hacia el océano. No, no hacia el océano: hacia el *Justicia*—. Vuestro barco pasará a formar parte de mi flota. Sin coste, por supuesto. Recuperaréis la mercancía que me habéis robado y parte de mis trabajadores pasarán a formar parte del navío. Ellos os ensañarán todo lo que necesitáis saber. No estaréis solos y, oh, no tendréis el mando: Adina pasará a ser vuestra capitana.

No necesito mirar a Nadim para saber que tiene el ceño fruncido. Lynne se

fija en él y cruza los brazos sobre el pecho, al adivinar sus protestas:

—No es discutible —le advierte. Nos lo advierte a todos, en realidad, que dudamos y nos volvemos a echar vistazos nerviosos entre nosotros—. Todos mis barcos tienen al frente a alguien de mi plena confianza. Y tal y como yo lo veo, esta es vuestra única oportunidad de seguir navegando, tanto por Marabilia como fuera de nuestros mares, con seguridad. Tendréis bandera y registro... y tú podrás estar con ellos, si es lo que quieres.

Lo último se lo dice a Kay. La veo coger aire antes de apoyarse contra mí. Traga saliva, casi sin atreverse a preguntar.

—¿Podría?

—Vas a necesitar un lugar seguro donde refugiarte, y tu padre nunca te buscará en mis barcos ni imaginará que trabajas como mercader. Eso te dará libertad para moverte por Marabilia y tus aliados sabremos dónde estás incluso cuando estés en constante movimiento.

Kay está encantada con el ofrecimiento, por supuesto, aunque no va a decirlo porque cree que esta no es su decisión. Nos miramos y yo sonrío un poco. Intento pensar en los contras de este trato inesperado, pero nada me viene a la cabeza. Es justo lo que necesitamos. Libertad para volver a navegar. Registro. Bandera. Kay estará a salvo y no va a tener que apartarse de nosotros.

Todos miramos a la persona que tiene que decidir, sin embargo. Al capitán. Él, por su parte, se queda quieto, observando a Lynne. No hay nada en su expresión que me dé una pista de qué va a decidir. Sus labios se humedecen y yo aguardo casi conteniendo la respiración.

—No tomaré esta decisión solo —determina al fin.

Me falta tiempo para alzar la mano.

—Yo digo sí. —Miro a Lynne—. Soy experto en cartografía, podría trazar nuevas rutas comerciales favorables para ti y para tu negocio.

La mercader me observa y sólo entonces surge un asomo de sonrisa en su boca. Es confiada, como si ya supiera que esto iba a suceder. El resto, por supuesto, no tarda en alborotarse:

—Yo voy donde dice él —anuncia Rick.

—Supongo que hacer algo dentro de la ley de vez en cuando puede estar bien —dice Gavin.

—Si tengo que volver a Faesia, hacerlo como mercader me parece la manera más segura —razona Owain.

—Bueno, es indudable que sería una pena tener que exiliarnos de Marabilia. Además, temo que cualquier día de estos mi hermosa cara sufra daños —sostiene Sabir.

—Alguien tendrá que alimentarnos, así que me tocará ir con vosotros —argumenta Harren.

—Prepárate, Sabir, porque cada día pienso apostar por quién de los dos vende más y vas a morder el polvo de tantas maneras diferentes que vas a olvidar cómo era el sabor de cualquier otra cosa que no sea la derrota.

Me echo a reír. Todos comenzamos a hablar y Lynne espera con paciencia a que el revuelo se calme un poco. Entonces mira a Nadim, que no ha abierto la boca.

—¿Así pues, capitán? ¿La decisión?

Nadim aprieta los labios. Yo me siento un poco mal, de pronto, porque él no parece cómodo. Parece inseguro y triste. Y, aun así, alza la mano, extendida hacia Lynne.

La mercader no tarda ni un segundo en estrecharla.

—No os mováis de la isla hasta que volvamos. Registraré los nuevos barcos en Dione y a partir de entonces nos pondremos en marcha.

—¿*Nuevos barcos*? —pregunto sin dejar de notar el plural.

Lynne ya se ha girado cuando mira hacia atrás. Esta vez sí parece burlarse de nosotros, a juzgar por la sonrisa que hay en su boca.

—El *Libertad* ha aceptado el mismo trato.

La mercader se marcha.

Sólo hay un segundo de silencio antes de que todos volvamos a mirarnos y nos echemos a reír y a celebrar. Abrazo a Kay y ella misma estrecha sus brazos a

mi alrededor, su risa cerca de mi oído.

El que parecía nuestro final sólo es el maravilloso principio de un nuevo cuento.



Nadim

Sé que a ti no te gustarían los nuevos planes que se han hecho. No culpo a los demás por no pensar en ti, en lo que habrías decidido o en cómo habrías actuado ante el ofrecimiento de esa mercader. De hecho, sé que apruebas más su comportamiento que el mío. No te gusta mi intento desesperado de mantenerte entre nosotros. Puedo verte descontento, apoyado en la mesa del escritorio del camarote. Juegas con un reloj de arena entre los dedos y tienes el ceño fruncido. Me preguntas qué estoy haciendo, me exiges que siga adelante y que deje de pensarte. Pero ¿cómo podría? Tu sombra es demasiado larga y tu fantasma, demasiado corpóreo.

«Pero sólo soy un fantasma», me recuerdas.

Me paso una mano por el pelo, mirando uno de tus relojes. ¿Los eliminará esa nueva capitana de este camarote? ¿Borraré cualquier rastro de tu presencia? Yo en estos días no he podido tocar nada, ni lo más mínimo, para no alejarte. Ella no te conoció, así que no puedo ni soñar con que hará lo mismo. Se irá apoderando de tu lugar, del espacio que siempre debió ser tuyo, y tú te irás haciendo más pequeño, hasta que residas sólo en las motas de polvo de algunos libros olvidados o entre los mapas que se conserven, con todos los destinos que deberías haber visto y que nunca visitaremos juntos.

¿Cómo quieres que esté contento con esto, Jared? Incluso si es una oportunidad segura para sobrevivir, no es la oportunidad que tú habrías tomado. ¿No es eso traicionarte? ¿No es darle la espalda a todo lo que eras, a todo lo que nos has hecho ser? Tú te habrías lanzado al mar sin dudar. Te la habrías jugado.

Te habrían dado igual los mares de Marabilia u otros: habrías seguido siendo libre, sin acceder al trato de esa muchacha. Te habría parecido casi un insulto, un acto de desesperada cobardía...

—¿Nadim?

Casi se me cae el reloj de los dedos por la sorpresa de oír mi nombre. Por supuesto, no eres tú. Levanto la mirada para encontrarme con Kay asomada al camarote. Siempre duda de si entrar cuando me ve sentado en tu cama, demasiado inmerso en mis pensamientos o en tu recuerdo. Aparto la vista de inmediato. Me insultas. Me dices que me estoy comportando como un idiota con ella. No voy a discutirte: es posible que lo esté haciendo, pero no sé de qué otra manera actuar.

—Desapareciste —me dice ella, atreviéndose a entrar—. Todo el mundo estaba celebrándolo y de pronto tú ya no estabas.

Claro que no. No podía unirme a ellos. Prefería estar aquí, contigo, pidiéndote disculpas por no tener la fuerza para negarme de manera tajante a la oferta que nos han hecho. Tal y como lo habrías hecho tú.

«Yo no estoy aquí», me recuerdas con un resoplido.

Sacudo la cabeza.

—Vine a... —Dudo. No le voy a decir que he venido a hablar contigo. No sé si porque me avergüenzo o sólo porque no quiero ver la pena cruzando su mirada. Ella ya tiene suficientes preocupaciones—. A por la patente de corso firmada por tu padre —determino al fin—. Creo que te podría ser útil en Dione cuando cuentes tu historia.

Si Kay sabe que esa no es la verdad, no lo hace notar. Yo me pongo en pie y me acerco a la mesa, pasando por tu lado. Me sigues con la vista. No tienes que indicarme dónde guardas los documentos tan importantes: lo sé muy bien. Tercer cajón a la izquierda, que se abre con la llave que se esconde bajo el reloj de arena más grande. Habría dado igual cuántos barcos hubiésemos tenido: siempre te organizabas de la misma manera.

Cuando encuentro la patente, se la tiendo a Kay, acercándome a ella.

—Toda tuya. Te ayudará a demostrar que tu padre no estaba precisamente limpio.

Ella me observa con fijeza antes de tomar la patente y doblarla con cuidado. Doy un paso atrás, pero sus dedos me atrapan antes de que pueda alejarme del todo.

—Voy a echarte de menos.

Vuelve a alzar la cabeza para mirarme. Yo me ahogo un poco. No puedo enfrentarme a esos grandes ojos que tiene, que me piden una respuesta.

—Sólo van a ser unos días —susurro—. Esa muchacha nos dado una solución a todos, ¿no es cierto?

«Sí, y tú eres el único que se lamenta por ello, gilipollas», me acusas.

—He pasado los últimos meses acompañada por vosotros casi a cada instante —responde ella, en cambio. Salva el paso que yo me he alejado y contengo un estremecimiento cuando sus dedos van a mi cara para obligarme a mirarla—. Creo que tendré razones para añorar algunas cosas.

No me deja responder. Se pone de puntillas y su boca se presiona contra la mía. Casi me tambaleo, sin esperármelo, pero como siempre que me besa no soy capaz de rechazarla. Ella se acerca más al sentir que no la aparto. Sus brazos rodean mi cuello y mi corazón se acelera cuando su pecho se pega al mío.

«Menos mal que la enana tiene la determinación que a ti te falta», te burlas.

Cuando su beso acaba, no se separa de mí. Su rostro se esconde en mi cuello.

—Dime qué ocurre —me pide.

«Habla con ella, estúpido. Lo contrario sí es huir, y no el trato de esa mercader».

Suspiro. Aunque me cuesta, mi brazo al final accede a rodear la cintura de Kay. Los dedos de la otra mano se enredan en sus cabellos, cada vez más largos y en tirabuzones.

—Juro que me alegro de que sigas con nosotros. De que haya una... oportunidad para todos y de que no tengamos que arriesgar nuestras vidas para exiliarnos, y de no perderte, porque hasta hace unas horas estaba seguro de que

serías otra más de esas personas que llegan a mi vida, la tocan y luego... se marchan.

Eso debería ser suficiente explicación para mi silencio antes de que llegase la propuesta. Creo que lo entiende, porque me abraza con más fuerza y yo siento que me deshago un poco entre sus brazos. Supongo que es su manera de decirme que ella no va a desaparecer como desapareció un día mi hermana o marcharse para siempre como te has marchado tú. Me gustaría creerla, pero nunca dudé de que tú y yo estaríamos juntos hasta el final y te adelantaste y te has ido a lugares en los que no puedo atraparte.

En realidad, podría atraparte. Pero tú nunca me lo perdonarías, ¿verdad? Si fuera a buscarte allá donde estás, me odiarías.

«Ya llegarás a donde estoy, Nadim. Y entonces te recibiré con un gran abrazo y nos beberemos hasta las estelas de las estrellas. Pero no te toca todavía, hermano. No hagas que tenga que despreciarte por una eternidad: es demasiado tiempo».

—Así que te alegras —dice Kay—. ¿Pero?

—Pero...

Callo, sin saber cómo continuar.

—Es por Jared, ¿verdad?

La miro, sorprendido de que lo haya adivinado. Tú sonríes. «Siempre fue una resabida, ¿no?».

—Nadim, mírame. —No me da otra opción, porque se separa para coger mi cara—. No lo estás traicionando ni nada parecido, si es lo que piensas.

¿En qué momento ha llegado a conocerme tan bien?

—Él jamás habría aceptado algo así. Lo conozco. Se habría burlado de esa mercader. Le habría dicho que somos libres, no empleados, y habría salido ahí fuera corriendo los riesgos que fueran necesarios. Claro que siento que le estoy traicionando.

—No, Nadim; has hecho lo mismo que él quiso hacer al final: elegir lo que crees que es mejor para la tripulación. Los has dejado escoger. Ha sido la

decisión *de ellos*. Y no conocí a Jared tan bien como tú, pero me da la sensación de que habría hecho cualquier sacrificio por veros felices. Así que sólo hay una pregunta: ¿puedes ser feliz con el trato que ha ofrecido Lynne?

Cojo aire, sintiendo que me ahogo. Quiero mirar hacia ti, preguntarte si tiene razón, pero sus ojos de miel me tienen atrapado por completo.

¿Puedo ser feliz con la decisión tomada?

«Sabes que puedes. Y eso es lo que te hace sentir mal, hermano. Pero yo no te culpo por encontrar una manera de seguir adelante. No culpo a nadie. Todo lo que quise siempre para ti es que fueras feliz. Que lo seáis todos. Y si esto es lo que os va a dar esa felicidad, la libertad que yo siempre aprecié, eso es lo que quiero».

Bajo la vista con dificultad. Me imagino tu mano en mi hombro, dándome una última palmada. «Todo va bien, Nadim. Deja que me vaya».

Aprieto los labios. Kay vuelve a rodearme entre sus brazos, a apoyarme contra ella. Un beso cae sobre mis cabellos. Yo me agarro a su cintura como si fuera una tabla de madera en medio de un naufragio.

—¿Soy un estúpido por dejar que su recuerdo pese tanto? —le pregunto con la voz tomada.

—No, no lo eres. Qué tontería. Los recuerdos pesan, es inevitable. Y no creo que esté mal que lo recuerdes, porque es parte de ti. —Sus dedos rozan mi pecho a la altura del corazón—. Somos un poco las personas que nos rodean. Las que nos marcan. Y eso no está mal...

No, claro que no lo está. Pero quizás el problema sea convertirlas en el centro de nuestra vida, ¿verdad? Eso es lo que hice con Zahara durante mucho tiempo. Debí haber aprendido la lección y no volver a caer en el mismo error contigo. ¿Es eso? ¿Por eso no dejas de insultarme cuando pienso demasiado en ti? Cuando me quedo paralizado pensando en qué habrías hecho tú, como ahora. En qué sería el mundo contigo y no sin ti.

Aparto la mirada de Kay para mirarte. Tú tienes tu sonrisa de siempre. Te encoges de hombros.

«Siempre voy a estar contigo. Pero ya no como antes, hermano. Y tienes que aceptarlo y dejar que me marche. No quiero pesarte. No quiero estar aquí, doliéndote. No quiero impedirte vivir. Elegiste vivir aquel día rechazando la imagen de aquella Zahara del pasado. Ahora tienes que elegir vivir rechazando mi fantasma. Y seguir adelante. Te dije que podrías hacerlo. Podrás, y yo estaré viéndolo, y seré el hermano más orgulloso que jamás ha existido».

Lo entiendo. Lo entiendo, aunque no quiero entenderlo. Lo entiendo, aunque sigue pareciéndome cruel. Aprieto los dientes, mirando cómo tus dedos acarician los cabellos de Kay cuando pasas por su lado.

«Aférrate a los vivos, Nadim, a los que siguen aquí. Ellos también te necesitan a ti».

Asiento y contengo a duras penas el llanto. Kay mira hacia su izquierda, allá donde yo observo. Me pregunto si ella también te ve o sólo te apareces ante mí. Si eres invento o realidad. ¿Cómo se sabe cuándo los fantasmas existen o son sólo locuras?

Tú le sonríes. También a mí.

«Buena vida, hermano».

Kay me acoge entre sus brazos y me impide ver cómo desapareces, como si ella también hubiera escuchado tu despedida. Quiero creer que así es.

Elegir vivir sin ti es lo más duro que he hecho nunca. Pero lo hago. Es como emerger de aguas profundas, unas en las que ni siquiera sabía que me había hundido en los últimos días.

No dejes de mirarnos, Jared. Voy a esforzarme para ser feliz.

Voy a esforzarme para que estés orgulloso de mí.

* * *

Kay me sostiene durante tanto tiempo que ni todos los relojes del camarote podrían contenerlo. No hay más palabras entre nosotros, sólo sus brazos a mi alrededor y sus caricias en mis cabellos. En algún momento, no sé cuándo, me

hace sentar en la cama y es allí donde al fin consigo algo de calma, cuando ya no me quedan lágrimas ni fuerzas para seguir llorando. Ni siquiera entonces habla ella. El único sonido que me regala es el de su pulso contra mi oído.

Cuando consigo recomponerme, o más bien unir de manera precaria todas las piezas en las que me he deshecho, me separo de su cuerpo y ella me observa con una preocupación que quiero borrar de su cara. Se marcha mañana, debe de haber mil cuestiones de su futuro en su cabeza, tiene que temer lo que puede llegar a ocurrir desde que ponga un pie en Dione. Y, sin embargo, aquí está, consolándome por algo que ya no tiene remedio.

—¿Por qué parezco yo el niño aquí? —le pregunto, intentando que mi voz no suene ronca. Intentando sonreír aunque cueste—. Te saco casi diez años.

Kay se sorprende por mis palabras, pero parece que le alivian también. Sonríe apenas y me aparta de la cara algunos mechones que se han alejado de mi lazo.

—Tengo una gran madurez para mi edad, ¿no te habías dado cuenta todavía?

—Lo cierto es que no. —Ella frunce el ceño y yo alzo los dedos para coger su mejilla, tirando de su tierna piel—. Con esta cara, de hecho, a veces hasta me siento mal por tener ganas de besarte.

Sabe que bromeo y veo su alegría por que lo haga. La misma sorpresa que la primera vez que bromeé ante ella. Por eso es tan evidente que la exclamación de indignación que emite es fingida y yo me la trago contra mi boca cuando presiono mis labios contra los de ella. Es una manera de acallarla, pero también de agradecerle que se haya quedado aquí conmigo.

Creo que se sorprende, pero se abraza a mí con tanta fuerza que no puedo ni pensar en que le haya molestado mi beso.

—¿Puedo quedarme contigo esta noche? —pregunta contra mis labios. Es apenas un susurro, un suspiro.

Dadas las horas que deben de ser ya, casi me parece una pregunta estúpida. Asiento, aun así. Voy a separarme para decirle que se acueste y descanse, que durmamos, pero ella apenas me deja un segundo de distancia antes de volver a capturar mi boca. Entrecierro los ojos, mirándola, algo incrédulo por su

necesidad, pero no la separo. Dejo que se mantenga todo lo cerca que quiera, que me bese tanto como desee. Es peligroso, porque se acerca todavía más de lo que había calculado. Cuando se separa y recuerdo cómo se respiraba, lo olvido de nuevo en el momento en que ella esconde su cara en mi cuello y lo besa.

—¿Kay...? —pregunto, inseguro—. ¿Estás bien?

Ella asiente.

—Te dije que iba a echarme de menos.

Y yo no le respondí, claro. Cierro los ojos, girando la cara para presionar mis labios contra su sien, contra sus cabellos.

—Y yo a ti, sirena.

Silencio.

—Dime más.

—¿Qué?

—Dime qué más sientes por mí. Vas a echarme de menos. ¿Qué más?

Doy un respingo. Abro los ojos, que había cerrado, y me separo lo justo para observarla. Ella también alza la vista. Hay vergüenza tiñendo sus mejillas, pero mantiene la barbilla levantada en ese porte orgulloso que a veces tiene.

Trago saliva.

—No sé a qué te refieres.

—¿Me harás preguntarte directamente? —protesta.

Bueno, con suerte recordará qué es el pudor y no podrá, así que asiento. Ella abre la boca, como si hubiera cometido una afrenta terrible. Creo que me libraré, porque el rubor de sus mejillas crece, pero entonces coge aire en una bocanada que parece contener todos los vientos de Marabilia y habla:

—¿Piensas en mí cuando no estoy contigo? ¿Fantaseas conmigo? ¿Me encuentras atractiva? Lo que tenemos es un misterio para mí y me lo he estado preguntando. ¿Tenemos algo, siquiera? Nunca lo hemos hablado.

Siento que el rostro me empieza a arder también a mí. Suelto a Kay como si ella misma fuese un fuego y estuviera quemándome por su culpa. Aparto la mirada, incrédulo. Por esto prefiero las voces en mi cabeza o los fantasmas.

Ellos dan menos problemas que la gente real. Ellos siempre saben qué pienso sin necesidad de que lo pronuncie. Conocen mis miedos y mis sentimientos más profundos.

—Esas son muchas preguntas —murmuro.

—Y no vas a responder ni una, ¿verdad?

Resoplo.

—Las responderé todas, claro: y tú harás lo mismo.

—De acuerdo.

Abro la boca. La cierro. No, no se suponía que fuera a responder *eso*. La miro, incrédulo, pero ella sólo aguarda, apretando los labios.

—Disculpa, ¿qué?

—He dicho que de acuerdo. Contestaré las mismas preguntas. Pero tú lo harás primero.

—Perdona, pero ¿no se supone que a la gente de la realeza la instruyen en el decoro y en la vergüenza y...?

—Estoy esperando.

Me callo. La miro y me encojo. No puedo entender en qué momento hemos llegado a esta situación. ¿Cómo lo ha hecho para hacer que la conversación acabe en este punto?

—¿Y bien?

Aprieto los labios, observándola, pero cojo aire e intento recurrir a toda mi fuerza de voluntad para abrir la boca y convocar mi voz:

—Pienso en ti más de lo que me gustaría. He fantaseado contigo de maneras que no voy a admitir, así que no preguntes más. Te encuentro *demasiado* atractiva. Y no tengo ni idea de si tenemos algo.

Kay me mira con los labios entreabiertos. No me imagino la sonrisa que hay de pronto en su boca, primero pequeña, luego más amplia, aunque intente esconderla tras una mano mientras aparta la mirada. Sus dedos van a retorcerse ese mechón más corto.

—Te toca —le recuerdo, y aparto la vista avergonzado.

Ella me observa. No sé si lo que hay en sus ojos es diversión o simple felicidad, pero me atrapa entre sus manos y rodea mi cuello con los brazos. Me obliga a volver a mirarla cuando alza su boca hacia la mía. Entrecierro los párpados, cogiendo aire ante sus susurros contra mis labios:

—Sí, pienso en ti y a veces hasta hablo de ti. He fantaseado, y puede que aún más de lo que es apropiado. Y sí, te encuentro atractivo.

Trago saliva. Creo que me mareo porque el corazón bombea demasiado rápido.

—Bien —murmuro.

Kay se queda muy quieta a un suspiro de distancia de mi boca. Se separa entonces, mirándome. Parece incrédula.

—¿Y ya está?

Boqueo.

—Sí. No. No sé. ¿Qué se supone que se dice en estos casos? ¡Además, no has respondido a la última pregunta!

Ella enrojece más todavía.

—¡Se supone que tienes que besarme! ¡Estaba muy cerca, estaba claro! ¡Y entonces se responde a la última pregunta sin necesidad de palabras!

—¡O tú has leído demasiadas novelas o Collen te ha contado muchos cuentos! —protesto—. ¡Además, puedes besarme tú, según tu teoría!

—¡Puede que haya leído algunas historias de amor, pero en ninguna el enamorado era tan lento!

Pero ¿cómo se atreve?

—¡Quizá la enamorada debería decir lo que quiere más claramente y el enamorado lo sabría, y entonces todo sería más fácil y...!

Me calla. Lo hace al echarse sobre mí con un gruñido de frustración. No la espero, así que, cuando se abalanza con tanta seguridad sobre mi boca, yo caigo hacia atrás en la cama con ella. No le importa: su beso no desaparece, y yo suspiro y la aprieto contra mi cuerpo. Al menos esto sí sé cómo afrontarlo. Puedo resolver las caricias mejor que las palabras. Seguir sus labios es fácil, casi

natural.

Quizá por eso el beso se alarga, porque los dos nos hemos acostumbrado a esto. Ambos nos relajamos en los brazos del otro o sólo nos perdemos, no lo tengo claro. Cuando se separa apenas y me observa rozando su boca sobre la mía, yo suspiro.

—En realidad, esto es lo que llevamos haciendo mucho tiempo ya, así que no creo que responda ninguna pregunta sin necesidad de palabras —le susurro muy bajo—. ¿Son sólo besos? ¿Sólo... algo de un momento, de vez en cuando...?

Kay también necesita aliento, porque respira hondo antes de negar con cuidado. Está lo suficientemente cerca todavía como para que al hacerlo nuestras bocas se rocen.

—No para mí.

—Creo que tampoco para mí.

Kay sonrío. Yo mismo tengo que hacerlo, pese a que la vergüenza me muerde las mejillas y el corazón. No es que algo vaya a cambiar, supongo, pero el estremecimiento que me recorre el cuerpo es de una felicidad que por un momento casi me hace sentir culpable. Hasta que recuerdo que esto es lo que tengo que hacer. Permitirme ser feliz.

—Bien —dice ella con burla, imitándome.

Se me escapa una risa. Hoy no hay luna llena, pero supongo que es hora de dejar que las carcajadas nazcan incluso en noches que no rompen hechizos.

—Bien.

Volvemos a besarnos.

Es hora de atreverme a empezar a vivir.



Kay

Un poco más de luz en el camarote. Mi acompañante deja de ser una sombra contra las sábanas. Alzo la vista. Las estrellas empiezan a huir. La luna bosteza y se despide. En el Este, el sol estira sus dedos a través de la niebla que se posa en el horizonte. A mi lado, Nadim sigue mi mirada e incluso en la oscuridad puedo imaginarme su mohín.

El amanecer ha llegado demasiado rápido.

Unos dedos caen sobre mis ojos y me obligan a cerrarlos. Una mano me cubre para que no vea. Unos labios se posan en mi mandíbula. De repente, todos los besos que nos hemos dado en las últimas horas arden sobre mi piel como ascuas dispuestas a volver a encenderse.

—Por un momento —susurra, tan cerca de mi oído que su aliento me acaricia la piel— parecía que iba a amanecer, pero no, sin duda, todo está a oscuras...

La risa me burbujea en el pecho y tengo que dejarla escapar, muy a mi pesar. Truhán... Su boca se desliza hasta mi barbilla y luego por mi cuello. Acaba en la piel que el cuello abierto de mi camisa deja al descubierto, pálida y sensible a sus besos. A sus caricias. Alzo los brazos para deslizar mis dedos entre sus cabellos. Su coleta hace mucho que quedó deshecha y noto cómo su pelo me acaricia la piel al descubierto, haciéndome cosquillas.

—Es una pena que no pueda ver la noche tan hermosa que hace porque alguien me está cubriendo los ojos con una mano. No sabrás nada al respecto, ¿verdad?

Él hace un sonido de negación.

—Mi mano está aquí...

Los dedos de su diestra se posan sobre mi mejilla y bajan hasta mi boca para repasar mis labios. Yo beso su índice cuando lo hace, antes de que siga descendiendo, hasta mi cuello y más abajo. Cuando se apoya sobre mi pecho, con suavidad, yo siento el rubor coloreándome las mejillas y no sólo es de vergüenza. Hemos estado jugando a esto toda la noche. A tocarnos, a descubrirnos, a acariciarnos allí a donde las manos pudiesen llegar. A conocer nuestros cuerpos, a familiarizarnos con la piel de la otra persona. En algún momento, me quitó la camisa. En algún momento, yo se la quité a él. Pero al final...

Al final perdernos por completo habría sabido demasiado a despedida, y yo no quería eso. No deseaba precipitarme. Tendremos días y lunas para seguir con lo que empezamos, si queremos.

Y será perfecto o será un desastre, pero será todo nuestro.

Alzo las manos para enmarcar su rostro y lo guío hasta mi boca, donde nuestros labios se encuentran. Nos besamos largamente, con dulzura, en una réplica de uno de entre todos los besos que nos hemos dado durante de la noche. Cuando nos apartamos, yo separo su mano y me expongo a la luz de la mañana, que es ahora un poco más fuerte. Suspiro con pesadumbre, pero pego mis labios a su palma un instante.

—Apenas tardaré.

—Era yo quien decía eso anoche y tú me decías lo mucho que nos echarías de menos —me reprocha con una mueca—. No puedes darme una noche como esta y marcharte a la mañana siguiente. —Esboza una media sonrisa llena de diversión y malicia—. Es de piratas.

Me incorporo. Aun si no quisiera nada más que quedarme junto a él, sé que me están esperando. Y jamás sería capaz de perdonarme que ese barco zarpase sin mí. Por eso me deslizo fuera de la cama.

—Apuesto a que a ningún pirata se le ha condenado por ese delito aún, así que intentaré que no me quite el sueño.

En la penumbra, busco el resto de mi ropa y me la pongo. Creo percibir sus ojos siguiendo mis movimientos, pero intento no pensar en ello. Me siento en la cama para atarme las botas. Me voy con lo puesto, porque no tengo mucho más. Me ajusto el estoque a la cintura y me giro. Él ya está de pie, esperándome. Lo veo tenderme los brazos y yo me apresuro a resguardarme en ellos. Aunque me aferra fuerte contra él, noto su segundo de duda. Un instante al que le sigue una pregunta que no esperaba que me hiciera:

—¿Quieres que vaya contigo? En la tripulación lo entenderán y, de todos modos, no podemos movernos de aquí hasta que regreséis.

El corazón me late un poco más fuerte, pero me obligo a recordar que esto es algo en lo que no quiero inmiscuirlo. Por eso sacudo la cabeza y lo abrazo con un poco más de fuerza, pretendiendo escudarlo, aunque sé de sobra que no va a hacerle daño. Que mi negativa no significa nada en relación a nosotros. Además, sé que lo va a entender.

—Esto es algo a lo que tengo que enfrentarme sin ayuda. Tú... puedes aprovechar el tiempo para estar con tu hermana —sonrío, sintiéndolo de verdad—. Seguro que todavía tenéis que poneros al día en muchas cosas. Descansa y prepárate, pronto serás un honrado comerciante.

—Apasionante —masculla.

Nos separamos, pero no nos soltamos las manos. Murmura que va a acompañarme y salimos fuera, a cubierta, y luego bajamos al bote. Yo siento como si caminara entre nubes, con el cuerpo entumecido y la mente aturdida de pasar la noche entera sin dormir. Aunque no diré que no ha valido la pena.

Con los remos ya en las manos, observamos el otro barco, el *Sueño*, que se balancea sobre las ondas, más cercano que la costa. En oriente, la luz parece empezar a verterse sobre el mundo. Cuando hemos bebido de la vista y el frío aire matutino nos ha despejado las ideas, empezamos a movernos. Cada golpe de la madera contra el agua nos empuja un poco más cerca y yo, para ignorar la pesadumbre que me produce saber que estamos a punto de separarnos, me concentro en moverme en sincronía con Nadim.

Cuando el bote golpea contra el casco del barco y me tiran una escala de cuerda, yo la sujeto, no muy segura de si al levantarme las piernas me sostendrán. Miro al muchacho que se sienta enfrente de mí.

—Suerte, sirena.

Me muerdo el labio, pero me inclino hacia delante y lo abrazo. Me aferro a su camisa y lo beso también, tan profundamente como puedo, para que el sabor de sus labios, su textura, me acompañe.

Me tengo que obligar a separarme.

—Cuídate, genio.

Me impulso por los travesaños de cuerda y me concentro en no mirar abajo o atrás. No, al menos, hasta que estoy a horcajadas sobre la baranda y Lynne da la orden de que se prepare todo lo necesario para zarpar. Entonces y sólo entonces bajo la vista, al bote, tan pequeño y tan frágil en comparación. Él ha seguido mi ascenso con atención y por eso nuestros ojos se encuentran.

—¡Kay! —Doy un respingo. Parte de su voz se la lleva el viento; parte llega hasta mí—. ¡Espero que vuelvas antes de la luna llena! ¡No te lo perdonaré si me dejas solo esa noche!

Se me escapa una sonrisa. Espero que distinga cómo me llevo la mano al pecho. Sobre el corazón.

—¡Prometido!

—¿Palabra de pirata?

Río. La tripulación eleva el ancla. Las velas se hinchan.

—¡Palabra de pirata!

El *Sueño de Piedra* zarpa hacia Dione.

* * *

Esperaba que el viaje a bordo del *Sueño de Piedra* fuese diferente. Que todos a bordo me viesen como una persona ajena, intrusiva. Esperaba añorar el *Justicia* a cada segundo, pero, aunque no se pueden comparar con los muchachos, aunque

echo de menos sus manías y sus bromas y sus risas, la tripulación del *Sueño* es maravillosa a su manera. Por el día siempre hay algo que hacer y, aunque Lynne me mira con algo de sorpresa cuando le pido alguna tarea, siempre tiene alguna que ofrecerme. Las cenas aquí también están llenas de historias y bromas y luz de estrellas. La capitana, aunque me la había imaginado más reservada por los comentarios de Diandra, también se une a esas pequeñas celebraciones. Parece tener muy presente la diferencia entre cuándo debe ser autoritaria y cuándo, cercana a los suyos, y todos en el barco lo entienden. Junto a Adina, su segunda de a bordo, organiza el barco y consiguen que todo funcione, y yo no puedo sino maravillarme por lo compenetradas que están y lo eficientes que son. Me encanta verlas trabajar, verlas hablar, verlas moverse por cubierta. En especial a Adina, tan ágil que casi parece bailar más que caminar, y que puede acercarse a alguien sin llegar a descubrir su presencia. Sé, cuando veo su sonrisa fácil, cuando escucho su risa espontánea, explosiva, que les encantará a todos mis amigos. El *Justicia* tendrá a una capitana digna y con mucha experiencia. Me corrijo casi de inmediato: el *Sueño de Justicia* lo tendrá. Al fin y al cabo, Lynne dice que si pasa a formar parte de su flota necesita un nombre acorde a ella, y yo creo que es lo más adecuado. De esta forma, el capitán del *Justicia*, hasta sus últimos momentos, siempre habrá sido Jared.

La travesía a Dione es fácil y más rápida de lo que esperaba. Pese a que llueve durante varios días y tenemos que someternos a registros cada dos por tres—lo que enerva a Lynne lo indecible, aunque siempre recibe con una sonrisa a los hombres a las órdenes de las coronas—, se trata de un viaje sin incidentes y, finalmente, alcanzamos a ver el puerto de Tarannis, el mayor de toda Marabilia. Yo no puedo más que casi reír ante la ironía de que, pese a que mi compromiso con Ivy ya no va a consumarse, he acabado en la ciudad para ir a verla a ella y a su padre.

En tierra, cuando desembarcamos, todo el mundo parece conocer a Lynne. La saludan los oficiales del puerto, a los que tiende unas monedas para que el *Sueño* pueda atracar y hacer sus negocios, y las mujeres que están vendiendo pescado y

marisco en la lonja. Me pregunto si será oriunda de Dione porque su acento se ha perdido tras viajar tanto y ella nunca ha hecho ningún comentario acerca de su procedencia. De todas formas, las dudas desaparecen de mi mente tan rápido como han llegado, porque tengo que concentrarme por completo en no perderla de vista. Con mucho cuidado, como si temiera que fuera a perderme, Lynne me pone una mano en la espalda y se encarga de caminar a mi lado para que la gente no nos separe. Si creía que el día de mercado Rydia estaba llena de gente, eso no es nada con lo que vivimos ahora. Y, desde luego, en Dahes todo parecía muy diferente cuando podía cabalgar por un pasillo entre la gente abierto por mi guardia personal.

Ahora entiendo lo incómodo que podía resultar eso para quienes tenían que conformarse con ir a pie. Con ser zarandeados y aplastados por otros cuerpos.

—¿Iremos al castillo? —Le pregunto a Lynne cuando logramos salir de las calles que rodean el puerto, en las que se puede respirar y caminar con más tranquilidad.

—Mañana —responde con una media sonrisa con la que parece burlarse de mi impaciencia—. Enviaré a un mensajero en cuanto estemos asentadas en una posada. Sé que estás acostumbrada a que las cosas, cuando eres noble, se hagan cuándo y como quieres, pero no olvides que quieres empezar con buen pie. Además, si el rey está ocupado, pasaremos horas allí esperando. Y para alguien que se dedica al comercio, el tiempo es oro.

No hay mucho más que pueda hacer y no voy a presentarme sin ella ante la puerta de palacio, así que no me queda otra solución que asentir. Me hundo en mi inquietud y le ofrezco mi ayuda para lo que sea que tenga que hacer; no obstante, una vez que estamos en la posada, lo único que me dice es que descanse.

Duermo poco y mal y estoy en pie con la primera luz. Me gustaría tener un atuendo más adecuado para presentarme ante un rey de Marabilia, pero al final decido que mis ropas son lo suficientemente buenas: al menos están limpias y, de todas formas, no es como si mi vestimenta fuese a hacer que alguien creyese mi

historia más o menos.

Parece que pasa una eternidad hasta que nos ponemos en marcha hacia el castillo, pero, cuando al fin estamos ante sus puertas, yo ya no sé si quiero entrar. Me da la sensación de no haber sido consciente hasta este momento de que estamos en Tarannis. He recorrido media Marabilia para ese momento.

«No te amedrentes ahora».

—¿Estás bien?

Las puertas están abiertas para Lynne y para mí. Los soldados nos miran con curiosidad. Me miran con curiosidad. No es mi compañera, al fin y al cabo, la que se ha quedado plantada en su sitio, sin poder dar ni un paso adelante.

—Sí. Vamos.

Me obligo a levantar un pie y luego otro. A avanzar. El rey nos está esperando. O espera, por lo menos, a la mercader. A la misma mujer que camina a mi lado, toda confianza. ¿Cómo lo hace? Trata con piratas y con gobernantes, con soldados y con mendigos con la misma confianza. Con la misma desenvoltura.

Cada vez la admiro más.

Un hombre nos guía y yo me encuentro comparando el espacio con mi propio hogar en Zanna, con sus altos techos y sus sólidas y frías paredes de piedra. Aunque la estructura es similar, la decoración es completamente diferente: donde mi padre abogaba por la sencillez de la austeridad, aquí me encuentro con detalles y adornos en cada recoveco. Hay enormes y ricos tapices decorando las paredes, quizás en un intento de conservar el calor. La baranda de las escaleras está tallada con flores y hojas y el pasillo al que accedemos tiene una línea de candelabros de oro frente a una pared, mientras que la otra muestra una galería de colgaduras que van contando la historia del reino. Pese a mi desconocimiento sobre este tipo de arte, reconozco que son sublimes.

Capto un movimiento y me vuelvo: una muchacha viene hacia nosotras, todo sonrisas. Le hace un gesto al sirviente para que se retire y pronuncia el nombre de la mercader con regocijo, como si fueran amigas de toda la vida. Me fijo en

su exquisito vestido azul, en su brillante cabello rubio recogido con una red de oro y perlas, en el broche azul que sé que ocultará su mente y sus secretos de miradas indiscretas... Y en el sello real en un anillo demasiado grande para sus delicadas manos, que tiende hacia delante para tomar las de Lynne.

Me quedo sin respiración y me apresuro a bajar la vista, entre la fascinación y la vergüenza, intentando desaparecer en mi sitio.

La princesa Ivy está ante mí. Mi... prometida, supongo.

—Mi padre me comentó que habías pedido una audiencia privada y quería verte antes de que entrases a su despacho. ¿Hay alguna noticia nueva que pueda interesarme?

—¿Algo sobre tu prometido, quieres decir?

Hay un silencio incómodo en el que cada músculo de mi cuerpo se tensa y siento que me romperé si me dan el más leve de los golpes. A Lynne esta situación debe de parecerle bastante divertida.

—No seas así —protesta Ivy.

Alzo la vista lo justo para enfocar su rostro y verla hacer un puchero suave, infantil. Cuando echa a andar, volviendo por donde ha venido, arrastra a Lynne consigo, cogiéndose de su brazo para apoyarse en ella.

—Tengo noticias —confiesa la mercader, apiadándose de ella—. Y creo que... te sorprenderán.

—¿Ha aparecido?

—Por así decirlo. Creo que querrás escuchar todo lo que tengo que contarle a su majestad. Lo que *tenemos* que contarle.

Doy un respingo. Nuestras miradas se encuentran y, como si Lynne me hubiera arrebatado la capa de invisibilidad que me hacía imperceptible a ojos de la princesa, ella se vuelve también hacia mí. Su expresión me resulta indescifrable cuando me observa de arriba abajo, y a mí me gustaría saber qué se le pasa por la cabeza. Su atención se detiene un momento en mi brillante estoque y otro en mi rostro, como si tratara de situarme. Pero ella nunca llegó a ver a su prometido, así que no puede reconocerme.

Nos detenemos ante una puerta en la que hay un soldado que nos saluda antes de estirar el brazo para llamar a la puerta y, un instante después, abrir cuando le dan el pase.

Su majestad Derrick III de Dione se levanta para recibirnos, algo que mi padre nunca haría. Es un hombre mayor que mi padre, con canas en la barba y los cabellos. Su hija ha heredado sus ojos azules; no obstante, cuando mira a mis dos acompañantes, los suyos me parecen más cálidos que los de la princesa.

—Lynne, muchacha —dice con una voz tranquila, grave—. Es un placer verte dos veces en menos de dos lunas, pero creo que también es motivo de preocupación. ¿Qué te trae por aquí?

Yo miro a la joven que me acompaña. No he llegado a preguntárselo nunca, pero es obvio, ahora, que no estaba entre sus planes venir a Dione. ¿Se ha apartado de su ruta sólo para traerme a mí? No puede ser, parecía muy preparada para comerciar... Aunque no parece ser un problema para ella adaptarse a cualquier situación.

Por otro lado, no deja de fascinarme la cordialidad con la que todos la reciben en palacio, como si fuera una más.

—Me traen las noticias que he descubierto, aunque en esta ocasión he de admitir que, si bien son interesantes, dudo que sean de vuestro agrado.

El rey y la princesa se miran con preocupación, contrariados. Ambos toman asiento y, aunque el monarca de Dione nos hace un ademán para que nos acomodemos también, ni Lynne ni yo lo hacemos. De hecho, pese a que intento mantenerme en un discreto segundo plano, la mercader se aparta un paso y hace un ademán hacia mí, redirigiendo la atención de los presentes hacia mi rostro, que se torna encarnado ante la súbita curiosidad que despierta.

—Permitidme que os presente a Kay de Dahes, su majestad, alteza.

—¿Kay...? —repite el rey, no sin cierta incomprensión. Sus ojos se agrandan hasta que todo el párpado superior parece haber desaparecido—. De...

—Tiene que ser una broma —dictamina su heredera, consciente de lo que Lynne insinúa. Si su rostro ya era pálido, ahora es completamente blanco.

Hago una reverencia, aunque sé muy bien lo fuera de lugar que parece: al fin y al cabo, mi inclinación es la de un muchacho y ellos esperan otra actitud.

—Lamentablemente, el sello que ampara mi identidad lo tiene ahora mi padre, por medio de una carta que anunciaba mi supuesto rapto. De todas formas, no me importará someterme a cualquier prueba que demuestre mi identidad si así lo creéis necesario, majestad.

Sé que mi voz suena como si tuviese más confianza de la que en realidad siento y doy las gracias por saber comportarme en los momentos de presión. Al menos, me parece que permanezco más impasible que quienes han tenido que recibir la noticia.

—No lo entiendo —admite el rey—. Eres una...

Su forma de dejar la frase en el aire me hace pensar que cree que me voy a ofender de alguna manera si lo dice. Supongo que ahora estará pensando en todas las posibilidades. En que soy víctima de un hechizo, quizá, que me ha cambiado el cuerpo, cuando en realidad era al revés. Cualquier cosa que se le pase por la cabeza, sin embargo, sé que será un pobre intento de darle otro sentido a una historia que ya lo tiene.

—Mujer —aclaro—. Sí. Siempre lo he sido.

No hace falta que nadie me invite a hablar. Acepto sentarme ante el rey y comienzo a relatarle todo lo que tiene que saber. Todo lo que debe saber la princesa, a mi lado, aunque a ella no me atrevo a mirarla. Cuando acabo, la patente de corso que me dio Nadim está sobre la mesa y a mí no me quedan palabras. El rey está para entonces recostado en su silla, mesándose la barba, e Ivy tiene la mirada baja y una expresión de horror. Hay un silencio que parece alargarse una eternidad.

—Majestad —dice Lynne de pronto—. Geraint de Dahes está usando Marabilia para sus propios intereses. Ha estado atacando mis barcos con corsarios, como la patente demuestra, y ahora os ha manipulado a todos para hacer justo lo que él desea. No dudo que la piratería deba ser combatida y perseguida por la ley, pero el rey de Dahes ha usado esa lucha y deseo común de

ver nuestros mares limpios para cubrirse las espaldas y encontrar a un hijo que ni ha existido nunca ni desea volver a su lado.

Derrick de Dione se levanta y empieza a caminar por la estancia, estirando las piernas. Parece pensativo, como si estuviera digiriendo las noticias. Lo cual sería lo más normal: es mucha información que asumir. Comprendería, incluso, que no se creyese ni una palabra.

Pero contra todo pronóstico, lo hace, aunque sospecho que en cuanto acabe esta conversación traerá a un nigromante que le confirme que cada una de mis palabras es real.

—Geraint de Dahes se ha burlado de nosotros y nos ha usado para sus propios intereses —concluye—. Ha manipulado a su propia familia y ha hecho tratos falsos con Dione. Ha lanzado a Marabilia a una cruzada fantasma. Y debe pagar.

Su sentencia es tan definitiva que hace que me estremezca. A mi lado, Ivy me dedica la más rápida de las miradas. Seguro que preferiría haberse quedado sin noticias de su prometido, obligada tan sólo a esperar.

—¿Qué vais a hacer, padre?

—En primer lugar, retirar nuestra flota. No voy a sostener las mentiras de ese hombre. Y mantener mis navíos en alerta, con soldados que podrían estar aquí, en tierra, sirviendo de otras formas... Espero que, al ver mis movimientos, otros me sigan. Puede que esto me haya dado una nueva visión sobre cómo guardar mis costas, pero no gastaré mis recursos y el dinero de mis arcas en solucionar los problemas de todo un continente.

—En Silfos están avisados —interviene Lynne—. Me he encargado personalmente de ello.

El rey asiente, como si no esperase menos. Yo no lo entiendo, y miro a Lynne con el ceño fruncido, sin saber qué relación puede tener ella con la realeza de Silfos como para advertir de algo semejante. Por lo que me ha contado, ni siquiera comercia con ellos.

No tengo mucho tiempo de pensarlo porque su majestad se vuelve hacia mí.

—Lo segundo supongo que es... romper el compromiso matrimonial.

Intento sonreír. Desde luego, es lo más lógico y, por cómo me mira la princesa a mi lado, un alivio para ambas.

—Lo daba por hecho, majestad, pero convendréis conmigo en que anunciarlo ahora no es lo más sabio. Al fin y al cabo, nadie sabe dónde me encuentro. Sería sospechoso que mi firma apareciese en un documento, y sin mi sello, además. Esperad unas lunas y anuladlo. Al fin y al cabo, la princesa no puede casarse con un novio fantasma.

El hombre ante mí está de acuerdo con mi lógica.

—Y esto nos lleva al tercer y último punto —anuncia—. Porque no estáis aquí sólo para detener a vuestro padre, ¿no es cierto? Querréis... ser reconocida.

Cojo aire y, en lo que espero que parezca humildad, bajo la cabeza.

—Sé que vos no podéis hacerlo. No tenéis potestad, pero... —lo miro— sé que sí podéis interceder por mí. Y que si hubiera consenso entre los reyes...

Un silencio incómodo. Casi incrédulo, como si ni siquiera él pudiera considerar lo que le estoy pidiendo.

—Quieres que presente tu caso ante las demás familias reales de Marabilia. Que te apoye.

—Quiero que se celebre una Cumbre de Marabilia. Y sí, sé que aún quedan dos años para la próxima, pero también sé que se puede convocar una de urgencia, si alguien lo considera necesario.

El rey me mira como si pensase que no estoy en mis cabales.

—No creo que haya precedentes para...

Por supuesto. Es por esto por lo que estamos así. Si esperamos a que tenga que haber un ejemplo anterior para hacer algo, ¿no estamos obstaculizando las cosas? Él no parece darse cuenta. Hombres como él, hasta con buenas intenciones, se aferran al pasado con tanta fuerza que no dejan en sus manos lugar para el futuro. Y este es uno de los hombres más poderosos de Marabilia. Si él no acepta el cambio y lo promueve, ¿quién lo hará?

Miro a Lynne, pidiendo en silencio su ayuda. Sé que está aquí para apoyarme.

Que a ella no le da miedo lo nuevo.

—El caso de Kay parece más que suficiente para convocar una —confirma ella. No tiene real poder sobre el rey o sobre cómo se gobierna Marabilia, pero de alguna forma su voz llama a la lógica—. Y si eso no fuera suficiente, yo creo que deberían... considerarse ciertos avances con respecto al gobierno. Al fin y al cabo, tenemos a dos princesas muy capaces de gobernar sin necesidad de tener hombres a su lado.

Yo asiento, pero por el rabillo del ojo veo a Ivy fruncir el ceño. Me pregunto qué estará pensando. Desde luego, lo que sí puedo llegar a suponer son los pensamientos del rey, por la forma en que nos mira de pronto.

—Una cosa es reconocer a una legítima heredera, hija del rey y la reina. Otra diferente es intentar cambiar un sistema de gobierno asentado por tanto tiempo. Eso no va a salir adelante. Sois conscientes de ello, ¿verdad?

Yo aprieto los labios. Lynne, por su parte, asiente. Ambas tenemos en cuenta que estamos caminando sobre una cuerda muy floja y que nos podemos caer en cualquier momento. Yo más que ella, que tiene un negocio detrás. Que tiene una vida, que ha sido educada para otras cosas.

—Incluso si la propuesta fuera rechazada —razona—, ya se habría puesto sobre la mesa. Los otros reyes de Marabilia estarían, como mínimo, al tanto. Y sólo habría que esperar otros dos años para volver a sacarla. Tiempo suficiente, sin duda, para conseguir aliados para la causa.

El rey no está mirando a Lynne, aunque sea ella la que hable. Me está estudiando a mí, parece, y yo no sé si estoy, en su mente, a la altura.

—Esto os expondrá, alteza —me recuerda—. Vuestro padre sabrá que estáis viva. Y si aceptan que sois la legítima heredera, se enfurecerá. ¿Estáis dispuesta a eso? ¿Sois consciente de que podría haber conflictos civiles a raíz de esto?

Sé que esas preguntas me atormentarán durante el resto de mis días. Sé, también, que aprenderé a vivir con ellas. Que he de hacerlo.

—He tomado una decisión, majestad, y no será el rey de Dahes el que me detenga. —Me humedezco los labios—. Y al contrario de lo que muchos

pensarán, no estoy haciendo esto sólo por mí. Creo... que es posible crear un mundo más justo, y es lo que pienso hacer. No voy a detenerme cuando todavía no he empezado. No cuando las posibilidades son ilimitadas. Cuando dejarlo todo significaría pasar el resto de mi vida preguntándome qué hubiera pasado.

No voy a echar nada de esto por la borda. No cuando otros luchan ya a mi lado. Miro a Lynne, que me sonrío. Cuando mis ojos vuelven al rey, alzo la barbilla en un gesto que espero que le anuncie que no tengo miedo. Ni al presente ni al futuro.

—No voy a esconderme más —concluyo.

Y que Geraint de Dahes venga con un ejército contra mí, si se atreve. Estaré esperando.

* * *

Los días que siguen a nuestra reunión con el rey y la princesa de Dione pasan rápidos y tranquilos. Mientras Lynne me enseña los secretos de su negocio — pronto estaré bajo sus órdenes, al fin y al cabo—, me obligo a pensar sólo en eso: en precios y divisas, en la forma de atraer a quienes están sólo mirando, aunque no necesiten comprar nada, y mantener su interés después de que se hayan marchado. Y aunque suene extraño admitirlo, aunque sólo sea en mi mente, lo cierto es que es bastante divertido.

Cuando Lynne me dice que tiene que llevar un paquete al castillo, yo me ofrezco a ir por ella. Le explico que quiero ver a la princesa una vez más y ella no hace preguntas y me deja ir. Yo se lo agradezco sin palabras. ¿Tiene sentido que quiera disculparme ante mi antigua prometida, aunque yo no tenga culpa alguna de lo que ha sucedido? En mi mente todavía está grabada a fuego la entrevista con el rey. Cómo fruncía el ceño. Entiendo que no le complaciera escuchar las noticias, haber sido engañada, pero me gustaría que no me guardase resentimiento.

¿Está mal que quiera que seamos amigas...?

Un criado solícito me enseña el camino a los aposentos de la princesa y ella accede a verme. Está con otra muchacha, algo mayor que nosotras, que me traspasa con sus ojos claros al pasar por mi lado. Deja en la habitación un sutil aroma a ingredientes para pociones, pero, antes de que pueda darme la vuelta para verla salir, Ivy se ha levantado. Inclina la cabeza ante mí y yo hago una apresurada reverencia, antes de dejar el paquete sobre la mesa que nos separa.

—Veo que venís de mensajera, una vez más. Espero que esta sea una entrega más agradable que la última vez que vinisteis a traernos noticias.

No sé muy bien qué responder a eso. Siento que me ruborizo. ¿Está bromeando? Su expresión no ha cambiado, pero tampoco parece enfadada. Titubeo. Tengo que admitir que domina el juego de la corte más de lo que yo lo hice nunca: el de mantenerse sin expresión, el de enterarse de todo, pero nunca contar un secreto propio, el de bromear con los labios sin hacerlo con los ojos. O el de armarse con una coraza lo bastante dura como para fingir que no se tiene sentimientos.

—Lo cierto es que el paquete es una excusa. El otro día no tuvimos la oportunidad de hablar.

Ella señala una silla, que yo acepto de buena gana. Me hundo entre los cojines.

—No pensé que tuvierais interés en hablar conmigo, alteza. O que algo nos relacionase ya, siquiera.

Hago un mohín, porque en esa frase advierto que sí se siente molesta, después de todo. O eso creo.

—No era mi intención disgustaros, princesa.

—No lo hicisteis.

—Pues lo parecéis. Y, aunque me resulta muy difícil leerlos, me atrevería a decir que lo parecíais el otro día. A partir de cierto punto en la conversación me pareció ver que os hundíais en vuestro asiento y fruncíais el ceño. De hecho, no volvisteis a abrir la boca. Si no estabais molesta, dejadme deciros que lo disimulasteis muy bien.

Me paso una mano por el cabello, que no tiene ni comparación con el de ella, brillante como el sol, fino. Hoy lo lleva recogido en dos trenzas del color del trigo. Aunque tiene una labor de costura a medio hacer en el regazo, y aunque sus dedos sujetan la aguja, no los mueve a través de la tela. Su expresión no ha cambiado, pero sus ojos parecen endurecerse ante mi intervención.

—¿Recordáis lo que pasó tan bien como yo, alteza? Si lo hacéis, creo que confirmaréis que no tenía muchas razones para alegrarme por nada. —Abro la boca, pero ella alza una mano, deteniéndome—. No me malinterpretéis, comprendo que no es culpa vuestra. Pero de la noche a la mañana no tengo prometido, mi padre está preparando una Cumbre y el futuro de Marabilia es tan incierto como el mío.

¿Que no tiene *prometido*? Guardo silencio, sin llegar a creérmelo. No puede hablar en serio. No puede ser que eso sea lo único que le interese. Me echo hacia delante, demasiado consciente de lo diferentes que somos, desde nuestras posturas a nuestros deseos. Aunque ¿qué esperaba? Nos han educado de formas diferentes. Tenemos diferentes vivencias.

No somos enemigas, aunque no sé si ella me ve de la misma forma.

—Princesa Ivy, disculpadme, pero no lo veo así. El futuro de un reino siempre es incierto, ¿cómo no lo va a ser entonces el de ocho? La Cumbre, espero, traerá cosas buenas. Nuevas esperanzas a las que aferrarse y, con suerte, una corona para cada una.

¿Por qué me da la sensación de que está a punto de reírse de mí? Aunque su sonrisa, cuando la esboza, no tiene nada de divertida.

—No será una cuestión de suerte. Si creéis que todos los reyes aceptarán que las mujeres gobiernen sin un hombre es que sois necia o muy inocente. ¿Creéis que el mundo real funciona así, acaso? Se me ocurren al menos dos países que rechazarán la propuesta sin dedicarle un pensamiento, sin contar a la propia corona de Dahes.

—No podéis saber...

—Pero lo sé. Rydia jamás apoyará esa moción. Y Verve tiene herederos que

asegurarán la línea sucesoria, así que no estarán interesados. De hecho —añade, mirándome de arriba abajo—, irán a por vos si les dais la oportunidad. Dahes es un dulce demasiado sabroso, con su Taller y sus alquimistas.

Entreabro los labios con sorpresa. Me doy cuenta de que había estado infravalorándola. Que estaba tan callada, parecía tan centrada en su prometido y la situación, que pensé que no tendría la menor idea de lo que pasaba a su alrededor. Pero en cambio... Me llamo idiota por precipitarme en mis juicios.

Todavía no he salido de mi asombro, pero ella sigue hablando:

—Y aunque por un milagro todos estuvieran de acuerdo, la corona sólo sería para *una* de nosotras. Para vos, alteza. Pero nunca para mí.

—¿Por qué decís eso?

—Porque nuestras circunstancias son diferentes. A vos os han educado toda la vida para ocupar un puesto de poder y nadie dudará de vuestra preparación. Lamentablemente, por si no lo sabéis, a mí nunca se me ha educado para ser *reina*, sino la esposa de un rey. Y no es lo mismo. Estoy preparada para casarme, para tener hijos, para encargarme de las tareas necesarias que nadie aprecia.

La miro, no sin cierta confusión porque no parece pesarle. No parece ser motivo de queja. No sé si es que se ha resignado ya o es que de verdad no le importa.

—Sé que lo hacéis con buena intención, y os lo agradezco. —Tiene cierto aire de cansancio a su alrededor—. Hace dos días, si hubieseis venido a mí para decirme esto, me habría enfadado en demasía. Hoy, en cambio, aprecio vuestro esfuerzo y que os hayáis molestado en visitarme. Pero no quiero vuestra compasión. Ni vuestras críticas.

Dudo. No es lástima lo que siento por ella, sino curiosidad.

—No..., no lo entiendo, princesa. ¿Estáis de acuerdo con ser lo que otros desean de vos? ¿Estáis... de acuerdo con que vuestro padre os elija un marido o con convertirnos en la esposa de un desconocido?

Ahora sí, Ivy sonrío. Lo hace como si conociese un secreto del que yo todavía no soy consciente.

—Vos me veis como una mujer complaciente. Yo prefiero pensar que haré lo que pueda desde mi posición de poder.

—Menos poderosa que la del rey.

—Eso, en realidad, es *vuestra* opinión. La mía es que cambiaré las cosas a mi manera. Quizá sea al lado de alguien o no. Eso sólo el futuro lo dirá. Pero que vos y yo vayamos a luchar desde posiciones diferentes no significa que no podamos luchar por lo mismo. De todas formas, espero que estéis allí para verlo algún día. Y ojalá yo os llegue a ver a vos con una corona sobre la cabeza y sentada en el trono de vuestro padre. —Se levanta, y yo hago otro tanto. Cuando me tiende las manos, las alcanzo y las aprieto con suavidad—. Os deseo suerte, Kay.

Contra todo pronóstico, siento la calidez de sus palabras en el pecho. Como he hecho mil veces antes, pero no con este cuerpo, me inclino ante ella y beso sus nudillos galantemente, poniéndome a su servicio sin necesidad de palabras.

—Escribidme si necesitáis algo, Ivy —murmuro, paladeando su nombre sobre la lengua. Es extraño tratarla con tanta familiaridad, por más que ella haya empezado—. Lynne sabrá a dónde hacerme llegar el correo.

Ella parece digerir las palabras con lentitud, o puede ser que esté demasiado ofuscada por mi gesto para responder de antemano. Al cabo de un segundo, sin embargo, su carcajada resuena por toda la sala. Nos miramos con sonrisas en los labios.

—Larga vida a las futuras reinas de Marabilia —le digo bajito.

Ivy, pese a todo, tiene que sonreír. Incluso cuando sacude la cabeza, como si no creyese lo cabezota que puedo llegar a ser.

—Larga vida a las futuras reinas de Marabilia.



Epílogo

La línea entre la realidad y las leyendas es fina, y por eso a veces nadie sabe a ciencia cierta lo que ocurrió en un determinado momento que debería haber pasado a la Historia, pero que a veces se queda sólo en un cuento, un entretenimiento para quienes no estaban allí y a quienes los datos reales han dejado de importarles. La vida de Kay de Dahes podría ser una leyenda por los increíbles sucesos que vivió, desde el hechizo que la mantenía prisionera hasta el breve lapso de tiempo en el que navegó a bordo de un bajel pirata, buscando tesoros y viviendo aventuras. Probablemente, sin embargo, sea uno de esos casos en los que la realidad supera a la ficción.

El día que tenía que presentarse en el castillo de Tarannis para defender su caso ante todos los reyes de Marabilia llegó tarde. Lo mencionan en todas las crónicas, y todos los presentes lo contarían después, airados o con diversión, como si hubiera sido una broma hacer esperar a los hombres más poderosos de los ocho reinos. Alguien la vio arribar a puerto en un navío llamado Sueño de Justicia, con una sirena coronada como mascarón de proa. Sobre su cabeza parecía haberse despertado la tormenta más furiosa que la ciudad había visto en años, y parecía una locura navegar con aquel oleaje y aquel viento. Por eso, cuando entró en la sala donde se celebraba la reunión, muchos escucharon su nombre con sorpresa, pero casi todos recibieron con aún más asombro a la muchacha ante ellos, envuelta en una capa mojada, dejando tras de sí una estela

de pisadas húmedas. Sólo dos de los presentes sabían qué esperar, mientras que los demás, atónitos, se preguntaban dónde estaba el príncipe de Dahes sobre el que el rey de Dione quería hablar.

Cuando la recién llegada se humilló ante los reyes de Marabilia, los hombres más poderosos del continente, lo hizo como lo habría hecho un caballero, con soltura pero sorprendiendo a los presentes, que no supieron qué pensar.

Se desató un revuelo. El rey de Dahes exigió saber qué clase de broma le estaban gastando y alzó la voz hasta que retumbó en la sala. Otros le corearon, pero el rey de Dione pidió calma, con su característica paciencia. Cuando le dieron permiso, la muchacha alzó la cabeza y su padre fingió examinarla con ojo crítico. Si bien conocía aquel rostro, por supuesto, jamás lo admitiría ante los presentes. Por eso lo negó con calma, con una sonrisa en los labios, como si empezara a comprender el chiste y lo encontrase gracioso:

—Por si no lo recordáis, mis señores, tengo un hijo, no una hija —clamó—. Es obvio que esta muchacha guarda cierto parecido con el príncipe. Quizá sea por el color de sus cabellos o el de sus ojos, pero ahí terminan las similitudes. No sé por qué habrías de creer a una niña que es obvio que miente.

—Porque nos ha dado una historia y pruebas convincentes, majestad —respondió Derrick de Dione—. Y porque la repetirá para quien quiera oírla y se ha ofrecido al escrutinio de cada nigromante del reino que consideréis.

La tormenta que rugía en el exterior no dejaba nada que envidiar a la que estalló en la estancia cuando la muchacha dejó sobre la mesa, a continuación, un trozo de pergamino con la rúbrica de su padre y el sello real. Una patente de corso que, según intentaba explicar el rey de Dione, había contratado los servicios de una tripulación pirata para atacar barcos mercantes. La misma tripulación que se dijo que había raptado al príncipe de Dahes.

—¡Una falsificación, como falsos son vuestros cargos! —gritaba el acusado, la fría calma que lo caracterizaba ya perdida—. No tengo por qué soportar esto. Habéis convocado una Cumbre sólo para abochornarme, para atacarme, cuando la pérdida está tan reciente...

El rey se levantó. Los demás, confusos, protestaron. Arthmael de Silfos, sentado ante él, también se puso en pie. Pidió silencio con un gesto y, aunque era el más joven de los gobernantes, no por ello se dejó amilanar en presencia de los demás. Él ya conocía la historia de la muchacha de primera mano. Era una de las personas que sabía qué iba a suceder, y estaba más que preparado. No se habría perdido aquella Cumbre —o más bien la cara de Geraint de Dahes— ni por todo el oro de Marabilia.

—Si tan humillado os sentís —le dijo—, no os importará que cualquier nigromante entre en vuestra mente y confirme que vuestra mujer nunca dio a luz a una niña o que esa patente es, en efecto, una falsificación.

Pero Geraint de Dahes no estaba dispuesto a dejarse descubrir. O a lo mejor es que tenía otros secretos que mantener a salvo. El nigromante elegido fue el que había acompañado al rey de Granth, por ser la isla una fuerza neutral e ignorante en aquel asunto. El muchacho entró con su túnica negra y su piedra azul en el dedo, en un anillo engarzado, pero como el rey se negaba a someterse a su magia, sólo escrutó la mente de la princesa. Así confirmó su historia, haciendo enmudecer a los presentes. Porque todo parecía parte de una leyenda, porque no entendían cómo podía haber pasado una cosa así ante sus propias narices.

El primer insulto fue que creyeran a la joven antes que a él.

El segundo insulto fue que alguien reclamase su abdicación.

Geraint de Dahes no se quedó para ser deshonrado una tercera vez y se marchó. Su mirada se cruzó con la de aquella mujer que nunca había reconocido como hija, pero no le dijo nada. Sólo la observó con frialdad, sin aceptar su existencia ni siquiera en aquel momento, y salió por la puerta. Nadie lo detuvo.

Su marcha fue recibida con un gran silencio.

Fue la princesa la única que se atrevió a romper la calma, demostrando la osadía de quien había huido de las garras de un tirano y se había presentado ante las mismas estrellas para deshacer su hechizo:

—Pido a la Cumbre ser reconocida por todos los reinos de Marabilia como la

princesa Kay de Dahes. Y pido, también, que se me dé la potestad para ocupar el puesto para el que se me ha preparado durante toda la vida, cuando sea oportuno.

Los reyes parlamentaron y deliberaron, y se consideró que debían hacer dos votaciones diferentes. La primera le dio el reconocimiento de heredera, tras una larga conversación. Al fin y al cabo, no podían negar las evidencias, y la sangre que corría por las venas de aquella muchacha pertenecía a la realeza. Otros reyes llamaron a sus nigromantes, y la historia de la princesa fue contrastada con los testimonios de aquellos que podían indagar en su mente. No cabía duda posible, así que fue reconocida como la legítima y única heredera, aun si su padre no lo hacía.

En la segunda votación se habló de su posibilidad de ser reina. Pero muchos ya le habían advertido a Kay de que no habría consenso en eso. A la gente poderosa no le gusta que otros tengan poder, y por eso hubo quien se negó. Si ya casi todos los reinos tenían herederos varones, de todas formas, ¿por qué iban a hacerlo? Así que la negativa de Rydia y Verve fue tajante. Granth tampoco lo tuvo claro y, ante la duda, estuvo de acuerdo con su país vecino, con el que más relaciones guardaba. De Sienna todo el mundo decía que quien en realidad gobernaba era la mujer del rey (y verdadera heredera de la corona), y que él sólo era una marioneta que hacía y deshacía al antojo de ella, pero el hombre no estaba dispuesto a perder su potestad, de modo que también votó en contra. Todos apelaron a la tradición, incluso a la dificultad de sacar adelante una ley semejante. Algún osado habló de que había cosas que sólo los hombres debían y podían hacer. Además, que hubiera una princesa sin corona les beneficiaba: podrían casar a sus hijos con ella y luego reclamar Dahes; con lo sucedido, quitar a Geraint del trono no habría de ser complicado. O eso quisieron pensar.

Si a Kay le importó el rumbo que tomaron los acontecimientos, si después lloró por haber estado tan cerca de la victoria, no lo hizo notar. Reconocida por quien era, con la certeza de que había hecho todo lo posible por el momento, abandonó el castillo y, poco después, cuando la tormenta hubo pasado, volvió al mar con su familia.

Si había perdido la batalla quizá era porque el mundo todavía no estaba preparado. Volvería a probar en un tiempo. La cuestión ya se había puesto sobre la mesa y ella se haría valer.

La guerra, al fin y al cabo, todavía estaba por ganar.



Agradecimientos

Un nuevo viaje termina aquí y, una vez más, queremos agradeceros vuestra compañía a lo largo de la travesía. Hemos llegado a la costa, pero antes de dejaros ir, no podemos sino hablaros de lo que ha significado escribir esta historia para nosotras. Una novela que va por las personas que os habéis sentido identificadas, por las que sabéis lo que sienten los personajes que hemos retratado aquí. Por las que se sienten sirenas arrancadas del agua, de una u otra forma, y por los genios que concedéis deseos incluso cuando sólo podéis reír con la luna llena; también por quienes tienen que huir para encontrar su libertad y por todos los capitanes que nunca dejan que sus tripulaciones caigan. Gracias por luchar, gracias por haceros fuertes, por convertir vuestro día a día en un acto de lucha y rebeldía. Sois mágicas. Que nadie os lo haga olvidar nunca.

Nuestra eterna gratitud va, nuevamente, a nuestra tripulación de a bordo, la que nos guía con brújulas y mapas, la que maneja las velas y otea el horizonte. Nosotras estamos al mando del timón, pero no llegaríamos a ningún lugar sin vosotros: dos no son suficientes para manejar este barco. Así que gracias, equipo de Nocturna, por ayudarnos a arribar a puerto. Gracias a nuestros lectores cero de siempre, amigos incondicionales en lo bueno y en lo malo, y gracias especiales a quienes se han embarcado con nosotras por primera vez desde el principio para asegurarse de que los temas tratados están llevados con el mayor respeto posible: Lana, Emil y Mar, sois personas muy valientes y no sabéis

cuánto os admiramos por ello.

Os dejamos marchar. Tierra firme os espera. Recoged vuestros petates y salid al mundo real. A Marabilia, ya lo sabéis, podéis volver siempre que queráis.